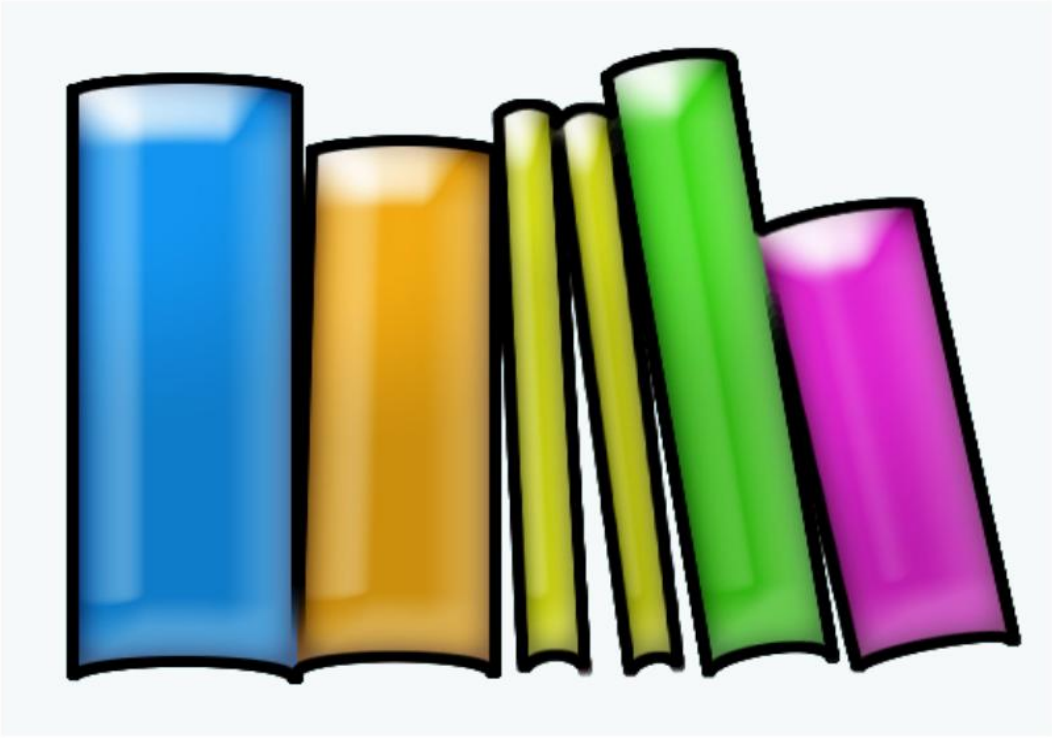
Capitán de navío



O'Brian, Patrick

Produced by calibre 0.6.13

OceanofPDF.com

Patrick O'Brian

Capitán de navío

OceanofPDF.com

Para Mary, con amor.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Esta es la segunda novela de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de ello pueden perfectamente hacerlo, se incluye un archivo adicional con un amplio y detallado Glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión de terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros – 1 m = 3,28084 pies

1 cable =120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros – 1 cm = 0,3937 pulg

1 libra = 0,45359 kilogramos – 1 kg = 2,20462 lib

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg.

CAPÍTULO 1

Al amanecer las ráfagas de lluvia ya se habían alejado hacia el

este del Canal, y podía verse que la presa había cambiado de rumbo. La Charwell había seguido su estela casi toda la noche, a una velocidad de siete nudos a pesar de tener los fondos sucios, y ahora ambas embarcaciones se encontraban a poco más de milla y media de distancia. El navío que iba delante viraba poco a poco para colocarse con el viento en contra, y cuando todos a bordo tuvieron ante su vista las dos filas de portas, el silencio en las cubiertas de la fragata se hizo más profundo. Ahora lo veían claramente por primera vez desde que el serviola, en la oscuridad, había llamado a cubierta para informar que se divisaba un barco en el horizonte, a un grado por la amura de babor, aunque aún no se veía su casco. El barco se dirigía al nornoreste, y la opinión general en la Charwell era que se trataba o bien de un miembro de un convoy francés que se había dispersado o bien de un barco americano que trataba de romper el bloqueo y llegar hasta Brest al amparo de la noche sin luna.

Dos minutos después de aquella primera llamada, en la

Charwell se largaron la juanete mayor y la de proa. No se hizo un gran despliegue de velamen, pues la fragata había realizado un largo y fatigoso viaje desde las Antillas, sin avistar tierra en nueve semanas, con la jarcia a punto de romperse a causa de las tempestades en la línea equinoccial, y había pasado tres días al pairo en el golfo de Vizcaya en horribles condiciones; era comprensible que el capitán Griffiths quisiera ahorrarle esfuerzo. A pesar de tener pocas velas desplegadas, la Charwell alcanzó la estela del barco desconocido en un par de horas, y al sonar las cuatro campanadas de la guardia de mañana la tripulación hizo zafarrancho de combate. El tambor llamó a todos a sus puestos, rápidamente se llevaron los coyes a cubierta y se amontonaron en la batayola formando barreras, y luego se sacaron los cañones. Los hombres de guardia, sonrosados y soñolientos, que habían permanecido observando todo esto durante más de una hora bajo la fría lluvia, estaban calados hasta los huesos.

Ahora, en medio de aquel silencio, pudo oírse cómo un artillero de brigada del combés le decía a un hombrecillo que estaba junto él

mirándolo con ojos desorbitados:

–Es un navío francés de dos puentes, compañero, de setenta y cuatro u ochenta cañones. Nos enfrentamos a un poderoso enemigo, compañero.

–¡Silencio! ¡Que Dios os condene! – gritó el capitán Griffiths-. Señor Quarles, anote el nombre de ese hombre.

En aquel momento la lluvia arreció. Sin embargo, ya todos en el abarrotado alcázar sabían lo que había detrás de aquel grisáceo velo informe y movedizo: un navío de línea francés con las dos filas de portas abiertas. Y nadie había dejado de notar el ligero movimiento de la verga trinquete, que indicaba que el navío iba a ponerse en facha para esperarles.

La Charwell era una fragata de treinta y dos cañones de doce libras, y si se acercaba lo suficiente para poder usar las pequeñas carronadas del alcázar y el castillo junto con los cañones largos, podría hacer una descarga de doscientas treinta y ocho libras de metal. En cambio, un navío de línea francés podría hacer una descarga de al menos novecientas sesenta libras. Así que no era

posible un enfrentamiento, y habrían arribado y emprendido la huida, sin que esto supusiera una deshonra, de no ser porque detrás de ellos, en algún lugar no visible, estaba su compañera, la potente fragata Dee, de treinta y ocho cañones de dieciocho libras. Ésta había perdido un mastelero en el último temporal que había soportado, reduciéndose su velocidad; pero al anochecer había podido verse con claridad y había respondido a la señal del capitán Griffiths, que era el capitán de más antigüedad, para que se uniera a la persecución. Las dos fragatas en conjunto, no obstante, tenían una artillería mucho menos potente que el navío de línea, pero sin duda podrían capturarlo; el navío trataría de mantenerse de costado hacia una de las fragatas y causarle un daño terrible, pero la otra fragata podría pasar a proa o popa de éste y abrir fuego, disparando certeramente a lo largo de las cubiertas sin dar apenas tiempo a responder. Esto podía hacerse; se había hecho. En 1797, por ejemplo, la Indefatigable y la Amazon habían destruido un navío francés de setenta y cuatro cañones. Pero la Indefatigable y la Amazon llevaban entre las dos ochenta cañones largos y el Droits de

l'homme no había podido abrir las portas de la cubierta inferior, pues había una fuerte marejada. Ahora, sin embargo, había poco oleaje; y por otra parte, la Charwell, para enfrentarse al desconocido debía aislarlo de Brest y entablar combate, pero ¿cuánto tiempo lucharía sola?

–Señor… señor Howell -dijo el capitán-. Suba al tope con un catalejo e infórmeme sobre la posición de la Dee.

El zanquilargo guardiamarina ya estaba a mitad de camino de la cofa del palo de mesana cuando el capitán terminó de hablar, y su respuesta llegó a través de la lluvia que caía oblicuamente.

–Sí, sí, señor.

La fragata fue alcanzada por una ráfaga de viento y lluvia, y ésta era tan copiosa que desde el alcázar los marineros apenas podían distinguir el castillo y el agua salía a chorros por los imbornales de sotavento. Cuando la ráfaga había pasado y la pálida luz del día brillaba de nuevo, se oyó el grito:

–¡Cubierta! Señor, está a sotavento y ya puede verse su casco. Tiene reparado…

–Baje a informar -dijo el capitán en voz alta con tono inexpresivo-. Avisad al señor Barr.

El tercero de a bordo dejó su puesto y se dirigió presuroso a popa. Cuando subía al alcázar, el viento empujó hacia atrás su capa, que chorreaba agua, y él se llevó rápidamente una mano a la capa y la otra al sombrero.

–Quíteselo, señor -gritó el capitán Griffiths poniéndose rojo-. Quíteselo inmediatamente. Usted conoce las órdenes de lord Saint Vincent, todos ustedes las han leído, usted sabe cómo se saluda…

De repente enmudeció; y después de un momento dijo:

–¿Cuándo cambia la marea?

–Le pido disculpas, señor -dijo Barr-. Diez minutos después de las ocho, señor. El periodo de la marea muerta está a punto de finalizar, señor, con su permiso.

El capitán emitió un gruñido y luego dijo:

–¿Y bien, señor Howell?

–Tiene reparado el mastelero mayor, señor -dijo el guardiamarina, que estaba de pie frente a él y que incluso con la

cabeza descubierta le superaba en altura-. Acaba de orzar.

El capitán dirigió el catalejo hacia la Dee, ahora las juanetes se veían claramente sobre la superficie dentada del mar, y cuando el oleaje elevaba ambas fragatas también se veían las gavias. Secó la lente, enfocó el catalejo hacia el lado opuesto para observar el navío francés y poco después lo cerró de golpe y miró hacia atrás, hacia la distante fragata. Permaneció apoyado en el pasamanos de estribor, completamente solo en el sanctasantórum del alcázar, de espaldas a los oficiales. Estos, aunque dedicaban mayor atención al navío francés y a la Dee, lo miraban de vez en cuando con aire pensativo.

La situación no estaba aún definida, era más potencial que real. No obstante, cualquier decisión que se tomara ahora la definiría, y a partir de ese momento se sucederían los acontecimientos de forma inevitable, unos como consecuencia de otros, primero lentamente y luego cada vez más rápido, sin posibilidad de volver atrás. Y debía tomarse una decisión, debía tomarse sin tardar, ya que la Charwell, a la velocidad que navegaba, estaría al alcance de los cañones del navío de dos puentes en menos

de diez minutos. Sin embarco, había tantos factores… La Dee no era muy rápida navegando de bolina y, por otra parte, al cambiar la marea, las olas de través reducirían su velocidad; tal vez tendría que dar otra bordada. En media hora aquel navío francés de cañones de treinta y seis libras podría destrozar la Charwell, desarbolarla y llevársela a Brest, pues había viento favorable para navegar en esa dirección. ¿Por qué no habían visto ninguno de los barcos de la escuadra que trataba de romper el bloqueo? No habrían podido alejarse con aquel viento. Aquello era muy raro. Todo era muy raro, empezando por el comportamiento del navío francés. El ruido de los cañonazos haría que la escuadra se reuniera…Una táctica dilatoria… El capitán Griffiths estaba enfurecido porque se sentía observado por aquellos ojos a sus espaldas. Lo observaban más ojos de lo habitual, porque en la Charwell viajaban como pasajeros dos civiles, uno procedente de Gibraltar y otro de Puerto España, y varios oficiales. Uno de ellos era el belicoso general Paget, un hombre influyente, y el otro el capitán Aubrey, Jack Aubrey el afortunado, que hacía poco tiempo había atacado y apresado un

jabeque-fragata español de treinta y seis cañones, el Cacafuego, con un bergantín de catorce cañones, la Sophie. Este hecho, que había sido el tema de conversación en la flota durante algunos meses, hacía más difícil tomar una decisión.

El capitán Aubrey estaba de pie junto a la última carronada de babor y tenía en su rostro una expresión abstraída, totalmente indefinida. Desde ese lugar, como era alto, podía ver la posición de los tres barcos y cómo cambiaba con facilidad y rapidez el triángulo que formaban entre ellos. Muy cerca de él había dos figuras más bajas, una era el doctor Maturin, que había sido su cirujano en la Sophie, y la otra era un hombre vestido de negro -traje negro, sombrero negro y una capa negra chorreando agua-de frente estrecha, en la que podría haber llevado escrito agente de los servicios secretos o, simplemente, la palabra espía, dado el poco espacio que había en ella. Hablaban en una lengua que algunos creían que era latín. Hablaban animadamente, y Jack Aubrey, cruzándose con una furiosa mirada del otro lado de la cubierta, se inclinó y le susurró al oído a su amigo:

–Stephen, ¿por qué no bajas? A partir de ahora, en cualquier momento podrán necesitarte en la enfermería.

El capitán Griffiths se volvió desde el pasamanos y con forzada tranquilidad dijo:

–Señor Berry, haga la señal que indique. Voy a…

En ese momento, el navío de línea disparó un cañonazo, e inmediatamente lanzó tres bengalas azules que se elevaron y lanzaron destellos de aspecto irreal a la luz del alba. Luego, antes de que el viento se llevara los últimos destellos, lanzó una serie de cohetes, como si se estuviera celebrando la noche de Guy Fawkes en alta mar.

Jack Aubrey, frunciendo el entrecejo pensó: "¿Qué demonios quiere decir con esto?". Y un murmullo de asombro, haciéndose eco de su propia perplejidad, recorrió las cubiertas de la fragata.

–¡Cubierta! – gritó el serviola desde la cofa del trinquete-.

Hay un cúter cerca del navío, a sotavento.

El capitán Griffiths giró en redondo el telescopio.

–Recoged esas velas -dijo.

Se cargaron los puños de las velas mayor y trinquete con los chafaldetes para que él pudiera ver mejor. Entonces observó cómo el cúter, un cúter inglés, guindó la verga, la giró, ganó velocidad y comenzó a acercarse rápidamente a la fragata a través del grisáceo mar.

–Nos acercaremos al cúter -dijo-. Señor Bowes, dispare un cañonazo.

Por fin, después de todas aquellas horas de tensa espera, llegaban las órdenes, y enseguida el cañón de doce libras fue colocado cuidadosamente. Luego hubo un estallido, un remolino de humo acre se dispersó en el aire con rapidez, y se oyeron los vítores de la tripulación cuando la bala pasó ante la proa del cúter. En respuesta, en el cúter se dieron vítores y se lanzaron los sombreros al aire. Los dos barcos se acercaban a diferentes velocidades, y la suma de ambas era de quince millas por hora.

El cúter, rápido y bien gobernado -sin duda una buena embarcación para el contrabando-, se aproximó a la Charwell por sotavento y aminoró la marcha hasta detenerse junto a ella y

quedarse como una gaviota sobre el mar, moviéndose al vaivén de las olas. Desde su cubierta, una fila de rostros bronceados y sonrientes miraban con perspicacia hacia los cañones de la fragata. "Yo reclutaría enseguida a media docena de marineros de primera entre ellos", pensó Jack mientras el capitán Griffiths llamaba al capitán del cúter, separado sólo por una franja de mar.

–Suba a bordo -dijo el capitán Griffiths, receloso-. Momentos después de que el cúter facheara y le pusieran las defensas para evitar chocar, y tras oírse los gritos "¡Con cuidado ahora! ¡Que Dios os condene!", su capitán subió por la escala de popa con un fajo de papeles bajo el brazo. Saltó ágilmente por encima del coronamiento y tendió la mano diciendo:

–Le deseo que disfrute de la paz, capitán.

–¿Paz?

–Sí, señor. Sabía que le sorprendería. Se firmó hace apenas tres días. Ningún navío en misión por el extranjero lo sabe todavía. El cúter está lleno de periódicos de Londres y París, y de provincias. Todos los artículos, caballeros -miraba a su alrededor-, y hasta el

último detalle. Una información que vale media corona.

No había motivos para dudar de él. Todos en el alcázar se quedaron perplejos. De los animados artilleros de las carronadas, la palabra fue pasando en un murmullo de un lado a otro de la cubierta, y ahora en el castillo pudo escucharse un viva. El capitán dijo automáticamente:

–Anote el nombre de ese hombre, señor Quarles.

Pero a pesar de ello, los vivas se propagaron hasta el palo mayor y luego a toda la fragata, convirtiéndose en agudos gritos de alegría ante la idea de la libertad, el reencuentro con esposas y novias, la seguridad y los placeres de tierra firme.

En cualquier caso, el tono del capitán Griffiths no era realmente feroz; y en lo más profundo de sus ojos tan juntos, alguien que lo mirara de cerca podría descubrir el éxtasis, por una parte, porque sus preocupaciones habían desaparecido, se habían desvanecido como una bocanada de humo, y por otra, porque nadie en este mundo sabría nunca qué señal había estado a punto de hacer. Y a pesar de que controlaba mucho la expresividad de su

rostro, su tono era excepcionalmente cortés cuando invitó a comer con él esa tarde a los pasajeros, el oficial y el guardiamarina de la guardia y el primer oficial.

–Es estupendo comprobar lo sensible que es la tripulación, cómo aprecia las ventajas de la paz -dijo Stephen Maturin al reverendo Hake en tono afable.

–¡Ah, sí! Las ventajas de la paz. Sí, claro -dijo el capellán, que en tierra no recibiría una pensión, ni tenía fortuna privada de la cual vivir, y que sabía que en cuanto la Charwell llegara a Portsmouth la tripulación sería despedida.

Inmediatamente abandonó la sala de oficiales, dejando solos al capitán Aubrey y al doctor Maturin, y comenzó a pasearse por el alcázar, silencioso y pensativo.

–Pensé que se mostraría más satisfecho -dijo Stephen Maturin.

–Eres un caso raro, Stephen -dijo mirándolo afectuosamente-. Has estado navegando durante bastante tiempo,

y nadie podría decir que eres tonto, pero sabes tanto de la vida de un marino como un niño nonato. Recordarás que todos en esta guerra siempre se han puesto tristes ante el peligro de una paz inminente. Y en la comida habrás notado, sin duda, que Quarles, Rodgers y todos los demás estaban taciturnos.

–Lo atribuí a la angustiosa noche que habían pasado, muy tensos, vigilantes, faltos de sueño y, sobre todo, temerosos del peligro. Sin embargo, el capitán Griffiths tenía un excelente estado de ánimo.

–¡Oh! – dijo Jack, guiñando un ojo-. Eso es muy diferente, desde luego: él es un capitán de navío. Tiene sus diez chelines diarios e independientemente de lo que ocurra seguirá subiendo en la lista de capitanes a medida que los más viejos mueran u obtengan un buque insignia. Es bastante viejo, tendrá cuarenta años o incluso más, pero con suerte morirá siendo almirante. En realidad, los que me dan pena son los otros: los tenientes con media paga, que tienen muy pocas probabilidades de enrolarse y ninguna de obtener un ascenso, y también los pobres guardiamarinas que,

desafortunadamente, no han recibido un nombramiento ni lo recibirán nunca y que no tienen esperanza de participar en una misión ni tendrán ninguna paga, por supuesto. Sólo les queda la marina mercante o limpiar zapatos a la entrada del parque Saint James. ¿No has oído esta vieja canción? Te cantaré una estrofa. Tarareó la melodía y luego cantó en tono bastante grave:

Dice Jack: "Hay buenas noticias, hay paz en tierra y
mar, los cañones ya no se usarán, pues
desmantelados están".
Dice el almirante: "Esas son malas noticias". Dice el
capitán:"Mi corazón se va a partir".
El teniente grita: ¿Qué voy a hacer? No sé qué camino
seguir". Dice el doctor: "También yo soy un
caballero, un caballero de gran categoría;
Me iré a alguna feria de pueblo y allí ejerceré de
charlatán".

Eso va por ti, Stephen. Ja, ja, ja!

Dice el guardiamarina: "No tengo oficio; algún oficio
tengo que escoger".
Me iré a la entrada del parque Saint James y allí
zapatos limpiaré, y allí todo el día me quedaré para
atender a todos los que me quieran llamar,
y a quienes pasen por allí les diré: "¿ Quiere que le
saque a sus zapatos un brillo sin igual?"

El señor Quarles se asomó a la puerta, reconoció la canción y aspiró aire profundamente. Y puesto que Jack era un invitado, un oficial superior, nada menos que un capitán de corbeta con una charretera en su hombro y, además, alto y corpulento, el señor Quarles exhaló el aire en un suspiro y cerró la puerta.

–Debería haber cantado más bajo -dijo Jack.

Aproximó la silla a la mesa y continuó en voz más baja:

–En verdad, son esos hombres los que me dan pena. También estoy apenado por mí mismo, naturalmente, pues hay pocas posibilidades de que pueda conseguir un barco y, desde luego,

aunque lo lograra, no hay ningún enemigo que capturar; pero eso no es nada en comparación con lo suyo. Nosotros hemos tenido suerte con el dinero de los botines, y si no fuera por ese condenado retraso en nombrarme capitán de navío, me sentiría muy contento de pasar seis meses en tierra. Cazaría, escucharía buena música, iría a la ópera. ¡Podríamos incluso ir a Viena! ¿Eh? ¿Qué te parece, Stephen? Pero debo reconocer que esa tranquilidad me irrita profundamente, aunque eso no es nada en comparación con lo suyo, y no dudo que se solucionará muy pronto.

Cogió el ejemplar de The Times y echó un vistazo a la London Gazette por sí se hubiera saltado su nombre al leerla las tres veces anteriores. Luego, dejándolo a un lado dijo:

–¿Te importaría pasarme el que está encima de la taquilla? El Sussex Courier.

Y añadió cinco minutos más tarde:

–Esto está bien, Stephen. El señor Savile reunirá su jauría el miércoles 6 de noviembre de 1802, a las diez, en Champflower Cross. Yo fui con ellos una vez cuando era niño; el regimiento de mi

padre estaba acampado en Rainsford. Una zona de caza de siete millas, un lugar extraordinario si uno tiene un buen caballo. Escucha esto: elegante residencia para caballero, en terreno calizo, se alquila por años a precio moderado. Dice que tiene capacidad para diez personas.

–¿Tiene salones?

–Por supuesto que sí. ¡Qué cosas tienes Stephen! No sería una elegante residencia para caballero si no los tuviera. Y diez dormitorios. ¡Dios! Es una casa de excelentes características, no demasiado lejos del mar, en un buen lugar.

–¿No habías pensado ir a Woolhampton, a casa de tu padre?

–Sí…sí. Pienso hacerle una visita, desde luego. Pero estará mi madrastra, ya sabes. Y si te digo la verdad, no creo que salgan bien las cosas.

Hizo una pausa tratando de recordar el nombre del personaje clásico que lo había pasado tan mal con la segunda mujer de su padre. Y es que el general Aubrey se había casado hacía poco con la lechera, una hermosa joven de ojos negros y manos húmedas que

Jack conocía muy bien. ¿Era Acteón, Ajax, Arístides? Le parecía que su caso y el de ese personaje eran muy similares, y que nombrándolo daría a entender cuál era la situación; pero el nombre no acudía a su mente, y después de unos instantes volvió a los anuncios.

–Tiene muchas ventajas estar en las proximidades de Rainsford: hay tres o cuatro jaurías en la zona, Londres está a un día de camino y hay docenas de elegantes residencias para caballeros, todas en terreno calizo. Podríamos compartir los gastos, Stephen, y traer a Bonden, Killick, Lewis y, tal vez, a uno o dos hombres más de la antigua tripulación de la Sophie, y también podríamos pedirle a algunos de los cadetes que vinieran a quedarse con nosotros. Nos divertiremos mucho, será como estar en Fiddler's Green.

–Ese es, precisamente, el lugar que me gusta -dijo Stephen-. No importa lo que digan los anuncios, el caso es que el suelo de la zona es calizo y en los downs hay algunas plantas y escarabajos muy curiosos. Y estoy ansioso por ver una charca formada por el

rocío.

Polcary Down bajo el cielo de invierno; un penetrante viento del norte pasaba sobre las vegas, atravesaba el terreno arado y subía hasta la amplia pradera flanqueda en la parte más baja por un bosquecillo que llamaban el tojal de Rumbold. Una veintena de figuras con chaqueta roja se encontraban cerca del tojal; y mucho más abajo, en medio de la ladera, inmóvil tras su yunta de bueyes de Sussex al final de un surco, un labrador miraba cómo los perros de caza del señor Savile se abrían paso entre los tojos y los restos parduzcos de los helechos.

Avanzaban lentos, inseguros, rastreando de forma irregular, de modo que los cazadores tenían mucho tiempo para beber de los frascos, soplarse las manos y observar el paisaje a sus pies: el río que serpenteaba a través de un mosaico de campos, las torres o los campanarios de Hither, Middle, Nether y Savile Champflower, las seis o siete casonas diseminadas por el valle, la hilera de colinas calizas redondeadas, como lomos de ballena y, a lo lejos, el plomizo mar.

Era un campo pequeño, y casi todos se conocían. Había media docena de agricultores, algunos caballeros de Champflower y las parroquias vecinas, dos oficiales del ejército procedentes del campamento de Rainsford; estaba el señor Burton que, con la esperanza de ver a la señora Saint John, había salido de casa a pesar de su terrible resfriado, y también el doctor Vining, con el sombrero prendido a la peluca y ambas cosas sujetas por un pañuelo que llevaba atado debajo de la barbilla. Él se había desorientado en las primeras vueltas -no podía resistir el sonido del cuerno- y se sentía molesto cada vez que veía desaparecer poco a poco la pista. En medio del gélido viento, miraba de vez en cuando hacia la distante Mapes Court, donde la señora Williams le estaba esperando, mientras pensaba: "No le ocurre nada. Mis conocimientos médicos no servirán de nada; pero como verdadero cristiano debería hacerle una visita. Y voy a hacérsela, por supuesto, a menos que ellos encuentren de nuevo la presa antes de que cuente cien". Se puso el dedo sobre el pulso y empezó a contar. Al llegar a noventa se detuvo y miró a su alrededor tratando de retrasarse, y al otro lado del

bosquecillo vio a una figura que no conocía.

–Ese es el médico del que me han hablado, no cabe duda –

dijo-. Lo más correcto sería ir a su encuentro y saludarlo. Un tipo

raro. ¡Ya lo creo que es raro!

El tipo raro estaba subido a una jaca, algo insólito en un

terreno de caza. Pero aparte de que llevara la jaca, él mismo tenía

un aspecto extraño por el color pizarra de su ropa, la palidez de su

rostro y, sobre todo, de su cabeza rapada (su sombrero y su peluca

estaban atados a la silla de montar), y el modo en que mordía un

trozo de pan frotado con ajo. Le gritaba a su compañero, en quien el

doctor Vining reconoció al nuevo inquilino de Melbury Lodge.

–Te lo digo, Jack -gritaba-, te digo que…

–¡Eh, señor! ¡El de la jaca! – gritó furioso el señor Savile-.

¿Quiere dejar que los endemoniados perros sigan con su trabajo?

¿Eh? ¿Cree que esto es un maldito café? Dígame, ¿es ésta una

condenada sociedad que organiza debates?

El capitán Aubrey frunció los labios con expresión grave y

montado en su caballo recorrió las veinte yardas que los separaban.

–Dímelo después, Stephen -dijo en voz baja, llevándose a su amigo hacia un lugar del bosque donde el dueño no pudiera verlo-. Dímelo después, cuando ellos hayan encontrado el zorro.

Aquella expresión grave resultaba extraña en la cara de Jack –ahora roja como su chaqueta a causa del tiempo- y tan pronto como estuvieron al amparo de un espino que el viento azotaba, se volvió animosa y alegre, como era habitual en él. Entonces Jack observó atentamente los tojos, desde donde se escuchaban jadeos y crujidos indicando la presencia de la jauría.

–¿Es un zorro lo que están buscando? – dijo Stephen Maturin como si los hipogrifos fueran las piezas de caza más corrientes en Inglaterra. Luego volvió a quedarse ensimismado y continuó comiéndose el pan lentamente.

El viento seguía soplando hacia lo alto de la colina; nubes remotas cruzaban por el cielo con regularidad. De tanto en tanto, el enorme caballo de caza de Jack, una reciente adquisición, levantaba las orejas en actitud atenta. Era un caballo bayo, de constitución fuerte, muy adecuado para las doscientas veinticinco libras de Jack,

pero le gustaba poco cazar y, como muchos otros caballos castrados, se sentía descontento y pasaba mucho tiempo lamentándose de la pérdida de sus testículos. Si los pensamientos que se sucedían en su cabeza se hubieran transformado en palabras, éstas habrían sido: "Pesa demasiado; se sienta demasiado adelante cuando saltamos una cerca; ya he cargado con él bastante tiempo por hoy; me lo voy a quitar de encima enseguida, ya verá. Estoy oliendo una yegua. ¡Una yegua! ¡Oh!". Le temblaron las anchas aletas de la nariz y comenzó a piafar.

Jack miró a su alrededor y vio a unas personas que llegaban al campo. Una joven y un mozo de cuadras subían apresuradamente por la parte donde estaba el terreno arado, el mozo iba montado en una jaca y la joven en una pequeña yegua alazana de raza. Cuando ya estaban cerca de la valla que separaba el terreno de caza del resto de la colina, el mozo comenzó a cabalgar a medio galope y se aproximó a un portillo para abrirlo, pero la joven dirigió la yegua hacia la valla y saltó por encima con gran habilidad. Justo en ese momento, en el bosque se oyó un quejido y luego un intenso clamor,

presagiando algo importante.

El ruido cesó; un perro pasó al campo, buscando algo con los ojos. Stephen Maturin salió de atrás del tupido espino para seguir con la vista el vuelo de un halcón, y la yegua alazana calzada de blanco, al ver la jaca, empezó a mover nerviosamente las patas y a sacudir la cabeza.

–Tranquila -dijo la joven con voz dulce y clara. Nunca antes Jack había oído una voz como aquella, y con gran interés se volvió para observar a la joven. Ella estaba ocupada en controlar la excitada yegua, pero poco después sus ojos se encontraron con los de él y ella frunció el ceño. Él desvió la vista y sonrió pensando en que era muy bella, realmente hermosa, con aquel color intenso en las mejillas y la espalda muy recta, llevando las riendas de su yegua con gracia y naturalidad, lo mismo que un guardiamarina llevaba la caña del timón en plena marejada. Ella tenía el pelo negro y los ojos azules, y un aire insolente que resultaba gracioso a la vez que conmovedor en una persona tan menuda. Vestía un gastado traje de montar azul con las solapas y los puños blancos, como el uniforme

de los tenientes de marina, y un llamativo tricornio con una pluma de avestruz formando un gran rizo. Llevaba el pelo recogido debajo del sombrero y de un modo ingenioso, probablemente utilizando peinetas, se había dejado sólo una oreja al descubierto; y esa oreja perfecta, como Jack pudo observar cuando la yegua se acercó a él reculando, era rosada como…

–Ahí está el zorro que buscaban -señaló Stephen, en tono despreocupado-. Ahí está el zorro de que tanto hemos oído hablar. Aunque, en verdad, es una zorra, estoy seguro.

El zorro, de color pardo rojizo, descendió rápidamente por uno de los surcos del terreno y, pasando entre ellos, se dirigió hacia el campo arado. Los caballos y la jaca levantaron las orejas indicando su dirección, como si usaran un sistema de señales. Cuando el zorro era bien visible, Jack se puso de pie en los estribos y, sujetándose el sombrero, comenzó a sonar el cuerno tan fuerte que casi podían oírlo en alta mar; y al escuchar aquel estruendo, un cazador acudió corriendo como un loco y llegaron perros desde todas partes del tojal. Estos encontraron la pista en la abrigada hondonada y se

alejaron en medio de terribles aullidos. Cruzaron rápidamente la cerca y llegaron hasta la mitad del campo de rastrojos; formaban un grupo compacto -y muy musical- y el cazador iba con ellos. Desde el bosque fue propagándose un ruido ensordecedor por el terreno de caza; alguien abrió el portillo, y un momento después una ansiosa multitud trataba de pasar a empujones al otro lado. Jack se sujetaba fuerte y no quería empujar, pues esa era su primera salida en aquel lugar desconocido, pero el corazón le saltaba dentro del pecho y ya había decidido qué línea de actuación seguiría una vez que la presión hubiera disminuido.

Jack era un apasionado cazador; amaba todo lo relacionado con la caza, desde el sonido del cuerno, al comienzo, hasta el olor rancio de la carne desgarrada del zorro. Sin embargo, a pesar de algunos desafortunados periodos sin tener barco, había pasado dos tercios de su vida en el mar y, por tanto, no tenía tanta destreza para la caza como creía.

Todavía los cazadores estaban agolpados junto al portillo abierto, y no habría posibilidad de pasar hasta que todo el grupo no

estuviera en el otro campo. Jack hizo girar su caballo y se dirigió hacia la valla gritando:

–¡Vamos, Stephen!

Vio de reojo, fugazmente, la yegua alazana entre su amigo y la multitud. Cuando el caballo castrado se elevaba, sintió desplazarse el peso que llevaba encima, pues Jack se había vuelto para ver qué hacía la joven; pasó por encima de la valla con un salto muy alto y rápido y cayó del otro lado con la cabeza baja. Luego, con una hábil sacudida de los hombros y un empujón de la grupa hacia arriba, desmontó a su jinete.

Éste no cayó de golpe. Fue deslizándose de forma lenta e ignominiosa por el resbaladizo hombro izquierdo, con un puñado de pelos de la crin en la mano derecha, y al caballo, que se había adueñado de la situación, le bastaron veinte yardas para quedarse con la silla vacía.

No obstante, la satisfacción del caballo no duró. A Jack se le había trabado la bota en el estribo izquierdo y no podía sacarla, de modo que su corpulenta figura iba dando trompicones y recibiendo

golpes junto al caballo castrado, entre horribles rugidos y maldiciones. El caballo comenzó a mostrarse inquieto y asustado, resoplando y abriendo desmesuradamente los ojos, y atravesaba cada vez más rápido los oscuros, pedregosos e interminables surcos. El labrador dejó los bueyes y empezó a subir torpemente por la colina agitando el aguijón. Un joven alto con chaqueta verde, del grupo de a pie, corría hacia el caballo con los brazos abiertos, gritando:

–¡So!¡So!

La jaca, la última del grupo que salía del campo, se volvió y se apresuró a pasar al otro lado para cortarle el paso al caballo castrado. Pasó casi arrastrándose por el suelo entre la multitud, dejándola atrás, se cruzó en el camino del caballo y se mantuvo firme, recibiendo el impacto. Entonces, como un héroe, Stephen desmontó rápidamente, cogió las riendas del caballo y permaneció allí hasta que, con gran ruido de pasos, llegaron el hombre de la chaqueta verde y el labrador.

Los bueyes, abandonados en medio del surco, estaban tan

excitados por este jaleo que se habían animado a hacer ellos también una travesura. Pero antes de que se decidieran a hacerla, ya todo había terminado. El labrador llevaba el avergonzado caballo hacia la orilla del campo, mientas los otros dos hombres sostenían al jinete magullado y con la cabeza ensangrentada y escuchaban muy serios sus explicaciones. La jaca iba detrás.

Mapes Court era una casa enteramente femenina: no había ni un solo hombre en ella, aparte del mayordomo y el mozo de cuadras. La señora Williams era una mujer por su propia naturaleza; pero lo era de un modo tan marcado, tan rotundo, que carecía de personalidad propia. Era, además, una mujer vulgar, aunque procedía de una de las familias importantes del lugar, que se había establecido allí desde los tiempos de Guillermo el Taciturno.
Era difícil encontrar un parecido, un aire de familia, entre ella y sus hijas y su sobrina, quienes componían el resto de la familia. En realidad, la casa distaba mucho de ser un lugar donde pudiera apreciarse un aire de familia, pues por un lado, los borrosos retratos

parecían haber sido comprados en distintas subastas y, por otro, las tres hijas eran tan diferentes en su forma de pensar como en su aspecto, a pesar de que se habían educado juntas, con las mismas personas alrededor, en el mismo ambiente de veneración al dinero y veneración a la posición social, en el que abundaban las muestras de indignación, una indignación cuya existencia no tenía necesariamente un motivo concreto sino cualquiera que se encontrara de repente; por ejemplo, el hecho de que una criada llevara hebillas de plata los domingos provocaba comentarios indignados durante toda una semana.

Sophia, la mayor, era una joven alta, de grandes ojos grises y frente ancha y sin arrugas, con una expresión muy dulce. Tenía el pelo suave, de un rubio casi dorado, y una piel exquisita. Era reservada y vivía soñando en su mundo interior, sin contarle a nadie sus sueños. Tal vez la rectitud sin principios de su madre era la que había provocado su aversión a la edad adulta; pero de todos modos, ella parecía tener mucho menos de veintisiete años. Esto no provocaba en ella afectación ni coquetería sino que le daba un aire

sublime, como el de una víctima para el sacrificio. Parecía otra Ifigenia. Era muy admirada por su belleza; siempre vestía con elegancia y sus maneras eran encantadoras. Hablaba poco, tanto en casa como fuera de ella, pero era capaz de hacer de repente una aguda observación o un comentario que demostraban que era mucho más inteligente y reflexiva de lo que cabía esperar por su rudimentaria educación y su tranquila vida provinciana. Sus comentarios tenían un gran impacto, al proceder de una persona amable, dócil, lánguida y reservada como ella, y siempre sorprendían a los hombres que no la conocían bien, hombres que hablaban animadamente de banalidades, conscientes de la superioridad de su sexo. De forma imprecisa, ellos advertían en sus palabras una fuerza subyacente y la relacionaban con la expresión de secreto regocijo que ella tenía en ocasiones, como si disfrutara de algo que no quería compartir.

Cecilia era la hija que más se parecía a su madre: un poco regordeta, de cara redonda, rubia y de ojos azules, siempre con adornos y rizos en el pelo, superficial y tonta casi hasta la

simplicidad, pero feliz, llena de una alegría estrepitosa, y sin ninguna malicia. Le encantaba la compañía de los hombres, hombres de cualquier tamaño y edad. No así a Frances, su hermana más pequeña; le resultaba indiferente la admiración de ellos. Era una graciosa joven de largas piernas, a quien todavía le gustaba silbar y tirar piedras a las ardillas que vivían en los nogales. Aún tenía la falta de piedad de la juventud y era realmente fascinante, como un espectáculo. Tenía el pelo negro y los ojos grandes, de color azul grisáceo como su prima Diana, pero la diferencia con sus hermanas era tan grande como la que existe entre personas de diferente sexo. Todo lo que tenían en común era gracia juvenil, mucha alegría, una estupenda salud y diez mil libras cada una.

Con todos estos atractivos resultaba extraño que ninguna de ellas se hubiera casado, sobre todo porque el enlace matrimonial siempre estaba presente en la mente de la señora Williams. Esto se debía, en buena medida, a la escasez de hombres, de solteros elegibles, en la vecindad, los perjudiciales efectos de diez años de guerra y el rechazo de Sophia (había tenido varias proposiciones),

pero también al afán de la señora Williams de conseguir un buen compromiso matrimonial y al hecho de que los lugareños no desearan tenerla como suegra.

Era dudoso que a la señora Williams le fueran simpáticas sus hijas; las quería, desde luego, y "había sacrificado todo por ellas", pero no tenía mucho tiempo para pararse a pensar si le eran simpáticas; estaba demasiado ocupada en obrar con rectitud (¿Has pensado alguna vez, señora Williams, sierva mía, que no hay nada mejor en la tierra que una mujer intachable y recta?) y soportar el cansancio y el abuso. El doctor Vining, que la conocía de toda la vida y había visto nacer a sus hijas, pensaba que no le agradaban; pero incluso él, que no le tenía mucha simpatía, reconocía que velaba con verdadero celo por sus intereses. Ella podía quitarles el entusiasmo, mostrar su pertinaz desaprobación a lo largo del año, estropearles incluso los cumpleaños con sus terribles dolores de cabeza, pero peleaba como una tigresa con padres, fideicomisarios y abogados por "una adecuada dote". A pesar de todo, tenía todavía tres hijas solteras, y se consolaba pensando que esto se debía a que eran

eclipsadas por su sobrina. En verdad, la belleza de Diana Villiers y la de Sophia eran comparables, aunque de muy distinto signo. Diana, al tener siempre la espalda muy recta y la cabeza erguida, parecía bastante alta, pero sólo le llegaba a su prima hasta la oreja. Ambas poseían una gracia natural en grado superlativo, pero mientras los movimientos de Sophia eran suaves, lánguidos, casi perfectos, los de Diana eran ágiles y de ritmo rápido, y bailaba magníficamente, aunque sólo en las contadas ocasiones en que se celebraba algún baile en veinte millas alrededor de Mapes Court. Por otra parte, la piel de Diana, a la luz de las velas, parecía casi tan tersa como la de Sophia.

La señora Villiers era viuda. Había nacido el mismo año que Sophia, pero había llevado una vida muy diferente. A los quince años, tras la muerte de su madre, se había ido a India para llevar la casa de su padre, un hombre rico y disoluto. Allí había vivido con gran lujo, incluso después de casarse con un joven sin dinero, el ayudante de campo de su padre, pues éste se trasladó a su enorme y laberíntico palacio, donde la presencia de un esposo y una

veintena de criados más pasaba desapercibida. Aquel matrimonio fue una insensatez desde el punto de vista emocional -ambos eran demasiado apasionados, fuertes, obstinados y no hacían otra cosa que criticarse mutuamente- pero desde el punto de vista material fue muy importante. El matrimonio le proporcionó un atractivo esposo y podría haberle proporcionado también un parque con ciervos y diez mil libras anuales, pues no sólo su padre, Charles Villiers, estaba bien relacionado (durante toda su vida había tenido el deseo enfermizo de pertenecer a una clase alta), sino que también era inteligente, culto, falto de escrúpulos, activo y dotado para la política, sin duda el hombre adecuado para hacer carrera en la India. Tal vez podría ser otro Clive, y ya era rico desde los treinta y tantos años. Pero su padre y su esposo murieron en un enfrentamiento contra Tippoo Sahib, el primero dejando una deuda de trescientas mil rupias y el segundo otra de casi la mitad de esta suma.

La Compañía de Indias le pagó a Diana el viaje de regreso y le asignó cincuenta libras anuales hasta que volviera a casarse y ella regresó a Inglaterra con un baúl de ropa para clima tropical,

conociendo un poco mejor el mundo y casi nada más. Volvió, en realidad, a la época escolar, o a una situación muy parecida, pues enseguida se dio cuenta de que su tía quería tenerla bajo su control para que ella no tuviera posibilidad alguna de estropear los proyectos para sus hijas. Y puesto que no tenía dinero ni ningún otro lugar donde ir, decidió integrarse en este tranquilo y pequeño mundo de la campiña inglesa, de ideas fijas y extraña moralidad. Estaba dispuesta, e incluso obligada, a aceptar una relación de protectorado, y desde el principio determinó ser dócil, prudente y reservada; sabía que otras mujeres la considerarían una amenaza y no quería provocarlas. Pero a veces esta teoría difería mucho de la práctica, sobre todo porque la idea que tenía la señora Williams de un protectorado correspondía más bien a la de una total anexión. La señora Williams temía a Diana y no se atrevía a presionarla demasiado, pero no cejaba en su intento de triunfar moralmente sobre ella; y era sorprendente comprobar cómo aquella mujer tan estúpida, olvidando sus principios y el sentido del honor, lograba hacerle daño donde más le dolía.

Esa situación duraba desde hacía años, y las excursiones clandestinas, o al menos inconfesadas, que Diana hacía con la jauría del señor Savile tenían otro objetivo además de sentir el placer de cabalgar. Ahora, a su regreso, se encontró en el vestíbulo con su prima Cecilia, que se dirigía apresuradamente al espejo de cuerpo entero, situado entre las ventanas de la sala de desayuno, para mirarse su nuevo tocado.

–Pareces el Anticristo con ese indecoroso sombrero -dijo con voz sombría, pues los perros habían perdido el zorro y los dos únicos hombres de aspecto tolerable se habían esfumado.

–¡Oh! ¡Oh! – exclamó Cecilia-. ¡Qué palabra más espantosa! Sin duda es una blasfemia. Te aseguro que no me han dicho nada tan horrible desde que Jemmy Blagrove me dijo aquella grosería. Se lo voy a decir a mamá.

–No seas tonta, Cissy. Es una cita literaria, de la Biblia.

–¡Oh! De todos modos, me parece espantosa. Estás cubierta de barro, Di. ¡Oh, me has cogido mi tricornio! ¡Eres muy mala! Seguro que le has estropeado la pluma. Se lo voy a decir a mamá.

Le arrebató el sombrero, y al ver que no estaba estropeado se ablandó y continuó:

–¡Cómo te has ensuciado en el paseo! Habrás ido por Gallipot Lane seguramente. ¿Viste la cacería? Estuvieron cazando toda la mañana en Polcary, con esos chillidos y aullidos horribles.

–Les vi de lejos -dijo Diana.

–Me has asustado tanto con eso espantoso que has dicho sobre Jesús -dijo Cecilia soplando la pluma de avestruz-, que casi olvidaba darte la noticia. ¡El almirante ha vuelto!

–¿Ya ha vuelto?

–Sí. Y vendrá esta tarde. Mandó a Ned con sus saludos y el mensaje de que vendría después de comer a traerle la lana de Berlín a mamá. ¡Qué divertido! ¡Él nos hablará de esos hombres jóvenes y apuestos! ¡Hombres, Diana!

Apenas acababa de reunirse la familia para tomar el té cuando entró el almirante Haddock. No era un almirante destacado; se había retirado sin haber izado su insignia y no navegaba desde 1794, pero era la única autoridad en asuntos navales con que ellas contaban, y

lo habían echado mucho de menos desde la inesperada llegada del capitán de marina Aubrey. Ese capitán había alquilado Melbury Lodge y, por tanto, estaba en su esfera de influencia, pero ellas no sabían nada sobre él ni podían, por ser damas, visitarlo, ya que él era un hombre soltero.

–Por favor, almirante -dijo la señora Williams después de haber mirado la lana de Berlín con atención, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos, y de haberla elogiado sin mucho entusiasmo, diciendo que nada podía comparársele en calidad, color y precio, aunque pensando en que no servía para nada-. Por favor, almirante, háblenos de ese tal capitán Aubrey que dicen que ha alquilado Melbury Lodge.

–¿Aubrey? ¡Ah, sí! – dijo el almirante pasándose la lengua seca por los labios también secos, como un papagayo-. Lo sé todo sobre él. No le he visto, pero he hablado de él con algunas personas en el club y el Almirantazgo, y al llegar a casa busqué su nombre en el Boletín de la Armada. Es un hombre joven, sólo un capitán de corbeta, ¿sabe?

–¿Quiere usted decir que finge ser un auténtico capitán? –
gritó la señora Williams con verdaderos deseos de creerlo así.
–No, no -dijo impaciente el almirante Haddock-. En la
Armada, a todo el que tiene un mando le llamamos capitán tal y tal.
Y a los auténticos capitanes, los capitanes por nombramiento, les
llamamos capitanes de navío. Cuando a alguien se le nombra capitán
de navío, esto significa que le han otorgado el mando de un navío de
sexta clase o superior, por ejemplo, de veintiocho cañones, o de una
fragata de treinta y dos cañones. Un navío de categoría, estimada
señora.
–¡Ah! – dijo la señora Williams asintiendo con la cabeza y
poniendo cara de entenderlo todo.
–Sólo es un capitán de corbeta, pero actuó
extraordinariamente bien en el Mediterráneo. Lord Keith le autorizó
a hacer un crucero tras otro en ese viejo bergantín con alcázar que
le quitamos a los españoles en 1795 y él se las hizo pasar moradas a
los barcos a lo largo de toda la costa. Hubo ocasiones en que casi
llenó con sus presas el canal de Lazaretto en Mahón. Le llamaban

Jack el afortunado. Debe de haber conseguido un dineral, ya lo creo que sí, un dineral. ¡Y fue él quien capturó el Cacafuego! ¡Él mismo! –dijo el almirante triunfante, mirando los rostros inexpresivos que le rodeaban.

Hizo una pausa momentánea y, al darse cuenta del atontamiento de ellas, sacudió la cabeza diciendo:

–Por lo que parece, ustedes no han oído hablar de esta batalla.

No, no habían oído hablar de ella. Sentían mucho decirle que no habían oído mencionar el Cacafuego. ¿Era esa la batalla de San Vicente? Tal vez había tenido lugar cuando ellas estaban tan atareadas con las fresas. Habían preparado doscientos potes.

–Bueno, el Cacafuego era un jabeque-fragata español de treinta y dos cañones, y el capitán Aubrey fue por él en esa pequeña corbeta de catorce cañones, luchó hasta dejarlo fuera de combate y se lo llevó a Menorca. ¡Qué acción de guerra! Fue muy elogiada por la Armada. Y si no hubiera sido por un aspecto legal en relación con la documentación del jabeque, pues éste había sido prestado a los

comerciantes de Barcelona y no estaba al mando de su capitán titular, lo que significaba que técnicamente en ese momento no era un barco del Rey sino un barco corsario, le habrían nombrado capitán de navío y le habrían dado el mando del jabeque. Tal vez incluso le habrían nombrado caballero. Pero al final -es un asunto complicadísimo, se lo explicaré en otro momento, aunque tal vez no sea apropiado hablarle a las jóvenes de una cosa así- el jabeque no fue comprado por la Armada y él no fue ascendido ni creo que logre ser ascendido nunca. Aubrey es un repugnante y fanfarrón Tory, o al menos su padre lo es, pero aun así, eso fue vergonzoso. Puede que no sea un hombre como es debido, pero me interesaré por sus asuntos. Iré a visitarle mañana para expresarle mi opinión sobre su acción y sobre esa injusticia.

–¿Así que no es un modelo de hombre, señor? – preguntó Cecilia.

–¡Oh, no, querida! No lo es. No lo es en absoluto, según me han dicho. Puede que tenga empuje, y en verdad lo tiene, pero disciplina… ¡Quia! Ese es el problema de muchos de estos jóvenes; y

eso no se considera bueno en la Armada, no lo considera bueno Saint Vincent. Hay muchas quejas sobre su falta de disciplina, su independencia y su desobediencia a las órdenes. No hay futuro en la Armada para ese tipo de oficiales, sobre todo con Saint Vincent en el Almirantazgo. Y además, me temo que él no cumple con el quinto mandamiento como debería.

En los rostros de las jóvenes se dibujó una expresión pensativa mientras repasaban mentalmente el Decálogo y, según su inteligencia, fueron dejando de fruncir el entrecejo a medida que pasaban de la santificación de las fiestas al mandamiento a que había aludido el almirante. Éste continuó:

–Se habló mucho de la señora… de la esposa de un alto oficial, y todos dicen que ese es el fondo de la cuestión. Aubrey es un calavera sin remedio, creo yo, y un indisciplinado, lo que es peor aún. Podrán decir ustedes lo que quieran del viejo Jarvie, pero él no soporta la indisciplina. Ni tampoco le gustan los Tories.

–¿El viejo Jarvie es el nombre que le dan en la Armada a Satanás, señor? – preguntó Cecilia.

–Es el conde Saint Vincent, querida, el First Lord del Almirantazgo -dijo el almirante, frotándose las manos.

Al oír mencionar la autoridad, la señora Williams adoptó una expresión solemne y respetuosa. Y después de una reverente pausa dijo:

–Me parece que ha mencionado usted al padre del capitán Aubrey, ¿verdad, almirante?

–Sí. Es el general Aubrey, el que armó aquel jaleo al darle una paliza al candidato del partido de los Whigs por Hinton.

–Algo muy vergonzoso. Pero, sin duda, para pegarle a un miembro del parlamento él debe de tener una fortuna considerable.

–Tan sólo moderada, señora. Tiene una pequeña propiedad de moderado tamaño cerca de Woolhampton; y está cargado de deudas, según me han dicho. Mi primo Hammer le conoce bien.

–¿Y el capitán Aubrey es su único hijo?

–Sí, señora. Aunque, a propósito, ahora tiene una madrastra; el general se casó con una joven del pueblo hace algunos meses. Dicen que es una joven hermosa y llena de energía.

–¡Dios mío! ¡Qué terrible! – dijo la señora Williams-. Pero supongo que no habrá peligro. Supongo que el general tendrá ya cierta edad.

–No, señora -dijo el almirante-. No tendrá más de sesenta y cinco años. Si yo estuviera en el lugar del capitán Aubrey, estaría muy preocupado.

A la señora Williams se le iluminó el semblante.

–¡Pobre joven! – dijo apaciblemente-. Confieso que lo compadezco.

El mayordomo se llevó la bandeja del té, echó carbón al fuego y comenzó a encender las velas.

–¡Cómo se están acortando las tardes! – dijo la señora Williams-. Deje los candelabros de pared que están junto a la puerta. Tire de las cortinas con el cordón, John. Si se cogen por la tela se gastan mucho y no es bueno para las anillas. ¿Y bien, almirante, qué puede decirnos del otro caballero de Melbury Lodge, el íntimo amigo del capitán Aubrey?

–¡Ah, ese hombre! – dijo el almirante Haddock.– No sé mucho

sobre él. Era el cirujano del capitán Aubrey en la corbeta. Y me parece haber oído que es el hijo natural de no sé quién. Su nombre es Maturin.

–Discúlpeme, señor -dijo Frances-, pero ¿qué es un hijo natural?

–Bueno… -dijo el almirante mirando a su alrededor.

–¿Es que son más naturales los hijos que las hijas?

–Silencio, querida -dijo la señora Williams.

–El señor Lever estuvo en Melbury -dijo Cecilia-. El capitán Aubrey se había ido a Londres -no hace más que ir a Londres, por lo visto- pero el señor Lever pudo ver al doctor Maturin y dice que es muy raro, que parece un caballero extranjero. El doctor estaba cortando en pedazos un caballo en el salón de invierno.

–¡Qué desagradable! – dijo la señora Williams-. Tendrán que usar agua fría para la sangre. El agua fría es lo único que hay para las manchas de sangre. ¿No le parece, almirante, que se les debería decir que deben usar agua fría para las manchas de sangre?

–Creo que están bastante acostumbrados a quitar manchas de

ese tipo, señora -dijo el almirante-. Pero ahora que lo pienso –paseaba la vista por la habitación- es estupendo para sus hijas que esos dos marinos con los bolsillos llenos de guineas estén en tierra y se hayan instalado tan cerca de ustedes. Cualquiera que necesite un marido no tiene más que silbar, y ellos vendrán corriendo. ¡Ja, ja, ja!

La ocurrencia del almirante tuvo una horrible acogida; ninguna de las jóvenes rió con él. Sophia y Diana se pusieron serias, Cecilia echó hacia atrás la cabeza, Frances arrugó el entrecejo y la señora Williams frunció los labios y bajó la mirada tratando de encontrar una réplica aguda.

–Sin embargo -continuó con perplejidad ante la repentina frialdad que había en la habitación-, será inútil hacerlo, completamente inútil, ahora que me acuerdo. El le dijo a Trimble, quien le propuso un encuentro con su cuñada, que había terminado con las mujeres. Parece que fue tan desgraciado en su última relación amorosa que ha terminado con las mujeres. Y en verdad es un hombre desafortunado, aunque lo llamen de otro modo: no

solamente lo ha perjudicado ese horrible asunto de su ascenso y el maldito matrimonio de su padre, tan inoportuno, sino que también tiene pendiente ante el tribunal del Almirantazgo una apelación con referencia a dos presas neutrales. Creo que esa es la razón de ese fatigoso e incesante ir y venir a Londres. Es un hombre desafortunado, no cabe duda, y tampoco cabe duda de que ha terminado por comprenderlo. Así que muy acertadamente ha abandonado la idea del matrimonio, en el que la suerte lo es todo, en verdad ha terminado con las mujeres.

–Eso es totalmente cierto -dijo Cecilia-. ¡No hay ni una sola mujer en la casa! La señora Burden, que casualmente pasó por allí, y Molly, que desde casa de su padre, justo detrás de la de ellos, puede ver todo, dicen que no hay ni una mujer en la casa. Ellos viven con un grupo de marineros que les atienden. ¡Qué extraño! Y sin embargo, la señora Burden, que pudo ver bien la casa, no cabe duda, dice que los cristales de las ventanas brillaban como diamantes y los marcos y las puertas estaban recién pintados de blanco.

–¿Cómo es posible que piensen que pueden arreglárselas solos? – preguntó la señora Williams-. Sin duda, es una actitud obstinada y contra natura. ¡Dios mío! No puedo imaginarme sentada en esa casa. Limpiaría mi asiento con un pañuelo, os lo aseguro.

–Bueno, señora-dijo el almirante-, nosotros nos las arreglamos bastante bien en la mar, ¿sabe?

–¡Ah, en la mar! – dijo la señora Williams con una sonrisa.

–¿Qué hacen si tienen que zurcir, los pobres? – preguntó Sophia-. Supongo que se comprarán ropa nueva.

–Me los imagino remendando las medias -dijo Frances con voz chillona-, moviendo con ahínco las agujas… "Doctor, ¿podría pasarme el estambre azul? Déjeme el dedal cuando acabe, por favor". ¡Ja, ja, ja, ja!

–Seguro que saben cocinar -dijo Diana-. Los hombres pueden asar a la parrilla un filete; y siempre hay huevos y pan con mantequilla.

–¡Pero es tan extraño! – exclamó Cecilia-. ¡Y tan romántico! Tan hermoso como unas ruinas. ¡Qué ganas tengo de verles!

CAPÍTULO 2

OceanofPDF.com

La relación no tardó en comenzar. Con prontitud naval, el

almirante Haddock invitó a las damas de Mapes a cenar con los recién llegados, y poco después el capitán Aubrey y el doctor Maturin fueron invitados a cenar en Mapes; eran unos jóvenes realmente excelentes, muy bien educados, una compañía agradable en extremo, y su presencia beneficiaba al vecindario. Para Sophia estaba claro, sin embargo, que el pobre doctor Maturin necesitaba alimentarse adecuadamente (había comentado "¡Estaba tan pálido y silencioso!"). Pero ni siquiera la persona de más tierno corazón, la más compasiva, podría haber dicho lo mismo de Jack, que había derrochado vitalidad desde antes del comienzo de la cena, cuando su risa se oía en el camino de entrada, hasta que cesaron los repetidos adioses en el helado pórtico. Desde el principio hasta el final, su rostro marcado por cicatrices de guerra había tenido una expresión franca, dibujándose en él ora una luminosa sonrisa, ora una mirada de satisfacción, y aunque sus ojos azules habían observado con cierta melancolía que la licorera permanecía estacionaria y los restos de pudding desaparecían, su conversación, simple pero muy alegre y

agradable, no perdió su fluidez en ningún momento. Con expresión agradecida, y una gran voracidad se había comido todo lo que le habían puesto delante, e incluso la señora Williams sintió cierta inclinación por él.

–Bueno -dijo ella, mientras el ruido de los cascos se alejaba en la noche-, creo que ésta es la cena que más éxito ha tenido de todas las que he dado. El capitán Aubrey se comió dos perdices; la verdad es que estaban muy tiernas. Y la isla flotante quedaba estupendamente bien en el bol de plata; habrá bastante para mañana. Y los restos del cerdo estarán deliciosos en picadillo. Ellos cenaron muy bien, no cabe duda; no creo que tengan a menudo una cena como ésta. Me asombra que el almirante haya dicho que el capitán Aubrey no era un hombre como es debido. Creo que es sobradamente un hombre como es debido. Sophie, cariño, dile a John, por favor, que eche en una botella pequeña el oporto que los caballeros dejaron, antes de ponerlo bajo llave; no es bueno dejar la licorera con el oporto.

–Sí, mamá.

–Bien, queridas -susurró la señora Williams tras una prudente pausa, después de cerrarse la puerta-, creo que todas habréis notado el gran interés del capitán Aubrey por Sophia; él fue muy elocuente. No dudo que… Creo que sería bueno que cuando estén juntos todas les dejáramos solos el mayor tiempo posible. ¿Me estás prestando atención, Diana?

–¡Oh, sí, señora! La entiendo perfectamente bien -dijo Diana volviéndose hacia ella desde la ventana. A lo lejos, en la noche de luna, el pálido camino serpenteaba entre Polcary y Beacon Down, y los jinetes subían ágilmente por él.

–Me pregunto… me pregunto -dijo Jack-, si quedará algún ganso en casa o si esos salvajes se los habrán comido todos. En cualquier caso, podemos comer una tortilla y una botella de clarete. Clarete. ¿Has conocido a alguna mujer que sepa de vinos?

–No.

–Y además, son condenadamente tacañas con el pudding. Pero, ¡son unas jóvenes tan encantadoras! ¿Viste cómo la mayor, la señorita Williams, sostenía el vaso de vino y a través de él miraba la

luz de la vela? Con una gracia… La finura de su muñeca y su mano, sus dedos tan largos…

Stephen Maturin se estaba rascando con la perseverancia de un perro; no le estaba atendiendo. Sin embargo, Jack continuó:

–Y la señorita Villiers, con su forma tan graciosa de erguir la cabeza y su color tan bello. Tal vez su piel no sea tan perfecta como la de su prima… Ha estado en India, me parece… ¡Qué ojos más azules! ¿Qué edad tendrá, Stephen?

–No llegará a los treinta.

–Recuerdo lo bien que montaba… ¡Dios mío! Si yo tuviera uno o dos años menos… ¡Cómo cambia un hombre! Pero a pesar de todo, me encanta estar rodeado de mujeres, ¡son tan distintas de los hombres! Dijo cosas amables sobre la Armada. Hablaba con mucha sensatez; comprendió perfectamente la importancia de la posición a barlovento. Debe de estar relacionada con marinos. Espero que la veamos de nuevo. Espero que las veamos a todas de nuevo.

Las vieron de nuevo, y antes de lo que esperaban. La señora Williams casualmente pasaba por Melbury y le ordenó a Thomas que

tomara el camino de entrada tan bien conocido. Una voz grave y potente cantaba del otro lado de la puerta:

Vosotras, lúbricas mujeres
que moráis en el burdel
¡Ja, ja, ja, ja! Je, je, je, je!
aquí tenéis a vuestro hombre.

Pero las damas entraron en el vestíbulo sin inmutarse, ya que ninguna, excepto Diana, entendía aquellas palabras, y ésta, de todos modos, no se enfadaba con facilidad. Con gran satisfacción observaron que el criado que les abrió la puerta estaba bien peinado, con una coleta que le llegaba a la mitad de la espalda, pero la sala donde fueron conducidas estaba muy desordenada. Probablemente habían hecho limpieza general aquella mañana, pensaba la señora Williams pasando el dedo por la parte superior del friso de madera. Lo único que la distinguía de otra sala cristiana normal y corriente era la alineación de las sillas, colocadas unas junto a otras completamente paralelas, como las vergas de un

barco, y el cordón de la campanilla, formado por un cabo de tres brazas, reforzado y forrado, que tenía en la punta una polea con una pieza de bronce.

La potente voz dejó de cantar y Diana pensó que a alguien se le habría puesto la cara colorada. La del capitán Aubrey estaba, en efecto, muy colorada cuando entró apresuradamente, pero él no titubeó al decir:

–¡Vaya, qué agradable recibir esta visita amistosa! Muy buenas tardes, señora. Señora Villiers, señorita Williams, servidor de ustedes… Señorita Cecilia, señorita Frances, me alegro mucho de verlas. Por favor, pasen a…

–Casualmente pasábamos por aquí -dijo la señora Williams-, y pensé que podíamos detenernos un momento para preguntar si va creciendo el jazmín.

–¿El jazmín? – preguntó Jack.

–Sí -dijo la señora Williams esquivando la mirada de sus hijas.

–¡Ah, el jazmín! Por favor, pasen al salón. El doctor Maturin y

yo tenemos allí un buen fuego y él es la persona adecuada para hablarle del jazmín.

El salón de invierno de Melbury Lodge era una agradable estancia de cinco lados con dos puertas de cristal que daban al jardín. Al final había un piano de color claro con numerosas partituras alrededor de él y muchas más encima. Stephen Maturin se levantó de la banqueta del piano, saludó con la cabeza y se quedó silencioso mirando a las visitantes. Vestía una chaqueta negra, tan vieja que por algunas partes estaba verdosa, y hacía tres días que no se afeitaba; de vez en cuando se pasaba la mano por la mandíbula rasposa.

–¡Vaya, si son ustedes músicos! – exclamó la señora Williams-. Violines… un violonchelo. ¡Me encanta la música, las sinfonías, las cantatas! ¿Toca usted este instrumento señor? – le preguntó a Stephen.

Por lo general, ella no le prestaba atención a éste, pues el doctor Vining le había dicho que los cirujanos navales solían ser poco instruidos y que estaban mal pagados; sin embargo, hoy se sentía

en buena disposición.

–He estado tocando esta pieza, señora -dijo Stephen-, pero el piano está muy desafinado.

–No lo creo, señor -dijo la señora Williams-. Es el instrumento más caro que se pueda tener: un Clementi. Recuerdo como si fuera ayer cuando lo trajeron en un coche.

–Los pianos se desafinan, mamá -murmuró Sophia.

–Los pianos Clementi no, querida -dijo la señora Williams con una sonrisa-. Son los más caros de Londres. Clementi es proveedor de la corte. (Les miró con reproche, como si ellos no fueran súbditos leales.) Además, señor-se volvió hacia Jack-, fue mi hija mayor quien decoró la tapa. Los dibujos son de inspiración chinesca.

–¡No se hable más, señora! – exclamó Jack-. Sería un instrumento muy desagradecido si se estropeara, habiendo sido pintado por la señorita Williams. Esta mañana estábamos admirando el paisaje y la pagoda, ¿verdad, Stephen?

–Sí -dijo Stephen, cogiendo de encima de la tapa el adagio de la sonata en re mayor de Hummel-. Estos son el puente, el árbol y

la pagoda que nos han gustado tanto.

Era un dibujo encantador del tamaño de una bandeja de té, de líneas finas y puras y colores suaves que parecían iluminados por la luz de la luna.

Turbada, como casi siempre, por la estridente voz de su madre, y perpleja ante tanta atención, Sophia bajó la cabeza. Luego, con una serenidad que no sentía en realidad, dijo:

–¿Era ésta la pieza que estaba tocando, señor? El señor Tindall me ha hecho tocarla una y otra vez como práctica.

Se apartó del piano con las partituras en las manos, y en ese momento comenzó una gran actividad en el salón. La señora Williams protestaba diciendo que no se sentaría ni tomaría ningún refresco; Preserved Killick y John Witsoever, marineros de primera, traían mesas, bandejas, teteras y más carbón. Frances hizo reír a Cecilia al susurrar:

–¡Eh! ¡Galletas de mar y un trago de ron!

Jack, seguido por la señora Williams y Stephen, salió del salón por una de las puertas de cristal, dirigiéndose hacia lo que él creía

que era el jazmín.

El verdadero jazmín, sin embargo, estaba en la pared de la biblioteca; y fue a través de las ventanas de ésta que Jack y Stephen oyeron las conocidas notas del adagio, tan remotas y cristalinas como si salieran de una caja de música. Era absurdo cómo se parecía la interpretación a la pintura; ambas eran suaves, etéreas, delicadas. Stephen Maturin hizo una mueca al oír el desafinado la y el estridente do y, al principio de la primera variación, miró desasosegado a Jack para ver si a él también le había lastimado los oídos el fraseo equivocado. Pero Jack parecía estar absorbido por la explicación de la señora Williams sobre cómo plantar el arbusto, un relato minucioso, preciso.

Ahora había otra mano en el teclado. Las notas del adagio se dispersaron sobre la fría y escasa hierba en un tono elevado, inexactas, pero fuertes y libres; la primera variación, un fragmento trágico, sonó con aspereza, reflejando una auténtica comprensión de su significado.

–¡Qué bien toca Sophia! – dijo la señora Williams ladeando la

cabeza-. Además, la melodía es muy dulce.

–Sin duda, esa no es la señorita Williams, señora -dijo Stephen.

–Claro que sí, señor -dijo la señora Williams-. Sus hermanas tan sólo saben tocar una escala, y sé muy bien que la señora Villiers no puede leer ni una nota. Ella no se dedicaría a hacer un trabajo duro.

Cuando regresaban a la casa a través del barro, la señora Williams les dijo lo que ellos debían saber sobre el trabajo duro, el gusto y la aplicación.

La señora Villiers se levantó de golpe y se separó del piano, pero no lo bastante rápido para evitar que la señora Williams la mirara indignada, tan indignada que su expresión no cambió durante el resto de la visita. Y tampoco cambió cuando Jack le comunicó que daría un baile en conmemoración de la batalla de San Vicente, a pesar de su satisfacción por ser ellas las primeras invitadas.

–Indudablemente, usted recordará, señora, la acción llevada a cabo por sir John Jervis frente al cabo San Vicente. Fue el 14 de

febrero de 1797, el día de San Valentín.

–Desde luego que sí, señor. Pero -dijo con afectada sonrisa-, naturalmente, mis hijas son demasiado jóvenes para acordarse de ella. Y dígame, ¿ganamos?

–Por supuesto que ganamos, mamá -susurraron las hijas.

–Claro, por supuesto que ganamos -dijo la señora Williams-. ¿Estaba usted allí, estaba presente?

–Sí, señora -dijo Jack-. Era el tercero de a bordo del Orion. Por eso me gusta celebrar el aniversario de la batalla con todos los amigos y compañeros de tripulación que pueda reunir. Y puesto que aquí hay una sala de baile…

–Podéis estar seguras, queridas -dijo la señora Williams cuando volvían a casa-, ese baile se celebra en honor a nosotras, a mí y a mis hijas, y no me cabe duda de que Sophie lo abrirá con el capitán Aubrey. ¡Ah, el día de San Valentín! Frankie, te has manchado toda la pechera de chocolate; si sigues comiendo tantos pasteles abundantes en grasa, te saldrán granos, y entonces, ¿qué

será de ti? Ningún hombre te mirará. Debía de haber una docena de huevos y media libra de mantequilla en ese bizcocho tan pequeño; nunca en mi vida había visto una cosa así. Diana Villiers había sido aceptada, después de algunos momentos de vacilación, en parte porque habría sido indigno dejarla abandonada y en parte porque la señora Williams pensaba que no había comparación posible entre una mujer con diez mil libras y otra sin diez mil libras. Pero pensando las cosas detenidamente, por algunas miradas que había interceptado, la señora Williams tenía la impresión de que no podía fiarse tanto de los caballeros de la Armada como de los terratenientes locales y sus malencarados hijos.

Diana sabía cuáles eran la mayoría de los pensamientos que cruzaban por la mente de su tía, y al día siguiente, después del desayuno, estaba preparada para seguirla a su habitación y "tener una pequeña charla". Sin embargo, no estaba preparada para la luminosa sonrisa y la repetida mención de la palabra "caballo". Hasta ahora, esta palabra se había referido a la yegua alazana de Sophia. – "¡Qué amable ha sido Sophia al prestarte su caballo de

nuevo! Espero que esta vez no esté demasiado cansado, pobrecito"-. Pero ahora la sugerencia, la clara oferta, envuelta en muchas palabras, era un caballo para ella. Evidentemente era un soborno para que dejara el campo libre, pero también serviría para que Sophia, que gustosamente le dejaba la yegua a su prima, ya no tuviera que prestársela y pudiera cabalgar en ella con el capitán Aubrey o el doctor Maturin. Diana picó en el anzuelo, escupiéndolo con desprecio después de comerse el cebo, y corrió a las caballerizas para hablar con Thomas, pues la gran feria de caballos de Marston estaba muy próxima.

Por el camino vio a Sophia acercándose por el sendero que cruzaba el parque hasta Grope, la residencia del almirante Haddock. Sophia caminaba con rapidez, agitando los brazos y murmurando:

–Babor, estribor.

–¡Eh, compañera de tripulación! – gritó Diana por encima del seto, y se sorprendió al ver que su prima se ponía roja como una cereza.

El tiro había dado en el blanco, pues Sophia había estado

hojeando algunos libros en la biblioteca del almirante: Boletines de la Armada, memorias de marinos, el Diccionario de la Marina de Falconer y la Crónica naval. El almirante, con sus zapatillas de rayas, se le había acercado por la espalda y le había dicho:

–¡Ah, está leyendo la Crónica naval ¡Ja, ja! Éste -sacó el volumen de 1801- es el que necesita. La señorita Di estuvo aquí mucho antes que usted, se le ha anticipado, y me hizo explicarle cuál era la posición a barlovento y la diferencia entre un jabeque y un bergantín. Hay un breve relato de la batalla, pero quien la escribió no sabía lo que hacía, así que echó mucho humo para ocultar la jarcia, que es muy peculiar en un jabeque. A ver, se lo buscaré.

–¡Oh, no, no, no! – dijo Sophia muy turbada-. Sólo quería saber algo sobre… -su voz se apagó.

La relación maduró; pero el proceso de maduración no fue tan rápido como hubiera deseado la señora Williams. El capitán Aubrey no podía ser más amistoso; tal vez demasiado amistoso. Parecía sentirse tan bien con Frances como con Sophia, y a veces la señora

Williams se preguntaba si él era realmente un hombre como era debido, si esas extrañas cosas que contaban sobre los oficiales de marina podrían ser verdad en su caso. ¿No era muy raro que viviera con el doctor Maturin? Otra cosa que a ella le preocupaba era el caballo de Diana, pues por lo que había oído y por lo poco que podía entender, parecía que Diana montaba mejor que Sophia. La señora Williams apenas podía dar crédito a esto; pero, en cualquier caso, se arrepentía enormemente de haber hecho ese regalo. Sentía angustia y desconcierto; estaba segura de que Sophia sentía algo, pero también estaba segura de que nunca le hablaría de sus sentimientos ni tampoco seguiría su consejo de que intentara ser más atractiva para los hombres, luciéndose un poco más, haciéndose justicia, pintándose los labios antes de entrar al salón.

Si ella les hubiera visto un día con la jauría del joven Edward Savile, su angustia habría sido mayor todavía. A Sophia no le interesaba realmente la caza; le gustaba galopar, pero la espera le resultaba tediosa y sentía mucha pena por el pobre zorro. Su yegua tenía brío pero no gran resistencia, mientras que el caballo de

Diana, un fuerte caballo bayo, recientemente apareado y ahora castrado, tenía el tronco como la bóveda de cañón de una iglesia y un corazón infatigable, de modo que podía soportar las cien libras de peso de Diana de la mañana a la noche y, además, le encantaba participar en la cacería.

Habían estado cazando desde las diez y media, y ahora el sol estaba bajo. Habían matado dos zorros, y el tercero, en realidad una zorra estéril, les había llevado al retortero por el extenso campo recién arado, con yuntas de bueyes y anchas acequias, allende Plimpton. La zorra estaba ya en el siguiente campo, se iba debilitando cada vez más y se dirigía hacia un canal de drenaje que conocía. La última vez que Jack perdió la pista, tuvo la feliz idea de doblar a la derecha por un atajo que los llevó a él y a Sophia más cerca de los perros que todos los demás en el campo; pero ahora se encontraban con una elevación del terreno y una enorme cerca con un barrizal delante y un charco de aguas brillantes detrás. Sophia miró el obstáculo con desánimo y dirigió hacia él su cansada yegua sin desear realmente llegar al otro lado, y cuando ésta se negó a

saltar se alegró mucho. La jinete y su cabalgadura estaban exhaustas; Sophia no se había sentido tan cansada nunca en su vida. Le horrorizaba ver hacer pedazos al zorro, y la jauría había acabado de encontrar la pista. La voz de la perra que los guiaba tenía un tono triunfal y absolutamente implacable.

–¡El portillo, el portillo! – gritó Jack, desviando su caballo y alejándose a medio galope hacia la esquina del campo.

Tenía el portillo medio abierto -era un extraño portillo, medio caído, que abría hacia la izquierda- cuando Stephen llegó. Jack oyó que Sophia decía:

–Me gustaría irme a casa… por favor… por favor, continúe… conozco perfectamente el camino.

Su lastimosa expresión borró la frustración del semblante de Jack, que dejó de tener un aire huraño y, sonriendo con mucha amabilidad, dijo:

–Creo que yo también regresaré: hemos tenido bastante por hoy.

–Examinaré a la señorita Williams en su casa -dijo Stephen.

–No, no, por favor, continúen -les rogó Sophia con los ojos llenos de lágrimas-. Por favor, por favor. Estoy perfectamente…

Se oyó un breve ruido de cascos y Diana entró en el campo. Estaba concentrada con todo su ser en la cerca y lo que había detrás de ella, por lo que vio muy vagamente al grupo que estaba junto al portillo. Montaba con tanta soltura y flexibilidad que parecía que sólo llevaba media hora cabalgando; formaba parte del caballo, no era consciente de su propia existencia. Corrió directamente hacia la cerca, recogiendo las riendas del caballo, y con un estrépito y algunas salpicaduras de barro ambos pasaron al otro lado. Por su cuerpo, su cabeza tan erguida, su alegría contenida, su habilidad, su aire tan solemne, ella era lo más hermoso que Jack y Stephen habían visto. Nunca había tenido mejor aspecto en su vida, aunque no era consciente de ello. La expresión de los dos hombres cuando ella saltaba, tan alto y con seguridad, habría hecho a la señora Williams sentirse mucho más desasosegada.

La señora Williams anhelaba que llegara el día del baile; hacía casi tantos preparativos como Jack, y Mapes Court estaba de lleno

de gasa, muselina y tafetán. Tenía en la mente innumerables estratagemas, una de las cuales era quitarse de en medio a Diana en los días próximos al baile. No tenía ninguna sospecha concreta, pero olía el peligro, y a través de media docena de intermediarios y muchas cartas consiguió dar con un primo loco desatendido por la familia. Sin embargo, Diana no podía dejar de asistir al baile, pues la invitación se había hecho y había sido aceptada públicamente, así que volvería a Champflower el 14 de febrero por la mañana, acompañada de uno de los invitados del capitán Aubrey.

–El doctor Maturin te está esperando, Di -dijo Cecilia-. Está paseándose con su caballo con una estupenda chaqueta nueva color verde botella con el cuello negro. Y tiene una peluca nueva. Supongo que por eso estuvo en Londres. Ya no tiene aquel aspecto horrible y la barba sin afeitar. Has hecho otra conquista, Di.

–Deja de mirar entre las cortinas como una criada, Cissy. Y préstame tu sombrero, por favor.

–¡Vaya, tiene muy buena apariencia ahora! – dijo Cecilia todavía frunciendo el visillo y mirando-. Y lleva también un chaleco

de lunares. ¿Recuerdas cuando vino a cenar con zapatillas? En realidad, sería incluso atractivo si tuviera el cuerpo erguido.

–Una estupenda conquista -dijo la señora Williams mirando también-. Un cirujano naval sin dinero, hijo natural de no se sabe quién y un papista. ¡Qué vergüenza que digas esas cosas, Cissy!

–Buenos días Maturin -dijo Diana bajando las escaleras-. Espero no haberle hecho esperar. Tiene usted una jaca francamente hermosa. No las hay así en esta parte del mundo.

–Buenos días, Villiers. Llega tarde. Llega muy tarde.

–Esa es la ventaja que tiene ser mujer. Usted sabe que soy una mujer, ¿verdad, Maturin?

–Estoy obligado a pensarlo así, puesto que usted parece no tener noción del tiempo o no saber medirlo con exactitud. Aunque no puedo entender la razón por la cual algo irrelevante y accidental como el sexo puede inducir a un ser pensante, y no digamos a un ser tan inteligente como usted, a perder la mitad de esta clara y hermosa mañana. Vamos, la ayudaré a montar. Sexo… sexo…

–Silencio, Maturin. No debe usar palabras como esa aquí.

Bastante disgusto tuvimos ayer.

–¿Ayer? ¡Ah, sí! Pero por cierto no soy la primera persona que dice que la agudeza es la inesperada copulación de ideas. Es un tópico.

–Por lo que se refiere a mi tía, es usted la primera persona a quien ella le ha oído decir esa expresión en público.

Cabalgaban por Heberden Down; era una tranquila y brillante mañana con un poco de escarcha. Se oía el crujido del cuero; se sentía el olor del caballo y su cálido aliento.

–No estoy interesado en lo más mínimo en las mujeres como tales -dijo Stephen-. Solamente en las personas. Ahí está Polcary –señalaba el valle con la cabeza-. Allí fue donde la vi por primera vez, en la yegua alazana de su prima. Cabalgaremos mañana por allí. Puedo enseñarle una familia de armiños peculiar, de colores entremezclados, una colonia de armiños.

–Mañana no me es posible -dijo Diana-. Lo siento mucho, pero tengo que ir a Dover a cuidar de un anciano que no está muy bien de la cabeza, un primo nuestro.

–Pero regresará a tiempo para el baile, ¿verdad? – dijo Stephen.

–¡Oh, sí! Está todo arreglado. Un tal señor Babbington pasará a recogerme al venir hacia aquí. ¿No se lo ha dicho el capitán Aubrey?

–Llegué muy tarde anoche y apenas hemos hablado esta mañana. Pero yo también tengo que ir a Dover la próxima semana. ¿Podría visitarla y pedirle que me invitara a una taza de té?

–Desde luego que sí. El señor Lowndes se cree que es una tetera; dobla el brazo así, simulando el asa, y estira el otro para imitar el pitorro, y dice: "¿Le gustaría que le sirviera una taza de té?". No podría usted ir a un lugar más adecuado. Pero también irá usted a la ciudad de nuevo, ¿no?

–Sí. Desde el lunes hasta el jueves.

Ella refrenó el caballo para que fuera al paso y, con una expresión completamente diferente, vacilante y tímida como la de Sophia, dijo:

–Maturin, ¿podría pedirle un favor?

–Por supuesto -dijo Stephen mirándola a los ojos. Pero apartó la mirada rápidamente, al ver en ellos una profunda pena.

–Usted sabe más o menos cuál es mi posición aquí, me parece… ¿Vendería usted esta joya por mí? Necesito algo que ponerme para el baile.

–¿Cuánto debo pedir?

–¿No cree usted que le harán una oferta? Si yo pudiera conseguir diez libras, me sentiría satisfecha. Y si le dieran esa cantidad, entonces le pediría, además, que tuviera la amabilidad de decirle a Harrison, del Royal Exchange, que me envíe inmediatamente esta lista. Esta es una muestra de la tela. Puede enviármela en el coche del correo hasta Lewes, y el mensajero la recogerá. Necesito algo que ponerme.

Algo que ponerse. Allí estaba el día 14 por la mañana, envuelto en papel de seda, después de haber sido descosido, estrechado y ensanchado, en el baúl que estaba en el vestíbulo de la casa del señor Lowdnes esperando ser transportado.

–El señor Babbington desea verla, señora -dijo el criado.

Diana corrió a la sala de recibir. Su sonrisa se desvaneció.

Volvió a mirar y vio a una figura mucho más baja de lo que ella esperaba, envuelta en un abrigo de tres capas, que le dijo con voz chillona:

–¿Es usted la señora Villiers? Se presenta Babbington, con su permiso, señora.

–¡Ah, señor Babbington! Buenos días. ¿Cómo está usted? Me ha dicho el capitán Aubrey que usted tendrá la amabilidad de llevarme a Melbury Lodge. ¿Cuándo le gustaría salir? No debemos dejar que su caballo se enfríe. Sólo tengo un pequeño baúl, está preparado junto a la puerta principal. ¿Le apetece un vaso de vino antes de que nos vayamos, señor? O quizás mejor de ron, pues creo que a ustedes, los oficiales de marina, les gusta.

–Un trago de ron para quitarme el frío me vendría muy bien. ¿Me acompañará usted, señora? Hace un frío tremendo ahí fuera.

–Un vaso muy pequeño de ron, y échale mucha agua -le susurró Diana a la criada. Pero la joven, nerviosa por la presencia de un coche extraño en el patio, no entendió la palabra "agua" y trajo

un vaso lleno hasta el borde de un licor marrón oscuro que el señor Babbington se bebió con gran compostura. Diana se alarmó mucho cuando vio que el extravagante coche de dos ruedas se movía bruscamente y que el caballo estaba nervioso, con los ojos en blanco y las orejas tiesas, inclinadas hacia atrás.

–¿Dónde está su mozo de cuadra, señor? – preguntó-. ¿Está en la cocina?

–No hay ningún mozo de cuadra en esta tripulación, señora – dijo Babbington mirándola ahora con franca admiración-. Conduzco yo mismo. ¿Puedo ayudarla a subir? Apoye el pie en este pequeño estribo y suba. Y esta manta… podemos atarla atrás con estas vinateras. ¿Todo listo? ¡Allá vamos! – le gritó al jardinero y salieron precipitadamente del patio, dándole un duro golpe al poste pintado de blanco al pasar.

Al ver cómo el señor Babbington llevaba las riendas y usaba el látigo, Diana se sintió aún más asustada; se había criado entre soldados de caballería y nunca había visto algo igual en su vida. Se preguntaba cómo era posible que él hubiera hecho todo el viaje

desde Arundel sin volcar. Iba pensando en su baúl, que estaba atrás; y cuando dejaron el camino principal, después de un recorrido sinuoso, a veces subiendo las colinas y otras rozando el borde de las cunetas, ella se dijo: "Esto no saldrá bien. Habrá que relevar a este joven".

El camino subía recto por la colina, arriba y arriba, y del otro lado, sólo Dios lo sabía, tal vez descendiera vertiginosamente. El caballo refrenó para ir al paso; había comido judías, lo cual se hizo patente por un largo, largo y estruendoso pedo.

–Discúlpeme -dijo el guardiamarina rompiendo el silencio.

–¡Oh! No se preocupe. Pensé que había sido el caballo -dijo Diana secamente.

Luego le miró de soslayo y advirtió que esto le había turbado.

–Déjeme mostrarle cómo lo hacemos nosotros en India -dijo tomando las riendas y quitándole el látigo.

Pero en cuanto tuvo contacto con el caballo y lo hizo seguir dócilmente el sendero que debía, Diana pensó en el modo de lograr que el señor Babbington recuperara su actitud amable y su buena

disposición. ¿Le explicaría cuáles eran la escuadra azul, la roja y la blanca? ¿La posición a barlovento? ¿Le hablaría, en general, de la vida en la mar? Sin duda, servir en la Marina comportaba peligros y exigía mucho, pero también era un gran honor, significaba ser la salvaguarda al país. ¿Acaso él había tomado parte en la famosa batalla con el Cacafuego? Diana no podía recordar ninguna disparidad de fuerzas tan notable. El capitán Aubrey debía de parecerse mucho a lord Nelson.

–¡Oh, sí, señora! – exclamó Babbington-. Aunque dudo que incluso Nelson hubiera conseguido eso tan astutamente. Es un hombre extraordinario. Sin embargo, en tierra es muy diferente, ¿sabe? Uno le tomaría por una persona corriente, no es frío ni distante en lo más mínimo. Vino a nuestra casa para ayudar a mi tío en las elecciones y tenía la alegría y la agilidad de un grillo. Pegó con una vara a dos Whigs, que cayeron como un par de bolos; los dos eran cazadores furtivos y, por supuesto, metodistas. ¡Oh, fue tan divertido! Y en Melbury nos dejó a Pullings y a mí elegir nuestros caballos para echar una carrera con él. Tres vueltas al potrero y

subir a caballo los escalones hasta la biblioteca, apostando cada uno una guinea y una botella de vino. Todos lo queremos mucho, señora, aunque sea tan duro en la mar.

–¿Quién ganó?

–Bueno -dijo Babbington-, nos caímos todos, uno tras otro.

Pero en mi opinión, él lo hizo a propósito, para no quitarnos nuestro dinero.

Se detuvieron a comer en una posada, y con la comida y una jarra grande de cerveza dentro del cuerpo, Babbington dijo:

–Creo que es usted la joven más bella que he visto. Usted ocupará mi sitio ahora, y eso me complace; pero si hubiera sabido que era usted, habría traído una almohadilla y un gran frasco de perfume.

–Usted es también un hombre de buena presencia, señor – dijo Diana-. Estoy muy contenta de viajar bajo su protección.

A Babbington se le levantó el ánimo hasta un nivel alarmante; había sido educado en la Marina, donde actuar con decisión contaba para todo, y ahora era necesario que fijara su atención en el caballo.

Ella sólo quería dejarle las riendas en la subida, pero, en realidad, él las llevó todo el camino desde Newton Priors hasta la puerta de Melbury Lodge. Y allí la ayudó a bajar, hecho un manojo de nervios, ante los admirados ojos de una docena de marinos.

Diana tenía algo, tal vez la actitud franca y un empuje semejante al de los piratas, que resultaba muy atractivo para los oficiales de marina. Pero ellos también se sentían atraídos por la belleza de muñeca de las dos señoritas Simmons, por la forma de bailar de Frances, que en el centro de la sala sacaba la punta de la lengua a la vez que llevaba el compás, por las facciones vulgares y el aspecto saludable de Cecilia y por otras cualidades que veían a la luz de las velas en la alargada y elegante sala de baile. Y se quedaron impresionados por la belleza de Sophia cuando ella y el capitán Aubrey abrieron el baile. Sophia llevaba un vestido rosa con una banda dorada, y Diana le dijo a Stephen Maturin.

–Está preciosa. No hay ninguna mujer en la sala que pueda comparársele. Ese es el color más traicionero del mundo, pero con la piel que ella tiene queda perfecto. Daría un ojo de la cara por tener

una piel como esa.

–El color dorado y las perlas la favorecen -dijo Stephen-. El dorado se asemeja a su pelo, las perlas a sus dientes. Voy a decirle una cosa: las mujeres son superiores a los hombres en que admiran muy sinceramente la buena apariencia de otras mujeres y la valoran con objetividad. La belleza de otras les produce un auténtico placer. Su vestido también es muy elegante y otras mujeres lo admiran; lo he notado, y no sólo por las miradas sino porque he estado detrás de ellas escuchando su conversación.

Era un bonito vestido, de un azul un poco más claro que el marino combinado con blanco. Nada de negro, no había hecho concesiones a la señora Williams, pues se sobreentendía que en un baile a toda mujer le estaba permitido realzar lo mejor de sí misma; sin embargo, cuando el gusto, la figura y el porte son iguales, una mujer que puede gastar cincuenta guineas en su vestido tiene mejor aspecto que una que sólo puede gastar diez libras.

–Debemos ocupar nuestros puestos -dijo Diana un poco más alto cuando los segundos violines empezaron a tocar y la sala de

baile se llenó de sonido.

La sala era un regalo para la vista, con las banderas colgadas al estilo naval -formaban la señal de Aproximarse más para entablar combate con el enemigo, entre otros mensajes que sólo entendían los marinos- y el brillo de la cera de abejas y la luz de las velas, llena hasta los topes y con la hilera de figuras bailando. Había lindos vestidos, hermosas chaquetas, guantes blancos, todo reflejado en las puertas de cristal y en el alto espejo detrás de la orquesta. Toda la vecindad estaba allí, junto con una veintena de caras nuevas de Portsmouth, Chatham, Londres o cualquier lugar en tierra adonde la paz los hubiera enviado. Todos vestían sus mejores galas; todos tenían el propósito de divertirse y, hasta ahora, lo habían logrado admirablemente. Todo el mundo se sentía complacido, no sólo porque aquel baile era algo raro (por aquellos lugares no había más de tres en cada estación, aparte de algunas reuniones sociales) sino también por celebrarse con un estilo elegante e inusual, por los marineros con chaquetas azules y coletas, tan diferentes a los grasientos camareros contratados que

solían verse, y por el hecho de que por vez primera había más hombres que mujeres; había gran cantidad de hombres, y todos ansiosos por bailar.

La señora Williams estaba sentada con otros padres y chaperonas junto a una de las puertas que daba al comedor, desde donde podía abarcar con la mirada toda la fila de los que bailaban. Tenía el rostro enrojecido, sonreía y asentía con la cabeza -sonreía con perspicacia y asentía enérgicamente- mientras le decía a su prima Simmons que ella había apoyado aquello desde el principio. Al pasar bailando ante ella, Diana vio su cara triunfante, y enseguida, justo enfrente, vio la cara de Jack, que se le aproximaba para sacarla a bailar.

–¡Qué maravilloso baile, Aubrey! – dijo con una radiante sonrisa. Jack vestía de escarlata, con galones dorados, y su corpulenta figura tenía un aire imponente; le sudaba la frente y los ojos le brillaban por la emoción y el placer que sentía. El la rodeó con el brazo, mostró su benevolente aprobación y le dijo algo sin importancia pero agradable y comenzó a darle vueltas.

–Vamos a sentarnos -dijo Stephen al final del segundo baile-

. Está usted pálida.

–¿Ah, sí? – dijo ella mirándose en un espejo-. ¿Tengo mal

aspecto?

–No, pero no debe fatigarse demasiado. Vamos a sentarnos

donde el aire sea más fresco. Vamos al invernadero de naranjos.

–He prometido al almirante James que le acompañaría. Iré

después de la cena.

Tres marinos, incluyendo el almirante James, desertaron de su

puesto a la mesa y siguieron a Diana hasta el invernadero de

naranjos, pero se retiraron al ver a Stephen, que la esperaba allí con

el chal de ella en la mano.

–No pensé que el doctor fuera capaz de una cosa así -dijo

Mowett-. En la Sophie siempre lo consideramos una especie de

monje.

–Maldito sea -dijo Pullings-. ¡Me parecía que me iba tan

bien!

–¿No tiene frío? – preguntó Stephen poniéndole el chal por

encima de los hombros. Y como si el contacto físico de su mano con la piel desnuda sirviera de conexión para enviar un mensaje sin necesidad de palabras, él sintió el cambio de corriente. Sin embargo, a pesar de lo que había intuido dijo:

–Diana…

–Dígame -dijo con voz áspera, cortando sus palabras-, ¿es casado el almirante James?

–Sí.

–Lo suponía. Se puede oler al enemigo a gran distancia.

–¿Enemigo?

–Desde luego. No sea tonto, Maturin. Usted debe saber que los hombres casados son los peores enemigos de las mujeres. Tráigame algo de beber, por favor. Estoy bastante mareada a causa de ese aire cargado.

–Este ponche helado está hecho con vino de Sillery.

–Gracias. Te ofrecen lo que ellos llaman amistad o algo parecido -el nombre no importa- y lo que quieren a cambio de ese gran favor es tu corazón, tu vida, tu futuro, tu… no quisiera ser

grosera, pero usted sabe muy bien lo que quiero decir. No existe la amistad de los hombres, sé muy bien lo que le digo, créame. No hay ninguno aquí, desde el viejo almirante Haddock hasta ese joven mocoso del coadjutor que no lo haya intentado, por no hablar de los de India. ¿Quién diablos se creen que soy? – dijo tamborileando con los dedos en el brazo de la silla-. El único honesto fue Southampton, que mandó una vieja de Madrás a decirme que él estaría muy contento de que yo estuviera a su cuidado, y si yo hubiera sabido lo que iba a ser mi vida en Inglaterra, en este fangoso agujero donde no hay más que paletos bebedores de cerveza, habría estado tentada de aceptar. ¿Cómo cree usted que es mi vida, sin un céntimo y dominada por una mujer vulgar, pretenciosa e ignorante que me detesta? ¿Cómo cree que me siento al pensar en el futuro que me espera, sabiendo que estoy perdiendo la belleza, lo único que tengo? Mire, Maturin, le hablo abiertamente porque usted me gusta, me gusta mucho, y creo que me tiene afecto. Usted es casi el único hombre en Inglaterra a quien puedo tratar como amigo, en quien puedo confiar como amigo.

–Soy su amigo, por supuesto -dijo Stephen abatido. Y después de una larga pausa, continuó en un esforzado intento de aclarar las cosas-. No es usted del todo justa. Está usted tan deseable como pueda soñar. Ese vestido, especialmente el escote de ese vestido, encendería de pasión a San Antonio, como usted sabe muy bien. Es injusto provocar a un hombre y luego quejarse de que es un sátiro si la provocación ha dado resultado. Usted no es una señorita que trata de mejorar su posición movida por instintivos e inconscientes…

–¿Me está usted diciendo que soy provocativa? – gritó Diana.

–Sí, así es. Eso es exactamente lo que le estoy diciendo. Pero no creo que usted sepa cuánto hace sufrir a los hombres. En cualquier caso, está argumentando desde lo particular a lo general: ha conocido a algunos hombres que han querido aprovecharse de usted y ha ido demasiado lejos. No todos los hombres son iguales.

–No lo serán, pero tienen en común determinadas actitudes que, tarde o temprano, se ponen de manifiesto. Sin embargo, estoy convencida de que usted es diferente, Maturin, y no puede

imaginarse cómo me consuela esto. Me eduqué entre hombres inteligentes; en Madrás eran todos libertinos y en Bombay aún peor, pero eran inteligentes y los echo mucho de menos. Y es un gran consuelo poder hablar libremente después de haber estado rodeada por tantas personas insípidas.

–Su prima Sophia es inteligente.

–¿De veras lo cree así? Bueno, puede decirse que tiene cierta agudeza, sin duda; pero es una niña, no hablamos el mismo lenguaje. Reconozco que es hermosa. Es realmente hermosa, pero no sabe nada -¿cómo podría saberlo?– y no puedo perdonarle que tenga una fortuna. ¡Eso es tan injusto! ¡La vida es tan injusta!

Stephen, sin responderle, le alcanzó más ponche.

–Lo único que un hombre puede ofrecerle a una mujer es el matrimonio -continuó ella. Un matrimonio que tenga en cuenta la igualdad de posición social. Aún me quedan unos cuatro o cinco años, y si no encuentro un marido para entonces, tendré…

Pero ¿dónde se puede encontrar uno en este lugar lúgubre y solitario? ¿Le parezco repugnante? Quiero desengañarlo, ¿sabe?

–Sí, me doy cuenta de sus intenciones, Villiers. No me parece usted repugnante en absoluto, me está hablando como amiga. Usted está cazando y tiene una presa a la vista.

–Así es, Maturin.

–¿Insiste usted en un matrimonio con alguien de la misma posición social?

–Como mínimo. Despreciaría a cualquier mujer que fuera tan pobre de espíritu y de tan poco valor que accediera a un casamiento desigual. Un abogado de Dover, listo pero terriblemente insensato, se tomó la libertad de hacerme una proposición. Nunca en mi vida me he sentido más molesta. Preferiría ir a la hoguera o cuidar de mi primo que se cree una tetera durante el resto de mis días.

–Descríbame a su presa.

–No soy difícil de contentar. Debe tener cierta cantidad de dinero, desde luego; el amor en una choza sería algo horrible. Debe tener inteligencia y no ser deforme ni demasiado viejo. El almirante Haddock, por ejemplo, está fuera de los límites que pongo. No quiero insistir en ello, pero me gustaría un hombre que supiera

montar bien a caballo y no se cayera con demasiada frecuencia y también que no se le subiera el vino a la cabeza. Usted no se emborracha, Maturin, y esa es una de las cosas que me gusta de usted. Al capitán Aubrey y a media docena de los hombres que están aquí esta noche tendrán que llevarlos a la cama.

–En realidad, a mí me gusta el vino, pero éste no suele afectar mi capacidad de razonamiento. No obstante, he bebido mucho esta noche. Y respecto al capitán Aubrey, ¿no le parece que tal vez llega al campo un poco tarde? Tengo la impresión de que esta noche puede ser decisiva.

–¿El le ha dicho algo? ¿Se ha franqueado con usted?

–Usted no suele hablar como acaba de hacerlo, como si se dirigiera a un soplón. Pero me conoce y sabe que lo que le digo es cierto.

–En cualquier caso, se equivoca. Conozco a Sophia. Puede que él se le declare, pero ella necesitará más tiempo que una sola noche. No tiene miedo de quedarse para vestir santos -en mi opinión, eso es algo que no le pasa por la cabeza- y, por otra parte, le teme al

matrimonio. ¡Cómo lloró cuando le dije que los hombres tenían pelo en el pecho! Y ella odia que la manejen… esa no es la palabra adecuada. ¿Cuál es, Maturin?

–Manipulen.

–Exactamente. Es una persona obediente; tiene un gran sentido del deber que a mí me parece más bien estúpido, pero ahí está. Y sin embargo, considera odiosos los manejos de su madre y el modo en que ha estado influyendo, empujando y manipulando todo esto. Ustedes dos deben de haberse tragado a la fuerza galones y galones de ese clarete del tendero. Algo realmente odioso. Y ella es terca -incluso dura- aunque tenga esa apariencia frágil. Costará mucho conmoverla; se necesitará mucho más que la emoción de un baile.

–¿Ella no está enamorada?

–¿Enamorada de Aubrey? No sé; y no creo que se conozca a sí misma. A ella le gusta y se siente halagada por sus atenciones, y él es, sin duda, un hombre que a cualquier mujer le gustaría tener por marido, pues es rico, de buena apariencia, destacado en su

profesión y con mucho futuro por delante, de una familia excepcional, alegre y de buenos sentimientos. Pero ella es totalmente incompatible con él, estoy convencida, por ser reservada, introvertida y obstinada. Él necesita una persona mucho más despierta, más viva; nunca serían felices.

–Es posible que también sea apasionada y que usted ignore esa faceta de su carácter, o no quiera verla.

–¡Tonterías! De todas formas, él necesita una mujer diferente y ella un hombre diferente. En cierto modo, usted podría ser mucho más adecuado para ella, si soportara su ignorancia.

–¿Así que Jack Aubrey podría servirle?

–Sí, me gusta bastante. Preferiría a un hombre… ¿cómo le diría?… más maduro, menos niño, que no fuera un niño grande.

–Él está muy bien considerado profesionalmente, como usted misma acaba de decir.

–Eso no tiene nada que ver. Un hombre puede destacar en su profesión y no ser más que un niño fuera de ella. Recuerdo a un matemático -decían que era uno de los mejores del mundo- que

llegó a India para hacer algo en relación con Venus, y cuando se le quitaba el telescopio era un inepto para la vida civilizada. ¡Era torpe como un escolar! Se pasó toda una tarde absolutamente tediosa agarrado a mi mano, sudando y tartamudeando. A mí, que me den los políticos, que saben vivir y son todos instruidos, más o menos. Me gustaría que Aubrey fuera un poco instruido, que fuera como usted, lo digo en serio. Usted es una estupenda compañía, me gusta estar con usted, pero él es un hombre atractivo. Mire -se volvió hacia la ventana-, allí se destaca su figura. Baila muy bien, ¿verdad? Es una pena que le falte decisión.

–Usted no diría eso si le viera participar en un combate con su barco.

–Quiero decir en su relación con las mujeres. Es un sentimental. Pero aun así, valdría. ¿Quiere que le diga algo que realmente le sorprenderá, aunque sea usted médico? Yo estuve casada, ya sabe… no soy una niña… y las intrigas eran tan corrientes en India como lo son en París. A veces estoy tentada de hacerme la tonta, terriblemente tentada. Creo que incluso debería hacerlo, si

viviera en Londres y no en este espantoso agujero.

–Dígame, ¿tiene alguna razón para suponer que Jack piensa como usted?

–¿Sobre nuestra compatibilidad? Sí. Hay signos que tienen mucho significado para una mujer. Dudo que él haya pensado en serio en Sophia alguna vez. Me parece que no es interesado. Su fortuna no tendrá mucha importancia para él, ¿verdad? ¿Le conoce usted desde hace mucho tiempo? Aunque creo que ustedes los hombres de mar se conocen unos a otros desde siempre.

–¡Oh! Yo no soy, en realidad, un hombre de mar. Le conocí en Menorca en 1801, en la primavera del año uno. Yo había llevado a un paciente allí porque le convenía el clima mediterráneo. El paciente murió y poco después conocí a Jack Aubrey en un concierto. Simpatizamos, y me pidió que me embarcara con él como cirujano. Accedí, ya que en aquella época no tenía dinero, y desde entonces hemos estado juntos. Le conozco lo bastante para afirmar que en lo referente a la fortuna de una mujer, no existe ningún hombre que tenga menos interés que Jack Aubrey. Tal vez debería contarle algo

sobre él.

–Continúe, Maturin.

–Hace algún tiempo, tuvo una desdichada aventura con la mujer de otro oficial. Ella tenía el empuje, el estilo y la valentía que a él le gustan, pero era una mujer falsa y dura y lo hirió profundamente. Así que me parece que la modestia virginal, la rectitud y los principios tienen para él mayor encanto del que habrían tenido en otras circunstancias.

–¡Ah! Ya entiendo. Ahora entiendo. Y usted también siente atracción por ella, ¿verdad? Es inútil, se lo advierto. Ella nunca haría nada sin el consentimiento de su madre, y eso no tiene nada que ver con el hecho de que su madre controle su fortuna, es una cuestión de obediencia. Y no se puede convencer a mi tía Williams ni en mil años. Con todo, posiblemente usted estará de parte de Sophie.

–Siento gran simpatía y admiración por ella.

–Pero no cariño.

–No como usted lo definiría. Sin embargo, evito causar dolor, Villiers, y usted, en cambio, no.

Ella se puso de pie, recta como una vara.

–Tenemos que entrar. Tengo que bailar el próximo baile con el capitán Aubrey -dijo, y le dio un beso-. Siento mucho lastimarle, Maturin.

CAPÍTULO 3

Desde hacía muchos años Stephen Maturin escribía un diario con su característica letra, pequeña y enrevesada. Éste estaba salpicado de dibujos de anatomía y descripciones de plantas, pájaros y otras criaturas, y si alguien lo hubiera descifrado, habría descubierto que la parte científica estaba en latín, mientras que las observaciones personales estaban en catalán, la lengua que había hablado la mayor parte de su juventud. Las entradas más recientes estaban en esa lengua.

"15 de febrero… entonces, cuando de repente ella me besó se me doblaron las piernas. Fue algo absurdo, y a duras penas pude seguirla a la sala de baile con serenidad. Había jurado que nunca

más toleraría algo semejante, nunca más una fuerte y dolorosa emoción, pero el comportamiento que he tenido últimamente prueba que mentía. He hecho todo aquello que podía destrozarme el corazón."

"21 de febrero… Al pensar en Jack Aubrey me doy cuenta de lo indefenso que está un hombre frente al ataque directo de una mujer. En cuanto una joven deja el colegio, aprende a protegerse, a defenderse del amor loco. Esto se convierte en un segundo carácter, no viola ningún código y es aprobado por todo el mundo, incluso por los propios hombres que, en consecuencia, serán rechazados. ¡Qué diferente es el hombre! No tiene una armadura tan fuerte; y mientras más delicado, más galante y más "honorable" es, menos puede soportar un avance, por mínimo que sea. No debe herir; y en este caso no hay voluntad de herir."

"Si un rostro al que uno nunca ha dejado de mirar con placer y que nunca ha dejado de mirarlo a uno con una espontánea sonrisa, permanece indiferente, impasible o incluso hostil siempre que uno se le acerca, uno se siente profundamente abatido: uno ve a un ser

distinto y uno mismo es un ser distinto. Por otra parte, la vida con la señora W. puede que no sea muy placentera; y la magnanimidad requiere comprensión. Por el momento este requerimiento es en vano. Hay actitudes crueles y riesgos que yo no sospechaba. El sentido común impone una retirada."

"J. A. está molesto, descontento consigo mismo, descontento con la falta de entusiasmo de Sophia. No es "afectación" la palabra apropiada para definir la vacilación de una joven dulce, sincera y afectuosa como ella. Él habla de las jóvenes melindrosas y su falta de sentido; nunca ha podido soportar la frustración. Es a esto, en parte, a lo que Diana Villiers se refería cuando hablaba de su inmadurez. ¡Si al menos se diera cuenta de que la evidente simpatía que existe entre él y D. V. es buena para su galanteo! Sophia es quizás la joven más respetable que he conocido, pero, después de todo, es una mujer. J. A. no es muy agudo en esta materia. Por otra parte, empieza a mirarme con desconfianza. Ésta es la primera vez, desde que empezó nuestra amistad, que hay reserva entre nosotros; eso es doloroso para mí y creo que también para él. No puedo dejar

de mirarlo con afecto; pero cuando pienso en las posibilidades, quiero decir, en las posibilidades reales, entonces…"

"D. V. insiste en invitarme a Melbury para jugar al billar. Ella juega bien, desde luego, puede darnos veinte de cien a cada uno. Su insistencia va acompañada de innoble intimidación y un sinfín de mimos y lisonjas para engatusarme, y a ellos me rindo, pues ambos sabemos exactamente lo que hacemos. Las palabras amistosas no nos engañan a ninguno de los dos; y sin embargo, creo que existe la amistad, incluso por su parte. Mi posición sería la más humillante del mundo si no fuera porque ella no es tan inteligente como cree. Su teoría es excelente, pero ella no controla lo bastante su orgullo ni sus pasiones para ponerla en práctica. Es cínica, pero no lo bastante cínica, diga lo que diga. Si lo fuera, yo no estaría obsesionado. ¿Quo me rapis? ¿Quo realmente? Mi comportamiento en general, mi docilidad, mi mansedumbre y mi voluntaria sumisión me sorprenden."

"Pregunta: ¿Es acaso mi intensa pasión por la causa de la independencia catalana el motivo de mi resurrección viril o su

efecto? Estoy seguro de que hay una relación directa. El informe de Bartolomeu llegará a Inglaterra en tres días si se mantiene este viento."

–¡Stephen, Stephen, Stephen! – desde el pasillo se oyó la voz de Jack, que se hizo más fuerte, casi atronadora, cuando éste asomó la cabeza a la habitación-. ¡Ah, estás ahí! Temía que te hubieras ido a ver los armiños otra vez. El mensajero ha traído un mono para ti.

–¿De qué especie es? – preguntó Stephen.

–De una especie condenadamente mala. Se ha bebido una cerveza en cada una de las posadas del camino; está borracho y se tambalea. Además, se le ha insinuado a Babbington.

–Entonces es la mangabey lasciva del doctor Lloyd. El piensa que tiene furor uterino y vamos a abrirla juntos cuando yo vuelva.

Jack miró su reloj.

–¿Qué me dices a una mano de cartas antes de irnos?

–Acepto de mil amores.

Su preferido era el juego de los cientos. Se sacaron y se barajaron las cartas con rapidez; se hizo el corte y se repartieron

otra vez. Ellos habían jugado juntos tantas veces que cada uno conocía el estilo del otro hasta en lo más mínimo. El de Jack consistía en una astuta alternancia: unas veces arriesgaba todo por el triunfante punto de ocho y otras hacía una firme y ortodoxa defensa, luchando por todas y cada una de las jugadas. El de Stephen, en cambio, se basaba en las ideas de Hoyle y Laplace, la teoría de las probabilidades y su conocimiento del carácter de Jack.

–Un punto de cinco -dijo Jack.

–No vale.

–Un cuarto.

–¿Para qué?

–Para la jota.

–No vale.

–Tres reinas.

–No vale.

Continuaron jugando.

–El resto es mío -dijo Stephen cuando Jack, que estaba semifallo tiró el rey ante su as-. Diez para las cartas y he ganado.

Debemos dejarlo. Cinco guineas, por favor; podrás darme la revancha en Londres.

–Si no hubiera tirado mis corazones -dijo Jack-, te habría puesto en peligro. Has tenido unas cartas asombrosas en las últimas semanas, Stephen.

–La habilidad cuenta en este juego.

–Es suerte, nada más que suerte. Tienes una suerte realmente sorprendente con las cartas. Te compadecería si estuvieras enamorado de alguien.

La pausa no duró más de un segundo, pues la puerta se abrió y les informaron que los caballos estaban listos, pero su efecto siguió rondándoles a lo largo de muchas millas, mientras trotaban por el camino hacia Londres en medio de la fría llovizna.

Sin embargo, la lluvia cesó cuando comían en Bleeding Heart, un lugar en la mitad del camino: salió un sonriente sol y ellos vieron la primera golondrina del año, una curva azul que pasó rozando el abrevadero de caballos en Edenbridge. Y mucho antes de que entraran en el Thacker, un café frecuentado por marinos, ya habían

adoptado de nuevo su comportamiento habitual, hablaban sin la menor contención de la mar, la Armada, la posibilidad de que las aves migratorias viajaran de noche guiándose por las estrellas, el violín italiano que Jack había estado tentado de comprar y la forma en que se renovaban los dientes de los elefantes.

–¡Pero si es Aubrey! – gritó el capitán Fowler levantándose de su butaca en un sombrío rincón de la sala-. Hace un momento estábamos hablando de usted. Andrews se fue hace unos cinco minutos; nos habló de su baile en el campo, en Sussex. Dijo que había sido un baile estupendo, que había mujeres por docenas, hermosas mujeres. Nos contó todo sobre él.

–Y dígame -le miraba con malicia-, ¿tenemos que felicitarlo?

–No, no exactamente, señor. Pero de todos modos, muchas gracias. Tal vez un poco más adelante, si todo va bien.

–Cásese, cásese, si no cuando sea viejo lamentará no haberlo hecho y se sentirá condenadamente aburrido dentro de cien años. ¿Me equivoco, doctor? ¿Cómo está usted? Si se casara podría llegar a ser abuelo. ¡Mi nieto tiene seis dientes! ¡Ya tiene seis dientes!

–No estaré mucho tiempo con Jackson, sólo quiero un poco de dinero en efectivo -me has despojado de lo que tenía con tu maldita racha de suerte- y saber las últimas noticias del tribunal con competencia sobre las presas -dijo Jack refiriéndose al agente que se ocupaba de sus botines y sus negocios-.

Y después iré a la calle Bond. Esa es una suma demasiado alta por un violín, y no creo que pueda estar en paz con mi conciencia. En realidad, tocando no soy lo bastante bueno, pero me gustaría tenerlo otra vez en mis manos y ponérmelo bajo la barbilla.

–Un buen violín te hará florecer y, además, te has ganado un Amati por cada minuto que pasaste en la cubierta del Cacafuego. Sin duda, debes comprarte ese violín. Un placer inocente es un auténtico bien, y no hay muchos de ese tipo.

–¿Crees que debo? Tu opinión me merece un gran respeto. Si no tardas mucho tiempo en el Almirantazgo, tal vez podrías pasarte por allí y darme tu parecer sobre su tono.

Stephen entró en el Almirantazgo, le dio su nombre al conserje

y éste le indicó un lugar del otro lado de la famosa sala de espera, en la que multitud de ansiosos, desconsolados, y en muchos casos desastrados oficiales esperaban tener una entrevista, una entrevista casi seguramente inútil.

Le recibió un hombre mayor con una chaqueta negra; le recibió con mucha consideración y le rogó que tomara asiento. Sir Joseph se reuniría con ellos tan pronto como terminara la sesión de la Junta, que ya se había extendido una hora más de lo previsto. Mientras tanto, el hombre de la chaqueta negra quería tratar algunos puntos importantes. Ellos habían recibido el informe de Bartolomeu.

–Antes de empezar, señor -dijo Stephen-, quisiera hacer una sugerencia, si me lo permite. Creo que yo debería usar otra entrada o los encuentros deberían celebrarse en otra parte. Casualmente, del otro lado de Whitehall estaba deambulando un tipo que he visto en compañía de españoles de la embajada. Puede que esté equivocado, puede que sea pura casualidad, pero…

Sir Joseph entró apresuradamente.

–Doctor Maturin, le pido disculpas por haberlo hecho esperar.

Nada excepto la Junta me habría impedido… ¿Cómo está usted, señor? Es muy generoso por su parte haber venido a pesar de haber sido avisado con tan poco tiempo. Hemos recibido el informe de Bartolomeu y es urgente que comentemos con usted algunas cuestiones que plantea. ¿Podemos analizarlo punto por punto? Su señoría desea que le comunique el resultado de nuestra conversación esta misma noche.

El Gobierno británico sabía muy bien que Cataluña, la provincia española o, mejor dicho, el conjunto de provincias donde se encontraba la mayor parte de la riqueza y la industria del reino, estaba animada por el deseo de reconquistar su independencia. Sabía también que la paz no duraría -Bonaparte estaba construyendo barcos lo más rápido que podía- y que una España dividida debilitaría en gran medida cualquier coalición de la que formara parte en una futura guerra. Los diversos grupos autonomistas catalanes que se habían puesto en contacto con el Gobierno habían hecho patente ese deseo, aunque ya era obvio antes; ésta no era la primera vez que Inglaterra se preocupaba por

Cataluña ni por dividir a sus posibles enemigos. El Almirantazgo, por supuesto, estaba interesado en los puertos, astilleros, muelles, industrias y suministros navales de Cataluña; la propia Barcelona sería de incalculable valor, y había muchos otros puertos, incluyendo Puerto Mahón en Menorca, una posesión británica, que extrañamente habían sido cedidos por los políticos en la negociación del reciente tratado de paz. El Almirantazgo, siguiendo la tradición inglesa de tener servicios secretos formados por organismos independientes con poca o ninguna comunicación entre ellos, tenía a sus propios hombres ocupándose del asunto; sin embargo, pocos de ellos podían hablar aquella lengua, muy pocos conocían la historia de la nación y ninguno podía valorar las reivindicaciones de los diferentes grupos que se presentaban como los verdaderos representantes de la resistencia del país. Había varios comerciantes de Barcelona y alguno que otro de Valencia que eran amigos, pero eran muy pocos y, además, el contacto con ellos se había perdido a causa de la larga guerra. El doctor Maturin era el más apreciado consejero del Almirantazgo. Se sabía que él había tenido contacto con

revolucionarios en su juventud, pero su integridad y su total desinterés nunca fueron puestos en tela de juicio. El Almirantazgo también le tenía gran respeto por ser una eminencia en ciencia, y nada menos que el propio médico jefe de la Armada recomendaba a Stephen Maturin porque "el estudio del doctor Maturin sobre la vejiga y sus observaciones sobre la cistotomía suprapúbica deberían ser consultados por todos los cirujanos navales; tal agudeza de observación en la práctica…" En Whitehall tenían mejor opinión de él que en Champflower; en Whitehall sabían que él era un médico y no un simple cirujano, que era un hombre de cierta posición en Lérida y que su padre era irlandés y había estado relacionado con las primeras familias de ese reino. El hombre de la chaqueta negra y sus colegas sabían asimismo que por su condición de médico y por ser un hombre instruido que se sentía muy cómodo hablando tanto en catalán como en español, podría moverse por todo el país con la misma libertad que cualquiera de sus habitantes; sin duda, era un agente incomparable, seguro, discreto, perfectamente cubierto, un hombre de la misma clase que ellos. Y desde su punto de vista,

aquel resto de catolicismo que a Stephen le quedaba era incluso una ventaja más. Ellos habrían estrujado y exprimido los fondos secretos con tal de retenerle, pero él no aceptaba nada; de modo que el sonido más delicado no produjo ningún eco ni hubo ningún brillo en su monedero.

Stephen salió del Almirantazgo por una puerta lateral, atravesó el parque y subió por Piccadilly hasta la calle Bond, donde encontró a Jack todavía indeciso.

–Te diré lo que ocurre, Stephen -dijo-. No termina de gustarme este tono. Escucha…

–Si el día fuera un poco más cálido, señor -dijo el dependiente-, haría resaltar su frescura. Debería haber oído al señor Galignani tocando la semana pasada, cuando todavía teníamos encendida la chimenea.

–Bueno, no sé -dijo Jack-. Creo que voy a dejarlo por hoy. Sólo quiero que me envuelva estas cuerdas, por favor, junto con la colofonia. No me llevo el violín, pero de una u otra forma le haré llegar una respuesta a finales de esta semana. Stephen -cogió a su

amigo por el brazo para cruzar la concurrida calle-, debo de haber tocado ese violín durante una hora o más y todavía no me he decidido. Jackson no estaba, ni tampoco su socio, así que vine aquí directamente. Es extraño, condenadamente extraño y molesto, porque estábamos citados; pero él no estaba en el despacho, el único que había allí era ese tonto de su empleado y me dijo que estaba fuera de la ciudad y que le esperaban pero no sabían cuándo volvería. Iré a presentar mis respetos al viejo Jarvie, sólo para que me tenga presente, y luego podemos irnos a casa. No esperaré por Jackson.

Regresaron cabalgando, y donde habían dejado la lluvia volvieron a encontrarla, acompañada de un fortísimo viento del este. El caballo de Jack perdió una herradura, y ellos se pasaron la mayor parte de la tarde buscando a un herrero hasta que encontraron a un salvaje torpe y malhumorado que clavó los clavos demasiado profundos. Ya había anochecido cuando llegaron al bosque de Ashdown; para entonces el caballo de Jack estaba cojo, y aún tenían por delante un largo camino.

–Déjame ver tus pistolas -dijo Jack cuando empezaron a verse los árboles muy cerca del camino-. No sabes cómo martillar los percusores.

–Están muy bien -dijo Stephen, sin ganas de abrir las fundas de las pistolas (en una de ellas había un teratoma y en la otra un lirón de Arabia metido en un frasco)-. ¿Temes que haya algún peligro?

–Este tramo del camino es peligroso, con todos esos soldados licenciados que andan sueltos. Atacaron el coche de correo no lejos del cruce de Aker. Vamos, déjame ver tus pistolas. ¡Ya me lo figuraba! ¿Qué es esto?

–Un teratoma -dijo Stephen malhumorado.

–¿Qué es un teratoma? – preguntó Jack sosteniendo el objeto en su mano-. ¿Una especie de granada?

–Es un quiste sebáceo interno, un tumor. Se encuentran ocasionalmente en la cavidad abdominal. A veces tienen pelos negros y largos y a veces dientes; éste tiene pelos y dientes. Pertenecía a un tal señor Elkins, de la City, un notable vendedor de

quesos. Tiene mucho valor para mí.

–¡Por Dios! – exclamó Jack metiéndolo de nuevo en la funda. Luego se limpió la mano frotándola enérgicamente contra el caballo-. Me gustaría que dejaras tranquilos los vientres de la gente. Así que no tienes pistolas, ¿verdad?

–Si quieres ser tan rotundo… No, no tengo.

–No llegarás a viejo, compañero -dijo Jack. Y desmontó para examinar la pata del caballo-. Hay una posada, una posada que no está mal, a media milla por el camino secundario. ¿Qué me dices de pasar allí la noche?

–¿Te sientes muy turbado por la idea de encontrar a esos ladrones, esos salteadores de camino, esos bandoleros?

–Estoy temblando tanto que apenas puedo mantenerme montado en el caballo. Sería absurdo exponernos a que nos hirieran, pero pienso sobre todo en las patas de mi caballo. Y además -hizo una pausa-, tengo un sentimiento condenadamente extraño: no tengo muchas ganas de estar en casa esta noche. Es raro, porque lo deseaba con vehemencia -esta mañana me sentía tan alegre como

un marinero de permiso-y ahora, en cambio, no me gusta tanto. Algunas veces en la mar uno tiene la sensación de la proximidad de una costa a sotavento. Con un tiempo de perros, las gavias con todos los rizos, sin ver el sol, sin hacer observaciones durante muchos días, sin saber adonde ir en cien millas a la redonda, de repente en la noche uno presiente que tiene a sotavento la silueta borrosa de la costa; uno no puede ver nada, pero casi puede oír el chirrido de las rocas al arañar el fondo del barco.
Stephen no contestó sino que se cruzó la capa más arriba para protegerse del viento cortante.

La señora Williams nunca bajaba a desayunar. Sin embargo, no sólo por eso la sala de desayuno de Mapes era la más alegre de la casa; estaba orientada al sureste y le daba el sol, y las cortinas de gasa hacían un movimiento ondulante dejando entrar el aroma de la primavera. No podía haber sido una sala más femenina; estaba graciosamente amueblada en blanco y había una alfombra decorada con ramos verdes, delicada porcelana, panecillos y miel y muchas jóvenes recién lavadas bebiendo té. Una de ellas, Sophie Bentinck,

estaba contando lo que había sucedido en una cena en White Hart a la que había asistido el señor George Simpson, con quien ella estaba prometida.

–Entonces se hicieron los brindis. Y cuando George brindó por "Sophia", el capitán Aubrey se levantó de golpe y dijo "¡Oh! Brindaré por ella muy gustoso. Sophie es un nombre muy querido para mí". Y no podía referirse a mí, ¿sabéis?, porque no nos conocemos.

Ella miró a su alrededor con la benevolencia propia de una joven amable que lleva en su dedo un anillo y desea que todo el mundo sea tan feliz como ella.

–¿Y bebió gustoso? – preguntó Sophia divertida, con aire satisfecho y sereno.

–Era el nombre de su barco, ¿sabéis?, el primero bajo su mando -dijo Diana rápidamente.

–Por supuesto que lo sé -dijo Sophia con un intenso rubor-. Todas lo sabemos.

–¡El correo! – gritó Frances y salió corriendo de la sala. Una

pausa expectante, una tregua temporal-. Dos para mi madre, una para Sophie Bentick con un bonito sello azul con un cupido -no, es una cabra con alas- y una para Di, franqueada. No puedo distinguir el sello. ¿De quién es, Di?

–Frankie, deberías tratar de comportarte más cristianamente, cariño -le dijo su hermana mayor-. No debes fijarte en las cartas de los demás. Debes simular que no sabes nada de ellas.

–Mamá siempre abre las nuestras, si recibimos alguna, lo que no es frecuente.

–Yo recibí una de la hermana de Jemmy Blagrove después del baile -dijo Cecilia-, y ella dice que él le dijo que tenía que decirme que yo bailaba como un cisne. Mamá estaba enfurecida y dijo que esa carta era indecorosa y que, de todas formas, los cisnes cantan, no bailan, puesto que tienen las patas palmeadas. Pero yo sabía lo que él quería decir. Por lo que veo -se volvió hacia Sophie Bentinck-, tu madre te permite mantener correspondencia, ¿no?

–¡Oh, sí! Pero nosotros estamos prometidos, ¿sabes?, y eso es muy diferente -dijo Sophie mirándose la mano con satisfacción.

–Tom, el cartero, no simula no saber nada de las cartas de los demás -dijo Frances-. También él dijo que no podía distinguir el sello de la carta de Di. Pero las cartas que lleva para Melbury son de Londres, Irlanda y España. ¡Una carta de España en un sobre grande y una cuantiosa suma que pagar!

La sala de desayuno de Melbury también era alegre, pero de otra manera. Tenía muebles de caoba, una alfombra turca y pesadas sillas, y olía a café, bacon, tabaco y ropa mojada. Jack y Stephen habían estado pescando desde el amanecer y ahora estaban a mitad del bien merecido desayuno, un desayuno que cubría por completo el amplio mantel blanco: calientaplatos, cafeteras, bandejas con tostadas, un jamón de Westfalia, un pastel fermentado con levadura, todavía sin empezar, y la trucha que habían pescado aquella mañana.

–Ésta era la que estaba debajo del puente -dijo Jack.

–El correo, señor, con su permiso -dijo su sirviente Preserved Killick.

–De Jackson -dijo Jack-. Y la otra del procurador.

Discúlpame, Stephen. Voy a ver enseguida lo que dice, qué excusa…

–¡Dios mío! – gritó un momento después-. ¡No puede ser verdad!

Stephen levantó la vista rápidamente. Jack le pasó la carta. El señor Jackson, el agente que se ocupaba de sus botines, uno de los hombres más respetables en su profesión, había quebrado. Se había ido, había huido a Boulogne con el dinero en efectivo que le quedaba a su empresa y su socio había presentado la declaración de bancarrota sin esperanza de reembolsar ni una moneda de seis peniques por cada libra.

–Lo más grave del caso -dijo Jack en voz baja y afligida- es que le dije que pusiera en fondos públicos todo el dinero del botín de la Sophie a medida que fuera recibiéndolo, pues algunos barcos, si los dueños apelan, tardan años hasta que por fin son confiscados. Pero no lo hizo. Me dio varias sumas de dinero que, según él, eran intereses de los fondos, pero no era verdad. Todo el dinero que recibió se quedó en sus manos. Y se ha acabado, hasta el último cuarto de penique. Permaneció algún tiempo mirando por la ventana,

sosteniendo la otra carta en la mano. Luego, rompiendo por fin el sello dijo:

–Ésta es del procurador. Se referirá a las dos presas neutrales que apelaron. Casi tengo miedo de abrirla. Sí, así es. Aquí está la costa a sotavento que presentía. El veredicto ha sido revocado: tengo que devolver once mil libras. No tengo ni once mil peniques. La costa a sotavento… ¿cómo puedo barloventear? Sólo puedo hacer una cosa: renunciaré a mi petición de ser nombrado capitán de navío y rogaré que me den el mando de una corbeta. Necesito tener un barco. Stephen, préstame veinte libras, por favor. No tengo dinero contante. Hoy mismo iré al Almirantazgo. No hay un momento que perder. ¡Oh! Le había prometido a Sophia ir a cabalgar con ella. En cualquier caso, tendré tiempo en el día para todo.

–Coge una silla de posta, así no llegarás rendido.

–Eso es lo que haré; tienes razón, Stephen. Gracias. ¡Killick!

–¿Señor?

–Ve corriendo a Goat y diles que me envíen una silla de posta a las once. Prepara mi equipaje para un par de noches; no, para una

semana.

–Jack -dijo Stephen en tono apremiante cuando el sirviente había salido de la sala-, no hables de esto con nadie todavía, te lo ruego.

–Está usted extremadamente pálido, capitán Aubrey -dijo Sophia-. Espero que no haya sufrido otra caída. Entre; por favor, entre y siéntese. ¡Dios mío! Debería sentarse, no me cabe duda.

–No, no. Le doy mi palabra de que no me he caído del caballo esta semana -dijo Jack riendo-. Aprovechemos al máximo esta ráfaga de luz solar; si esperamos nos mojaremos. Mire esas nubes al suroeste. ¡Qué traje más bonito lleva!

–¿Le gusta? Es la primera vez que me lo pongo. Pero -dijo mirando aún con ansiedad su rostro, ahora de un color rojo nada saludable-, ¿seguro que no quiere una taza de té? Estaría preparado en un momento.

–Sí, sí, por favor, entre y tómese una taza de té -dijo la señora Williams desde la ventana, enrollándose en el cuello un chal

amarillo-. Estará listo enseguida, y el fuego está encendido en la pequeña sala de estar. Pueden tomarlo juntos; es un lugar muy acogedor. Estoy segura de que Sophia se muere de ganas de tomarse una taza de té. Le encantaría tomarse una taza de té con usted, capitán Aubrey, ¿verdad, Sophie?

Jack sonrió y se inclinó para besar su mano, pero su férrea determinación de no quedarse prevaleció. Y poco después él y Sophia cabalgaban por el camino de Foxdene hacia la linde con las colinas.

–¿Está seguro de no haber sufrido una caída? – preguntó de nuevo Sophia, no pensando en que él le hubiera restado importancia y pudiera recordarla si se esforzaba, sino porque deseaba mostrarle su sincera preocupación.

–No -dijo Jack mirando su bello rostro, donde en vez de aquella distante mirada que era habitual había otra preocupada y llena de ternura, de una ternura, por decirlo así, posesiva-. Pero acabo de recibir un terrible golpe. Un condenado golpe inesperado. Sophie -¿puedo llamarla Sophie, verdad? Siempre pienso en usted

así-, cuando estaba en mi Sophie, mi corbeta, capturé dos presas neutrales que se dirigían a Marsella. Su documentación decía que procedían de Sicilia e iban a Copenhague con un cargamento de azufre. Sin embargo, en aquel momento estaban a punto de entrar en el puerto de Marsella, yo estaba al alcance de la batería de la colina. Y el azufre lo llevaban a Francia.

Para Sophia el azufre era algo que se mezclaba con melaza y se le daba a los niños los viernes; todavía podía sentir los odiosos grumos entre los dientes. Esto se reflejó en su expresión.

–Necesitan tenerlo para fabricar la pólvora -siguió diciendo Jack-. Entonces envié estas embarcaciones a Puerto Mahón, donde enseguida fueron declaradas presas de ley, pues habían violado de forma evidente la neutralidad; pero los dueños apelaron y, finalmente, el tribunal ha decidido no declararlas presas de ley y admitir como verdadero lo que dicen sus capitanes, que simplemente buscaban refugio a causa del mal tiempo. ¡Mal tiempo! No había mal tiempo. Casi no se formaban ondas en el mar; nosotros teníamos desplegadas las sobrejuanetes y las alas de cada lado, y desde la

colina los cañones de treinta y seis libras dejaban círculos de un cuarto de milla de diámetro en las tranquilas aguas.

–¡Oh, qué injusto! – exclamó Sophie sumamente indignada-. ¡Qué hombres tan malvados, tan mentirosos! Usted debe de haber arriesgado la vida para capturar esos barcos bajo el fuego de la batería. Por supuesto que el destino del azufre era Francia. Estoy segura de que ellos serán castigados. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué se puede hacer?

–Por lo que respecta al veredicto, nada en absoluto. Me temo que es definitivo. Pero voy a ir a la ciudad para ver qué otras medidas… qué otra cosa puedo sacar del Almirantazgo. Debo irme hoy, y tal vez esté fuera durante algún tiempo. Por eso estoy aburriéndola con mis asuntos, para que quede claro que no me voy de Sussex por mi propia voluntad ni contento.

–¡Oh, usted no me aburre…! No podría aburrirme…Todo lo relacionado con la Armada es… Pero, ¿ha dicho hoy? Sin duda, no puede ser hoy. Debe usted tumbarse y descansar.

–Tiene que ser hoy, desgraciadamente.

–Entonces no debe ir cabalgando. Debe ir en una silla de posta.

–Sí. Eso es exactamente lo que dijo Stephen. Así lo haré: he pedido una a Goat.

–¡Qué buena persona es! ¡Qué buen amigo! Debe de ser un gran apoyo para usted. Pero debemos volvernos enseguida, ahora mismo. Tiene que descansar todo lo que pueda antes del viaje.

Al despedirse, ella le dio la mano y le dijo con marcado énfasis:

–Espero que tenga usted muy buena suerte, todo lo que se merece. Supongo que no hay nada que una ignorante joven del campo pueda hacer, pero…

–¡Ah, están ahí ustedes dos! – exclamó la señora Williams-. Charlando como dos amigos inseparables. ¿De qué habrán estado hablando durante todo este tiempo? Pero guardad silencio; soy una indiscreta. ¡Ah! Veo que la ha traído usted sana y salva, intacta.

Dos secretarios, uno por seguridad en caso de que el otro se equivocara, escribían tan rápido como lo permitían las plumas.

"Para el marqués de Cornwallis.

Milord:

Con la mejor disposición de atender

inmediatamente a los deseos de Su Señoría de

favorecer al capitán Bull, lamento muchísimo

comunicarle que en la actualidad no me es posible

cumplirlos.

Tengo el honor de ser… etc."

–¿Me sigue, Bates?

–Sí milord.

"Para la señora Paulett. Señora:

Aunque no admito que tengan peso sus

argumentos en favor de la promoción del capitán

Mainwaring, hay algo tan admirable y loable en una

mujer que lucha por el ascenso de su hermano que no

necesitaba usted disculparse por su carta, del día 24,

de la cual acuso recibo sin pérdida de tiempo.

Soy, señora… etc."

"Para sir Charles Grey. Estimado sir Charles:

El teniente Beresford ha estado demorando su llegada a Irlanda, lo cual ha perjudicado mi opinión sobre él. Es un hombre serio y arrojado, pero, como el resto de los aristócratas, piensa que por esa circunstancia tiene derecho a un ascenso, en detrimento de hombres que han prestado mejor servicio y con más mérito; y a eso nunca me doblegaré.

Después de haber rechazado al príncipe de Gales, el duque de Clarence, el duque de Kent y el duque de Cumberland, no podrá sorprenderle que le repita que me es imposible apartarme de mis principios, pues esto haría que me inundaran de peticiones y tendería a arruinar por completo la Armada.

Afectuosamente…"

"Para la duquesa de Kingston. Señora:

Su Gracia tiene toda la razón respecto al carácter del capitán Hallows del Frolic; tiene celo y buena conducta, y si no fuera por su tendencia a ser independiente y su falta de voluntad para someterse a sus superiores, lo cual puede remediarse con el paso del tiempo, y si no tuviera algunas manchas en su familia, yo estaría encantado de hacerle justicia a sus méritos, exclusivamente en atención al interés que tiene Su Gracia por su futuro. Pero esto no me es posible, debido al increíble número de oficiales meritorios de más antigüedad que él que están recibiendo media paga y que tienen prioridad en la petición de uno de los poquísimos barcos que queden disponibles.

Con el permiso de Su Gracia, le aseguro que me alegrará tener la ocasión de mostrarle mi respeto.

Tengo el honor de ser, señora, su más humilde y

seguro servidor."

–Hemos acabado con las cartas. ¿Quiénes están en la lista?

–Los capitanes Saul, Cunningham, Aubrey y Small. Los tenientes Roche, Hampole…

–Tengo tiempo para los tres primeros.

–Sí, milord.

Jack oyó la estentórea risa del First Lord cuando Cunningham, antiguo compañero de tripulación de éste, se despedía con un chiste de los que se contaban en la sala de oficiales, y esto le dio esperanzas de encontrar a Saint Vincent de buen humor.

Sin embargo, lord Saint Vincent, firme en su intento de reformar los astilleros pero paralizado por la política, los políticos y la escasa mayoría de su partido en el parlamento, no era muy propenso al buen humor, y le lanzó a Jack una mirada dura, fría y penetrante.

–Capitán Aubrey, ya lo recibí la semana pasada, tengo muy poco tiempo. El general Aubrey nos ha escrito cuarenta cartas a mí y a otros miembros de la Junta, y se le ha dicho que no tenemos en

perspectiva ascenderle por la acción contra el Cacafuego.

–He venido con otro propósito, milord. Renuncio a mi petición de ascenso con la esperanza de conseguir otra corbeta. El agente que se ocupaba de mis botines ha quebrado, los dueños de dos presas neutrales me han ganado en la apelación del caso, y yo tengo que conseguir un barco.

Lord Saint Vincent no oía muy bien, y Jack, por estar en aquel recóndito santuario de la Marina, había bajado la voz; el viejo caballero no le había entendido bien.

–¡Tengo! ¿Qué quiere decir con ese tengo? – gritó-. ¿Acaso hoy en día los oficiales vienen al Almirantazgo para decir que se les tiene que dar un barco? Si a usted se le tiene que dar un barco, señor, ¿qué demonios pretendía desfilando por Arundel con una escarapela del tamaño de una col en el sombrero, al frente de los partidarios del señor Babbington, y pegándole a honrados dueños de feudos francos con una maza? Si yo hubiera estado allí, señor, lo habría encarcelado por armar riña y alterar el orden público, y usted no emplearía la palabra tengo. ¡Maldita sea su imprudencia, señor!

–Milord, me he expresado mal. Con todo mi respeto, milord, con esa palabra poco afortunada yo quería decir que, debido a la quiebra de Jackson, me veo obligado a pedirle a Su Señoría un mando, echando a pique mi otra petición. Él me ha arruinado.

–¿Jackson? Sí, pero -dijo Saint Vincent secamente-, si su propia imprudencia le ha hecho perder la fortuna que su mando le permitió ganar, no debe esperar que el Almirantazgo se haga responsable de buscarle otra. Dicen que a los tontos el dinero se les escurre de entre las manos, y después de todo, menos mal que es así. En cuanto a las presas neutrales, usted sabe perfectamente bien, o debería saber perfectamente bien, que ese es un riesgo de la profesión: uno las captura por su cuenta y riesgo y debe hacer una provisión adecuada ante una posible apelación. Pero ¿qué hace usted en este caso? Tira el dinero, lo despilfarra, habla de matrimonio –aunque sabe, o debería saber, que éste supone el fin de la carrera de un oficial de marina, al menos cuando aún no es capitán de navío-, encabeza un grupo de borrachos partidarios de los Tories en una elección parcial y viene aquí a decirme que tiene que conseguir

un barco. Y mientras tanto sus amigos nos inundan de cartas en las que dicen que usted tiene que ser nombrado capitán de navío. Esa fue precisamente la palabra que el duque de Kent estimó conveniente usar, incitado por lady Keith. La acción de guerra que ha llevado a cabo no le da derecho a un ascenso a capitán de navío. ¿Qué significa eso de "renunciar a su petición"? No hay ninguna petición.

–El Cacafuego era un jabeque-fragata de treinta y dos cañones, milord.

–Era un barco corsario.

–Sólo por las argucias de un maldito abogado -dijo Jack subiendo la voz.

–¿Qué condenado lenguaje es ese con que se dirige a mí, señor? ¿Sabe usted con quién está hablando, señor? ¿Sabe usted dónde está?

–Le pido disculpas, milord.

–Usted apresó un barco corsario, capitaneado por Dios sabe quién, con una corbeta de Su Majestad dotada de una buena

tripulación, con la pérdida de tres hombres como resultado, y viene usted aquí hablando de su petición de ascenso a capitán de navío.

–Y ocho heridos. Si una acción de guerra debe valorarse de acuerdo con la lista de bajas, milord, me permito recordarle que en su buque insignia hubo un muerto y cinco heridos en la batalla de San Vicente.

–¿Se atreve usted a comparar, en mi presencia, una gran acción de guerra de la Armada con una…?

–¿Con una qué, señor? – gritó Jack con los ojos inyectados de sangre.

Las voces airadas dejaron de escucharse bruscamente. Una puerta se abrió y se cerró, y las personas que estaban en el pasillo vieron cómo el capitán Aubrey pasaba dando zancadas, corría escaleras abajo y desaparecía en el patio.

"3 de mayo… Le rogué que no hablara de esto y, sin embargo, ya lo saben en toda la región. No conoce a las mujeres excepto como objeto de deseo (un deseo muy noble a veces); no tiene hermanas, su madre murió siendo él muy joven y no puede

imaginarse la energía y el poder diabólico de las mujeres como la señora W. Ella le sacó información a Sophia con su acostumbrada falta de escrúpulos y la ha divulgado con maligno entusiasmo y empeño, el mismo innoble empeño con que consiguió llevarse apresuradamente a sus hijas a Bath. Es evidente que utilizó su salud para hacer chantaje, aprovechándose del buen corazón de Sophia y de su sentido del deber; más fácil no podía ser. Todos los preparativos se hicieron en dos días. No estuvo, como era habitual, todo un mes vacilando y quejándose por la confusión, ni tampoco una semana, sino que durante dos días tuvo una intensa actividad: equipaje listo y partida. Si esto hubiera sucedido al menos una semana más tarde y se hubieran puesto de acuerdo entre ellos, no habría tenido importancia. Sophie se habría mantenido fiel a su compromiso contra viento y marea. Tal como están las cosas, la situación no puede ser peor. Separación, inconstancia (J. A. tiene un fuerte instinto animal, cualquier hombre joven tiene un fuerte instinto animal), ausencia, el sentimiento de abandono.

"¡Qué horrible bestia es esa Williams! Yo no habría sabido nada

de la extraña partida si no fuera por las notas de Diana y la visita furtiva de esa dulce niña llena de inquietud. La llamo niña, a pesar de que no es más joven que D. V. A ésta la veo de otro modo, pero seguramente fue también una niña encantadora, no diferente de Frances, en mi opinión, con su misma inocencia y su implacable crueldad. Se han ido. ¡Qué silencio! ¿Cómo voy a decirle a J. A. todo esto? Me atormenta la idea de que decírselo será como darle una bofetada."

No obstante, decírselo fue muy sencillo. Le dijo:

–Las jóvenes se han ido. La señora Williams se las llevó a Bath el martes de la semana pasada. Sophia vino a verme y dijo que lo lamentaba muchísimo.

–¿Dejó un mensaje para mí? – preguntó Jack. Y su rostro taciturno se iluminó.

–No. No en términos concretos. Su agitación era tal que a veces era difícil seguirla. Estaba como la señorita Anna Coluthon, muy preocupada por su situación, la de una joven que visita sola a un caballero soltero. En Champflower nunca se ha visto algo

semejante. Pero no me equivoco al afirmar que, en esencia, me dijo que tú debías saber que ella no se va de Sussex por su propia voluntad ni contenta.

–¿Crees que podría escribirle dirigiendo la carta a Diana Villiers?, preguntó Jack.

–Diana Villiers todavía está aquí. No se va a Bath, se queda en Mapes Court -dijo Stephen en tono indiferente.

La noticia se propagó. La decisión sobre las presas era del dominio público, pues había sido publicada en los periódicos de Londres. Además, en la vecindad había suficientes oficiales de marina, muchos de ellos afectados por la huida del agente, para hacer patente el alcance del desastre. La noticia "en Woolhampton, el 19 del corriente, la esposa del general Aubrey ha tenido un hijo" simplemente completó el cuadro.

En Bath, la señora Williams proclamaba su triunfo.

–Sin duda, es una recompensa divina, queridas. Nos dijeron que era un libertino, y recordaréis que nunca me gustó, desde el primer momento, y ya dije entonces que le encontraba algo rara la

boca. Mi instinto nunca me engaña. Tampoco me gustaron sus ojos.

–Pero, mamá -dijo Frances-, tú dijiste que era el hombre más caballeroso que habías conocido y que era muy generoso.

–Generoso es quien obra con generosidad -gritó la señora Williams-. Y ahora saldrás de la habitación, señorita impertinente, y te quedarás sin pudding por irrespetuosa.

Pronto se supo que a otras personas tampoco Jack les había gustado nunca; su boca, su barbilla, sus ojos, sus carísimas fiestas, sus caballos, sus planes para formar una jauría, todo era objeto de comentarios desfavorables. Jack había visto este proceso antes y lo conocía como observador; pero a pesar de que su condena no era ofensiva ni general, le resultaba más dolorosa de lo que esperaba, pues comenzaba a notar reserva en los comerciantes, arrogancia e indiferencia en los caballeros de la región y una indefinible falta de consideración.

Había alquilado Melbury por un año; había pagado toda la renta, y puesto que la casa no se podía subarrendar, no había razón para mudarse. Ahorró, vendió sus perros de caza, le dijo a sus

hombres que lamentablemente debían irse tan pronto como encontraran alojamiento y dejó de dar cenas. Sus caballos eran magníficos ejemplares, y Jack vendió uno por la misma cantidad que había pagado por él. Con esto contentó a los insistentes acreedores locales, pero no consiguió restablecer su crédito, pues aunque en Champflower estaban dispuestos a confiar en quien tenía fortuna, del tamaño que fuera (y la de Jack había sido calculada muy alta), dudaban mucho antes de fiar a un pobre una o dos libras.

Las invitaciones disminuyeron, no sólo porque él estaba muy ocupado con sus asuntos, sino porque se había vuelto quisquilloso y demasiado sensible a cualquier mirada aunque no fuera intencionada, y ahora Mapes era el único lugar donde él iba a cenar. La señora Villiers, respaldada por el pastor, su esposa y su hermana, podía perfectamente invitar a los inquilinos de Melbury Lodge. Habían regresado cabalgando de una de esas cenas; dejaron en el establo el caballo y la jaca y se dieron las buenas noches.

–¿No te apetecería echar una mano de cartas? – dijo Jack deteniéndose en la escalera y volviendo la mirada hacia el vestíbulo.

–No -dijo Stephen-. Mi mente va hacia otra parte.

Su persona también. En medio de la noche, atravesó velozmente Polcary Down, con sigilo dio un rodeo para evitar a una partida de cazadores furtivos en Goles's Hanger y se detuvo bajo un grupo de olmos que se mecían y crujían con el viento muy cerca de Mapes Court. La casa era bastante antigua, irregular a pesar de los modernos cambios, y el ala más vieja terminaba en una torre cuadrada y roma, donde había una ventana encendida. Pasó con rapidez por el huerto, y el corazón le latía con tal fuerza que al llegar a la pequeña puerta en la base de la torre pudo oír su sonido, parecido al ronco jadeo de un perro. Su rostro tenía una expresión tranquila, de resignada aceptación de la derrota, cuando él cogió el pomo. "Tomo mi felicidad en mis manos cada vez que llego hasta esta puerta", se dijo sin abrirla todavía. Al girar el pomo lentamente sintió la silenciosa respuesta de la cerradura.

Subió por la escalera de caracol hasta el primer piso, donde Diana vivía y en el que había una sala de estar a la cual daba un dormitorio, todo ello comunicado con el resto de la casa por un largo

pasillo que comunicaba con la escalera principal.

No había nadie m la sala de estar. El se sentó en el sofá y observó el sari bordado con hilo dorado que estaba medio transformado en un vestido europeo. A la luz de la lámpara, tigres dorados destrozaban a un oficial de la Compañía de Indias que yacía sobre el suelo manchado, con una botella de coñac en la mano, unas veces en la mano derecha, otras veces en la izquierda, ya que el dibujo tenía muchas variantes.

–¡Qué tarde has venido, Maturin! – dijo Diana saliendo del dormitorio. Llevaba dos chales encima de la bata y tenía una expresión cansada y hosca-. Iba a acostarme. Pero siéntate cinco minutos. ¡Uf, tus zapatos están asquerosos!

Stephen se los quitó y los puso junto a la puerta.

–Había una partida de cazadores furtivos con perros cerca de la conejera y tuve que salir del camino. Tienes un don especial para ponerme en una situación desventajosa, Villiers.

–¡Así que has vuelto a venir andando! ¿No te dejan salir de noche? Cualquiera pensaría que estás casado con ese hombre.

¿Cómo van sus asuntos, por cierto? Parecía bastante alegre esta noche, riéndose con esa estúpida de Annie Strode.

–Me temo que no han mejorado. El agente de los dueños de los barcos es un bárbaro codicioso, sin inteligencia ni sentido ni entrañas. Es un ignorante voraz, un buitre sin alas que sólo puede volar en lo más profundo de la ignominia.

–Pero lady Keith… -dijo, interrumpiéndose enseguida.

La carta de lady Keith había llegado a Melbury aquella mañana y esto no se había mencionado en la cena. Stephen pasó el sari entre las manos y observó que a veces el oficial de la Compañía de Indias parecía contento, incluso extasiado, y a veces agonizante.

–Si crees que tienes derecho a pedirme explicaciones –continuó Diana-, estás equivocado. Me encontré con él mientras montaba a caballo. Si piensas que simplemente porque te he dejado besarme una o dos veces… si piensas que simplemente porque has venido cuando yo estaba a punto de tirarme al pozo o hacer una locura para escapar de la rutina diaria, al quedarme tan sólo con dos sirvientes desdentados en la casa… si piensas que somos amantes,

te equivocas. Nunca he sido tu amante.

–Lo sé -dijo Stephen-. No quiero explicaciones; no creo tener ningún derecho. La obligación provoca la muerte de la amistad, querida -hizo una pausa-. ¿Puedes darme algo de beber, querida Villiers?

–¡Oh! Te pido disculpas -dijo ella cambiando de forma automática y grotesca su tono por otro cortés-. ¿Qué te apetece tomar? ¿Oporto? ¿Coñac?

–Coñac, por favor -respondió-. Dime, ¿has visto alguna vez un tigre?

–¡Oh, sí! – dijo Diana distraída mientras buscaba la bandeja y la licorera-. He matado dos. No hay vasos adecuados aquí. Desde una silla de elefante, obviamente un lugar seguro. Se encuentran con frecuencia en el camino de Maharinghee a Bania y al cruzar la desembocadura del Ganges. ¿Servirá este vaso? Nadan de una isla a otra. Una vez vi uno meterse al agua con movimientos lentos como los de un caballo. Nadan bastante sumergidos, con la cabeza erguida y la cola extendida hacia atrás. ¡Qué frío hace en esta condenada

torre! En realidad, no he vuelto a estar suficientemente caliente desde que regresé a Inglaterra. Voy a meterme en la cama; es el único lugar caliente de la casa. Puedes venir y sentarte junto a mí cuando te hayas bebido el coñac.

Pasaban los días, días dorados con olor a heno, un perfecto verano prematuro; días perdidos para Jack. O al menos nueve partes perdidas, pues aunque sus asuntos profesionales y legales estaban cada vez peor y más complicados, había ido a Bath en dos ocasiones a ver a su querida amiga lady Keith, y la primera vez había visitado a la señora Williams y a su familia y la segunda había encontrado a Sophia -aparentemente por casualidad había encontrado a Sophia- en la sala de las termas donde se bebían las aguas. Había regresado regocijado y atormentado a la vez, pero mucho más humano, mucho más parecido a aquella criatura alegre y fuerte de espíritu que Stephen había conocido.

"Estoy decidido a romper", escribió Stephen. "No la hago feliz ni me hace feliz. Esta obsesión no es felicidad. Noto tal insensibilidad que se me parte el corazón, y no sólo el corazón.

Insensibilidad y muchas más cosas: un profundo deseo de dominar, celos, orgullo, vanidad, todo menos falta de valor. Poco juicio y, por supuesto, ignorancia; mala fe, inconstancia e incluso crueldad, añadiría yo, si pudiera olvidar su despedida del domingo por la noche, increíblemente patética en una persona tan violenta. Y sin duda, su estilo y su gracia sin límites sustituyen a la virtud… ¿o son realmente virtudes? Pero eso no te servirá. No sacarás nada más de mí. Si sigue este juego con Jack, yo me iré. Y si él continúa, tal vez descubra que ha estado haciendo todo lo posible por infligirse a sí mismo una herida; y tal vez a ella le ocurra lo mismo, pues él no es un hombre con el que se puede jugar. Su ligereza me aflige más de lo que soy capaz de expresar. Es contraria a lo que ella define como sus principios y, en mi opinión, incluso a su propia naturaleza. Ella no puede quererlo como esposo ahora. ¿Actúa por odio a Sophia o a la señora W.? ¿Por una indeterminada venganza? ¿Por el placer de jugar con fuego en un polvorín?"

El reloj dio las diez; dentro de media hora tendría que reunirse con Jack en el reñidero de Plimpton. Salió de la oscura biblioteca y

se dirigió al patio. Allí estaba esperándole la jaca, con su pelaje color plomizo brillando al sol, mirando fijamente, con sagacidad, hacia el sendero al otro lado de los establos; y al seguir su mirada, Stephen vio al cartero robando una pera del emparrado del huerto.

–Una carta para usted, señor -dijo el cartero muy serio y ceremonioso, mientras por la comisura de los labios le chorreaba el jugo de la pera que se había comido apresuradamente. ¿Le habría visto? La distancia era muy grande, casi segura-. Veintiocho peniques, señor, por favor. Y hay dos para el capitán, una franqueada, la otra del Almirantazgo.

–Gracias, señor cartero -dijo Stephen pagándole. – Ha hecho una complicada ronda.

–Pues sí, señor -dijo el cartero sonriendo con alivio-. Parsonage, la casa de los Croker, la del doctor Vining -una carta era de su hermano que vive en Godmersham, así que seguramente estará por aquí el domingo- y luego subir hasta la casa del joven Savile -la carta era de su joven dama. Nunca he visto una joven dama que escribiera tanto; me alegraré mucho cuando se casen y

puedan decirse las cosas de palabra.

–Tiene usted calor y está sediento; debe comerse una pera, eso le ayudará a mantenerse activo.

La pelea principal había comenzado cuando Stephen llegó. Un apretado grupo de campesinos, comerciantes, tratantes en caballos, gitanos y caballeros de la región, todos muy excitados, formaban un círculo alrededor del reñidero, donde lo único aceptable era el valor de los gallos.

–¡Apuestas por el gallo moteado! ¡Apuestas por gallo moteado! – gritó un gitano alto con un pañuelo rojo en el cuello.

–¡Voy con usted! – dijo Jack-. Cinco guineas por el gallo moteado.

–¡Trato hecho! – dijo el gitano, mirando a su alrededor. Luego, entrecerrando los ojos, continuó en tono alegre y zalamero-. ¿Cinco guineas, caballero? Es una buena suma para un hombre errante y un capitán con media paga. Pondré mi dinero en el suelo, ¿eh?

Colocó las cinco brillantes monedas al borde del reñidero. Jack sacó su bolsa y colocó las monedas una a una junto a las otras. Los

dueños de los gallos los llevaron a la palestra y, sin dejar de sujetarlos, les hablaban en voz baja mientras éstos levantaban orgullosos su cabeza rapada. Los gallos permanecieron atentos, lanzando miradas a uno y otro lado y dando vueltas antes de aproximarse. Ambos volaron al mismo tiempo y sus aceradas espuelas lanzaron destellos al chocar. Se elevaron una y otra vez; se formó un remolino en el centro del reñidero y alrededor de éste se escuchaba un terrible griterío.

El gallo moteado, que había perdido un ojo y tenía el otro nublado por la sangre, permanecía erguido tambaleándose y trataba de distinguir dónde estaba su enemigo; vio su sombra y recibió tambaleante una herida mortal. Sin embargo, no murió enseguida; se mantuvo en pie con las espuelas clavadas en el cuerpo hasta que fue vencido por el propio peso de su exhausto oponente, un oponente que estaba demasiado lacerado para levantarse y cantar.

–Vamos a sentarnos fuera -dijo Stephen-. ¡Eh, chico!

¡Tráenos una jarra de jerez al banco de ahí fuera! ¿Me atiendes ahora? ¡Jerez! ¡Por el amor de Dios! Ese cabrón pretencioso tiene la

suficiente maldad para llamarle a esto jerez. Traigo cartas para ti, Jack.

–El gallo moteado no tenía realmente ganas de luchar -dijo Jack.

–No. Pero era un gallo de pelea, sin duda. ¿Por qué apostaste por él?

–Me gustaba. Andaba balanceándose, como un marino. No podría decirse que era un gallo malvado y sangriento, pero ya en la palestra, cuando fue desafiado, luchó. Tenía muchas agallas y continuó luchando incluso cuando ya no había ninguna esperanza. ¿Has dicho que traías cartas?

–Dos. Por favor, sin ceremonia.

–Gracias, Stephen. El Almirantazgo acusa recibo de la comunicación del señor Aubrey del siete del mes pasado. Esta es de Bath; vamos a ver lo que Queenie me cuenta… ¡Oh, Dios mío!

–¿Qué pasa?

–¡Dios mío! – repitió Jack golpeándose la rodilla con el puño-. Ven, vámonos de este lugar. Sophia se va a casar.

Mientras cabalgaban, Jack decía entre dientes frases entrecortadas y exclamaciones, y cuando habían recorrido una milla dijo:

–Queenie me escribe desde Bath. Un tipo que se llama Adams –de Dorset, con una gran fortuna- le ha hecho una proposición a Sophia. Ha sido algo muy rápido, verdaderamente. Nunca la hubiera creído capaz de esto.

–¿Es un rumor que ha llegado a oídos de lady Keith?

–¡No, no, no! Ella fue a visitar a mamá Williams por mí, pues mí idea era que ésta no pudiera negarse a verme cuando yo fuera. Queenie conoce a todo el mundo.

–Por supuesto. Y la señora Williams se sentiría halagada por tener relación con ella.

–Sí. Así que ella fue allí, y la señora Williams, muy alegre y con una afectada sonrisa, le contó todo, hasta el último detalle sobre la fortuna. ¿Hubieras creído a Sophia capaz de esto, Stephen?

–No. Y dudo de la veracidad de la información porque da por sentado que se le hizo la proposición a Sophia directamente y no a

través de la madre, como un simple ofrecimiento.

–¡Dios mío! ¡Cuánto me gustaría estar en Bath! – dijo Jack en voz baja poniéndose rojo de ira-. ¡Nadie la hubiera creído capaz de esto! ¡Su rostro era tan inocente! Yo habría jurado… ¡Las palabras que poco tiempo atrás me dijo eran tan dulces y amables! ¡Y las cosas ya han llegado tan lejos que le han hecho una proposición de matrimonio! Me los imagino cogidos de la mano, paseando en barca… ¡Dios mío! ¡Su rostro era tan, tan inocente!

Stephen le dijo que no había ninguna prueba, que la señora Williams era capaz de inventar cualquier cosa, que él era inteligente, animoso y sensato y sabía que hablar con ella era como hacerlo con su jaca. Jack tenía ahora una expresión grave e impenetrable en su rostro; dijo que pensaba que por primera vez en su vida había encontrado una mujer absolutamente sencilla -sin secretos ni ideas confusas o complicadas-, pero luego no añadió nada más sobre esto.

Cuando llegaron al cruce de Newton Priors, Jack dijo:

–Stephen, eres muy, muy amable conmigo, pero quiero

cabalgar solo por las colinas calizas hasta Wivenhoe. No soy buena compañía para nadie. ¿No te hará falta la jaca, verdad? Y no me esperes a cenar, comeré algo por el camino.

–Killick -dijo Stephen-, lleve el jamón y una jarra de cerveza a la habitación del capitán. Es posible que él llegue tarde. Voy a salir ahora.

Al principio caminó despacio, y los latidos de su corazón y su respiración eran normales, pero cuando dejó atrás las conocidas millas y empezó a subir Polcary, los latidos volvieron a tener aquel ritmo más acelerado, que aumentaba a medida que desaparecía su resolución; y cuando él llegó a la cima de la colina, su corazón latía al rápido compás de su reloj.

–¡Con qué fuerza lates, tonto corazón! – dijo sonriendo cuando calculaba el ritmo de los latidos-. En verdad, nunca había subido tan rápido la colina; ya estoy entrenado, ¡ja, ja, ja! La vista es muy bonita. La hermosa noche me envuelve con su manto.

Ahora caminaba más despacio, aguzando sus sentidos para advertir hasta el más mínimo movimiento en el bosque, en Gole's

Hanger o en el camino que le seguía. A su derecha escuchó el grito de un corzo que iba tras una liebre y a su izquierda el distante quejido de un conejo víctima del ataque de un armiño. Un búho. En la oscuridad se distinguía la borrosa silueta de la casa, apaciblemente dormida entre los árboles, y en la torre cuadrada sólo se veía una luz, como un ojo brillante.

Bajó hasta los olmos cargados de hojas y silenciosos; ahora podía ver toda la casa. Y debajo de los olmos estaba su jaca, atada a un avellano con un ronzal. La reconoció antes de que ella relinchara y se quedó paralizado. Cuando oyó el segundo relincho, avanzó muy despacio, acarició el aterciopelado hocico y el cuello de la jaca y, mirando la luz por encima de su cruz, estuvo un rato dándole palmaditas hasta que finalmente se dio la vuelta. Después de caminar unas cien yardas, con la torre hundida entre los árboles tras de él, se paró en seco y se llevó la mano al corazón. Comenzó de nuevo a caminar con paso torpe y cansado, tropezando en los surcos, obligándose a sí mismo a seguir adelante.

–Jack -dijo durante el desayuno la mañana siguiente-, creo

que debo dejarte. Veré si puedo encontrar sitio en el coche de posta.

–¿Dejarme? – gritó Jack atónito-. ¡Oh, no!

–No me siento muy bien, y creo que el aire de mi tierra natal me restablecerá.

–Tienes realmente un aire triste y desanimado -dijo Jack mirándolo atentamente y con profunda preocupación-. He estado tan absorto en mis desafortunados asuntos de los demonios -y ahora esto- que no te he atendido. Lo siento, Stephen. Debes de haberte sentido muy a disgusto aquí, sin compañía, sólo con Killick. Espero que no estés enfermo de verdad. Ahora que lo pienso, has estado deprimido, desanimado, estas últimas semanas, sin ganas de tocar ni una giga. ¿Quieres consultar al doctor Vining? Él podría ver tu caso desde fuera. Por favor, deja que lo llame. Iré a buscarlo enseguida, antes que empiece a hacer visitas.

Stephen tardó en tranquilizar a su amigo desde la hora del desayuno hasta que llegó el correo. Le dijo que "él conocía su enfermedad perfectamente… la había padecido antes… nadie podía morirse a consecuencia de ella… se llamaba solis deprivatio".

–¿La privación del sol? – preguntó Jack-. ¿Te burlas de mí, Stephen? No es posible que pienses ir a Irlanda en busca de sol.

–Ha sido una broma un poco pesada -dijo Stephen-. Me refería a España, no a Irlanda. Como sabes, tengo una casa en las montañas cercanas a Figueras; una parte del techo se ha desplomado, la parte donde están las ovejas, y debo ocuparme de ello. También hay allí murciélagos, murciélagos de oreja de ratón, he visto muchas generaciones de ellos. Aquí está el correo.

Stephen se acercó a la ventana y alargó la mano para cogerlo.

–Tienes una carta. Yo ninguna.

–Una factura -dijo Jack dejándola a un lado-. ¡Oh, sí que tienes una! Casi me había olvidado. La tengo en el bolsillo. Ayer me encontré casualmente con Diana Villiers y me pidió que te entregara esta nota. Me dijo muchas cosas buenas de ti. Estuvimos hablando de que eras un excelente compañero de tripulación y tan hábil con el violonchelo como con el cuchillo. Ella tiene un gran concepto de ti… Tal vez. La nota era amable en cierto modo.

"Querido Stephen;

¡Cómo descuidas a los amigos! Durante todos estos días no has dado señales de vida. Es cierto que estuve terriblemente desagradable la última vez que tuve el placer de estar en tu compañía. Por favor, perdóname. Fue el viento del este, o el pecado original, o la luna llena, o algo de esa clase. He encontrado algunas mariposas indias muy curiosas -sólo las alas- en un libro que era de mi padre. Si no estás muy cansado o tienes algún compromiso, quizás te gustaría venir a verlas esta tarde. D. V."

… lo cual no es extraño. Le he pedido que venga a tocar con nosotros el jueves. Conoce bien nuestro trío, aunque sólo toca de oído. Pero ya que tienes que irte, mandaré a Killick a presentarle nuestras excusas.

–Tal vez no me vaya tan pronto. Esperaré a la semana que viene. Las ovejas están cubiertas de lana, después de todo, y los murciélagos pueden irse a la capilla.

El camino se veía claramente en la oscuridad y Stephen cabalgaba despacio por él, recitando un diálogo imaginario. Llegó hasta la puerta montado en la jaca y la ató con un ronzal a una anilla. En el momento que iba a llamar, Diana le abrió.

–Buenas noches, Villiers -dijo-. Gracias por tu nota.

–Me encanta la forma en que das las buenas noches, Stephen –dijo sonriendo. Era obvio que estaba de buen humor, realmente de muy buen humor-. ¿No te asombras de verme aquí?

–Un poco.

–Los criados están fuera. ¡Cuánta formalidad! ¡Has venido por la puerta principal! Ven a mi guarida. He colocado las mariposas unas junto a otras para que las veas.

Stephen se quitó los zapatos, se sentó tranquilamente en una silla y dijo:

–He venido a decirte adiós. Me iré del país muy pronto, creo que la semana que viene.

–¡Oh, Stephen! ¿Y abandonarás a tus amigos? ¿Qué hará el pobre Aubrey? No puedes dejarlo ahora. Parece muy deprimido. ¿Y

qué haré yo? No tendré a nadie con quien hablar, ni nadie a quien maltratar.

–¿No?

–¿Te he hecho muy desgraciado, Stephen?

–A veces me has tratado como un perro, Villiers.

–¡Oh, Dios mío! Lo siento muchísimo. Nunca volveré a ser tan dura. ¿Así que piensas irte realmente? ¡Dios mío! Pero los amigos se dan un beso de despedida. Vamos, al menos simula que estás mirando mis mariposas -las he colocado con mucha gracia para ti- y dame un beso y luego vete.

–Soy sumamente débil contigo, Diana, como muy bien sabes –dijo-. Atravesé Polcary despacio, ensayando cómo te diría que venía a romper y que quería hacerlo en tono cariñoso y amistoso, sin amargas palabras que recordar. Pero veo que no puedo hacerlo.

–¿Romper? ¡Dios mío! Esa es una palabra que nosotras no usamos nunca.

–Nunca.

Sin embargo, la palabra apareció cinco días más tarde en el

diario de Stephen. "Me veo obligado a engañar a J. A., y aunque estoy acostumbrado al engaño, esto es doloroso para mí. También él se esfuerza por engañarme, desde luego, por consideración a lo que él cree que pienso sobre la forma correcta de mantener su relación con Sophia. Pero él es de carácter franco y espontáneo, y sus esfuerzos, aunque persistentes, resultan inútiles. Diana tiene razón; no puedo irme en un momento en que él tiene dificultades. ¿Por qué ella las hace más grandes? ¿Por pura maldad? En otra época, yo habría dicho que es un caso de posesión diabólica, y ésta es una respuesta convincente incluso ahora, pues un día se muestra más encantadora que ninguna otra mujer y al siguiente insensible, cruel, con enormes deseos de hacer daño. No obstante, a fuerza de repetírmelas, las palabras que no hace mucho me herían profundamente han perdido su efecto; la puerta cerrada ya no supone la muerte para mí; mi determinación es cada vez mayor, está convirtiéndose en algo más que una determinación intelectual. No lo he pensado antes ni lo he visto citado por ningún autor, pero creo que una pequeña tentación, incluso mínima, puede ser más

dominante que una gran tentación. No estoy fuertemente tentado de ir a Mapes; no estoy fuertemente tentado de beber el láudano cuyas gotas -cuatrocientas ahora, mi tranquilidad embotellada- cuento con superstición cada noche. Ya pesar de todo, lo hago".

Con la mirada disimulada y a la vez delatora de quien es sorprendido haciendo algo en secreto, Stephen dijo:

–Killick, ¿qué tiene que decirme? Está usted aturdido, tiene la mente trastornada. Ha estado bebiendo.

Killick se acercó más a la silla de Stephen, e inclinándose le susurró:

–Hay unos tipos horribles ahí abajo, señor, que preguntan por el capitán. Una cucaracha con una ridícula peluca y un par de tíos con pinta de boxeadores o matones También otros tipos muy raros con sombreritos redondos; vi a uno de ellos meterse un garrote bajo el abrigo. Malos tipos. Hombres del gobernador civil.

Stephen asintió con la cabeza.

–Los recibiré en la cocina. No, en la sala de desayuno, porque da al prado. Prepare el cofre del capitán y mi maleta pequeña. Déme

sus cartas. Enganche la mula al carro pequeño y llévelo hasta el final del camino a Foxdene con nuestro equipaje.

–Sí, sí, señor. Preparar equipaje, mula y carro, ir a Foxdene.

Stephen dejó a los tipos con cara de palo y ceño fruncido en la sala de desayuno. Sonrió complacido: por fin estaba ante una situación concreta. Sabía dónde encontrarles, a una o dos millas de allí, y que sería penoso subir la pendiente caliza bajo el sol; pero no sabía lo mucho que le costaría, después de subir la pendiente caliza, soportar la expresión llena de rabia, resentimiento y hostilidad que se dibujó en sus rostros.

–Buenos días -dijo quitándose el sombrero.

Diana le hizo una ligera inclinación de cabeza y le lanzó una mirada dura y penetrante.

–Parece que ha tenido usted un viaje difícil, Maturin. Debe de estar muy ansioso por ver…

–Perdóneme, señora, pero tengo que hablar con el capitán Aubrey -dijo con una mirada tan dura como la de ella, apartando hacia un lado la jaca-. Jack, han venido a arrestarte por las deudas.

Debemos irnos a Francia esta noche y luego seguir a España. El carro pequeño, con tu cofre, estará ahora al final del camino de Foxdene. Te quedarás conmigo en mi casa; las cosas saldrán bien. Podremos coger el paquebote que sale de Folkestone si vamos de prisa.

Se volvió hacia Diana, la saludó con la cabeza y comenzó a cabalgar dirigiéndose colina abajo.

Entre el ruido de cascos se oyó la voz de Diana:

–Siga adelante, Aubrey. Le he dicho que siga adelante. Tengo que hablar con Maturin -dijo refrenando su caballo junto a éste-. Tengo que hablarte, Maturin. Stephen, ¿te vas sin decirme adiós?

–¿No vas a dejarme marchar, Diana? – dijo levantando los ojos llenos de lágrimas.

–No, no, no -gritó ella-. No puedes dejarme… Sí, vete a Francia, pero escríbeme, escríbeme y regresa.

Su pequeña mano estrechó la de él con fuerza. Ella fue alejándose, y su caballo arrancaba a su paso trozos de tierra y hierba.

–Nos iremos a Folkestone -dijo Jack, que llevaba la mula por los caminos cubiertos de hierba-. A Dover. Seymour está al mando de la Amethyst. Tiene que llevar al embajador del imperio y cruzará esta noche. Nos llevará a nosotros; fuimos compañeros de tripulación en el Marlborough. Cuando estemos en un barco del Rey podremos decirles a esos policías que se vayan al infierno.

Cuando habían recorrido cinco millas, Jack dijo:

–Stephen, ¿sabes de quién era la carta que me trajiste, la pequeña lacrada?

–No.

–Era de Sophie. Una carta en la que me habla con toda franqueza, ¿sabes? Dice que ese rumor sobre el tal Adams y sus pretensiones, que quizás haya inquietado a sus amigos, es falso, que no tiene ningún condenado fundamento; apenas lo ha visto más de una docena de veces, aunque él habla mucho en privado con Mamá. Me habla de ti. Te manda sus afectuosos saludos y dice que le gustaría verte en Bath. También dice que el tiempo allí es

estupendo. ¡Dios santo! Stephen, ¡nunca en mi vida me había sentido tan deprimido! Mi fortuna perdida, tal vez también mi carrera, y ahora esto.

–No sé cómo explicarte el alivio que siento -dijo Jack mientras se inclinaba para ver si la trinquetilla de la Amethyst estaba ya tensa-, al estar en la mar. Todo aquí es claro y sencillo. Y no lo digo solamente por haber escapado de esos tipos, sino por todas las complicaciones de la vida en tierra. No creo tener muchas aptitudes para estar en tierra.

Estaban de pie en el alcázar, rodeados por multitud de agregados, secretarios y miembros de la comitiva que, con ojos desorbitados, tambaleándose y dando bandazos, se agarraron a las cuerdas o unos a otros cuando la fragata empezó a mecerse bruscamente debido a la marejada. Entonces el acantilado de Dover quedó oculto por una cortina de lluvia veraniega.

–Sí -dijo Stephen-, también yo he estado caminando por la cuerda floja sin mucha destreza. Tengo el mismo sentimiento de liberación. Hace algún tiempo que debería haber admitido esto sin

reservas.

CAPÍTULO 4

Tolón. El mistral había amainado por fin, pero el mar estaba aún ligeramente salpicado de blanco. El aire seguía siendo diáfano, y a través de un telescopio, desde las colinas que bordeaban la ciudad, podían verse incluso los nombres de los siete navíos de línea atracados en la pequeña rada: el Formidable y el Indomptable, de ochenta cañones, y el Atlas, el Scipion, el Intrépide, el Mont-Blanc y el Berwick, de setenta y cuatro cañones. Si los ingleses hubieran visto éste último, se habrían sentido heridos en su orgullo, pues el navío había pertenecido a la Armada real hasta hacía pocos años. Y si hubieran podido ver el astillero, en plena actividad y celosamente vigilado, su orgullo habría sido lastimado de nuevo, pues allí se encontraban en reparación otros dos navíos británicos de setenta y cuatro cañones: el Hannibal, capturado durante la acción de guerra

de sir James Saumarez en el estrecho de Gibraltar en 1801, y el Swiftsure, capturado en el Mediterráneo pocas semanas antes. "Actividad" era indudablemente la palabra que definía Tolón; había allí una intensa actividad. La ciudad, abarrotada y bulliciosa, se destacaba entre las silenciosas colinas, todavía verdes, por un lado, y los grandes salientes de la costa y pequeñas islas, por el otro, con el vasto Mediterráneo, sereno y de un azul indescriptible, extendiéndose ante ella. Podía verse allí un gran número de pequeñas figuras -con camisa blanca, pantalones azules y brillantes fajines rojos- muy atareadas, que incluso bajo el sol de mediodía continuaban trabajando afanosamente como las hormigas; los botes iban del astillero a la pequeña rada, de la pequeña rada a la gran rada, de los barcos a los muelles y de éstos otra vez a los barcos; en los magníficos barcos que estaban en la grada de construcción, había un enjambre de hombres manejando azuelas, mazos de calafateo, barrenas y martinetes; grupos de convictos descargaban roble de Ragusa, brea de Estocolmo, estopa de Hamburgo, cuerdas y perchas de Riga, en medio del jaleo y los innumerables olores que

hay en un gran puerto, entre los cuales sobresalían el hedor del agua estancada y de las alcantarillas y el olor a piedra caliente, ajo frito y pescado asado a la parrilla.

–En la comida -dijo el capitán Christy-Pallière, cerrando la carpeta con el título Sentencias de muerte, F-L-, empezaré con un vaso de vino de Banyuls, unas anchoas y un puñado de aceitunas negras; luego puedo seguir con la sopa de pescado de Hébert y después con una langosta en caldo corto. Posiblemente continuaré con una pierna de cordero asada; el cordero es excelente ahora, cuando el tomillo está en flor. Después sólo queso, fresas y algo para acompañar el café, por ejemplo, un platito de mermelada inglesa. Nada de platos complicados como te gustan a ti, Penhoët; mi hígado no lo soportaría con este calor, y tenemos mucho trabajo en el Annibale, pues debe estar listo para hacerse a la mar la semana próxima. También tenemos que ocuparnos de todos los expedientes de Dumanoir… ¡qué ganas tengo de que regrese! Yo debería haber interrogado a los malteses esta mañana. Si la comida es pesada, se corre el riesgo de que escapen a los disparos…

–Bebamos vino de Tavel con el cordero -dijo el capitán Penhoët consciente de que se exponía a escuchar una serie de razonamientos filosóficos sobre la digestión, la culpa, la actuación de Poncio Pilatos, lo odioso que resultaba interrogar a presuntos espías y lo poco preparados que estaban los oficiales para ello, si no lograba interrumpirla-. Es…

–Un par de rosbifs quieren verlo, señor -dijo un ordenanza.

–¡Oh, no! – gritó el capitán Christy-Pallière-. ¡En este momento no, por Dios! Dígales que no estoy, Jeannot, y que probablemente vuelva a las cinco. ¿Quiénes son?

–Uno es Jacques Aubrey. Dice que es un capitán de marina – dijo el ordenanza, y frunciendo el entrecejo, escrutó la tarjeta de presentación que tenía en la mano-. Nació el 1 de abril de 1066 en Bedlam, Londres. Profesión del padre: monje. Profesión de la madre: monja. Nombre de soltera de la madre: Lucrecia Borgia. El otro peregrino es Étienne Maturin.

–¡Rápido, rápido! – dijo el capitán Christy-Pallière-. ¡Mis calzones, Jeannot, y mi corbata! (Para estar cómodo, se había

quedado en calzoncillos.) ¡Maldita sea! ¡Mi camisa! Penhoët, hoy tendremos una auténtica comida -busca un cepillo de ropa, Jeannot-, éste es el prisionero inglés del que te hablé, un excelente marino y una estupenda compañía. No te molestará hablar inglés, ¿verdad? ¿Qué aspecto tengo?

–Pareces un chulo -dijo el capitán Penhoët, usando un lenguaje vulgar-. Arquea el torso y así les impondrás respeto.

–Hazlos pasar, Jeannot -dijo Christy-Pallière-. ¡Mi querido Aubrey! – exclamó abrazando a Jack y besándolo en ambas mejillas-. ¡Qué alegría verle! Estimado doctor Maturin, sea usted bienvenido. Permítanme que les presente al capitán de fragata Penhoët. El capitán de fragata Aubrey y el doctor Maturin, mis invitados a bordo del Desaix en una ocasión.

–Servidor de usted, señor -dijo el capitán Penhoët.

–A los pies de usted, señor -dijo Jack poniéndose tan rojo como su camisa-. ¿Penhoët? Je presérve, je ai, le plus vivid remembrance de vos combatte à Ushant, á bord le Pong, en vingt-quatre neuf.

Estas palabras fueron acogidas con una expresión perpleja, aunque amable y cortés, y un segundo después Jack se volvió a Christy-Pallière y le preguntó:

–¿Cómo se dice en francés "tengo un vívido recuerdo de la valiente acción de guerra del capitán Penhoët frente a Ushant en

1799"?

OceanofPDF.com

El capitán Christy-Pallière dijo esto en otra clase de francés –

aparecieron de nuevo las sonrisas, ahora mucho más cálidas, y hubo otro apretón de manos británico- y añadió:

–Pero podemos hablar todos en inglés. Mi colega es uno de nuestros mejores traductores. Vengan, comeremos enseguida. Están cubiertos de polvo y cansados, casi exhaustos. ¿Qué distancia han recorrido hoy? ¿Soportan bien el calor? Un calor fuera de lo normal en el mes de mayo. ¿Ha visto usted a mis primos en Bath, Aubrey? ¿Podré disfrutar de su compañía durante un tiempo? ¡Cuánto me alegro de verle!

–Esperábamos que usted vendría a comer con nosotros -dijo Jack-. Hemos reservado, livré, una mesa.

–Pero están ustedes en mi país -dijo Christy-Pallière en un tono que no admitía réplica-. Después de ustedes, queridos amigos, por favor. Será una comida sencilla, en una pequeña posada fuera de la ciudad. Tiene un emparrado de uvas moscatel, aire fresco, y el mismo dueño hace la comida. El doctor Ramis -se volvió hacia Stephen, que ahora iba detrás de él por el largo pasillo- está de

nuevo en el país. Volvió de permiso el martes. Le pediré que venga a reunirse con nosotros después de la comida -no soportaría vernos comer- y podrá darle a usted noticias sobre el brote de cólera y la aparición de un nuevo tipo de viruela en Egipto.

–El capitán Aubrey nos hizo llevar a cabo una persecución muy difícil -le dijo al capitán Penhoët, mientras colocaba trozos de pan representando los barcos de la escuadra del almirante Linois-. Él iba al mando de la Sophie, ese pequeño bergantín con alcázar.

–Lo recuerdo.

–Y al principio él tenía ventaja sobre nosotros. Pero fue empujado hacia la ensenada. Aquí estaba el cabo, y el viento soplaba así, era un viento caprichoso. (Reprodujo la batalla escena por escena.) Y entonces la caña del timón viró como un relámpago, las alas se desplegaron como por la acción de un conjuro y él cruzó nuestra línea pasando cerca del almirante. ¡El muy astuto sabía que yo no podía arriesgarme a darle al buque insignia! ¡Y sabía que el Desaix era más bien lento al virar! Él cruzó, y con un poco de

suerte…

–¿Qué es "suerte"?

–Chance. Habría podido escapar. Pero el almirante hizo la señal que ordenaba la persecución, y el Desaix, con los fondos muy limpios porque había salido del astillero hacía sólo una semana y con la ligera brisa por la aleta, en poco tiempo… Yo habría volado su barco con mi última andanada si usted no hubiera corrido como una liebre.

–Lo recuerdo muy bien -dijo Jack-. Tenía el alma en un hilo desde que vi que usted comenzaba a orzar. O tal vez desde mucho antes, cuando vi que usted navegaba al doble de la velocidad que yo sin haberse molestado en desplegar las alas.

–Fue una gran proeza cruzar la línea -dijo el capitán Penhoët-. Estaba deseando que los disparos le alcanzaran; y luego le habría disparado yo, en cuanto el buque del almirante hubiera adelantado mi barco. Pero ustedes, los británicos, tienen como norma llevar demasiados cañones, ¿no es cierto? Demasiados para navegar velozmente con un viento así, demasiados para poder

escapar.

–Los míos los tiré por la borda -dijo Jack-, pero reconozco que tiene usted razón. En cambio, ustedes tienen como norma llevar demasiados hombres, sobre todo soldados, ¿no es verdad? Recuerde el Phoebe y el Africaine…

La comida sencilla tuvo un final aún más sencillo, con una botella de coñac y dos vasos. El capitán Penhoët, cansado de esforzarse, había vuelto a su despacho; Stephen se había pasado a la mesa del doctor Ramis, donde se bebía algo más saludable, agua gaseada de un manantial sulfuroso. El cabo Sicié tenía ahora un tono púrpura, destacándose entre las aguas color violeta, y los grillos llenaban el cálido aire con su incesante y omnipresente canto.

Tanto Jack como el capitán Christy-Pallière habían bebido mucho; ahora se estaban contando los problemas que tenían en su vida profesional, y asombrosamente, cada uno reconocía que el otro tenía razones para quejarse. Christy-Pallière tampoco había subido en el escalafón, pues aunque era capitaine de vaisseau, cargo muy similar al de capitán de navío, no tenía "verdadero valor la

antigüedad en la Armada francesa, tan llena de sucias intrigas, donde los aventureros con intereses políticos triunfaban y los auténticos marinos eran arrinconados". Aunque él no había hablado abiertamente, por las conversaciones que ambos habían mantenido un año atrás y por las indiscreciones de sus primos ingleses, Jack sabía que era un republicano poco entusiasta, que detestaba al advenedizo Bonaparte por su vulgaridad y su total ignorancia sobre la Marina, y que, siendo partidario de una monarquía constitucional liberal, estaba irritado, pues era un hombre entregado a la Marina y, desde luego, a Francia, pero descontento con sus gobernantes. Mucho tiempo atrás él había hablado, con profundo conocimiento del tema, sobre el caso de los oficiales irlandeses de la Armada real y su dilema moral debido a que su lealtad a diferentes causas era origen de conflicto; pero en este momento, aunque cuatro tipos de vino y dos de coñac le habían llevado suavemente hasta la zona de la indiscreción, sólo estaba interesado en sus propios problemas inmediatos.

–Para usted es muy sencillo -dijo-. Usted, sus amigos y los

lores y caballeros que usted conoce forman un grupo con un interés común, y es posible que en las elecciones parlamentarias haya un cambio de ministros y sus evidentes méritos sean reconocidos. Pero, ¿qué pasa en nuestro país? Hay influencia monárquica, intereses republicanos, católicos, francmasones y consulares o, como se llamarán dentro de poco según los rumores, imperiales, encontrados unos con otros, formando una maraña. Será mejor que terminemos esta botella. ¿Sabe una cosa? – continuó tras una pausa-. Estoy muy cansado de estar todo el día en un despacho con el trasero en la silla. La única esperanza, la única solución -su voz iba apagándose- es una…

–Me parece que sería perverso rezar para que haya guerra –dijo Jack, cuyos pensamientos habían seguido el mismo curso que los de él-. Pero, ¡me gustaría tanto estar navegando!

–¡Oh, sí! Sería perverso, sin duda.

–Sobre todo porque la única guerra que valdría la pena tendríamos que hacerla contra la nación que más nos gusta, pues los alemanes y los españoles no pueden competir con nosotros ahora.

No deja de extrañarme, cada vez que pienso en ello, que los españoles construyan tan bien sus barcos -grandes y muy hermosos- y, sin embargo, los gobiernen de una manera tan rara.

En la batalla de San Vicente…

–La culpa es del Almirantazgo -dijo Christy-Pallière-. Todos los Almirantazgos son iguales. Le juro por los restos de mi madre que nuestro Almirantazgo…

Un mensajero le interrumpió cuando casi estaba a punto de cometer alta traición, y él, disculpándose, se apartó a un lado para leer la nota. La leyó dos veces, mientras los vapores del coñac iban disipándose en su cabeza y él volvía rápidamente al estado sobrio. Era un hombre corpulento como un oso, no tan alto como Jack, pero más robusto, ancho de hombros y un poco cargado de espaldas, y no se le subía el alcohol a la cabeza. Tenía los ojos marrones y una mirada bondadosa e inteligente. Cuando volvió a la mesa, con una taza de café, su mirada era grave y penetrante. Se bebió a sorbos el café y, después de unos instantes de vacilación, habló por fin.

–Todas las armadas tienen estos problemas -dijo despacio-.

El colega que se ocupa de ellos está de permiso; yo le sustituyo. Aquí tengo una descripción de un hombre con una chaqueta negra que estaba esta mañana en el monte Faron observando nuestras instalaciones con un telescopio. Es delgado, de mediana estatura y ojos claros, lleva peluca de pelo rizado y calzones grises y habla francés con acento del sur. Estuvo hablando con un comerciante de Barcelona, un tipo extraño que tiene dos faluchos en la dársena.

–¡Oh! – exclamó Jack-. Ese tiene que ser Stephen Maturin, no me cabe duda. El tiene un telescopio, un Dolland, uno de los mejores que hay. Seguro que subió a Faron esta mañana, antes de que yo me levantara, para ver sus queridos pájaros. Me había mencionado algunos muy raros que habitan aquí, como los paros y el pitpit. Dudo -se rió de buena gana-que haya subido hasta la fortaleza y haya preguntado cómo se usan las piezas de artillería.

¡Oh, no! Es la persona más sencilla del mundo, le doy mi palabra de honor, aunque es muy instruido, conoce todos los bichos del universo y le cortaría a usted una pierna en un instante. Sin embargo, no se le debería permitir salir solo. Y respecto a los

asuntos navales, no sabe distinguir babor de estribor o una boneta de un trozo de sayal, aunque se lo he explicado mil veces y se ha esforzado por entenderlo, el pobre. Estoy seguro de que es él, porque ha dicho usted que hablaba con ese comerciante de Barcelona, y apuesto a que lo hacía en la lengua de éste. Ha vivido por esas tierras durante años y habla la lengua de allí como un… como un… bueno, como un nativo. Nosotros nos dirigimos hacia allí, a una casa que él posee. Apenas acabe su visita a Porquerolles para ver unos raros arbustos que solamente crecen en esa isla, seguiremos nuestro camino. ¡Ja, ja, ja! ¡El bueno de Stephen, el pobre, arrestado por espía…! ¡Ja, ja, ja! – se reía estruendosamente, divertido.

No había ninguna posibilidad de resistirse a su evidente buena fe. La mirada de Christy-Pallière se suavizó y éste, con una sonrisa de alivio, dijo:

–Entonces, ¿me da su palabra de que es una persona fiable?

–Le hablo de corazón -dijo Jack poniéndose la mano en el pecho-. Estimado amigo, sus hombres tienen que ser personas muy

simples para que hayan sospechado de Stephen Maturin.

–Ese es el problema -dijo Christy-Pallière-. Muchos son estúpidos. Pero eso no es lo peor; hay otros servicios de información y vigilancia, la gendarmería, los hombres de Fouché y todos esos de tierra adentro, como usted sabe, y entre ellos hay algunos que no son más listos. Así que dígale a su amigo que sea más prudente. Y escúcheme, mi querido Aubrey -su tono era grave y expresivo-, sería mejor que no fueran ustedes a Porquerolles sino que siguieran enseguida hacia España.

–¿Por el calor? – preguntó Jack.

Christy-Pallière se encogió de hombros.

–Sí, tal vez por eso -dijo-. No le diré nada más.

Cruzó la terraza, pidió otra botella y volvió junto a Jack.

Entonces continuó en un tono muy diferente, informal:

–Así que vio usted a mis primos en Bath.

–¡Sí, sí! Tuve el honor de visitar Laura Place la primera vez que fui y ellos tuvieron la amabilidad de pedirme que me quedara a tomar el té. Estaban todos en casa: la señora Christy, la señorita

Christy, la señorita Susan, madame des Aguillières y Tom. Son personas encantadoras, muy amables y agradables. Hablamos mucho de usted; ellos esperan que vaya usted a visitarles pronto y, por supuesto, le envían muy afectuosos saludos… y las chicas le mandan besos. La segunda vez me invitaron a un paseo y un picnic, pero lamentablemente yo ya estaba comprometido. Estuve en Bath dos veces.

–¿Qué le parece Polly?

–¡Oh, una joven encantadora! Está llena de alegría y es muy amable con su anciana tía. ¿Es su tía, verdad? ¡Y qué bien habla el francés! Yo dije algunas cosas en francés y ella las entendió enseguida y se las repitió a la anciana haciendo incluso mis propios gestos.

–Es una joven encantadora -afirmó él de su prima, muy serio-. Y créame, esa chica sabe cocinar. ¡Su coq au vin…! ¡Su lenguado a la normanda! Y también sabe hacer muy bien el pudding inglés. Esa mermelada de fresas la hizo ella. Es una estupenda ama de casa. Además -miraba distraídamente una tartana que entraba

en el puerto-, tiene una pequeña fortuna.

–¡Oh, Dios mío! – gritó Jack tan enérgicamente que Christy-Pallière se volvió alarmado-. ¡Dios mío! Casi me había olvidado. ¿Quiere que le diga por qué estuve en Bath?

–Sí, se lo ruego.

–¿Quedará entre nosotros? (Christy-Pallière asintió con la cabeza.) Le aseguro que es algo que me tiene muy abatido; sólo su espléndida comida me lo ha quitado de la cabeza durante las dos últimas horas. Pienso en ello desde que salí de Inglaterra. En Bath hay una joven que conocí en Sussex, ¿sabe? Éramos vecinos, y cuando tuve dificultades con el tribunal del Almirantazgo por las presas neutrales, su madre se la llevó allí porque ya no aprobaba que nos viéramos. Antes de eso hubo casi un entendimiento entre los dos, pero por alguna razón nunca le hablé claramente. ¡Dios santo! ¡Qué tonto fui! Luego la vi en Bath, pero nunca estuve a solas con ella. Y creo que no le ha gustado mucho que yo tuviera algunas atenciones con su prima.

–¿Atenciones inocentes?

–Sí, bueno, por supuesto; pero pienso que posiblemente han sido mal interpretadas. Una joven o, mejor dicho, una mujer realmente hermosa. Estuvo casada, y a su marido le mataron en India. Tiene mucho empuje y valor. Entonces, cuando yo me consumía de dolor entre los problemas con el Almirantazgo y los prestamistas de la City, me enteré de que a ella le habían hecho una proposición de matrimonio, y se hablaba en todas partes de que ya había un compromiso. No puedo describirle con palabras cuánto me dolió. Y esa otra joven, la que se quedó en Sussex, fue muy amable y comprensiva conmigo, y siendo tan hermosa, yo… bueno, ya me entiende. Sin embargo, cuando creía que las cosas iban estupendamente con esa joven y que éramos íntimos amigos, ella me frenó, como si hubiera colocado ante mí una barrera, y me preguntó que quién diablos me creía que era yo. Para entonces yo había perdido todo mi dinero, claro, y le aseguro que apenas sabía qué contestar. Además, estaba empezando a creer que a ella le gustaba mi mejor amigo y que quizás era algo mutuo, ¿me comprende? No estaba muy seguro, pero lo parecía, sobre todo

cuando se despidieron. Pero yo estaba condenadamente deprimido –no podía dormir, no podía comer-, y ella volvió a mostrarse amable conmigo algunas veces. Así que me acerqué mucho, en parte por resentimiento, ¿me comprende? ¡Oh, Dios mío! ¡Si tan sólo…! Y entonces, por si fuera poco, llegó una carta de la primera…

–¿Le envió una carta a usted? – preguntó Christy-Pallière-.

Pero creí que no flirteaban, según le había entendido.

–Una carta inocente como la de un niño. No tanto como… bueno, casi tanto como un beso. Fue algo sorprendente, ¿no le parece? Piense que estábamos en Inglaterra, ya sabe, no en Francia, y las cosas allí son bastante diferentes. Con todo, fue algo asombroso. Una carta muy dulce y sencilla sólo para decirme que eso del matrimonio no era más que un maldito chismorreo. La recibí el mismo día que salía del país.

–¡Vaya! Entonces, todo es perfecto, ¿no? Esto, en una mujer seria, es una confesión. ¿Qué más puede usted pedir?

–Bueno -dijo Jack con una mirada tan apenada que a Christy-Pallière, que hasta ese momento le había considerado un zopenco

porque se preocupaba por tener dos mujeres a la vez, se le encogió el corazón y le dio palmaditas en el brazo para animarlo-. Bueno, está esa otra, ¿no comprende? Sinceramente, estoy muy unido a ella, aunque por otro tipo de sentimiento muy diferente. Y está el problema con mi amigo.

Stephen y el doctor Ramis estaban encerrados en un estudio lleno de libros. El gran herbario, que había servido como tema, entre otros, de la correspondencia que ambos habían mantenido durante más de un año, estaba abierto sobre la mesa, y doblado dentro de él había un detallado mapa con la nueva situación de las defensas españolas en Puerto Mahón. El doctor Ramis acababa de llegar de Menorca, su isla natal, y le había traído diversos documentos a Stephen, pues era el contacto más importante de éste con los autonomistas catalanes. Los documentos, después de ser leídos y confiados a la memoria, estaban ahora convirtiéndose en oscura ceniza en la chimenea, y los dos hombres habían cambiado de tema y hablaban en general de la humanidad y de que el hombre no era apto para la vida del modo en que se vivía.

–Este es, precisamente, el caso de los marineros -dijo Stephen-. Los he observado atentamente y me parece que son menos aptos para la vida de lo que comúnmente se cree, en comparación con hombres de cualquier otra profesión. Creo que la razón de esto es la siguiente: el marinero, al estar en la mar (su elemento natural) vive en el presente. No puede hacer absolutamente nada por el pasado y, considerando lo variable que es el omnipotente océano y el tiempo, puede hacer muy poco por el futuro. Esto, lo digo de paso, explica la imprevisión del marinero. Los oficiales se pasan la vida luchando contra esta actitud de sus hombres, persuadiéndoles de que deben tensar y amarrar cabos y hacer otras cosas frente a una vasta serie de contingencias. Pero los oficiales, influidos por la vida en la mar como el resto, no realizan esa tarea con total convicción, lo cual les provoca desasosiego. Y de ahí derivan sus extravagancias en el desempeño de la autoridad. Los marineros podrán tomar precauciones contra una tormenta mañana o dentro de quince días, pero para ellos las posibilidades más remotas seguirán siendo teóricas, irreales. Viven en el presente,

como le he dicho, y basándome en esto he llegado a una serie de conjeturas parcialmente formadas. Le agradecería que me diera su opinión sobre esto.

–Pienso como usted, si esto puede servirle de algo -dijo el doctor Ramis recostándose, mientras le observaba con una expresión aguda, inteligente en sus negros ojos-. Aunque ya sabe usted que soy enemigo de la especulación.

–Si consideramos los diversos trastornos que tienen su origen en la mente, tanto en la mente perturbada como en la inactiva, enseguida recordamos los falsos embarazos, la histeria, las palpitaciones, la dispepsia, los eczemas, algunos casos de impotencia y muchos otros. Pues bien, según mi limitada experiencia, estos trastornos no los encontramos a bordo de un barco. ¿Está de acuerdo conmigo, querido colega?

El doctor Ramis frunció los labios, y luego dijo:

–Le diré que me inclino a estarlo, aunque con reserva. No obstante, no me comprometo.

–Supongamos que trasladamos a uno de nuestros marineros a

tierra, donde se ve obligado a vivir no en el presente sino en el futuro, con referencia al porvenir. La alegría, las ganancias y la prosperidad tan ansiosamente deseadas, en las que piensa tanto, espera conseguirlas el próximo mes, el próximo año o incluso en la próxima generación. No más aguachirle comprada por el contador, no más comida asegurada, servida a intervalos fijos. ¿Y qué encontramos?

–Sífilis, embriaguez, la espantosa pérdida de todos los principios morales, una excesiva ingestión de alimentos y el hígado destrozado al cabo de diez días.

–Indudablemente, indudablemente; pero también algo más.

No encontramos falsos embarazos, desde luego, pero sí todo lo demás: ansiedad, hipocondría, añoranza, melancolía, estreñimiento, estómagos delicados… los males de los comerciantes de la ciudad aumentados diez veces. Conozco un caso interesante de un sujeto que gozaba de muy buena salud en la mar -un protegido de Higia-, a pesar de todos los excesos y de las circunstancias más adversas, que al poco tiempo de estar en tierra recibiendo cuidados

domésticos e ilusionado con un matrimonio -siempre en el futuro, como ve- ha perdido catorce libras, tiene retención de orina, las heces son escasas, de color negro y compactas y tiene un eczema rebelde.

–¿Y cree usted que todo esto es resultado de que el sujeto tiene tierra firme bajo sus pies? ¿No de algo más?

–Es el embrión de una idea, y yo lo trato con cuidado -dijo Stephen, levantando las manos.

–Ha mencionado usted la pérdida de peso. También lo encuentro a usted delgado o, mejor dicho, esquelético, si me permite hablarle de médico a médico. Respira usted con dificultad; su pelo, que ya era poco hace dos años, ahora es sumamente escaso; eructa usted con frecuencia; tiene los ojos hundidos y apagados. Esto no se debe sólo a que abusa usted del tabaco -que el gobierno debería prohibir, pues contiene una sustancia nociva- y del láudano. Me gustaría mucho ver su excremento.

–Lo verá, querido amigo, lo verá. Pero ahora tengo que dejarle. No se olvidará de mi tintura, ¿verdad? La abandonaré por

completo cuando haya llegado a Lérida, pero hasta entonces la necesito.

–La tendrá -dijo el doctor Ramis con una seria mirada-. Y es posible que le mande una nota muy importante a la vez; no lo sabré hasta dentro de unas horas. Si es así, estará en el código tres. Pero, por favor, déjeme tomarle el pulso antes de que se vaya. Débil, intermitente, tal como yo pensaba, amigo mío.

"¿Qué habrá querido decir con eso?", se dijo Stephen, refiriéndose no al pulso sino a la hipotética nota. Pensó otra vez, con cierto pesar, en lo sencillo que era hacer tratos con simples agentes mercenarios. Los motivos de éstos eran muy claros; eran leales a las personas y a sus bolsillos. Sin embargo, la complejidad de los hombres honestos, sus repentinas reticencias, el conflicto que provocaba su lealtad a diferentes causas, su personal sentido del humor, lo hacían sentirse viejo y cansado.

–¡Vaya! ¡Por fin has llegado, Stephen! – exclamó Jack saliendo bruscamente de su sueño-. Me quedé hablando con Christy-Pallière.

Espero que no hayas estado esperándome.

El tema de la conversación que ambos habían mantenido afloró a su mente y le quitó la alegría, pero después de estar mirando al suelo unos momentos, levantó los ojos intentando que su expresión fuera alegre y dijo:

–Has estado a punto de ser detenido por espionaje esta mañana.

Stephen, que en ese momento caminaba hacia el escritorio, se quedó inmóvil, en una postura poco natural.

–¡Cómo me reí cuando Christy-Pallière me leyó tu descripción muy serio y preocupado! Pero yo le di mi palabra de honor de que tú estabas buscando águilas de dos cabezas y él se quedó satisfecho. A propósito, hizo un extraño comentario, dijo que si él estuviera en nuestro lugar proseguiría el viaje a España y no iría a Porquerolles.

–¿Ah, sí? ¿Eso dijo? – preguntó Stephen en tono tranquilo-.

Vuelve a dormirte, amigo mío. Me parece que él no atravesaría la calle para ver la Euphorbia praestans y mucho menos cruzaría un brazo de mar. Tengo que escribir unas notas, pero no te molestaré.

Duérmete. Nos espera un largo día.

Algunas horas más tarde, con las primeras luces, de un tono grisáceo, Jack se despertó al oír que arañaban ligeramente la puerta. En su mente surgió la idea de que era una rata en la bodega, pero inmediatamente tuvo en su cuerpo una sensación que la contradecía. Tanto dormido como despierto, su cuerpo le indicaba si estaba navegando o no, pues en todo momento advertía el continuo movimiento ondulado del mar o a la estabilidad antinatural de la tierra. Él abrió los ojos y a la macilenta luz de una vela vio a Stephen levantarse, abrir la puerta y recibir un frasco y una nota doblada. Luego le vio volver al escritorio, desplegar la nota, descifrarla muy despacio y quemar el papel roto en dos pedazos con la llama de la vela. Y sin volverse, éste le dijo:

–¿Estás despierto, verdad, Jack?

–Sí, desde hace cinco minutos. Muy buenos días, Stephen. ¿Va a hacer calor hoy?

–Sí. Muy buenos días, querido amigo. Escucha -bajó la voz hasta que sus palabras no fueron más que un murmullo- y no grites

ni te pongas nervioso. ¿Puedes oírme?

–Sí.

–Mañana será declarada la guerra. Bonaparte está arrestando a todos los súbditos británicos.

Al norte de Carcasona, en la estrecha franja de sombra que proyectaba la muralla, un compasivo gendarme detuvo su convoy de prisioneros ingleses, entre los que había gran número de marineros de los barcos retenidos y capturados, unos pocos oficiales apresados a causa de la declaración de guerra e incluso algunos civiles, viajeros, sirvientes, mozos de cuadra y comerciantes, pues por primera vez en una guerra civilizada, Bonaparte había ordenado detener a todos los súbditos británicos. Los prisioneros tenían calor y estaban cansados y desconsolados; sus fardos se habían empapado durante una tormenta, pero no tenían ánimos para poner la ropa a secar al sol y mucho menos para aprovechar la ocasión de poder admirar la espléndida muralla, los torreones que estaban detrás y la vista de la nueva ciudad con el río pasando ante ella, o incluso para advertir la presencia del oso y su domador, que estaban

a la sombra de una torre cercana. Pero enseguida corrió la voz de que había llegado el convoy, y a la multitud que había salido apresuradamente de la vieja ciudad para verles, se unieron las vendedoras del mercado que estaba al otro lado del puente, llevando frutas, vino, pan, miel, salchichas, pâté y queso de cabra envuelto en hojas verdes. La mayoría de los prisioneros todavía tenían dinero (aquel era el principio de su largo viaje hacia el noreste), y cuando ya se habían refrescado un poco y habían comido y bebido, pusieron su ropa a secar y empezaron a mirar todo lo que les rodeaba.

–¡Vaya! ¡Mirad ese oso! – exclamó un marinero que ahora estaba muy contento, pues tenía ya un cuarto de galón de vino bajo la hebilla de cobre de su cinturón-. ¡Eh, amigo! ¿Sabe bailar?

El domador del oso, un tipo de aspecto siniestro, con un parche en un ojo y una barba de quince días, no le hizo caso.

Pero el marinero no iba a desanimarse por el malhumor de los extranjeros, y pronto se le unió un considerable grupo de amigos, pues él era el miembro más popular e influyente de la tripulación del pingue Chastity, propiedad de un comerciante que había tenido la

desafortunada idea de ir a Sète para abastecerse de agua el día que había sido declarada la guerra. Uno o dos de ellos comenzaron a lanzarle piedras a aquella enorme masa peluda para que se despertara o, al menos, para tener la satisfacción de verla moverse.

–¡No tiréis más piedras! – gritó el marinero, y su alegre rostro se ensombreció-. No querréis dedicaros a atormentar a los osos, ¿verdad, compañeros? Acordaros de Elías. No hay nada tan horrible como atormentar a los osos.

–Tú has sido un azuzador de osos, George, sabes que lo has sido -le dijo un compañero de tripulación tirando al aire una piedra y cogiéndola de nuevo en la mano, al parecer sin intención de dejarla-. Hemos estado juntos en Hockley.

–Azuzar osos es diferente -dijo George-. Los osos en Hockley tienen buena disposición de ánimo. Éste no. Creo que tiene calor. Los osos son criaturas de Groenlandia.

Seguramente el oso tenía calor. Estaba tumbado sobre la poca hierba que había podido encontrar y parecía estar completamente desfallecido. Ya se había difundido el rumor de que allí había un oso

y se habían acercado tripulantes de otros barcos que querían verlo bailar, pero el domador, adelantándose, trató de hacerles comprender que el animal estaba indispuesto, que sólo podía actuar de noche.

–Tiene el pelo muy espeso, mister. Se ha comido él sólo una cabra entera, le duele el estómago.

–¡Ahí tenéis! Ya os lo había dicho yo, compañeros -dijo George-. ¿Os gustaría bailar bajo este sol envueltos en una piel de pelo espeso?

No obstante, los acontecimientos habían escapado al control de George. Un oficial de marina inglés, deseando impresionar a la señora con la que viajaba, había hablado con el sargento de gendarmería, y ahora éste silbaba para llamar al dueño del oso.

–Su documentación -dijo-. Pasaporte español, ¿eh? Y, por cierto, bastante mugriento. ¿Duerme usted con el oso, amigo? Joan Margall, nacido en… ¿qué lugar es éste?

–Lérida, señor sargento -dijo el hombre con la servil humildad de los pobres.

–Lérida. Profesión: domador de osos. Muy bien. Un oso amaestrado debe saber bailar, es lógico. Debo tener una prueba; tengo la obligación de ver el oso bailar.

–Sí, señor sargento, enseguida. Pero los caballeros no deben esperar mucho de Flora. Es una osa y…

Le susurró algo al oído al gendarme.

–¡Ah! ¡Así que es eso! – dijo el gendarme-. Bueno, que dé sólo uno o dos pasos, pero yo tengo que cumplir con mi obligación.

Halada por la cadena, soportando los golpes de su amo que hacían salir el polvo de su peludo lomo, la osa comenzó a andar arrastrando las patas. El hombre sacó un caramillo del pecho y empezó a tocarlo con una mano; con la otra sujetaba la cadena y levantaba la osa. La hizo erguirse sobre sus patas traseras y ésta se tambaleó en medio de un murmullo de desaprobación por parte de los marineros.

–Estos extranjeros son tipos muy crueles -dijo George-.

Mirad su pobre nariz, con esa… enorme anilla.

–¡Señores ingleses! – dijo el hombre en tono afectado, con

una mirada perspicaz-. ¡Escuchen el caramillo!

Comenzó a tocar una melodía reconocible con el caramillo. La osa dio algunos pasos, tambaleándose y cruzando las patas delanteras, y enseguida se echó de nuevo. Sonaron las trompetas de la ciudadela, al otro lado de la muralla, cambió la guardia en la puerta de Narbona y el sargento empezó a gritar:

–En route, en route, les prisonniers!

Con la insistencia y la desfachatez de un ávido negociante, el domador recorrió apresuradamente la fila de arriba abajo.

–¡Recuerden el oso, señores! ¡Recuerden el oso! N'oubliez pas l'ours, messieurs-dames!

Silencio. El polvo que levantaba el convoy se iba depositando en el solitario camino. Los habitantes de Carcasona se fueron a descansar; incluso desaparecieron los niños que, desde las almenas, habían estado tirándole argamasa y terrones a la osa. Silencio y un tintineo de monedas.

–Dos livres y cuatro sous -dijo el domador de osos-. Un

maravedí, dos monedas de la zona este del Mediterráneo, aunque no sé exactamente su procedencia, y un groat escocés.

–Cuando un oficial de marina está al borde del abismo, siempre hay otro cerca dispuesto a empujarlo -dijo la osa-. Es un viejo proverbio marinero. Espero que Dios me permita tener un día a ese jodido cabrón bajo mi mando. Le haré bailar al son del caramillo, le encantará el caramillo. Stephen, colócame las mandíbulas de manera que se mantengan un poco más abiertas, por favor. Si no es así, creo que dentro de cinco minutos estaré muerto. ¿No podríamos ir al campo para quitarme esto allí?

–No -dijo Stephen-. Te llevaré a una posada tan pronto como se acabe el mercado y te meteré en una fresca y húmeda bodega toda la tarde. También te compraré un collar, así podrás respirar mejor. Debemos llegar a Couiza al amanecer.

El sinuoso camino subía y subía por la parte francesa de los Pirineos. Estaba iluminado por el sol de la tarde, el sol de junio, que caía de plano sobre la polvorienta ladera por donde iban andando trabajosamente la osa y su domador. Despreciados por los carros y

temidos por los caballos, ellos ya habían recorrido trescientas cincuenta millas, siguiendo una ruta en zigzag para evitar las ciudades más grandes y la peligrosa zona de la costa y, además, para pasar dos noches en casa de amigos de confianza. Stephen guiaba la osa por la zarpa -Jack no podía ver por debajo del hocico cuando llevaba puesta la cabeza- y en la mano que le quedaba libre tenía el ancho collar claveteado que cubría el hueco por donde Jack respiraba. Éste se había visto obligado a llevarlo puesto durante la mayor parte del día, pues aunque aquel valle era aislado, en él las casas estaban a pocas yardas unas de otras, los caseríos no distaban más de tres o cuatro millas entre sí y había tontos que les acompañaban por el camino. "¿Es un oso listo? ¿Cuánto come a la semana? ¿Es feroz? ¿Puede ganarse la vida exhibiéndolo?" Y mientras más se acercaban a las montañas, encontraban más personas que habían oído hablar de los osos, los habían visto o incluso los habían matado, y contaban sus anécdotas. Allí había osos, lobos, contrabandistas y los bandidos de las montañas, trabucarlos y migueletes. Había aldeanos simples, comunicativos y

alegres, ansiosos por divertirse, y también perros. En cada caserío, en cada granja, había un ejército de perros, y éstos salían a su paso, sorprendidos, ladrando y aullando, y a veces perseguían la osa hasta que salía el siguiente ejército de perros, porque éstos, a diferencia de los hombres, sabían que en el oso había algo poco natural.

–No tardaremos mucho -dijo Stephen-. Allá a lo lejos, bajo los árboles, veo una curva del camino principal de Le Perthus. Podrás tumbarte en el bosque mientras voy al pueblo a averiguar qué pasa. ¿Quieres sentarte ahora un momento en este mojón? Hay agua en el pozo; podrías incluso mojarte los pies.

–¡Oh, no! No importa-dijo Jack, aún tambaleante, pues Stephen había alterado el ritmo de su paso al asomarse al pozo-. De todos modos, no me atreveré a mojármelos otra vez.

La masa enorme y peluda se retorció en un automático intento de verse las nalgas y las patas traseras, hechas jirones por los ataques de los perros, y añadió:

–El bosque no estará muy lejos, ¿verdad?

–¡Oh! A una hora más o menos. Es un bosque de haya con una

vieja cantera de marga. Y puede verse -no te lo aseguro, sólo digo puede verse- el eléboro púrpura, que crece allí.

Con el collar quitado, tumbado en un lugar fresco, entre tupidos helechos, Jack sentía el sudor corriéndole todavía por el pecho y el movimiento de las hormigas, las garrapatas y otros insectos desconocidos; sentía su propio tufo por no haberse lavado y el desagradable olor de su piel húmeda, protegida imperfectamente por la trementina; sin embargo, nada de eso le importaba. Él había caminado demasiado y tenía demasiado cansancio para hacer otra cosa que tumbarse completamente relajado. Había sido imposible disfrazarlo de otro modo, porque en el sur de Francia un inglés rubio de seis pies de altura habría sobresalido como un campanario, sobre todo en aquel momento en que el país estaba lleno de personas que seguían la pista de fugitivos de todo tipo, extranjeros y franceses; pero el precio que él pagaba por ello era muy superior al que había creído posible. El tormento de esconderse de aquella forma incómoda e inadecuada y de soportar los frecuentes rasponazos que hacían brotar la sangre, la peladura de las plantas de los pies,

unidas a la piel de oso por esparadrapo, el calor, el sofoco, la horrible falta de aseo, habían llegado a un punto que a él le había parecido insoportable hacía diez días, doscientas millas atrás, en el tórrido erial de Causse du Palan.

¿Tendría éxito en lo que se proponía? Al principio, creía de corazón que, sin duda, así sería, y que si representaba bien su papel (salvo un caso de fuerza mayor o una desgracia imprevista) ni él ni Stephen pasarían el tiempo que durara la guerra como prisioneros, apartados de la Armada, sin ninguna posibilidad de ascenso ni de hacer cruceros que les procuraran fortuna; él no estaría apartado de Sophia… ni tampoco de Diana. Seguramente sería una larga guerra, pues Bonaparte era fuerte. En verdad, Jack se había quedado asombrado de cómo progresaba todo en Tolón: había tres navíos de línea casi listos para ser botados, una enorme cantidad de pertrechos y se trabajaba con una diligencia incomparable. Cualquier hombre que se hubiera criado en la mar, cualquier marinero nato, después de estar una hora en barco, podía decir si a bordo las cosas estaban coordinadas de un modo eficiente, y lo mismo le ocurría con

respecto a un puerto; Jack había visto en Tolón, con sus ojos expertos, una gran maquinaria que se movía muy rápida y muy eficazmente. Francia era fuerte, Francia era dueña de la Armada holandesa y controlaba amplias zonas de Europa occidental. Inglaterra era débil y estaba sola, se había quedado sin aliados, al menos por las fragmentarias noticias que les habían llegado. En efecto, la Armada inglesa era débil, no tenía absolutamente ninguna duda de ello. Saint Vincent había tratado de reformar los astilleros en vez de construir barcos, y ahora podían estar en la línea de batalla menos navíos que en 1793, a pesar de los que se habían construido y capturado durante los diez años de guerra. Y esa era una de las razones -aparte de las obligaciones que imponía el tratado- por las que España podía estar del lado de Francia, pero también podía cerrar la frontera, por lo que a ellos no les sería posible llegar al refugio de Stephen y fracasarían en lo que se habían propuesto. ¿Había declarado la guerra España? Ellos estaban en el Rosellón, la Cataluña francesa, desde hacía dos o tres días, y Jack no entendía lo que Stephen hablaba con los campesinos del lugar.

Stephen se mostraba extraño y reservado esos días. Jack creía que había llegado a conocerlo en los viejos tiempos sin complicaciones y le gustaba como era, pero ahora descubría a un Maturin desconocido, sus rasgos ocultos, su enorme falta de piedad; Jack no comprendía nada.

Stephen le había dejado solo. Stephen tenía un pasaporte que le permitía entrar en España y podía moverse dentro del país con guerra o sin ella… La mente de Jack se enturbiaba cada vez más, y acudían a ella, en enjambre, pensamientos horribles que él no se atrevía a formular.

–¡Dios mío! – dijo por fin, moviendo la cabeza de un lado a otro-. ¿Es posible que haya perdido el valor?

Si se perdía el valor, ¿se perdía también la generosidad? Había visto perder el valor a hombres que corrían a meterse bajo las escotillas en la batalla y a oficiales acobardados que se ocultaban tras el cabrestante. El y Stephen habían hablado de ello: ¿era el valor una cualidad fija, permanente? ¿O era como una sustancia que se gastaba, que cada hombre tenía en gran cantidad aunque podía

quedarse sin ella? Stephen había expuesto sus ideas sobre el valor. Lo consideraba variable y relativo, dependiente de la dieta, las circunstancias, el funcionamiento de los intestinos -los hombres estreñidos generalmente eran timoratos-, las costumbres, las condiciones físicas y espirituales -las personas de edad tenían una proverbial prudencia- buenas o malas. El valor no era una entidad, según él, sino que formaba parte de sistemas diferentes pero con conexión entre sí, estaba relacionado con aspectos morales, físicos y sexuales. Había hablado del valor en los hombres violentos y los castrados, de los efectos que la absoluta integridad y la incalificable temeridad o el deseo pueril de rivalizar tenían sobre el valor, de los estoicos y su doctrina de la satietas vitae y el supremo valor de la indiferencia… indiferencia, indiferencia…

La melodía que Stephen siempre tocaba con el caramillo para la actuación de la osa empezó a metérsele a Jack en la cabeza, confundiéndose con la propia voz de aquél repitiendo citas de Plutarco, Nicola de Pisa y Boecio sobre el valor, que él recordaba a medias. Era una melodía rara, con intervalos al estilo antiguo,

limitada a lo que cuatro dedos y un fuerte soplo podían hacer, pero sutil, compleja…

Los gritos de una niña con delantal blanco le despertaron. La niña, junto con otros amigos que él no veía, estaba buscando las setas de verano que crecían en aquel bosque, y había encontrado un enorme grupo.

–¡Ramón! – gritó a voz en cuello, y el eco de su voz resonó en la hondonada-. ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ven a ver lo que he encontrado! ¡Ven a ver lo que he encontrado! ¡Ven a ver…!

Así una y otra vez. Estaba situada oblicuamente respecto a él, pero puesto que su compañero no la oía, comenzó a girar y a dirigir la voz hacia las distintas zonas del bosque.

Jack había tratado de encogerse lo más posible, y cuando la niña se volvía de cara hacia él, cerró los ojos por miedo a que ella viera su intenso brillo. Su mente no estaba del todo despierta; no sentía indiferencia ahora, sino un profundo deseo de superar ese contratiempo, de llevar a cabo el plan contra viento y marea. "Si asusto a la fierecilla una cuadrilla de campesinos armados rodeará el

bosque en cinco minutos, si me escabullo perderé a Stephen, me quedaré aislado, con todos nuestros documentos cosidos en la parte interior de la piel". Las posibilidades se sucedían una tras otra con rapidez; pero no había solución.

–Vamos, vamos, niña -dijo Stephen-. Te vas a estropear la voz si gritas tanto. ¿Qué tienes ahí? Es un boleto de Satanás; no debes comer el boleto de Satanás, cariño. Verás como se pone azul al partirlo con esta ramita. El diablo se ruboriza así. Pero aquí tenemos un parasol. Sí que puedes comer el parasol. ¿Has visto mi oso? Le dejé en el bosque cuando fui a ver a Jaume, porque estaba muy cansado. Los osos no pueden soportar el sol.

–Jaume es el tío de mi padrino -dijo la niña-. Mi padrino es Pere. ¿Cómo se llama tu oso?

–Flora -dijo Stephen, y luego gritó-. ¡Flora!

–Acabas de decir mi oso-dijo la niña frunciendo el ceño. Y empezó a gritar-. ¡Flora! ¡Flora! ¡Flora! ¡Flora! ¡Virgen santísima… qué osa tan enorme! ¡Oh, Dios mío! ¡Vaya osa!

Le cogió la mano a Stephen, pero luego recuperó su valor y

comenzó a gritar:

–¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ven a ver mi osa!

–Adiós, hijos míos -dijo Stephen poco después-. Andad con Dios.

Todavía diciéndoles adiós a las pequeñas figuras, continuó:

–Tengo por fin noticias concretas; noticias diversas. España no ha declarado la guerra, pero los puertos del Mediterráneo están cerrados para los barcos ingleses. Tenemos que ir a Gibraltar.

–¿Qué pasa con la frontera?

Stephen frunció los labios.

–El pueblo está lleno de policías y soldados; dos hombres de los servicios secretos están encargados de registrar todo. Han arrestado a un agente inglés.

–¿Cómo lo sabes?

–El sacerdote con el que se ha confesado me lo dijo. De todos modos, yo no había pensado ir por el camino principal. Conozco o, mejor dicho, conocía, otro camino. Mira, mira por este lado. ¿Ves el techo rosado y detrás un pico? ¿Y ves a la derecha de él, por detrás

del bosque, una montaña pelada? Esa es la frontera, amigo, y por el despeñadero hay un paso, un sendero que baja hasta las tierras de Recasens y Cantallops. Cruzaremos el camino furtivamente al anochecer y llegaremos allí al alba.

–¿Puedo quitarme la piel?

–No puedes. Lo siento mucho, Jack, pero es que no conozco bien el sendero, y puesto que hay patrullas que persiguen a los contrabandistas y los fugitivos, podríamos tropezar con una o dos. Es un sendero de contrabandistas, un sendero peligroso, sin duda, porque los franceses pueden dispararte si vas vestido de hombre y los contrabandistas pueden hacer lo mismo si vas vestido de oso. Pero es mejor elegir lo segundo, porque el contrabandista atiende a razones, en cambio la patrulla no.

Media hora estuvieron entre los arbustos al borde del camino, esperando a que terminara de pasar en fila, lentamente, toda una batería -cañones, carros, cantineras-, diversos coches, uno de ellos tirado por seis mulas con arneses de color carmín, y algunos hombres aislados a caballo, pues ahora que ellos veían la línea

fronteriza, su cautela había llegado a extremos insospechados

Media hora. Luego cruzaron y siguieron la vereda que conducía a Saint-Jean de l'Albère. Arriba, arriba; y al cabo de una hora ya la luna iluminaba el bosque que tenían ante ellos. Y con la luna llegaron desde las llanuras españolas los primeros soplos del siroco, como una bocanada de aire caliente al abrirse la puerta de un horno. Arriba, todavía más arriba. Después del último granero, la vereda quedaba reducida a una franja y tuvieron que caminar uno detrás de otro. Jack veía moverse acompasadamente, a uno o dos pasos delante de él, el enorme bulto -una negra sombra, nada más- que Stephen llevaba, y una sensación parecida al odio le oprimió el estómago. Entonces pensó: "El bulto es pesado, debe de pesar cincuenta o sesenta libras, ahí están todas nuestras pertenencias; él también ha seguido adelante todos estos días sin una queja; las correas le hacen daño en la espalda y los hombros, tiene un horrible verdugón en cada lado". Pero la firme determinación de aquella oscura figura que continuaba avanzando aparentemente sin esfuerzo, cada vez más rápido, sin hacer nunca

una pausa, y la imposibilidad de seguirla, de esforzarse otras cien yardas, así como la imposibilidad de pedir un descanso, turbaban su mente, dejando sólo la débil llama del resentimiento.

El sendero serpenteaba, se ramificaba y a veces desaparecía entre las enormes y vetustas hayas que abundaban en el lugar, con sus troncos plateados a la luz de la luna. Por fin Stephen se detuvo; Jack tropezó con él, deteniéndose también, y sintió una mano que lo agarraba fuertemente por encima de la piel de oso: era Stephen que trataba de guiarlo hasta la oscura y aterciopelada sombra de un árbol caído. Entre el murmullo del viento, Jack oyó un sonido metálico que se repetía, y cuando reconoció los pasos acompasados –era una patrulla que hacía demasiado ruido- la sensación de que el aire era irrespirable y de que el estado de su cuerpo era insoportable desapareció. De vez en cuando se oían alguna voz muy baja, una tos, y el clac-clac-clac de algún mosquete contra la hebilla de su portador. Ahora los soldados pasaban a unas veinte yardas de ellos montaña abajo.

La misma mano tiró de él fuertemente y ambos volvieron a

encontrarse en la vereda. Siempre la eterna subida, a veces cruzando el lecho de un riachuelo cubierto de hojas, a veces subiendo una pendiente descubierta y tan escarpada que debían ir a gatas; y siempre el siroco.

A las hayas las sucedieron los pinos, y ellos sintieron la pinas clavarse como agujas en las plantas de los pies. ¡Qué dolor!

Una montaña infinita, con infinitos pinos y el rumor de sus copas inclinándose hacia el norte por el viento.

La figura que iba delante de él se había detenido y murmuraba:

–Debería estar por ahí… la segunda bifurcación… había una choza de un carbonero… un alerce arrancado con abejas dentro del tronco.

Jack, un poco mareado, cerró los ojos durante una larga pausa, un descanso, y cuando volvió a abrirlos vio que había empezado a clarear. Detrás de ellos, a lo lejos, la luna se había ocultado en la niebla que envolvía los intrincados valles.

Los pinos. Y de repente, no más pinos, sólo algunos arbustos raquíticos y brezos, luego un extenso prado. Ellos estaban en el

límite superior del bosque, un bosque que parecía trazado con líneas bien definidas; permanecieron allí en silencio, vigilantes. Cuando ya llevaban dos o tres minutos allí arriba, con el viento en contra, Jack vio algo que se movía.

–¿Un perro? – dijo inclinándose hacia Stephen. ¿Serían soldados que habían tenido la sensatez de traer un perro? ¿Estarían perdidos, habrían fracasado después de todo esto? Stephen le cogió por la cabeza y le susurró en la peluda oreja:

–Un lobo. Un cachorro. Una lobezna.

Stephen escrutó los arbustos y las rocas peladas, desde el punto más alejado a su izquierda al punto más alejado a su derecha, y luego comenzó a andar, pasó sobre la corta hierba y llegó hasta una piedra colocada en la parte más alta de la pendiente, una piedra cuadrada que tenía grabada una cruz roja.

–Jack -dijo llevándolo del otro lado del mojón-. Te doy la bienvenida a mi tierra. Estamos en España. Allí abajo está mi casa. Estamos en casa. Ven, deja que te quite la cabeza. Ahora puedes respirar, amigo mío. Hay dos manantiales un poco más abajo de la

cima de la montaña, junto a esos castaños, donde podrás quitarte la piel y lavarte. ¡Qué alegría me ha dado ver ese lobo! Mira, aquí están sus excrementos, aún frescos. No cabe duda de que éste es un meadero de lobos; lo mismo que los perros, ellos tienen sus habituales…

Jack se dejó caer pesadamente sobre la piedra, inspirando el aire con la boca abierta para llenar sus necesitados pulmones. Volvía a tener conciencia de otra parte de la realidad que no era el sufrimiento.

–¿Un meadero de lobos? ¡Ah, sí!

Delante de él, el terreno descendía bruscamente -formando casi un precipicio- y abajo, a dos mil pies, se extendía la Cataluña española iluminada por la luz matutina. Se veía un castillo con una alta torre en una roca saliente, justo debajo de ellos, que podía alcanzarse con una piedra; los Pirineos plegados en forma de largos dedos hasta llegar a la distante llanura; lejanos campos de cultivo cuadrados y verdes viñedos; un río cristalino que serpenteaba y torcía hacia la izquierda para llegar al inmenso mar; a lo lejos, al

norte, la bahía de Roses y el cabo Creus, aguas conocidas, y ahora el aire caliente con olor a salitre.

–Me complace que te hayas llevado una alegría con tu lobo –dijo por fin con voz de sonámbulo-. Hay… son sumamente raros, me parece.

–En absoluto, amigo. Los tenemos por veintenas; no podemos dejar las ovejas solas durante la noche. El significado de su presencia aquí es que estamos solos. Ese es el motivo por el que estoy alegre. Estoy alegre. De todos modos, creo que deberíamos bajar hasta el manantial: está por debajo de esos castaños, esos castaños a los que se llega en menos de dos minutos. Esa lobezna puede hacer tonterías… mírala cómo se mueve entre los enebros… y no quisiera fracasar justo ahora que hemos conseguido el éxito. Es posible que haya patrullas fronterizas, guardias aduaneros y algunos soldados o algún sargento cumplidor de su deber con una carabina… ¿Puedes levantarte? Que Dios me ayude, yo apenas puedo.

El manantial. Jack se revolcaba en él. El agua fría y los guijarros le quitaban la espesa capa de suciedad y ésta era

arrastrada por el agua limpia que no dejaba de brotar de la roca. Jack se deleitaba metiéndose bajo el agua, luego dejaba que el viento le secara y volvía a meterse. Su cuerpo estaba completamente blanco, excepto donde había horribles rozaduras, mordidas y arañazos. Su cara, muy hinchada, tenía una palidez cadavérica y una expresión agotada; su boca estaba oculta por una barba rubia y enmarañada; sus ojos estaban rojizos y pustulosos, pero su mirada era viva, con un brillo de alegría que se sobreponía al malestar físico.

–Has perdido entre cuarenta y cincuenta libras -dijo Stephen calculándolo por las dimensiones de la parte baja de su espalda y su estómago.

–Seguro que tienes razón -dijo Jack-. Y nueve partes de ellas están en esta maldita piel, más de cuarenta libras de grasa humana.

Le dio una patada a la fláccida piel de oso con el pie herido, la maldijo dos o tres veces llamándola "hija de perra" y dijo que tenía que sacarle los documentos antes de prenderle fuego. Luego

continuó:

–¡Cómo va a oler!… ¡Cómo huele! ¡Dios mío! Pásame las tijeras, Stephen, por favor.

–El oso puede servirnos otra vez -dijo Stephen-. Vamos a enrollarlo y meterlo bajo el matorral. Mandaré a buscarlo cuando lleguemos a casa.

–¿Está muy lejos la casa?

–¡Oh, no! – dijo Stephen señalando el castillo-. Está justo ahí debajo, a unos mil pies aproximadamente, a la derecha de esas rocas escarpadas, de esa cantera de mármol. Pero me temo que tardaremos una hora en llegar… una hora para el desayuno.

–¿Ese castillo es tuyo, Stephen?

–Sí. Y esta dehesa, donde vienen mis ovejas. Por cierto -dijo mirando perspicazmente las pisadas de vacas-, creo que esos cerdos franceses de La Vaill han estado mandando su ganado aquí para que se coma mi hierba.

CAPÍTULO 5

El Lord Nelson, un barco que hacía el comercio con las Indias

Orientales al mando del capitán Spottiswood, regresaba a su patria desde Bombay. Tres días después de cruzar el trópico tuvo que fachear en medio de una tempestad que venía del oeste y, aunque sobrevivió, ésta le hizo perder su mastelero mayor con la gavia, le arrancó el mastelero de sobremesana justo por encima del tamborete, torció el palo trinquete y el mayor y dañó tremendamente la jarcia. El barco perdió también los botes sujetos a las botavaras y las propias botavaras en su mayoría; y puesto que el viento era adverso para ir a Madeira, los pasajeros estaban aterrorizados y la tripulación al borde del amotinamiento después de un viaje muy largo y desagradable en todo momento, el señor Spottiswood arribó y puso rumbo a Gibraltar, que estaba a sotavento, aunque como otros capitanes que iban de regreso a su país, no tenía ninguna gana de entrar en un puerto militar. Como él esperaba, perdió a muchos marineros de nacionalidad inglesa, todos marineros de primera, pues se los llevaron con la leva. Pero pudo

reparar su barco y como mínima compensación subieron a bordo algunos pasajeros.

Los primeros en subir a bordo fueron Jack Aubrey y Stephen Maturin, que fueron recibidos ceremoniosamente por el capitán al frente de sus oficiales, pues la Compañía de Indias tenía o, al menos, se atribuía una gran categoría, y sus barcos imitaban muchos rasgos característicos de la Armada real. Era razonable haber tomado algunos de éstos -las portas formando cuadrículas, por ejemplo, y su apariencia general de normalidad, que habían persuadido a muchos barcos enemigos de que estaban ante un navío de guerra y era mejor poner rumbo a otra parte- pero había algunas pretensiones que molestaban a la Armada real, y los oficiales del Rey a bordo de un barco de la Compañía siempre miraban lo que les rodeaba con actitud crítica. En este caso, alguien crítico podría haber encontrado defectos enseguida; a pesar de que los curtidos grumetes con guantes blancos formaban dos líneas rectas entre las que Jack podía caminar, el recibimiento era incorrecto, pues había otras figuras apiñadas que nunca se habrían

visto, por ejemplo, en el Superb, donde él había ido a comer y había sido objeto de un recibimiento que aún recordaba vivamente. Además, entre las figuras apiñadas él había notado una mirada perspicaz y, en general, falta de convicción y no muy buena disposición al saludar con la cabeza, y una mezcla de timidez y familiaridad que hicieron que su expresión se endureciera un poco. Le estaba hablando con extraordinaria amabilidad al capitán Spottiswood, que interiormente lo maldecía por su condescendencia y, al volverse, reconoció aquella mirada.

–¡Vaya, si es Pullings! – exclamó, e inmediatamente su mal genio (un mal genio pasajero, de todos modos) se desvaneció, y su gesto contrariado dio paso a una alegre sonrisa-. ¡Cuánto me alegro de verle! ¿Cómo está? ¿Cómo le va?

–Y éste es el sobrecargo, el señor Jennings -dijo el capitán Spottiswood, no contento en absoluto al ver que la secuencia normal había sido alterada-. El señor Bates. El señor Wand. Al señor Pullings usted ya le conoce, por lo que he visto.

–Fuimos compañeros de tripulación -dijo Jack, estrechando la

mano de Pullings con una fuerza directamente proporcional a su afecto por el joven, ayudante del contramaestre y teniente en funciones en la Sophie, que en ese momento miraba por encima de su hombro al doctor Maturin.

El Lord Nelson nunca había hecho viajes agradables ni había sido afortunado; sin embargo, una hora después de que subieran a bordo los nuevos pasajeros comenzó a soplar con fuerza viento de Levante, permitiéndole vencer la fuerte corriente del Estrecho y salir al Atlántico, y el pobre capitán Spottiswood, de buena fe, creyó que esto era un golpe de fortuna, un buen presagio por fin. El barco no era tampoco muy hermoso, ni navegaba con mucha agilidad; sin duda, era cómodo para los pasajeros y espacioso para el cargamento, pero inestable y lento navegando de bolina. Además, se encontraba al final de su vida útil; éste iba a ser, en realidad, su último viaje, y ya desde el que había realizado en 1801, los aseguradores habían insistido en que se pagara un recargo de treinta chelines por cada cien asegurados.

Casualmente, ésta era la primera vez que Jack navegaba en un

barco de los que hacían el servicio de las Indias Orientales; y cuando Pullings hacía la guardia y él lo acompañaba en su recorrido, vio con asombro que en cubierta había cantidad de cosas amontonadas y entre los cañones había barriles y toneles de agua amarrados. Veinte cañones de doce libras y seis de doce: una exhibición de fuerza imponente para un barco mercante.

–¿Cuántos hombres lleváis a bordo? – preguntó.

–Poco más de cien ahora, señor. Ciento dos, para ser exacto.

–¡Bueno, bueno, bueno! – dijo Jack.

En la Armada pensaban que nueve hombres y un grumete servidor de pólvora no eran demasiados para ocuparse de un cañón de dieciocho libras, ni tampoco siete hombres y un grumete para un cañón de doce. Harían falta ciento veinticuatro hombres para accionar los cañones de la batería de un costado -ciento veinticuatro ingleses alimentados con carne de vaca y cerdo- y cien para orientar las velas, maniobrar, repeler a las brigadas de abordaje, disparar las armas ligeras y accionar los cañones de la otra batería de vez en cuando. Observó cómo los marineros

originarios de las Indias Orientales, en cuclillas alrededor de un montón de junco, trabajaban a las órdenes de su jefe, que llevaba turbante; era posible que, en cierto modo, fueran marineros bastante buenos, pero eran muy menudos, y Jack no podía imaginárselos sacando un cañón de dos toneladas con el vaivén de las olas del Atlántico. La impresión de que eran pequeños se acentuaba por el hecho de que la mayoría tenía frío; su tez oscura tenía un matiz azulado y algunos llevaban puestos chaquetones, mientras que los pocos miembros de la tripulación que eran europeos estaban en mangas de camisa.

–¡Bueno, bueno, bueno! – dijo Jack de nuevo. No quería decir nada más, pues aunque se estaba formando rápidamente una opinión sobre el Lord Nelson, expresándola sólo conseguiría lastimar a Pullings, que debía de sentirse parte del barco. El joven sabía que el capitán Spottiswood carecía de toda autoridad, que el Lord Nelson se movía pesadamente y que en dos ocasiones no había podido virar por avante en el cabo de Trafalgar y había tenido que virar en redondo; pero, en verdad, era inútil que lo dijera con palabras. Jack

miró a su alrededor con una expresión candorosa, para ver si al menos encontraba una cosa que pudiera alabar. El brillo del cañón de bronce de proa en el costado de babor le llamó la atención y lo elogió.

–Realmente parece oro -dijo.

–Sí -dijo Pullings-. Lo hacen con mucha voluntad, mientras dicen poojah, poojah. Estuvimos varios días frente a la isla y cuando volvimos a tocar el cabo, ellos habían puesto una guirnalda de caléndulas alrededor de la boca del cañón. Le dicen sus oraciones a él, los pobres, porque piensan que es igual… bueno, señor, no me gusta mencionar eso a lo que piensan que es igual. De todos modos, es un barco bastante estanco y espacioso, tan espacioso como un navío de primera clase. Tengo una cabina muy amplia para mí solo. ¿Me haría usted el honor de bajar, señor, y beber conmigo un vaso de arac?

–Me encantaría-dijo Jack.

En la amplia cabina se tumbó con cuidado sobre la taquilla y preguntó:

–¿Cómo vino a parar aquí, mi estimado Pullings?

–Bueno, señor, no podía conseguir un barco ni me confirmaban en mi rango. Me decían: "No hay solapas blancas para ti, Pullings, amigote. Tenemos muchos más tipos como tú, demasiados".

–¡Qué condenada vergüenza! – exclamó Jack, que había visto a Pullings en acción y sabía que la Armada no tenía ni, realmente, podría tener demasiados tipos como él.

–Así que traté de servir como guardiamarina de nuevo, pero ninguno de mis antiguos capitanes se encontraba al mando de un barco, o si lo estaban -el honorable Berkely lo estaba- no tenían ninguna plaza libre. Le llevé su carta al capitán Seymour de la Amelhyst, que estaba reparándose en Hamoaze. Cozzens, que iba en esa dirección, me llevó hasta Vizes. El capitán Seymour me recibió muy amablemente cuando le dije que iba de parte suya, fue muy atento, no se mostró estirado ni remilgado, señor. Abrió la carta, y cuando terminó de leerla se rascó la cabeza, maldiciendo la peluca, y dijo que le habría encantado complacerle, sobre todo por la

ventaja que suponía para él -esa es la frase más amable que he oído… era muy bonita-, pero que no le era posible. Me llevó a la sala de oficiales y a la camareta de guardiamarinas para demostrarme que no podía tomar a ningún otro cadete a su servicio. Estaba tan deseoso de que le creyera que quería que yo contara sus baúles, aunque, en verdad, yo ya le había creído desde el momento en que abrió la boca. Luego me ofreció una estupenda comida en su propia cabina, estábamos él y yo nada más -yo la necesitaba, señor, pues había caminado las últimas veinte millas-, y después del pudding hablamos de su acción de guerra con la Sophie; él sabía todo sobre ella, excepto en qué dirección había rolado el viento, y me hizo contarle qué había hecho yo desde que sonó el primer cañonazo hasta el último. Entonces dijo: "¡Por Dios! No puedo dejar que un oficial del capitán Aubrey se pudra en tierra sin tratar de aprovechar la poca influencia que tengo", y me escribió una carta para el señor Adams del Almirantazgo y otra para el señor Bowles, un hombre importante de la Compañía de Indias.

–El señor Bowles está casado con su hermana.

–Sí, señor -dijo Pullings-. Pero no presté mucha atención a eso entonces, ¿sabe?, ya que el capitán Seymour me había prometido que Adams me conseguiría una entrevista con el viejo Jarvie en persona y yo tenía grandes esperanzas, porque en la Armada siempre había oído que él favorecía a quienes habían empezado desde abajo. Así que volví a la ciudad como pude, y en aquella sala de espera, muy bien afeitado y tembloroso, permanecí una o dos horas. El señor Adams me hizo pasar y me advirtió que le hablara alto y claro a Su Señoría; luego me dijo que no mencionara la carta de recomendación que usted me había dado, y en ese momento, afuera se armó un gran jaleo, como el provocado por una brigada de abordaje. Él salió a ver qué pasaba y volvió con una expresión perpleja en el rostro y dijo: "El muy granuja ha hecho que se lleven al teniente Salt. Le ha hecho reclutar por la fuerza en el propio Almirantazgo por un grupo de infantes de marina, de modo que podrá ser enrolado en cualesquiera condiciones. Ocho años de antigüedad y, sin embargo, se lo lleva un grupo de infantes de marina". ¿Ha oído usted algo sobre esto, señor?

–Nada en absoluto.

–Bueno, lo que ocurrió fue que ese señor Salt estaba desesperado por conseguir un barco y bombardeaba con cartas al First Lord: le escribió una diaria durante meses e iba a todos los miércoles y viernes a solicitar una entrevista. El último viernes, el día que yo estaba allí, el viejo Jarvie le dijo guiñándole un ojo: "¿Así que quiere usted hacerse a la mar? Pues se hará a la mar, señor". Y le hizo reclutar por la fuerza allí mismo.

–¡Un oficial reclutado por la fuerza como un simple marinero! –exclamó Jack-. Nunca en mi vida he oído nada semejante.

–Ni nadie; y mucho menos el pobre señor Salt -dijo Pullings-. Pero así fueron los hechos, señor. Y al oír eso y ver que entraban otras personas y hacían comentarios en voz baja, me sentí tan desconcertado y asustado que cuando el señor Adams dijo que tal vez fuera mejor que volviera otro día me fui enseguida, corrí a Whitehall y le pregunté al conserje cuál era la forma más rápida de llegar a la Compañía de Indias. Tuve mucha suerte, pues el señor Bowles fue muy amable… y aquí estoy. Éste es un buen empleo, uno

tiene paga doble y está autorizado a hacer algún pequeño negocio por su cuenta: yo tengo un baúl con tela bordada de la China en la bodega de popa. Pero… ¡Dios mío! ¡Cuánto daría por estar de nuevo en un navío de guerra, señor!

–Es posible que esto no tarde mucho en ocurrir -dijo Jack-.

Pitt ha vuelto y el viejo Jarvie se ha ido…rechazó el mando de la flota del Canal; si él no fuera un marino de primera categoría, diría que podía irse al diablo. Y Dundas está en el Almirantazgo. Lord Melville. Tengo muy buenas relaciones con él, y si podemos desplegar un poco más de velamen y llegar allí antes de que se hayan llevado los mejores barcos, sería difícil que no volviéramos a hacer otro crucero juntos.

Desplegar más velamen: ese era el problema. Desde la desagradable experiencia que habían tenido a 33° de latitud norte, el capitán Spottiswood era reacio incluso a largar las juanetes, y los días transcurrían muy lentamente. Jack pasaba mucho tiempo inclinado sobre el coronamiento mirando cómo la fina estela del Lord Nelson se alejaba hacia el suroeste, porque no le gustaba observar

la forma lenta en que se hacían las maniobras en el barco y el hecho de ver los mastelerillos tumbados sobre cubierta le llenaba de impaciencia. Sus compañeras habituales eran las señoritas Lamb, unas jóvenes alegres y simpáticas, morenas, bajitas y regordetas, que habían ido a India de pesca -así decían ellas, muy divertidas- pero que volvían de allí aún solteras, bajo la tutela de su tío, el mayor Hill, de la unidad de artillería de Bengala.

Estaban sentados en línea y Jack se encontraba entre las dos jóvenes. Stephen estaba sentado en una silla a la izquierda, un poco alejado. Y aunque ahora el Lord Nelson atravesaba el golfo de Vizcaya, con un viento fresco del suroeste y una temperatura por debajo de los 50°F, ellos permanecían valientemente en cubierta, envueltos en mantas de viaje y chales por donde asomaban sus rosadas narices.

–Dicen que las mujeres españolas son extraordinariamente hermosas -dijo la señorita Lamb-. Mucho más que las francesas, aunque no tan elegantes. Dígame, capitán Aubrey, por favor, ¿es eso cierto?

–Bueno, la verdad-dijo Jack-, no puedo decírselo. Nunca he visto ninguna.

–Pero, ¿no pasó usted varios meses en España? – preguntó la señorita Susana.

–Sí, es cierto, pero casi todo el tiempo estuve en casa del doctor Maturin, cerca de Lérida, donde había muchos arcos pintados de azul, como es típico en aquella zona, un patio interior, ventanas de rejas y naranjos, pero no mujeres españolas, que yo recuerde. Había una vieja sirvienta que me daba papilla, no lo niego, y los domingos se ponía una peineta con una mantilla, pero no era lo que usted llamaría una belleza.

–¿Estuvo usted muy enfermo, señor? – preguntó la señorita Lamb respetuosamente.

–Creo que lo estuve -dijo Jack-, porque me raparon la cabeza y me pegaban las sanguijuelas dos veces al día, y me hacían beber leche de cabra caliente cuando recobraba el sentido. Y cuando todo pasó, estaba tan débil que apenas podía montar a caballo, y no recorrimos más de quince o veinte millas diarias la primera semana.

–¡Qué afortunado ha sido al poder viajar con el estimado señor Maturin! – dijo la señorita Susana-. Verdaderamente, adoro a ese hombre.

–No me cabe duda de que él me salvó, no me habría recuperado si no hubiera sido por él -dijo Jack-. Siempre estaba allí, de noche y de día, preparado para sangrarme o medicarme. ¡Dios mío! ¡Cuántas medicinas! Creo que me he tragado todas las que caben en una botica de medianas dimensiones… Stephen, le estaba diciendo a Susana que trataste de envenenarme con tus brebajes experimentales.

–No le crea, señor Maturin. Él nos ha dicho que, sin duda, usted le ha salvado la vida. Y nos ha enseñado a anudar cuerdas y a empalmar la lana de hacer punto.

–¿Ah, sí? – dijo Stephen-. Estoy buscando al capitán -miraba inquisitivamente bajo la silla vacía-, pues tengo una noticia de interés para él; es algo que nos afecta a todos. Los marineros indios no tienen problemas respiratorios a causa de los miasmas de sus propias llanuras, diga lo que diga el señor Parley, sino debido a la

influenza española. Resulta extraño pensar que nosotros, con nuestra prisa, somos la causa de nuestro propio retraso, ¿verdad? Y es que con tan pocos marineros, no cabe duda de que veremos las gavias aferradas dentro de poco.

–Yo no tengo prisa. Quisiera que este viaje durara siempre – dijo la señorita Lamb. Y sus palabras sólo encontraron eco en su hermana.

–¿Es contagiosa? – preguntó Jack.

–¡Oh, muchísimo, amigo mío! – dijo Stephen-. Creo que se extenderá por todo el barco en los próximos días. Pero les administraré medicinas a todos, por supuesto que se las administraré. Jovencitas, deseo que esta noche toméis una medicina como profilaxis: he preparado una de agradable sabor para vosotras, en este pequeño frasco, y otra más fuerte para el mayor Hill. ¡Una ballena! ¡Una ballena!

–¿Dónde? – dijo el señor Johnstone, el primer oficial.

Había trabajado en la flota pesquera en Groenlandia cuando era joven y todo su ser se había estremecido con aquel grito. Sin

embargo, no obtuvo respuesta, porque el doctor Maturin, de cuclillas como un babuino, con el telescopio apoyado en el pasamanos, concentraba su atención en enfocarlo hacia las agitadas aguas del mar entre el barco y el horizonte. Entonces el señor Johnstone, dirigiendo la vista en la dirección del telescopio y colocándose ante la frente las manos ahuecadas, vio el distante chorro y después, destacándose sobre el fondo gris, una inmensa sombra negra que hacía un movimiento lento y ondulante. En un tono más relajado dijo:

–¡Oh, no es un animal bueno para nosotros! Es un rorcual.

–¿Puede usted ver realmente que es un rorcual a tan gran distancia? – preguntó la señorita Susana-. ¡Los marineros son maravillosos! Pero, ¿por qué no es bueno, señor Johnstone?

–¡Está resoplando! – dijo el señor Johnstone en tono tranquilo, casi indiferente, por la fuerza de la costumbre-. Y ahora otro. Mire el chorro, señorita Susana. Sólo lanzan un chorro, eso quiere decir que son rorcuales, las verdaderas ballenas lanzan dos. Mire, allá va otro. Debe de haber una manada bastante grande. No son buenos

para el hombre ni para los animales. Me fastidia ver que están ahí nadando con tanta cantidad de excelente aceite; no son buenos para el hombre ni para los animales.

–Pero, ¿por qué no es bueno el rorcual? – preguntó la señorita Lamb.

–Bueno, porque es un rorcual, indudablemente.

–Mi hermana quiere decir que qué tiene de malo que sea un rorcual, ¿verdad Lucy?

–El rorcual es gigantesco, señora. Si uno es lo bastante imprudente para intentar cazarlo, si uno se le acerca sigilosamente en el ballenero y le clava el arpón, él, al sumergirse, puede golpear el barco como una bola golpea los bolos, y en cualquier caso, acabará con las doscientas brazas de cuerda del arpón en menos de un minuto. Aunque uno le clave otro, lo más rápido posible, también acabará con la cuerda, y pasará lo mismo con otro. Él le arrastra a uno o le arranca todo y uno pierde la cuerda, o la vida, o las dos cosas. Como alguien diría: "Hay que ser humilde y no dejarse llevar por la ambición". No se puede coger a Leviatán con un anzuelo,

¿verdad? Debemos limitarnos a cazar la auténtica ballena, la presa que es lícito capturar.

–¡Oh, así lo haré, señor Johnstone! – exclamó la señorita Lamb-. Le prometo que no atacaré a un rorcual en toda mi vida.

A Jack le gustaba ver las ballenas -simpáticas criaturas-, pero podía dejar de prestarles atención con más facilidad que Stephen o incluso el serviola del tope, que se suponía que estaba vigilando. Así pues, desde hacía algún tiempo, observaba al oeste unas manchas blancas, que parecían velas, recortándose sobre el oscuro cielo. Por fin estuvo seguro de que era un barco, un barco que navegaba velozmente en diferente dirección.

Era el Bellone, un barco corsario de Burdeos y uno de los más hermosos que habían salido de ese puerto. Era alto y ligero como un cisne, pero estable; tenía treinta y cuatro cañones y aparejo de navío, los fondos limpios, velas nuevas y una tripulación de doscientos sesenta hombres. Un buen número de aquellos marineros de vista aguda estaban ahora en las cofas, o se apiñaban en los topes, y aunque no podían distinguir claramente el Lord Nelson, lo

que vieron fue suficiente para que el capitán Dumanoir bajara con cautela a observarlo más de cerca en la penumbra.

Lo que él vio fue un barco con veintiséis cañones -de eso estaba seguro-, probablemente un navío de guerra. Pero si era así, entonces sólo disponía de parte de su potencia, pues de lo contrario, con aquel viento, sus mastelerillos no hubieran estado tumbados sobre cubierta. Ya medida que Dumanoir y el segundo de a bordo, desde las crucetas del palo mayor, observaban y hacían consideraciones sobre el Lord Nelson, fueron abandonando poco a poco la idea de que era un navío de guerra. Eran marinos experimentados; habían llegado a conocer bien los navíos de la Armada real durante la guerra de los últimos diez años, y había algo en el modo de navegar del Lord Nelson que les parecía raro, de acuerdo con su experiencia.

–Es un barco mercante que viene de las Indias Orientales –

dijo el capitán Dumanoir.

Aunque no estaba totalmente convencido de esto, su corazón comenzó a latir con fuerza y el brazo le empezó a temblar. Y

pasando éste entre los obenques de la juanete repitió:

–Un barco mercante que viene de las Indias Orientales.

A falta de un galeón español cargado de tesoros, un barco que hacía el comercio con las Indias Orientales era la mejor presa que podía encontrarse en el mar.

Cientos de pequeños detalles confirmaban su opinión. Y sin embargo, podría estar equivocado, podría estar conduciendo su preciado Bellone a un enfrentamiento con uno de esos sólidos navíos ingleses de sexta clase que llevaban carronadas de veinticuatro libras, genuinos destructores, con una tripulación numerosa, bien adiestrada y malvada. Pero a pesar de que el capitán Dumanoir no tenía reparo en luchar con cualquier barco que tuviera más o menos el tamaño del suyo, fuera del Rey o no, su principal interés era destruir el comercio; su objetivo era proporcionar beneficios a los hombres para quienes trabajaba, no cubrirse de gloria.

Volvió al alcázar, se paseó un par de veces de un lado a otro mirando el cielo en el cuadrante oeste y dijo:

–Apagad las luces una a una. Viraremos dentro de quince

minutos. Sólo llevaremos las mayores y el velacho. Matthieu, Jean-Paul, Petit-André, subid. Haga que les releven cada vez que dé vuelta al reloj de arena, señor Vincent.

El Bellone era uno de los pocos barcos franceses de la época en que este tipo de órdenes y otras relativas a la preparación de los cañones y las armas ligeras se recibían sin hacer ningún comentario y se cumplían puntualmente.

Tan puntualmente que antes del amanecer el serviola en el castillo del Lord Nelson vio la silueta de un barco a barlovento, un barco que seguía una ruta paralela, a poco más de una milla de distancia. Lo que el serviola no pudo ver fue que en él habían hecho zafarrancho de combate -habían sacado los cañones, preparado las balas, llenado los cartuchos, cargado las armas ligeras, reforzado la batayola para protegerse de la metralla, orientado las vergas y llevado los botes a popa-, pero no le gustaba que estuviera tan cerca y tampoco el hecho de que no llevara luces. Después de haberlo observado un rato y de secarse los ojos llorosos, avisó al alcázar y entre estornudos le comunicó a Pullings que había un barco

a babor.

La mente de Pullings, aletargada por el prolongado y monótono vaivén de las olas, el invariable murmullo de la jarcia y el calor que le daban su chaqueta de oficial de derrota y su gracioso sombrero de lana, se reavivó de repente. Había dejado su puesto junto a la bitácora y ya había subido la mitad de los obenques por el lado de barlovento cuando el serviola que estornudaba terminó de hablar. Durante tres largos segundos observó detenidamente el barco y luego cambió la guardia con estrépito, como había aprendido en la corbeta Sophie de Su Majestad. La red de abordaje ya estaba colgada en los largos pescantes de hierro cuando despertó al capitán Spottiswood, que confirmó sus órdenes y mandó llamar a todos a sus puestos, hacer zafarrancho de combate, sacar los cañones y bajar a las mujeres a la bodega.

Encontró a Jack en camisa de dormir en cubierta, y éste le dijo en medio del fuerte redoble del tambor oriental:

–Busca pelea.

El barco corsario había virado el timón. Ahora sus hombres

braceaban haciendo girar en redondo las vergas y éste describía una larga y suave curva que cortaría la trayectoria actual del Lord Nelson aproximadamente en un cuarto de hora. Sus velas mayor y trinquete estaban cargadas, y estaba claro que su intención era aproximarse por barlovento sólo con las gavias. Esto podría hacerlo fácilmente, como un galgo perseguiría un tejón. Jack añadió:

–Pero tengo tiempo de ponerme los calzones.

Se puso los calzones y cogió un par de pistolas. Y Stephen dispuso metódicamente los instrumentos a la débil luz de una vela.

–¿Qué piensas de él, Jack? – preguntó.

–Es una corbeta o un gran barco corsario: busca pelea.

Subió a cubierta. Ahora había mucha más luz, y tenía ante su vista menos desorden del que se temía; el estado de cosas era mucho mejor. El capitán Spottiswood había colocado su barco con el viento en popa para ganar unos minutos de preparación. El barco francés todavía estaba a una milla de distancia, todavía con las gavias desplegadas, todavía dubitativo, tratando de elegir entre tentar la fuerza del Lord Nelson o huir precipitadamente.

Al capitán Spottiswood le faltaría decisión, pero no a sus oficiales ni a la mayor parte de la tripulación. Ellos estaban acostumbrados a los ataques de los piratas del mar de la China, los malvados malasios de los estrechos y los árabes del golfo pérsico, y ya tenían la red de abordaje colgada, tensa y bien atada, el baúl de las armas abierto y por lo menos la mitad de los cañones fuera.

Jack irrumpió en el abarrotado alcázar, y entre dos retahílas de órdenes dijo:

–Estoy a su disposición, señor.

El capitán, vacilante, volvió hacia él su rostro viejo y cansado.

Y Jack añadió:

–¿Puedo tomar el mando de la división de proa?

–Sí, tómelo, señor.

–Venga conmigo -le dijo al mayor Hill, encabezando el grupo.

Bordeando el pasamanos, se dirigieron apresuradamente hacia los cañones de dieciocho libras de proa: dos de ellos bajo la fina lluvia y los otros dos protegidos de ésta por el castillo. Pullings tenía bajo su mando la división del combés; el primer oficial los cañones

de doce libras del alcázar y el señor Wand los de dieciocho libras de popa, cuyo manejo era entorpecido por las cabinas y los camarotes. Y desde arriba, un guardiamarina alto y delgado, que parecía sentirse muy mal, le gritaba con voz débil a la brigada de artilleros de proa.

La brigada de artilleros de proa del costado de babor estaba encargada de los cañones uno, tres, cinco y siete, que eran excelentes y modernas piezas de artillería; dos de ellos ya estaban preparados, los habían sacado, cargado y amartillado. La porta del cañón número uno estaba bloqueada, y los artilleros, muy agitados, trataban de abrirla con palancas y espeques, dándole golpes con fuerza y tirando de ella con la estrellera de proa; y en aquel reducido espacio se sentía el olor a sudor de aquellos hombres cobrizos. Jack se agachó, pasó por debajo de los balancines, colocó las piernas a ambos lados del cañón y, sujetándose fuertemente al carro, comenzó a lanzar patadas hacia atrás con toda su fuerza. De la porta caían astillas y trozos de pintura, pero ésta no se movía, parecía estar empotrada en el barco. Tres veces. Luego salió de allí

y, cojeando, fue a examinar las retrancas.

–Halarlo con la estrellera -dijo.

Y cuando la boca del cañón estuvo contra la porta gritó:

–¡Preparados, preparados!

Tiró del cabo del disparador. Hubo una chispa, un gran estallido retardado (era pólvora húmeda), y el cañón retrocedió violentamente casi hasta debajo de él. El humo acre salió rápidamente por la destrozada porta, y cuando ya era menos espeso, Jack pudo ver al sirviente, ya con el lampazo dentro del cañón, limpiándolo, y al resto de la brigada atando los aparejos, y pensó complacido: "Conocen su trabajo". Luego se asomó por la porta y mientras quitaba algunos trozos que quedaban colgando, pensó: "¡Que Dios castigue a ese condenado condestable!"

Pero no había tiempo para la reflexión. El cañón número tres estaba todavía dentro. Jack y el mayor Hill ataron los aparejos laterales, contaron "uno, dos, tres" y desplazaron rápidamente el cañón hacía delante; el carro chocó contra la batiporta y la boca del cañón salió lo máximo posible. El cañón número cinco estaba a cargo

solamente de cuatro marineros indios y un guardiamarina, disponía nada más de tres tacos y las balas no estaban preparadas; debía de haber rodado solo, a causa del balanceo, cuando le habían soltado las trincas.

–¿Dónde están sus compañeros? – le preguntó Jack al guardiamarina, y cogiéndole el puñal cortó el nudo de la entalingadura.

–Están enfermos, señor, enfermos. Kalim está casi muerto, no puede hablar.

–Dígale al condestable que necesitamos balas y un montón de tacos. ¡Dese prisa!

Luego le preguntó a otro guardiamarina:

–¿Qué desea, señor?

–El capitán quiere saber por qué ha disparado usted -dijo el joven, jadeando.

–Para abrir la porta -le contestó Jack sonriente al joven, que lo miraba ansioso, con los ojos desorbitados-. Dígale que, con todos mis respetos, no hay suficientes balas de dieciocho libras en

cubierta. ¡Dese prisa!

El guardiamarina desapareció sin despegar los labios, omitiendo dar el resto del mensaje.

El cañón número siete estaba muy bien, pues había siete hombres que se encargaban de él: estaba nivelado, le habían quitado los aparejos -que habían sido adujados cuidadosamente- y el grumete servidor de pólvora ya se había colocado a su derecha con un cartucho en las manos. Todo estaba en orden. El capitán de brigada, un marino europeo de pelo cano que sólo contestaba riendo entre dientes nerviosamente, mantenía inclinada la cabeza, fingiendo que miraba por la mira del cañón. Era, sin duda, un marino experimentado; había participado junto con él en una misión y había desertado; temía ser reconocido. Probablemente había sido artillero mayor, a juzgar por el orden en que mantenía todo el equipo. Jack pensó: "Espero que apunte el cañón tan bien como…"

Terminó de comprobar si estaban preparadas la piedra de chispa y las cazoletas y miró hacia los lados. Los coyes iban llegando en tandas a cubierta y eran estibados en la batayola. Media docena

de hombres muy enfermos, que habían sido azotados por los ayudantes del contramaestre, se movían penosamente por cubierta, mientras éste permanecía detrás de ellos, obviamente controlándolo todo. Todavía había un poco de confusión en el alcázar, pero la frenética actividad había terminado. Aquel era un momento de respiro y tenían suerte de disponer de él. De proa a popa, el barco mercante parecía un navío de guerra, con la tripulación reducida y las cubiertas todavía llenas, pero no obstante un navío de guerra. Jack miró hacia el grisáceo mar; había bastante luz -una luz muy intensa ahora que la lluvia había cesado- y vio la bandera tricolor a quinientas yardas de distancia. El Bellone todavía estaba amurado a babor, pendiente de ver las piezas de artillería que llevaba el Lord Nelson. Por su parte, el Lord Nelson aún tenía el viento de popa y, por tanto, se movía pesadamente; éste era uno de los muchos defectos de su forma de navegar. Si el capitán Spottiswood seguía navegando tan rápido, el barco francés probablemente arribaría y, puesto que se movía al doble de la velocidad del Lord Nelson, cruzaría bajo la popa de éste disparándole. Ese era un problema del

capitán; por el momento, el mundo de Jack se reducía a sus cañones. ¡Qué sensación de alivio producían la subordinación, las pequeñas responsabilidades, el hecho de no tomar decisiones…!

Los cañones número siete, cinco y tres estaban bastante bien; el número uno estaba todavía poco preparado para que una brigada completa pudiera manejarlo con rapidez, y ni siquiera tenía una brigada completa. Jack le lanzó una última mirada escrutadora al barco corsario, que navegaba majestuosamente a pesar del embate de las olas, y luego se metió bajo el castillo.

Mientras hacía un trabajo mecánico, duro, moviendo montones de pesados bultos y barriles con tenacidad y rapidez, se dio cuenta de que estaba silbando el adagio de la composición de Hummel. Recordó la inadecuada interpretación de Sophia y el arrollador y maravilloso ímpetu de Diana; sintió una intensa emoción al recordar con claridad a Sophia, tan dulce y protectora, allí en la escalera de la casa. Algunos tontos, y sobre todo Stephen, decían que no se podía estar ocupado y a la vez sentirse desdichado, triste.

El cañonazo del Bellone cortó en seco estas reflexiones. El

cañón de proa del costado de estribor lanzó una bala de ocho libras que pasó por el costado de babor del Lord Nelson, rebotando. Y como si hubiera necesitado esto para entrar en acción, el capitán Spottiswood comenzó a dar órdenes. Las vergas giraron en redondo, el barco cambió de posición, y ahora podía verse el barco corsario enmarcado por la porta número uno, destacándose sobre el oscuro fondo del poco concurrido castillo. El Lord Nelson se abatió un poco para tomar su nuevo rumbo, con el Bellone por la aleta de babor, de modo que Jack sólo veía ahora las velas de proa de éste, a cuatrocientas yardas de distancia, a tiro de mosquete. Cuando el barco mercante viraba, disparó sus cañones de popa, y se oyeron seis potentes estruendos y un agudo viva. Entonces llegó a proa la orden:

–¡Abran fuego!

–Eso está mejor -dijo Jack saliendo precipitadamente de debajo del castillo.

La larga pausa previa a la acción era siempre difícil de soportar, pero ahora, en pocos segundos se desvanecería todo

menos el vivo momento presente, no habría tiempo para la tristeza ni para el miedo. El cañón número siete estaba en buenas manos, había girado hacia popa lo máximo que la porta permitía. El artillero mayor, mirando a lo largo del cilindro del cañón, estaba atento al balanceo. Los cañones del combés dispararon al mismo tiempo, y en medio de un remolino de humo -que llenó los pulmones de los exaltados artilleros, sofocándoles-, Jack y el mayor Hill corrieron a coger las largas palancas para levantar el cañón número cinco, una oscura mole inanimada, mientras los marineros indios ataban los aparejos delanteros para ayudarlo a girar sobre su eje y colocarlo apuntando a la popa del Bellone, ahora bien visible. El cañón número siete disparó con un lento y débil estallido y mucho humo. Mientras se agachaba junto al cañón número cinco y se preparaba para levantarlo con el espeque, Jack pensó: "Si toda la pólvora es como esa, sería mejor que intentáramos abordarlos enseguida. Pero es muy probable que ese condenado bribón la haya dejado ahí durante semanas". Esperó a que el humo se dispersara y el movimiento ondulante del barco para apuntar el cañón; fue subiéndolo poco a

poco, y cuando tiraba del acollador vio desaparecer al Bellone en una blanca nube de humo provocada por su propia batería. Arqueó el cuerpo sobre el cañón y lo disparó. No pudo ver dónde cayó la bala a causa del humo, pero a juzgar por el enorme estruendo debía de haber caído muy bien. El costado del barco corsario se llenó de ruidos y gritos, había agujeros en el velacho y una bolina estaba desprendida. Otro cañón de proa disparó y él corrió hacia el castillo, saltando por encima del aparejo del cañón número cinco, mientras lo limpiaban para cargarlo de nuevo. Apuntó los cañones número tres y uno, los disparó, y recorriendo rápidamente la fila volvió junto al cañón número cinco para ayudar a dispararlo otra vez.

El fuego era general ahora. Los trece cañones de babor del Lord Nelson disparaban de uno en uno o de dos en dos cada medio minuto, mientras que los diecisiete del Bellone, después de haber lanzado tres descargas iguales en cinco minutos -un formidable ritmo incluso para un navío de guerra- no disparaban ahora a intervalos regulares, aunque lo hacían ininterrumpidamente. Éste, a sotavento, quedaba oculto por una nube de humo que,

dispersándose sobre el mar, se juntaba con el humo de los cañones del barco mercante arrastrado por el viento, y entre todo aquel humo asomaban llamaradas color naranja. Sólo dos veces Jack estuvo seguro de cuál había sido la trayectoria de los disparos de su división: una cuando el viento había rolado, desplazando a un lado la cortina de humo y permitiendo ver que el disparo del cañón número siete había dado en el centro del barco, justo por encima de las cadenas principales, y otra cuando había visto que su propio disparo le había perforado el casco a proa. Las velas del barco corsario tampoco eran ya tan hermosas como antes; no obstante, éste había acortado la distancia y ahora estaba de través respecto al Lord Nelson, destrozándolo. ¿Avanzaría rápidamente y cruzaría la proa? Jack tenía poco tiempo para pensar mientras corría de un cañón a otro, ayudando a dispararlos, limpiarlos y cargarlos, pero había llegado a la conclusión de que el Bellone no tenía cañones más potentes que los de ocho libras y que intentaba destrozar las velas, los aparejos y las perchas del barco mercante en vez de dañar su casco y su valioso cargamento. No había duda de que no le gustaba

recibir el impacto de las balas de dieciocho libras: tres o cuatro cañonazos en el casco podrían ser algo serio y una sola bala podría arrancar un firme mastelero. Si ellos no le daban duro pronto, el barco corsario se acercaría cada vez más y abandonaría su elegante táctica. Era un oponente duro, con su formidable artillería y sus repetidos intentos de cruzar la proa del Lord Nelson, y sería más duro aún en la lucha cuerpo a cuerpo. "Ya lo veremos cuando llegue el momento", pensó Jack, ajustando un cabo.

Sintió un enorme y ensordecedor estrépito dentro de su cabeza y a su alrededor. Se había caído. A ciegas luchaba por esquivar el cañón número cinco en su retroceso y trataba de averiguar si estaba gravemente herido o no, pues había sido imposible saberlo de inmediato. No lo estaba. El cañón número siete había estallado provocando la muerte de tres artilleros de su brigada, haciendo volar en pedazos la cabeza del artillero mayor -había sido su mandíbula la que le había abierto a Jack la herida del antebrazo-, y lanzando trozos de hierro en todas direcciones, que habían herido incluso a algunos hombres que estaban junto al palo mayor. Uno de esos

trozos de hierro había rozado la cabeza de Jack, haciéndolo caer al suelo. El rostro que él, atontado, miraba ahora era el de Pullings, y éste le repetía:

–Debe irse abajo, señor. Abajo. Déjeme ayudarle a bajar.

Él se reanimó y, con una voz que no le parecía suya, gritó:

–Asegurad ese cañón.

Gracias a Dios, no se habían soltado los cáncamos de lo que quedaba del cañón y del carro. Los hombres lo aseguraron rápidamente, tiraron los cuerpos por la borda y llevaron enseguida los accesorios que habían quedado junto al cañón número cinco.

Tres descargas más, tres ensordecedores estallidos más junto a su oreja, se sumaron al estrépito del cañón que había explotado, al recuerdo de los muertos y de su propia herida, y se fundieron con el ruido de la furiosa batalla.

El humo se hacía más espeso, los fogonazos del Bellone se veían cada vez más cerca, mucho más cerca, y éste se acercaba deprisa. Ellos disparaban los cañones cada vez más rápido, sin parar ni un segundo, pues contaban también con el resto de la brigada del

cañón número siete y dos artilleros de un cañón desmontado del alcázar. El metal de los cañones se había calentado tanto que éstos retrocedían violentamente en cubierta, con el terrible chasquido de las retrancas. El Bellone lanzó una lluvia de metralla seguida de una furiosa descarga de mosquetes y, cuando el humo se dispersó, ya estaba muy cerca de ellos, poniendo en facha la gavia mayor para controlar su velocidad y abordarse con ellos. Desde las cofas eran disparadas las armas ligeras, para tratar de arrasar las cubiertas del Lord Nelson; había algunos hombres en los penoles para atar las vergas a las de ellos, y un auténtico enjambre en el castillo y los obenques de proa; los arpeos estaban listos en la proa y el combés.

–¡Todos los hombres a repeler el abordaje! – se oyó desde el alcázar.

Hubo un gran estruendo y chirridos cuando ambos barcos se tocaron. Los franceses lanzaron un viva; enseguida aparecieron los alfanjes, que cortaban la red de abordaje, las hachuelas y las brillantes espadas. Jack le arrebató una pistola a un hombre que, con decisión, se asomaba por la destrozada porta número siete;

luego cogió rápidamente una palanca grande, y con la sensación –casi la absoluta certeza- de ser extraordinariamente fuerte e invulnerable corrió a enfrentarse con los hombres que subían por la red, tratando de llegar a proa; y precisamente en la proa tenía lugar el más duro ataque.

Permaneció allí, con un pie en el destrozado pasamanos y la gruesa palanca en alto, asestándoles golpes y derribándoles. Alrededor de él, dando chillidos, luchaban los marineros indios con picas, hachas y pistolas. Un grupo de hombres del alcázar y el combés, de la Compañía de Indias, huyeron del portalón, por donde había entrado una docena de corsarios que, armados de picas, se encaminaban al castillo.

La cubierta del barco mercante era mucho más alta que la del Bellone; tenía un pronunciado recogimiento de costados -los costados inclinados hacia dentro- que hacía difícil su acceso. Pero los franceses se aferraban a los costados, devolvían los golpes y luchaban desesperadamente por subir a bordo. Había multitud de ellos, y aunque eran rechazados seguían llegando a montones. El

agitado movimiento del mar separó los barcos, provocando que un nutrido grupo que estaba aferrado a las cadenas de proa cayera entre ellos; y a aquella masa siguió disparándole con su trabuco el señor Johnstone. El contramaestre corrió hasta un penol y cortó la ligada, y del otro lado del pasamanos cayeron los arpeos sin causar ningún daño. Los cañones del alcázar dispararon tres andanadas, hiriendo al capitán francés, desmontando el timón del Bellone y cortando las drizas de la vela de mesana. El Bellone viró rápidamente contra el viento, y si el Lord Nelson hubiera tenido suficientes marineros para repeler a los hombres que lo abordaban y disparar los cañones al mismo tiempo, podría haberlo acribillado, pues estaba a diez yardas de distancia. Pero éste no pudo disparar ni una andanada y se movía hundiendo la proa; los dos barcos fueron separándose silenciosamente.

Jack llevó a la enfermería a un grumete que tenía heridas hasta el hueso en ambos brazos -se las había hecho cuando trataba de protegerse el rostro con ellos-, y Stephen le dijo:

–Mantén el pulgar apretado aquí hasta que pueda ocuparme

de él. ¿Cómo vamos?

–Les hemos repelido. Están recogiendo a sus hombres con los botes. Serán unos doscientos o trescientos. Enseguida se reanudará la lucha. Date prisa, Stephen, no puedo esperar. Debemos hacer nudos y empalmes. ¿Cuántos tienes aquí?

–Treinta o cuarenta -dijo Stephen apretando el torniquete-. Chico, te pondrás bien, ahora descansa. Jack, déjame verte el brazo, y la cabeza.

–En otro momento. Un par de golpes afortunados y les pondremos fuera de combate.

Un disparo afortunado. ¡Cuánto rezaba por él! Cada vez que apuntaba su cañón rezaba por él, "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Pero con el viento encalmado, el humo que envolvía el Bellone era cada vez más espeso y él no podía ver nada. Además, sólo contaba con dos cañones; el número uno se había soltado de las retrancas en la primera descarga, hiriendo a dos marineros indios y un guardiamarina, y ahora se encontraba a su

lado, calzado con cuñas de cualquier manera detrás de un tonel. La tripulación bajo su mando se había reducido -la de toda la cubierta se había reducido- y el ritmo de los cañonazos del Lord Nelson había disminuido a uno por minuto, mientras que el Bellone, a cincuenta yardas por barlovento, mantenía el mismo ritmo de disparos. A veces, cuando tenía tiempo, miraba hacia atrás, y así pudo observar que en cubierta había muy pocos hombres y junto a los cañones ya no había grupos numerosos. Algunos hombres habían sido heridos, otros habían corrido abajo -las escotillas no estaban tapadas-, y los que quedaban estaban cenicientos, cansados y débiles, habían perdido los ánimos y luchaban sin convicción. Hill había desaparecido por un momento, pero ahora estaba de regreso y apuntaba el cañón número tres. Jack atacó la carga y echó la mano hacia atrás buscando la bala. Pero no había ninguna bala. Aquel condenado grumete servidor de pólvora se había ido.

–¡Las balas! ¡Las balas! – gritó.

El grumete se acercaba caminando como un pato desde la escotilla principal con dos pesadas balas entre los brazos. Era un

grumete nuevo y, absurdamente, llevaba la ropa de bajar a tierra, pantalones nuevos, chaqueta azul y una cinta en la coleta. Además, era torpe.

–Cójalas de allí delante, maldito hijo de perra-dijo Jack, arrebatándole una al grumete, que estaba horrorizado, sin habla, y metiéndola en el cañón-. De allí delante, del cañón número uno. Hay una docena. ¡Rápido! ¡Rápido!

La segunda carga fue atacada con fuerza en el cañón, que ahora abrasaba.

–¡Súbanlo! ¡Súbanlo! – dijo Jack.

Penosamente, con gran esfuerzo, ellos levantaron la pesada mole a pesar del oleaje; un marinero indio bajito, con el vaivén de las olas, se había puesto azul y vomitaba.

Los cañones de la batería del Bellone rugieron todos a una, apuntados contra los aparejos; metralla y balas de cadena pasaron con gran estrépito sobre sus cabezas. Jack disparó, vio a Hill apartar al grumete para evitar el golpe del cañón en retroceso e inmediatamente corrió entre el humo hasta el número tres. Tropezó

con el condenado grumete, que estaba a sus pies.

–Sepárate de los cañones. Eres un buen chico, y valiente –

dijo amablemente, levantándole-. Trae sólo una cada vez –

señalaba el castillo-, pero deprisa. Y cartuchos. Echa una mano.

Necesitamos cartuchos.

Los cartuchos no llegaron. Jack disparó el cañón número cinco,

y al levantar la vista hacia las gavias vio que las vergas del trinquete

del Bellone se deslizaban entre los obenques del Lord Nelson. De

repente oyó detrás de él, detrás de él, los furiosos gritos de los

hombres que les abordaban. Los botes del barco corsario habían

dado la vuelta por detrás de ellos ocultos por el humo, y ahora

cientos de franceses subían por el desprotegido costado de estribor.

Los franceses llenaban el combés del Lord Nelson, impidiendo

pasar del castillo al alcázar, y eran tan numerosos los que subían a

proa por la destrozada red de abordaje que ellos no podían luchar.

Muy cerca de él había multitud de rostros, pechos y brazos, y

aunque tenía una larga palanca en la mano, un condenado

hombrecillo, sujetándole la muñeca, le impedía usarla. Cayó, recibió

pisotones y patadas, pero volvió a levantarse y a hacerles frente disparando y usando su puñal. La fuerza de aquella multitud de hombres era enorme. Atrás, atrás, paso a paso, iba tropezando con cadáveres, atrás, atrás. Y entonces cayó en el vacío y escuchó un impacto muy, muy débil, como si viniera de otro mundo.

El farol se balanceaba. Jack estaba observándolo tal vez desde hacía horas. El mundo a su alrededor iba haciéndose cada vez más real y su memoria iba recordando los momentos pasados hasta llegar al presente. O casi, porque él no podía acordarse de la secuencia de hechos que siguió al estallido del cañón del pobre Haynes. Sí, así se llamaba, Haynes; era un marinero del castillo, perteneciente a la guardia de babor en el Resolution, que había sido nombrado artillero mayor cuando estaban en el cabo de Buena Esperanza. El resto era oscuridad; así ocurría frecuentemente con las heridas. ¿Acaso estaba herido? Sin duda, estaba en la enfermería, y quien se movía entre los cuerpos quejumbrosos allí amontonados era Stephen.

–Stephen -dijo al cabo de un rato.

–¿Cómo estás, amigo mío? – dijo Stephen- ¿Cómo te sientes? ¿Cómo se encuentra tu mente?

–Muy bien, gracias. Parece que estoy entero.

–Yo diría que sí. Tu tronco y tus extremidades están en buen estado. Lo que temía estos últimos días era que cayeras en coma. Te caíste por la escotilla de proa. Pero puedes tomarte una de mis pociones, esos cerdos no encontraron ni la mitad de ellas.

–¿Fuimos capturados?

–Sí, fuimos capturados. Tuvimos treinta y seis bajas, entre muertos y heridos, y fuimos capturados. Nos robaron todo -nos dejaron en cueros-y nos tuvieron encerrados bajo las escotillas los primeros días. Aquí tienes la poción. Pero puesto que le extraje una bala del hombro al capitán Dumanoir y cuidé de sus hombres heridos, ahora se nos permite tomar el aire en cubierta. El segundo de a bordo, el capitán Azéma, ex oficial del Rey, es un hombre amable y ha evitado grandes desmanes, excepto el robo.

–Corsarios -dijo Jack tratando de encogerse de hombros-.

Pero, ¿qué ha pasado con aquellas jóvenes? ¿Qué ha pasado con las

señoritas Lamb?

–Están vestidas de hombre… de grumete. Pero dudo que se sientan complacidas del éxito que han tenido en su engaño.

–¿Son muy numerosos los tripulantes corsarios? – preguntó Jack, mientras por su mente cruzaba la idea de recuperar el barco mercante.

–Numerosísimos -dijo Stephen-. Cuarenta y uno. Los oficiales de la Compañía de Indias han dado su palabra de honor; algunos marineros indios trabajan para los corsarios por el doble de paga y los demás tienen la influenza española. Nos llevan a La Coruña.

–Que no piensen que lograrán llevarnos hasta allí -dijo Jack-. Por un lado están los vientos del Canal, y al oeste hay innumerables barcos de crucero.

Hablaba con convicción; sabía que era cierto lo que decía. Pero el martes siguiente, cuando se paseaba por cubierta aún débil, autorizado por Stephen, observaba con desesperación el océano casi completamente desierto; sólo estaba allí, a barlovento, el hermoso

Bellone. No se veía en el horizonte ningún otro barco, ni el más pequeño lugre; y él, tras varias horas de observación, no tenía ningún motivo para confiar en que apareciera. Desierto; y en algún lugar más allá del horizonte, a sotavento, la costa española. Recordó su regreso de las Antillas en el Alert, cuando a pesar de recorrer la ruta marítima más concurrida de todo el Atlántico no vieron un alma hasta que estuvieron frente a Lizard. Pullings, muy pálido, apoyado en las dos señoritas Lamb, subió a cubierta por la tarde. Jack ya había visto a Pullings (tenía metralla en el muslo, una herida de sable en el hombro y dos costillas rotas), al mayor Hill (con influenza) y al resto de los hombres atendidos por Stephen, pero esa era la primera vez que veía a las jóvenes.

–¡Estimada señorita Lamb! Espero que se encuentre bien, muy bien -dijo sinceramente preocupado, aunque en verdad quería decir "que no la hayan violado".

–Gracias, señor -dijo la señorita Lamb con expresión grave, extraña, que la hacía parecer otra persona-. Mi hermana y yo estamos perfectamente bien.

El capitán Azéma se aproximó desde estribor. Era un hombre moreno, alto y desgarbado, de carácter duro, y un marino competente, el tipo de persona que a Jack le gustaba.

–Señoritas Lamb, su más fiel servidor -dijo el capitán Azéma, haciendo una inclinación de cabeza y besando sus dedos-. Las señoritas están bajo mi especial protección, señor. Las he persuadido de que llevaran vestidos y volvieran a su encantadora forma. No corren el más mínimo riesgo de ser molestadas. Algunos de mis hombres son, sin duda, unos canallas, y podría decirse que también unos tipos impetuosos; pero aunque no tuvieran mi protección, ni uno solo, ni uno, les faltaría el respeto a estas heroínas.

–¿Qué?

–Así es, señor -dijo Pullings atrayéndolas hacia él-. Auténticas heroínas, como Juana de Arco. Llevaban balas, corrían como locas de un lado a otro con la pólvora, con tacos, y me trajeron una mecha cuando me quedé sin piedra de chispa.

–¿Llevaban la pólvora? – gritó Jack-. El doctor Maturin dijo

que llevaban pantalones o algo parecido, pero yo…

–¡Oh, despreciable hombre falso! – exclamó la señorita Susan-. ¡Usted vio a Lucy! Y le gritó las cosas más horribles que he oído en mi vida. Usted insultó a mi hermana, señor, sabe que lo hizo. ¡Qué vergüenza, capitán Aubrey!

–¿Capitán Aubrey? – dijo Azéma, añadiendo a su parte del botín la recompensa por un oficial inglés, una considerable suma.

"Se descubrió el pastel… Estoy perdido… Así que ellas transportaban pólvora… Una acción sumamente valerosa" -pensaba Jack. Y en voz alta dijo humildemente:

–Estimadas señoritas Lamb, les ruego que me perdonen. Me falla la memoria y no puedo recordar la última media hora de la batalla, una batalla particularmente encarnizada. Me golpeé en la cabeza al caerme y me falla la memoria. Pero transportar pólvora es una acción sumamente valerosa. Las admiro mucho, estimadas señoritas. Por favor, perdónenme. El humo… los pantalones… Quisiera saber lo que dije para retirarlo ahora mismo.

–Dijo… -dijo la señorita Susan, haciendo enseguida una

pausa-. Bueno, se me olvidó… pero era monstruoso.

El ruido de un cañonazo hizo que el grupo se sobresaltara; todos a la vez dieron involuntariamente un salto brusco. Todos estaban hablando muy alto, pues aún estaban medio ensordecidos por el fragor de la batalla, pero el ruido del cañonazo llegó a lo más profundo de sus oídos y se volvieron como movidos por un resorte, como si fueran juguetes mecánicos, hacia el Bellone.

Durante todo este tiempo, el barco corsario se había mantenido con dos rizos en las gavias para que el Lord Nelson pudiera acompañarlo; pero ahora los hombres estaban en las vergas y se disponían a quitarlos. El capitán Dumanoir le gritó con voz clara a su segundo de a bordo que se dirigiera directo a La Coruña "con todas las velas desplegadas". Dijo otras cosas que Jack y Pullings no pudieron entender, pero la idea general estaba clara: el serviola había avistado una vela a barlovento y él no iba a correr ni el más mínimo riesgo con una presa tan valiosa, así que arribaría para hacer un reconocimiento y, según el caso, saludar a un barco amigo o neutral, luchar contra un enemigo o, confiando en las magníficas

cualidades del Bellone para navegar, dejar atrás la desconocida embarcación.

El Lord Nelson arrastraba un manto de algas marrón oscuro, le entraba mucha agua (las bombas no habían cesado de funcionar desde la batalla) y, además, tenía aún las velas, las perchas y los aparejos dañados, de modo que sólo podía navegar a cuatro nudos, incluso con las sobrejuanetes desplegadas.

En cambio, el Bellone, ahora con tres pirámides blancas, navegaba de bolina de forma óptima; y en diez minutos ambos estuvieron a dos millas de distancia. Jack pidió permiso para subir a la cofa; el capitán Azéma no sólo le dijo que podía ir adonde quisiera sino que también le prestó el telescopio de Stephen.

–Buenos días -dijo el corsario que estaba en la cofa. Jack le había dado un golpe terrible con su palanca pero él no le guardaba rencor-. Aquella es una de vuestras fragatas.

–¿Ah, sí? – dijo Jack, apoyando la espalda contra el mástil.

El distante navío apareció en el objetivo del telescopio. Treinta y seis cañones, no, treinta y ocho. Un estandarte rojo. ¿Naiad?

¿Minerve? Iba navegando tranquilamente cuando divisó el Bellone, y enseguida aparecieron sus alas -cuando les ataban las empuñiduras a las últimas, Jack ya podía verla bien- y cambió el rumbo para acercarse al barco corsario; entonces vio al barco de la Compañía de Indias y cambió el rumbo de nuevo para conocer más detalles sobre éste. Entretanto, el Bellone daba bordadas torpemente, tardando una eternidad en comparación con lo que Jack le había visto hacer en cinco minutos desde que se oía "virar timón" hasta "tomar nuevo rumbo", y Jack oía a sus hombres reírse y hacer bromas en cubierta. El barco corsario permaneció en el mismo bordo hasta que estuvo a una milla de la fragata; navegaba en contra de las olas y el agua cristalina llegaba hasta el castillo. En ese momento una blanca ráfaga azotó la proa; él desvió la mirada y vio aparecer la bandera roja en la punta del palo de mesana. Frunció el entrecejo; él habría izado la bandera tricolor o, puesto que en aquellas aguas había muchas fragatas americanas, la de barras y estrellas. Tal vez no hubiera servido de nada, pero habría valido la pena intentarlo. Por su parte, el Bellone era perfectamente capaz de izar la bandera

francesa sin miramientos, para pasar por un navío francés cualquiera y alejar la fragata.

Eso fue lo que hizo. Eso fue precisamente lo que hizo. Y el marinero, que le había pedido a Jack su catalejo, mientras lo limpiaba pasándole la lengua con olor a ajo, se reía para sus adentros. Jack sabía lo que pensaba el capitán de la fragata: a lo lejos, a sotavento, había un barco, probablemente un mercante, tal vez una presa aunque no sabía de qué tipo, y cruzando su proa había una corbeta francesa no muy bien gobernada ni muy rápida, que no dejaba de dispararle. Cualquiera habría podido saber sin mucha dificultad cuál sería su decisión; Jack enseguida vio cómo la fragata orzaba y las alas desaparecían. Ésta había virado, y con las trinquetillas desplegadas comenzó a perseguir el Bellone. Se enfrentaría al barco francés y luego regresaría para ocuparse de la hipotética presa.

Jack pensó: "Sin duda, te das cuenta de que está atrapando el viento. Sin duda, has visto este viejo truco antes".

Ambas embarcaciones iban alejándose cada vez más: la

fragata con un fuerte embate de las olas a popa y el Bellone, logrando apenas mantenerse fuera del alcance de sus perseguidores. Y cuando no eran más que dos manchas blancas en el nornoreste y sus cascos ya no se veían, Jack bajó pesadamente de la cofa. El marinero movió la cabeza y le miró con aire compasivo y a la vez solidario; eso le había ocurrido a él antes y le estaba ocurriendo a Jack ahora, era uno de los pequeños sufrimientos de la vida.

Después del anochecer, el capitán Azéma cambió el rumbo de acuerdo con sus instrucciones, y el barco mercante, dibujando una fina estela de cien millas en veinticuatro horas, se adentró en un mar solitario donde la fragata no volvería a verlo.

En el extremo de aquella estela estaba La Coruña; Jack no dudaba que el capitán Azéma arribaría a tierra después de recorrer una milla más o menos, no sólo porque Azéma era un experto marino sino porque el buen tiempo se mantenía ya desde hacía varios días y era perfecto para la observación y para determinar la posición. La Coruña, España. Pero ahora que se sabía que Jack era un oficial no le dejarían bajar a tierra. A menos que él diera su

palabra de honor, Azéma lo pondría entre rejas y lo dejaría allí hasta que el Bellone o algún quechemarín lo llevaran a Francia; su pellejo valía mucho.

Al día siguiente había un gran vacío; se veía claramente la ininterrumpida línea del horizonte y la bóveda celeste, donde aparecían nubes poco densas y azuladas. A este día siguió otro similar, que sólo tenía de diferente lo que Jack creía que era el principio de la influenza y el comportamiento frívolo de las señoritas Lamb, perseguidas por el primer teniente de Azéma y un voluntario de dieciséis años de ojos brillantes.

Pero el viernes el mar se llenó de embarcaciones. En el océano se veían, como manchas grises, los bacaladeros de una flota que volvía de Terranova cargada de bacalao; se podían oler a una milla de distancia. Entre ellos, al parecer fortuitamente, había un barco de doble aparejo latino con un montón de velas raras, un barco extraño con una proa antigua; éste hacía recordar que, lamentablemente, la costa estaba cerca, pues era un barco que no salía al océano. Sin embargo, a pesar de que aquel barco tenía gran interés para

cualquier marino, ellos dejaron de prestarle atención para ocuparse del insignificante cúter que estaba a lo lejos, a sotavento.

–¿Ve usted el cúter, señor? – dijo Pullings.

Jack asintió con la cabeza. El cúter era un tipo de jarcia más usado por los ingleses que por los franceses. Lo utilizaban tanto la Armada como los corsarios y tanto los contrabandistas como sus perseguidores, porque era rápido, ágil y navegaba muy bien de bolina; pero no era muy útil para los mercaderes. Y aquel pequeño barco en particular no era un barco mercante, ¿qué mercante seguiría aquel rumbo errático entre los bacaladeros? Tampoco pertenecía a la Armada, porque en cuanto avistó el Lord Nelson apareció una vela escandalosa encima de la mayor, una vela moderna que aún no había sido aprobada en la Armada. Era un barco corsario.

Esta era también la opinión del capitán Azéma. Ya los cañones estaban fuera en ambos costados, cargados y orientados. Azéma no tenía mucha prisa porque el cúter tendría que virar y colocarse con el viento en contra. Además, a medida que éste se acercaba,

bordada tras bordada, se veía con claridad que había estado en dificultades poco tiempo atrás. Su vela mayor tenía dos rizos, presumiblemente porque había sufrido daños; había un montón de extraños parches tapando sus agujeros, y muchos más en la trinquete y en el destrozado foque. Su estructura superior tenía un aspecto deplorable y una de las siete portas del costado de estribor había sido reparada apresuradamente. No era probable que pudiera hacer mucho daño, pero aun así Azéma no iba a correr riesgos; ya se había colocado una nueva red de abordaje, se habían llenado gran cantidad de cartuchos y se habían traído muchas balas, y el suplente del contramaestre, ayudado por todos los marineros indios que podían trabajar, aseguraban las vergas.

El Lord Nelson estaba preparado mucho antes de que el cúter disparara un cañonazo e izara la bandera inglesa, pero no respondió inmediatamente. Azéma miró a Jack y a Pullings.

–No voy a pedirles que se vayan abajo, pero si gritan o hacen señales, me veré obligado a dispararles -dijo sonriendo, pero hablaba en serio y, además, llevaba dos pistolas en el cinturón.

–Está bien -dijo Jack, con una inclinación de cabeza.

Pullings sonrió tímidamente.

El cúter se encontraba a proa del barco mercante y su vela mayor flameaba. Azéma le hizo al timonel una indicación con la cabeza. El Lord Nelson viró despacio y Azéma dijo:

–¡Fuego!

La batería -sólo los cañones de dieciocho libras- hizo fuego en el momento descendente del balanceo. Los cañonazos, bien agrupados, cayeron muy cerca de la proa del cúter, por el costado de babor, y algunos, al rebotar, atravesaron sus velas, haciéndoles más agujeros, y arrancaron el tercio del bauprés que aún quedaba.

Sorprendido por aquel recibimiento, el cúter trató de cambiar la orientación de las velas y virar, pero como llevaba muy poca velocidad y el foque flotando al viento, no lo consiguió. Entonces se abatió, disparando contra el Lord Nelson sus siete cañones de seis libras, y finalmente viró en redondo, cambiando de bordo.

El cúter sabía que se enfrentaba a un enemigo duro, difícil; la mitad de una andanada como aquella lo mandaría al fondo. Pero

ganó velocidad y cruzó la popa del Lord Nelson, disparando otra vez; luego dio una vuelta como una bailarina, volvió a cruzar y se detuvo a proa, por estribor. Los disparos de sus cañones de seis libras, desde una distancia de doscientas yardas, no le hicieron ningún daño a los gruesos costados del barco mercante, pero cortaron sus aparejos. Todo parecía indicar que el cúter intentaba seguir con esa maniobra.

Azéma no iba a permitirlo. El cúter había ido de un lado para otro a pesar de dar guiñadas para disparar, y ahora, navegando viento en popa, se acercaba de través, formando un ángulo de 90° con el barco mercante. Azéma recorrió la fila de cañones, habló con todas las brigadas y ordenó disparar una andanada, pero ésta cayó en el lugar que el cúter había ocupado segundos antes; el capitán del cúter, como por magia, intuición o telepatía, había virado a sotavento en el mismo instante en que se daba la orden de disparar. Volvió a hacer lo mismo dos minutos más tarde, no por magia sino por el cálculo del tiempo que le tomaría a los artilleros tenerlo otra vez en la mira. Iba a abordarles, y sólo tenía que hacer una corta

bordada para llegar hasta la proa del Lord Nelson. Jack podía ver a los hombres con los alfanjes y las hachas de abordaje preparados en cubierta, unos veinticinco o treinta, y al capitán llevando con una mano la caña del timón y con la otra un largo sable; dentro de un momento comenzarían los furiosos gritos.

–¡Fuego! – dijo Azéma de nuevo.

Y cuando el humo se disipó, pudo verse el cúter con la gavia arrancada, colgando de un lado y dando bandazos. Su capitán ya no estaba al timón, y había un montón de hombres en cubierta, unos moviéndose con dificultad y otros inmóviles. Con la velocidad que llevaba, el cúter sobrepasó la proa del Lord Nelson, quedando fuera del alcance de la siguiente descarga, y continuó desplazándose rápidamente, tratando de ganar cien yardas más o menos antes de que el Lord Nelson virara y le disparara desde el costado de estribor. Sobrevivió a la descarga, aunque fue difícil ver cómo lo hizo por la cantidad de blancas salpicaduras que había alrededor de él. Azéma, que no tenía demasiado interés en capturarlo ni en hundirlo, sólo le disparó algunos cañonazos más antes de volver al rumbo

fijado. Diez minutos después, el cúter desplegó un nuevo foque y una nueva trinquete y se alejó, haciéndose cada vez más pequeño entre los distantes bacaladeros. Jack se palpó los bolsillos buscando su reloj, pues le gustaba anotar el comienzo y el final de todos los combates, pero ya no lo tenía, por supuesto.

–Creo que ha sido temerario e inmoral lo que ha hecho -dijo Azéma-. ¡Podría haber matado a algunos de mis hombres! Debería haberlo hundido. Soy demasiado magnánimo. Eso no es valor sino temeridad.

–Estaría de acuerdo con usted si hubiera hecho lo contrario – dijo Jack-. Una corbeta que no ataque a un navío de línea comete una estupidez.

–Vemos las cosas de forma distinta -dijo Azéma, molesto por el tiempo perdido y los daños que había sufrido la jarcia-. Tenemos diferentes puntos de vista. Pero al menos -sonreía de nuevo- espero que sus compatriotas nos den un día de descanso.

Él tuvo un día de descanso, y también la mañana del siguiente, pero poco después de haber anotado las observaciones del mediodía

–45° 23'N, 10° 30'O- y de prometerle a sus prisioneros pan español y auténtico café para desayunar, se oyó el grito: "¡Vela a barlovento!"

Poco a poco la mancha blanca fue haciéndose más definida, hasta tomar la forma de un bergantín, un bergantín que, sin duda, les perseguía. Las horas pasaron; el capitán Azéma había estado preocupado y pensativo durante la comida, interrumpiendo ésta de vez en cuando para subir a cubierta. El Lord Nelson llevaba desplegadas las juanetes con las alas superiores e inferiores, lo cual hacía que se desplazara en dirección a La Coruña rápidamente, a cinco o seis nudos, con viento fuerte. Se largaron las sobrejuanetes poco después de las cuatro, y Azéma observaba ansioso los dañados mástiles para comprobar si resistían la presión. Durante un rato pareció que dejaban atrás al bergantín.

–Señor, estoy casi seguro de que es el Seagull -le dijo Pullings en secreto al bajar de una altura considerable, desde donde había observado largamente el bergantín-. Mi tío era su capitán en 1799 y he estado a bordo muchas veces.

–¿Seagull? – dijo Jack frunciendo el entrecejo-. ¿No habían cambiado los viejos cañones por carronadas?

–Exactamente, señor. Tiene dieciséis de veinticuatro libras que caben muy justas en las portas y dos cañones largos de seis. Puede dar duro si se acerca lo bastante, pero es muy lento.

–¿Más lento que esto?

–Muchísimo más, señor. Pero acaba de desplegar las sosobres, y eso puede suponer una diferencia.

La diferencia fue pequeña, muy pequeña -tal vez la longitud de un tapete o dos-, pero cinco horas con un tiempo invariable bastaron para que el Seagull estuviera al alcance del último cañón de dieciocho libras de la batería de estribor y de un cañón largo de ocho libras que Azéma había sacado por la galería que rodeaba los camarotes.

El bergantín -ahora estaban seguros de que era el Seagull-, a diez millas de distancia, sólo pudo responder con el cañón de seis libras de proa; y el único efecto que esto tuvo fue un poco de humo

y levantar el ánimo de la tripulación. Pero pudo acercarse más al Lord Nelson, pues éste entró en una zona de aguas oscuras que el viento, rechazado por las montañas españolas, y la marea baja, delimitaban naturalmente, un área sombría, con mucho oleaje, frecuentada por las gaviotas y otros pájaros de la costa.

En cinco minutos la velocidad del Lord Nelson disminuyó perceptiblemente, y el sonido de su jarcia bajó de tono. El Seagull se le había acercado por la aleta de estribor. Antes de que el bergantín entrara también en la zona de aguas oscuras, disparó la primera andanada con sus carronadas de corto alcance; ésta no dio en el blanco, ni tampoco la siguiente, aunque una bala de veinticuatro libras, al rebotar, atravesó la barrera de coyes y golpeó débilmente el palo mayor. El capitán Azéma, levantando la vista de donde habían caído los fuertes disparos, observó pensativo el bergantín; éste debía recorrer todavía un cuarto de milla antes de que dejara de atrapar el viento. Cincuenta yardas más y los disparos de los cañones de veinticuatro libras retumbarían en sus oídos, atravesarían los valiosos costados del barco mercante y destrozarían

los mástiles ya dañados. No sentía miedo sino irritación por las consecuencias; el ritmo de los disparos del Seagull y su precisión dejaban mucho que desear, mientras que el barco mercante llevaba a bordo ocho artilleros mayores; además, la capacidad de maniobra de aquél no era superior a la de éste, y bastaría con arrancarle una o dos perchas para dejarlo atrás y poder alcanzar la costa. Sin embargo, Azéma iba a necesitar toda su concentración.

–No es muy espacioso su bergantín -le dijo a Jack-. Es posible que tengamos serias dificultades con él. Tengo que pedirles que se vayan abajo. Messieurs les prisonniers, a la bodega, por favor. Ruego a los prisioneros que bajen a la bodega.

Su tono autoritario no admitía una negativa. Con desgana, ellos apartaron la vista del mar envuelto en sombras y bajaron por las escotillas hasta el nivel más bajo, donde oyeron cerrarse de golpe una reja y un ruido de cadenas. Y precisamente desde las entrañas del barco mercante, entre el olor del té, la vainilla y el agua de la sentina, Jack, Pullings, los tripulantes europeos y todos los pasajeros fueron testigos de la batalla. Testigos de oído, desde

luego, porque se encontraban por debajo de la línea de flotación, iluminados por un farol oscilante que sólo les permitía ver vagamente los paquetes; pero lo que oían lo oían muy bien; El Lord Nelson actuaba como una caja de resonancia y propagaba el estruendo de los cañones de dieciocho libras en un tono un octavo más bajo, mientras que a través del mar llegaba el ruido de los disparos del Seagull, extraños golpes secos como los de un lejano martillo forrado de tela, sonidos sin armónicos, tan claros que a veces era posible distinguir cada una de las ocho carroñadas, cuyos disparos habrían parecido simultáneos al aire libre.

Ellos escuchaban, trataban de calcular la dirección de los cañonazos y el peso del metal lanzado -cuatrocientas treinta y dos libras para el Lord Nelson, trescientas noventa y dos para el bergantín- y cuándo entrarían en juego. Jack pensaba: "Azéma está utilizando solamente los grandes cañones. Y concentra el fuego en los mástiles, no cabe duda". A veces el Seagull le daba al barco mercante y ellos lanzaban vivas y trataban de adivinar el lugar del impacto. Una vez se oyeron de repente pasos apresurados en la

sentina, y la renovada actividad de la bomba dejó claro que al Lord Nelson le habían dado por encima de la línea de flotación, probablemente en la bodega de proa; en otra ocasión un fuerte ruido metálico les hizo pensar que un cañón había sido alcanzado, tal vez desmontado.

Alrededor de las tres de la madrugada la vela se apagó y ellos se quedaron a oscuras, escuchando, escuchando; a veces se quejaban por no tener abrigos, mantas, almohadas ni comida y a veces dormitaban. El fuego continuó; el Seagull dejó de lanzar andanadas y ahora disparaba los cañones de uno en uno y, en cambio, el Lord Nelson no hizo nada diferente durante el resto de la batalla sino que siguió con el mismo ritmo hora tras hora.

La señorita Lamb se despertó gritando:

–¡Una rata! ¡Una enorme rata! ¡Oh, cómo echo de menos mis pantalones!

La concentrada atención fue relajándose a medida que transcurría la noche. Jack le habló una o dos veces al mayor Hill y a Pullings sin obtener respuesta. Advirtió que el número de disparos

que había contado se confundía con el cálculo de los enfermos y heridos atendidos por Stephen… con comentarios de Sophia… con el recuerdo de la comida y el café… con la interpretación del trío en re menor, el glissando de Diana y la nota sostenida en el violonchelo cuando tocaban los tres juntos.

Mucha luz, el ruido de la cadena, el chirrido de la reja; él se dio cuenta de que estaba casi dormido. Aunque no lo estaba del todo, pues sabía que el fuego había cesado hacía más de una hora, pero sí lo bastante para sentirse torpe y avergonzado.

En cubierta llovía; caía una fina lluvia desde el altísimo cielo y el escaso viento que había soplaba de tierra. El capitán Azéma y sus hombres estaban muy pálidos y cansados pero tranquilos, demasiado cansados para exteriorizar su satisfacción pero tranquilos. Con la gavia mayor y el velacho desplegados, el Lord Nelson se deslizaba por el mar con el viento en contra, y el Seagull permanecía inmóvil a lo lejos, por la aleta de estribor. Incluso a aquella distancia Jack podía ver que estaba terriblemente dañado. Se encontraba muy hundido en el agua y las bombas no cesaban de

funcionar; la verga trinquete se había caído, el mastelero mayor parecía tambalearse, la cubierta y los costados tenían considerables destrozos y cuatro portas estaban destruidas. Se había desviado de su rumbo para que se hicieran las reparaciones y se taparan las entradas de agua; las probabilidades de que reanudara la batalla eran…

El capitán Azéma se había inclinado sobre un cañón y lo había apuntado con cuidado; luego, teniendo en cuenta el balanceo, disparó. La bala salió directamente hacia el centro de la brigada de reparación y él se quedó observando su trayectoria.

–Continúe, Partre -dijo. Y luego se acercó a la bitácora para coger su humeante taza de café.

Era algo perfectamente admisible, pero aunque él podría haber hecho lo mismo, le parecía tan cruel que, rechazando una taza de café, desvió la mirada para observar los daños del Lord Nelson y la costa, que ahora quedaba al este en el horizonte. Sus daños eran numerosos pero no demasiado importantes.

Azéma no había llegado a tierra como esperaba -frente a ellos

estaba el cabo Prior-, pero arribaría a La Coruña a mediodía. Jack hizo caso omiso del segundo cañonazo; trataba de entender por qué aquello le dolía tanto si él no tenía ningún amigo a bordo del Seagull. No podía aclarar sus ideas, pero era consciente de que sentía una gran animadversión hacia Azéma. Y con extraordinaria alegría, recuperando las esperanzas cuando todo parecía perdido, vio un navío doblar aquel cabo, en dirección norte. Era un navío de línea de Su Majestad de vuelta a su país, el Colossus, y lo seguía el Tonnant, de ochenta cañones.

El serviola gritó:

–¡Dos navíos de línea!

Luego siguieron otros dos; era una potente escuadra que navegaba velozmente con todas las velas desplegadas. No había la más mínima posibilidad de escapar. Silencio; gran consternación. En medio de aquel silencio, Jack se acercó al cañón de dieciocho libras que ya estaba apuntado y, poniendo la mano en la llave, dijo en tono grave:

–Usted no debe disparar este cañón, señor. Debe arriar la

bandera.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

A las ocho menos cinco Jack Aubrey cruzaba apresuradamente

el patio de adoquines del Almirantazgo bajo la monótona lluvia, perseguido por la voz del cochero que le había llevado.

–¡Cuatro peniques! ¿Y usted se considera un caballero? Es usted un condenado marino con media paga que no tiene vergüenza.

Jack se encogió de hombros y, esquivando el chorro del canalón, entró rápidamente en el vestíbulo, atravesó la sala de espera principal y siguió hasta la pequeña oficina llamada "Sala del contramaestre", donde estaba citado nada menos que con el First Lord. La chimenea estaba empezando a tirar; se oía el agradable crepitar del fuego, cuyas rojas lenguas atravesaban el humo color ocre que subía en espiral y se unía fuera con la niebla también ocre. Él se detuvo de espaldas a la chimenea, mirando la lluvia y secándose el uniforme, el mejor que tenía, con un pañuelo. Bajo el poco iluminado arco de Whitehall pasaban algunas figuras, civiles con paraguas y oficiales expuestos a los elementos; creyó reconocer

a dos o tres -sin duda, uno de ellos era Brand, del Implacable- pero estaba demasiado ocupado con el espeso barro que le cubría las hebillas de los zapatos para dedicarles mucha atención.

Estaba muy nervioso -cualquier marino que estuviera esperando para ver al First Lord estaría nervioso-, aunque pensaba menos en la futura entrevista que en obtener el mayor servicio de un simple pañuelo y en hacer consideraciones sobre la pobreza. Pensaba que ésta era una vieja conocida, casi una amiga, un estado más natural para un oficial de marina que la riqueza, pero le gustaba la riqueza, le encantaría volver a ser rico; sin embargo, así ya no tendría la satisfacción de haber podido arreglárselas, ni tampoco la sensación de triunfo al encontrar una guinea en el bolsillo de un viejo abrigo, ni la enorme tensión al darle la vuelta a una carta de la baraja. Había tenido que tomar un coche de alquiler porque el barro le llegaba hasta los tobillos y soplaba un condenado viento del suroeste; además, los buenos uniformes no crecían en los árboles, ni tampoco las medias de seda.

–Capitán Aubrey, señor -dijo el funcionario-, Su Señoría va a

recibirlo ahora.

–¡Capitán Aubrey! ¡Qué alegría verle! – dijo lord Melville-.

¿Cómo está su padre?

–Muy bien, señor, gracias. Está encantado con el resultado de las elecciones, como todos nosotros. Pero le ruego que me perdone, milord, por no estar al corriente de todo. Quisiera felicitarle muy sinceramente por haber sido nombrado par.

–Es usted muy amable, muy amable -dijo lord Melville.

Luego Jack le preguntó cortésmente por lady Melville y Robert.

Y él, tras responder a sus preguntas, continuó:

–Así que su viaje de vuelta a casa ha sido agitado.

–En efecto, milord -dijo Jack-. Pero me asombra que usted lo sepa.

–Es que ha salido en el periódico. Se publicó una carta de una pasajera a su familia, describiendo la captura y la recuperación del barco de la Compañía de Indias. Ella menciona su nombre; dice cosas estupendas de usted. Sibbald me la enseñó.

Esa condenada joven, esa Lamb, seguramente había mandado

la carta con el guardacostas. ¡Y él se había apresurado a dejar Plymouth, con dinero prestado, sin saber que llegaría a un Londres lleno de policías alertados que le esperaban para arrestarle por no pagar las deudas, deseosos de encerrarlo en Fleet o Marshalsea para que se pudriera allí mientras la guerra continuaba, perdiendo así todas las oportunidades! Había conocido a muchos oficiales –Baines, Serocold…-cuyas carreras habían sido arruinadas por un policía. ¡Y él había estado pavoneándose por la ciudad vestido como si fuera el cumpleaños del Rey, con tantos alguaciles que podían reconocerlo! Al pensarlo sintió náuseas y escalofríos, y balbuceó:

–… muy asombrado… cogí una silla de posta en Plymouth y no pasé más de un par de horas en casa de mi padre… pensé que llegaría antes que las noticias.

Sin embargo, sus palabras debían de tener suficiente sentido, porque lord Melville le dijo con su acento escocés:

–Estoy seguro de que usted no escatimó esfuerzos. Pero me gustaría que hubiera venido mucho antes, semanas e incluso meses antes, cuando aún no se habían acabado los mejores navíos. Me

hubiera gustado hacer algo por usted; al principio de la guerra había muchos mandos disponibles. Me ocuparé enseguida del asunto de su ascenso, como se me ha solicitado, pero no puedo darle esperanzas de que conseguirá un navío. No obstante, hay alguna posibilidad de entrar en el Servicio de defensa de puertos o en el Servicio de leva, ya que estamos ampliando ambos y se necesitan hombres activos y con empuje.

También, dado que éstos eran puestos en tierra, se necesitaban hombres solventes, amantes de las comodidades, sin ambición o cansados del mar, deseosos de cuidar de una especie de milicia de pescadores u ocuparse de la odiosa tarea del reclutamiento forzoso. Estaba claro que sería ahora o nunca, todo o nada. Una vez que aquel hombre de facciones duras, sentado al otro lado del escritorio, le hiciera una oferta en firme de un puesto en tierra, él ya no podría cambiar.

–Milord, me gustaría tener uno de los mejores navíos, un navío de línea, como a cualquier otro hombre -dijo Jack respetuosamente con toda la fuerza y la energía que pudo-, pero si

tuviera cuatro trozos de madera que pudieran flotar, me sentiría feliz, muy feliz de navegar en ellos y realizar cualquier servicio en cualquier puerto del mundo como capitán o con cualquier otro cargo. He estado navegando desde que tenía catorce años, señor, y nunca he rechazado ninguna misión que Sus Señorías hayan tenido a bien encomendarme. Me atrevo a asegurarle que no lamentará su decisión, señor. Lo que deseo es estar de nuevo en la mar.

–¡Oh! – dijo lord Melville con expresión meditabunda, fijando en Jack su mirada gris-. ¿Entonces no pone usted ninguna condición? Sus amigos han insistido mucho en que usted fuera nombrado capitán de navío por su combate con el Cacafuego.

–Ninguna en absoluto, milord -dijo Jack, y luego guardó silencio. Sintió deseos de contarle que la última vez que había estado en esa habitación se le había ocurrido usar la inadecuada palabra "petición"; sin embargo, lo pensó mejor y siguió guardando silencio, con una mirada seria y atenta que pudo mantener más fácilmente que un año atrás, a pesar de que sentía por Saint Vincent un respeto mucho mayor que el que podía sentir por un civil.

–Bien -dijo el First Lord después de una pausa-. Pero no puedo prometerle nada. Usted no tiene idea del número de solicitudes, de los intereses que hay en juego, que deben considerarse…aunque puede haber una remota posibilidad… Venga a verme la próxima semana. Entretanto me ocuparé de ese asunto del ascenso, aunque la lista de capitanes de navío, desgraciadamente, está sobrecargada; y también analizaré las posibilidades. Venga a verme el miércoles. Pero escúcheme bien, si logro encontrarle algo no será un navío de los mejores; eso es lo único que puedo prometerle. Y esto no supone en absoluto un compromiso por mi parte.

Jack se puso de pie y agradeció a Su Señoría que hubiera tenido la bondad de recibirlo. Lord Melville le dijo en un tono informal:

–Probablemente nos veamos en casa de lady Keith esta noche. Si tengo tiempo pasaré por allí.

–Me gustaría muchísimo, milord -dijo Jack.

–Tenga usted muy buenos días -dijo lord Melville, tocando

una campanilla y mirando ansioso a la puerta interior.

–Parece usted muy alegre, señor -dijo el conserje,

escrutando el rostro de Jack con sus ojos cansados y enrojecidos.

"Muy alegre" era una exageración; "moderadamente

satisfecho" era más exacto. Pero de todos modos, tenía una

expresión completamente diferente a la de un oficial que hubiera

recibido una rotunda negativa.

–Sí que lo estoy, Tom -dijo Jack-. He ido andando esta

mañana desde Hampstead hasta Seven Dials. No hay nada como un

paseo matutino para entonarse uno.

–¿Ha conseguido algún barco, señor? – preguntó Tom.

Esa historia del paseo matutino no le convencía. Era un viejo

astuto y amistoso; conocía a Jack desde antes de que se afeitara por

primera vez, como a casi todos los oficiales de la Armada con un

cargo inferior a almirante, y tenía derecho a una propina si se

conseguía algún barco cuando estaba de servicio.

–No, no exactamente, Tom -dijo Jack.

Miraba con atención hacia el exterior del vestíbulo y la sala;

una multitud empapada cruzaba de un lado a otro frente a Whitehall. Las agitadas aguas del Canal estarían llenas de barcos; ¿y cuántos cruceros, barcos corsarios y quechemarines se esconderían entre ellos? ¿Cuántos escollos estarían ocultos? ¿Cuántos malvados?

–No -repitió-. Pero te diré una cosa, Tom: he salido sin mi capa y sin dinero. ¿Puedes llamar un coche y prestarme media guinea?

Tom no se había formado ninguna idea sobre la capacidad de juicio y las dotes administrativas de los oficiales de marina en tierra; no le sorprendió que Jack hubiera salido sin las cosas más corrientes y necesarias en la vida. Leía en la expresión de Jack que iba a conseguir algo; y si éste entraba en el Servicio de defensa de puertos tendría que acudir a otra docena de citas, incluso aunque no le nombraran capitán de navío. Le dio la pequeña moneda en secreto, con una expresiva mirada, y llamó un coche.

Jack se hundió en el coche con el sombrero calado hasta la nariz y se acurrucó en una esquina, mirando furtivamente a través de los cristales llenos de barro. Su figura, extrañamente deformada,

llamaba la atención y daba lugar a comentarios cada vez que el caballo dejaba de ir al trote y andaba a paso más lento. Todos los hombres corpulentos le parecían alguaciles, y al verlos pensaba: "Condenado atajo de bastardos. ¡Dios mío, qué vida! ¡Tener que esconder siempre la cabeza bajo el ala! ¡Qué vida!". Pasaban por su lado hombres de rostro taciturno, apresurándose hacia sus deprimentes trabajos, formando una masa gris. Iban mojados, con frío, ansiosos, abriéndose paso a codazos y empujones, como en un horrible sueño, y la presencia entre ellos de alguna que otra dependienta o sirvienta hacía todo aquello más desgarrador y patético.

Un convoy de carros de heno bajaba por el camino de Hampstead, conducido por campesinos que llevaban largos látigos. Tanto los látigos como las colas y las crines de los caballos y los guardapolvos de los campesinos estaban adornados con cintas, y en la penumbra resaltaban las mofletudas caras de éstos, rojas y resplandecientes. Jack recordó una cita que había aprendido en sus lejanos años de colegio: O fortunatos nimium, sua si bona norint,

agricolas. Luego pensó: "¡Vaya, qué frase tan buena! ¡Cuánto me gustaría que Stephen hubiera estado aquí para que la escuchara! Pero tendré la satisfacción de decírsela dentro de poco". Iba a tener mucho tiempo para decírsela, pues por la tarde deberían volver por aquel mismo camino para ir a la recepción que ofrecía Queenie, y probablemente tendrían la oportunidad de ver a algunos campesinos entre tanta gente digna de compasión.

–¿Quieres hablarme de tu entrevista ahora? – dijo Stephen, dejando a un lado su informe y mirando a Jack con tanta atención como el viejo conserje.

–No estuvo muy mal. Y después de haber tenido tiempo de pensar en ella detenidamente, me parece que no estuvo mal en absoluto. Creo que me ascenderán o me darán un barco, una cosa o la otra. Si me nombran capitán de navío, siempre existe la posibilidad, con el tiempo, de conseguir un navío o algún mando como suplente; y si me dan una corbeta, bueno, allá voy.

–¿Qué es un mando como suplente?

–Cuando un capitán de navío está enfermo o desea permanecer en tierra durante un tiempo -esto ocurre a menudo cuando son pares o miembros del Parlamento-, el mando de su navío, durante el tiempo establecido, se le da a otro capitán de navío con media paga. ¿Quieres que te cuente la entrevista desde el principio?

–Sí, por favor.

–Empezó muy bien. El First Lord dijo que se alegraba de verme. Ningún otro First Lord antes que él se había alegrado de verme o, al menos, todos se las habían arreglado para contener su alegría. ¿Queda café en esa cafetera, Stephen?

–No. Pero podrás tomarte una cerveza dentro de poco; son casi las dos.

–Bueno, empezó muy bien, pero luego cambió de la forma más horrible que pueda imaginarse. Él puso una expresión triste y me dijo que era una lástima que hubiera llegado tan tarde porque "le habría gustado hacer algo por mí". Me sentí descorazonado cuando me habló del Servicio de defensa de puertos y el Servicio de leva, y

comprendí que debía cortarle antes de que me hiciera una oferta concreta.

–¿Por qué?

–Porque no sería posible rechazarla. Si uno rechaza un barco porque no le parece adecuado -por ejemplo, porque está en el puerto militar de las Antillas y a uno no le gusta el jurel, el pescado que comen allí- uno queda marcado con una cruz y nunca puede volver a conseguir un nombramiento. A ellos no les gusta que uno escoja. El bien de la Armada debe ser lo primero, dicen; y tienen toda la razón. Además, no podía decirle que odio el Servicio de guardacostas y el Servicio de leva y que, en cualquier caso, aceptando cualquiera de los dos no podría evitar que me metieran en la cárcel.

–¿Así que pudiste evadir la oferta?

–Sí. Renuncié a mi petición de ascenso y le dije que cualquier cosa que flotara sería buena para mí. No expresé esto con demasiadas palabras, pero él lo entendió enseguida, y después de unos instantes de reflexión y vacilación habló de una "remota

posibilidad" y me dijo que volviera la próxima semana. También se ocupará del asunto de mi ascenso. Aunque no existe ningún compromiso por su parte, debo ir a verlo de nuevo la próxima semana. Viniendo de un hombre como lord Melville, esto me parece muy bueno.

–A mí también, querido amigo -dijo Stephen con la mayor convicción que pudo, una gran convicción, porque también había tratado asuntos con el caballero en cuestión en años anteriores, cuando éste era el jefe de los fondos secretos-. A mí también. Ahora comamos y bebamos y pongámonos alegres. Hay salchichas en el escritorio y cerveza en la jarra verde. Yo me regalaré con una tostada con queso.

Los corsarios franceses le habían quitado su reloj Bréguet, así como la mayoría de su ropa, sus instrumentos y sus libros, pero su estómago era tan exacto como un reloj. Y cuando se sentaron a la pequeña mesa junto al fuego para comer, el reloj de la iglesia dio la hora. La tripulación del veloz Bellone también le había quitado el dinero que traía de España -que era lo más importante, lo más

preciado para él y para Jack- y desde que habían desembarcado en Plymouth estaban viviendo del dinero conseguido con una letra que el padre de Jack había negociado laboriosamente mientras ellos esperaban en sus caballos. Y tenían la esperanza de poder descontar otra girada a nombre de un comerciante de Barcelona llamado Mendoza, poco conocido en la bolsa de Londres.

Ahora se alojaban en una casa de campo, con postigos verdes y una madreselva encima de la puerta, que estaba en un lugar idílico –idílico sólo en verano- cerca de Heath. Cuidaban de sí mismos y vivían con mucha economía; y no había mayor prueba de su amistad que la armonía que aún existía entre los dos a pesar de sus hábitos domésticos tan diferentes. En opinión de Jack, Stephen no estaba muy lejos de ser un marrano; sobre su mesa se amontonaban papeles, pedazos de pan viejo untados de ajo, navajas de afeitar y ropa interior mugrienta. Y por la apariencia de su peluca canosa que servía ahora de cubretetera al cazo de la leche, estaba claro que había desayunado mermelada.

Jack se quitó la chaqueta, se ató un delantal a la cintura,

cubriéndose los calzones y llevó los platos a la trascocina.

–Mi plato y mi taza pueden usarse otra vez -dijo Stephen desde el otro lado de la puerta- porque los he soplado. Jack, quisiera que dejaras ese cazo de leche. Está muy limpio. ¿Hay algo más limpio y más sano que la leche caliente? ¿Quieres que seque yo?

–¡No, no! – dijo Jack, que había visto cómo lo hacía-. No hay espacio… ya casi he terminado. Ocúpate tú del fuego, ¿quieres?

–Podríamos tocar algo de música -dijo Stephen-. El piano de tu amigo tiene un tono tolerable y he encontrado una flauta travesera. ¿Qué estás haciendo ahora?

–Fregando la cocina. En cinco minutos ya estoy contigo.

–Te pareces a Noé en medio del diluvio. Tu constante atención a la limpieza y tu enorme preocupación por la suciedad -dijo Stephen junto al fuego, moviendo la cabeza de un lado a otro- tienen algo de superstición brahmánica. No están muy lejos de convertirse en algo peligroso, en una psicosis.

–Eso me preocupa. ¿Es acaso contagioso? – dijo, con una

mirada alegre y maliciosa que su amigo no vio. Luego fue hasta la puerta y se detuvo con el delantal bajo el brazo-. Y bien, señor, ¿dónde está su flauta? ¿Qué vamos a tocar?

Se sentó al pequeño piano cuadrado y desplazando sus dedos de un lado a otro cantó:

Esos españoles unos cerdos son,
dueños quisieran ser de Gibraltar y Puerto Mahón.

Y luego continuó:

–Por supuesto que querrían ser sus dueños. De Gibraltar, quiero decir.

Pasó de una melodía a otra con un abstracto rasgueo, mientras Stephen le acompañaba con el suave sonido de la flauta; y finalmente, de ese rasgueo emergió el adagio de la sonata de Hummel.

Stephen, escuchando un pasaje mal ejecutado, se preguntó:

"¿Será su sencillez la que le hace tocar así? Juraría que sabe lo que es la música; le da más valor a la música que a casi todas las demás

cosas. Pero ahí está, tocando esto con la suavidad de la mantequilla, como en broma. ¡Jesús, María y José! Y una inversión será peor… Es peor… una indulgencia sentimental. Se esmera, tiene buena voluntad y aplicación, y a pesar de todo no puede hacer salir de su violín nada original, excepto por equivocación. En el piano es peor, pues las notas son más marcadas. Al oírlo, cualquiera diría que es una mujer la que toca, una mujer de doscientas veinticinco libras. Su rostro, sin embargo, no expresa otro sentimiento que el sufrimiento. Creo que está sufriendo mucho. La forma en que toca se parece mucho a la de Sophia. ¿Se dará cuenta de esto? ¿Será consciente de que la está imitando? No sé; de todos modos, sus estilos son muy parecidos, es decir, su falta de estilo. Tal vez es desconfianza, la sensación de que ellos no pueden pasar de unos límites modestos. Ellos se parecen mucho. Y puesto que Jack, sabiendo lo que es realmente la música, puede tocar como un simplón, es posible que Sophia, tocando como una mentecata… Tal vez la juzgo mal. Tal vez su caso sea como el del hombre dotado de auténtica vena poética que sólo se manifiesta cuando vuelven a florecer los prados; será

una cuestión de canales bloqueados. ¡Dios mío! Está tremendamente emocionado. ¡Cuánto me gustaría que no llegara a derramar esas lágrimas! Es una gran persona, le quiero mucho; pero es un inglés, ni más ni menos… emocional y lacrimoso".

–¡Jack, Jack! – gritó-. Te has equivocado en la segunda variación.

–¿Qué? ¿Qué? – preguntó nerviosamente-. ¿Por qué me interrumpes, Stephen?

–Escucha. Es así -dijo Stephen, inclinándose hacia él mientras tocaba.

–No, no lo es -dijo Jack-. Yo la había tocado bien.

Comenzó a pasearse por la habitación, llenándola con su enorme figura, que ahora parecía agrandada por la emoción. Miraba a Stephen de un modo extraño, pero después de uno o dos paseos más le sonrió y le dijo:

–¡Vamos! Improvisemos como cuando estábamos cerca de Creta. ¿Con qué melodía empezamos?

–¿Te sabes Día de san Patricio?

–¿Cómo es? (Stephen la tocó.) ¡Ah, esa! Desde luego que la conozco, pero nosotros le llamamos Bacon con verduras.

–Me niego a interpretar Bacon con verduras. Empecemos con El fantasma del calcetero y ya veremos adonde llegamos.

Las notas se entrelazaban; una balada y sus variaciones llevaban a otra. El piano daba la pauta a la flauta y luego a la inversa. A veces ellos también cantaban las canciones que se repetían en el castillo y que habían oído tan a menudo en la mar.

Venid valientes marineros que trabajáis en cubierta con afán
escuchad esta historia verdadera que os quiero contar
sobre el Litchfield que naufragó
frente la costa berberisca cuando el día comenzó.

–Ya apenas hay luz -dijo Stephen, apartando la flauta de los labios.

–Frente a la costa berberisca cuando el día comenzó -cantó Jack de nuevo y miró por la ventana-. ¡Oh, la luz es mortecina! Sin embargo, la lluvia ha cesado, gracias a Dios. El viento ha rolado al

este… un poco al noreste. Tendremos un paseo seco.

–¿Dónde vamos?

–A la fiesta de Queeney, desde luego. De lady Keith -dijo Jack, y Stephen miró dubitativo su chaqueta-. Tu chaqueta se verá muy bien a la luz de las velas, y mejor aún cuando el botón del medio esté cosido. Quítatela y pásame ese costurero. Lo haré muy rápidamente, mientras te pones una corbata y un par de medias… de seda, claro. Queenie me dio este costurero la primera vez que me hice a la mar.

Pasó el hilo varias veces por la base del botón y luego lo cortó con los dientes cerca de la tela. Entonces continuó:

–Ahora retocaremos tu peluca; un poco de harina y estará a la moda. Ahora te cepillaré la chaqueta… Espléndido. Estás bien arreglado para asistir a una recepción, te doy mi palabra de honor.

–¿Por qué te pones esa horrorosa capa?

–¡Dios mío! – gritó Jack, poniéndole a Stephen la mano en el pecho-. No te lo había dicho. Una de las señoritas Lamb escribió a su familia una carta en la que menciona mi nombre, y fue publicada

en el periódico. Y ese cabrón del gobernador habrá mandado a sus hombres tras de mí. Tengo que taparme la boca y bajarme el sombrero; y tal vez tengamos que alquilar un coche cuando entremos a la ciudad.

–¿Tienes que ir? ¿Merece la pena correr el riesgo de que te lleven al Tribunal Supremo y te metan en prisión por una noche de diversión?

–Sí. Lord Melville estará allí; y tengo que ver a Queenie. Aunque no la quisiera tanto, iría porque debo tener en cuenta mis intereses navales, y allí estarán el almirante y media docena más de hombres importantes. Vamos, puedo contarte las cosas mientras andamos. La tarta de la fiesta es excelente también.

–He oído el chillido de un pipistrelo. ¡Escucha! ¡No te muevas! Ahí está otra vez. Es prodigioso encontrarlo ahora que el año está tan avanzado.

–¿Significa eso buena suerte? – preguntó Jack, aguzando el oído para escuchar el sonido-. Un buen presagio, me parece. Pero, ¿podemos continuar ahora? ¿Podemos ganar un poco de velocidad y

avanzar?

Llegaron a la calle Upper Brook, que estaba rebosante. Entre faroles y antorchas había una marea de coches esperando dejar pasajeros en el número tres y otra a contracorriente que intentaba pasar al número ocho, donde la señora Damer recibía a sus amigos. Una densa multitud se agolpaba en las aceras para ver a los invitados y hacer comentarios sobre sus vestidos, y niños descalzos abrían solícitos las puertas de los coches o se subían de un salto a la parte trasera o pasaban corriendo y gritando entre los caballos por diversión, para huir del horrible tedio, la ansiedad y el desánimo. Jack quería pasar directamente del coche a la escalinata, pero en la entrada, apiñados como abejas en un panal e impidiendo el paso, había montones de tontos que habían llegado a pie o habían bajado de sus coches en la esquina de la plaza Grosvenor.

Se sentó al borde del asiento, buscando con la mirada un hueco entre ellos. El arresto por no pagar las deudas era muy corriente; él lo sabía muy bien, y tenía varios amigos que habían sido encarcelados y desde la prisión lanzaban lastimeras quejas. No

obstante, nunca lo había experimentado personalmente, y su conocimiento del proceso y de la ley era superficial. Los domingos eran días seguros, no le cabía duda, y quizás también el cumpleaños del Rey. Sabía que los pares no podían ser arrestados y que algunos lugares, como los distritos de Savoy y Whitefriars, eran como santuarios; esperaba que la casa de lord Keith tuviera las mismas cualidades de éstos. Miraba fijamente, con ansiedad, hacia la puerta abierta y las luces del interior.

–Vamos, señor gobernador -dijo el cochero.

–Cuidado con el estribo, Señoría -dijo un chico, sujetando la puerta.

–¡Vamos, mueve el trasero! – gritó el cochero que estaba detrás-. No te quedes plantado como un árbol.

Jack no pudo evitarlo. Bajó y se quedó en la acera junto a Stephen, entre la multitud que apenas se movía, subiéndose la capa para cubrirse más la cara.

–Es el emperador de Marruecos -dijo una prostituta rubia pintarrajeada.

–Es el gigante polaco de Astley.

–Enséñanos la cara, guapo.

–Levanta la cabeza, amigo.

Unos pensaban que era un extranjero, un cerdo francés o un turco; otros que era el poeta Moore o mamá Shipton con disfraz. Se dirigió hacia la entrada iluminada caminando con dificultad, y al sentir una mano posarse en su hombro se volvió con gran ferocidad, algo que agradó a la multitud más que cualquier otra cosa que había visto hasta entonces, a excepción de la caída de la señorita Rankin, que al pisarse las enaguas quedó tumbada en el suelo cuan larga era.

–¡Aubrey! Jack Aubrey! – exclamó Dundas, su viejo compañero de tripulación Heneage Dundas-. Enseguida te reconocí de espaldas; te habría reconocido en cualquier parte. ¿Cómo estás? Parece que tienes fiebre. Doctor Maturin, ¿cómo está usted? ¿Van a entrar aquí? Yo también. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo te va, Jack?

A Dundas le habían ascendido recientemente a capitán de navío al mando del Franchise, de treinta y seis cañones; se sentía

contento por todo, y con su charla alegre y animada fue llevándoles por la acera y escaleras arriba hasta el vestíbulo.

Era una recepción eminentemente naval, pero lady Keith también solía invitar a políticos y era amiga de muchas personas interesantes. Jack dejó a Stephen conversando con un caballero que había descubierto el boro adamantino, atravesó el enorme comedor y la galería, en la que había menos gente, y llegó hasta una habitación abovedada donde estaba preparado el bufet; había vino de Constanza, pastelillos de carne, tartas, más vino de Constanza. Allí le encontró lady Keith, quien venía acompañada de un hombre robusto con una chaqueta azul claro de botones plateados.

–Jack, querido, quiero presentarte al señor Canning. El capitán Aubrey, de la Armada.

A Jack le gustó el aspecto de aquel hombre inmediatamente, y mientras cruzaban las primeras fórmulas de cortesía carentes de significado, ese sentimiento se intensificó. Canning era ancho de espaldas, y aunque no era tan alto como Jack, por el modo de erguir la cabeza, adelantando la barbilla, y de inclinar la espalda, parecía

más corpulento y más fuerte. Dejaba al descubierto su propio pelo o, mejor dicho, lo le quedaba de él, pues a pesar de tener sólo treinta y tantos años tenía una brillante calva rodeada de pequeños rizos que le asemejaba a un emperador romano gordo y jovial. Su rostro tenía una expresión benévola y alegre que, sin embargo, dejaba traslucir una enorme fuerza latente, y Jack, mientras le recomendaba con buena voluntad "uno de estos deliciosos pastelitos" y un vaso de vino de Constanza, pensaba que era un tipo duro para enfrentarse con él.

El señor Canning era un comerciante de Bristol. Cuando Jack se enteró de esto se sorprendió mucho, pues nunca había conocido a un comerciante que no estuviera relacionado con sus negocios. Conocía a algunos banqueros y asesores financieros, y le parecían criaturas débiles e insensibles, pertenecientes a un orden inferior; pero era imposible sentirse superior al señor Canning.

–Estoy contentísimo de haber podido conocerle, capitán Aubrey -dijo Canning, y rápidamente se comió dos pastelillos más-, porque desde hace años oigo hablar de usted con admiración, y

ayer mismo leí algunas cosas sobre usted en el periódico. En 1801 le escribí una carta para expresarle lo que opinaba de su combate contra el Cacafuego y estuve a punto de enviársela; en verdad, se la habría mandado si le hubiera conocido de vista o hubiéramos tenido un amigo común, pero puesto que yo era un perfecto extraño, me parecía un enorme atrevimiento hacerlo. Y, después de todo, ¿qué valor iban a tener mis elogios si eran sólo fruto de la admiración de un ignorante?

Jack le expresó su agradecimiento.

–Muy amable… La tripulación era excelente… El capitán español dispuso a sus hombres de manera desacertada.

–Sin embargo, tal vez no sea tan ignorante -siguió Canning-. He armado algunos barcos corsarios en la pasada guerra y navegué a bordo de ellos en dos ocasiones, una hasta Goree y otra hasta Bermudas, así que tengo al menos una ligera idea de lo que es la mar. No hay comparación posible, desde luego, pero al menos puedo hacerme una ligera idea de lo que es una batalla.

–¿Ha servido usted en la Marina, señor? – preguntó Jack.

–¿Yo? ¡Oh, no! Soy judío -dijo Canning con una mirada muy alegre.

–¡Oh! – dijo Jack.

Se volvió para sacudirse la nariz. Entonces vio a lord Melville, que le miraba desde el umbral de la puerta, y saludándole con una inclinación de cabeza le dijo:

–Buenas noches.

–En esta guerra he armado siete, y el octavo está en los astilleros. Esto me hace recordar el Bellone, de Burdeos, que capturó dos de mis barcos mercantes cuando estalló la guerra y, además, mi mejor barco corsario, de dieciocho cañones de doce, antes de apresarles a ustedes y al barco de la Compañía de Indias. Tiene excelentes características para la navegación, ¿verdad?

–Prodigiosas, señor, prodigiosas. Navegando de bolina, con poco viento, adelantó al Manche fácilmente, como coser y cantar, y atrapando el viento mediante una estratagema, consiguió una velocidad de seis nudos frente a los cuatro del Manche, a pesar de que es de bolina como este navega mejor. Además, está muy bien

gobernado; su capitán era un oficial del Rey.

–Sí. Dumanoir. Dumanoir de Plessy. Tengo los planos -dijo Canning, inclinándose hacia el bufet con desbordante vitalidad y entusiasmo-, y voy a construir mi octavo barco exactamente igual.

–¿Ah, sí? ¡Vaya! – dijo Jack. Los barcos corsarios del tamaño de fragatas eran corrientes en Francia, pero desconocidos de este lado del Canal.

–Pero tendrá carronadas de veinticuatro libras en vez de los cañones largos y, además, cañones cortos de dieciocho libras. ¿Cree usted que podrá soportar ese peso?

–Tendría que ver los planos -dijo Jack, serio y pensativo-. Creo que podrá soportar ese peso y aún más, pero tendría que ver los planos.

–Eso es sólo un detalle -dijo Canning, agitando la mano-. Lo realmente esencial es quién estará al mando. Todo dependerá del capitán, por supuesto; y sobre este punto apreciaría enormemente sus indicaciones y consejos. Daría mucho por conseguir los servicios de un capitán audaz, con empuje, que sea también un experto

marino. Un barco corsario no es un navío del Rey, lo reconozco, pero trato de gobernar los míos de una forma que no desagradaría a ningún oficial del Rey, con disciplina severa, orden y limpieza, pero sin novatadas ni listas negras y usando muy poco el látigo. Usted no confía demasiado en el látigo, señor, según tengo entendido.

–No -dijo Jack-. Creo que no cumple el objetivo deseado con los hombres aguerridos.

–Hombres aguerridos; exactamente. Esa es otra cosa que puedo ofrecer: hombres aguerridos, excelentes marineros. La mayoría son tripulantes de barcos contrabandistas, procedentes del oeste del país, nacidos en el mar y capaces de cualquier cosa. Hay más voluntarios de los que puedo admitir, así que puedo escoger. Y los que escoja seguirán al hombre adecuado a cualquier parte, soportando una razonable disciplina y comportándose como corderos. Un buen corsario no es un sinvergüenza si lo dirige un buen capitán. ¿Tengo razón en esto, señor?

–Opino que sí, señor -dijo Jack despacio.

–Y para conseguir al capitán adecuado ofrezco una paga de

capitán de navío, la asignación para un navío de setenta y cuatro cañones y, además, garantizo mil libras al año de botín. Ninguno de mis capitanes ha conseguido menos, y este nuevo barco, sin duda, obtendrá resultados mucho mejores, pues tendrá más del doble del arqueo de los otros y doscientos o trescientos hombres a bordo. Y cuando uno piensa, señor, que un barco de guerra privado no pierde tiempo en participar en bloqueos, llevar mensajes o transportar tropas sino que sólo se ocupa de destruir el comercio del enemigo… cuando uno piensa que esta fragata podrá navegar durante seis meses sin repostar, bueno, comprende que sus posibilidades son enormes… enormes -dijo Canning, y Jack asintió con la cabeza pensando que, en efecto, lo eran-. Pero, ¿dónde puedo encontrar a ese capitán?

–¿Dónde encontró usted a los otros?

–Son hombres de la región. Excelentes a su manera, pero sólo tienen a su cargo tripulaciones bastante pequeñas, parientes, conocidos y hombres que han navegado con ellos. Éste es un asunto completamente diferente y requiere un hombre de más capacidad de

mando, de otra categoría. ¿Podría usted ayudarme, capitán Aubrey? ¿Podría sugerirme a alguien, tal vez a algún ex compañero de tripulación, o…? Esa persona tendrá carta blanca y mi total apoyo.

–Tengo que pensarlo -dijo Jack.

–Sí, por favor, piénselo -dijo Canning.

Una docena de personas llegaron al bufet en ese momento, poniendo fin a la conversación privada. Canning escribió una dirección en su tarjeta y se la dio a Jack, diciéndole en voz baja:

–Estaré aquí toda la semana. No tiene más que avisarme y estaré encantado de encontrarme con usted cuando quiera.

Se separaron -en realidad, les separaron- y Jack fue retrocediendo hasta que tropezó con la ventana. La oferta se le había hecho de la forma más directa en que era posible hacérsela a un oficial de la Armada, dentro de los límites de la decencia. Canning le caía bien; rara vez había conocido a un hombre que le hubiera sido tan simpático desde el primer momento. Tenía que ser extraordinariamente rico para armar un barco corsario de seiscientas o setecientas toneladas, era una enorme inversión para un

particular. En las reflexiones de Jack había asombro, no duda, pues él no desconfiaba en lo más mínimo de la sinceridad de Canning.

–Vamos, Jack, ven conmigo -dijo lady Keith, tirándole del brazo-. ¿Dónde están tus modales? Te estás comportando como un oso.

–Querida Queenie -dijo él y esbozó despacio una abierta sonrisa-. Perdóname. Estaba abstraído. Tu amigo Canning quiere hacerme rico. ¿Es amigo tuyo?

–Sí. Su padre me enseñó hebreo… Buenas noches señorita Sibyl… Es un hombre muy rico y emprendedor. Siente una gran admiración por ti.

–Eso demuestra una gran bondad. ¿Habla hebreo?

–¡Oh! Sólo lo suficiente para la bar mitzvah, ¿sabes? Es casi tan buen estudiante como tú, Jack. Frecuenta el círculo de amigos del príncipe de Gales, pero no dejes que eso te impresione; no es un tipo ostentoso. Vamos a la galería.

–Para la bar mitzvah -dijo Jack en tono solemne, siguiéndola a la abarrotada galería.

Allí, enmarcada momentáneamente por cuatro hombres con abrigos negros, estaba una cara que le era familiar, la roja cara de la señora Williams. Ella estaba sentada junto a la chimenea y parecía demasiado abrigada y acalorada; a su lado estaba sentada Cecilia. Por un momento, a él le fue difícil ubicarlas en este contexto, pues pertenecían a otro mundo y a otro tiempo, a otra realidad. No había ningún lugar desocupado junto a ellas, ninguna silla vacía. Cuando lady Keith le llevaba hacia ellas, le había murmurado algo sobre Sophia, pero tan discretamente que no lo había entendido.

–¡Vaya! Así que ha regresado usted a Inglaterra, capitán Aubrey -dijo la señora Williams cuando él le hacía una reverencia-. ¡Vaya, vaya!

–¿Dónde están sus otras hijas? – preguntó lady Keith, mirando a su alrededor.

–Me vi obligada a dejarlas en casa, Su Señoría. Frankie está resfriada y tiene fiebre, y Sophie se quedó para cuidar de ella.

–Ella no sabía que usted estaría aquí -le susurró Cecilia.

–Jack -dijo lady Keith-, creo que lord Melville te está

haciendo señas. Quiere hablar contigo.

–¿El First Lord? – dijo la señora Williams, estirando la cabeza y casi levantándose del asiento-. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde está?

–Es aquel caballero con la estrella -dijo lady Keith.

–Sólo dos palabras, Aubrey -dijo lord Melville-. Tengo que irme enseguida. ¿Puede venir a verme mañana en vez de la semana próxima? ¿No tiene inconveniente en venir? Entonces, buenas noches -dijo. Y luego, volviéndose hacia lady Keith, le mandó un beso con la mano-. Gracias, lady Keith. Soy su más humilde y ferviente…

En el rostro y los ojos de Jack, cuando volvía a reunirse con las señoras, había un brillo intenso como el de los primeros rayos de sol. Por algún proceso social de origen metafísico, se sentía como si hubieran pasado a él la estrella de aquel gran hombre y una pequeña parte de la fabulosa riqueza del joven Canning. Sentía que dominaba la situación, que dominaría cualquier situación, a pesar de la presencia de los lobos fuera; su tranquilidad le sorprendía.

¿Cuáles eran sus sentimientos bajo esa desbordante alegría? No

podía distinguirlos. Le habían ocurrido tantas cosas en los últimos días -su vieja capa aún olía a pólvora- y le ocurrían tantas todavía que no podía distinguirlos. A veces uno recibía una herida en la batalla y podía tratarse de una herida mortal o, simplemente, un arañazo o una rozadura, pero era imposible decir inmediatamente lo que era. Cesó en su intento y concentró toda su atención en la señora Williams, pensando que la señora Williams de Sussex, e incluso la de Bath, eran seres diferentes de la señora Williams en aquel gran salón de Londres. Ella tenía un aire provinciano y poco elegante; y había que admitir que lo mismo le ocurría a Cecilia, con sus adornos recargados y su pelo rizado, aunque ésta era, sin duda, una joven amable. La señora Williams era vagamente consciente de ello; parecía atontada, insegura y casi respetuosa, aunque a él le parecía que el resentimiento no podría estar muy lejos. Como había observado que lord Melville se había mostrado muy amable, muy caballeroso, le dijo a Jack que habían leído en el periódico cómo había escapado y que ella esperaba que su retorno fuera un signo de que todo le iba bien. Pero se preguntaba por qué se había ido a

India. Ella había entendido que él se iba a la Europa continental a consecuencia de algunas… a la Europa continental.

–Allí fui, señora. Maturin y yo nos fuimos a Francia, y ese sinvergüenza de Bonaparte casi nos mete en la cárcel.

–Pero usted regresaba a casa en un barco que realiza el comercio con las Indias. Lo leí en el periódico, en The Times.

–Sí. El barco hizo escala en Gibraltar.

–¡Ah, ya comprendo! Ahora el misterio está aclarado; sabía que terminaría por descubrirlo todo.

–¿Cómo está el estimado doctor Maturin? – preguntó Cecilia-. Me gustaría verle.

–Sí, dígame, ¿cómo está el apreciado doctor Maturin? – dijo la madre.

–Está muy bien, gracias. Estaba en otra habitación hace un momento, hablando con el médico jefe de la flota. Es un amigo estupendo; me cuidó cuando tuve una horrible fiebre por algo que se me contagió en las montañas, y estuvo medicándome dos veces al día hasta que llegamos a Gibraltar. Si no fuera por eso, no habría

vuelto a casa.

–Montañas… España -dijo la señora Williams con un fuerte tono desaprobatorio-. A mí nunca me llevarán allí, se lo aseguro.

–Así que atravesó usted España -dijo Cecilia-. Seguramente fue muy romántico, entre ruinas y monjes.

–Había algunas ruinas y monjes, en efecto -dijo Jack sonriéndole-. Y también ermitas. Pero lo más romántico que vi fue el Peñón, allí al final de nuestro camino, erguido y amenazante como un león. Eso y el naranjo que hay en el castillo de Stephen.

–¡Un castillo en España! – exclamó Cecilia juntando las manos.

–¡Un castillo! – dijo la señora Williams-. Tonterías. El capitán Aubrey habrá querido decir una casa de campo con un nombre extraño, querida.

–No, señora. Un castillo con torres, almenas y todo lo que debe tener. Y además, con el tejado de mármol. Lo único extraño allí era la bañera, justo al final de una escalera de caracol, completamente aislada. También era de mármol; estaba tallada en un solo bloque… asombroso. El naranjo se encontraba en un patio

rodeado de arcos, una especie de claustro. ¡Daba naranjas, limones y mandarinas al mismo tiempo! Tenía a la vez frutos verdes, maduros y flores, y un fuerte aroma. ¡Eso sí que es romántico! No daba muchas naranjas cuando yo estaba allí, pero daba limones todos los días. Debo de haber comido…

–¿Quiere usted decir que el doctor Maturin es un hombre rico? –dijo la señora Williams.

–Sí señora. Tiene una enorme propiedad cerca del lugar por donde cruzamos las montañas, y ovejas merinas.

–Ovejas merinas -dijo la señora Williams, asintiendo con la cabeza, pues sabía que existían esos animales… ¿Qué otra cosa podría producir la lana merina?

–… pero su mejor propiedad está más abajo, cerca de Lérida. A propósito, no he preguntado por la señora Villiers, he sido muy descortés. Espero que se encuentre bien.

–Sí, sí. Está aquí. Pero -dejó de lado a Diana- creía que no era más que un cirujano naval.

–¿De veras, señora? Sin embargo, es un hombre de

considerable fortuna. Además, es médico, y hablan muy bien de él en…

–Entonces, ¿cómo se convirtió en su cirujano? – preguntó, desconfiada, interrumpiéndolo bruscamente por última vez.

–¿Acaso hay una forma mejor de conocer el mundo que viajando cómodamente, pagado por el Rey?

Esto fue definitivo. La señora Williams se quedó en silencio durante algunos momentos. Había oído hablar de los castillos de España, pero no podía recordar si eran algo bueno o no; sin duda, sería lo uno o lo otro. Probablemente bueno, dada la actitud tan amable de lord Melville. ¡Oh, sí, muy bueno! Indudablemente, muy bueno.

–Espero que él nos visite… espero que los dos nos visiten – dijo por fin-. Nos alojamos en casa de mi hermana Pratt en la calle George, número once.

Jack le expresó su agradecimiento y le dijo que, desgraciadamente, no disponía de tiempo, pues debía ocuparse de asuntos oficiales, pero que estaba seguro de que el doctor Maturin

estaría encantado de ir. También le pidió que saludara de su parte a la señorita Williams y a la señorita Frances.

–Probablemente, habrá usted oído que mi Sophie está… – comenzó la señora Williams, tratando de decir una mentira como precaución. Pero enseguida se arrepintió y no sabía cómo salir bien de aquello-… que Sophie está… no sé cómo decirlo, aunque no es oficial.

–Allí está Diana -murmuró Cecilia, dándole un codazo a Jack.

Diana estaba entrando a la galería, caminando lentamente entre dos hombres altos. Llevaba un vestido azul oscuro con una hermosísima pechera blanca y una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello. Él había olvidado que su pelo era negro, negro, que su cuello parecía una columna y que sus ojos eran como oscuras manchas en la distancia. No necesitaba analizar sus sentimientos; su corazón, que se había detenido cuando él buscaba con los ojos un puesto vacío junto a la señora Williams, ahora latía aceleradamente. Una constelación, una galaxia de pensamientos eróticos cruzaban por su mente, y sentía extremo placer al mirarla. ¡Qué buen aspecto

tenía! Sin embargo, no parecía contenta. Le volvió la cara al hombre que tenía a su derecha y elevó la barbilla, un gesto suyo que él conocía muy bien.

–El caballero que va junto a ella es el coronel Colpoys, el cuñado del almirante Haddock, de la India. Diana se aloja en casa de la señora Colpoys, en la calle Bruton. Es una casa diminuta e incómoda.

–¡Qué guapo es!

–¿El coronel Colpoys? – dijo la señora Williams.

–No, mamá. El hombre de la chaqueta azul.

–¡Oh, no, cariño mío! Ese caballero -dijo bajando la voz y poniéndose la mano delante de la boca- es un "jota, u, de, i, o".

–¿Entonces no es guapo, mamá?

–Por supuesto que no, querida -dijo como si se dirigiera a una idiota-. Te acabo de decir que es un -bajó de nuevo la voz- "jota, u, de, i, o".

Al terminar, frunció los labios y asintió con la cabeza.

–¡Oh! – dijo Cecilia decepcionada.

Luego murmuró para sí: "Bueno, todo lo que puedo decir es que me gustaría tener hombres apuestos como ése a mi alrededor. Ha estado a su lado toda la noche, o casi. Siempre hay hombres siguiendo a Diana. Ahí aparece otro".

El otro era un oficial del ejército y se abría paso apresuradamente entre la multitud, sosteniendo una copa de champán con las dos manos, como si fuera un objeto sagrado. Pero antes de que pudiera hacer que una señora gorda, con ojos asombrados, se quitara de su camino, apareció Stephen Maturin. El rostro de Diana cambió inmediatamente -reflejaba una alegría sincera, casi infantil- y cuando éste llegó a su lado ella le tendió ambas manos diciendo:

–¡Oh, Maturin! ¡Cuánto me alegra verle! ¡Bienvenido a casa!

El soldado, Canning y Jack les miraban atentamente, pero no vieron nada que les inquietara. El ligero rubor del rostro de Diana, que se extendió hasta sus orejas, se debía a la manifestación abierta y espontánea de su alegría; la invariable palidez de Maturin y su expresión algo ausente estaban a tono con la franqueza de ella.

Además, él actuaba con extrema naturalidad, aunque con cierta torpeza, descuido y desinterés.

Jack se relajó en la silla, pensando que se había equivocado, y sintió gran satisfacción al comprobar su error; a menudo veía las cosas de un modo equivocado. El había presumido de su capacidad de penetración y, sin embargo, se había equivocado.

–No me está escuchando -dijo Cecilia-. Está tan ocupado observando al caballero de la chaqueta azul que no me está escuchando. Mamá dice que ellos van a ver la Magdalena. El doctor Maturin señala hacia donde ésta se encuentra.

–¿Ah, sí? ¡Oh, sí! Es un guido, según creo.

–No, señor -dijo la señora Williams, que entendía de esas cosas mejor que otras personas-. Es un óleo, un óleo muy valioso, aunque su estilo no es moderno.

–Mamá, ¿puedo correr para alcanzar al doctor Maturin e ir con ellos? – preguntó Cecilia.

–Sí, cariño, y dile al doctor Maturin que venga a verme. No, capitán Aubrey, no se levante; tiene que contarme cosas de su viaje

a España. Nada me interesa más que viajar, se lo aseguro, y si hubiera tenido salud habría sido una gran viajera, una segunda… una segunda… lady Mary Wortley Montagu. Y ahora, cuénteme cosas sobre la propiedad del doctor Maturin.

Jack no tenía mucho que contarle. Le dijo que había estado enfermo, delirante a veces, y que, por otra parte, no sabía nada de los contratos de arrendamiento en aquellas tierras ni del rendimiento del capital -la señora Williams suspiraba-, ni había visto el registro de propiedades en alquiler, aunque suponía que la propiedad era bastante grande, pues se extendía ampliamente por Aragón y Cataluña. Sin embargo, la propiedad tenía sus desventajas, pues estaba infestada de puercospines; éstos eran cazados con jaurías de perros de raza adiestrados, por lo general a medianoche, y los cazadores llevaban paraguas de cordobán para protegerse contra los pinchazos de las púas.

–Ustedes los caballeros siempre dedican mucha atención a los deportes y poca a las rentas anuales, el pago por renovación de arrendamiento y las marcas de los límites. Yo, por ejemplo, estoy

marcando los límites de mi terreno en Mapes. ¡Ah, aquí viene mi querido doctor Maturin!

El rostro de Stephen rara vez revelaba sus emociones, pero aquel efusivo recibimiento le hizo abrir los ojos como platos. No obstante, la primera pregunta de la señora Williams lo explicaba todo.

–Así que tiene usted una bañera de mármol, doctor Maturin. Debe de proporcionarle una gran satisfacción, con ese tipo de clima.

–En efecto, señora. Creo que es visigótica.

–¿No es de mármol?

–Visigótica y de mármol, mi estimada señora. Procede de un baptisterio destruido por los moros.

–¿Y tiene usted un castillo?

–¡Oh, sólo es una vivienda pequeña! Mantengo un ala arreglada y voy allí de vez en cuando.

–Para ir a la caza del puercoespín, seguramente.

Stephen asintió con la cabeza.

–Y para cobrar mis rentas, señora. En algunas cosas, en

España son más directos que en Inglaterra. Allí cuando hablamos de renta anual queremos decir renta anual, les hacemos pagar de una sola vez.

Jack encontró a Diana junto al bufet, donde Canning y él habían estado conversando; Canning ya no la acompañaba, pero había sido reemplazado por dos soldados. Ella no le tendió ambas manos, porque en una tenía un vaso y en la otra un trozo de tarta, pero le saludó con tanta espontaneidad y alegría como a Stephen e incluso más calurosamente, porque se separó del grupo para hablar con él, para hacerle cientos de concretas y rápidas preguntas.

–¡Cómo le hemos echado de menos en Mapes, Aubrey! ¡Cómo le he echado de menos! He estado encerrada allí con un montón de mujeres, envasando grosellas espinosas. ¡Que Dios me ayude! ¡Oh! Ahí viene el odioso señor Dawkins. Vamos a ver el nuevo cuadro de lady Keith. Aquí está. ¿Qué le parece?

Era evidente que Magdalena todavía no se había arrepentido. Estaba de pie en un muelle y tenía una expresión satisfecha; al fondo se veían unas ruinas de color azul -un azul que variaba de

tonalidad en su vestido y en el mar- y bandejas doradas, jarras y cuencos amontonados sobre un mantel escarlata. Su vestido azul era agitado por el viento -una suave brisa de gavias con dos rizos-, lo mismo que su chal blanco y transparente. Éste dejaba al descubierto sus hermosos brazos y su pecho opulento pero firme. Jack había pasado mucho tiempo en la mar y esto le llamaba la atención; no obstante, después de un momento paseó la vista por el resto del cuadro y luego trató de encontrar algo apropiado, incluso ingenioso, que decir. Esperaba con ansia que se le ocurriera un comentario sutil y agudo, pero la espera fue en vano -tal vez el día había sido demasiado agitado- y al final se vio obligado a recurrir a las frases "Muy hermoso. ¡Qué azul!". Entonces llamó su atención un pequeño barco parecido a un pingue, situado en el extremo inferior izquierdo. Éste se dirigía al puerto, pero dada la dirección en que se movía el vestido de la mujer, en cuanto doblara el cabo, el viento le daría por la parte anterior de las velas.

–Tan pronto como atrape el terral, tendrá problemas -dijo-.

No podrá virar, no con ese aparejo latino, tan poco manejable, y no

tendrá espacio para virar en redondo; se encontrará con la costa a sotavento. Pobres compañeros. Me temo que no hay esperanza para ellos.

–Eso es exactamente lo que Maturin me dijo que usted diría- observó Diana, oprimiendo su brazo-. ¡Qué bien le conoce a usted, Aubrey!

–Bueno -dijo-, no se necesita ser un Nostradamus para predecir lo que dirá un marino al ver una condenada carraca como esa en desgracia. Aunque -recuperaba su buen humor-Stephen es un tipo muy sagaz, indudablemente, y un entendido, por supuesto. Yo, en cambio, no sé nada de pintura.

–Ni yo tampoco -dijo Diana observando el cuadro-. Ella parece tener éxito -se reía entre dientes-, pues no le faltan admiradores. Venga, vamos a buscar un poco de ponche, me muero de calor y de cansancio.

–Mira la forma extravagante en que Diana se ha recogido el pelo -dijo la señora Williams al verlos pasar en dirección al salón-. Llama la atención. Le haría bien a Sophie verla dar vueltas por aquí

con tanto desparpajo, con el pobre capitán Aubrey. Fíjate, va cogida de su brazo.

–¿Qué planes tiene? – dijo Diana-. ¿Ha vuelto para quedarse? ¿Le veremos alguna vez en Sussex?

–No estoy seguro. ¿Ve usted a ese hombre que está hablando con lady Keith? Usted le conoce; él estaba hablando con usted hace un momento, se llama Canning.

–¿Qué pasa con él?

–Me ha ofrecido el mando de un… un barco corsario. Es un barco de guerra privado, una fragata de treinta y dos cañones.

–¡Oh, Aubrey! ¡Eso es estupendo! Un barco corsario es precisamente lo apropiado para usted… ¿He dicho algo malo?

–No, no, en absoluto… Buenas noches, señor… Ese era el almirante Bridges… No, pero me chocó la palabra "corsario". No obstante, como me dice siempre Stephen, no debemos ser prisioneros de las palabras.

–Desde luego que no -dijo Diana-. Además, ¿qué significado tiene esto? Es lo mismo que entrar al servicio de los príncipes

nativos en India; cuando alguien lo hace, nadie piensa nada malo de él y todos le envidian porque hace fortuna. Sería algo muy conveniente para usted; sería su propio dueño, no se fatigaría yendo y viniendo a Whitehall, no tendría que soportar que los almirantes le hicieran malas acciones y le arrebataran grandes trozos de su botín. Esto es perfecto para un hombre como usted, para un hombre de carácter. ¡Un mando independiente! ¡Una fragata de treinta y dos cañones!

–Es una magnífica oferta; no sé qué hacer.

–¡Y en sociedad con Canning! Estoy segura de que se llevarán muy bien. Mi primo Jersey le conoce. Los Canning son inmensamente ricos; él es como un príncipe nativo, pero, a diferencia de ellos, es franco y valiente.

La alegre expresión de Diana cambió. Jack se volvió y vio tras él a un hombre mayor.

–Querida -dijo el hombre mayor-, Charlotte me envía a decirte que quiere irse a casa dentro de poco. Tenemos que dejar a Charles en la Torre.

–Voy enseguida -dijo Diana.

–No, no, tienes tiempo de terminar tu ponche.

–¿De veras? Permítame que le presente al capitán Aubrey, de la Armada, vecino del almirante Haddock. El coronel Colpoys, que es tan amable que me permite quedarme.

Conversaron tan sólo un momento y luego el coronel se fue a ocuparse de sus caballos.

–¿Cuándo volveré a verle? ¿Vendrá a visitarme a la calle Bruton mañana por la mañana? Estaré sola. Puede llevarme de paseo al parque y a mirar escaparates.

–Diana -dijo Jack en voz baja-, hay un mandato judicial contra mí. No me atrevo a pasearme por Londres.

–¿Que no se atreve? ¿Tiene miedo de ser arrestado?

Jack asintió con la cabeza y ella prosiguió:

–¿Miedo? Le aseguro que no esperaba oír eso de usted nunca. ¿Por qué cree que he hecho esta presentación? Pues para que pudiera visitarme.

–Además, tengo orden de ir al Almirantazgo mañana.

–¡Qué mala suerte!

–¿Puedo visitarla el domingo?

–No, señor, no puede. No les pido a menudo a los hombres que vengan a verme… Pero, claro, usted debe mirar por su seguridad; por supuesto que debe mirar por su seguridad. En cualquier caso, para entonces ya no estaré en la ciudad.

–El coche del señor Wells… El coche del señor John Bridges… el coche del coronel Colpoys -gritaba un lacayo.

–Mayor Lennox, ¿sería tan amable de traerme mi capa? – le dijo Diana a uno de los soldados que la habían acompañado cuando éste pasaba junto a ella. Después recogió su abanico y sus guantes, mientras pensaba: "Tengo que despedirme de lady Keith y de mi tía".

Jack siguió al coronel Colpoys y su esposa, Diana Villiers, el desconocido Charles, Lennox y Stephen Maturin, que iban en procesión. Luego permaneció en la acera iluminada, con la cabeza descubierta, arriesgándose, mientras los coches iban llegando lentamente. Todos guardaban silencio y ni siquiera se miraban. Las

mujeres fueron ayudadas a subir y el coche partió. Jack volvió a la casa despacio, junto con Stephen Maturin.

Ambos subieron la escalinata, abriéndose paso entre una creciente marea de huéspedes que venían en dirección contraria, pues ya se iban de la fiesta. Hablaron poco y de cosas sin importancia, muy generales, pero cuando llegaron arriba los dos sabían que ya no había entre ellos la misma armonía que pocos meses atrás.

–Tengo que despedirme -dijo Stephen-, y creo que después pasaré por la Asociación de médicos. Me imagino que querrás quedarte un poco más de tiempo con tus amigos. Te ruego que cojas un coche desde la misma puerta hasta casa. Aquí está el dinero del fondo común. Si tienes que ir a ver al First Lord por la mañana, tu mente deberá estar muy despejada y descansada. Hay leche en el cántaro pequeño; la leche caliente relaja los nervios.

Jack calentó la leche, le añadió un chorrito de ron y se la bebió. Pero a pesar de la fe que tenía en aquella poción, sus nervios seguían tensos y su mente muy ocupada.

Le escribió a Stephen una nota diciéndole que volvería enseguida y, dejándole una vela encendida, salió a dar un paseo por Heath. La luz de la luna, filtrándose en la oscuridad, dejaba ver el pálido sendero entre los escasos árboles. Caminaba cada vez más rápidamente, y después de la segunda curva su ritmo se hizo regular. Estaba cubierto de un sudor asqueroso y tenía tanto calor que le resultaba insoportable la capa. A un ritmo regular, con la capa enrollada bajo el brazo, subió colinas, bordeó charcas, estuvo a punto de pisotear a una pareja de enamorados -muy apremiante debía de ser su deseo para que se hubieran tumbado en aquel terreno cenagoso y a aquella hora-y finalmente dobló a la derecha, dejando atrás, a lo lejos, las brillantes luces de Londres.

Esa era la primera vez en su vida que él rechazaba un desafío directo. Aún podía oír la razonable queja de ella cuando le había dicho: "Hay un mandato judicial contra mí". Fue lamentable; él se ruborizó en la oscuridad. Pero, ¿cómo había podido ella pedirle una cosa así? ¿Cómo había podido pedirle tanto? Sentía una profunda animadversión hacia ella. Ninguna persona amiga hubiera hecho eso.

Ella no era una joven inexperta ni tampoco tonta; sabía a lo que él se exponía.

El desprecio era muy duro de soportar. Ella en su lugar habría ido, con alguaciles o sin ellos; estaba seguro de eso. La excusa de ir al Almirantazgo había parecido un gimoteo.

¿Qué pasaría si se arriesgaba e iba a la calle Bruton por la mañana? Si iba a aceptar el barco corsario, la cita en Whitehall sería inútil. Allí le habían tratado de un modo pésimo, peor que a cualquier otro, por lo que él recordaba, y no había posibilidad, ninguna posibilidad de que el encuentro del día siguiente arreglara las cosas. Todo lo más, le sería ofrecido un inaceptable puesto en tierra que permitiría al First Lord tener la conciencia tranquila y decir: "Le ofrecimos un empleo, pero no estimó conveniente aceptarlo". Tal vez lord Melville le ofrecería una carraca o un barco abastecedor; pero, en cualquier caso, no iba a nombrarlo capitán de navío ni a ofrecerle una fragata, lo único que repararía la injusticia, lo único que a él le parecería apropiado. El recuerdo de cómo le habían tratado allí estaba vivo en su mente: el desprecio, la

mezquindad, la falsedad, las evasivas. Docenas de hombres que no tenían ni la décima parte de sus razones para solicitar un ascenso lo habían conseguido. No se habían tomado en consideración sus recomendaciones, y a sus guardiamarinas les habían dejado varados.

Con Canning como First Lord, secretario y Junta del Almirantazgo, todo en uno, las cosas serían muy diferentes. Tendría un barco bien equipado, una gran dotación de marinos de primera, carta blanca y todos los mares del mundo ante él: el mar de las Antillas para obtener rápidas ganancias, la apreciada zona de crucero de la flota del Canal y, si España entraba en guerra (lo que era casi seguro), las rutas del Mediterráneo, que él conocía tan bien. Y aún otros mares, allende aquellos donde generalmente llegaban los barcos de crucero y los barcos de guerra privados: el canal de Mozambique, las proximidades de la isla de Francia, el océano Índico, y la zona de las islas Molucas y Filipinas. Al sur del Ecuador, sobre todo cerca del cabo de Buena Esperanza, podían encontrarse barcos franceses y holandeses, de los que realizaban el comercio con

las Indias, que volvían a su país. Y si allí era azotado por el monzón, a sotavento tenía Manila, de donde salían los galeones españoles. Aun sin muchas pretensiones, un moderado botín de aquellas latitudes le permitiría saldar sus deudas. En un segundo saldría de sus dificultades, y sería raro que no pudiera conseguir incluso dos botines en aquellos mares casi vírgenes.

El nombre de Sophia fue abriéndose paso en su mente hasta llegar a la parte donde se forman las palabras. Él había hecho todo lo posible por olvidarlo desde que había huido a Francia. No era considerado un buen partido, y Sophie estaba tan lejos de su alcance como la insignia de un almirante.

Ella nunca le habría hecho eso a él. Impulsado por el deseo, se imaginó cómo habría sido aquella tarde con Sophie, sus suaves movimientos, tan distintos de los rápidos movimientos de Diana, la ternura con que le habría mirado, su deseo de protegerle, infinitamente conmovedor. ¿Habría resistido verla allí cerca de su madre? ¿Habría puesto pies en polvorosa y se habría escondido en la sala más alejada hasta que pudiera escaparse? ¿Cómo se habría

comportado ella?

–¡Dios mío! ¿Qué habría pasado si las hubiera visto a las dos juntas? – se preguntó en voz alta, horrorizado ante la idea.

Estuvo pensando en aquella posibilidad durante un rato. Dobló a la izquierda y luego otra vez a la izquierda, tratando de desembarazarse de la desagradable imagen en que se veía a sí mismo frente a Sophie y ésta le miraba con dulzura, inquisitivamente, pensando: "¿Es posible que este tipo sea Jack Aubrey?". Atravesó rápidamente Heath hasta llegar al primer sendero que había tomado, donde los abedules se veían vagamente entre la llovizna. Pensó que debería poner en orden sus ideas con respecto a ellas dos. No obstante, le parecía odioso y muy descortés hacer cualquier tipo de comparación entre ellas, valorarlas poniéndolas una junto otra. Stephen le reprochaba que tenía confusión de ideas, una enorme confusión de ideas, por el hecho de negarse a desarrollarlas hasta su conclusión lógica, y le decía: "Tienes todos los defectos ingleses, amigo mío, incluyendo la confusión de ideas y la hipocresía". Pero era inútil tratar de usar la

lógica a la fuerza donde ésta no podía aplicarse. Razonar en un caso como ese era sumamente repugnante; la lógica sólo podía aplicarse a una deliberada seducción o a un matrimonio por interés.

Mientras intentaba orientarse, pensaba que había algo más; hasta el momento él nunca había tratado de poner en orden sus ideas ni de averiguar la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Desconfiaba mucho de aquel tipo de ejercicio, pero ahora era de gran interés, de primordial interés.

–¡La bolsa o la vida! – dijo una voz muy cerca de él.

–¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

El hombre salió de atrás de los árboles; su arma se veía bajo los destellos de la lluvia.

–He dicho que la bolsa o la vida -dijo, y luego tosió.

Inmediatamente la capa le dio en la cara y Jack, cogiéndole por la camisa, le sacudió con terrible violencia y le levantó del suelo un buen trozo. La camisa cedió y el hombre se tambaleó con los brazos caídos. Jack le dio un fuerte puñetazo por la izquierda, a la altura de la oreja, y una patada en las piernas mientras caía.

Agarró la porra rápidamente y permaneció de pie ante él, con la respiración entrecortada y sacudiendo la mano izquierda. Tenía los nudillos destrozados por el golpe tan condenadamente fuerte; parecía que había golpeado un árbol. Estaba indignado.

–¡Cerdo, cerdo, cerdo! – le gritaba, esperando un movimiento.

Sin embargo, no hubo ningún movimiento. Pasados unos momentos, a Jack se le pasó la furia y movió el cuerpo inanimado con el pie.

–Vamos, señor. Póngase de pie. Levántese y límpiese.

Después de una serie de órdenes de esta clase, en voz muy alta, le puso sentado y le sacudió. La cabeza del tipo se balanceó, desmayada; su cuerpo estaba frío y húmedo; no tenía respiración ni se le notaba el pulso, parecía un cadáver.

–¡Vaya por Dios! – exclamó Jack-. ¡Se ha muerto!

La lluvia se hizo más intensa, y esto le trajo a la memoria su capa. La encontró, se la puso y volvió junto al hombre. Era un pobre tipo. No debía de pesar más de cien o ciento quince libras y, además, era un salteador de caminos de lo más incompetente, pues

le había faltado poco para añadir "por favor" a su petición; desconocía lo que era un ataque. ¿Estaría muerto? No; una mano hacía leves y esporádicos movimientos.

Jack se estremeció. El calor que había sentido en el paseo a pie y la lucha había desaparecido durante este rato de espera, y él se ajustó más la capa. Era una noche fría y húmeda, y seguramente helaría antes del amanecer. Más irritadas sacudidas en vano, torpes intentos de reanimarle.

–¡Dios mío! ¡Qué fastidio! – dijo.

En la mar no habría habido problema, pero allí en tierra era diferente -él tenía una idea diferente de cómo arreglar las cosas en tierra-, así que después de una desagradable pausa envolvió aquel objeto en su capa (no por humanidad sino para evitar mancharse de barro y sangre y tal vez estropear su ropa) cargó con él y empezó a caminar.

Cien libras y pico no eran muchas para las primeras cien yardas, ni para las otras cien que seguían; pero el olor del abrigado bulto había llegado a ser muy desagradable, y él sintió alegría

cuando llegó cerca del lugar por donde había entrado a Heath y vio su propia ventana iluminada.

"Stephen lo curará enseguida", pensó. Era sabido que Stephen podía levantar a los muertos, pero tenía que ser antes de que cambiara la marea. Muchos le habían visto hacerlo.

Sin embargo, no hubo respuesta a su llamada. La vela estaba casi llegando a la palmatoria, con la mecha consumida y rodeada por una especie de seta; el fuego estaba a punto de apagarse; su nota aún estaba apoyada contra el tazón de leche. Jack bajó al bandolero y acercó la vela para observarle. Tenía la cara pálida y ojerosa, y por sus párpados casi cerrados sólo se veía el blanco del ojo en forma de media luna; su barba era incipiente y una parte estaba cubierta de sangre. Era un tipo enclenque y estrecho de tórax, un inútil. Jack pensó: "Es mejor que le deje tranquilo hasta que Stephen venga. Voy a ver si quedan salchichas".

Las horas pasaban; se oía el tic-tac del reloj; el carillón de la iglesia daba los cuartos y mientras tanto él echaba carbón al fuego y observaba las llamas con los nervios relajados por fin, embriagado

por algo parecido a la felicidad.

Stephen llegó con las primeras luces. Se detuvo en el umbral de la puerta, mirando atentamente a Jack, dormido, y al bandolero, atado a una silla tipo windsor y con una mirada extraviada.

–Buenos días, señor -dijo, con una leve inclinación de cabeza.

–Buenos días, señor. ¡Oh, señor, por favor…!

–¡Vaya! ¡Ya estás aquí, Stephen! – exclamó Jack-. Estaba preocupado por ti.

–¿Ah, sí? – dijo Stephen. Luego puso sobre la mesa un paquete hecho con hojas de col y sacó un huevo del bolsillo y una barra de pan del pecho-. Te he traído un bistec para que te dé fuerzas para la entrevista, y lo que llaman pan por estos lugares. Te recomiendo que te quites la ropa, te laves -con la olla de cobre lo harás admirablemente- y luego duermas una hora entre sábanas. Cuando estés descansado y afeitado y hayas desayunado el café y el bistec, serás un hombre nuevo. Insisto en mi recomendación, porque tienes un piojo subiéndote por el cuello de la chaqueta -pediculus vestimenti busca ascenso a pediculus capitis- y cuando vemos uno

podemos suponer razonablemente que hay otros veinte ocultos.

–¡Ah! – dijo Jack, arrojando la chaqueta-. Eso es lo que pasa por traer a un piojoso maleante. ¡Maldito sea usted, señor!

–Lo siento muchísimo, señor. Me siento profundamente avergonzado -dijo el bandolero, bajando la cabeza.

–Deberías echarle un vistazo, Stephen -dijo Jack-. Le he dado un golpe en la cabeza. Voy a poner al fuego la olla de cobre y luego me iré a la cama. ¿Me llamarás, Stephen?

–Un golpe duro -dijo Stephen, mientras lo limpiaba y lo examinaba-. Un golpe muy duro, sin duda. ¿Le duele?

–No más que el resto, señor. Es usted muy benevolente al ocuparse de mí. Pero, señor… ¡si fuera posible que me dejara usted las manos libres! ¡Tengo una picazón insoportable!

–Ya lo creo -dijo Stephen cortando el nudo con el cuchillo de cocina-. Tiene usted una extraña infección. ¿De qué son esas marcas? No son muy recientes, indudablemente.

–¡Oh! No es más que sangre extravasada, señor, corríjame si me equivoco. La semana pasada, cerca de Highgate, traté de robarle

la bolsa a un hombre que iba con una fulana; parecía que él iba a darme algo, pero lo que hizo fue pegarme brutalmente y tirarme en un charco.

–Es posible que no tenga usted la habilidad necesaria para robar bolsas; y su alimentación, por supuesto, no es la adecuada para ello.

–Y sin embargo, fue mi alimentación o, mejor dicho, mi falta de alimentación, la que me llevó hasta Heath; hace cinco días que no como.

–Y dígame, ¿ha tenido éxito alguna vez? – preguntó Stephen.

Rompió el huevo y se lo echó a la leche; luego le añadió azúcar y unas gotas de ron que quedaban y comenzó a alimentar al bandolero con una cuchara.

–Ninguno, señor. ¡Oh! ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Ambrosía! Ninguno, señor. Arrebatarle un trozo de morcilla a un chico en Flask Lane ha sido mi mayor hazaña. ¡Néctar! Ninguno, señor. Y sin embargo, sí un hombre me amenazara con una porra en la oscuridad y me pidiera que le diera mi bolsa, yo lo haría inmediatamente. Pero

mis víctimas no lo hacían, señor; o me pegaban, o afirmaban que no llevaban dinero, o no me prestaban atención y seguían caminando mientras yo, a su lado, les gritaba: "¡Deteneos y dadme vuestra bolsa!", o trataban de humillarme, preguntándome: "¿Por qué no trabaja? ¿No le da vergüenza?". Tal vez me falta presencia de ánimo, resolución; tal vez si hubiera podido conseguir una pistola… ¿Puedo tomarme la libertad, señor, de pedirle un pedazo de pan, un pedazo muy pequeño? Tengo un hambre de lobo, aunque no sea esa mi apariencia.

–Debe usted masticar despacio. ¿Qué contestaba usted a sus preguntas?

–¿Sobre el trabajo, señor? Les decía que me gustaría mucho tener uno, que haría cualquier trabajo que pudiera encontrar. Soy un hombre trabajador, señor. ¿Podría pedirle tan sólo una rebanada más? Y podía haber añadido que precisamente el trabajo ha sido mi perdición.

–¿De veras?

–¿Le parece oportuno que le haga un relato de mi vida, señor?

–Un breve relato de su vida sería muy oportuno.

–Vivía en la calle Holywell, señor; era un literato. Allí había muchos otros como yo; no fuimos educados para el comercio ni para ninguna profesión, sino que adquirimos unos conocimientos poco profundos; con éstos y el dinero suficiente para comprarnos plumas y cuadernos, podíamos comenzar a escribir y establecernos en aquella parte de la ciudad. Era asombroso cuántos de nosotros éramos hijos bastardos; sin ir más lejos, mi padre, según decían, era un juez. Probablemente esto era cierto, porque alguien me mandó a un colegio cerca de Slough durante un tiempo. Algunos tenían cierta originalidad, y creo que a mí la poesía se me daba realmente bien, señor; pero un autor desciende a la parte más baja del monte Helicó cuando escribe cosas como The Universal Directory for Taking Alive Rats (Método universal para cazar ratas vivas) o The Unhappy Birth (El infausto nacimiento), Wicked Life and Miserable End of that Deceitful Apostle, Judas Iscariot (Horrible vida y triste fin del falso apóstol Judas Iscariote) y, por supuesto, panfletos como Thoughts of the Present Crisis (Reflexiones sobre la crisis actual),

escrito por un noble, y A New way of Funding the National Debt (Una nueva manera de financiar la deuda pública). Yo preferí dedicarme a hacer traducciones para los libreros.

–¿De qué lenguas?

–¡Oh! ¡De todas las lenguas, señor! Si la lengua era oriental o clásica, siempre había una traducción al francés de la que podía servirme; y por lo que se refiere al italiano y el español, generalmente terminaba por descifrarlos. También el alemán; tenía un gran dominio del alemán cuando terminé con Elegant Diversions (Diversiones distinguidas) de Fleischhacker y Nearest Way to Heaven (El camino más corto hacia el cielo) de Strumpff. Me fue bastante bien, señor, en general. Rara vez me faltaron la comida o el alojamiento, pues me esmeraba en lo que hacía, era serio, puntual y, como le he dicho, trabajador. Siempre respeté la fecha convenida; los editores podían leer mi letra y enseguida que me enviaban las galeradas yo las corregía. Entonces un librero que se llamaba… pero, silencio, no debo decir ningún nombre…que se llamaba señor G me mandó buscar y me propuso South Seas (Mares del Sur) de

Bouriscot. Acepté gustoso, pues no había mucho trabajo y había tenido que vivir durante un mes de The case of Druids impartially considered (El caso de los druidas considerado imparcialmente), una pequeña obra incluida en la Recopilación de lecturas para damas, y los druidas no habían dado más que para pan y leche. Acordamos que recibiría media corona por página; no me atreví a exigir más, a pesar de que estaba impreso en letra muy pequeña y todas las notas escritas en perla.

–¿A qué ingresos por semana equivalía esto?

–Bueno, señor, considerando en conjunto las partes difíciles y las fáciles y que se trabajan doce horas al día, podía llegar a veinticinco chelines. Yo estaba rebosante de alegría, pues la serie de libros de viajes de Bouriscot, la más extensa que se haya escrito en francés, que yo sepa, después de las novelas del abad Prévost, era la obra más larga en la que yo había trabajado hasta entonces, y pensaba que me ganaría la vida durante mucho tiempo. Disponía de crédito, así que me mudé a la parte baja de la casa, a una hermosa habitación en el frente de ésta, para tener más luz; compré algunos

muebles y varios libros que necesitaba, entre los cuales había algunos diccionarios muy caros.

–¿Necesitaba usted un diccionario de francés, señor?

–No, señor; ya tenía uno. Me refería al Naval Expositor (Diccionario naval) de Blanckley y a los libros de Du Hamel, Aubin y Saverien; eran necesarios para entender las difíciles palabras con que se describían naufragios y maniobras y para conocer las experiencias de los viajeros. Creo que en la traducción es muy útil entender el texto, señor; siempre doy importancia a eso. Así que trabajaba sin parar en mi hermosa habitación y comía dos veces por semana en un restaurante especializado en bistecs; y entretanto rechacé dos o tres ofertas de otros libreros. Hasta que un día el señor G envió a su ayudante a decirme que había reflexionado sobre mi proyecto de traducir a Bouriscot, que sus socios pensaban que el costo del estereotipo sería demasiado alto y que en el estado actual del mercado no había demanda de un producto de esa clase.

–¿Tenía usted un contrato?

–No, señor. Era lo que los libreros llaman "acuerdo entre

caballeros".

–Entonces, ¿no hay ninguna esperanza?

–Ninguna en absoluto, señor. Lo intenté, desde luego, y se cerraron las puertas ante mis quejas. Él estaba enfadado conmigo porque se sentía ofendido, y empezó a decir en el gremio que yo me había vuelto insolente, lo que un librero menos soporta en un escritorzuelo. Manipuló incluso una pequeña traducción mía en la Revista literaria. No pude conseguir más trabajo. Me quitaron mis bienes, y mis acreedores se hubieran apoderado también de mi persona si yo no fuera ducho en darles el esquinazo.

–¿Sabe algo sobre alguaciles, arresto por deudas y la aplicación de la ley en este caso?

–Pocas cosas conozco mejor, señor. Nací en una cárcel para deudores y he pasado años en Fleet y Marshalsea. Escribí mi Elements of Agriculture (Elementos de agricultura) y mi Plan for the Education of the Young Nobility and Gentry (Plan para la educación de los jóvenes nobles y burgueses) en una prisión del Rey.

–Tenga la amabilidad de hacerme un resumen de la ley, tal

como es ahora.

–Jack -dijo Stephen-. Ya es la hora.

–¿Qué? ¿Qué?

Jack tenía la facilidad de los marinos de dormirse inmediatamente, descansar un breve periodo de una hora y despertarse enseguida; pero en esta ocasión había ido lejos, muy lejos, al cabo de Buena Esperanza, a bordo de un navío de setenta y cuatro cañones, navegando en un mar de un blanco lechoso y fosforescente, y por primera vez se sentó en el borde de la cama, atontado, volviendo poco a poco al presente. Lord Melville, Queenie, Canning, Diana.

–¿Qué vas a hacer con tu captura? – preguntó Stephen.

–¿Eh? ¡Ah, ese hombre! Creo que deberíamos entregárselo a la policía.

–Le colgarán.

–Sí, por supuesto. Es terrible; a uno no le gusta que un tipo vaya por ahí robando bolsas, pero tampoco le gusta que le cuelguen. Tal vez sea deportado.

–Te doy doce libras y seis peniques por él.

–¿Pretendes disecarlo ya? (A menudo Stephen compraba cadáveres de personas que acababan de morir en la horca). ¿Y realmente tienes doce libras y seis peniques en este momento? No, no, no acepto tu dinero; te lo doy como regalo. Te lo cedo. ¡Huelo a café y a tostadas!

Jack estaba allí sentado, serio y pensativo, comiéndose el bistec, y sus brillantes ojos azules se abrían desmesuradamente por el esfuerzo. Su mirada parecía penetrar en el futuro, pero en realidad estaba fija en su prisionero, quien sentado en una silla, silencioso y asustado, se rascaba discretamente y de vez en cuando hacía gestos de sumisión. A Jack le llamó la atención uno de estos gestos y frunció el entrecejo.

–¡Eh, señor! – gritó con su potente voz de marino, y el hombre sintió que el corazón le daba un vuelco y dejó de mover la mano-. ¡Eh, señor!, será mejor que coma usted esto -cortó un trozo grasiento-, y deprisa. Le he vendido y ahora pertenece usted al doctor, así que debe obedecer sus órdenes o de lo contrario

terminará metido de cabeza en un tonel y lanzado por la borda. ¿Me entiende, verdad?

–Sí, señor.

–Tengo que irme ahora, Stephen. ¿Nos vemos esta tarde?

–No sé muy bien qué haré. Es posible que vaya a Seething Lane, aunque tal vez no merezca la pena ir hasta la próxima semana.

Jack se adentró en el patio del Almirantazgo y pasó a la sala de espera, donde había media docena de conocidos con los que habló de cosas inconexas, pues su mente y la de ellos estaban en otra parte. Luego subió la escalera hasta el despacho del First Lord y a mitad de camino vio a un corpulento oficial apoyado en el pasamanos, llorando silenciosamente, con las gruesas mejillas pálidas y húmedas por las lágrimas. Un infante de marina le miraba en silencio desde el descansillo y dos conserjes le observaban asombrados desde el vestíbulo.

Lord Melville estaba muy afectado por la última entrevista, eso era obvio. Tuvo que recobrar el dominio de sí mismo y esforzarse

por atender el siguiente asunto. Durante unos momentos hojeó los papeles que había sobre su escritorio y luego dijo:

–Acabo de presenciar una incontrolada manifestación de emociones que, en mi opinión, ha rebajado muchísimo a ese oficial. Sé que usted valora la fortaleza, capitán Aubrey, y que usted no flaquea ante las malas noticias.

–Espero que pueda soportarlas, señor.

–Tengo que decirle que no puedo ascenderle a capitán de navío por el combate con el Cacafuego. Estoy obligado a respetar la decisión de mi predecesor y no puedo sentar un precedente. De modo que no podrá estar al mando de un navío; y por lo que respecta a las corbetas, sólo hay ochenta y nueve destinadas a alguna misión, mientras que tenemos una lista de alrededor de cuatrocientos capitanes.

Intentó que estas palabras causaran impresión, y a pesar de que no añadían nada nuevo a la información de Jack -que sabía estas cifras de memoria y sabía también que lord Melville no había sido del todo franco, porque se estaban construyendo treinta y

cuatro corbetas más y había una docena para los servicios portuarios y regulares-, su repetición tuvo un efecto tranquilizador.

–No obstante -prosiguió-, la anterior administración nos dejó también un proyecto de un barco experimental que tengo la intención de clasificar como corbeta en lugar de navío, en determinadas circunstancias, aunque lleva veinticuatro carronadas de treinta y dos libras. Fue diseñado para llevar un arma especial, un arma secreta que hemos desechado después de las pruebas, y una vez terminado se usará con fines generales; por eso le hemos llamado Polychrest. ¿Le gustaría ver el proyecto?

–Muchísimo, milord.

–Es un interesante experimento -dijo mientras abría la carpeta-, pues está hecho para navegar contra viento y marea. Su promotor, el señor Eldon, era un hombre muy ingenioso y gastó una fortuna en los proyectos y los modelos.

Era un interesante experimento, indudablemente; Jack había oído hablar de él. Se le conocía como el error del carpintero, y nadie en la Armada había imaginado nunca que sería botado. ¿Cómo había

sobrevivido a las reformas de Saint Vincent? ¿Qué extraordinaria combinación de intereses había conseguido hacerlo salir de los astilleros y, sobre todo, hacerlo entrar? El barco tenía la proa y la popa iguales, dos vergas para gavias mayores, un falso fondo, diversas quillas, timones móviles y carecía de bodega. Por los datos del proyecto, él supo que lo construían en un astillero privado de Portsmouth, cuyo dueño era el señor Hickman, de no muy buena reputación.

–Es cierto que el Polychrest fue diseñado específicamente para llevar esta arma, pero desecharlo también a él habría sido un despilfarro, pues estaba muy avanzado. Y con las modificaciones que usted ve aquí, en tinta verde, la Junta opina que podrá utilizarse muy bien en aguas nacionales. Por su construcción, no le es posible realizar cruceros, cualquiera que sea su duración; sin embargo, embarcaciones de ese tamaño siempre son necesarias en el Canal, y yo estoy contemplando la posibilidad de añadir el Polychrest a la escuadra del almirante Harte, frente a los downs. Por razones que no voy a detallar, es necesario actuar con diligencia. A su capitán se

le ordenará dirigirse a Portsmouth inmediatamente para que acelere su equipamiento, lo ponga en servicio y se haga a la mar con la mayor rapidez. ¿Le gustaría recibir este nombramiento, capitán Aubrey?

El Polychrest era un barco teórico de un hombre que no era marino y había sido construido por una banda de granujas y chanchulleros; él estaría a las órdenes de un hombre a quien le había puesto los cuernos y que se alegraría de verle arruinado y no volvería a recibir una oferta de Canning. Lord Melville no era tonto, y sabía la mayoría de estas cosas; esperó la respuesta de Jack con la cabeza ladeada y una mirada inquisitiva, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. ¡Qué horrible manera de tratarle! ¡Le ofrecía el Polychrest, que ya había sido rechazado! A pesar de su esfuerzo al hacer la clasificación, le sería difícil justificarse ante lady Keith; e incluso su propia conciencia, endurecida por los muchos años que había pasado en cargos públicos, le remordía.

–Sí, por favor, señor. Se lo agradecería mucho.

–Muy bien. Entonces que así sea. No, no me dé las gracias, se

lo ruego -dijo, alzando la mano y mirando a Jack a los ojos-. No es uno de los mejores barcos; me gustaría que lo fuera. Pero tendrá más cantidad de metal en los costados que muchas fragatas. Si tiene usted la oportunidad, estoy seguro de que se destacará, y la Junta se sentirá satisfecha de nombrarle capitán de navío en cuanto haya una ocasión. Ahora, por lo que respecta a sus oficiales y su tripulación, me gustaría complacerle lo más posible. El primer oficial ya ha sido nombrado: es el señor Parker, recomendado del duque de Clarence.

–Me gustaría tener a mi cirujano, milord, y a Thomas Pullings, ayudante del segundo oficial en la Sophie, que era teniente en funciones en 1801.

–¿Desea usted que le ascienda a teniente?

–Sí, por favor, milord.

Eso era mucho pedir, y probablemente él tendría que sacrificar el resto de los puestos; pero según el balance de la entrevista, podía arriesgarlos.

–Muy bien. ¿Qué más?

–¿Podría tener dos guardiamarinas?

–¿Dos? Sí… creo que sí. Mencionó usted a su cirujano… ¿quién es?

–El doctor Maturin, milord.

–¿El doctor Maturin? – dijo lord Melville, levantando la vista.

–Sí, milord. Probablemente le habrá visto en casa de lady Keith. Somos amigos íntimos.

–Sí -dijo lord Melville, bajando la vista-, le conozco. Bien, sir Evan le enviará las órdenes hoy mismo con un mensajero. ¿O prefiere esperar mientras las escriben?

A pocos cientos de yardas del Almirantazgo, en el parque Saint James, el doctor Maturin y la señorita Williams paseaban por la grava alrededor del estanque artificial.

–No dejo de asombrarme al ver estos patos -dijo Stephen-. Esas son fúlicas, unas aves muy comunes; las fúlicas pueden comerse, y también los lavancos medio domesticados. ¡Qué hermosos los ánades de cola larga, los porrones bastardos, los porrones osculados! Me he arrastrado sobre el vientre por el helado

pantano para verlos a una distancia de un estadio, pero ellos han levantado el vuelo antes de que pudiera enfocarlos con mi catalejo.

Y no obstante, ahora están aquí, en el corazón de una ciudad moderna y bulliciosa, nadando tranquilamente… ¡y comiendo pan! No les han cazado ni les han cortado las alas, sino que han venido directamente desde el norte, desde las altas latitudes. ¡Estoy asombrado!

Sophia miró las aves con atención y dijo que ella también encontraba esto asombroso.

–Pobres fúlicas -añadió-, siempre parecen estar tristes. ¿Así que ese es el Almirantazgo?

–Sí. Y creo que en este momento Jack conoce ya su destino. Estará detrás de una de esas altas ventanas de la izquierda.

–Es un edificio muy hermoso -dijo Sophia-. ¿Podríamos verlo más de cerca? Así apreciaríamos sus verdaderas proporciones. Diana me dijo que estaba muy delgado y que no tenía buen aspecto. "Reducido" fue la palabra que dijo.

–Tal vez haya envejecido -dijo Stephen-. Pero aún come por

seis y, aunque yo no diría categóricamente que es un obeso, está demasiado grueso. Quisiera poder decir lo mismo de usted, querida.

Sophia había adelgazado, en efecto. Esto le favorecía porque habían desaparecido los últimos rasgos infantiles de su rostro y resaltaba la expresividad de sus facciones, hasta entonces oculta. Al mismo tiempo, ella había perdido su mirada ausente, lánguida y misteriosa; ahora era toda una mujer, una persona adulta.

–Si usted le hubiera visto anoche en casa de lady Keith –continuó Stephen-, no se preocuparía. Bueno, perdió el resto de la oreja en el barco de la Compañía de Indias, pero eso no fue nada.

–¡La oreja! – exclamó Sophia, palideciendo y parándose en seco en medio del paseo.

–Está usted en el barro, querida. Permítame llevarla a un sitio seco. Sí, la oreja, la oreja derecha, o lo que le quedaba de ella. Pero no fue nada; se la cosí de nuevo. Como le he dicho, si le hubiera visto anoche, estaría usted tranquila.

–Es usted un gran amigo suyo, doctor Maturin. Sus otros amigos le estamos muy agradecidos.

–Bueno, le coso las orejas de vez en cuando.

–Es una gran suerte para él tenerle cerca. Me temo que a veces se expone al peligro por actuar irreflexivamente.

–Así es.

–Sin embargo, no creo que hubiera soportado verle. Fui muy poco amable con él la última vez que nos encontramos -dijo con los ojos llenos de lágrimas-. Es horrible comportarse de un modo tan poco amable, porque uno no deja de recordarlo.

Stephen la miró con profunda ternura y observó la línea que cruzaba su ancha frente; ella era una encantadora y desdichada criatura.

Por todo Westminster los relojes comenzaron a dar la hora, y Sophia dijo:

–¡Oh, se nos ha hecho muy tarde! Le prometí a mamá… Estará muy ansiosa. Vamos, tenemos que irnos deprisa.

Stephen le dio su brazo y ambos atravesaron el parque apresuradamente. Iba guiándola, porque ella tenía los ojos nublados por las lágrimas y cada tres pasos miraba por encima del hombro

hacia las ventanas del Almirantazgo.

Esas ventanas, en su mayoría, pertenecían a las viviendas oficiales de los lores miembros de la Junta, mientras que aquellas tras las cuales se encontraba Jack estaban en el otro extremo del edificio y daban al patio. Él se encontraba en ese momento en la sala de espera, donde había pasado muchas horas de ansiedad, agotadoras, a lo largo de su carrera. Estaba allí esperando desde que había terminado la entrevista, y según su cuenta, ya habían entrado o salido del patio ciento veintitrés hombres y dos mujeres desde entonces. Un gran número de oficiales compartía la sala con él, alternándose a medida que avanzaba el día; pero ninguno de ellos esperaba en sus mismas circunstancias, con el nombramiento y las órdenes crujiendo en su pecho. Estar esperando en aquellas condiciones era lo más raro que los conserjes habían visto en su vida y despertaba su curiosidad.

Su situación era absurda. En un bolsillo tenía el hermoso documento que le ordenaba presentarse a bordo de la corbeta de Su Majestad Polychrest, y en el otro una bolsa fláccida que sólo

contenía una moneda de cuatro peniques con el borde gastado, pues el resto lo había empleado en los regalos de costumbre. El Polychrest significaba seguridad, o al menos eso creía él. La silla de posta partía a las once de la noche, pero tenía que conseguir llegar desde Whitehall a la calle Lombard sin ser apresado, tenía que atravesar Londres, y su figura uniformada llamaría la atención. Por otro lado, tenía que comunicarse con Stephen, que le esperaba en la casa, pero no se atrevía a salir del Almirantazgo. Si le apresaban justo ahora, de pura rabia se ahorcaría. Al atravesar el vestíbulo, dejando atrás la oficina del secretario, pasó un horrible susto, pues un conserje le dijo que un tipo bajito vestido de negro y con una vieja peluca había preguntado por él.

–Mándele a paseo, ¿quiere? ¿Está Tom?

–No, señor. Tom está de permiso hasta el domingo por la noche. Ese tipo bajito vestido de negro era sospechoso, señor. Durante los últimos cuarenta minutos había visto a aquella figura vestida de negro, aparentemente un representante de la ley, cruzar una y otra vez la calle de la entrada a Whitehall, mirar dentro

de los coches que se detenían allí e incluso subir a los estribos. Una vez le había visto hablar con dos tipos fornidos que parecían portadores irlandeses o alguaciles con disfraz de portadores irlandeses, un disfraz habitual de los policías.

Ese día los conserjes no miraban con buenos ojos a Jack, pues éste no les había dado oro a chorros, lo que se dice a chorros, pero se olían la verdad y, naturalmente, estaban de su parte y en contra del poder civil. Cuando uno de ellos entró con carbón le dijo en voz baja:

–Ese tipo bajito con la oreja como una coliflor todavía está dando vueltas por ahí abajo, frente al patio, señor.

"La oreja como una coliflor"… ¡Si lo hubiera oído antes qué feliz se habría sentido! Corrió a la ventana, y después de mirar a través de ella unos minutos dijo:

–Haga el favor de decirle que entre al vestíbulo. Hablaré con él enseguida.

El señor Scriven, el literato, atravesó el patio. Parecía viejo y cansado y tenía la oreja terriblemente hinchada.

–Señor -dijo con voz temblorosa por la ansiedad-. El doctor Maturin me ha encargado que le diga que todo fue bien en Seething Lane y espera que usted se reúna con él en Grapes, en el distrito de Savoy si no está comprometido. Haré entrar un coche al patio. He estado tratando de darle mi recado, señor… Espero que…

–Excelente. Estupendo. Traiga el coche, señor… Hágalo entrar al patio y yo me reuniré con usted enseguida.

Cuando el conserje oyó mencionar Savoy, aquel refugio bendito, sus sospechas se confirmaron y una amplia y benevolente sonrisa se dibujó en su cara. Entonces salió junto con el señor Scriven a buscar un coche y lo hizo entrar al patio (un procedimiento irregular), de modo que el coche pudo maniobrar muy cerca de la escalera y Jack subió a él sin ser visto.

–Tal vez sería prudente sentarse en el suelo, señor, encima de esta capa -dijo el señor Scriven, intuyendo cierto reparo-. Ha pasado por el horno. Y el doctor Maturin tuvo la amabilidad de afeitarme, de sancocharme en la olla y de vestirme de pies a cabeza con ropa nueva.

–Siento haberle dado ese golpe tan fuerte en la oreja -dijo Jack desde el fondo del coche-. ¿Le duele mucho?

–Es usted muy amable, señor. Ahora no siento nada. El doctor Maturin tuvo la bondad de curármela con un ungüento oriental que compró en la botica de la esquina de la calle Bruton y la tengo casi insensible. Ahora puede sentarse si quiere, señor; estamos en el ducado.

–¿Qué ducado?

–El ducado de Lancaster, señor. A partir de la calle Cecil hasta el otro extremo de Exeter Change estamos en el ducado, ni en Westminster ni en Londres, y las leyes son diferentes. Los mandatos judiciales no son iguales que en Londres; incluso la capilla es sumamente peculiar.

–¿Es peculiar? – dijo Jack con auténtica satisfacción-. Una peculiaridad condenadamente buena, sin duda. Quisiera que hubiera más peculiaridades de este tipo. ¿Cómo se llama usted, señor?

–Scriven, señor, servidor de usted. Adam Scriven.

–Es usted una persona honesta, señor Scriven. Ya hemos

llegado a Grapes. ¿Puede pagarle al cochero? Estupendo.

–¡Stephen! – exclamó-. ¡Qué contento estoy de verte! ¡Por fin tenemos una oportunidad, un respiro, esperanza! He conseguido un barco, y si puedo llegar a Portsmouth y éste flota, haremos fortuna. Éstas son mis órdenes y éstas las tuyas. ¡Ja, ja, ja! ¿Has tenido suerte? Espero que no hayas recibido malas noticias. Pareces muy desanimado.

–No, no -dijo Stephen, sonriendo a su pesar-. He negociado la letra de Mendoza y sólo con un descuento del doce y medio por ciento, lo cual me sorprendió; pero después la letra fue avalada. Aquí tienes -Stephen deslizaba la bolsa sobre la mesa- ochenta y cinco guineas.

–Gracias, gracias, Stephen -dijo Jack, estrechándole la mano-. ¡Qué encantador sonido! ¡Suenan a libertad! ¡Ja, ja! Tengo un hambre canina, no he tomado nada desde el desayuno. Llamó a la tabernera y ésta le dijo que podía darle un par de estupendos patos o un buen trozo de esturión frío con pepinos frescos, comprados esa mañana en Billingsgate.

–Empezaremos con el esturión, y si usted pone los patos al fuego ahora mismo, estarán listos cuando hayamos terminado. ¿Qué quieres beber, Stephen?

–Ginebra y agua fría.

–¡Qué forma más deprimente y melancólica de beber! Pidamos champán; no todos los días se consigue un barco, sobre todo un barco como ese. Te contaré lo que ha pasado.

Le hizo a Stephen un detallado recuento de la entrevista, dibujando la curiosa forma del Polychrest con ginebra aguada. Luego añadió:

–El barco ha sido un mal proyecto, desde luego, y no puedo entender cómo ha sobrevivido a las reformas del viejo Jarvie. Cuando vi los planos y recordé la fragata de Canning, que se está construyendo bajo su supervisión según el modelo del Bellone, por un momento me sentí muy desconcertado. Pero apenas he tenido tiempo de hablarte de la generosa oferta que él me hizo. Perdóname un momento, voy a escribirle una nota diciéndole que lamento mucho que asuntos oficiales me impidan… y esas cosas; quiero

expresarle mi gratitud de la forma más amable y cortés que pueda y enviarle la nota esta noche por el sistema de correo en que se paga un penique por carta, pues en verdad su oferta fue muy generosa, muy halagadora. Enseguida simpaticé con Canning; espero verle otra vez. Te hubiera caído bien, Stephen. Es una persona llena de vida, inteligente, comprende las cosas enseguida, se interesa por todo y, además, es educado, delicado y discreto, un perfecto caballero. Uno juraría que es inglés. Tienes que conocerle.

–Esa es una buena recomendación, sin duda, pero ya conozco al señor Canning.

–¿Le conoces?

–Nos conocimos en la calle Bruton hoy -dijo, y de repente, en ese momento, Jack comprendió por qué le desagradaba tanto el nombre de Bruton-. Fui a visitar a Diana después de pasear con Sophia por el parque.

En el rostro de Jack se reflejó una profunda pena.

–¿Cómo está Sophia? – preguntó, bajando los ojos.

–No tenía buen aspecto. La encontré más delgada, triste. Pero

ha madurado; ahora me parece más hermosa que cuando la conocimos en Sussex.

Jack se reclinó contra el respaldo de la silla sin decir nada. Un ruido de platos y cuencos, el ondear del mantel y las servilletas precedieron al esturión y el champán. Mientras ellos comían, hacían comentarios generales sobre el esturión: era un pez muy apreciado… era la primera vez que Jack lo comía… era más bien insípido, defraudaba un poco… Y de repente Jack dijo:

–¿Cómo está Diana?

–Su ánimo es cambiante, a veces se muestra alegre y otras abatida, pero tiene un aspecto espléndido. También ella está llena de vida.

Stephen podía haber añadido: "y de una gran crueldad".

–No sabía que ibas a ir a la calle Bruton -dijo Jack, y Stephen asintió con la cabeza-. ¿Había mucha gente?

–Tres soldados, un juez de la India y el señor Canning.

–Sí, ella me dijo que le conocía. Aquí llegan los patos. Tienen una pinta excelente, ¿no crees? – dijo en tono animado-. Por favor,

córtalos tú, Stephen. Lo haces muy bien. ¿Le damos un trozo a Scriven? A propósito, ¿qué piensas de él?

–Es un hombre como cualquier otro. Me inspira compasión.

–¿Tienes intención de quedarte con él?

–Quizás. ¿Te sirvo un poco más de relleno?

–Todo el que quieras. ¿Cuándo comeremos otra vez salvia y cebollas? ¿Crees que Scriven, cuando termine de comerse el pato, podría ir deprisa a cogernos sitio en el coche correo mientras nosotros preparamos las maletas en Hampstead? Todavía podría conseguir asientos en el interior.

–Es más seguro para ti ir en una silla de posta, Jack. Los periódicos hablan de la recepción de lady Keith; tu nombre aparece en la Crónica y probablemente esté también en los demás. No hay duda de que tus acreedores lo han visto, y sus agentes en Portsmouth pueden interceptar el coche. El señor Scriven está muy familiarizado con su malvado ingenio; me ha contado que están siempre al acecho, como los buscadores de ladrones. Debes ir directamente al astillero en una silla de posta y subir a bordo. Yo me

ocuparé de tu equipaje y te lo mandaré en un coche.

–¿Tú no vienes, Stephen? – dijo Jack, dejando a un lado el plato y mirándolo por encima de la mesa, totalmente sorprendido.

–No pensaba hacerme a la mar ahora -dijo Stephen-. Lord Keith me ofreció el empleo de médico del buque insignia, pero no lo quise y le rogué que me disculpara. Hay muchas cosas que llaman mi atención aquí y además, ha pasado mucho tiempo desde que estuve en Irlanda…

–Pero yo daba por sentado que íbamos a embarcarnos juntos, Stephen -dijo Jack-. ¡Y estaba tan contento de traerte estas órdenes! ¿Qué voy a…?

Reflexionó un momento, y luego, en un tono mucho más bajo, dijo:

–Pero, por supuesto, no tenía ni el más mínimo derecho a hacer esa suposición. Perdóname, te lo ruego. Le explicaré todo al Almirantazgo, diré que ha sido culpa mía. ¡Dios mío! ¡Un buque insignia ni más ni menos! Es justamente lo que te mereces. Me temo que he sido muy presuntuoso.

–No, no, no, querido amigo -dijo Stephen-. Esto no tiene nada que ver con el buque insignia. Me importa un bledo el buque insignia. Quítate eso de la cabeza. Preferiría una corbeta o una fragata. Lo que ocurre es que no tenía pensado irme de crucero justo ahora. Pero por el momento dejemos las cosas como están. No me gustaría que en la Junta Naval -sonreía-dijeran que soy un culo de mal asiento, un indeciso, un remilgado hijo de perra. No te preocupes tanto; anímate. Lo que me ha desconcertado es que ha sido una cosa repentina, pues soy más reflexivo que vosotros los animosos hombres de mar. Tengo compromisos hasta el final de la semana, pero después, a menos que te avise por escrito, iré con mi baúl a reunirme contigo el lunes. Vamos, bébete ese vino -es admirable para una pequeña taberna como ésta- y pediremos otra botella. Y antes de que te dejemos a bordo de la silla de posta, te contaré lo que sé sobre la ley que se aplica en Inglaterra a los deudores.

CAPÍTULO 7

OceanofPDF.com

Estimado señor,

Por la presente le comunico que he llegado a
Portsmouth un día antes de lo previsto. Solicito me
conceda el favor de no tener que presentarme a bordo
hasta esta noche y le ruego me permita disfrutar de su
compañía en la comida.
Se despide de usted, estimado señor, su más
afectuoso y humilde servidor,
Stephen Maturin

Stephen dobló el papel, escribió "Capitán Aubrey, de la Armada real. Corbeta de S. M. Polychrest", lo selló y tocó la campanilla.

–¿Sabe usted dónde está el Polychrest?

–¡Oh, sí, señor! – replicó el hombre con una expresiva sonrisa-. Están subiendo a bordo sus cañones en el Servicio de material de guerra; por cierto que lo pasó muy mal durante la última marea.

–Entonces, tenga la amabilidad de llevar allí esta nota enseguida. Y estas otras cartas son para echarlas al correo.

Volvió a la mesa, abrió su diario y escribió: "He firmado como "su más afectuoso y humilde servidor"; y es el afecto lo que me trae aquí, sin duda. Incluso un hombre frío y autosuficiente necesita este tipo de intercambio para conservar la parte no maquinal de su persona; la historia natural, la filosofía, la música y la conversación con los muertos no bastan.

Me gusta pensar, de hecho pienso que J. A. siente por mí un afecto tan profundo como le permite su carácter jovial e irreflexivo, y sé cómo es el que siento yo por él, sé cómo me dolía verle afligido; pero, ¿cuánto tiempo este afecto resistirá el desgaste del silencioso enfrentamiento diario? Nuestra amistad no le impedirá perseguir a Diana, y lo que no quiere ver no lo verá; no creo que lo haga conscientemente, que sea hipócrita, pero la frase quod volunt credere le viene muy bien. En cuanto a ella, me encuentro perdido; primero amabilidad y luego un rechazo como el de un enemigo. Parece que al jugar con J. A. también ha quedado atrapada. (Pero,

¿dejaría de lado su ambición alguna vez? Seguro que no. Y él es incluso un peor partido que yo, una presa menos lícita. ¿Será la suya una perversa inclinación? Pero J. A., aunque no me parece un Adonis, es guapo, y yo no. Parece que la ridícula historia que él cuenta sobre mi riqueza, retocada por la señora Williams, ha cobrado fuerza por la convicción de esa cabeza hueca y me ha hecho pasar de aliado, amigo e incluso cómplice a oponente. Parece que… ¡oh, hay mil absurdas posibilidades! Estoy desolado, y también desconcertado. Pero creo que podré curarme; mi sangre tiene el ardor de la fiebre, pero el láudano lo apagará, la distancia lo apagará, y el trabajo y la acción harán lo mismo. Lo que temo es el efecto contrario, el aumento del ardor por los celos; nunca antes había sentido celos, y aunque por el conocimiento del mundo, la experiencia, la literatura, la historia y la observación común conocía su fuerza, ignoraba por completo su verdadera naturaleza. Gnosce teipsum… mis sueños me aterran. Esta mañana caminaba junto al coche, mientras éste subía penosamente la pendiente de Ports Down, y al llegar a la cima, con el puerto de Portsmouth

extendiéndose justo debajo de mí, y Gosport, Spithead y posiblemente la mitad de la flota del Canal resplandeciendo allí – una potente escuadra había sobrepasado Haslar y salía en fila, con todas las alas desplegadas- sentí nostalgia de la mar. ¡Es tan pura! En cambio, en tierra, hay momentos en que todo me parece tortuoso, oscuro y sórdido; aunque, sin duda, no falta la sordidez en un navío de guerra".

"Desconozco en qué medida ha alimentado J. A. la ávida credulidad de la señora Williams; en gran medida, a juzgar por el obsequioso recibimiento que me dispensó. Y curiosamente, como resultado de esto la categoría de Jack ha subido ante sus ojos tanto como la mía. Ella no le pondría ninguna objeción si se conociera con claridad su posición económica. Ni tampoco Sophie, estoy seguro. No obstante, creo sinceramente que esa bondadosa joven es tan fiel a los principios en que ha sido educada que, con tal de no desobedecer a su madre, preferiría envejecer siendo una solterona a casarse sin su consentimiento. No sería una Gretna Green. Es una joven encantadora y bondadosa, y una de esas raras criaturas en las que

los principios no eliminan el buen humor. No éste un momento para estallar en carcajadas, por supuesto, pero recuerdo muy bien haber notado muchas veces en Mapes que, interiormente, era alegre. Eso es algo raro en las mujeres (incluida Diana, aparte de su gusto por las frases ingeniosas y alguna ocurrencia de vez en cuando), que generalmente son serias como las lechuzas, aunque tienen inclinación a reír estruendosamente. Me sentiría apenado, más que apenado, si en ella la tristeza se hiciera habitual; y parece que esto sucederá pronto. Los rasgos de su rostro están cambiando".

Se quedó mirando por la ventana. Era una mañana clara, helada, y la infame ciudad tenía el mejor aspecto que podía. Había oficiales entrando y saliendo de la casa del almirante del puerto, frente a la posada; las aceras estaban llenas de uniformes, chaquetas azules y rojas, esposas de oficiales que iban a la iglesia, con hermosas capas y alguna que otra piel, y niños con la cara limpia de los domingos.

–Un caballero quiere verle, señor -dijo el posadero-. Un teniente.

–¿Un teniente? – dijo Stephen, y luego hizo una pausa-.

Dígale que suba.

Se oyó un estrépito en la escalera, como si hubieran soltado un toro; la puerta se abrió de repente, estremeciéndose, y apareció Pullings, iluminando la habitación con su alegría y su nueva chaqueta azul.

–Me han ascendido, señor -dijo, estrechando la mano de Stephen-. ¡Por fin me han ascendido! Mi nombramiento ha llegado con el correo. Deséeme felicidades, señor.

–Naturalmente que se las deseo -dijo Stephen, haciendo una mueca de dolor por el férreo apretón-, si puede caberle más felicidad, si no se desborda su copa con tanta felicidad. ¿Ha estado bebiendo, teniente Pullings? Por favor, siéntese en una silla, como un ser racional, y no dé saltos por la habitación.

–Desde luego que sí, señor -dijo el teniente. Se sentó y miró a Stephen con el rostro radiante de felicidad-. No he bebido ni una gota.

–Entonces está usted borracho de felicidad. Bien, que le dure

mucho tiempo.

–¡Jajá, ja! Eso es exactamente lo que dijo Parker. Me dijo: "Que le dure mucho tiempo". Pero con envidia, ¿sabe?, como en el cuento de la rana y el pato. De todos modos, creo que yo también me volvería agrio, o tal vez rancio, después de treinta y cinco años sin un barco propio y ahora con este horrible aprovisionamiento. Sin duda, es un hombre bueno y correcto; pero se comportaba como un auténtico duende malvado antes de que llegara el capitán.

–Teniente, ¿le apetece un vaso de vino, un vaso de jerez?

–Por supuesto que sí, señor -dijo Pullings, y su rostro estaba resplandeciente otra vez. (Stephen pensó: "Uno juraría que su rostro emana luz verdaderamente".)- Es usted muy amable. Sólo un poquito, por favor. No me emborracharé hasta mañana por la noche, en mi fiesta. ¿Sería correcto que propusiera un brindis? Entonces, aquí va uno por el capitán Aubrey, por quien siento un profundo afecto, para que se cumplan todos sus deseos. ¡Salud! Sin él nunca habría conseguido el ascenso. Lo que me hace recordar mi recado, señor. El capitán Aubrey presenta sus respetos al doctor

Maturin, se alegra de que haya llegado bien y estará muy contento de comer con él en el George hoy a las tres; y puesto que aún no ha subido a bordo ni papel ni pluma ni tinta, su respuesta es informal, por lo que le pide disculpas.

–Me daría usted una gran satisfacción si pudiera acompañarnos.

–Gracias, señor, gracias. Pero dentro de media hora tomaré un bote para ir a la isla de Wight. El Lord Mornington, un barco de la Compañía de Indias, pasó frente al cabo Start el jueves, y espero reclutar a media docena de marineros de primera entre sus tripulantes al amanecer.

–¿Le dejarán algo las fragatas que van de crucero y los barcos auxiliares de Plymouth?

–Bueno, señor, he hecho dos viajes en él. Hay huecos que sirven de escondrijo a los hombres bajo la cubierta superior detrás del palo mayor, y que nadie podría encontrar sin ayuda. Conseguiré media docena de sus tripulantes o me dejaré de llamar Tom Pullings, mejor dicho, teniente Tom Pullings.

–¿Así que estamos escasos de tripulantes?

–Sí, y es algo terrible, desde luego. Nos faltan treinta y dos hombres para completar nuestra dotación; pero lo peor no es que sea escasa sino mediocre. El barco reclutador nos envió dieciocho hombres de Lord Mayor y unos veinte de los cupos de Huntingdonshire y Rutland, parroquianos y tipos sacados de la cárcel que nunca en su vida han visto el mar. Lo que nos faltan son marineros, aunque tenemos algunos marineros de primera y dos ex tripulantes de la Sophie. Alien, un marinero del castillo, y John Lakey, de la cofa del palo mayor. ¿Se acuerda usted de él? Le cosió muy bien en el primer viaje que hizo con nosotros y tuvimos una refriega con una galera argelina. Jura que usted salvó sus… sus partes pudendas, señor, y le está sumamente agradecido; dice que sin ellas se sentiría como en desuso. Y estoy seguro de que el capitán Aubrey se las pondrá a punto. Por otra parte, el señor Parker parece muy duro; y Babbington y yo le arrancaremos la piel a cualquier bastardo que no cumpla con su deber; el capitán no tiene que temer por eso.

–¿Y los otros oficiales?

–Bueno, señor, no he tenido tiempo suficiente para conocerlos, con todo el jaleo del aprovisionamiento y esas prisas como si se acercara el día del juicio final; el contador está en el Servicio de avituallamiento, el condestable en el Servicio de material de guerra, el segundo oficial en la bodega, o donde estaría la bodega si hubiera una, porque no hay.

–Creo que es un barco construido según nuevos principios.

–Bueno, señor, espero que haya sido construido para que pueda flotar, eso es todo. Esto sólo se lo diría a un compañero de tripulación, señor, pero nunca he visto nada igual ni en el río de las Perlas, ni en el Hugli ni en la costa guineana. No puede uno decir si viene o va.

Y enseguida, tratando de enmendar su actitud desleal, añadió:

–Pero es condenadamente más hermoso que los barcos normales. El señor Parker se ocupa de que lo sea, con el empleo de láminas de oro, abundante madera barnizada, betún especial para las cintas y las vergas y motones garganteados con cuero rojo. ¿Ha

presenciado alguna vez cómo armaban un barco, señor?

–No.

–Es como estar en Bedlam -dijo Pullings, moviendo de un lado a otro la cabeza y riendo-. Hay tipos de los astilleros estorbando el paso, provisiones por toda la cubierta, nuevos tripulantes apiñándose y vagando por cubierta como almas perdidas; nadie conoce a nadie ni sabe adonde va. Es como estar en Bedlam; y el almirante del puerto manda a preguntar cada cinco minutos por qué uno no está ya listo para hacerse a la mar y que si por casualidad todos en el Polychrest respetan el sabbath. ¡Ja, ja, ja!

Lleno de alegría, Tom Pullings cantó:

Te diremos cuatro verdades, viejo zorro,
condenado almirante del puerto.

–No me he quitado la ropa -continuó- desde que nos hicimos cargo de él. El capitán Aubrey apareció al rayar el alba, después de hacer todo el camino en la silla de posta; leyó su nombramiento delante de mí y de Parker, los infantes de marina y media docena de

patanes, que eran los únicos hombres que teníamos, e inmediatamente fue izado su gallardete. Y antes de que se extinguieran las últimas palabras -de lo contrario responderá por su cuenta y riesgo- me dijo exactamente con esta voz: "Señor Pullings, el motón de esa escota de la gavia necesita un guardacabo, por favor". Y tenía usted que haber oído cómo le gritaba a los aparejadores cuando descubrió que nos habían dado cabos hechos con material usado; tuvieron que llamar al encargado del astillero para calmar su terrible furia. Entonces dijo: "No hay un minuto que perder". Y aunque todos estábamos a punto de caer de agotamiento, nos reímos mucho cuando la mitad de los hombres corrieron a popa pensando que era la proa y la otra mitad al revés. Bueno, señor, al capitán le complacerá mucho esta comida, estoy seguro; no ha tenido en sus manos más que pan y carne de vaca fría desde que subió a bordo. Y ahora tengo que irme. Él daría un ojo de la cara por un bote lleno de marinos expertos.

Stephen volvió a la ventana y observó la esbelta figura de Thomas Pullings caminar en zig-zag entre el tráfico, cruzar al otro

lado con su forma de andar desenvuelta, como si se balanceara, en dirección al cabo, para pasar una larga noche de espera en un bote que se adentraría en el Canal. Pensó: "La devoción es algo estupendo, algo conmovedor. Pero, ¿quién pagará por el celo de este amable joven? ¿Qué golpes, juramentos, ofensa a la moral o crueldad sufrirá?".

La escena había cambiado; ya nadie iba hacia la iglesia, y los ciudadanos respetables habían desaparecido tras las puertas, envueltos por un olor a cordero. Ahora grupos de marineros iban de un lado a otro, caminando con cautela, como los campesinos en Londres, y entre ellos pasaban grasientos comerciantes, maleantes, buhoneros y las adolescentes y mujeres del lugar, rollizas y de aspecto tosco. Gritos confusos, unos de alegría y otros airados como los de una discusión acalorada, precedieron a los hombres del Impregnable que, con su ropa de bajar a tierra y su parte de un botín en los bolsillos, se acercaban tambaleantes con un grupo de prostitutas; y delante de ellos, caminando de espaldas, iba un hombre tocando el violín, y a los lados, como perros pastores, iban

niños peleándose entre sí. Algunas de las prostitutas eran viejas, algunas llevaban vestidos rotos y se les veía la carne amarillenta; todas tenían el pelo rizado y teñido y parecían ateridas de frío.

El entusiasmo y la alegría que había dejado la felicidad del joven Pullings disminuyeron. Stephen pensó: "Todos los puertos que he visto, todos los lugares donde se reúnen los marineros son muy similares. Pero no creo que esto sea un reflejo de su naturaleza, sino de la naturaleza de las cosas en tierra". Se sumió en una serie de reflexiones. ¿Cómo podía definirse la naturaleza del hombre? ¿Dónde estaban los factores invariables de la identidad? ¿Qué hacía posible la afirmación "Yo soy yo"? Pero dejó de pensar en esto al ver a Jack, que caminaba con la misma tranquilidad y libertad que si fuera domingo, sin agachar la cabeza ni mirar ansiosamente a su alrededor. Había muchas más personas en la calle, pero llamaron la atención de Stephen dos de ellas, que iban a unas cincuenta yardas detrás de Jack, andando a su mismo paso. Eran tipos fornidos, cuyo aspecto no permitía relacionarles con ningún oficio ni profesión concretos, y tenían algo raro, no miraban a su alrededor

despreocupadamente sino con mucha atención; por eso les observó con más detenimiento y, apartándose de la ventana les siguió con la vista hasta que llegaron frente al George.

–Jack -dijo-, dos hombres te están siguiendo. Ven aquí y mírales discretamente. Ahí están, en la escalera de la casa del almirante del puerto.

–Sí -dijo Jack-. Conozco al de la nariz rota. Trató de subir a bordo el otro día, pero no lo consiguió. Le rechacé enseguida. Creo que ha puesto al otro sobre mi pista, el bastardo entrometido. ¡Malditos sean!

Se acercó rápidamente al fuego y continuó:

–Stephen, ¿qué te parece si tomamos una copa? Pasé toda la mañana en la cofa del trinquete muerto de frío.

–Creo que un poco de coñac te hará bien; un vaso de auténtico coñac de Nantes. La verdad es que pareces destruido. Bébete esto y pasaremos enseguida al comedor; he mandado preparar un hipogloso con salsa de anchoas, cordero y pastel de venado, platos sencillos de la isla.

Las marcas de cansancio desparecieron del rostro de Jack y un rosado intenso sustituyó al gris enfermizo; parecía llenar de nuevo su uniforme.

–¡Qué bien se siente un hombre cuando ha mezclado hipogloso con pierna de cordero y venado! – dijo, jugando con un pedazo de queso Stilton-. Eres mucho mejor anfitrión que yo, Stephen. He echado tantas cosas en falta que difícilmente puedo nombrarlas todas. Recuerdo aquella horrible comida a la que te invité en Mahón; era la primera vez que comíamos juntos y se equivocaron en todo, porque desconocían el español, mi español.

–Fue una comida muy buena, muy agradable -dijo Stephen-.

La recuerdo perfectamente. ¿Tomamos el té arriba? Quisiera saber cosas sobre el Polychrest.

La gran sala estaba llena de chaquetas azules con alguna que otra de los infantes de marina, y la conversación era un poco menos secreta que las señales en alta mar.

–Tendremos éxito con él una vez que nos acostumbremos a su forma de navegar, no me cabe duda -dijo Jack-. Su aspecto puede

parecer un poco raro a quienes lo observan con actitud crítica; pero flota, y eso es fundamental, ¿sabes? Flota; y además, nunca he visto a flote una batería semejante a la suya. No tenemos más que llegar al lugar justo y tendremos veinticuatro cañones de treinta y dos libras para poner en juego; podrás decir que son carronadas, ¡pero carronadas de treinta y dos libras! Podemos enfrentarnos a cualquiera de las corbetas francesas en servicio, pues las carronadas son auténticas destructoras. Podríamos atacar una fragata de treinta y seis cañones si pudiéramos acercarnos lo bastante.

–Por ese mismo razonamiento basado en la aproximación, también podrías atacar un navío de tres puentes, de primera clase, a seis pulgadas de distancia; o dos, por supuesto, si pudieras meterte como una cuña entre ambos y disparar las baterías de los dos costados. Pero créeme, amigo mío, es un razonamiento falso. ¿A qué distancia lanzan tus carronadas sus prodigiosas balas?

–Bueno, uno tiene que entablar combate a una distancia de tiro de pistola si quiere darle al objetivo que apuntan; pero de penol a penol pueden muy bien atravesar el roble.

–¿Y qué hace tu enemigo con sus cañones largos mientras tú te acercas a él trabajosamente? Pero no voy a enseñarte tu profesión, claro.

–Acercarme a él… -dijo Jack-. Ahí está la dificultad. Necesito marineros para tripular el barco. Nos faltan treinta y dos hombres para completar nuestra dotación; no tenemos esperanzas de que lleguen otros de la leva y creo que rechazarás algunos de los lisiados y vagabundos que nos ha mandado el barco reclutador, no son más que miserables y ladronzuelos. Tengo que conseguir marineros, y la arena del reloj se está acabando… Dime, ¿has traído a Scriven?

–Sí. Pensé que podría encontrar algún empleo.

–Se le da muy bien escribir, ¿verdad? Panfletos y esas cosas.

Hice varios intentos de escribir un cartel -incluso dos o tres voluntarios valdrían su peso en oro-, pero no he tenido mucho tiempo y, de todos modos, no creo que sirvan. Mira -dijo, sacando algunos papeles del bolsillo.

–Bueno -dijo Stephen al leerlos-. No; tal vez no.

Tocó la campanilla y mandó al sirviente a decirle al señor

Scriven que subiera.

–Señor Scriven -dijo-, tenga la amabilidad de echar un vistazo a estos… ya ve usted de qué se trata… y de hacer un borrador con este propósito. Hay papel y tinta en aquella mesa.

Scriven se puso junto a la ventana; leía, anotaba y gruñía consigo mismo. Jack estaba sentado cómodamente junto al fuego; la inmovilidad y total relajación de su cuerpo le producían una agradable sensación, a la que contribuía la butaca de cuero de suaves curvas en la que se había arrellanado, donde no sentía ninguna tensión. Había perdido el hilo de los comentarios de Stephen y en las pausas exclamaba "¡oh!" y "¡ah!" o sonreía y movía la cabeza como si hubiera comprendido algo. A veces las piernas le daban tirones bruscos, sacándole de esta placidez, pero cada vez que volvía a arrellanarse se sentía más feliz que antes.

–He dicho: "Espero que hayas actuado con cautela" -dijo Stephen, tocándole la rodilla.

–¡Oh, por supuesto! – dijo Jack, captando enseguida a qué se refería-. No he puesto pie en tierra excepto el domingo, y todos los

botes que se nos acercan son registrados. En cualquier caso, mañana me desplazaré a Spithead cuando cambie la marea, lo cual evitará sorpresas. He rechazado todas las invitaciones del astillero, incluso la del propio oficial al mando. La única que aceptaré será la de la fiesta de Pullings, porque no hay ningún riesgo; será en un sitio pequeño, bastante retirado, en Gosport, cerca del muelle. No puedo decepcionarle; va a traer a sus amigos del pueblo y a su novia.

–Señor -dijo el señor Scriven-, ¿puedo enseñarle el borrador que he hecho?

"¡5.000 libras un hombre! (o más)

RIQUEZA COMODIDAD DISTINCIÓN

¡SU ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE HACER

FORTUNA!

La corbeta de Su Majestad Polychrest se hará a la

mar dentro de poco para barrer de los mares a TODOS los enemigos del REY JORGE. Está diseñada para NAVEGAR CONTRA VIENTO Y MAREA y capturará, hundirá y destruirá sin piedad los impotentes barcos de guerra del tirano y acabará con su comercio en los océanos. ¡No hay tiempo que perder! Cuando el Polychrest haya zarpado no habrá más BOTINES, ni grandes mercantes franceses ni cobardes mercantes holandeses cargados con tesoros, joyas, seda, satén y caros manjares para la lujosa e inmoral corte del usurpador.

Este nuevo y asombroso barco, construido según principios científicos, está al mando del renombrado

OceanofPDF.com

CAPITÁN AUBREY

cuya corbeta Sophie, con una batería de 28 libras en

cada costado, capturó en la pasada guerra un navío del enemigo valorado en 100.000 libras esterlinas. ¡Con 28 libras! ¡Y el Polychrest dispara 384 libras por cada costado! Imaginaos qué hará con esta proporción. ¡Una cantidad más de DOCE VECES mayor! El enemigo pronto sucumbirá, el final está cerca. ¡Venid a participar en la diversión antes de que sea demasiado tarde y comenzad vuestro negocio!

El capitán Aubrey ha accedido a aceptar a algunos marineros más. Sólo serán admitidos hombres excepcionalmente despiertos e inteligentes, capaces de levantar un cubo de cuatro celemines lleno de oro.

¡Pero QUIZÁS TÚ SEAS AFORTUNADO! Corre, no hay tiempo que perder. Corre a la cita en… ¡TÚ PUEDES SER

EL AFORTUNADO QUE SEA

ACEPTADO!

Nada de molestas formalidades. Habrá las mejores

provisiones de 16 onzas por una libra esterlina y 4
libras de tabaco al mes. ¡Cerveza, vino y grog gratis!
Baile y música de violines a bordo. Un crucero que
proporcionará salud y riqueza. Sed sensatos, estaréis
sanos y seréis ricos, y bendeciréis el día en que hayáis
subido a bordo del Polychrest.

DIOS SALVE AL REY

–Las cifras que me he permitido poner son sólo como ejemplo

–dijo, mirándoles mientras ellos leían.
–Son un poco altas -dijo Jack, escribiendo cantidades más
razonables-. Pero me gusta. Le estoy muy agradecido, señor
Scriven. ¿Puede usted llevarlas a una imprenta y explicarles cómo

deben imprimirlas? Usted entiende admirablemente esas cosas. Pueden hacer una tirada de cien carteles grandes y otros doscientos pequeños para repartir a la llegada de los carros y los coches de los pueblos. Aquí tiene un par de guineas. Stephen, tenemos que ponernos en marcha. Todavía habrá suficiente luz para revisar los nuevos garruchos de cuero, y tienes que seleccionar a los hombres de dos grupos que han sido reclutados; te ruego que no rechaces a ninguno que pueda tirar de un cabo.

–Te gustará conocer a los oficiales -dijo, mientras esperaban por el bote-. Pueden parecer un poco rudos, pero eso es sólo al principio. Han ido al retortero estos días, haciendo el aprovisionamiento, especialmente Parker. El hombre a quien primero le ofrecieron el Polychrest vaciló -no se le pudo encontrar, no pudo tomar una decisión- y Pullings, bendito sea, no vino hasta después de que yo llegara. De modo que todo descansaba sobre los hombros de Parker.

Subió al bote y se sentó en silencio, pensando en su primer oficial. El señor Parker era un hombre de cincuenta y tantos años,

taciturno, preciso, estricto, muy exigente en la limpieza y en los detalles del uniforme -esto le había hecho ganarse el elogio del príncipe Guillermo-, valiente, activo, concienzudo; pero se cansaba con facilidad, no parecía muy inteligente y era un poco sordo. Peor aún, no entendía a los hombres -su lista negra era tan larga como su brazo, pero los auténticos marinos no le hacían caso-, y Jack tenía la sospecha de que tampoco entendía nada de la mar. También Jack tenía la sospecha, más que la sospecha, de que Parker imponía una disciplina superficial, una disciplina confusa, y de que si no estaba bajo control, el Polychrest sería un barco que llamaría la atención, muy bien pintado por fuera, pero sin orden dentro, donde se usaría el látigo cada día y la tripulación estaría malhumorada, poco dispuesta y violenta, o sea, sería un barco infeliz y una ineficiente máquina de combate.

No sería fácil tratar con él. No debía haber discordia en el alcázar; Parker debía ser visto como el encargado del funcionamiento diario del Polychrest, a quien el tolerante capitán no minaba la autoridad. No es que Jack fuera tolerante, ni mucho

menos; era un oficial ordenado y quería un barco ordenado, pero había servido en un infierno flotante y había visto otros, así que no quería formar parte de uno.

–Ahí está -dijo con un tono como si se pusiera a la defensiva, indicando el Polychrest con la cabeza.

–¿Es ese? – dijo Stephen.

Era un barco de tres mástiles -aunque Stephen dudaba si llamarlo navío- de muy buen aspecto, bastante alto en el agua. Sus costados eran de un negro brillante con una franja color limón donde se dibujaban doce portas, también negras; sobre la franja color limón había una línea azul, y encima otra blanca; y desde cada extremo hasta la línea azul había volutas doradas.

–No me parece tan extraño -continuó-, a no ser porque aparentemente tiene los dos extremos puntiagudos y carece de beque, o al menos no es esa pieza curva sumergida a la que estamos acostumbrados; pero después de todo, puede decirse lo mismo de la barquilla de cuero en la que el santo Brendan hizo su viaje. No entiendo de estas cosas.

–¿La barquilla resistió bien? ¿Navegaba contra viento y marea?

–Por supuesto. ¿Acaso no llegó a las islas de las Hespérides?

El viernes Jack estaba de tan buen humor como no lo había estado desde que había zarpado de Puerto Mahón tras recibir su primer mando. No sólo Pullings había traído a siete malhumorados pero excelentes marineros del Lord Mornington, sino que el cartel de Scriven había convencido a cinco jóvenes de Salisbury de que subieran a bordo para "preguntar por algunos detalles". Y aún su humor podía mejorar; Jack y Stephen estaban en cubierta, esperando para ir a la fiesta de Pullings, esperando allí entre la niebla gris a que los torpes tripulantes, importunados por el señor Parker y acosados por el contramaestre, consiguieran bajar la lancha al agua. Entonces de repente, una chalana apareció en las tinieblas y se aproximó a ellos. Había a bordo dos hombres que llevaban chaquetas azules cortas con botones de latón a un lado, pantalones blancos y sombreros alquitranados, y tenían largas coletas,

pendientes de oro y corbatas de seda negra. Todo esto les daba un aspecto bastante parecido al de marineros de un navío de guerra, y Jack, con mirada inquisitiva, les observaba desde el pasamanos. Con asombro reconoció el rostro de John Bonden, su anterior timonel, y de otro antiguo tripulante de la Sophie cuyo nombre no recordaba.

–Pueden subir a bordo -dijo.

Y cuando Bonden, con una radiante sonrisa, llegó frente a él en el alcázar, le dijo:

–¿Cómo le va? Le veo lleno de energía. ¿Me ha traído un mensaje?

Esa era la única explicación racional de que un marinero cruzara las concurridas aguas de Spithead como si la leva más feroz que se realizaba en muchos años no fuera motivo de preocupación. Pero en la cinta del sombrero que Bonden tenía en la mano no había ningún nombre de barco, y algo en su comportamiento hacía nacer la esperanza.

–No, Señoría -dijo Bonden-. Es que acá, Joe -movía el pulgar señalando a su acompañante (Joseph Plaice, el primo de

Bonden, claro. Estaba encargado del ancla de salvación y pertenecía a la guardia de estribor. Era mayor, muy estúpido, pero fiable cuando estaba sobrio, y muy hábil haciendo la variante del nudo Matthew Walker cuando estaba sobrio o callado)-me dijo que usted se hacía a la mar de nuevo, así que hemos venido desde Priddy's Hard para enrolarnos como voluntarios, si es que puede usted hacernos sitio, señor.

Habló tan alegremente como era posible dentro de los límites de la corrección.

–Haré una excepción con usted, Bonden. Y usted, Plaice, tendrá que conseguir un puesto enseñando a los grumetes a hacer el nudo Matthew Walker -dijo Jack en tono jocoso que pasó desapercibido para Joseph Plaice, pero éste puso una expresión satisfecha y se tocó la frente con los nudillos-. Señor Parker, enrole a estos hombres, por favor, y clasifique a Plaice como marinero del castillo. Bonden será mi timonel.

Cinco minutos más tarde, Jack y Stephen estaban en la lancha, y Bonden llevaba el timón, como en muchas incursiones sumamente

rápidas que habían hecho en la costa española. ¿Cómo era posible que estuviera libre en un momento como ese, cómo se las había arreglado para atravesar el gran puerto ávido de marineros sin haber sido reclutado? Sería inútil preguntarle; respondería con un montón de mentiras. Cuando llegaban a la entrada del puerto envuelta en sombras, Jack dijo:

–¿Cómo está su sobrino?

Se refería a George Lucock, un joven muy prometedor que Jack había clasificado como guardiamarina en la Sophie.

–¡Oh! ¿Nuestro George, señor? – dijo Bonden en voz baja-.

Iba en el York. Era sólo un marinero del trinquete; le habían reclutado en un barco que realiza el comercio con las Antillas.

El York se había ido a pique en el mar del Norte y toda su tripulación había perecido

–Habría llegado lejos -dijo Jack, sacudiendo la cabeza.

Aún veía al joven en el alcázar, radiante de felicidad por el ascenso obtenido, midiendo la altura del brillante sol de mediodía en el Mediterráneo, mientras salían destellos de su sextante de latón

pulido. Y recordaba que el York había salido del astillero Hickman, y que corría el rumor de que lo habían botado con las cuadernas en tal estado que no eran necesarios los faroles en la bodega, pues la madera carcomida dejaba pasar la luz. En cualquier caso, no estaba en condiciones de soportar las fuertes tempestades del mar del Norte; era una fábrica de viudas.

Su mente estaba ocupada con estos pensamientos cuando se abrían paso entre las embarcaciones, pasando por debajo de cables que llegaban hasta las enormes siluetas oscuras de los navíos de tres puentes, cruzándose en el camino de los innumerables botes que iban y venían, escuchando a veces palabras airadas o graciosas de los barqueros con autorización; y una vez, desde atrás de una boya llegó el grito: "¡Ahí van los del error del carpintero!", seguido de estruendosas carcajadas, lo cual les desanimó.

Stephen permaneció callado, haciendo profundas reflexiones. Y Jack, hasta que no estuvo cerca del muelle y vio la figura de Pullings, que esperaba por él, no volvió a animarse un poco. Pullings estaba con sus padres y una joven asombrosamente hermosa, una

dulce criatura de piel rosada y ojos azules, con una expresión muy seria, que llevaba guantes de encaje. Jack la miró con benevolencia y pensó: "Me gustaría llevármela a casa y mimarla".

El viejo señor Pullings era un campesino; trabajaba en un pequeño terreno en las inmediaciones de New Forest. Había traído dos cochinillos, muchas aves de caza y un pastel que fue necesario acomodar en una mesa para él solo; la posada, por su parte, servía la sopa de tortuga, el vino y el pescado. Los otros invitados eran jóvenes tenientes y ayudantes de contramaestre, y al principio la fiesta era más ceremoniosa y fúnebre de lo deseable. El señor Pullings estaba demasiado turbado para ver y oír bien, y después que soltó la parrafada sobre su agradecimiento al capitán Aubrey por lo bondadoso que había sido con su Tom, en voz baja y de un modo tan confuso que Jack sólo entendió la mitad, se puso a darle a la botella con gran perseverancia y en silencio. Los jóvenes estaban hambrientos, pues su hora de cenar ya había pasado hacía rato, y la enorme cantidad de comida que ingerían generaba conversación. Después de un rato ya había un murmullo continuo, se escuchaban

risas, la alegría era general. Jack pudo relajarse y se puso a escuchar atentamente a la señora Pullings, que le contaba en tono confidencial la angustia que había pasado cuando Tom se había hecho a la mar apresuradamente, sin "ropa para cambiarse, sin nada para cambiarse, ni siquiera un par de calcetines de lana".

–¡Trufas! – exclamó Stephen, atareado con el monumental pastel, el plato especial de la señora Pullings, su obra maestra (gallina y faisán deshuesados, con un abundante relleno de trufas, en una gelatina hecha con su propia sangre, vino de Madeira y patas de ternera), sosteniendo una con el tenedor-. ¡Trufas! Mi estimada señora, ¿dónde ha encontrado usted estas magníficas trufas?

–¿Las del relleno, señor? Nosotros les damos otro nombre. Pullings tiene una vieja cerdita, a la que le han quitado los ovarios, que las saca a montones a la orilla del bosque.

Trufas, morillas, pies azules y orejas de judío (muy saludables si no se caía en -el exceso, y aun así, sólo algunos casos de convulsiones, cierta rigidez en el cuello dos o tres días; no tenía sentido quejarse) ocuparon a Stephen y la señora Pullings hasta que

desapareció el mantel, las mujeres se retiraron y el oporto comenzó su ronda. Para entonces los rangos se habían igualado; al menos uno de los jóvenes tenía la grandeza, la majestuosidad, la importancia de un almirante, y Jack volvía a ser el alegre teniente de poco tiempo atrás, pues la embriaguez y aquella confusión a la luz de las velas habían hecho desaparecer su profunda preocupación por lo que el Polychrest haría en un temporal con toda aquella superestructura, y por su lastre, su equilibrio, su construcción, su tripulación y sus pertrechos.

Habían brindado por el Rey y el First Lord (Pullings había gritado: "¡Bendito sea!"), y por lord Nelson con tres vivas; por las esposas y las novias, por la señorita Chubb (la joven de piel rosada) y otras señoritas. Habían llevado al viejo señor Pullings a la cama. Y ahora cantaban:

Vamos a chillar y vociferar como auténticos marineros
británicos, vamos a bordear las costas y surcar los
mares
hasta tocar las aguas poco profundas del Canal de

nuestra querida Inglaterra: desde Ushant a Scilly,

treinta y cinco leguas.

Pusimos nuestro barco en facha cuando el viento

soplaba del suroeste, compañeros,

pusimos nuestro barco en facha para tocar las aguas

poco profundas.

Entonces la gavia mayor se hinchó y arribamos,

compañeros, y directo al Canal nos dirigimos.

Vamos a chillar y vociferar…

Había un enorme jaleo, y sólo Stephen notó que la puerta se abría justo lo suficiente para que asomara la cara de Scriven, quien tenía una mirada inquisitiva; entonces cogió a Jack por el codo para advertirle. Y el alboroto continuaba todavía cuando la puerta se abrió de par en par y los alguaciles entraron precipitadamente.

–Pullings, sujete a ese canalla que lleva la porra -gritó Stephen, tirando una silla a las piernas de los alguaciles y agarrando por la cintura al tipo de la nariz rota.

Jack corrió a la ventana, saltó y se subió al alféizar, donde permaneció manteniendo el equilibrio. A sus espaldas los alguaciles forcejeaban en medio de la confusión y alargaban sus porras con absurdo afán, tratando de alcanzarle, sin hacer caso de los brazos que les rodeaban la cintura, el pecho y las rodillas, obstaculizándoles el paso. Eran tipos muy fuertes y determinados; la recompensa era alta y se acercaban a la ventana abierta luchando con ahínco; un toque equivalía a un arresto legal.

Un salto y escaparía; pero el jefe de los alguaciles era ladino, había apostado a un grupo de hombres fuera, que ahora miraban ansiosos hacia arriba y gritaban: "¡Salte, señor! ¡Amortiguaremos su caída! ¡Sólo es un piso!". Se agarró a la ventana y estiró la cabeza, recorrió con la vista toda la calle hasta la orilla del mar -podía ver cómo brillaba el agua- y el lugar donde la tripulación del Polychrest debía de estar bebiendo la cerveza que Pullings les había mandado junto con un cochinillo; y podía confiar en Bonden, sin duda. Se llenó los pulmones y gritó "¡Polychrest!" tan alto que el eco que llegó desde Portsmouth cortó en seco la agradable charla en la

lancha.

–¡Polychrest!

–¿Señor? – la voz de Bonden llegó a través de la húmeda penumbra.

–¡Corra a la posada, rápido! ¡En la parte alta de la calle! ¡Traiga los tablones!

–Sí, sí, señor.

En un momento la lancha se quedó vacía. Los tablones, unos trozos de madera largos para apoyar los pies en un bote, indicaban jaleo. El capitán seguramente estaba reclutando a algunos marineros por la fuerza, y ellos, que también habían sido reclutados por la fuerza, no querían perderse ni un minuto de diversión.

Los pasos resonaban al final de la calle y se acercaban; después un crujido de sillas rotas, juramentos y una confusa pelea.

–¡Aquí, aquí! ¡Justo debajo de la ventana! – gritó Jack.

Se colocaron allí, jadeantes, con la boca abierta, un poco atontados.

–¡Haced un círculo! ¡Sostenedlos por abajo! – dijo.

Luego saltó, e incorporándose gritó:

–¡Corramos al bote! ¡Echad una mano, echad una mano!

En un primer momento, el grupo de hombres que estaba en la calle vaciló, pero cuando los alguaciles, con su jefe a la cabeza, salieron corriendo de la posada, gritando: "¡Alto, en nombre de la ley! ¡Alto, en nombre de la ley!", se acercaron, y la estrecha calle se llenó del ruido de fuertes puñetazos, gruñidos y golpes de tablones de madera. Los marineros, y Jack en medio de ellos, se abrían camino rápidamente en dirección al mar.

–¡Alto, en nombre de la ley! – gritó el alguacil de nuevo, haciendo un intento desesperado de abrirse paso.

–…la ley! – gritaron los marineros.

Y Bonden, luchando cuerpo a cuerpo con el alguacil, le arrebató la porra y la lanzó calle abajo, hacia el mar, diciendo:

–Ahora has perdido tu autoridad, amigo. Ahora puedo pegarte, así que ten cuidado, amigo, te lo advierto. Ten cuidado o te arrepentirás, amigo.

El alguacil gruñó, sacó su sable y se abalanzó hacia Jack.

–Listo ¿eh? – dijo Bonden, y le dio con el tablón en la cabeza, haciéndole caer en el barro, donde Pullings y sus amigos le pisotearon al salir en tropel de la posada.

Al ver esto, el grupo se dispersó; corrían gritando que tenían que ir a buscar a sus amigos, a la guardia, a los militares y dejaron a dos de los suyos tumbados en el suelo.

–Señor Pullings, traiga por la fuerza a esos hombres, por favor –dijo Jack desde el bote-. Y a ese tipo que está en el barro. ¿Dos más? Estupendo. ¿Estamos todos a bordo? ¿Dónde está el doctor? Llamad al doctor. ¡Ah, estás ahí! ¡Desatracad! Todos juntos, ahora, a ciar. ¡Ciar rápido! Ese será, sin duda, un excelente marinero, después que se haya habituado a nuestras costumbres; es un hombre realmente perseverante.

Cuando sonaron las dos campanadas de la guardia de mañana, el Polychrest se deslizaba despacio por el mar frío y gris, con un viento frío y gris, pues aprovechando que a medianoche éste había rolado al sureste, Jack había ordenado soltar amarras sin perder ni un minuto (en aquella época del año un barco podía estar detenido

por el viento en el Canal durante semanas), a pesar de que la marea estaba subiendo. El viento era suave, insuficiente para disipar la niebla o para levantar más de un rizo en la superficie ondulada del mar, y el Polychrest podía tener desplegada gran cantidad de velamen; sin embargo, apenas llevaba desplegadas más velas que las gavias y navegaba tan despacio que en su costado el agua hacía sólo un ligero rumor.

La alta y oscura figura de su capitán, que parecía mucho más corpulenta con la ropa para el mal tiempo, permanecía en el costado de barlovento del alcázar. Tras oír el sonido de la corredera al caer, los gritos "¡girar!" y "¡parar!", y el ruido que ésta hizo al subir a bordo de nuevo, se volvió y dijo:

–¿Qué tenemos, señor Babbington?

–Dos nudos y tres brazas, con su permiso, señor.

Jack asintió con la cabeza. Allí en la oscuridad, en algún lugar por la amura de babor, estaría Punta Selsey, y dentro de poco tendría que virar; aún tenía mucho espacio, pues el persistente ruido de las bocinas de los barcos pesqueros, a sotavento, indicaba que la

costa estaba a más de una milla. Por el lado de alta mar se oía el estruendo de un cañón cada pocos minutos -sin duda, un navío de guerra que iba a Portsmouth en dirección contraria- y la carronada de proa del Polychrest respondía regularmente con cargas reducidas. Jack pensó: "Por la mañana habrá al menos cuatro hombres que sepan cómo manejar una".

Por una parte, era mala suerte que su primer contacto con el Polychrest tuviera lugar cuando no se veía el horizonte, cuando no podía distinguirse dónde se separaban el mar y el aire; pero no lo lamentaba, después de todo, pues podía ganar al menos algunas horas y dejar atrás Gosport, su suciedad y sus posibles complicaciones; además, ardía en deseos de saber cómo podría gobernarse el Polychrest en alta mar desde la primera vez que lo había visto. El barco, al elevarse con el oleaje, tenía un movimiento muy extraño, parecido al nervioso respingo y el estremecimiento de un caballo al espantarse, un balanceo con ligeras contorsiones que él no había notado nunca antes.

El señor Goodridge, el segundo oficial, de pie junto al oficial de

derrota que gobernaba el barco, podía verse gracias a la luz de la bitácora. Era un hombre reservado, ya mayor y de gran experiencia, que había sido segundo oficial de un navío de línea. Le habían degradado por discutir con el capellán y le habían rehabilitado poco tiempo atrás, por eso estaba tan atento al comportamiento del Polychrest como el capitán.

–¿Qué le parece, señor Goodridge? – preguntó Jack, acercándose al timón.

–Bueno, señor, nunca he notado una resistencia tan fuerte.

Jack cogió el timón; en efecto, incluso navegando a aquella velocidad se sentía una fuerte y continua presión mientras el Polychrest ponía la proa contra el viento. Lo dejó seguir a su ritmo; y justo antes de que las velas empezaran a flamear, la resistencia cesó, Jack dejó de sentir en sus manos la vibración del timón, y el ritmo del extraño movimiento de tirabuzón cambió por completo. No podía entender aquello, y permaneció allí, desconcertado, mientras poco a poco volvía a llevar el Polychrest a su rumbo. Parecía que éste tenía dos centros de rotación, dos pivotes, si no tres. Desde

luego, el foque, la trinquete y la sobremesana con un rizo hacían lenta su marcha, pero ese no era el problema, eso no justificaba la escasa fuerza del timón, la repentina falta de respuesta.

–Tres pulgadas en la sentina, señor -dijo el ayudante del carpintero, haciendo su informe de rutina.

–Tres pulgadas de agua en la sentina, con su permiso, señor –dijo el segundo oficial.

–Muy bien -dijo Jack.

Era una cantidad insignificante. No se había probado el barco antes y no se sabía cómo respondería en una marejada, pero al menos se comprobaba que aquellas extrañas quillas movibles y la indescriptible peculiaridad de su construcción no permitían que el agua entrara a raudales; ese era un pensamiento tranquilizador, porque él tenía dudas.

–Seguro que encontraremos la orientación que le venga mejor –le dijo al segundo oficial y se dirigió de nuevo al pasamanos.

Trató de recrear, medio conscientemente, sus paseos por el alcázar en la pequeña Sophie, y su mente, que estaba agotada

debido a la fiesta de Pullings, el confuso y largo proceso de desatracar con el escobén del ancla sucio y la ansiedad por avanzar por un camino abarrotado, volvió a hacer consideraciones sobre las fuerzas que actúan sobre una embarcación.

Los fuegos de la cocina recién encendidos provocaron un poco de humo que, en forma de remolino, se alejó hacia popa junto con el olor a gachas, y al mismo tiempo, Jack oyó cómo las bombas de proa empezaban a funcionar. Iba de un lado a otro, de un lado a otro, con las manos tras la espalda y la barbilla metida bajo el impermeable para protegerse del aire cortante; de un lado a otro. La figura del Polychrest estaba tan clara en su mente como si tuviera el modelo a la luz de una lámpara, y él analizaba su reacción a la influencia de la creciente marea, el embate del viento sobre los costados y los profundos remolinos que se formaban bajo los timones tan extrañamente colocados…

Los hombres de la guardia de popa, con sus cubos, iban salpicando de agua el alcázar, evitando interponerse en su camino; y detrás iban los que llevaban la piedra arenisca. El contramaestre

estaba en cubierta. Su nombre era Malloch; era un tipo joven, bajito, de aspecto feroz, y había sido ayudante de contramaestre en el destrozado Ixion. Jack oyó su grito y el fuerte golpe de su vara cuando comenzó a pegarle a un marinero del castillo. Y todo el tiempo se oían a intervalos el estampido de la carronada, el cañón del navío de guerra ahora lejano, las bocinas cercanas al puerto y la cantinela del marinero halando el escandallo en las cadenas: "marca nueve… nueve menos un cuarto".

La inclinación de los mástiles era de gran importancia, desde luego. Jack era un marino más intuitivo que científico, y en su representación mental del Polychrest los brandales iban tensándose hasta que los mástiles formaban un ángulo recto y una voz interior decía: "¡Amarrar!". La piedra arenisca comenzó su incesante pulido; a las cubiertas no les venía mal, después de los daños provocados por el apresurado equipamiento. Esos ruidos y olores le resultaban tan familiares y hasta tal punto todas esas dificultades formaban parte de ese mundo que conocía desde la niñez que le parecía haber vuelto a su verdadero elemento. No es que le desagradara estar en

tierra -un lugar estupendo, con tantos juegos, tanta diversión-, pero allí las dificultades y las complicaciones eran muy vagas e imprecisas, se sucedían una tras otra, no tenían fin; ningún hombre podía dominarlas. Aquí, aunque la vida era realmente bastante compleja, podía al menos tratar de enfrentarse a cualquier cosa. La vida en la mar tenía la gran ventaja de que… algo no iba bien. Trató de averiguar qué era, mirando con atención a proa y a popa, ahora bajo la luz grisácea del naciente día. Los barcos pesqueros que habían seguido un rumbo paralelo ahora estaban a popa; su melancólico gemido parecía provenir de la propia estela del Polychrest. La Punta ya no debía de estar lejos. Había que virar. Escoger ese momento era terriblemente inoportuno, pues toda la tripulación estaba ocupada; habría preferido esperar hasta que el grupo que descansaba abajo estuviera en cubierta, pero si lo hacía, el barco podría estar más abatido de lo adecuado, y sólo un tonto se arriesgaría por dar importancia al orden.

–Vamos a virar, señor Goodridge -dijo.

El contramaestre empezó a llamar a los marineros. Quedaron a

un lado la piedra arenisca, escobas, cubos, lampazos, rodillos de goma, trapos para limpiar el bronce y libros de oración cuando sus ayudantes gritaron por las escotillas: "¡Todos a sus puestos!" y bajaron por ellas para hacer subir a cubierta a los que dormían, tan cansados por el duro trabajo, mareados o desolados que no habían oído la carronada ni el incesante ruido de la piedra arenisca. Los auténticos marinos, una veintena más o menos, ya estaban en sus puestos desde hacía diez minutos -Pullings y el contramaestre en el castillo, el condestable y sus ayudantes a proa, el carpintero ocupándose de las escotas de la vela trinquete y los infantes de marina de las de la vela mayor, y los gavieros del palo mayor y la guardia de popa en el alcázar, a cargo de las brazas- cuando los últimos hombres de tierra adentro, medio vestidos, desconcertados y desesperados, fueron llevados arriba y conducidos a empujones y golpes hasta sus puestos.

–¡Arribar! – le dijo Jack al timonel, esperando a que terminase aquel espectáculo de feria y que el ayudante del contramaestre dejara de azotar al antiguo alguacil para ayudarle a entender la

diferencia entre un estay y una bolina.

Y cuando sintió que la corbeta ganaba un poco de velocidad y observó que en cubierta había cierto orden, consideró que había llegado el momento adecuado y gritó:

–¡Listos para virar!

–¡Listos para virar, señor! – le respondieron.

–Orzar despacio, ahora -le dijo en voz baja al timonel.

Y luego gritó con voz clara:

–¡Timón a sotavento! ¡Escotines del velacho, bolina del velacho, escotas de la trinquetilla, soltar!

Las hinchadas velas de proa se pusieron fláccidas, perdiendo su abultada forma; el Polychrest describió una larga y suave curva hacia donde venía el viento.

–¡Soltar amuras y escotas!

Todo estaba preparado para la orden decisiva que haría girar en redondo las vergas; todo se hacía con la misma tranquilidad y lentitud con que la corbeta viraba en aquel lugar amorfo, extraño y sombrío; había tiempo de sobra. Y Jack, al ver cómo ellos pasaban

las escotas por encima de los estayes -como si jugaran a hacer dibujos con una cuerda entre los dedos o a hacerse señales-, pensó que era mejor así.

El giro era ahora más lento; las olas fueron cambiando de dirección hasta que llegaron por la amura de estribor, en sentido contrario al rumbo. Despacio, despacio, con el viento a dos grados, a un grado y medio… Y cuando ya se habían formado en sus labios las palabras "¡halar la vela mayor!", Jack se dio cuenta de que el fuerte ruido que se escuchaba de proa a popa claramente, en medio del expectante silencio, era el de los cachones contra Punta Selsey. El abatimiento había sido el doble o el triple del que él y el segundo oficial habían calculado. En ese mismo momento, notó un radical cambio de movimiento, una gran resistencia; seguramente no podría virar por avante. El barco no podría llegar a poner proa al viento y luego seguir virando, para que las velas, adecuadamente orientadas, se hincharan por el costado de babor y lo llevaran a alta mar.

Un barco que no pudiera virar por avante tenía que virar en redondo; tenía que abatirse con el viento, justo sobre la trayectoria

que traía e incluso más allá, pivotando sobre la popa y describiendo una amplia curva a sotavento hasta que tuviera el viento casi de popa, y luego tenía que seguir girando, girando, hasta que lo tuviera justo de popa y pudiera cambiar por fin de bordo y llegar a colocar la proa en la dirección deseada; era un giro largo, largo. Y en este caso, con esta marea, este oleaje y este viento, el Polychrest necesitaría una milla para realizarlo, un margen de maniobra de una milla, antes de que pudiera navegar velozmente y adentrarse en el Canal.

El barco perdía velocidad; sus velas flameaban con poca fuerza en medio del silencio; con cada embate del mar se acercaba más a la costa, aunque ellos no podían verla. Las alternativas pasaban rápidamente por la mente de Jack; podía dejarlo arribar, largar la vela de mesana y volver a intentarlo; podía virar en redondo y arriesgarlo, deteniéndolo si hubiera hecho un cálculo muy justo, aunque este proceso significaría una lamentable y horrible pérdida de tiempo; o podía cambiar de bordo braceando las vergas de proa. Pero, ¿se atrevería él a cambiar de bordo braceando las vergas de

proa con esa tripulación? Mientras analizaba estas posibilidades a toda prisa, en un rincón remoto de su mente, una aguda voz se quejaba de la injusticia de no haber podido virar contra el viento, algo monstruoso e increíble en aquellas condiciones, una maldad que conseguiría hacerle llegar tarde a su puesto y permitir a Harte decirle que no era un buen oficial ni un buen marino, sino un sibarita y un holgazán que arrastraba el trasero. Ese era el peligro; estaba convencido de que no había en este mar más peligro que una mala interpretación de las cosas y la probabilidad de la horrible reprimenda, sin réplica posible, de un hombre que despreciaba.

Estos pensamientos se sucedieron desde que oyó el chasquido del escandallo en el agua hasta que oyó el grito: "¡Profundidad ocho!". Y al oír el grito: "¡Ocho menos un medio!", se dijo: "Cambiaré de bordo braceando las vergas de proa". Y entonces gritó:

–¡Izar la gavia mayor y el velacho! ¡Halar las escotas del velacho a barlovento! ¡Poner el velacho contra el viento, sujetad esa braza! ¡Moveos ahí en el castillo! ¡Bolinas a sotavento, bolinas a

sotavento!

Como si hubiera caído en un blando cojín, el Polychrest dejó de avanzar -él pudo sentirlo bajo sus pies- y comenzó a moverse hacia atrás, y las velas de proa y el timón a sotavento iban virándolo.

–¡Vergas de la mesana y de la vela cuadra mayor! ¡Coged esas brazas, ahora!

Tal vez el barco no viraba bien contra el viento, pero con aquella extraña popa puntiaguda podía moverse muy bien hacia atrás. El nunca había visto un movimiento de popa similar.

–Ocho y medio -dijo una voz desde las cadenas.

El barco comenzó a virar; las vergas de la vela cuadra mayor y la mesana quedaron paralelas a la dirección del viento y las gavias flamearon. Viraba cada vez más. Ahora tenía el viento casi de popa y debería dejar de retroceder; pero no lo hizo, sino que continuó desplazándose a bastante velocidad en la dirección equivocada. Jack cambió de orientación las gavias, viró el timón a barlovento, y sin embargo, el barco seguía deslizándose hacia atrás, en absurda

contradicción con los principios conocidos. Por un momento, los cimientos de su mundo se estremecieron y observó que el segundo oficial tenía una mirada asombrada, horrorizada; luego, con un susurro desde los mástiles y los estayes, como un extraño y grave gemido, el Polychrest dejó de moverse casi por completo y enseguida comenzó a avanzar. Primero tenía el viento de popa, luego por la aleta de babor. Tensando la vela de mesana y orientando bien todas, Jack estableció el rumbo, y después dio permiso al grupo que debía bajar y se dirigió a su cabina, sintiendo un gran alivio. Los cimientos de su mundo volvían a estar firmes; el Polychrest avanzaba directamente hacia alta mar, con el viento abierto un grado; la tripulación no lo había hecho muy mal ni se había perdido demasiado tiempo, y con suerte su despensero le habría preparado una decente taza de café. Se sentó sobre una taquilla y se apoyó contra el mamparo, mientras el barco se balanceaba. Escuchó pasos apresurados sobre su cabeza, cuando los cabos eran adujados y colocados en orden, y luego los diversos sonidos de la limpieza; un bloque de piedra de enorme tamaño

comenzó a deslizarse con un ruido sordo sobre la cubierta, a dieciocho pulgadas por encima de su cabeza. Parpadeó una vez, dos veces, sonrió, y enseguida se durmió, sonriendo.

Todavía estaba dormido cuando se dio la voz de rancho; todavía dormía cuando en el comedor los hombres se sentaron ante su plato de espinacas y tocino ahumado. Y fue entonces que Stephen vio por primera vez a todos los oficiales del Polychrest juntos, a todos menos a Pullings, que estaba de guardia y se paseaba por el alcázar con las manos tras la espalda, tratando de imitar lo más posible al capitán Aubrey, y se acordaba de vez en cuando de mirar hacia atrás con expresión diabólica, como la de un auténtico malvado, a pesar de estar rebosante de alegría. En la cabecera de la mesa estaba sentado el señor Parker, a quien Stephen había conocido algunos días atrás, un hombre alto y delgado, de bastante buen aspecto, excepto por la expresión de su rostro, e inclinado a hacer críticas; luego estaba el teniente de infantería de marina con su chaqueta color escarlata, un escocés de las Hébridas, muy bien educado, cuyo nombre era Macdonald, de pelo negro y con la cara

tan llena de marcas de viruela que era difícil saber cuál era su expresión habitual. El señor Jones, el contador, su vecino de asiento, también era un hombre moreno, pero ahí terminaba el parecido entre ellos. Era bajito y encorvado; sus mejillas fláccidas oscilaban a ambos lados de su boca roja y carnosa, tenía la cara pálida, del color del queso, y también la calva, que se extendía de oreja a oreja. El pelo sólo le crecía en una franja alrededor de ésta, era lacio y le caía sobre el cuello en escasos mechones; sin embargo, una oscura barba, muy fuerte y crecida, rodeaba sus mejillas de cera. Tenía el aspecto de un tendero. Pero tuvo poco tiempo para juzgarle por su conversación, porque apenas tuvo el plato delante se levantó de la mesa haciendo arcadas, se fue corriendo y dando tumbos al jardín y no se le volvió a ver. A continuación estaba el segundo oficial, todavía bostezando por haber hecho la guardia de mañana. Era un hombre mayor, delgado, canoso y de ojos azules, y hablaba poco en la mesa al principio de la comida. Por su parte, Stephen estaba silencioso, como era habitual; los demás andaban con pies de plomo con sus nuevos compañeros de rancho, y el hecho de saber

que el cirujano era amigo íntimo del capitán Aubrey les hacía controlarse aún más.

Sin embargo, a medida que el apetito de Stephen disminuía, su deseo por obtener información aumentaba, de modo que dejando a un lado el cuchillo y el tenedor le dijo al segundo oficial:

–Por favor, señor, ¿cuál es la función de ese curioso cilindro metálico inclinado que está frente a mi pañol? ¿Qué nombre tiene?

–Pues, doctor -dijo el señor Goodridge-, no sé cómo llamarlo con propiedad como no sea abominación; los constructores del barco lo llamaban cámara de combustión, por eso supongo que era ahí donde se guardaba el arma secreta. Tenía la salida a cubierta donde ahora se encuentra el castillo.

–¿Qué tipo de arma secreta? – preguntó Macdonald.

–Algo parecido a un proyectil, me parece.

–Sí -dijo el primer oficial-, una especie de enorme proyectil, sin soporte. Era el barco el que iba a servirle de soporte, y esas rampas apalancadas servían para lanzarlo elevándolo por la punta o por la parte posterior. Se calculaba que el arma podría destruir un

navío de primera clase a una milla de distancia, pero tenía que estar situada en el centro del barco, para contrarrestar el balanceo, y por ese motivo se empleó el sistema de quillas y timones laterales.

–Si el calibre del proyectil era el mismo de esa cámara, el retroceso debería haber sido tremendo -dijo Macdonald.

–Tremendo -dijo el señor Parker-. Por eso se diseñó la popa puntiaguda, para permitir que el barco retrocediera y evitar que el fuerte empuje destrozara el fondo, pues con una popa cuadrada, el barco ofrecería resistencia y quedaría destruido. Aun así, hubo que poner un bloque de madera donde debería estar el codaste para que recibiera directamente el impacto.

Un personaje muy importante había asistido al lanzamiento de prueba, en el que había perdido la vida su inventor, y le había contado al señor Parker que el barco había retrocedido rápidamente una distancia igual a su longitud, hundiéndose al mismo tiempo en el agua hasta la parte superior de los yugos. El importante personaje, el señor Congreve, que iba en representación de su partido, había estado en contra del arma desde el principio; había dicho que nunca

funcionaría, y nunca había funcionado; esas innovaciones nunca funcionaban. El señor Parker estaba en contra de cualquier ruptura con la tradición; eso nunca estaría bien en la marina. Por ejemplo, no le gustaban los cañones con llave de chispa, aunque al pulirlos quedaban muy brillantes, con un aspecto apropiado para una inspección.

–¿Cómo murió ese pobre caballero?

–Parece que él mismo encendió la mecha, y como ésta tardaba en arder, metió la cabeza en la cámara para ver qué pasaba y entonces hubo una explosión.

–Bueno, lo siento por él -dijo el señor Goodridge-. Pero si eso tenía que suceder, hubiera sido mejor que mandara el barco al fondo al mismo tiempo. Nunca he visto una embarcación más extravagante ni más inútil para navegar, y las he visto malas en mi vida. Se ha abatido más que una balsa corriente entre Saint Helen y la Punta, a pesar del filo del fondo y las quillas movibles, retorciéndose como si hubiera caído en una trampa. Después no ha podido virar por avante en una represa de molino. No me gusta. Me

recuerda a la señora Goodridge; cualquier cosa que uno haga le viene mal. Si el capitán no hubiera cambiado de bordo braceando las vergas de proa en un momento, pues, no sé dónde habríamos ido a parar. Una compleja maniobra, de experto marino, sin duda, aunque yo mismo no me habría aventurado a hacerla, no con esos vagabundos por tripulantes. Pero verdaderamente retrocedía con más velocidad de lo que creía posible; como usted, dice, señor, ha sido construido para dar marcha atrás, y pensé que iría dando marcha atrás hasta que nos encontráramos fondeando en la costa francesa. Es una obra estrambótica, en mi opinión, y gracias a Dios que está al mando un auténtico marino; pero le aseguro que ignoro lo que hará él o lo que hará el arcángel Gabriel si se levanta viento. El Canal no es suficientemente ancho; por lo que se refiere a espacio, lo que esta embarcación necesita es el gran océano Pacífico, en su parte más ancha.

A continuación de las palabras del segundo oficial aumentó el balanceo y la cesta del pan se deslizó por la mesa. Inmediatamente un guardiamarina fue a la cabina de Jack para anunciarle que el

viento estaba rolando al este. El guardiamarina tenía cara de ratón; estaba muy envarado luciendo su mejor uniforme y llevaba a un lado su puñal, con el que había dormido toda la noche.

–Gracias, señor… -dijo Jack-. No recuerdo su nombre.

–Parslow, señor, con su permiso.

Ahora Jack recordaba. El recomendado del comisario de marina, hijo de la viuda de un marino.

–¿Qué le ha pasado en la cara, señor Parslow? – le preguntó, observando la roja y profunda herida con hilachas pegadas que éste tenía en la mejilla y que iba desde la oreja a la barbilla.

–Me estaba afeitando, señor -dijo el señor Parslow con un orgullo que no podía esconder-. Me estaba afeitando, señor, y vino una enorme ola.

–Enséñesela al doctor; transmítale mis saludos y dígale que me complacería que viniera a tomar el té conmigo. ¿Por qué tiene puesta su mejor ropa?

–Me dijeron… creían que yo debía ser un ejemplo para la tripulación, señor, pues éste era mi primer día en la mar.

–Muy acertado. Sin embargo, yo me pondría ahora ropa para el mal tiempo. Dígame, ¿le han mandado a buscar la llave de la sobrequilla?

–Sí, señor, y la he buscado por todas partes. Bonden me dijo que era probable que la tuviera la hija del condestable; entonces le pregunté al señor Rolfe, pero me dijo que lo sentía, que no era un hombre casado.

–Bien, bien. ¿Tiene usted ropa para el mal tiempo?

–Bueno, señor, hay muchas cosas en mi baúl, en mi baúl de barco, que el tendero le dijo a mamá que debía traer. Y tengo el sombrero alquitranado de mi padre.

–El señor Babbington le enseñará lo que debe ponerse. Transmítale mis saludos y dígale que le enseñe lo que debe ponerse –dijo, recordando el trato bárbaro e inhumano del caballero en cuestión-. No se limpie la nariz con la manga, señor Parslow. No es de buena educación.

–No, señor. Le pido disculpas.

–Entonces vaya rápidamente. ¿Acaso soy una condenada

niñera? – dijo en tono irritado, y luego pidió su chaqueta de lana.

En cubierta fue sorprendido por una ráfaga de lluvia mezclada con aguanieve y espuma. El viento era muy frío; había aumentado y ahora se llevaba la niebla, sustituyéndola por nubes bajas, bandas de nubes rezumantes, de color gris acero y negro, que traía desde el este, desde el horizonte. Una marejada no muy fuerte pero desagradable estaba formándose mientras subía la marea, y aunque el Polychrest mantenía su rumbo bastante bien, desplazaba mucha agua, y a pesar de que llevaba desplegado poco velamen, se movía como si tuviera desplegadas las sobrejuanetes. Era tan extravagante como temía; y además, no era demasiado estable. Había dos hombres al timón, y por la fuerza con que agarraban las cabillas estaba claro que luchaban duramente para evitar que el barco se pusiera contra el viento.

Estudió la tablilla de navegación, hizo un cálculo aproximado de su posición, añadió el triple de espacio para el abatimiento y decidió que virarían media hora más tarde, cuando las dos guardias estuvieran en cubierta. Tenía mucho espacio, y no había razón para

molestar a los pocos buenos marineros que había a bordo, sobre todo porque el cielo estaba cambiando y su aspecto era terrible, amenazador; probablemente tendrían una noche atroz. Pronto mandaría bajar los mastelerillos y ponerlos sobre cubierta.

–Señor Parker -dijo-, ponga otro rizo en el velacho, por favor.

La llamada del contramaestre, el apresuramiento de los marineros; la andanada de órdenes a través de la bocina del señor Parker:

–¡A las drizas! ¡Sujetad esa braza! ¡Señor Malloch, dé un toque a esos marineros en las brazas!

Las vergas giraron en redondo, las velas dejaron de atrapar el viento y el Polychrest viró a la derecha, haciendo al mismo tiempo un movimiento tan retorcido que el timonel tuvo que abrazarse al timón para evitar que el barco se pusiera contra el viento. Parker continuó:

–¡Tirad! ¡Moveos! ¡Usted, señor, el que está en el penol! ¿Está dormido? ¿Va usted a pasar el puño alto de barlovento? ¡Mire lo que

hace! ¿Va usted a guardar ese martillo? Señor Rossall, anote el nombre de ese hombre. ¡Amarrad!

En medio de los gritos, Jack observaba a los hombres que estaban arriba. El que estaba en el penol era el joven Haines, del Lord Morninglon; conocía su oficio, podría ser un buen capitán de la cofa del trinquete. Jack vio cómo se le deslizó el pie cuando iba hacia el mástil por los guindastes, pues en éstos faltaban barriletes.

–¡Quite al último marinero de la verga de popa! – dijo el primer oficial, con la cara roja de gritar-. Empiece con él, señor Malloch.

Era la misma tontería de siempre: el último hombre que quedaba fuera era el primero que se colocaba justamente en el penol. La marina era dura -tenía que ser dura-, pero no había necesidad de hacerla más dura todavía, desanimando a los marineros con buena disposición. La tripulación tendría mucho que hacer; era una lástima que desperdiciaran su fuerza pegándose unos a otros. Además, era fácil llegar a ser impopular reprendiendo a un oficial en público, fácil y desastroso a la larga.

–¡Barco a la vista! – gritó el serviola.

–¿Dónde?

–Justo a popa, señor.

El barco salía de una oscura y borrosa franja de lluvia medio helada y ya se veía su casco. Era una fragata que llevaba el mismo rumbo del Polychrest y se le acercaba muy rápidamente. ¿Francesa o inglesa? No estaba muy lejos de Cherburgo.

–Haga la señal secreta -dijo Jack-. Señor Parker, su catalejo, por favor.

Atrapó la fragata en el aro gris del objetivo, mientras se balanceaba para contrarrestar el movimiento del barco, que cabeceaba y vibraba; a su espalda, el cañón de barlovento del Polychrest disparó, y enseguida él vio aparecer la bandera azul y blanca a bordo de la fragata, ondeando hacia sotavento, y el humo del cañonazo de respuesta.

–Dígame nuestra posición -dijo, ahora relajado.

Dio órdenes de hacer barriletes a los guindastes, le pidió al señor Parker que le diera información sobre la fragata y, después de

enviar a Haines a proa, se puso a observarla tranquilamente.

–Son tres, señor-dijo el señor Parker-. Y creo que la primera es la Amethyst.

Eran tres y avanzaban en fila.

–Es la Amethyst, señor -dijo el guardiamarina encargado de las señales, con el libro acurrucado contra el pecho para protegerlo.

Las fragatas seguían la estela del barco, iban en su misma dirección. Pero el abatimiento del Polychrest era tal que al poco tiempo Jack ya no las veía de frente sino desde un ángulo. El ángulo aumentaba con alarmante velocidad, y cinco minutos después las veía por la aleta de barlovento. Éstas habían quitado los mastelerillos, pero todavía llevaban desplegadas las gavias, a las cuales su experta tripulación podría hacer un rizo en un momento.

La primera de ellas era, en efecto, la Amethyst; la segunda era posiblemente la Minerve, aunque no estaba seguro; la tercera era la Franchise, una hermosa fragata de construcción francesa, con treinta y seis cañones, al mando de la cual estaba su viejo amigo Heneage Dundas, capitán de navío. Dundas había llegado a teniente

cinco años después que él y había sido capitán de corbeta durante trece meses. Jack había bromeado con él muchas veces en la camareta de guardiamarinas e iba a hacerlo ahora otra vez. Allí estaba su amigo, subido a una carronada del alcázar, agitando su sombrero alegremente. Jack levantó el suyo y el viento soltó la cinta que ataba su rubio pelo, haciéndolo ondear en dirección noroeste. Como en respuesta, una serie de banderas fueron izadas rápidamente en el palo de mesana de la Franchise.

–Alfabético, señor -dijo el guardiamarina, y deletreó la señal-. P, S… ¡Ya sé! Salmos; salmos CXLVII, 10.

–Entendido -dijo Jack, que no era un gran conocedor de la Biblia.

Dos cañonazos disparó la Amethyst, y las fragatas orzaron una tras otra, moviéndose como gálibos sobre una placa de cristal, virando en un espacio de idénticas dimensiones, manteniendo su posición como si estuvieran atadas unas a otras. Fue una maniobra sumamente bien realizada, a pesar de la marejada y el viento, el resultado de años de adiestramiento; la tripulación aunaba esfuerzos

y los oficiales conocían su barco.

Jack sacudió la cabeza, mirando cómo las fragatas desaparecían en la oscuridad. Sonaron ocho campanadas.

–Señor Parker -dijo-, quitaremos los mastelerillos, los pondremos sobre cubierta y luego viraremos.

Cuando los mastelerillos estuvieran sobre cubierta ya no habría ningún amigo gracioso a quien mirar en la distancia.

–¿Cómo ha dicho, señor? – dijo Parker, moviendo nerviosamente la cabeza.

Jack repitió la orden y se fue al coronamiento, dejando que el primer oficial la ejecutara.

Mientras observaba la estela del Polychrest para comprobar su abatimiento, vio un pequeño pájaro negro aleteando débilmente justo sobre el agua, con las patas colgando. Éste quedó oculto por la aleta de babor, y cuando él corría para verlo bien tropezó con algo blando, algo parecido a una lapa, más o menos a la altura de las rodillas: era el joven Parslow bajo el sombrero alquitranado de su padre.

–Bien, señor Parslow -dijo, levantándolo-, veo que ahora sí está usted adecuadamente vestido. Se alegrará de ello. Baje corriendo y dígale al doctor que si quiere ver un petrel de tormenta sólo tiene que subir a cubierta.

No era un petrel de tormenta, sino un pariente mucho más raro, con patas amarillas; era tan raro que Stephen no pudo identificarlo hasta que se acercó, picoteando sobre una ola, y pudieron verse bien sus patas amarillas.

Stephen, observándolo atentamente, pensó: "Si la rareza y la magnitud de la tormenta son directamente proporcionales, nos espera un terrible huracán. Sin embargo, no diré nada".

Hubo un espantoso estruendo a proa; el mastelerillo de la juanete de proa cayó sobre cubierta con mucha más rapidez que en la eficiente fragata, dejando medio aturdido al señor Parker y haciendo a Jack realizar maniobras más propias de un petrel que de un marino. Durante la noche el viento fue rolando hasta soplar desde el norte; así se mantuvo, entre el noreste, el norte y el noroeste, sin que fuera posible llevar más que las gavias con todos

los rizos, en el mejor de los casos, durante nueve días interminables, nueve días de lluvia, nieve, olas tremendamente altas y lucha constante por la supervivencia; nueve días en los que Jack rara vez dejó la cubierta y el joven Parslow no se cambió de ropa; nueve días virando, facheando, navegando velozmente con las perchas sin velamen, sin ver nunca el sol, sin conocer su posición a lo largo de más de cincuenta millas. Y cuando por fin un fuerte viento del sureste les permitió compensar su enorme abatimiento, las observaciones de mediodía indicaron que se encontraban en el mismo lugar de donde habían partido.

Al principio de la tormenta, el Polychrest, dando un bandazo, había escorado a sotavento, y el aturdido primer oficial se había caído por la escotilla cercana al palo mayor, haciéndose daño en un hombro. Por esa razón había pasado el resto del tiempo en su coy, con un gran dolor, y con el agua llegando casi hasta él muy a menudo. Jack, de un modo genérico, lamentaba que tuviera dolor, aunque le parecía justo que alguien a quien le gustaba tanto infligir dolor sintiera alguno; pero, por otra parte, estaba muy contento por

la ausencia de Parker. Era un hombre incompetente, incompetente para una situación como aquella; era concienzudo y cumplía con su obligación en la forma en que la entendía, pero no era un marino. El segundo oficial, Pullings, Rossall, el ayudante más veterano del segundo oficial, el contramaestre y el condestable eran marinos; también lo eran una docena de tripulantes. Babbington y Alien, otro veterano, iban por buen camino; y en cuanto al resto de la tripulación, sabían al menos qué tenían que halar cuando oían la orden. Aquella larga semana en medio de la tempestad, en la que habían estado a punto de hundirse dos veces cada día y todos se habían dado cuenta de ello, había supuesto un gran adiestramiento en poco tiempo, poco si se contaba según el calendario y no según su terrible miedo. Había aumentado su destreza para realizar maniobras de todo tipo, pero sobre todo para usar las bombas, que no habían parado ni una hora desde el segundo día de tempestad. Ahora que avanzaban por el Canal, dejando atrás Punta Selsey, con una ligera brisa por la aleta y las juanetes desplegadas, con los hornillos de la cocina encendidos por fin y comida caliente en sus

estómagos, Jack pensó que no harían mal papel cuando el Polychrest llegara a su puesto y estaba seguro de que éste no tardaría aunque tuviera que navegar con la marea todo el camino, algo no improbable dado que el viento estaba amainando. El barco no haría mal papel, aunque la tripulación era escasa, desde luego, pues había diecisiete hombres en la enfermería: dos hernias, cinco fuertes caídas con huesos rotos y el resto las habituales heridas en manos y piernas provocadas por perchas, poleas y cabos al caer. Un hombre de tierra adentro, un guantero desempleado de Shepton Mallet, se había caído por la borda, y un ladrón condenado por el tribunal de Winchester tenía la mirada fija, desvariaba y, enloquecido, daba gritos que se oían en Ushant. Sin embargo, ya no había mareos, e incluso los hombres reclutados en las cárceles del interior podían pasearse por cubierta sin ningún peligro para ellos ni para otros. La tripulación, en general, era deplorable; pero cuando hubiera tenido tiempo de adiestrarlos en el manejo de los cañones, no era imposible que llegara a hacer del Polychrest un navío de guerra pasable. Lo conocía bastante bien ahora; entre él y el segundo

oficial (tenía en gran estima al señor Goodridge) habían elaborado un plan para navegar sacando el mayor partido de las cualidades que el barco tenía, y cuando pudiera cambiar la orientación de las vergas y poner proa al viento con los mástiles inclinados, éste navegaría mejor. Sin embargo, no le tenía cariño; era una embarcación mediocre, sumamente desagradable, complicada, que cabeceaba y se balanceaba mucho, y nada fiable. Le había decepcionado tan a menudo, cuando incluso una canoa hubiera estado a la altura de las circunstancias, que la satisfacción de ponerse a su mando había quedado reducida a nada. Él había navegado en viejas y toscas carracas, embarcaciones de movimientos lentos sin ninguna aparente virtud para un observador, pero siempre había encontrado excusas para ellas -eran los mejores barcos que había tenido la Marina por alguna cualidad especial-, y esto no le había pasado nunca antes. Esa deslealtad le provocaba tal desasosiego y era un sentimiento tan raro que había tardado en advertirlo, y cuando lo hizo -mientras paseaba por el alcázar después de una comida solitaria- fue tal su preocupación que se

volvió hacia el guardiamarina de guardia, que permanecía inmóvil, aferrado a un candelero, y le dijo:

–Señor Parslow, vaya a buscar al doctor a la enfermería…

–Ve a buscarle tú -dijo el señor Parslow.

¿Era posible que aquellas palabras hubieran sido pronunciadas? Jack dejó de pasearse. Era evidente que sí, a juzgar por la total perplejidad del oficial de derrota, el timonel y los ayudantes del condestable, que manipulaban la última carronada de proa, y por el silencio y la angustia de los guardiamarinas junto al pasamanos.

–Te diré una cosa, Ricitos de oro -continuó Parslow, guiñando un ojo-, no te des humos conmigo porque tengo un carácter que no soporta eso. Ve a buscarle tú mismo.

–Avisen al ayudante del contramaestre -dijo Jack-. Oficial de derrota, el coy del señor Parslow, por favor. (El ayudante del contramaestre llegó corriendo a popa con el látigo en la mano.) Lleve al cadete a mi cabina y castíguelo.

El cadete se había soltado del candelero, se había tumbado en cubierta y decía que no debía ser azotado y que apuñalaría a

cualquiera que intentara ponerle una mano encima, pues él era un oficial. El ayudante del contramaestre le levantó cogiéndolo por la región lumbar; el centinela abrió y cerró la puerta de la cabina. Un horrible grito y débiles juramentos que hacían sonreír burlonamente y abrir mucho los ojos a los hombres del alcázar eran acompañados por el rítmico golpe de la punta del cabo; y luego el señor Parslow, sollozando con amargura, fue sacado de allí por la mano.

–Métalo en su coy, Rogers -dijo Jack-. Señor Pullings, señor Pullings, suspendido el grog de los guardiamarinas hasta nueva orden.

Aquella noche en su cabina le dijo a Stephen:

–¿Sabes lo que esos sinvergüenzas de la camareta de guardiamarinas le hicieron al joven Parslow?

–Tanto si lo sé como si no, tú vas a decírmelo -dijo Stephen sirviéndose un poco de ron.

–Le emborracharon y le mandaron a cubierta. Casi el primer día que una de las guardias podía descansar abajo, el primer día que no estaban con el agua a las rodillas, no se les ocurre otra cosa

mejor que emborrachar a un cadete. Pero ya no lo harán más. Les he suspendido el grog.

–Sería mejor que suspendieras el grog de todo el barco. Esa es una costumbre perniciosa, una monstruosa aberración, exacerba el instinto animal. ¡Nada menos que media pinta de ron! La cuarta parte de los hombres que ahora están a mi cuidado no lo estarían si no fuera por tu maldito ron. Les traen abajo con los miembros, las costillas y las clavículas destrozadas por haberse caído borrachos de la jarcia; son hombres diligentes, fuertes, atentos, que nunca se caerían estando sobrios. Anda, vamos a tirarlo en secreto.

–¿Y dar pie a un motín? No, muchísimas gracias. Prefiero que estén como una cuba de vez en cuando, pero deseosos de hacer su trabajo el resto del tiempo. Un motín. Se me hiela la sangre cuando pienso en ello. Los hombres con los que uno ha trabajado durante toda una misión, a quienes uno tiene simpatía, se vuelven poco amistosos y reservados y cesan las bromas, los cantos y la buena voluntad; el barco se divide en dos grupos, y en medio de ellos quedan los hombres indecisos, tristes y desconcertados. Y además,

hacen rodar balas por la noche.

–¿Rodar balas?

–Hacen rodar balas por cubierta durante las guardias de la noche para que uno sepa lo que quieren y, si es posible, darle a algún oficial en las piernas.

–Respecto a los motines en general -dijo Stephen-, estoy a favor de ellos. Sacáis a los hombres de sus hogares, de las ocupaciones que han elegido, y les mantenéis en condiciones insalubres con una dieta totalmente inadecuada, les sometéis a la tiranía de los ayudantes del contramaestre y les exponéis a peligros inimaginables; más aún, les priváis de su escasa comida, de su paga y de su subvención, de todo excepto de vuestro sagrado ron. Si hubiera estado en Spithead, me habría unido a los amotinados. Verdaderamente estoy asombrado de su moderación.

–Por favor, Stephen, no hables así; no digas eso de la Marina, que me hace sentirme muy deprimido. Sé que las cosas no son perfectas, pero no puedo cambiar el mundo y estar el mando de un barco de guerra. En todo caso, deberías ser justo; piensa en la

Sophie, piensa en un barco feliz.

–Hay casos como ese, sin duda, pero dependen del capricho, la digestión y la bondad de uno o dos hombres, y eso es injusto. Me opongo a la autoridad porque engendra miseria y opresión; me opongo a ella, en gran medida, por su efecto sobre quienes la ejercen.

–Bueno, a mí no me ha hecho ningún bien. Esta tarde me ha atacado un guardiamarina y ahora me acosa mi propio cirujano. Vamos, Stephen, termina de beber y toquemos un poco de música –dijo, y en vez de ponerse a afinar su violín, cogió algo detrás de él-. Aquí hay algo que te interesará. ¿Has oído hablar de pernos fraudulentos?

–No.

–Aquí tienes uno -dijo, sosteniendo en la mano un cilindro de cobre corto con una bola del tamaño de una nuez en el extremo-. Como sabes, los pernos sirven para mantener unido el casco, pasando a través de las cuadernas; los mejores son de cobre, pues son resistentes a la corrosión. Son caros; creo que el valor de dos

libras de cobre, de un perno corto, es equivalente a lo que gana un carpintero al día. Pero si uno es un condenado canalla, quita la parte del medio, coloca cada uno de los extremos en su sitio, y se embolsa el dinero por ese trozo de cobre que debería ir entre ellos. Nadie lo sabe hasta que la armazón se abre, y eso puede no ocurrir hasta que el barco se encuentre al otro lado del mundo, y aun entonces éste puede irse a pique sin dejar testigos.

–¿Cuándo lo supiste?

–Lo sospeché desde el principio. Sabía que el barco sería una maldita obra, viniendo del astillero de Hickman. Además, los tipos del astillero eran muy serviles, trataban de facilitarme demasiado las cosas. Pero no estuve seguro hasta el otro día. Ahora, tras el esfuerzo que ha hecho, es más fácil saberlo. He sacado éste con los dedos.

–¿No podías presentar una petición ante el organismo adecuado?

–Sí. Podía haber solicitado una inspección y haber esperado un mes o seis semanas. Pero entonces, ¿dónde estaría? Es un asunto

del Arsenal, y se oyen historias muy raras sobre la aprobación de los barcos cualesquiera que sean sus condiciones y los manejos de los funcionarios. No. Preferí sacarlo de allí; y realmente ha soportado una fuerte tormenta. Lo haré carenar si puedo… si puedo encontrar el momento adecuado o si es necesario para que flote.

Permanecieron silenciosos unos momentos, y mientras tanto se escuchaba en la cabina el constante zumbido de las bombas y, casi al mismo ritmo, los gritos del loco.

–Tengo que darle más láudano a ese hombre -dijo Stephen, como para sí mismo.

Jack pensaba aún en los pernos, las cuadernas y el resto de las piezas que mantenían unido el barco.

–¿Qué me dices del hombro de Parker? – preguntó-. Me parece que no estará en condiciones de hacer su trabajo durante mucho tiempo. No cabe duda de que debería quedarse en tierra y tomar las aguas termales.

–Nada de eso -dijo Stephen-. Se está recuperando de un modo admirable; las gachas poco espesas del doctor Ramis han dado

un resultado admirable, y también la dieta blanda. Con un adecuado cabestrillo, puede volver a cubierta mañana.

–¡Oh! – dijo Jack-. ¿No estará de baja por enfermedad? ¿No tendrá un largo permiso? ¿No crees que las aguas de un balneario ayudarían también a curar su sordera?

Miró ansioso a Stephen, pero sin mucha esperanza; respecto a lo que Stephen Maturin consideraba su deber como médico, no cedía ante ningún animal, hombre o dios. En ese tipo de asuntos, estaba más allá de la razón e incluso de la amistad. Nunca hablaban entre ellos de los oficiales con quienes Stephen comía, pero el deseo de Jack de desembarazarse de Parker, su primer oficial, y su opinión sobre él eran evidentes para cualquiera que le conociera bien. Sin embargo, Stephen parecía obstinado; se limitó a coger el violín y a tocar la escala, ascendiendo y descendiendo repetidamente.

–¿Dónde lo has conseguido? – preguntó.

–Lo conseguí en una casa de empeños cerca de Puerto Sally. Costó doce libras con seis peniques.

–No te han engañado, querido amigo. Me gusta muchísimo su

tono, es agradable, melodioso. Eres un gran entendido en violines, no cabe duda. Vamos, vamos, no hay un momento que perder, pues tengo que hacer la ronda al sonar las siete campanadas. Uno, dos, tres -dijo, golpeando el suelo con el pie.

La cabina se llenó con el primer movimiento de la sonata Corelli de Boccherini, un conjunto de sonidos espléndidamente estructurado. El violín iba intercalando brillantes pasajes en la complicada ejecución del violonchelo; se respondían el uno al otro, se unían, se separaban, se hermanaban, y las notas ascendían en su elemento natural, mientras ellos quedaban aislados del duro trabajo de las bombas, los incesantes gritos y los problemas del mando.

Una clara y agradable mañana invernal frente a los downs; la tripulación desayunaba y Jack se paseaba de un lado a otro.

–El almirante nos está llamando, señor -dijo el guardia-marina encargado de las señales.

–Muy bien -dijo Jack-. Prepare el bote.

Había estado esperando esto desde antes del amanecer,

cuando había comunicado su presencia; el bote ya estaba preparado y su mejor abrigo estaba extendido sobre su coy. Reapareció llevándolo puesto y se dirigió hacia el costado donde se encontraba el contramaestre dando pitidos.

El mar estaba tranquilo, tan tranquilo como era posible que estuviera. La marea era alta y toda la superficie gris bajo el helado cielo parecía estar en espera; no había ningún rizo y apenas se veía una ligera ondulación. Detrás de él, más allá del empequeñecido Polychrest, estaba la ciudad de Deal, y aún más lejos North Foreland. Frente a él estaba la enorme mole del Cumberland, de setenta y cuatro cañones, con el gallardete azul en el palo de mesana, y a dos cables de distancia se encontraban la Melpomène, una encantadora fragata, dos corbetas y un cúter. Y más allá de éstos, entre la escuadra y los bancos de arena de Goodwin, estaban todos los mercantes que realizaban el comercio con las Antillas, Turquía, Guinea e India, ciento cuarenta embarcaciones allí estacionadas, un bosque de mástiles, esperando por el viento y por el convoy, con todas las vergas y las perchas bien visibles en medio

de aquel aire frío, casi incoloro, sólo como líneas, pero líneas increíblemente definidas y claras.

Pero Jack había estado observando todo aquello desde que el pálido disco solar lo había hecho visible, y mientras se acercaba al buque insignia su mente estaba ocupada en otras cosas. Su expresión era grave y tranquila cuando subió por el costado, y se mantuvo cuando saludó a los oficiales del alcázar y al capitán del Cumberland y fue conducido a la gran cabina.

El almirante Harte estaba comiendo arenque ahumado y bebiendo té, y su secretario y una masa de papeles estaban al otro lado de la mesa. Había envejecido muchísimo desde que Jack le había visto por última vez; parecía que sus ojos se habían juntado más y que su mirada era más superficial y falsa.

–Por fin está usted aquí -dijo, sonriendo a pesar de todo y tendiéndole la mano grasienta-. Debe de haber estado perdiendo el tiempo por el Canal; le esperaba hace tres mareas, le doy mi palabra.

La palabra del almirante Harte y la pérdida de tiempo de Jack

corrían parejas, y éste sólo hizo una inclinación de cabeza. En cualquier caso, el comentario no pretendía obtener una respuesta –era una simple y espontánea muestra de antipatía- y Harte, con familiaridad y fraternidad torpemente fingidas, continuó:

–Siéntese. ¿Qué ha estado usted haciendo? Parece diez años más viejo. Las mujeres de los alrededores del cabo Portsmouth, seguramente. ¿Quiere una taza de té?

El dinero era para Harte lo más parecido a la felicidad, su más ardiente pasión. En el Mediterráneo, donde ambos habían servido juntos, Jack había sido muy afortunado en lo referente a botines; le habían enviado a un crucero tras otro y había hecho que el almirante a cuyas órdenes estaba se metiera diez mil libras en el bolsillo. El capitán Harte, que era entonces comandante de Puerto Mahón, no había recibido ninguna parte, desde luego, y su antipatía por Jack se había mantenido inalterable. Pero ahora la situación había cambiado, ahora podía beneficiarse de los esfuerzos de Jack y trataba de ganarse su voluntad. Jack fue llevado de regreso al barco; el mar estaba todavía silencioso, pero él tenía una expresión menos grave.

No podía entender el cambio de Harte; estaba molesto por ello y tenía una desagradable sensación en el estómago a causa del té tibio. Pero no se había encontrado con una abierta hostilidad y su futuro inmediato estaba claro: el Polychrest no iría con este convoy sino que pasaría algún tiempo frente a los downs ocupándose de atender la escuadra y de hostigar la flotilla invasora de enfrente.

A bordo del Polychrest los oficiales estaban formados esperándole; los coyes estaban ya arriba, colocados con toda la gracia posible, las cubiertas estaban limpias y los cabos tenían nudos flamencos. Los infantes de marina presentaron sus armas con precisión geométrica y todos los oficiales saludaron; y sin embargo algo estaba fuera de tono. Por el extraño rubor en el rostro del señor Parker, la profunda obstinación en el de Stephen y la preocupación en los de Pullings, Goodridge y Macdonald, tuvo la impresión de que algo había ocurrido, y esa impresión se confirmó cinco minutos después, cuando el primer oficial entró en su cabina y le dijo:

–Siento mucho tener que dar parte de un grave quebranto de la disciplina, señor.

Poco después del desayuno, mientras Jack estaba a bordo del buque del almirante, Stephen había subido a cubierta y lo primero que vio allí fue a un hombre corriendo hacia popa y a un ayudante del contramaestre pegándole por la espalda, una escena nada fuera de lo común en un navío de guerra. Pero el hombre tenía un pesado pasador de hierro entre los dientes, bien sujeto con una meollar, y cuando gritaba le salía sangre por las comisuras de los labios. Se detuvo al llegar al saltillo del alcázar, y Stephen, sacando una navaja del bolsillo de su chaleco, se acercó a él, luego cortó la meollar, cogió el pasador y lo arrojó al mar.

–Le amonesté por ello, le dije que el castigo se infligía bajo mis órdenes, y él me atacó con gran ferocidad.

–¿Físicamente?

–No, señor. Verbalmente. Me criticó, poniendo en duda mi valor y mi aptitud para el mando. Debería haber tomado serias medidas, pero sabía que usted regresaría en breve y, además, tengo entendido que es su amigo. Le sugerí que se retirara a su cabina, pero no estimó conveniente hacerlo sino que se quedó paseándose

por el alcázar, en el costado de estribor, aunque se le indicó que cuando el capitán no está en el barco esa prerrogativa es mía.

–Mi amistad con el señor Maturin no viene al caso, señor Parker, y me sorprende que usted la haya mencionado. Debe usted comprender que él es un caballero irlandés, muy destacado en su profesión, que sabe muy poco, casi nada, de la Marina y que pierde la paciencia cuando no es respetado, cuando es objeto de burla. No siempre sabe distinguir si somos sinceros o si no lo somos. Creo que en este caso ha habido un malentendido. Recuerdo que atacó con mucha rabia al segundo oficial de la Sophie por lo que él consideraba una broma fuera de lugar sobre el mástil de una vela de capa.

–Un segundo oficial no es un teniente.

–¿Va usted a aleccionarme en materia de rango? ¿Pretende decirme algo que está claro para un guardiamarina recién llegado? Jack no levantaba la voz, pero estaba rojo de ira, no sólo por la estúpida impertinencia de Parker sino sobre todo por toda la situación y lo que vendría después.

–Déjeme decirle, señor -continuó-, que sus métodos

disciplinarios no me gustan. Hubiera querido evitar esto; suponía que al decirle que el castigo de Isaac Barrow era totalmente ilegal usted captaría el mensaje. Y hubo otras ocasiones. A ver si nos entendemos: no soy un capitán blandengue, quiero tener un barco disciplinado, dando azotes si es preciso, pero no quiero brutalidades innecesarias.¿Cómo se llama el hombre a quien ha amordazado?

–Siento decirle que ahora no me acuerdo de su nombre, señor.

Es un campesino, señor, está en el combés, en la guardia de babor.

–Es habitual en la Marina que un oficial eficiente conozca los nombres de sus hombres. Me obligará usted a averiguarlo por mí mismo.

–William Edwards, señor -dijo Parker después de unos momentos.

–Así que William Edwards. Un basurero de Rutland; recibe un subsidio. Nunca había visto el mar ni un barco en su vida, no conoce la disciplina. Seguramente le ha contestado.

–Sí, señor. Cuando fue reprendido por holgazanear dijo: "He venido tan rápido como he podido, y tampoco tú vas a paso rápido".

–¿Por qué fue azotado?

–Dejó su puesto sin permiso para ir a proa.

–Hay que hacer alguna concesión, señor Parker. Cuando ese hombre haya estado a bordo lo suficiente para saber cuál es su deber, para conocer a los oficiales y que éstos le conozcan a él -y le repito que es el deber de un oficial conocer a sus hombres-, entonces podrá ser amordazado por contestar, si es que lo hace, ya que esto es sumamente improbable en un barco que esté gobernado medianamente bien. Y lo mismo vale para la mayoría de la tripulación; no tiene sentido y es perjudicial para la Marina golpear a los hombres cuando no conocen lo que se exige de ellos. Usted, un oficial experimentado, no ha comprendido al señor Edwards y ha pensado que le estaba faltando al respeto. Es muy posible que el doctor Maturin, sin ninguna experiencia, no le comprendiera a usted. Tenga la amabilidad de mostrarme la lista de indisciplinados. Esto no puede ser, señor Parker. Glave, Brown, Stindall, Burnet, todos campesinos recién llegados, y así sucesivamente; es una lista tan larga como la de un navío de primera clase, de un navío de primera

clase mal gobernado. Nos ocuparemos de esto más tarde. Que venga el doctor Maturin.

Éste era un Jack Aubrey que Stephen nunca había visto, un ser real, duro, frío, fortalecido por cien años de tradición, totalmente convencido de que tenía razón.

–Buenos días, doctor Maturin -dijo-. Ha habido un malentendido entre usted y el señor Parker. Usted no sabía que poner una mordaza era un castigo habitual en la Marina. Sin duda, ha creído que era una broma pesada.

–He creído que era una horrible brutalidad. Los dientes de Edwards están muy cariados -le he estado tratando- y esa barra de hierro le había destrozado dos molares. Le quité la barra enseguida y…

–Usted se la quitó por razones médicas. No sabía que ese era un castigo habitual y que había sido ordenado por un oficial. ¿Conocía usted las razones del castigo?

–No, señor.

–Ha cometido un error, señor. Ha actuado irreflexivamente. Y

como estaba agitado, en un arranque de rabia, le dijo cosas sin pensar al señor Parker. Debe usted decirle que lamenta que se haya producido este malentendido.

–Señor Parker -dijo Stephen-, lamento que se haya producido este malentendido. Lamento las duras palabras que nos hemos dicho y, si usted lo desea, volveré a pedirle disculpas en el alcázar ante todos los que las oyeron.

Parker se ruborizó y su expresión se hizo grave y extraña; su mano derecha, instrumento habitual para expresar su reconocimiento ante una declaración de ese tipo, estaba inmovilizada en el cabestrillo. Hizo una inclinación de cabeza y dijo que "estaba completamente satisfecho… eso era más que suficiente… y también lamentaba las expresiones descorteses que podrían habérsele escapado".

Hubo una pausa.

–No les retendré, caballeros -dijo Jack secamente-. Señor Parker, mande a la guardia de estribor a hacer prácticas con los grandes cañones y a la de babor a rizar las gavias. El señor Pullings

se ocupará de los hombres que llevan armas cortas. ¿Qué es ese horrible alboroto? Hallows -se dirigía al infante de marina que estaba de centinela en la puerta-, ¿qué es todo ese jaleo?

–Con su permiso, Su Señoría -dijo el soldado-, el despensero del capitán y el de la sala de oficiales están discutiendo sobre el uso de la cafetera.

–Que Dios les castigue -dijo Jack-. Les zurraré la badana. Les pondré una camisa de sangre. Pondré fin a sus tonterías. Y son viejos marinos; malditos sean. Señor Parker, vamos a poner un poco de orden en esta corbeta.

–Jack, Jack -dijo Stephen, cuando encendieron el farol-. Me temo que soy un gran estorbo para ti. Creo que haré mi baúl y bajaré a tierra.

–No, querido amigo, no digas eso -dijo Jack con tono cansado-. Había que darle explicaciones a Parker. Traté de evitarlo, pero él no comprendió cuál era mi intención, y estoy realmente contento de que se las hayas dado.

–De todos modos, creo que bajaré a tierra.

–¿Y abandonarás a tus pacientes?

–Se encuentran cirujanos navales a diez por un penique.

–¿Y a tus amigos?

–Bueno, la verdad, Jack, creo que estarás mejor sin mí. No estoy hecho para la vida en la mar. Tú sabes mejor que nadie que la discordia entre los oficiales no es buena para un barco; y no me gustaría ser testigo de brutalidades de este tipo ni tomar parte en ellas.

–Servir en la Marina es duro, lo admito, pero encontrarás la misma brutalidad en tierra.

–No tomaré parte en ella en tierra.

–Sin embargo, no te importaban tanto los azotes en la Sophie.

–No; el mundo en general, y sobre todo tu mundo naval, acepta los azotes. Pero hay una atmósfera general opresiva, un constante y arbitrario acoso, intimidación, golpes, imposición, castigos y esas absurdas torturas como estirar los miembros o poner una mordaza. Debería habértelo dicho antes. Éste es un asunto delicado, que quede entre nosotros.

–Lo sé. Es terrible… Al principio de una misión, a una tripulación poco adiestrada, deplorable (algunos miembros no valen nada, ya sabes), hay que tratarla con dureza y asustarla para obligarla a ser obediente; pero esto ha ido demasiado lejos. Parker y el contramaestre no son malos tipos, lo que ocurre es que no les di instrucciones suficientemente concretas al principio, fui descuidado. Las cosas no serán iguales en el futuro.

–Debes disculparme, querido amigo, pero esos hombres están contagiados por la autoridad, tienen trastornado el juicio definitivamente. Debo irme.

–No te irás -dijo Jack, con una sonrisa.

–Me iré.

–¿Sabes, querido Stephen, que no puedes ir y venir como te plazca? – dijo Jack, recostándose en la silla y mirando tranquilamente a Stephen con aire triunfal-. ¿No sabes que estás bajo la ley marcial y que si te vas sin mi permiso me veré obligado a poner una R junto a tu nombre y podré hacerte detener, traerte de regreso con grilletes y castigarte severamente? ¿Qué me dices a

unos azotes en los pies, eh? No te haces una idea de los poderes que tiene el capitán de un navío de guerra: está contagiado por la autoridad, si quieres decirlo así.

–¿No puedo bajar a tierra?

–No, desde luego que no, y no se hable más de ello. Puedes hacerte la cama y acostarte.

Hizo una pausa, pensando en que no era esa la frase ingeniosa que hubiera deseado.

–Ahora -continuó- te contaré mi entrevista con ese retaco de Harte…

–Entonces, si te he entendido bien, vamos a pasar algún tiempo en este lugar, de modo que no pondrás objeción a concederme permiso para ausentarme algunos días. Aparte de otras consideraciones, tengo que llevar al loco y a mi paciente con la fractura del fémur a tierra. El hospital de Dover, un excelente centro, está a poca distancia.

–Por supuesto -dijo Jack-, si me das tu palabra de que no huirás, de modo que no tendré el trabajo de correr por el país detrás

de ti con un pelotón, un pelotón naval. Por supuesto. En el momento que quieras.

–Y cuando esté allí -dijo Stephen deliberadamente- cabalgaré hasta Mapes.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8

–Un caballero desea ver a la señorita Williams -dijo la doncella.

–¿Quién es, Peggy?

–Creo que es el doctor Maturin, señorita.

–Voy enseguida -dijo Sophia, tirando en un rincón su labor de aguja y mirándose distraídamente en el espejo.

–Debe de ser para mí -dijo Cecilia-. El doctor Maturin es mi novio.

–¡Oh, Cissy, qué tontería! – dijo Sophia, y se apresuró a bajar las escaleras.

–Tú tienes uno; no, dos. No puedes tener tres -murmuró Cecilia, alcanzándola cuando salía al pasillo y cerraba la puerta-. ¡Es tan injusto!

Sophia entró en la sala con gran compostura.

–¡Cuánto me alegro de verle! – dijeron los dos a la vez, con una expresión tan complacida que cualquier observador habría

jurado que eran amantes, o al menos que había una relación especial entre ellos.

–Mamá se sentirá muy decepcionada por no haberle visto – dijo Sophia-. Ha llevado a Frankie a la ciudad para que le limaran los dientes, pobrecita.

–Espero que la señora Williams esté bien, y también la señorita Cecilia. ¿Cómo está la señora Villiers?

–Diana no está aquí, pero las demás están muy bien, gracias. ¿Cómo está usted y cómo está el capitán Aubrey?

–Estupendamente, estupendamente, gracias, querida. Es decir, yo estoy estupendamente; el pobre Jack tiene algunas complicaciones con este nuevo mando y una tripulación de torpes desgraciados que proceden de la mitad de las cárceles del reino.

–¡Oh! – exclamó Sophie, juntando las manos-. Seguro que trabaja demasiado duro. Pídale que no trabaje demasiado duro, doctor Maturin. Él le escuchará; a veces pienso que es a usted a la única persona que escucha. Pero seguramente los hombres le quieren. Recuerdo cómo los amables marineros de Melbury corrían a

hacer todo lo que decía, y muy alegremente. ¡Y era tan bueno con ellos! Nunca era brusco ni exigente, como lo son algunas personas con sus sirvientes.

–Me parece que llegarán a quererle enseguida, cuando aprecien sus virtudes -dijo Stephen-, pero por el momento hay mucha confusión. Sin embargo, tenemos a bordo a cuatro antiguos tripulantes de la Sophie -su timonel vino como voluntario- y esto es un gran alivio.

–Creo que le seguirán a cualquier parte del mundo -dijo Sophia-. Encantadoras criaturas, con sus coletas y sus zapatos de hebilla. Pero dígame, ¿es el Polychrest tan…? El almirante Haddock dice que nunca podrá flotar, pero a él le gusta ponernos la carne de gallina, lo cual es una maldad por su parte. Dice que tiene dos vergas para gavia mayor en un tono burlón, despectivo. No tengo paciencia con él. No es que trate de ser desagradable, desde luego, pero, sin duda, es totalmente incorrecto hablar a la ligera de cosas tan importantes y decir que el barco se irá a pique. Eso no es cierto, ¿verdad, doctor Maturin? Y seguro que dos vergas para gavia mayor

son mejores que una.

–No soy marinero, como usted sabe, querida, pero también pensaría eso. Es un barco raro, práctico, y tiene el don de ir hacia atrás cuando quieren que vaya hacia delante. En otros barcos encuentran esto divertido, pero a nuestros oficiales y a nuestros marineros no parece gustarles. Y en cuanto a que no flota, puede usted estar tranquila. Durante nueve días soportamos una tormenta que nos llevó a la entrada del Canal y el embate de un mar furioso que nos hizo sumergirnos parcialmente e hizo estremecerse palos, botavaras y cabos; y el barco sobrevivió a esto. No creo que Jack abandonara la cubierta más de tres horas seguidas. Recuerdo que una vez le vi atado a las bitas, con el agua hasta la cintura, ordenando al timonel que abatiera el barco cuando las olas rompían contra él, y al verme me dijo: "Sobrevivirá". Así que puede usted estar muy tranquila.

–¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! – dijo Sophia en voz baja-. Por lo menos espero que coma bien, para mantenerse fuerte.

–No -dijo Stephen con gran satisfacción-, no es así. Me

complace decir que no come nada bien. Le decía una y otra vez cuando tenía a Louis Durand de cocinero que se estaba cavando su tumba con los dientes; comía demasiado abundantemente y tres veces al día. Ahora no tiene cocinero; ahora se las arregla con una comida normal como la nuestra y le va mucho mejor, pues ha perdido unas treinta libras por lo menos. Es muy pobre ahora, como usted sabe, y no puede permitirse envenenarse a sí mismo, arruinar su organismo; y en verdad, tampoco puede permitirse envenenar a sus invitados, lo cual le apena. Ya no invita a nadie a comer. Pero usted, querida, ¿cómo está? Me parece que necesita usted mayor atención que nuestro buen marino.

La había estado mirando todo el tiempo, y aunque su piel seguía siendo increíblemente hermosa, lo era un poco menos ahora que su tono rosa, debido a la sorpresa, se había desvanecido. Tenía una mirada apagada, cansada, triste, y había perdido algo de su frescura juvenil.

–Déjeme ver su lengua, querida -continuó, cogiéndole la muñeca y contando automáticamente-. Me encanta el olor de esta

casa. Es de tallo de lirio, ¿verdad? En la casa donde pasé mi niñez había tallos de lirio por todas partes; podían olerse en cuanto uno abría la puerta. Sí, sí. Exactamente como pensaba. No come usted lo suficiente. ¿Cuánto pesa?

–Ciento diecisiete libras -dijo Sophia, inclinando la cabeza.

–Tiene una buena complexión, sin duda; pero para una mujer joven y robusta como usted esto no es bastante. Tiene que tomar cerveza negra con la comida. Se lo diré a su madre. Una pinta de cerveza negra y fuerte proporcionará todo lo que se requiere, o casi todo.

–Un caballero desea ver a la señorita Williams -dijo la doncella.

Y añadió con una expresiva mirada:

–El señor Bowles.

–No estoy en casa, Peggy. Pídale a la señorita Cecilia que le reciba en el salón. He dicho una mentira -dijo Sophie mordiéndose un labio-. ¡Qué espantoso! Doctor Maturin, ¿le gustaría venir a dar un paseo por el parque? Así lo que he dicho sería verdad.

–Con sumo placer, cielo -dijo Stephen.

Ella le cogió por el brazo y le condujo rápidamente entre los arbustos hasta el portillo de entrada al parque. Entonces le dijo:

–Soy tremendamente desgraciada, ¿sabe?

Stephen apretó su brazo, pero no dijo nada.

–Es ese señor Bowles. Quieren que me case con él.

–¿Le resulta antipático?

–Me resulta completamente odioso. Bueno, no quiero decir que sea grosero o poco amable o siquiera irrespetuoso. No, no; es un joven muy rico y muy respetable, pero es un verdadero pelmazo y tiene las manos húmedas. Se sienta y suspira -me parece que cree que debe suspirar-, se sienta conmigo durante horas y horas, y a veces pienso que si volviera a suspirar una vez más le clavaría las tijeras.

Hablaba muy rápidamente, y la indignación le daba color de nuevo.

–Siempre trato de que Cissy se quede en la habitación –continuó-, pero ella se escabulle. Mamá la llama. Y entonces él

trata de cogerme la mano. Rodeamos lentamente la mesa una y otra vez; es algo sumamente ridículo. Mamá -nadie trataría de ser más bueno conmigo que mi querida mamá, estoy segura- me obliga a verle. Se molestará mucho cuando sepa que le he dicho que no estaba en casa. Además, tengo que ocuparme de la escuela dominical, con esos odiosos opúsculos. No me molestan los niños, no mucho -pobres criaturas, se les estropea el domingo, después de un largo rato en la iglesia-, pero visitar a los campesinos me hace sentirme muy mal y muy avergonzada; tengo que enseñar a mujeres que me doblan la edad, con familia, que saben cien veces más que yo de la vida, cómo economizar y ser limpias, que no deben comprar las mejores piezas de carne para sus maridos porque eso es un lujo y Dios quiere que vivan como pobres. Son muy atentas, pero estoy segura de que pensarán que soy muy presumida y estúpida. Sé coser un poco y sé hacer una mouse de chocolate, pero con un marido e hijos pequeños no podría llevar una casa en el campo con diez chelines a la semana mejor de lo que gobernaría un navío de primera clase. ¿Quiénes se creen ellos que son? Sólo porque saben

leer y escribir.

–A menudo me lo he preguntado -dijo Stephen-. Ese caballero es un pastor, según creo.

–Sí. Su padre es el obispo. Y no me casaré con él, no, ni aunque vaya con los descarriados al infierno. Hay un hombre en el mundo con el que me casaría si él quisiera hacerme suya; le tenía y le alejé de mí.

Las lágrimas que llenaban sus ojos comenzaron a rodar por sus mejillas, y Stephen, en silencio, le alcanzó un pañuelo limpio.

Caminaron en silencio; hojas muertas, hierba seca y helada, árboles desnudos. Pasaron las mismas estacadas dos, tres veces.

–¿No podría usted hacerle saber esto? – preguntó Stephen-.

Él no puede dar un paso en este sentido. Usted sabe muy bien lo que el mundo piensa de un hombre sin dinero, sin futuro y con un montón de deudas que pide en matrimonio a una rica heredera.

–Usted sabe muy bien lo que su madre pensaría de una proposición semejante; además, tiene mucho amor propio.

–Le escribí, le dije todo lo que podía dentro de los límites de la

decencia; pero creo que, en verdad, fue algo atrevido, espantoso. No fue nada decente.

–Llegó demasiado tarde…

–Demasiado tarde. ¡Oh, cuan a menudo me he dicho a mí misma eso, y con cuánta pena! Si él hubiera venido a Bath sólo una vez más, sé que nos habríamos puesto de acuerdo.

–¿Un compromiso secreto?

–No. Yo nunca hubiera consentido eso. No habría sido un acuerdo para comprometerle, ¿comprende?, sino sólo para decirle que siempre le esperaría. De todos modos, acepté ese acuerdo en mi interior; pero él nunca volvió. Sin embargo, puesto que lo acepté, me siento moralmente obligada a cumplirlo, pase lo que pase, a menos que se case con otra. Esperaré y esperaré, aunque eso signifique renunciar a los hijos, y me encantaría tener hijos. Bueno, no soy una joven romántica; casi tengo treinta años y sé de lo que hablo.

–Pero seguramente usted podría hacerle saber lo que piensa.

–No vino a Londres. No puedo perseguirle y tal vez angustiarle

y molestarle. Puede tener otros compromisos, aunque no intento culparle, pues estas cosas son muy diferentes para los hombres, lo sé.

–Hubo aquella lamentable historia sobre su compromiso matrimonial con el señor Alien.

–Lo sé. (Una larga pausa.) Eso es lo que me pone tan indignada y furiosa -dijo Sophia por fin-. Cuando pienso que si no hubiera sido tan mentecata, tan celosa, ahora podría estar… Pero no deben pensar que me casaré con el señor Bowles, porque no lo haré.

–¿Se casaría usted sin el consentimiento de su madre?

–¡Oh, no! Nunca. Eso estaría muy mal. Además, aparte de que sería algo espantoso -y nunca lo haría-, si huyera no tendría ni un penique, y a mí me gustaría ser una ayuda para mi esposo, no una carga. Pero casarse con quien a uno le dicen, sólo porque es algo conveniente e inmejorable, es muy distinto. Muy distinto. ¡Rápido, por aquí! Ahí está el almirante Haddock, detrás de esos laureles. No nos ha visto; iremos hasta el lago, allí no va nadie. A propósito, ¿sabe que va a hacerse a la mar otra vez? – preguntó en un tono

muy diferente.

–¿Con un mando? – dijo Stephen con asombro.

–No. Para hacer algo en Plymouth, en el Servicio de defensa de puertos o el de leva, no le presté atención. Pero se hará a la mar. Un viejo amigo le llevará hasta allí en el Généreux.

–Ese es el navío que Jack llevó hasta Mahón cuando la escuadra de lord Nelson lo apresó.

–Sí, lo sé; era entonces segundo de a bordo del Foudroyant. El almirante está muy excitado, vaciando los cajones de los viejos uniformes y empaquetando sus chaquetas con galones. Nos ha pedido a Cissy y a mí que le visitemos en verano, pues tiene una residencia oficial allí. Cissy está loca por ir. Aquí es donde vengo a sentarme cuando no puedo aguantar más en la casa -dijo, señalando un pequeño templo griego cubierto de moho, ruinoso y desconchado-. Y allí fue donde Diana y yo tuvimos la riña.

–No sabía que ustedes habían reñido.

–Me parecía que podían habernos oído en todo el condado, como mínimo. Fue culpa mía. Tenía un horrible humor aquel día;

había tenido que soportar al señor Bowles toda la tarde, me sentía como si me hubieran desollado, así que fui hasta Gatacre dando un paseo y luego regresé aquí. Pero ella no debería haberme provocado con lo de Londres, con que podía verle cuando quería y que él no se fue a Portsmouth al día siguiente. Fue algo odioso, incluso si me lo hubiera merecido. Así que le dije que era una mujer malvada y ella me dijo algo peor, y de repente estábamos insultándonos y gritándonos la una a la otra como dos verduleras. ¡Oh, es tan humillante recordarlo! Entonces, con crueldad, me habló de las cartas y de que podría casarse con él cuando quisiera pero que no le gustaba un capitán de media paga ni las sobras de otra mujer, y perdí los estribos y juré que la azotaría con mi fusta si seguía hablándome así. Y lo hubiera hecho, sin duda, pero llegó mamá, terriblemente asustada, y trató de que nos diéramos un beso y nos reconciliáramos. Sin embargo, no lo hice; ni al día siguiente tampoco. Y al final Diana se fue a casa del señor Lowndes, ese primo que vive en Dover.

–Sophie -dijo Stephen-, usted ha confiado tanto en mí, y me

ha hablado con tanta franqueza…

–¡No sabe usted qué alivio he sentido Esto ha sido una liberación para mí.

–… que sería una monstruosidad no ser igualmente sincero con usted. Siento un gran cariño por Diana.

–¡Oh! – exclamó Sophia-. ¡Oh! Espero no haberle lastimado. Pensé que era Jack. ¡Oh! ¿Qué he dicho?

–No se aflija, cielo. Conozco las faltas de ella como cualquier otro hombre.

–Desde luego, es muy hermosa -dijo Sophia, mirándole tímidamente.

–Sí. Y dígame, ¿está Diana muy enamorada de Jack?

–Puede que me equivoque -dijo, tras una pausa-, y sé muy poco de estas cosas y de otras, pero no creo que Diana sepa lo que es el amor.

–Este caballero quiere saber si la señorita Villiers está en casa –dijo el mayordomo de la Tetera, llevando una bandeja con una

tarjeta.

–Hágale pasar a la sala de recibir -dijo Diana, y corrió a su habitación.

Se cambió de vestido, se recogió el pelo, se miró detenidamente la cara en el espejo y descendió las escaleras.

–Buenos días, Villiers -dijo Stephen-. Nadie en el mundo podría decir que eres una mujer rápida. He leído el periódico dos veces: flotilla invasora, discursos leales, el precio de los bonos del Estado y la lista de quiebras. Aquí tienes un frasco de perfume.

–¡Oh, gracias, gracias, Stephen! – exclamó, besándole-. ¡Es el auténtico Marcillac! ¿Dónde diablos lo encontraste?

–Se lo compré a un contrabandista en Deal.

–¡Qué criatura más buena e indulgente eres, Maturin! Este olor es como el del harén del Gran Mogol. Pensaba que no volvería a verte nunca. Lamento haber estado tan antipática en Londres. ¿Cómo me has encontrado? ¿Dónde vives? ¿Qué has estado haciendo? Tienes muy buen aspecto. Me encanta tu abrigo azul.

–Vengo de Mapes. Me dijeron que estabas aquí.

–¿Te contaron que me peleé con Sophia?

–Sé que hubo un altercado.

–Me ponía furiosa verla junto al lago mirando a las musarañas y con un aire trágico. Si le quería, ¿por qué no le consiguió cuando podía? Aborrezco y desprecio la falta de decisión, la vacilación. Y de todos modos, ella tiene un admirador muy conveniente, un pastor evangélico que hace infinidad de buenas obras y tiene también buenas conexiones y mucho dinero. Apuesto a que será obispo. Pero te aseguro, Maturin, que nunca creí que tuviera tanto carácter. Me atacó como una tigresa, con enorme rabia, aunque sólo había bromeado un poco con ella acerca de Jack Aubrey. ¡Qué pelea! Estuvimos vociferando junto al pequeño puente de piedra… no me acuerdo cuánto tiempo… alrededor de quince minutos; y su yegua, amarrada a una estaca, trataba de retroceder, asustada. ¡Cómo te hubieras reído! Nos lo tomamos muy en serio. ¡Y con qué energía! Estuve ronca una semana. Pero ella estuvo peor que yo; gritaba como un cerdo en el matadero y sus palabras salían en torrente, con una terrible furia. Pero te diré una cosa, Maturin, si realmente

quieres asustar a una mujer, dile que le cruzarás la cara con tu fusta y pon una expresión como si hablaras en serio. Me sentí muy contenta cuando mi tía Williams apareció, llamándonos y chillando tan alto que ahogaba nuestros gritos. Y por otra parte, ella se sentía igualmente contenta de mandarme a hacer mi equipaje, porque temía por el pastor, aunque yo nunca hubiera puesto un dedo sobre ese baboso zoquete. Así que estoy aquí otra vez, como una especie de ama de llaves o de sirvienta de categoría de la Tetera. ¿Te apetece un poco del jerez de Su Señoría? Tienes una expresión muy triste, Maturin. No estés tan callado, sé buen chico. No he dicho nada desagradable desde que has aparecido, así que es tu deber estar alegre y divertido. Pero volviendo a lo anterior, me alegré mucho de poder irme con la cara intacta; esa es mi fortuna, ¿sabes? No le has dedicado ni un cumplido, aunque he sido lo bastante liberal contigo. Tranquilízame, Maturin; cumpliré treinta años dentro de poco y no me atrevo a confiar en el espejo.

–Es un rostro hermoso -dijo Stephen, mirándolo con detenimiento.

Diana tenía la cabeza erguida, iluminada por la luz fría y penetrante del sol invernal, y ahora por primera vez él veía a la mujer madura. India no había sido generosa con su piel, que aunque tenía buen aspecto no podía compararse con la de Sophia. Aquellas sutiles líneas junto a los ojos se extenderían y las sombras provocadas por la tensión y la fuerza se harían más pronunciadas hasta convertirse en ojeras; dentro de algunos años los demás verían que Sophie había marcado aquel rostro profundamente. Al hacer este descubrimiento, se controló lo más que pudo para disimularlo y continuó:

–Un rostro asombroso. Un mascarón de proa condenadamente hermoso, como decimos en la marina. Y ha atraído a un barco por lo menos.

–Un mascarón de proa condenadamente hermoso -dijo ella con amargura.

Él pensó: "Un barco ahora en la grada".

–Y después de todo -dijo ella, sirviendo el vino-, ¿por qué me persigues así? No te doy esperanzas. Nunca te las he dado. Te

dije claramente en la calle Bruton que me gustabas como amigo pero que no me servías como amante. ¿Por qué me acosas? ¿Qué quieres de mí? Si piensas conseguir tu objetivo agotándome, has calculado mal; y si acaso tuvieras éxito, no harías más que lamentarlo. No sabes cómo soy en absoluto; todo lo demuestra.

–Tengo que irme -dijo él, levantándose.

Ella se paseaba nerviosamente de un lado a otro del salón.

–Entonces, vete -gritó-, y dile a tu amo y señor que no quiero volver a verle nunca a él tampoco. Es un cobarde.

El señor Lowndes entró en la sala de recibir. Era un caballero alto, fuerte y alegre, de unos sesenta años. Llevaba una bata de seda floreada, los calzones desabrochados por la parte de las rodillas y un cubretetera en lugar de una peluca o un gorro de dormir. Levantó el cubretetera e hizo una inclinación de cabeza.

–Doctor Maturin, el señor Lowndes -dijo Diana, lanzándole a Stephen una rápida mirada suplicante, mezcla de reproche, inquietud, irritación y reminiscencias de cólera.

–Me alegro de verle, señor. Creo que no he tenido antes el

placer. Es un honor -dijo el señor Lowndes, mirando a Stephen con suma atención-. Por su abrigo, creo que no es usted médico de locos, señor. A menos que esto sea, en realidad, un inocente engaño.

–No, señor. Soy cirujano naval.

–Muy bien. Usted está sobre el mar, pero no dentro de él; no es un partidario de los baños fríos. ¡El mar, el mar! ¿Dónde estaríamos sin él? Quemados como una simple tostada, señor, abrasados, deshidratados por el simún, el espantoso simún. Al doctor Maturin le apetecerá una taza de té, querida, para evitar la deshidratación. Puedo ofrecerle una taza de un excelente té, señor.

–El doctor Maturin está bebiendo vino, primo Edward.

–Sería mejor que se tomara una taza de té. Sin embargo, no pretendo dar órdenes a mis invitados -dijo el señor Lowndes, con una mirada profundamente desencantada, y bajó la cabeza.

–Me tomaré con mucho gusto una taza de té, señor, cuando acabe de beberme el vino -dijo Stephen.

–¡Sí, sí! – dijo el señor Lowndes, animándose enseguida-. Y

le daré la tetera para que la lleve en sus viajes. Molly, Sue, Diana, por favor, hacedlo en la pequeña tetera que la reina Ana le dio a mi abuela; en ella se hace el mejor té de la casa. Y mientras se hace, señor, le recitaré un pequeño poema. Usted es un hombre de letras, lo sé.

Entonces se puso a dar unos pasos de baile y a mover la cabeza a la derecha y a la izquierda.

El mayordomo trajo la bandeja y lanzó una rápida mirada al señor Lowndes y luego a Diana. Ella movió ligeramente la cabeza, condujo a su primo hasta un sillón de orejas, le acomodó, le ató una servilleta al cuello y, cuando la lámpara de alcohol hizo hervir el agua de la tetera, midió el té, lo añadió y lo dejó reposar.

–Ahora mi poema -dijo el señor Lowndes-. ¡Atended!

¡Atended! Arma virumque cano… ¡Vaya! ¿No es estupendo?

–Admirable, señor. Muchas gracias.

–¡Ja, ja, ja! – reía el señor Lowndes con la boca llena de tarta, enrojecido por la repentina satisfacción-. Sabía que era usted un hombre de exquisita sensibilidad. ¡Coja el bollo!

Le tiró un bollo a la cabeza a Stephen y añadió:

–Tengo aptitudes para la poesía. A veces me gusta hacer versos sáficos, otras versos catalécticos. Y versos a Príapo, señor. ¿Es usted un helenista? ¿Le gustaría oír algunas de mis odas a Príapo?

–¿En griego, señor?

–No, señor, en nuestra lengua.

–Tal vez en otro momento, señor, cuando estemos solos, cuando no haya señoras presentes. Me encantaría.

–Se ha fijado usted en esa joven, ¿eh? Es usted agudo. Claro, es usted un hombre joven. También yo fui un hombre joven. Como médico, señor, ¿cree usted realmente que el incesto es indeseable?

–Primo Edward, es la hora del baño -le dijo Diana.

Su primo se sintió muy infeliz y desconcertado. Estaba seguro de que no convenía dejar a aquel tipo solo con una tetera valiosa, pero era demasiado educado para decirlo. La velada alusión a ello como "el espantoso simún" no fue comprendida, y Diana estuvo cinco minutos engatusándole para lograr llevárselo de la sala.

–¿Qué noticias traes de Mapes, compañero? – preguntó Jack.

–¿Qué? No puedo oír con todos esos gritos y chirridos sobre nuestras cabezas.

–Estás tan mal como Parker -dijo Jack.

Sacó la cabeza de la cabina y gritó:

–¡Dejad de mover las carronadas de popa! ¡Señor Pullings, que esos marineros vayan a hacer rizos en las gavias! Te pregunté qué noticias traías de Mapes.

–Muy diversas. Estuve a solas con Sophie; ella y Diana se han separado en malos términos. Diana está cuidando de su primo en Dover. Fui a visitarla. Nos invitó a cenar el viernes, nos preparará una receta de lenguado de Dover. Por mi parte, acepté, pero le dije que no podía responder por ti, pues tal vez no te fuera posible bajar a tierra.

–¿Me invitó a mí? – dijo Jack-. ¿Estás seguro? ¿Qué pasa, Babbington?

–Disculpe, señor, pero el buque insignia está haciendo señales llamando a todos los capitanes.

–Muy bien. Avíseme cuando el falucho del Melpomène toque el agua. Stephen, tírame los calzones, ¿quieres?

Vestía ropa de trabajo -pantalones de lona, un jersey de Guernesey y una chaqueta de frisa-, y al desvestirse dejó al descubierto una maraña de heridas producidas por balas, astillas y alfanjes, una provocada por un hacha de abordaje, y una profunda causada por una pica, la última recibida, que todavía tenía los bordes rojos.

–Media pulgada más a la izquierda, si esa pica hubiera entrado media pulgada más a la izquierda, serías hombre muerto -dijo Stephen.

–¡Dios mío! Hay momentos en que deseo… pero no debo quejarme. ¿Cómo está Sophie? – preguntó Jack, con la cabeza bajo la camisa blanca limpia.

–Desanimada. Es objeto de las atenciones de un pastor adinerado.

No hubo respuesta. No apareció la cabeza. Entonces continuó:

–También fui a ver cómo iba todo en Melbury; todo está bien,

aunque los policías han estado rondando por allí. Preserved Killick me preguntó si podía venir al barco. Le dije que debía venir y preguntártelo él mismo. Te hará bien tener la esmerada atención de Preserved Killick. Restablecí la posición del fémur en el hospital; la pierna probablemente se salvará. He dejado al loco con ellos; le di una poción viscosa para calmarlo. También te he comprado el hilo, el papel pautado y las cuerdas; las encontré en una tienda de Folkestone.

–Gracias, Stephen. Te estoy muy agradecido. Debes de haber hecho un recorrido terriblemente largo. En verdad, pareces estar muy cansado, exhausto. Sé buen chico y átame el pelo, luego ve a acostarte. Tengo que buscarte un asistente, un ayudante de cirujano, trabajas demasiado duro.

–Tienes algunos cabellos grises -dijo Stephen, atando la rubia coleta.

–¿Te extraña? – dijo Jack, y tras ceñirse el sable se sentó en la taquilla-. Casi me había olvidado. Hoy he tenido una agradable sorpresa. ¡Canning subió a bordo! ¿Te acuerdas de Canning, ese tipo

estupendo de la ciudad que me era tan simpático y que me ofreció su barco corsario? Tiene un par de mercantes en la rada y ha venido desde Nore a despedirlos. Le he invitado a cenar mañana, y eso me recuerda…

Eso le recordaba que no tenía dinero y que tendría que pedirlo prestado. Había recibido la paga de tres meses lunares al ponerse al mando del barco, pero sus gastos en Portsmouth -regalos habituales, propinas, un equipo mínimo- se habían tragado más de veinticinco guineas en una semana, aparte del préstamo de Stephen. No le había alcanzado para comprar provisiones. Y había otro problema en relación con el mando del Polychrest, apenas había tratado a sus oficiales, a excepción de cuando estaban de servicio. Había invitado a Parker una vez y había comido en la sala de oficiales en una ocasión durante el largo periodo de calma en que navegaban con la marea por el Canal, pero había intercambiado escasamente media docena de palabras con Macdonald y Alien, por ejemplo, fuera de las relacionadas con el servicio. Y sin embargo, de esos hombres dependían el barco, su propia vida y su reputación.

Parker y Macdonald tenían medios económicos propios y le habían agasajado; en cambio, él casi no les había agasajado a ellos. No demostraba tener la dignidad de un capitán; la dignidad de un capitán dependía hasta cierto punto del estado de su despensa -un capitán no debía parecer un don nadie- y su despensero provisional, tonto y parlanchín, no dejaba de entrometerse y decirle que en la suya no había más que un quintal de mermelada de naranja, un regalo de la señora Babbington, y de preguntarle: "Dónde debo colocar el vino, señor? ¿Qué haré con el ganado? ¿Cuándo llegan las ovejas? ¿Qué quiere Su Señoría que haga con los gallineros?". Además, dentro de poco tendría que invitar al almirante y a los demás capitanes de la escuadra; y al día siguiente vendría Canning. Como era habitual, iba a acudir a Stephen enseguida, pues éste, a pesar de ser un hombre sobrio, a quien no le importaba el dinero más que para cubrir las necesidades mínimas para vivir, y a pesar de su incompleta información e incluso su escasa comprensión de la disciplina, los mínimos detalles de las ceremonias, la complejidad de la Marina y la importancia de los

agasajos, siempre cedía rápidamente cuando se le explicaba que la tradición exigía hacer gastos. Stephen sacaría dinero de los diversos cajones y ollas donde lo tenía depositado; lo haría despreocupadamente, como si Jack le hiciera un favor pidiéndoselo prestado; en otras manos Stephen sería el medio más fácil para conseguir dinero. Estos pensamientos cruzaron por la mente de Jack, mientras estaba allí sentado, acariciando la cabeza de león de la empuñadura de su sable; pero algo en el ambiente, o tal vez cierto desánimo o reserva o escrúpulo, le impidió completar la frase antes de que le avisaran que el falucho del Melpomène estaba en el agua.

No era una tarde de domingo, con botes que llevaban visitantes a los barcos y hombres de permiso pasando de un lado a otro entre la escuadra. Era un día normal de trabajo; los marineros trepaban y bajaban deslizándose por la jarcia o se adiestraban en el manejo de los grandes cañones. Sólo un barco de aprovisionamiento de Dover y un remolcador de Deal se acercaron al Polychrest, y sin embargo, mucho antes de que Jack volviera, se sabía en todo el

barco que zarparían en breve. Nadie podía decir con certeza adonde se dirigirían, pero lo intentaban (al oeste, a la bahía Botany, al Mediterráneo para llevarle regalos al dey de Argel y conseguir que liberara a los esclavos cristianos). Pero el rumor era tan insistente que el señor Parker hizo limpiar el escobén, viró un poco y, con el mal recuerdo de la maniobra de desamarre en Spithead, mandó a la tripulación a hacer esta maniobra una y otra vez, hasta que incluso el más torpe podía encontrar el cabrestante y su lugar en la barra.

Jack regresó a bordo y él le recibió con un aire serio y circunspecto y una mirada inquisitiva. Jack, que había visto los preparativos, dijo:

–No, no, señor Parker. Puede usted virar a popa; no será hoy. Dígale al señor Babbington que venga a mi cabina, por favor.

–Señor Babbington -dijo Jack-. Está usted tan sucio que da asco.

–Sí, señor. Perdone, señor -dijo Babbington.

Había pasado la guardia de cuartillo en la cofa del mayor enseñando a un tejedor, dos techadores (dos hermanos a quienes gustaba cazar furtivamente) y un finlandés monolingüe cómo

engrasar los mástiles, las escotas y, en general, la jarcia móvil, con agua grasienta de la cocina que había llevado allí en dos cubos. Y estaba completamente cubierto de mantequilla de contrabando y de la grasa de las cazuelas donde se había hervido la carne de cerdo salada.

Tenga la amabilidad dé cepillarse de pies a cabeza, afeitarse –puede usted pedirle prestada la navaja al señor Parslow, sin duda-, ponerse su mejor uniforme y presentarse de nuevo aquí. Presente mis respetos al señor Parker, y dígale que usted, Bonden y seis marineros fiables que merezcan un permiso hasta el cañonazo de la noche, tomarán el cúter azul para ir a Dover. Lo mismo para el doctor Maturin, y dígale que me gustaría verle.

–Sí, sí, señor. ¡Oh, gracias, señor!

Jack fue hasta su escritorio.

"Polychrest

Frente a los downs.

El capitán Aubrey presenta sus respetos a la

señora Villiers y lamenta mucho que el deber le impida aceptar su gentilísima invitación a cenar el viernes. Sin embargo, espera tener el honor, y el placer, de visitarla a su regreso."

–Stephen -dijo, levantando la vista-, estoy escribiéndole a Diana declinando su invitación. ¿Quieres añadir algo o enviarle un mensaje? Babbington le presentará nuestras excusas.

–Quiero que Babbington le dé las mías de viva voz, por favor. Me alegra mucho que no bajes a tierra. Habría sido una terrible locura, pues se sabe que el Polychrest está en el puerto.

Llegó Babbington, tan limpio que resplandecía, con una camisa con chorrera y magníficos calzones blancos.

–¿Recuerda usted a la señora Villiers? – dijo Jack.

–¡Oh, sí, señor! Además, la llevé al baile.

–Está en Dover, en la casa donde usted la recogió, New Place. Tenga la amabilidad de entregarle esta nota, y creo que el doctor Maturin tiene un mensaje.

–Saludos; excusas -dijo Stephen.

–Ahora vacíe sus bolsillos -dijo Jack.

Babbington tenía un aire desanimado. Apareció un pequeño montón de objetos, algunas cosas a medio comer y un sorprendente número de monedas, algunas de plata y una de oro.

Jack le devolvió cuatro peniques, diciéndole que con eso podría conseguir un generoso trozo de tarta de queso, le recomendó que trajera de vuelta a todos los hombres o de lo contrario respondería por su cuenta y riesgo y le deseó que todo le fuera viento en popa.

–Es la única forma de mantenerle casto en cierta medida -le dijo a Stephen-. Me temo que habrá muchísimas mujeres fáciles en Dover.

–Perdone, señor -dijo el señor Parker-, pero un hombre llamado Killick pide permiso para subir a bordo.

–Sí, señor Parker. Es mi despensero -dijo Jack, y subió a cubierta-. ¡Ah, está usted ahí, Killick! Me alegro de verle. ¿Qué trae ahí?

–Canastas, señor -dijo Killick, contento de ver a su capitán, pero incapaz de evitar recorrer el Polychrest con una mirada

extrañada-. Una es del almirante Haddock. La otra es de las señoras de Mapes o, mejor dicho, de la señorita Sophie, hablando con propiedad. Los cerdos, los quesos, la mantequilla, la nata, las aves y eso son de Mapes. Las piezas de caza son de al lado; el almirante está dejando vacío su terreno, señor. Hay un enorme y estupendo corzo, señor, que colgaron hace siete días, y muchísimas liebres y eso.

–¡Señor Malloch, una polea… no, una polea doble en la verga mayor! ¡Cuidado con esas canastas! ¿Qué hay en el tercer bulto?

–Otro corzo, señor.

–¿De dónde?

–Es que chocó contra las ruedas del carro en que venía y se lastimó una pata, señor -dijo Killick, mirando hacia el distante buque insignia con aire asombrado-. Justo media milla después de doblar hacia el puente Provender. No, miento, tal vez a una distancia de un estadio de Newton Priors. Así que lo liberé de su sufrimiento, señor.

–¡Ah! – dijo Jack-. Veo que la canasta de Mapes viene

dirigida al doctor Maturin.

–Es lo mismo, señor -dijo Killick-. La señorita me dijo que le dijera que el cerdo pesa veintisiete libras y media el cuarto y que en cuanto subiera a bordo pusiera los jamones a adobar; el adobo lo puso en un tarro grueso, sabe que a usted le gusta. Los puddings son para el desayuno del doctor.

–Muy bien, Killick, muy bien -dijo Jack-. ¡Guardad todo esto! Cuidado con ese corzo, no le hagáis magulladuras bajo ningún concepto.

Mientras fingía examinar las piezas de caza del almirante –perdices, faisanes, becadas, agachadizas, lavancos, silbones, cercetas, liebres-, reflexionaba: "¡Y pensar que el corazón de un hombre puede rendirse ante un morro de cerdo adobado!".

–¿Has traído el vino que quedaba, Killick? – dijo.

–Es que las botellas se rompieron, señor; todas menos media docena de las de borgoña.

Jack le lanzó una expresiva mirada y suspiró, pero no dijo nada. Seis botellas vendrían muy bien, más el que quedaba del que

había conseguido gracias a la corrupción del astillero.

–Señor Parker, señor Macdonald, espero que me hagan el honor de venir a cenar a mi cabina mañana. Espero a un invitado.

Ambos hicieron una inclinación de cabeza, sonrieron y dijeron que les encantaría. Sentían verdaderamente una gran satisfacción, pues Jack había declinado la última invitación de la sala de oficiales y esto les había desasosegado; era un desagradable comienzo para una misión.

Stephen respondió lo mismo cuando llegó a entenderlo.

–Sí, sí, por supuesto, muchas gracias. No entendía lo que querías decir.

–Y sin embargo, estaba lo suficientemente claro, sin duda –dijo Jack-, y comprensible para la más mínima capacidad de razonamiento. Dije: "¿Cenarás conmigo mañana?" Canning vendrá, y también he invitado a Parker, Macdonald y Pullings.

–Tengo la mente absorbida por una verdadera preocupación, una preocupación que podría calificar de curiosa y algo vulgar, sobre el estado en que quedará el corazón de Mamá Williams cuando

encuentre completamente peladas su vaquería, su corral, su pocilga y su despensa. ¿Estallará? ¿Dejará por completo de latir? ¿Irá agotándose hasta llegar a la desecación total en poco tiempo? ¿Cuál será el efecto sobre los humores de las vísceras? ¿Cómo responderá Sophie? ¿Intentará ocultarlo, dará respuestas evasivas? Ella miente tan hábilmente como Preserved Killick, con una mirada desesperada y ese color rosa de Damasco en su rostro perfecto. Mi mente, como digo, vaga perdida por esa zona. No conozco cómo es la vida de la familia inglesa, de la familia femenina inglesa; esa es para mí una zona desconocida.

En esa zona a Jack no le gustaba detenerse; sintió de repente una profunda pena y trató de apartar su mente de allí. Entonces dijo para sí: "¡Dios mío! ¡Cuánto amo a Sophie!". Se dirigió rápidamente a proa, y allí acarició la parte posterior del bauprés; esa era una secreta forma de consolarse desde sus primeros días en la mar.

Luego, al regresar, dijo:

–Me acaba de venir a la mente una idea de lo más horrible. Sé que no debo ofrecerle a Canning carne de cerdo, porque es judío.

Pero, ¿puede comer corzo? ¿Es impuro el corzo? Y la liebre tampoco servirá, porque creo que está considerada igual que el conejo y su especie.

–No lo sé. Me imagino que no tendrás una Biblia.

–Sí que tengo una Biblia. La usaba para descifrar los mensajes de Heneage. "Al Señor no le produce satisfacción la fuerza de un caballo". ¿Te acuerdas? No era demasiado ingenioso ni original, porque al fin y al cabo, todo el mundo sabe que al Señor no le produce satisfacción la fuerza de un caballo; creo que cruzó los guardines. Pero también la he estado leyendo en estos días.

–¡Ah!

–Sí. Voy a pronunciar un sermón ante la tripulación el próximo domingo.

–¿Tú? ¿Pronunciar un sermón?

–Naturalmente. Los capitanes lo hacen a menudo cuando no llevan capellán a bordo. Siempre me las arreglaba con las Ordenanzas militares en la Sophie, pero ahora creo que les ofreceré uno claro, bien razonado… ¡Vamos! ¿Qué pasa? ¿Qué tiene de

divertido que pronuncie un sermón? Vete al diablo, Stephen.

Stephen estaba doblado sobre sí mismo en la silla, y su tronco se movía hacia delante y hacia atrás; lanzaba agudos chillidos y las lágrimas corrían por su cara.

–Es un espectáculo verte así. Y ahora que lo pienso, me parece que nunca te había oído reír. Este maldito estruendo es intolerable, te lo aseguro; no te pega en absoluto. Chilla, chilla. Muy bien; revienta de risa.

Se volvió diciendo algo sobre "dársela de gracioso, tener una risa tonta, reírse con disimulo" y aparentó que hojeaba la Biblia despreocupadamente. Pero son pocas las personas que al advertir que han provocado una risa franca, divertida, estruendosa, desbordante, no se sienten desconcertadas, y Jack no estaba entre esas pocas. Sin embargo, la risa de Stephen fue apagándose con el tiempo; y tras algunos gritos inarticulados cesó. Se puso de pie y, pasándose un pañuelo por la cara, cogió la mano de Jack y le dijo:

–Lo siento. Perdóname. No hubiera querido molestarte por nada del mundo, pero hay algo tan ridículo, tan cómico… es decir,

tuve una asociación de ideas tan divertida… Por favor, no te lo tomes como algo personal. Naturalmente que dirás un sermón a los hombres, y estoy convencido de que tendrá un notable efecto sobre ellos.

–Bueno -dijo Jack, con una mirada recelosa-, me alegro de que esto te haya proporcionado una enorme y sana alegría, después de todo. Aunque lo que a ti te parece…

–Dime, por favor, ¿qué pasaje es?

–¿Vas a burlarte de mí, Stephen?

–No, te doy mi palabra. Nunca me reiría de eso.

–Bueno, es el que empieza: "Digo ven y él viene"; soy un centurión. Quiero que ellos entiendan que esa es la voluntad de Dios y debe ser así, que debe haber disciplina, está en el libro sagrado, y que cualquier maldito bastardo que desobedezca es, por tanto, un blasfemo y será condenado irremediablemente. Que entiendan que no está bien oponerse a la autoridad, pues eso también, como voy a señalar, lo dice la Biblia.

–¿Crees que será más fácil para ellos aceptar su situación

cuando sepan que así lo quiere la Providencia?

–Sí, sí, eso es. Todo está aquí, ¿sabes? – dijo, dando palmaditas a la Biblia y mirando luego apaciblemente por la escotilla-. Hay un asombroso número de cosas útiles en ella. No tenía ni la más mínima idea. Y, a propósito, parece que el corzo no es impuro, lo cual es un alivio, y muy grande, te lo aseguro. Estaba muy angustiado por esa comida.

Al día siguiente las tareas fueron innumerables -la inclinación de los mástiles del Polychrest, la recolocación del lastre que aún tenía, la reparación de una bomba de cangilones-, pero la angustia siguió acompañándole y llegó a su punto culminante un cuarto de hora antes de que llegaran los invitados. Jack estaba en su comedor, muy nervioso, dando bruscos tirones al mantel, avivando la lumbre hasta que tomaba un color rojo cereza, molestando a Killick y a sus ayudantes, preguntándose si, después de todo, no hubiera sido mejor poner la mesa de través, y considerando la posibilidad de algún cambio de última hora. ¿Podrían, en realidad, sentarse allí seis medianamente cómodos? El Polychrest era un barco más amplio que

la Sophie, la última embarcación que había estado bajo su mando, pero debido a su particular construcción, la cabina carecía de mirador, no tenía aquella hilera de ventanas formando una curva que la llenaban de luz y aire y daban un toque de magnificencia incluso a un pequeño espacio; y aunque ésta era más grande y de una altura tal que él podía estar de pie inclinando apenas la cabeza, era mucho más larga que ancha y por la parte de popa iba estrechándose hasta reducirse casi a un punto; además, la única luz que había en ella entraba por una claraboya y dos pequeñas escotillas. Delante de esta habitación en forma de escudo, había un corto pasillo con su dormitorio a un lado y su jardín al otro; aunque este jardín del Polychrest no era propiamente tal, no estaba proyectado hacia el exterior ni situado exactamente en la aleta, pero servía de retrete lo mismo que si tuviera ambas características. Además del necesario orinal, había en el jardín una carronada de treinta y dos libras y un pequeño farol colgante, por si acaso el ojo de buey en la porta no bastaba para indicarle al incauto invitado las consecuencias que tendría un paso en falso. Jack entró para ver si

todo estaba brillante y luego salió al pasillo justo en el momento en que el centinela le abría la puerta al guardiamarina de guardia, que traía el mensaje: "El caballero está abordado con nosotros, con su permiso, señor".

En cuanto Jack vio a Canning subir a bordo, supo que su cena sería un éxito. Canning vestía una sencilla chaqueta de ante, y aunque no tenía apariencia de marinero, subía por el costado como uno auténtico, moviendo su corpulento cuerpo con gran agilidad, calculando exactamente el balanceo del barco. Asomó su alegre rostro por el portalón, mirando a derecha e izquierda inquisitivamente; luego pasó el resto del cuerpo y quedó allí de pie, llenando todo el espacio, sin sombrero y con la coronilla calva brillando bajo la lluvia.

El primer oficial le recibió y le condujo hasta Jack, a tres pasos de allí. Éste le estrechó la mano muy afectuosamente, hizo las necesarias presentaciones y enseguida guió al grupo a su cabina, pues tenía pocas ganas de quedarse bajo la helada llovizna y ninguna en absoluto de enseñar el Polychrest en su estado actual a

un observador tan astuto y perspicaz.

La cena comenzó de una forma bastante discreta, con bacalao que ellos mismos habían capturado esa mañana y muy poca conversación, aparte de las banalidades, comentarios sobre el tiempo, por supuesto, y preguntas sobre amigos comunes: "¿Cómo está lady Keith? ¿Cuándo la vio por última vez? ¿Qué noticias tiene de Villiers? ¿Le gusta Dover? ¿Está bien el capitán Dundas, está contento con su nuevo mando? ¿Ha oído buena música últimamente? Sí, un espléndido Fígaro en el teatro de la Opera, he ido tres veces". Parker, Macdonald y Pullings eran simplemente lastre, y vinculados por la convención que equiparaba al capitán, en su propia mesa, a un miembro de la realeza, se limitaban a seguir los temas que él proponía tratar. Sin embargo, Stephen desconocía esta convención, y les habló del óxido nitroso, el denominado gas hilarante, risa embotellada, dulce alegría, un tema nada apropiado para Canning. Jack se esforzó por desarrollar una incipiente conversación; y ahora el lastre comenzaba a moverse. Canning no hizo ninguna referencia al Polychrest (Jack se dio cuenta de esto y le dolió, pero también

sintió gratitud) aparte de decir que debería de ser un barco muy interesante, de extraordinarias características, que nunca había visto otro pintado con tanto gusto, tan elegante, tan perfecto, y que uno pensaría que era un barco real. Sin embargo, habló de la Marina en general con evidente conocimiento y profundo aprecio. Y puesto que pocos marinos pueden oír sinceros y rotundos elogios de la Armada sin experimentar satisfacción, la reservada atmósfera de la cabina se hizo más relajada y fue animándose hasta llegar a ser verdaderamente alegre.

Al bacalao le siguieron perdices, y Jack sustituyó el trinchado por el simple proceso de colocar una en cada plato. El clarete fruto de la corrupción empezó a circular, la alegría aumentaba, la conversación se generalizaba, y los hombres de guardia en cubierta oían las risas que salían ininterrumpidamente de la cabina.

Después de las perdices vinieron nada menos que cuatro platos de caza, culminando con una pierna de corzo que trajeron Killick y el despensero de los oficiales sobre un escotillón bien limpio, al que le habían hecho un canalillo con un formón para la salsa.

–El borgoña, Killick -susurró Jack, poniéndose de pie para trinchar la carne.

Ellos observaron atentamente cómo lo hacía, y la conversación fue cesando poco a poco; luego se ocuparon de sus platos con la misma atención.

–A fe mía, caballeros -dijo Canning, dejando sobre la mesa el tenedor y el cuchillo-, que ustedes en la Armada no se privan de nada. ¡Qué festín! No tiene ni comparación con el de la casa de un noble. Capitán Aubrey, señor, éste es el mejor corzo que he comido en mi vida; es un plato magnífico, ¡Y qué borgoña! Es Musigny, ¿no?

–Chambolles-Musigny, señor, del 85. Me temo que ya no se encuentra en su mejor momento; sólo me quedan estas pocas botellas, y por suerte a mi despensero no le gusta el borgoña. Señor Pullings, ¿quiere un poco más de esta parte dorada?

Era verdaderamente un excelente corzo, tierno, jugoso, de marcado sabor. Jack, sintiendo por fin tranquilidad, volvió a meterse en su propio mundo. Casi todos los demás conversaban; Pullings y Parker le hablaban a Canning de las intenciones de Bonaparte, las

nuevas cañoneras francesas y las embarcaciones con aparejo de navío de la flotilla invasora; Stephen y Macdonald, muy inclinados sobre sus platos para oírse el uno al otro o, mejor dicho, ser oídos, mantenían una discusión que todavía no era muy fuerte pero amenazaba con llegar a ser acalorada.

–Ossian -dijo Jack en un momento en que ambos tenían la boca llena-. ¿No era ese el caballero a quien el doctor Johnson atacó tanto?

–No, señor -prosiguió Macdonald, tragando más rápidamente que Stephen-. El doctor Johnson era un hombre de cierta respetabilidad, sin duda, pero no tenía absolutamente ninguna relación con los Johnston de Ballintuber; sin embargo, por alguna razón estaba algo predispuesto en contra de Escocia. No distinguía lo sublime, por eso no apreciaba a Ossian.

–Nunca he leído a Ossian -dijo Jack- ni entiendo mucho de poesía. No obstante, recuerdo que lady Keith dijo que ese doctor Johnson había hecho algunas objeciones serias y convincentes.

–¿Dónde están sus manuscritos?

–¿Esperaba usted que un caballero de la región de Highland enseñara sus manuscritos por coacción? – le dijo Macdonald a Stephen, y también a Jack-. El doctor Johnson, señor, hacía afirmaciones sumamente inexactas. Fingió no ver árboles en su viaje por el reino; pues bien, he pasado por los mismos caminos que él muchas veces y he visto algunos árboles a cien yardas de ellos, diez o incluso más. No le considero una autoridad en ninguna materia. Apelo a su buen juicio, señor, ¿qué diría de un hombre que define la escota de la mayor como la vela más grande de un barco o el seno de un cabo como su circunferencia y dice que amarrar es ayustar? Y todo eso en un libro que pretende ser un diccionario de nuestra lengua. ¡Bah!

–¿De verdad dijo eso? – preguntó Jack-. Nunca volveré a tener de él la misma opinión que hasta ahora. No dudo que su Ossian fuera un tipo muy honesto.

–Lo dijo, señor, le doy mi palabra -afirmó Macdonald, poniendo la palma de la mano derecha sobre la mesa-. Y, sin duda, falsum in uno, falsum in omnibus.

–Claro que sí -dijo Jack, tan familiarizado con la palabreja omnibus como cualquier otro de los presentes-. Falsum in omnibus. ¿Qué tienes que decir a omnibus, Stephen?

–Le concedo la victoria -dijo Stephen sonriente-. Omnibus me ha derrotado.

–Un vaso de vino por el doctor -dijo Macdonald.

–Deja que te sirva un poco más de la parte de abajo -dijo Jack-. ¡Killick, el plato del doctor!

–¿Más botellas vacías, Joe? – preguntó el centinela de la puerta, mirando dentro de la cesta.

–¡Dios mío! ¡Cuánta comida se zampan! – dijo Joe, riéndose entre dientes-. A ese tipo grande, el civil, es un placer verle comer. Y aún faltan por traer el pastel de higo y las becadas asadas, y luego el ponche.

–No te habrás olvidado de mí, ¿verdad Joe? – dijo el centinela.

–La botella con el sello de color amarillo. Se pondrán a cantar de un momento a otro.

El centinela se llevó la botella a los labios y fue inclinándola

cada vez más y más hacia arriba, luego se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

–¡Vaya ron que beben en la cabina! Se parece al aguardiente, pero es menos fuerte. ¿Cómo está mi caballero?

–Tendrás que meterlo en la cama, compañero; cada vez se anima más, está como una cuba. Y lo mismo el de la chaqueta de ante. Para él hará falta una guindola.

–Ahora, señor -le dijo Jack a Canning-, tenemos un plato marinero que he pensado que le gustaría. Es un pastel de higos. No tiene que comerlo si no quiere, aquí hay total libertad. A mí me parece que es bueno para terminar una comida, pero tal vez haya que estar acostumbrado a su sabor.

Canning miró la masa amorfa, de color claro, brillante y ligeramente traslúcida, y preguntó cómo se hacía; parecía que nunca había visto nada igual.

–Cogemos galletas de barco, las metemos en una bolsa de lienzo resistente… -dijo Jack.

–Les damos golpes con un pasador durante media hora… -dijo

Pullings.

–Añadimos trozos de manteca de cerdo, ciruelas, higos, grosellas, ron… -dijo Parker.

–Lo mandamos a la cocina y luego lo servimos con grog -dijo Macdonald.

Canning dijo que estaría encantado… sería una nueva experiencia… nunca había tenido el honor de cenar en un navío de guerra… estaba contento de probar algún plato marinero.

–Y es realmente excelente -dijo-. Y también el grog. Me gustaría beberme otro vaso. Estupendo, estupendo. Le decía, señor –inclinándose hacia Jack, en actitud confidencial-, le decía antes, diez o veinte platos han pasado desde entonces, que he oído un magnífico Fígaro en el teatro de la ópera. Debe ir a verlo si le es posible. Hay una nueva señora, la Colonna, que hace una interpretación de Susana con tanta gracia y pureza como nunca en mi vida había oído, es una revelación. Ella se abandona en medio de la nota y ésta sube, sube… Ottoboni es el conde. Su diálogo hace que a uno se le humedezcan los ojos. He olvidado las palabras, pero

usted las conoce, por supuesto.

Se puso a tararear, y su voz de bajo hizo temblar los vasos.

Jack marcó el tiempo con la cuchara y empezó a cantar:

–Sotto i pini…

Lo cantaron una vez, y luego otra. Los demás les miraban con cierta perplejidad, aunque con aire satisfecho. En aquel momento ya parecía normal que su capitán hiciera el papel de una doncella española e incluso que después cantara la canción de los tres ratones ciegos.

Antes de los ratones, sin embargo, sucedió algo que demostró la simpatía que le tenían a Canning. El oporto comenzó a circular, pues había sido propuesto un brindis por el Rey, y Canning se puso de pie, dándose un golpe en la cabeza con un bao y cayendo luego en la silla como si le hubieran pegado con una hachuela. Sabían que eso siempre le podía ocurrir a un soldado o a un civil, aunque nunca lo habían presenciado, y se alegraron mucho de que no se hubiera hecho una gran herida. Se pusieron alrededor de él y trataron de aliviarle poniéndole ron en el chichón, asegurándole que no era

nada… se le pasaría pronto… ellos a menudo se daban golpes en la cabeza… no tenía importancia… no había huesos rotos. Jack mandó traer el ponche y le dijo en voz baja al despensero que había que preparar una guindola rápidamente, luego repartió una pequeña cantidad, como si se tratara de una medicina, y dijo:

–Es un honor para los miembros de la Armada beber a la salud del Rey, señor; lo hacemos con el mayor respeto. Sin embargo, recientemente ha ocurrido algo que demuestra que pocos lo saben; debe de parecer muy extraño.

–Sí, sí -dijo Canning, mirando fijamente a Pullings-. Sí, ahora lo recuerdo.

El ponche iba llegando a todos los órganos vitales de Canning, dándole nuevos bríos. Entonces, sonriendo, paseó la vista alrededor de la mesa y dijo:

–¡Qué marinero tan inexperto debo de parecerles a todos ustedes, caballeros!

Aquello se le pasó, como le habían dicho, y un poco más tarde se les unió con su voz potente en la canción de los ratones, el golfo

de Vizcaya, las gotas de coñac, la mujer teniente, destacándose en el fragmento que hablaba de los jóvenes inocentes:

Tres, tres rivales
dos, dos jóvenes inocentes, en plena lozanía,
pero uno está solo
y por siempre lo estará.

Y terminó con una potencia y un tono grave que ninguno de ellos podía alcanzar, como los de un exaltado predicador.
–Ahí hay un simbolismo que no entiendo -dijo Stephen, sentado a su derecha, cuando los alegres y confusos gritos habían cesado.
–¿No se refiere a…? – empezó a decir Canning.
Pero los otros habían vuelto a comenzar con los ratones, cantando tan alto como si quisieran alcanzar con su voz la cofa del trinquete en medio de una tempestad del Atlántico, todos excepto Parker, que no podía distinguir una melodía de otra y únicamente abría y cerraba la boca con una expresión benévola y amistosa,

aunque sentía un profundo aburrimiento. Canning se interrumpió para unirse a ellos.

Todavía estaba con los ratones cuando le llevaron a la guindola y le bajaron despacio hasta su bote; todavía estaba con ellos cuando, en la penumbra, le conducían en el bote hacia el gran conjunto de barcos frente a los bancos de arena de Goodwin. Y Jack, inclinado sobre el pasamanos, oía su voz cada vez más débil -mira cómo corren, mira cómo corren-, hasta que por fin, al llegar de nuevo a Tres, tres rivales, ésta se apagó.

–De todas las cenas de a bordo que recuerdo, ésta ha sido la de más éxito -dijo Stephen, a su lado-. Te doy las gracias por haber podido asistir.

–¿De verdad lo crees? – dijo Jack-. Estoy muy contento de que te haya gustado. Deseaba, sobre todo, agasajar a Canning, porque aparte de otras cosas, es un hombre muy rico, y no quería dar la impresión de que pasamos estrecheces en este barco. Siento haberle puesto fin tan pronto, pero necesitaba un poco de luz para las maniobras. ¡Señor Goodridge! ¡Señor Goodridge! ¿Cómo está la

marea?

–Seguirá creciendo una hora más, señor.

–¿Están preparados los hombres con las defensas?

–Preparados, todos preparados, señor.

Había bastante viento, pero tenían que desatracar en aguas muertas y pasar entre la escuadra y el convoy, y Jack tenía un miedo terrible de que el Polychrest chocara con uno de los navíos de guerra o con la mitad del desordenado convoy; por eso había ordenado a una brigada que se armara de largos palos para desatracar.

–Entonces vayamos a su cabina.

Cuando ya estaban abajo, dijo:

–Veo que tiene usted desplegadas las cartas marinas. Ha sido usted oficial de derrota en el Canal, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Menos mal; yo conozco mejor el Mar de las Antillas y el Mediterráneo que estas aguas. Quiero que sitúe la corbeta a la altura del cabo Gris Nez, a media milla de distancia, a las tres de la

madrugada, teniendo el campanario al norte cincuenta siete grados este y la torre del acantilado al sur sesenta y tres grados este.

Cuando iban a sonar las cuatro campanadas en la guardia de media, Jack subió a cubierta. El Polychrest estaba al pairo con el velacho y la vela de mesana tendidas, cabeceando entre las olas con sus extraños y nerviosos tirones. La noche era fría y muy clara por la brillante luz de la luna; al este se veían multitud de blancas estrellas, y Altaír se destacaba sobre la oscura masa del cabo Gris Nez, por la aleta de estribor. Continuaba soplando el mismo viento cortante del noroeste. Pero a lo lejos, por la amura de babor, la situación comenzaba a empeorar; no había estrellas por encima de Castor y Pólux, y la luna se hundía en una negra franja por encima del horizonte. Tal vez esto podría significar que llegaría una tormenta por ese mismo lado, por tanto su situación era difícil, teniendo tan cercana la costa a barlovento. Había recibido las órdenes de estar a la altura del cabo Gris Nez a las tres de la madrugada, hacer una señal luminosa azul, recibir a un pasajero de

un bote que debería responder a su llamada con la palabra Borbón y luego dirigirse a Dover con la mayor rapidez posible. En el caso de que no apareciera ningún bote o si cambiaba de posición a causa de un temporal, debía repetir la operación las tres noches siguientes, permaneciendo durante el día donde no pudiera ser visto.

Pullings era el encargado de la guardia, pero el segundo oficial también estaba en cubierta, de pie junto al saltillo del alcázar, sin perder de vista las marcas; y mientras en el barco todo seguía tranquilamente su marcha. Pullings orientó varias veces las velas para mantenerlas perfectamente balanceadas; el ayudante del carpintero informó sobre la cantidad de agua en la sentina (dieciocho pulgadas, lo cual era más de lo adecuado); el sargento de marina hizo sus rondas; se dio la vuelta al reloj de arena, la campana sonó, los centinelas gritaron "¡Todo bien!" desde sus diversos puestos, el serviola y el timonel fueron relevados; los hombres de guardia tomaron el relevo en las bombas. Y mientras tanto, la brisa canturreaba en la jarcia y el tono de las notas iba subiendo y bajando de una punta a otra de la escala a medida que el

barco se balanceaba, y los mástiles hacían estirarse los obenques y las brazas ora hacia un lado, ora hacia el otro.

–¡Serviola de proa, atención! – gritó Pullings.

–¡Zí, zí, zeñor! – llegó la distante voz de Bolton.

Era uno de los hombres reclutados en el barco que hacía el servicio de las Indias, un tipo horrible, de fuerza descomunal, hosco e iracundo. No tenía dientes delanteros y sólo le quedaban los amarillentos colmillos a ambos lados de la abertura por la que ceceaba; sin embargo, era un buen marino.

Jack miró su reloj a la luz de la luna; todavía faltaba mucho tiempo, y ahora la oscura franja en el noroeste se había tragado a Cápela. Estaba pensando en mandar a un par de hombres al tope cuando el serviola gritó:

–¡Cubierta! ¡Zeñor! ¡Un bote por la aleta de eztribor!

Jack subió por los obenques y se inclinó sobre el pasamanos escrutando el oscuro mar. Nada.

–¿Dónde? – dijo.

–Juzto por la aleta. Tal vez haya caído medio grado ahora.

Remando como zi huyera del diablo, con trez a cada lado.

Jack lo vio cuando cruzó el sendero de la luna, a una milla de distancia aproximadamente. Era muy largo, muy bajo, muy estrecho, parecía una línea en el mar, y navegaba rápidamente en dirección a tierra. Ese no era el bote que esperaba: distinta forma, distinto momento, distinta dirección.

–¿Qué piensa usted de él, señor Goodridge? – preguntó.

–Bueno, señor, es una de esas yolas de Deal que se dedican al contrabando, y por el aspecto que tiene debe de llevar un cargamento muy pesado. Deben de haber visto un guardacostas o un crucero cerca, por eso han tenido que remar contra corriente con la marea menguante, y eso resulta muy duro frente al cabo. ¿Piensa usted atraparla, señor? Es ahora o nunca, pues está agotada por el esfuerzo en el cabo. ¡Qué suerte!

Jack no había visto ninguna antes, pero había oído hablar de ellas, por supuesto. Por su aspecto, parecían más adecuadas para navegar rápidamente por tranquilos ríos que para salir al mar, pues la seguridad se había sacrificado a la velocidad; sin embargo, los

beneficios del contrabando de oro eran tan grandes que los hombres de Deal atravesaban en ellas el Canal sin dificultad. Podían huir de cualquier cosa navegando contra el viento. Sus hombres a veces se ahogaban, pero muy rara vez eran capturados, a menos que, como podría suceder, las yolas estuvieran por casualidad justo a sotavento de un navío que pudiera darles caza, entorpecidas por una marea menguante y con los hombres agotados por haber remado durante largo tiempo, o tropezaran con un navío de guerra al pairo.

Oro en paquetes muy pequeños; debería de haber quinientas o seiscientas libras para él en aquella frágil yola, y también siete marineros de primera, los mejores marineros de la costa; y sería una presa de ley, pues los salvoconductos no servirían de nada ahora. Jack tenía la ventaja. No tenía más que hinchar las gavias, abatirse, desplegar todas las velas que fuera posible y acercarse. Para huir de él, la yola tendría que remar totalmente contra corriente, y sus hombres no podrían hacerlo mucho tiempo. Él tardaría veinte minutos; tal vez media hora. Sí, pero entonces tendría que volver a su puesto, y desgraciadamente conocía la

habilidad del Polychrest en ese aspecto.

–Todavía falta casi una hora para las tres, señor -dijo el segundo oficial, a su lado.

Jack miró su reloj, que el sargento de marina iluminaba con el farol, y en el expectante alcázar se hizo un extraño silencio. Todos los marinos allí en popa, e incluso el tejedor en el combés, sabían lo que pasaba.

–Sólo pasan siete minutos de la hora en punto, señor -dijo el segundo oficial.

No. No saldría bien.

–¡Atento con el timón! – dijo Jack cuando el Polychrest dio una guiñada, cayendo un grado completo a estribor-. Señor Pullings, prepare la señal luminosa azul -dijo, y reanudó su paseo.

Durante cinco minutos aquello fue difícil de soportar; cada vez que llegaba al coronamiento allí estaba el bote, acercándose cada vez más a tierra, pero todavía en gran peligro. Cuando Jack dio su enésimo paseo, el bote había cruzado una línea invisible tras la cual estaba seguro; la corbeta ya no podía llevárselo de allí, él ya no

podía cambiar de idea.

Cinco campanadas. Comprobó su posición colocando el compás entre el campanario y la torre para determinar la marcación. Los nubarrones del noroeste ahora cubrían la Osa Mayor. Seis campanadas. La luz azul se elevó de repente y luego se alejó por sotavento, iluminando los rostros vueltos hacia ella -bocas abiertas, ojos asombrados- con extraña intensidad.

–Señor Pullings, tenga la amabilidad de enviar a la cofa a un hombre fiable con un telescopio de noche -dijo Jack.

Y cinco minutos después gritó:

–¡Cofa del mayor! ¿Ve algún bote acercarse desde la costa?

Una pausa.

–No, señor. Tengo enfocado mi catalejo hacia el rompiente y ninguna embarcación ha salido de allí todavía.

Siete campanadas. Tres navíos bien alumbrados pasaron cerca, dirigiéndose a la salida del Canal; eran neutrales, desde luego. Ocho campanadas, el relevo de la guardia; el Polychrest seguía allí todavía.

–Llévelo a alta mar, señor Parker -dijo Jack-, hasta que deje de verse tierra por completo, desplazándolo lo más al sur posible. Tenemos que volver aquí mañana por la noche.

Pero el Polychrest pasó la noche siguiente al otro lado del Canal, cerca de Dungeness, surcando las aguas que Jack pensaba que era necesario cruzar para quedar al abrigo de la isla de Wight. Así que regresó con el rabo entre las piernas, con su misión incumplida, a dar parte al almirante. Pero el viento roló hacia el oeste al amanecer, y la corbeta, que llevaba todos los rizos en las gavias y se movía con dificultad, comenzó a retroceder por el encrespado mar, de olas tan cortas y altas que la hacían dar fuertes y repentinas sacudidas; y entretanto, en el comedor, ningún tope ni ningún esfuerzo por parte de los comensales podían hacer que sus platos se mantuvieran sobre la mesa.

El puesto del contador estaba vacío, como siempre después que se hacía el primer rizo en las velas, y Pullings estaba aturdido cuando tomó asiento.

–¿Sufre usted de mareo, señor? – le dijo Stephen a

Macdonald.

–¡Oh, no, señor! Es que yo soy de las Hébridas, y subimos a un bote en cuanto llevamos calzones.

–Las Hébridas… las Hébridas. Había allí un señor de las islas, creo que con su apellido, señor. (Macdonald asintió con la cabeza.) Ese siempre me ha parecido el título más novelesco que existe. Nosotros tenemos al caballero blanco y al caballero de Glen, a los infanzones O'Connor y McCarthy y a otros nobles; pero el título de señor de las islas… tiene cierto aire de magnificencia. Eso me recuerda que hoy he tenido una impresión muy extraña, la impresión de haber vuelto a un tiempo pasado. Dos de sus hombres, ambos de apellido Macre, me parece, estaban hablando mientras sujetaban entre los dos un trozo de magnesita que pasaban por sus armas, y yo me encontraba cerca de ellos; no decían nada importante, ya sabe usted, sino que discutían por la magnesita, uno mandó a la mierda al otro y éste le mandó a él al infierno y continuaron diciéndose más cosas así. Lo entendí todo con facilidad, sin intentarlo deliberadamente o tener que pensar.

–¿Habla usted gaélico, señor? – dijo Macdonald.

–No, señor -dijo Stephen-, y eso es lo curioso. Ya no lo hablo y pensaba que ya no lo entendía. Y sin embargo, de repente, sin que haya hecho nada, he podido entenderlo perfectamente. No imaginaba que el gaélico y el irlandés estuvieran tan cercanos, creía que los dialectos célticos se habían diferenciado mucho. Dígame, ¿se entienden entre sí los hombres de las Hébridas y los de la región de Highland, y entienden a su vez, por ejemplo, a los del Ulster?

–¡Oh, sí, señor! Se entienden. Pueden hablar bastante bien sobre temas generales, sobre barcos, pesca y obscenidades. Algunas palabras son distintas, por supuesto, y hay grandes diferencias de entonación, pero a fuerza de repetir y tener perseverancia, se hacen entender muy bien y establecen una comunicación bastante buena. Hay algunos irlandeses entre los hombres de la leva, y les he oído hablar con mis infantes de marina.

–Si yo les hubiera oído, estarían en la lista de indisciplinados –dijo Parker, que acababa de bajar y parecía un terranova chorreando agua.

–¿Por qué, señor? – dijo Stephen.

–El irlandés está prohibido en la Armada -dijo Parker-. Es perjudicial para la disciplina; se supone que una lengua secreta es propicia para el amotinamiento.

–Otro balanceo como ese y nos quedaremos sin mástiles -dijo Pullings, cuando los platos y vasos que aún estaban sobre la mesa y todos los comensales de la sala de oficiales fueron lanzados a sotavento-. Primero perderemos el palo de mesana, doctor – mientras hablaba apartaba con cuidado a Stephen de los destrozos-, convirtiéndonos en un bergantín; luego perderemos el trinquete, transformándonos en una simple corbeta; y luego perderemos el palo mayor y nos habremos convertido en una balsa, lo que deberíamos haber sido al principio.

Por un milagro de destreza, Macdonald había sujetado y salvado la jarra, y con ella en la mano dijo:

–Si puede usted encontrar un vaso entero, doctor, tendré mucho gusto en beber un poquito de vino con usted y volver a hablar de Ossian. Por la forma elogiosa en que ha hablado usted de

mi antepasado, está claro que su delicada sensibilidad le permite reconocer lo sublime; y lo sublime, señor, es la gran prueba de la autenticidad de Ossian.

Una vez más la luz azul iluminó la cubierta del Polychrest y los rostros de los hombres de guardia vueltos hacia ella. Sin embargo, esta vez se alejó por el noreste, pues el viento había rolado, trayendo una fina lluvia y el presagio de más; y esta vez recibió una inmediata respuesta, los disparos de mosquetes en la costa, con sus rojos destellos, y un lejano pop-pop-pop.

–¡Un bote alejándose de la costa, señor! – gritó el hombre que estaba en la cofa.

Y dos minutos más tarde, volvió a gritar:

–¡Cubierta! ¡Cubierta, atención! ¡Otro bote, señor, disparándole al primero!

–¡Todos los hombres maniobrando para zarpar! – gritó Jack, y el Polychrest cobró vida rápidamente-. ¡Castillo, atención! ¡Destrincad las carronadas dos y cuatro! ¡Señor Rolfe, dispare contra el segundo bote a medida que nos acerquemos a la costa! ¡Disparad

con los cañones apuntados con la máxima elevación! ¡Señor Parker, gavias y mayores!

Los botes estaban a una milla, lejos del alcance de sus carronadas, pero si podía ganar velocidad acortaría rápidamente esa distancia. ¡Oh, cuánto daría por un cañón largo para perseguirlos…!

Las órdenes suplementarias, incesantes y rápidas, llegaban en un continuo, repetitivo y exasperado clamor: "¡Mover hacia arriba, rápido, izar, halar, halar! ¿Queréis halar ahí en la verga de la gavia mayor? ¡Dejar caer, maldita sea, dejar caer la sobremesana! ¡Atar las empuñiduras! ¡Izar con ganas, ahora, izar!

¡Dios! Aquello era una agonía. El barco parecía un mercante mal tripulado, un horrible pandemónium. Juntó las manos tras la espalda y se acercó al pasamanos, evitando correr a proa y poner fin a los confusos gritos en el castillo. Los botes venían directamente hacia ellos, y en el segundo hacían fuego dos o tres mosquetes y unas cuantas pistolas. Por fin el contramaestre ordenó amarrar, y el Polychrest comenzó a moverse de repente hacia delante, virando hacia donde venía el viento. Sin dejar de mirar los botes que se

aproximaban, Jack dijo:

–Señor Goodridge, vire de forma que el condestable pueda disparar con precisión. Señor Macdonald, que sus tiradores vayan a la cofa y disparen al segundo bote.

Ahora la corbeta se movía bastante rápidamente, abriendo el ángulo que formaba con los dos botes, pero al mismo tiempo el primer bote viraba hacia ella, protegiendo de sus disparos al que lo perseguía.

–¡Eh, el bote! – gritó-. ¡Apártese de mi proa! ¡Vire a estribor!

Tal vez habían oído, habían entendido, o tal vez no, pero empezó a verse una separación entre los botes. Las carronadas de proa dispararon con gran estrépito, lanzando una larga lengua de fuego. No vio caer la bala, pero ésta no hizo ningún daño al segundo bote, que continuó disparando encarnizadamente. Otro disparo, y esta vez lo vio caer, como un penacho sobre el mar gris, muy lejos del bote, pero en la dirección correcta. El primer tiro de mosquete hizo un estruendo por encima de sus cabezas, seguido de otros tres o cuatro juntos. De nuevo una carronada, y ahora la bala fue

lanzada con precisión al segundo bote, pues el Polychrest se había desplazado doscientas o trescientas yardas; ésta debía de haber rebotado por encima de sus cabezas, aplacando su furia. Ambos botes siguieron avanzando, pero después del siguiente disparo el segundo viró en redondo, hizo un último disparo de mosquete inútilmente y se puso fuera del alcance de la corbeta con rapidez.

–Póngalo en facha, señor Goodridge -dijo Jack-. Oriente adecuadamente la sobremesana. ¡Ah, el bote! ¿Quién va?

Se oyó un cuchicheo fuera del barco, a cincuenta yardas.

–¿Quién va? – volvió a gritar, inclinándose mucho sobre el pasamanos, con la lluvia golpeándole el rostro.

–Borbón -se oyó una voz muy baja.

Y siguió un fuerte grito que repitió:

–Borbón.

–Venga por sotavento -dijo Jack.

El Polychrest estaba detenido, y ahora cabeceaba y crujía. El bote se abordó con él, se enganchó a las cadenas principales, y a la luz de los faroles Jack vio un cuerpo hecho un ovillo en la popa del

bote.

–Le monsieur est touché-dijo el hombre que tenía el bichero.

–¿Está muy herido? ¿Mauvaisement ble…ssay?

–Sais pas, commandant. Il parle plus; je crois bien que c'est un macchabbée à présent. Y à du sang partout. Vous voulez pas me faire passer une élingue, commandant?

–¿Eh? Parlez… Avisen al doctor.

Hasta que el paciente no estuvo en la cabina de Jack, Stephen no vio su cara. Era Jean Anquetil, un joven nervioso, indeciso, valiente pero tímido, y desafortunado; se estaba desangrando. La bala le había perforado la aorta y Stephen no podía hacer nada, nada por él; la sangre salía a borbotones.

–Todo habrá terminado dentro de pocos minutos -dijo, volviéndose hacia Jack.

–De modo que murió, señor, a los pocos minutos de ser traído a bordo -dijo Jack.

El almirante Harte emitió un gruñido y luego dijo:

–¿Eso es todo lo que llevaba encima?

–Sí, señor. Una chaqueta verde, botas, otras prendas de ropa y documentos; todo está muy ensangrentado, lo siento.

–Bien, éste es un asunto para el Almirantazgo. Pero, ¿qué me dice de ese bote de contrabando?

Así que era esa la razón de su malhumor.

–Vi el bote cuando ya estaba en mi puesto, señor. Faltaban cincuenta y tres minutos para la hora de la cita, y si me hubiera acercado a él, forzosamente habría llegado tarde a aquélla, no podría haber regresado a tiempo. Usted sabe cómo es el Polychrest navegando de bolina, señor.

–Y usted sabe que hay que jugarse el todo por el todo, capitán Aubrey. De todos modos, uno no debe ser demasiado escrupuloso. El tipo no fue puntual a la cita; estos extranjeros nunca lo son. Y en cualquier caso, media hora más o menos… e indudablemente no podía haber sido más, ni aunque la tripulación fuera un grupo de viejas. ¿Sabe usted, señor, que los botes de la Amethyst apresaron a ese cabrón de Deal cuando se apresuraba a entrar en Ambleteuse con mil cien guineas a bordo? Me pongo furioso cuando pienso en

ello… todo se estropeó -dijo, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

La Amethyst iba de crucero a las órdenes del Almirantazgo, recordaba Jack. El oficial al mando del buque insignia no participaba en el reparto del botín. Harte había perdido alrededor de ciento cincuenta libras; no estaba contento.

–Pero bueno -continuó el almirante-, a lo hecho, pecho. Tan pronto como el viento deje de soplar del sur, me pondré en marcha con el convoy. Esperará usted aquí a que lleguen los barcos de Guinea y los de la lista que Spalding le dará, y los escoltará usted hasta el puerto de Lisboa. No dudo que en su viaje de regreso hará algo para mejorar esta desagradable situación. Spalding le dará las órdenes; no habrá ninguna cita inquebrantable.

Por la mañana, el viento había rolado al oestenoroeste, y la bandera de salida apareció en la punta de cien masteleros de velacho. Montones de botes zarpaban apresuradamente de Sandwich, Walmer, Deal y Dover llevando a capitanes mercantes, pilotos, pasajeros y parientes de éstos; y muchos tratos sucios con

sumas desorbitantes de por medio fueron interrumpidos cuando las señales del buque insignia, reforzadas por los insistentes cañonazos, indicaron claramente que quedaba poco tiempo para la partida, que esta vez sería definitiva. Alrededor de las once, todo el grupo, menos los barcos que habían chocado entre sí, navegaban formando tres amplias divisiones o, mejor dicho, montones.

Independientemente de que estuvieran ordenados o desordenados, formaban un hermoso cuadro: velas blancas extendiéndose a lo largo de cuatro o cinco millas por el mar gris, y el alto cielo, encapotado, a veces tan gris como éste y a veces tan blanco como aquéllas. También eran una muestra evidente de la enorme importancia del comercio para la isla, una muestra que podría servir para dar a los guardiamarinas del Polychrest una lección sobre economía política y, además, sobre la habilidad de los marineros para escapar a la leva, pues había varios miles de ellos navegando allí, a salvo, tras pasar por el mismo centro del Servicio de leva.

Pero los guardiamarinas, junto con el resto de la tripulación, estaban presenciando el castigo. El enjaretado estaba dispuesto y

los ayudantes del contramaestre preparados. El sargento de marina trajo a los transgresores, en una larga fila, acusados de borrachera –la ginebra había estado llegando a bordo procedente de los barcos de aprovisionamiento, como siempre-, robo, desacato y negligencia en el cumplimiento del deber, y de fumar tabaco fuera de la cocina y jugar a los dados. En esas ocasiones, Jack siempre se sentía triste, molesto con todos a bordo, lo mismo con los inocentes que con los culpables; se mostraba altanero, frío, distante, y a todos los que estaban bajo su poder, su poder casi absoluto, les parecía un terrible salvaje, un tipo muy duro. Estaban al comienzo de su misión, y tenía que imponer una férrea disciplina, tenía que apoyar la autoridad de los oficiales. Al mismo tiempo, tenía que moverse con cuidado entre una severidad contraproducente y una indulgencia (aunque, en verdad, algunos cargos eran bastante leves, a pesar de lo que le había dicho a Parker) fatídica; y tenía que hacerlo sin conocer realmente las tres cuartas partes de su tripulación. Era una tarea difícil, y la expresión de su rostro era cada vez más furiosa. Ordenó tareas extra, suspendió el grog durante tres días… una semana…

quince días, e impuso como castigo seis latigazos a cuatro hombres, nueve a otro, y una docena al ladrón. No eran muchos azotes; pero en su querida Sophie a veces habían estado dos meses sin sacar el látigo de su bolsa de fieltro rojo; no eran muchos, pero aun así tenía que hacerse una ceremonia con la lectura de los apropiados artículos de las ordenanzas militares, redoble de tambores y la solemnidad de cien hombres reunidos.

Los lampaceros limpiaron y pusieron todo en orden, y Stephen fue abajo para vendar o untar a los hombres que habían sido azotados, es decir, a los que acudían a él. Los hombres de mar se pusieron de nuevo la camisa y volvieron a sus tareas, confiando en que el rancho y el grog les harían ponerse bien, mientras que los campesinos, que nunca antes habían sido azotados a la manera de la Marina, estaban mucho más afectados y se sentían muy abatidos; y por otra parte, el látigo para castigar a los ladrones había golpeado horriblemente la espalda de Carlow, pues el ayudante del contramaestre era primo del hombre a quien había robado.

Volvió a subir a cubierta poco antes de que se diera la voz de

rancho, y al ver al primer oficial paseándose de un lado a otro con aire complacido, le dijo:

–Señor Parker, ¿me permitiría usted usar un bote pequeño dentro de, digamos, una hora? Quisiera caminar sobre los bancos de arena de Goodwin con la marea baja. El mar está tranquilo; el día es propicio.

–Por supuesto, doctor -dijo el primer oficial, que siempre estaba de buen humor después de una azotaina-. Puede usar el cúter azul. Pero no se perderá usted el rancho, ¿verdad?

–Me llevaré pan y un pedazo de carne.

Así que allí estaba, en aquel extraño paraje totalmente silencioso, caminando sobre la arena firme y húmeda de los bancos, que el mar acariciaba y por cuyos extremos pasaban corrientes de agua; y mientras, se llevaba a la boca el pan con una mano y la carne con la otra. Se encontraba tan por debajo del nivel del mar que la parte de la costa donde estaba Deal no podía verse; el mar, gris y tranquilo, formaba un disco a su alrededor, y el bote, en una lejana cala al borde de la hilera de bancos, parecía estar a una gran

distancia o en otro plano. La arena se extendía ante él, formando suaves ondas, con oscuros restos de barcos naufragados medio enterrados aquí y allá, a veces enormes armazones, otras simples cuadernas, en un cierto orden que no comprendía pero que podría llegar a entender, estaba seguro, si su mente usaba ciertos recursos, sería tan simple como empezar el alfabeto por la x, simple si pudiera encontrar la primera clave. Un aire distinto, una luz distinta; una grata sensación de estabilidad y, por tanto, de estar en otro tiempo, que no era diferente en absoluto a la producida por el láudano. Ondulaciones hechas en la arena por las olas; rastros de anélidos, navajas, almejas; una distante bandada de lavanderas pasaban volando, con rapidez, muy juntas, girando todas a la vez y cambiando de color al girar.

Su dominio se hacía más grande a medida que bajaba la marea; nuevos bancos de arena aparecían, extendiéndose más y más hacia el norte bajo la tenue luz; las islas se unían unas a otras, el agua cristalina desaparecía, y sólo allí a lo lejos, al borde de su mundo, había pequeños ruidos, el choque de las suaves olas y el

distante grito de las gaviotas. Ahora iba disminuyendo, apenas perceptiblemente, grano a grano; por todas partes comenzó calladamente un movimiento del agua hacia el interior, que sólo se notaba por el ensanchamiento de los canales entre los bancos, adonde el agua llegaba ahora con fluidez desde el mar.

Los tripulantes del bote habían estado pescando platijas tranquilamente todo ese tiempo y habían llenado dos cestas con sus capturas.

–Ahí está el doctor -dijo Nehemiah Lee- moviendo los brazos. ¿Está hablando solo o trata de decirnos algo?

–Está hablando solo -dijo John Lakes, un ex tripulante de la Sophie-. Lo hace a menudo. Es un hombre muy sabio.

–Se quedará aislado si no se preocupa de salir de ahí -dijo Arthur Simmons, un marinero del castillo algo mayor y polémico-. A mí me parece casi tan extraño como un extranjero.

–Te vas a tragar eso, Art Simmons -dijo Plaice-, o te romperé la boca.

–¿Tú, con la ayuda de quién? – respondió Arthur Simmons,

acercando la cara a la de su compañero.

–¿No tienes ningún respeto por la sabiduría? – dijo Plaice-.

Cuatro libros a la vez le he visto leer. Sí, con estos ojos que ves aquí –los señalaba-, y le he visto abrir el cráneo de un hombre, sacarle los sesos, arreglárselos, volverlos a meter, clavarle una placa de plata, y después coserle el cuero cabelludo, que le caía por encima de una oreja y le tapaba la cara, con una aguja y un punzón; y cosía con tanta destreza como el velero de un navío del Rey.

–¿Y cuándo enterrasteis al pobre desgraciado? – preguntó Simmons, con una seguridad insultante.

–Pues se pasea por la cubierta de un navío de setenta y cuatro cañones en estos momentos, grandísimo ignorante -dijo Plaice-. Su apellido es Day, es el condestable del Elephant; está mejor que nunca y ha sido ascendido. Así que puedes meterte tus palabras por el culo, Art Simmons. ¡Vaya si tiene sabiduría! Le he visto coser el brazo de un hombre, que le colgaba sólo de un hilo, mientras hacía comentarios en griego.

–Y mis partes -dijo Lakey, mirando con turbación hacia la

borda.

–Recuerdo cómo se enfrentó al viejo Parker cuando amordazó a ese pobre desgraciado de la guardia de babor -dijo Abraham Bates-. Esas eran palabras sabias, aunque no pude entender más de la mitad.

–Bueno -dijo Simmons, molesto por tanta devoción, ese sentimiento profundamente irritante-, pero ha perdido las botas, a pesar de toda su sabiduría.

Eso era verdad. Stephen volvió atrás sobre sus pasos, dirigiéndose hacia un trozo de mástil que sobresalía de la arena, sobre el que había dejado las botas y los calcetines, y con angustia comprobó que las huellas, aún bien visibles, partían directamente del mar. Las botas ya no estaban, sólo había agua y un calcetín flotando en un pequeño círculo de espuma a cien yardas de distancia. Durante unos instantes, hizo reflexiones sobre el fenómeno de la marea; poco a poco trajo su mente a la realidad, y entonces se quitó la peluca, la chaqueta, la corbata y el chaleco.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! – gritó Plaice-. ¡Se ha quitado la

chaqueta! Nunca debimos dejarle solo en esos bancos de arena. El señor Babbington dijo: "No le deje pasearse por esos bancos de arena, Plaice, o le arrancaré la piel". ¡Eh! ¡Eh, doctor! ¡Señor! Vamos compañeros, deprisa. ¡Eh, ahí!

Stephen se quitó su larga bufanda de lana, la camisa y los calzoncillos, y comenzó a adentrarse en el mar, apretando los labios y mirando fijamente lo que creía que era el trozo de mástil, allí bajo la transparente superficie. Eran unas botas valiosas, de suela de plomo, y les tenía mucho cariño. En el fondo de su mente oyó los fuertes y desesperados gritos, pero no les prestó atención; cuando llegó a una determinada profundidad, se apretó la nariz con los dedos y se zambulló.

Un bichero se enganchó en su tobillo, un remo le golpeó en la nuca dejándole medio aturdido; su rostro se hundió profundamente en la arena y sus pies emergieron. Entonces le recogieron y le subieron al bote, aún con las botas bien agarradas.

Estaban furiosos. "¿No sabía que podría resfriarse? ¿Por qué no había respondido a sus gritos? De nada servía que les dijera que

no había oído, pues sabían que no era así; él no era duro de oído. ¿Por qué no había esperado por ellos? ¿Para qué servía un bote? ¿Era ese el momento adecuado para nadar? ¿Creía que era pleno verano? ¿O acaso el día de Lammas? Ya vería el frío que iba a pasar, con la piel azulada y temblando como la gelatina. ¿Un grumete recién llegado a un barco habría hecho algo tan malo? No, señor, no. ¿Qué dirían el capitán, el señor Pullings y el señor Babbington cuando se enteraran de sus disparates? Por Dios que nunca habían visto nada tan descabellado; y si no decían la verdad, que Él les castigara. ¿Dónde había dejado su sabiduría? ¿A bordo de la corbeta?" Le secaron con sus pañuelos, le vistieron a la fuerza y le llevaron rápidamente de regreso al Polychrest. "Tenía que irse directamente abajo, acostarse y envolverse con mantas -pero sin sábanas, claro- y tomarse una pinta de grog para sudar mucho. Ahora iba a subir por el costado, como un buen cristiano, y nadie lo notaría".

Plaice y Lakey, tal vez los hombres más fuertes del barco, con brazos de gorila, le subieron a bordo y le llevaron apresuradamente

a su cabina sin pedir permiso; allí le dejaron a cargo de su sirviente, haciendo una serie de recomendaciones para su cuidado.

–¿Va todo bien, doctor? – preguntó Pullings, mirándole con expresión ansiosa.

–¡Oh, sí, gracias, señor Pullings! ¿Por qué me lo pregunta?

–Bien, señor, al ver flotando su peluca vuelta del revés y su bufanda suelta, pensé que tal vez le había ocurrido una desgracia.

–¡Oh, no, en absoluto! Muchas gracias. Las recobré, después de todo. Me precio de tener las mejores del reino: son de excelente piel de asno de Córdoba. No les causará ningún daño una irreflexiva inmersión de una hora. Y dígame, ¿qué ceremonia se celebraba cuando subía al barco?

–Era para el capitán. Estaba a una pequeña distancia detrás de usted, subió a bordo no hace ni cinco minutos.

–¡Ah, no sabía que había salido del barco!

Jack estaba de muy buen humor.

–Espero no molestarte -dijo-. Le dije a Killick: "No le

moleste bajo ningún concepto si está ocupado". Pero pensé que con la noche desagradable que hace ahí fuera y con la estufa tirando tan bien aquí dentro, podríamos tocar un poco de música. Prueba antes este madeira y dime qué te parece. Canning me envió un barril entero. En mi opinión, es muy agradable al paladar.

Stephen reconoció el aroma que impregnaba a Jack y que llegó hasta él cuando le alcanzó el vino. Era el perfume francés que había comprado en Deal. Dejó a un lado el vaso con tranquilidad y dijo:

–Debes perdonarme esta noche, no me siento muy bien. Creo que debería meterme en la cama.

–¡Mi querido amigo, cuánto lo siento! – dijo Jack con expresión preocupada-. Espero que no hayas cogido frío. ¿Hay algo de verdad en esa tontería que me han dicho de ti, que intentabas nadar en la zona de los bancos de arena? Por supuesto que debes meterte en la cama enseguida. ¿No sería conveniente que tomaras alguna medicina? Déjame prepararte una fuerte…

Encerrado en su cabina, Stephen escribió:

"Es increíblemente pueril sentirse turbado por un aroma, pero

estoy turbado y aumentaré la dosis a quinientas gotas". Se sirvió un vaso lleno de láudano y, cerrando un ojo, se lo bebió. "De todos los sentidos, el olfato es con mucho el más evocador, quizás porque al faltarnos un vocabulario para describir la vasta complejidad de olores -sólo unos pocos términos para hacer una imperfecta aproximación-, éstos, innominados e innominables, se mantienen libres de asociaciones. Después de aspirar un aroma una y otra vez, por una simple palabra uno no puede dejar de ser sensible a él; y siempre que ese aroma vuelve, trae consigo el recuerdo de las circunstancias en que fue percibido por primera vez, sobre todo cuando ha pasado desde entonces un considerable periodo de tiempo. El aroma de que hablo me ha traído el recuerdo de aquella Diana del baile en conmemoración de la victoria de San Vicente, llena de ímpetu, tal como la veía entonces, sin la grosería y la pérdida de atractivo que veo hoy. Y en cuanto a esa pérdida, esa mínima pérdida, la celebro y deseo que continúe. Siempre tendrá la cualidad de ser muy impetuosa, siempre tendrá empuje, dinamismo, valor y esa asombrosa gracia natural, espontánea, infinitamente

conmovedora. Pero si, como ella dice, su rostro es su fortuna, entonces ya no es Creso, su riqueza está disminuyendo; y seguirá disminuyendo, de acuerdo con ese criterio, y antes de los fatídicos treinta años llegará a un nivel tal que ya no seré objeto de su desprecio. En todo caso, esa es mi única esperanza; y necesito tener esperanza. Su grosería es algo nuevo para mí, y no tengo palabras para expresar cuan dolorosa me resulta; antes ya había indicios de ella, incluso en ese baile, pero entonces era un acto de rebeldía o una reacción ante un tratamiento descortés, es decir, una grosería como reflejo de la de otros; ahora no. ¿Será quizás producto de su odio hacia Sophia? ¿O es eso demasiado sencillo? Y si aumenta, ¿destruirá su gracia? ¿Hasta qué punto soy responsable de su grosería? En una relación de esta clase, cada uno conforma al otro, hasta cierto punto. Nadie podría haberle dado mayor oportunidad que yo de ejercitar su lado malo. Pero hace falta mucho, mucho más que eso para la mutua destrucción. Esto me recuerda al contador, aunque apenas hay conexión entre ambas ideas. Antes de que llegáramos frente a los downs, vino a verme con gran secreto y me

pidió un antiafrodisíaco.

Contador Jones: Soy un hombre casado, doctor.

S. M.: Sí.

Jones: Pero la señora J. es una mujer muy religiosa, una mujer muy virtuosa, y no le gusta hacerlo.

S. M.: Lamento oírlo.

Jones: Su mente no está preparada para eso. Y no es porque no sea amable y cariñosa, y atenta, y hermosa, todo lo que un hombre pueda desear. La cuestión es que soy un hombre muy vigoroso, doctor. Sólo tengo treinta y cinco años, aunque usted no lo crea, viéndome calvo y barrigón. A veces doy vueltas en la cama toda la noche, y me abraso, como dice la epístola; pero es en balde, y a veces pienso que voy a hacerle daño, es algo tan… Por eso me hice a la mar, señor, aunque no he nacido para marino, como usted bien sabe.

S. M.: Esto es muy grave, señor Jones. ¿Le explica usted a la señora Jones que…?

Jones: ¡Oh, sí, señor! Y llora y me promete que será una mejor

esposa para mí, y afirma que no es una persona ingrata. Entonces, uno o dos días se acerca a mí, pero lo hace sólo por obligación, señor, sólo por obligación. Y al poco tiempo todo vuelve a ser igual otra vez. Un hombre no puede estar pidiendo eso todo el tiempo; y si lo que uno pide no se le da con voluntad… no es igual… es como del día a la noche. Un hombre no puede hacer de su propia mujer una puta.

Jones estaba pálido y sudoroso y hablaba con profunda franqueza. Dijo que siempre había querido irse lejos en un barco, aunque odiaba la mar y que ella vendría a encontrarse con él en Deal. Y puesto que había medicamentos para potenciar el deseo sexual, esperaba que hubiera alguno que lo quitara y que yo pudiera recetarle para que ellos se comportaran como novios. Dijo que era preferible que le castraran a seguir así y repitió que "un hombre no puede hacer de su propia mujer una puta"."

Algunos días después el diario continuó:

"Desde el miércoles J. A. ha sido su propio amo, y creo que está abusando de su posición. Por lo que sé, el convoy se completó

ayer, si no antes; los capitanes vinieron a bordo para recibir instrucciones, el viento era favorable y la marea tenía un nivel adecuado, pero la salida fue aplazada. Corre grandes riesgos por la insensatez de bajar a tierra, y cualquier observación mía le parece de mala fe. Esta mañana el muy condenado sugirió que yo podría haber hecho que le apresaran, que no me habría sido difícil en absoluto. Hizo la sugerencia dando un montón de buenas razones, la mayoría de carácter altruista, y mencionó el honor y el deber; me sorprende que no haya mencionado también el patriotismo. Hasta cierto punto J. A. conoce mis sentimientos, y cuando me comunicó la invitación de ella para cenar, dijo que "casualmente se había encontrado con ella" y continuó dando detalles sobre esa coincidencia de una forma que provocó en mí benevolencia en vez de rabiosos celos. Es el mentiroso más inepto y más fácil de reconocer que he visto, pues es poco claro, complicado, demasiado minucioso. La cena fue agradable; creo que estando advertido puedo soportar más de lo que suponía. Hablamos amigablemente de tiempos pasados, comimos muy bien y tocamos música; por cierto que su

primo es uno de los mejores flautistas que he oído. Conozco poco a D. V., pero me parece que su sentido de la hospitalidad (es sumamente generosa) anula sus otros sentimientos más turbios; también creo que siente algún afecto por nosotros dos, aunque, en ese caso, no entiendo cómo puede exigir tanto de J. A. Estaba hermosa como nunca; fue una noche deliciosa. Sin embargo, anhelo que llegue mañana y que el viento sea favorable. Si rola hacia el sur, si por su causa él permanece detenido una semana o diez días, está perdido: será atrapado."

CAPÍTULO 9

OceanofPDF.com

El Polychrest dejó el convoy en los 38° 30' N, 11° W, con

viento del suroeste y el cabo de Roca al S87E, a 47 leguas. Disparó un cañonazo, intercambió mensajes con los mercantes y viró en redondo trabajosamente hasta que tuvo el viento por la aleta de babor y la proa en dirección norte.

Los mensajes fueron corteses, pero breves; unos a otros se desearon un feliz viaje y se separaron. No fueron largos ni ambiguos como los que lanzaban muchos convoyes agradecidos, con las banderas ondeando largo tiempo, hasta que la convexidad de la esfera terrestre impedía verlas. Y aunque el día anterior había sido bueno y tranquilo, con poco oleaje y vientos cálidos variables del oeste y del sur, los capitanes mercantes no habían invitado a los oficiales del Rey a cenar. Aquel no era un convoy agradecido, y verdaderamente no tenía nada que agradecer. El Polychrest había retrasado su partida, por lo que desaprovecharon la marea adecuada y el mejor momento de un viento favorable; y les había retrasado a lo largo de todo el recorrido, no sólo por su lentitud, sino por su incorregible abatimiento a sotavento, que les obligaba a arribar

constantemente para seguirlo, a pesar de que todos eran barcos que navegaban mejor de bolina. Una noche, cuando estaban facheando frente al cabo Lizard había chocado contra el Trade's Increase y le había arrancado el bauprés; y cuando les había azotado un fuerte viento del suroeste en el golfo de Vizcaya, se le había caído el palo de mesana, que a su vez había derribado el mastelero mayor, y se había visto obligado a detenerse mientras se ponía un aparejo provisional. No había aparecido nada que amenazara su seguridad, ni siquiera un lugre en el horizonte, y el Polychrest no había tenido ocasión de protegerlos ni de demostrar su capacidad de ataque. El convoy se apartó de él con hastío, y prosiguió el viaje a su propio ritmo, mucho más ágil, desplegando juanetes y sobrejuanetes por fin.

Pero en el Polychrest tenían poco tiempo para contemplar cómo desaparecía el convoy, porque era jueves, el día de pasar revista a la tripulación. Apenas el barco había tomado su nuevo rumbo, sonaron cinco campanadas en la guardia de mañana y comenzó el redoble del tambor. Los tripulantes corrieron a popa y se agruparon

detrás del palo mayor, en el costado de babor; llevaban ya algún tiempo a bordo y, por tanto, habían pasado revista muchas veces. Sin embargo, algunos eran tan tontos que todavía sus compañeros tenían que empujarles hasta allí, aunque para entonces todos estaban decentemente vestidos con camisas azules y pantalones blancos, ninguno tenía la palidez cadavérica de la cárcel ni se mareaba, y la mayoría había adquirido un aspecto saludable gracias a la limpieza obligatoria, el aire del mar y el sol. En esto último, posiblemente había influido también la comida, por lo menos tan buena como la que muchos solían comer, y más abundante.

La primera parte de la lista alfabética incluía casualmente la mayoría de los marineros del Polychrest. Había algunos tipos extraños entre ellos, como el desdentado Bolton, pero en su mayoría eran los típicos marineros de rostro curtido, largos brazos, piernas arqueadas y coleta. Al oír su nombre respondían: "Aquí, señor", llevándose la mano a la frente, y luego pasaban alegremente frente al capitán y se situaban junto al pasamanos de estribor. Con su presencia, esa parte del barco tenía un aspecto parecido al de la

Sophie, un barco eficiente y feliz, si alguna vez había existido uno, en el que incluso los marineros del combés sabían aferrar, arrizar y llevar el timón… ¡y qué afortunado había sido con su primer oficial! ¡Pero, por Dios santo, qué pocos marineros había ahora! Entre todos los nombrados a partir de la letra G no había más de dos; eran en su mayoría tipos escuálidos y débiles, apenas más corpulentos que los grumetes, huraños o aprensivos, o ambas cosas, que ni siquiera sonreían al ser nombrados y pasar al otro lado. Se habían dado demasiados azotes, demasiados golpes; pero, ¿qué otra cosa se podía hacer en una situación crítica? Oldfield, Parsons, Pond, Quayle… pobres desgraciados; a este último, por su tendencia a ser delator, le habían quitado el rancho ya dos veces. Y no eran los peores.

Ochenta y siete hombres, contando marineros y grumetes, no más, porque aún le faltaban treinta y tres para completar su dotación. Quizás treinta conocían su trabajo, y algunos estaban aprendiendo; en verdad, la mayoría había aprendido un poco, y ya no se veían las escenas de los primeros días, provocadas por una

total incompetencia, que habían sido una pesadilla. Ahora Jack conocía los rostros de todos ellos. Algunos habían mejorado tanto que eran casi irreconocibles, otros se habían deteriorado a causa del excesivo y desacostumbrado esfuerzo; sus mentes embotadas no estaban habituadas al proceso de aprendizaje y, no obstante, debían aprender una difícil profesión a toda prisa. Tres categorías podían distinguirse: una superior, integrada por la cuarta parte de los tripulantes, marineros muy perspicaces y hábiles; una media, formada por la mitad de ellos, marineros de características poco definidas que podrían subir o bajar de categoría dependiendo del ambiente del barco y del modo en que fueran encauzados; y una inferior, constituida por otra cuarta parte, en la que se encontraban algunos tipos difíciles, violentos, estúpidos e incluso verdaderamente malvados. Cuando nombraron a los tres últimos, a Jack se le cayó el alma a los pies; Wright, Wilson y Young eran los peores. Había hombres como ellos a bordo de la mayoría de los navíos de guerra en periodos de una feroz leva, y podía haber un cierto número en la tripulación fija de un barco sin que resultara muy perjudicial; pero el

Polychrest no tenía una tripulación fija, y además, la proporción de ese tipo de hombres era demasiado alta.

El escribiente cerró el rol y el primer oficial informó de que la operación de pasar revista había concluido. Jack, antes de mandar a los tripulantes a su trabajo, les lanzó una última mirada, una mirada llena de preocupación, pues con ellos tendría que hacer el abordaje de un navío de guerra francés el día de mañana. ¿Cuántos le seguirían?

Pensó: "Bueno, bueno, cada cosa a su tiempo", y se sintió aliviado. Entonces dedicó su atención a un problema inmediato, la colocación de la nueva jarcia del Polychrest. Sería algo bastante complicado, sin duda, pues su casco era muy raro y resultaba difícil el cálculo de las fuerzas que actuaban sobre él; sin embargo, comparándolo con la tarea de convertir en tripulantes de un navío de guerra a los tipos lerdos y miserables que figuraban entre la G y la Y, sería como coser y cantar. Y en esta tarea le secundarían buenos oficiales: el señor Gray, el carpintero, que conocía a la perfección su oficio, el contramaestre, que aunque usaba la vara a su albedrío era

activo, dispuesto y competente en materia de aparejos, y el segundo oficial, con habilidad para conocer la forma de ser de un barco. En teoría, las normas del Almirantazgo no le permitían a Jack mover ni siquiera los brandales; pero en el golfo de Vizcaya ya se habían movido, y mucho más de lo que él lo hubiera hecho. Ahora tenía el campo libre y un largo día por delante, con un tiempo excelente, y quería aprovecharlo al máximo.

Por pura formalidad invitó a Parker a reunirse con ellos para tratar el asunto, aunque al primer oficial le preocupaban más la pintura y las láminas de oro que conseguir que el barco navegara más rápidamente. Pero Parker parecía no entender lo que se proponían, y enseguida todos hicieron caso omiso de su presencia, a pesar de escuchar cortésmente su petición de una araña más grande para extender un enorme toldo pues "en el Andrómeda, el príncipe Guillermo solía decir que el toldo le daba al alcázar aspecto de sala de baile". Mientras hablaba de las dimensiones de la resistente telera donde estaba suspendido aquel toldo y del número de paños que tenía, Jack le miraba con curiosidad. Aunque era un hombre que

había luchado en la batalla de los Santos y había tomado parte en la gran acción de guerra de Howe, consideraba más importante embrear las vergas que navegar contra el viento formando con su dirección un ángulo de medio grado menos. Jack pensó: "Le he repetido que era inútil mandar a los hombres apresuradamente de un mástil a otro a rizar las gavias sin que antes supieran al menos cómo colocarse en la arboladura, pero ha sido en balde". Y en voz alta dijo:

–Muy bien, señores, hagámoslo así. No hay ni un minuto que perder. No podríamos pedir un tiempo mejor, pero no sabemos cuánto durará.

El Polychrest, recién salido del astillero, tenía una razonable cantidad de materiales necesarios para el contramaestre y el carpintero, pero en cualquier caso, Jack tenía la intención de reducir esa cantidad en vez de aumentarla. Puesto que era inestable y tenía los mástiles demasiado grandes, un soplo de viento podía abatirlo; y debido al objetivo con que había sido construido, el palo trinquete estaba plantado demasiado atrás, por lo que tendía a orzar incluso

con la mesana aferrada y, además, a hacer muchos otros movimientos desagradables. A pesar de sus vehementes deseos, para plantar el mástil en un sitio diferente Jack necesitaba un permiso oficial y la cooperación de un astillero, aunque podía mejorar su posición inclinándolo hacia delante y usando un nuevo conjunto de estayes, velas de estay y foques. Y podía conseguir que el barco fuera menos inestable reduciendo los masteleros, arriando las sobrejuanetes y colocando mayores triangulares, que al no ejercer mucha presión no lo harían hundirse tanto en el agua y aligerarían la superestructura.

Le gustaba este tipo de trabajo, y lo conocía bien; ya no estaba agobiado por la prisa y se paseaba por cubierta observando cómo su plan tomaba forma, pasando de un grupo a otro mientras los hombres preparaban palos, aparejos y velas. El carpintero y sus ayudantes estaban trabajando con sus sierras y azuelas en el combés, dejando montones de astillas y serrín entre los cañones sagrados, cañones que permanecían inactivos desde que Jack había izado su gallardete. El velero y sus dos brigadas ocupaban el castillo

y la mayor parte del alcázar, y habían extendido lona por todas partes. El contramaestre comprobaba la lista de adujas de cabos y poleas, colocándolas en el orden correcto; iba y venía a su pañol, todo sudoroso, y no tenía tiempo de pegarle a los marineros, ni siquiera de insultarles, aunque continuaba haciéndolo con el pensamiento de forma involuntaria, maquinal.

Trabajaban sin parar, y mejor de lo que él esperaba. Los tres sastres reclutados en la leva estaban muy a gusto sentados en el suelo con las piernas cruzadas, usando la aguja y el rempujo con la inusitada velocidad con que los explotadores les habían obligado a hacerlo en los talleres; un desempleado de Birmingham, cuya ocupación era hacer clavos, tenía gran habilidad para fabricar anillas de hierro en la forja del armero, y diciendo "una vuelta y que sea redonda", giraba las tenacillas, daba tres expertos golpecitos con el martillo, y la incandescente anilla, con un murmullo, caía en el cubo.

Ocho campanadas en la guardia de tarde; el sol caía sobre la atareada cubierta.

–¿Puedo dar la voz de rancho, señor? – preguntó Pullings.

–No, señor Pullings -dijo Jack, observando la confusión que había en torno suyo-. Primero guindaremos el mastelero mayor. Si un navío francés apareciera ahora, creería que somos una chalana.

El palo trinquete ya estaba dotado de una gran cantidad de velamen, aunque llevaba poco desplegado por falta de estayes, y el palo de mesana provisional todavía tenía la pequeña y extraña vela latina que daba al barco la velocidad suficiente para maniobrar. Pero el enorme mastelero estaba sobre cubierta en posición perpendicular a los pasamanos, y esparcidos por ella estaban también los demás palos. Debido a eso y a las numerosas actividades que se realizaban allí, era imposible transitar por ella, imposible maniobrar con rapidez. No había espacio, aunque los botes iban a remolque y habían llevado abajo todo lo posible. El barco navegaba a unos tres nudos con el viento por la aleta, pero en una emergencia sería incapaz de reaccionar.

–¡Señor Malloch! ¿Está ya colocada la guindaleza en el cabrestante?

–Sí, señor.

–Entonces, que los marineros vayan al cabrestante. ¿Están preparados para recibir la orden allí delante?

–Preparados. Estamos preparados, señor.

–¡Silencio de proa a popa! ¡Tirar! ¡Tirar despacio!

El cabrestante giró. La guindaleza se puso tensa. Iba del cabrestante a una polea que estaba en la cubierta, después a otra en la punta del palo mayor, de allí a la punta del mastelero, luego bajaba hasta la base y atravesaba el agujero cuadrado donde se colocaba la cuña y de nuevo iba hasta la punta del mastelero, donde estaba atada. La unían al mastelero una serie de trozos de meollar, y a medida que se tensaba la punta de éste subía. El mastelero, una gran columna de madera de unos cuarenta pies con zunchos de hierro, estaba atravesado en el combés, con los extremos sobresaliendo considerablemente por ambos costados, y mientras la punta subía, Jack daba órdenes a la brigada del otro costado para que pasaran cuidadosamente la base por encima del pasamanos, teniendo en cuenta el balanceo del barco.

–¡Adelante! ¡Sujetar las barras! ¡Tirar! ¡Tirar con energía!

¡Adelante!

El mastelero fue inclinándose cada vez más hacia la vertical, hasta quedar del todo recto, suspendido sobre la cubierta y oscilando peligrosamente con el balanceo como un enorme péndulo, a pesar de que los hombres intentaban controlarlo. Tenía la punta en dirección a los baos de la cofa, a la polea en lo alto del palo mayor, y los gavieros lo guiaban a través de aquellos; siguió subiendo con cada giro del cabrestante y luego se detuvo, con la base a pocos pies de la cubierta, y pusieron el tamborete. Arriba de nuevo, y cuando llegó a la polea los hombres cortaron la meollar; otra pausa, y ajustaron el tamborete en la punta del palo mayor dándole golpes con una maza, un pom-pom-pom que retumbó en medio del silencio y la expectación del barco.

–Deben de estar ajustando el tamborete -dijo el paciente de Stephen, un joven gaviero, en la enfermería-. ¡Dios mío! ¡Cuánto me gustaría estar allí! Seguro que el capitán va a mojar el mastelero. Cuando uno baja aquí le parece que es noche cerrada.

–Irá allí enseguida -dijo Stephen-, pero ni hablar de mojar el

mastelero, ni hablar de beber ese horrible grog, amigo mío, hasta que aprenda a evitar a las mujeres del cabo Portsmouth y los brulotes de Sally-Port. Nada de bebidas alcohólicas fuertes. Ni una gota hasta que se haya curado. Y aun entonces, le sentarán mucho mejor el chocolate poco espeso y las gachas.

–Es que ella me dijo que era virgen -se lamentó el marinero en voz baja.

El mastelero subía y subía; había más presión cerca del agujero cuadrado a medida que se cortaban uno tras otro los trozos de meollar. Se sustituyó la guindaleza por el virador; se prepararon sus obenques, estayes y contraestayes; y ahora la estrellera de la cofa lo izaba con un movimiento suave y uniforme, interrumpido solamente por el balanceo del barco. En ese momento, un movimiento brusco o la rotura del virador o de un espigón de la polea podrían ser fatales. Las últimas seis pulgadas, con precaución, y el agujero cuadrado apareció por encima de los baos de la cofa. El capitán de la cofa agitó la mano y Jack gritó:

–¡Adelante!

El capitán de la cofa colocó en su sitio la larga cuña de hierro y gritó:

–¡Listo!

Todo había terminado. Ya no era posible que el mastelero cayera en cubierta como una gigantesca flecha y atravesara el fondo del barco, poniéndoles a todos en peligro. Soltaron el virador; el mastelero, con un ligero crujido, se asentó sobre la cuña, firmemente sujeto por debajo, por delante, por detrás y por los dos lados.

Jack exhaló un suspiro y sonrió cuando Pullings dijo:

"Mastelero mayor guindado, señor".

–Muy bien, señor Pullings -dijo-. Mande engrasar, zallar y tensar los acolladores, y después dé la voz de rancho. La tripulación ha trabajado bien, así que podríamos mojar el mastelero.

–¡Qué agradable es ver el sol! – dijo, apoyado en el pasamanos al final de la tarde.

–¿Eh? – dijo Stephen, dejando de mirar por un tubo que estaba metido a bastante profundidad en el agua.

–Decía que es agradable ver el sol -dijo Jack con una sonrisa, una benevolente sonrisa, observándole allí junto al bote.

Sentía el calor de sus rayos en todo el cuerpo, después de meses de llovizna inglesa; la suave brisa le acariciaba, penetrando por su camisa abierta y por la lona de sus viejos pantalones. Tras él continuaba el trabajo, ahora en manos de marineros expertos, el contramaestre y sus ayudantes, oficiales de derrota y marineros del castillo; ya se habían terminado de halar los cabos y el grueso de la tripulación, en la proa, se mostraba alegre, pues el trabajo del día no había sido excesivo, no habían tenido que limpiar ni les habían acosado, y eso había cambiado el ambiente del barco. Y seguramente el excelente tiempo y la ración extra de grog también habían contribuido a ello.

–Sí -dijo Stephen-. Así es. A una profundidad de dos pies, el termómetro de grados Fahrenheit no marca menos de sesenta y siete grados. Una corriente del sur, me imagino. Un tiburón nos está siguiendo, es un tiburón pardo, un carcharias. Le gusta el agua templada.

–¿Dónde está? ¿Puedes verlo? ¡Señor Parslow, alcánceme un par de mosquetes.

–Está bajo el oscuro vientre del barco, pero seguro que saldrá enseguida. Le tiro trozos de carne podrida de vez en cuando.

En lo alto de la proa se oyó un sonido gutural; un hombre estaba a punto de caerse de una verga y movía los brazos en el aire intentando agarrarse. Se quedó casi inmóvil un instante, con la cabeza hacia atrás, esforzándose terriblemente por subirla; entonces comenzó a caer, y siguió cayendo más y más rápido. Chocó contra un brandal, salió despedido por el costado y cayó en el mar, cerca de la aleta.

–¡Hombre al agua! – gritaron una docena de marineros, tirando cosas al mar y corriendo de un lado a otro.

–Señor Goodridge, póngalo en facha, por favor -dijo Jack, y tras quitarse los zapatos a toda prisa, se tiró al agua desde el pasamanos.

"¡Qué fresca… estupenda!", pensó al sentir las ruidosas burbujas pasando cerca de sus orejas y el buen sabor del agua

cristalina que le entraba por la nariz. Dobló el cuerpo hacia arriba, mirando la parte inferior de la ondulada superficie con reflejos plateados, y subió rápidamente hasta sacar su rubia cabeza del agua, sacudiéndola y resoplando; entonces vio al hombre agitándose en el agua. Jack, que como nadador tenía más fuerza que gracia, nadaba con la cabeza y los hombros fuera del agua, como un perro de caza y trataba de memorizar el lugar donde estaba el hombre, por si acaso se hundía. Llegó junto a él -que tenía terror al mar (como la mayoría de los marineros, no sabía nadar), y con ojos desorbitados y el rostro desencajado vomitaba agua y trataba de subir la cabeza-, se puso detrás y le cogió por la base de la coleta, diciéndole:

–Tranquilo, tranquilo, Bolton. Cálmese.

Bolton se retorcía con fuerza y hacía movimientos convulsivos con los brazos. Jack, deteniéndole con las piernas, le gritó al oído:

–Junte las manos, imbécil. Le digo que junte las manos. Hay un tiburón cerca, y si continúa chapoteando le atacará.

Incluso para la mente de alguien aterrorizado, medio borracho

y con el agua al cuello, la palabra "tiburón" era comprensible.

Bolton apretó las manos como si mantenerse a salvo dependiera de la fuerza del apretón, y se quedó completamente rígido. Jack le sostenía a flote, y allí permanecieron, subiendo y bajando con el oleaje hasta que el bote les recogió.

Bolton se sentó en el fondo del bote avergonzado, desconcertado y atontado, mientras el agua le salía por todas partes. Para disimular su vergüenza, permaneció como si estuviera cataléptico, y tuvieron que subirlo por el costado del barco.

–Llévenlo abajo -dijo Jack-. Si eres tan amable, doctor, convendría que le echaras un vistazo.

–Tiene una contusión en el pecho -dijo Stephen cuando regresó junto a Jack, que estaba en el alcázar aún chorreando agua, apoyado en el pasamanos para secarse y ver los progresos en la colocación de la nueva jarcia-. Pero no tiene costillas rotas. Quiero felicitarte por haberle salvado. El bote nunca habría llegado a tiempo. ¡Qué reacción tan rápida! ¡Qué decisión! La admiro.

–Estuvo muy bien, ¿verdad? – dijo Jack-. Es estupendo,

palabra de honor -señalaba el mastelero con la cabeza-, y a este ritmo mañana tendremos la mesana sana. ¿Has captado eso? Dije "la mesana sana". ¡Ja, ja, ja!

¿Trataba de no tomárselo en serio por fatuidad, por fanfarronería? ¿Por vergüenza? No, fue la conclusión de Stephen. Su alegría era tan genuina como innoble su juego de palabras, o remedo de juego de palabras, el máximo exponente del ingenio naval.

–¿No sentiste miedo al pensar en el tiburón, en su enorme voracidad?

–¡Oh, no! Los tiburones son en su mayoría engañadores, ¿sabes? Mucho ruido y pocas nueces. A menos que haya sangre a su alrededor, prefieren las sobras de la cocina a cualquier otra cosa. Una vez en el puerto militar de las Antillas me tiré desde la popa de un chinchorro y caí de plano sobre el lomo de uno enorme, y no me tocó ni un pelo.

–Dime, ¿consideras que hacer esto es algo corriente? ¿No marca un hito en tu vida?

–¿Un hito? Pues no, yo diría que no. Lo he hecho desde que zarpé por primera vez; Bolton debe de ser el número veintidós, o quizás el veintitrés. Una vez los tipos de esa asociación que premia las buenas obras me mandaron una carta muy amable y una medalla de oro. Fueron muy gentiles. La empeñé en Gibraltar.

–Nunca me lo habías dicho.

–Nunca me lo preguntaste. Pero es muy sencillo, ¿sabes?, cuando uno se acostumbra a forcejear con ellos en el agua. Y durante un tiempo uno se siente bien, importante, digno del reconocimiento de la patria y de otras cosas, lo cual es muy agradable, no lo niego; pero es muy sencillo, no le doy importancia. Me tiraría para sacar un perro, y ya no digamos para sacar a un marinero de primera. Bueno, y si el agua estuviera más caliente, creo que me tiraría para sacar a un cirujano. ¡Ja, ja, ja! Señor Parker, creo que debemos colocar las escotas esta noche y quitar el tocón del palo de mesana mañana a primera hora. Así podrá usted arreglar la cubierta y ponerlo todo en orden.

–En verdad, está todo ordenado ya, señor -dijo el primer

oficial-. Pero le pido disculpas, señor, por no haberle recibido a bordo como era debido. Le felicito, señor.

–Gracias, señor Parker. Un marinero de primera es un valioso botín. Bolton es uno de los mejores marineros de las vergas superiores.

–Estaba borracho, señor. Le tengo en mi lista.

–Quizás podamos pasarlo por alto esta vez, señor Parker. En cuanto a la cabria, puede apoyarse con una pata aquí y otra junto al escotillón, con una guía en el tercer zuncho del palo mayor.

Por la noche, cuando ya había demasiada oscuridad para trabajar, pero hacía un tiempo demasiado agradable para irse abajo, Stephen dijo:

–Si te empeñas en quitar importancia a este tipo de rescates, ¿no crees que a la larga no serán apreciados, que no te lo agradecerán?

–Ahora que lo dices, es posible que sea así -dijo Jack-. Depende; algunos lo aprecian mucho. Bonden, por ejemplo. Le saqué del Mediterráneo, tal vez te acuerdes, y no hay nadie que esté

más agradecido. Pero la mayoría piensa que no es nada importante, me parece. No creo que yo lo agradecería tampoco, a menos que se tirara un amigo mío que me hubiera reconocido y hubiera dicho: "¡Dios mío! ¡Tengo que sacar a Jack Aubrey!". No. Pensándolo bien –su expresión era meditabunda-, creo que sacar gente del mar tiene como recompensa la propia sensación de haber hecho el bien.

Permanecieron silenciosos; sus mentes iban por diferentes senderos mientras la estela se alargaba tras ellos y las estrellas salían en procesión sobre Portugal.

–Estoy decidido por fin -dijo Stephen, dándose un manotazo en la pierna-. Estoy decidido, completamente decidido a aprender a nadar.

–Creo -dijo Jack- que mañana cuando baje la marea ya tirarán las mayores triangulares.

–Las mayores triangulares tiran, las mayores triangulares tiran, las mayores triangulares tiran muy bien -dijo el señor Macdonald.

–¿Está contento el capitán? – preguntó Stephen.

–Está encantado. No hay un viento muy fuerte para probarlas, pero el barco parece haber mejorado mucho. ¿No se ha dado cuenta de que se mueve con más suavidad? Podremos contar de nuevo con la compañía del contador. Se lo aseguro, doctor, si ese hombre vuelve a vomitar deliberadamente en la mesa o se monda los dientes con los dedos, le mataré.

–Supongo que por eso está usted limpiando las pistolas. Pero estoy contento por lo que me ha dicho sobre esas velas. Tal vez ya no oiremos hablar tanto de estrobos y botalones… contrafoque, fofoque… y, para remate, del foque por antonomasia. ¡Dios nos asista! Su capitán es una gran persona, pero por desgracia muy aficionado a usar su jerga. Esas pistolas son verdaderamente excelentes. ¿Me permite cogerlas?

–Son bonitas, ¿verdad? – dijo Macdonald, pasándole el estuche-. Joe Mantón me las hizo. ¿Le interesan estas cosas?

–Hace mucho que no tengo una pistola en mis manos -dijo Stephen-. Ni un florete. Pero cuando era más joven me gustaban

mucho… aún me gustan. Tienen su propio encanto. Además de ser de gran utilidad. Los irlandeses nos batimos más a menudo que los ingleses, ¿sabe? Me parece que los de su tierra también, ¿no?

Macdonald pensaba que sí, aunque había una gran diferencia entre la región de Highland y el resto del reino. ¿Qué significaba "a menudo" para el doctor Maturin? Stephen dijo que significaba veinte o treinta veces al año, y que durante su primer año en la universidad había conocido a hombres que superaban eso.

–En aquella época -continuó- le daba quizás demasiada importancia a sobrevivir, y llegué a manejar bastante bien tanto la pistola como el florete. Siento el deseo pueril de volver a ella. ¡Ja, ja! ¡Cuarta, tercera, tercera, finta, estocada!

–¿Le gustaría hacer un pase o dos conmigo en cubierta?

–¿Es normal hacer eso? Me horroriza dar la impresión, aunque sea mínima, de ser un excéntrico.

–¡Oh, sí, sí! Es perfectamente normal. En el Bóreas solía darle clases a los guardiamarinas cuando terminaba de adiestrar a los infantes de marina; y uno o dos tenientes eran muy buenos. Vamos,

llevemos también las pistolas.

Tiraban estocadas y arremetían el uno contra el otro en el alcázar, dando fuertes pisadas y gritando: "¡Ja!". Los chasquidos de los aceros al chocar atrajeron a los guardiamarinas de guardia, que desatendieron sus tareas hasta que fueron enviados a lo alto de la arboladura. Pero otros compañeros más afortunados se quedaron allí y observaron la terrible estocada mortal, veloz como el relámpago.

–¡Basta, basta! ¡Paremos! ¡Dejémoslo! – dijo Stephen retrocediendo por fin-. Estoy sin aliento… jadeante… me muero.

–Bueno -dijo Macdonald-, he sido un hombre muerto durante los últimos diez minutos. Sólo he estado luchando con mi espíritu.

–Cierto, ambos éramos cadáveres casi desde el principio del combate.

–¡Dios santo! – dijo Jack-. No sabía que fueras un hombre tan temperamental, estimado doctor.

–Debe de ser usted sumamente peligroso cuando está bien entrenado -dijo Macdonald-. Esa estocada mortal tan espantosa ha sido muy rápida. No me gustaría tener que batirme con usted,

señor. Puede usted llamarme incluso majareta y lo soportaré dócilmente. ¿Quiere que probemos las pistolas?

Jack les observaba desde su puesto en el alcázar. Estaba muy asombrado, pues a pesar de que conocía íntimamente a Stephen, no se imaginaba que podía empuñar una espada y cargar una pistola, y mucho menos que podía acertar los dibujos de un naipe a veinte pasos. Le complacía que su amigo se encontrara tan bien; le complacía aquel respetuoso silencio; pero estaba un poco triste por no poder unirse a ellos, por tener que quedarse aparte -un capitán no podía competir-, y en el fondo se sentía molesto. Había algo desagradable y en cierto modo innoble en la expresión dura, hosca de Stephen cuando ocupó su posición, levantó la pistola y, mirando por encima del cañón, disparó y le arrancó la cabeza al rey de corazones. Jack se sintió desconcertado; se volvió hacia las nuevas mayores triangulares, completamente hinchadas, que tiraban a la perfección.

Finisterre debería de estar ahora a sotavento, a unas sesenta leguas de distancia. Dentro de poco, alrededor de medianoche,

cambiaría el rumbo hacia el este, hacia Ortegal y el golfo de Vizcaya.

Justamente antes de las ocho campanadas en la guardia de prima, Pullings subió a cubierta, empujando a un Parslow ojeroso que no dejaba de bostezar.

–¡Qué gran alivio verle, señor Pullings! – dijo el segundo oficial-. Estoy muy contento de volver abajo.

Al ver al guardiamarina bostezando, también él dio un enorme bostezo, y luego continuó:

–Bien, aquí lo tiene. Con las mayores, la gavia mayor, el velacho, la trinquetilla y el foque. Rumbo nornoreste, que deberá cambiarse completamente al este cuando suenen las dos campanadas. Debe llamar al capitán si hay algún barco a la vista. ¡Oh, mi querido coy me está llamando! Entonces, buenas noches. A ese chico no le vendría mal que le tiraran un cubo de agua por encima.

Y diciendo esto se dirigió a la escotilla.

En medio de su profundo sueño, Jack notó el cambio de la guardia -sesenta hombres corriendo por un barco de ciento treinta

pies de largo no podían hacer el cambio con mucho silencio-, pero esto apenas le hizo desplazarse un grado del nivel más profundo de inconsciencia, y no le aproximó a la superficie de ésta ni la mitad de lo que le aproximó el cambio de rumbo una hora después. Daba vueltas, sin estar dormido ni despierto del todo, y sabía que su cuerpo ya no estaba en la misma posición respecto al norte. Y también que el Polychrest navegaba con viento a la cuadra y que su rápido y nervioso cabeceo había dado paso a un deslizamiento suave y prolongado. No había ruidos ni gritos en cubierta. Pullings lo había colocado con el viento en popa con sólo algunas indicaciones en voz baja. Muchas nueces y poco ruido. ¡Qué afortunado era al contar con aquel estupendo joven! Pero había algo que no iba bien. Ya habían orientado las velas, y sin embargo, se oían pasos apresurados. Por la claraboya abierta pudo oír palabras rápidas en un tono excitado; ya estaba despierto del todo y preparado para ver la puerta abrirse y la oscura figura de un guardiamarina situarse junto a su coy.

–El señor Pullings de guardia, señor. Cree que hay un barco por la amura de babor.

–Gracias, señor Parslow. Me reuniré con él enseguida.

En el momento en que vio la luz de la bitácora, Pullings bajó de la cofa, deslizándose por un brandal, y cayó de golpe en el alcázar.

–Creo que les he descubierto, señor -dijo, ofreciéndole su telescopio-. A tres grados por la amura de babor, aproximadamente a un par de millas.

Era una noche bastante oscura. El cielo estaba despejado, pero había un poco de niebla; las grandes estrellas no eran más que puntos dorados, las pequeñas estaban ocultas, y la luna nueva había desaparecido hacía mucho tiempo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Jack pudo distinguir muy bien el horizonte, una franja menos oscura destacándose sobre el negro cielo, en el que Saturno comenzaba ahora a descender. El viento había rolado un poco hacia el norte y era más fuerte; la blanca espuma saltaba desde lo alto de las olas. Varias veces creyó ver a través del telescopio las gavias de un barco, pero todas las veces habían terminado por desaparecer.

–Tiene usted buena vista -dijo.

–Disparó un cañonazo, señor, vi el fogonazo. Pero no quise llamarle hasta que estuviera totalmente seguro. Ahí está, señor, justo por debajo de la verga cebadera. Con las gavias y tal vez la perico. Creo que está navegando de bolina.

Jack pensó: "¡Dios mío, me estoy haciendo viejo!" mientras bajaba el telescopio. Entonces lo vio, era una figura fantasmal; pero no desapareció, dejaba de verse y volvía a aparecer en el mismo lugar. Veía una franja blanca, que formaban las gavias, agarrochadas de tal manera que quedaban superpuestas, y por encima una mancha blanca, que era la perico. Estaba amurado a estribor, navegando contra la fresca brisa del noroeste, y probablemente se dirigía al oestesuroeste o un poco más al sur de ese punto. Si había disparado un cañonazo, sólo un cañonazo, eso significaba que tenía acompañantes; estaba dando una bordada y los otros harían lo mismo. Se volvió hacia el este y escrutó la oscuridad; esta vez vio una, o tal vez dos de aquellas manchas borrosas pero fijas. Con aquel rumbo, sus trayectorias se cortarían. Pero, ¿cuánto tiempo seguiría el lejano desconocido en su rumbo actual? No

mucho, porque tenía a sotavento el cabo Ortegal y una costa escabrosa con horribles arrecifes.

–Vamos a orzar, señor Pullings -dijo.

Y luego, dirigiéndose al timonel, dijo:

–Orzaremos y nos aproximaremos a él.

El Polychrest viró poco a poco; las estrellas cambiaban, formando un arco en el cielo. Jack permaneció atento para escuchar el sonido de las velas al ondear, que indicaría que ya el barco se había colocado contra el viento. Ahora éste azotaba su pómulo izquierdo; por encima del pasamanos saltó un chorro de espuma, mojándole la cara, y a proa el grátil del velacho empezó a flamear. Jack cogió el timón y lo hizo moverse un poco más despacio.

–¡Tensar esa bolina! – dijo-. Señor Pullings, creo que podemos virar un poco más. Ocúpese de las brazas y las bolinas.

Pullings corrió por la cubierta apenas iluminada hasta proa; en el oscuro castillo un grupo tiró de los cabos, diciendo: "¡Uno, dos, tres, amarrar!". Cuando volvió a popa ya estaban tensos, y las vergas, con un crujido, giraron algunas pulgadas más. Ahora el

barco tenía las mejores condiciones posibles, y Jack movía las cabillas lentamente, oponiéndose a la fortísima presión, colocando la proa cada vez más en contra del viento. La estrella polar desapareció tras la vela mayor. Más y más en contra; y aquel era el límite. No pensaba que el barco podía hacer tan bien la maniobra; ahora estaba casi a cinco grados de la dirección del viento, mientras que antes llegaba sólo a seis y medio. Le parecía que el abatimiento era menor, pero incluso si se abatía del modo extravagante en que solía hacerlo, podía tomarle la delantera al desconocido, a condición de que hubiera un marinero experto al timón y se prestara mucha atención a la orientación de las vergas.

–Así, muy bien, así -le dijo al timonel, observando su rostro bajo la luz de la bitácora-. ¡Ah, es Haines! Bien, Haines, tendrá usted que demostrarme que tiene gran habilidad en el timón; para esto se necesita un experto marino. Manténgalo así, ¿me ha comprendido? Que no se desvíe ni un ápice.

–Sí, sí, señor. Mantenerlo así.

–Continúe usted, señor Pullings. Compruebe todas las

retrancas y las cargas. Puede hacer un rizo en la gavia mayor si el viento amaina. Llámeme si se produce algún cambio.

Se fue abajo, y después de quitarse la camisa y los calzones, se tumbó en el coy y comenzó a hojear el Boletín Oficial de la Marina; pero no podía estar tranquilo, y poco después ya estaba en el alcázar de nuevo, dando paseos por el costado de sotavento con las manos tras la espalda y mirando hacia el oscuro mar cada vez que se daba la vuelta.

Dos barcos, tal vez tres, dando bordadas de acuerdo con una señal. Podrían ser de cualquier clase: fragatas británicas, barcos de línea franceses o barcos neutrales. También podrían ser mercantes enemigos aprovechando la ausencia de luna para escapar. Una luz, una prueba de negligencia, pudo verse en el segundo al elevarse con las olas, lo que hacía pensar que eran mercantes. Además, era poco probable que hubiera navíos de guerra dispersos por aquellos mares. Podría formarse mejor una opinión cuando el cielo estuviera más iluminado; pero en cualquier caso, tanto si daban bordadas como si no, al amanecer estaría en una posición ventajosa respecto a ellos,

por barlovento.

Miraba el costado, miraba la estela; el barco se abatía, por supuesto, pero mucho menos. Cada medición con la corredera indicaba tres nudos y medio; poca velocidad, pero Jack no quería más, incluso reduciría velamen si estuviera navegando más rápido, por temor a encontrarse demasiado alejado por la mañana.

A lo lejos, por la aleta del Polychrest, vio un fogonazo iluminar el cielo, y un breve instante después oyó el estallido; estaban dando otra bordada. Ahora él y los desconocidos llevaban rumbos paralelos. El Polychrest tenía la posición más ventajosa, estaba exactamente por barlovento respecto al primero de los tres barcos; ahora se sabía seguro que existía el tercero, se tenía la certeza desde hacía media hora. Ocho campanadas. Aún faltaba mucho tiempo para que se hiciera de día.

–Señor Pullings, siga ocupándose de la guardia en cubierta. Navegaremos con la gavia mayor y la perico. Buenos días, señor Parker. Mande encender los fuegos de la cocina enseguida, por favor; los marineros tomarán el desayuno lo antes posible, un

desayuno sustancioso, señor Parker. Mande subir a los desocupados y después puede empezar a hacer zafarrancho de combate; llamaremos a todos a sus puestos cuando suenen las dos campanadas. ¿Dónde están los guardiamarinas de relevo? Usted, oficial de derrota, vaya a cortarle los coyes inmediatamente. Avisen al condestable. ¿Y bien, señores -se dirigía a los horrorizados guardiamarinas Rossall y Babbington-, cuál es el motivo de este espantoso comportamiento, de no aparecer en cubierta a tiempo para comenzar la guardia? ¡Con el gorro de dormir y la cara sucia! ¡Dios santo! Sois los dos unos marineros torpes, perezosos y sucios. ¡Ah, señor Rolfe, está usted ahí! ¿Cuánta pólvora ha puesto?

Los preparativos continuaban sin interrupción, y cada guardia desayunó a su turno.

–Ahora viene lo bueno, compañeros -dijo William Screech, un ex tripulante de la Sophie, mientras se atragantaba la comida, que consistía en queso y sopa aguada-. Ahora veréis a Ricitos de oro hacer una de las suyas e ir por esos extranjeros.

–Hace tiempo que no vemos nada bueno -dijo un

campesino-. ¿Dónde están esas coronas de oro que nos prometieron? Hasta ahora ha habido más patadas que monedas de medio penique.

–Están justo a sotavento, compañero -dijo Screech-. Todo lo que tienes que hacer es ocuparte de tu trabajo, cargar el cañón con rapidez y hacer caso a tío Dick.

–Quisiera estar ahora en casa con mi querido telar -dijo un tejedor-, con coronas de oro o sin ellas.

Ahora los fuegos de la cocina estaban apagados, hacían un ruido sibilante y despedían un desagradable olor. Las escotillas se cubrieron con paño grueso; la cabina de Jack desapareció, pues Pullings se llevó al fondo del barco sus pertenencias y los carpinteros quitaron los mamparos; las jaulas de pollos se sacaron del comedor y se llevaron abajo, mientras éstos no paraban de cacarear; y entretanto, Jack contemplaba el mar. Por el este se veía ya un poco de luz cuando el contramaestre vino a informarle de un problema que tenía con la anetadura, pues no sabía si el capitán quería colocarla por encima o por debajo de la nueva entalingadura. Este

asunto no requirió mucha reflexión, pero cuando Jack, después de dar la respuesta, miró por el costado otra vez, pudo ver el extraño con toda la claridad que deseaba; sobre la tranquila superficie plateada del mar, aproximadamente a una milla por la aleta de estribor, se veía su negro casco cuando cabeceaba. Y a lo lejos, por sotavento, lo seguían los otros dos, que indudablemente no estaban gobernados por grandes navegantes, pues les resultaba difícil alcanzarlo, a pesar de llevar desplegado mucho velamen. El primero había izado las mayores para que los otros, ahora a unos tres cuartos de milla de él, pudieran acortar la distancia. Uno parecía llevar un aparejo provisional. Guardándose el telescopio en el pecho, Jack subió a la cofa del mayor; una vez apoyado firmemente enfocó el primer barco, y en cuanto lo vio frunció los labios como si estuviera dando un silencioso silbido. Una fragata de treinta y dos cañones, no, de treinta y cuatro, nada menos. Luego sonrió, y sin dejar de mirar por el telescopio gritó:

–¡Señor Pullings, venga a la cofa, por favor! Tenga, use mi telescopio. ¿Cuál es su opinión sobre él?

–Es una fragata de treinta y dos cañones, no, de treinta y cuatro, señor. Francesa, por la forma de su foque. No. ¡No! ¡Dios mío! ¡Es el Bellone, señor!

Era el Bellone, que recorría su habitual zona de crucero. Se había comprometido a escoltar dos mercantes de Burdeos hasta los veinte grados oeste y los cuarenta y cinco norte, y los había hecho atravesar el golfo de Vizcaya satisfactoriamente, aunque no sin problemas, porque eran torpes y lentos y uno había perdido el mastelero mayor y el de velacho. Había permanecido junto a ellos, pero no tenía más sentido del deber que cualquier otro barco corsario, y ahora estaba muy interesado en aquella extraña cosa de forma triangular que se balanceaba a barlovento. En su contrato no había estipulado nada que impidiera hacer presas a lo largo del viaje, y durante el último cuarto de hora, o tal vez desde que había avistado el Polychrest, después que el Bellone virara contra el viento un grado más, su capitán había estado haciendo lo mismo que Jack ahora, mirar por el telescopio atentamente desde la cofa.

El Bellone podía, adelantar a cualquier navío de jarcia de cruz,

con viento favorable; pero en los siguientes diez o veinte minutos Jack podría tomar la iniciativa. Su posición ventajosa le permitiría decidir si entablaba combate o no. Pero esto no duraría mucho; debía pensar con rapidez, decidirse antes de que estuviera al alcance de sus disparos. El barco corsario tenía treinta y cuatro cañones, frente a los veinticuatro suyos, pero eran de seis y ocho libras; en una andanada lanzaba ciento veintiséis libras, mientras que él, con una andanada de trescientas ochenta y cuatro libras, en las condiciones adecuadas, podría hacerlo desaparecer del mar. Aunque sus cañones eran sólo de ocho libras, eran magníficos cañones de bronce, largos y muy bien manejados, y sus disparos podrían alcanzarle desde una distancia de una milla o más. Jack, en cambio, con sus carronadas cortas e imprecisas y su inexperta tripulación, necesitaba estar a una distancia de tiro de pistola para disparar con efectividad. A cincuenta yardas, o incluso a cien, podría darle una buena tunda. Cerca, sí, pero no demasiado cerca. No era posible abordarlo, no con los doscientos o trescientos furiosos corsarios que iban a bordo, ni con una tripulación como la suya.

–Señor Pullings -dijo-, quiero que el señor Macdonald mande a sus hombres que se quiten las chaquetas rojas. Ponga una lona sobre los cañones del combés de manera que pueda quitarse en un instante y mánchela de barro. Coloque dos o tres toneles vacíos en el castillo. Haga que el barco tenga un aspecto muy sucio y desordenado.

¡Con qué facilidad podían cambiar los papeles! Esta vez el Bellone no se había preparado durante un par de horas; sus cubiertas no estarían despejadas de proa a popa a tiempo, lo encontrarían con una gran incertidumbre todavía; era él el que iba a ser capturado por sorpresa. Capturado: la palabra le sonó a música celestial. Se dirigió apresuradamente al alcázar. Había tomado una decisión.

–Señor Parker, ¿qué está haciendo?

–Estos trozos de pallete son para proteger mis láminas de oro, señor -dijo el primer oficial.

–No los arregle, señor Parker; están muy bien así. (Les daban realmente aspecto de mercante.) Todos los hombres a popa, por

favor.

Estaban ante él en la penumbra, algunos muy contentos, algunos asombrados, muchos desanimados, ansiosos, sin dejar de mirar aquella oscura figura sobre las aguas.

–¡Compañeros de tripulación! – dijo en voz alta y clara, y les sonrió-. Ese de ahí es un barco corsario. Lo conozco bien. Tiene una larga fila de portas, pero sólo hay cañones de seis y ocho libras detrás de ellas, y los nuestros son de veinticuatro, aunque él no lo sabe. Ahora nos aproximaremos poco a poco… puede acribillarnos con sus pequeños cañones, pero eso no tiene importancia… y entonces, cuando estemos tan cerca que no podamos fallar, bueno, le lanzaremos una terrible andanada. Una andanada con todos los cañones apuntando al palo de mesana. Ni un cañonazo hasta que redoble el tambor, y entonces a luchar contra ellos como héroes. ¡Vamos a darles duro! Cinco minutos intensos y arriarán su bandera. Ahora todos a sus puestos, y recuerden, ni un cañonazo hasta que redoble el tambor, y entonces todos los disparos dirigidos al palo de mesana. ¡Luchar enérgicamente contra ellos y no malgastar ni un

disparo!

Al volverse, vio a Stephen observándole desde la escotilla de la toldilla.

–¡Buenos días! ¡Buenos días! – dijo, sonriendo con gran alegría-. Ahí está nuestro viejo amigo el Bellone, justamente a sotavento.

–Sí, eso me dijo Pullings. ¿Tienes la intención de combatir con él?

–Tengo la intención de hundirlo, capturarlo, quemarlo o destruirlo -dijo Jack, y en su rostro se dibujó una sonrisa.

–Seguro que lo conseguirás. Acuérdate, por favor, del reloj que me quitaron. Un Bréguet de repetición, número 365, con un segundero en el centro. Y de los tres pares de calzoncillos; los reconocería en cualquier parte.

Ya estaba amaneciendo, al este se veía una luz dorada. El claro cielo estaba jaspeado de nubes blancas; los mercantes atagallaban para alcanzar el barco corsario.

–Señor Parker, tape las escotillas, por favor. Señor Macdonald,

mande a sus mejores tiradores a las cofas en el último momento; tienen que arrasar el alcázar, sólo el alcázar.

Este era su sencillo plan: se aproximaría poco a poco, sin dejar que el barco corsario le adelantara, manteniéndose rigurosamente a barlovento y tratando de desconcertarlo lo más posible, y entonces le dispararía muy de cerca y así le ganaría por la mano. No se atrevía a intentar ninguna otra cosa más complicada -ni rápidas maniobras ni cruzar bajo la proa-, no con ese barco, no con esos hombres; ni tampoco se atrevía a esconder abajo a los marineros inexpertos que nunca habían visto un cañón furioso.

–Vire medio grado, señor Goodridge.

Sus rumbos eran ahora convergentes. ¿Cuánto le permitiría acercarse el Bellone? Cien yardas equivalían a un minuto menos de soportar su fuego de largo alcance. Más cerca, más cerca.

Si pudiera desarbolarlo, arrancarle el timón… el Bellone lo tenía justo detrás del palo de mesana… Ahora veía los pálidos rostros en el alcázar. Y sin embargo, los dos barcos continuaban avanzando, más y más, juntándose más y más. ¿Cuándo dispararía?

–Otro cuarto, señor Goodridge. Señor Rossall, ¿tiene usted la bandera de Papenburg?

Una bocanada de humo salió de la proa del Bellone y una bala pasó rebotando junto al costado del Polychrest. La bandera británica apareció a bordo del barco francés.

–¡Es inglés! – exclamó un hombre en el combés con alivio, el muy ingenuo.

Con una ráfaga de viento se escuchó apenas perceptiblemente una voz: "¡Reducir vela y virar, malditos cabrones!". Jack sonrió.

–Despacio, señor Rossall -dijo-. Finja que se equivoca.

Súbala hasta la mitad, luego abajo y arriba de nuevo.

La bandera de Papenburg subió con dificultad por el palo de mesana y por fin apareció en la punta, ondeando en dirección al barco corsario.

–Esto le desconcertará -dijo Jack.

En ese momento de duda los dos barcos se aproximaron todavía más. Entonces hubo otro disparo, que alcanzó al Polychrest exactamente en la parte central: un ultimátum.

–¡Arriba la escota del velacho! – gritó Jack.

Podía permitirse dejar que el Bellone le apuntara más de cerca,

y con su confusión podría ganar otro medio minuto.

Pero el Bellone ya estaba harto. La bandera británica descendió

y la tricolor subió rápidamente; el costado de la fragata desapareció

tras una nube de humo y, con gran estrépito, pesadas balas, en total

un quintal de hierro, cruzaron sobre el mar hasta una distancia de

quinientas yardas. Tres alcanzaron el casco del Polychrest, las

restantes pasaron silbando por encima.

–¡Amarrar esa escota, los de proa! – gritó.

Y cuando la vela se hinchó dijo:

–Muy bien, señor Goodridge, ahora nos abordaremos con él a

una distancia de tiro de pistola. Nuestra bandera, señor Rossall.

Señor Pullings, quite la lona y tire los toneles por la borda.

Uno o dos extraños cañonazos del Bellone, por un espantoso

momento Jack pensó que iba a dar una bordada, cruzar por popa y

tratar de hacer un viraje para tomar ventaja, disparándole todo el

tiempo desde cierta distancia.

–¡Dios mío, nos disparará una andanada! – murmuró.

Y la andanada llegó, con gran violencia y estrépito, pero fue desigual, sin la gran destreza del Bellone. Ahora el barco corsario confiaba en un desenlace rápido, inmediato. Sólo era necesario esperar a que el segundo oficial situara el Polychrest adecuadamente para el combate, manteniéndolo en la misma posición respecto al viento y al Bellone e impidiendo a éste adelantarles; era necesario resistir aquellos minutos en que sólo les separaba un estrecho espacio.

–¡Señor Macdonald, que suban los infantes de marina! – dijo-

. Tamborileros, ¿están preparados?

Del otro lado del agua habían sacado y apuntado los cañones de nuevo, y cuando la boca del último estuvo fuera, Jack gritó:

–¡Al suelo! ¡Al suelo!

Fue una andanada combinada, en su mayor parte compuesta de metralla, que atravesó la parte inferior de la jarcia y la cubierta. Un gran estrépito por la caída de las poleas, cabos rotos… Macdonald estaba a su lado, temblando, agarrándose fuertemente el brazo con

una mano. Un infeliz hombrecillo había corrido hasta la escotilla de proa e intentaba bajar por ella, y otros que estaban a gatas, con una expresión asustada, le miraban para comprobar si lo conseguía. El contramaestre le levantó, sujetándole con fuerza, y le empujó hasta su cañón. El humo se disipó, y Jack podía ver ahora las vigotas en los obenques del Bellone.

–¡A los cañones! – gritó-. ¡Preparados! ¡Esperar el redoble!

¡Disparar todos al palo de mesana!

Los oficiales y los artilleros mayores apuntaron las carronadas hacia el Bellone, mirando por encima del cilindro con una expresión furiosa. Los enormes ojos del tamborilero estaban fijos en el rostro de Jack. Más cerca, aún más cerca… Puso atención al balanceo, sintió cómo el barco se elevaba lentamente hasta el punto máximo, y en el instante en que empezó a descender, hizo una inclinación de cabeza y gritó:

–¡Fuego!

El redoble del tambor fue sofocado por el estallido simultáneo de todos los cañones de estribor, formando una enorme nube de

humo espeso, impenetrable. Jack lo apartaba agitando la mano como un abanico y se inclinaba hacia afuera por encima del pasamanos. Al disiparse el humo, alejándose por sotavento, pudo ver el horrible efecto: un gigantesco agujero en el costado del Bellone, la parte de cubierta cercana al palo de mesana destruida, el mástil dañado, tres portas arrancadas, cuerpos sobre el alcázar.

Un enérgico y furioso viva se oyó en el Polychrest.

–¡Otro, otro! – dijo-. ¡Otro y arriará la bandera! Pero todavía su bandera ondeaba, su timón estaba intacto; y desde el alcázar, el capitán Dumanoir saludó a Jack con el sombrero, mientras daba órdenes a sus hombres. Jack vio con horror que el maldito abatimiento del Polychrest le estaba acercando a la borda del barco corsario. Todos los franceses, menos los artilleros, se aglomeraban en la proa; eran unos doscientos.

–¡Orzar, Goodridge…!

Sus palabras fueron ahogadas por dos andanadas, una del Bellone y otra del Polychrest, disparadas casi a toca penoles.

–¡Todos a repeler el abordaje! ¡Picas, picas, picas! – gritó,

desenvainando su sable.

Corrió hacia el castillo, el lugar más probable para el ataque, saltando por encima de un cañón desmontado y dos cadáveres, y llegó allí antes de que el humo se hubiera disipado del todo. Rodeado de veinte o treinta hombres, permaneció en espera del terrible estrépito del choque entre los dos barcos. Entre el humo se oían fuertes gritos… órdenes en francés… vivas; y entonces se oyó en la popa un espantoso y ensordecedor estruendo. Ahora el aire era límpido y la luz brillante. El Bellone se apartaba, se desviaba de la dirección del viento y viraba; el espacio entre ellos era ya de veinte yardas. Pero no podía mantenerse contra el viento; el palo de mesana, que se había soltado, estaba ahora inclinado hacia la aleta de estribor, colgando por los obenques, y el balanceo de la punta lo hacía actuar como un enorme timón.

–¡A los cañones! – gritó.

El Bellone estaba volviendo la popa hacia ellos; una potente andanada podría destruirlo ahora.

–¡Le hemos derrotado! ¡Le hemos derrotado! – gritó un tonto.

Y en ese momento se hizo patente la falta de adiestramiento.

Las desorganizadas brigadas de artilleros empezaron a correr de un lado a otro, dejando tubos de mechas, balas, cartuchos, lampazos y baquetas por todas partes; algunos daban vivas, otros se comportaban como imbéciles, haciendo cabriolas entre los cañones. Aquello parecía Bedlam.

–¡Pullings, Babbington, haced que disparen esos cañones!

¡Rápido! ¡Malditos sean todos! ¡Timón a barlovento, Goodridge!

¡Vamos a arribar!

Derribó a un estúpido tejedor que estaba saltando de alegría, agarró a dos hombres, hizo chocar sus cabezas una contra otra y les obligó a volver junto a sus cañones; giró una carronada y sacó otra que disparó contra la desprotegida popa del Bellone. Luego regresó al alcázar corriendo y gritó:

–¡Arribar, Goodridge, arribar, he dicho!

Y ahora el maldito Polychrest no respondía al timón. Casi no le había quedado ninguna escota en las velas de proa después de la última andanada, y volvía a ofrecer resistencia como antes. Se había

virado el timón con precisión, pero el barco no se abatía a sotavento; y aquellos preciosos minutos se escapaban.

Malloch y sus ayudantes estaban atareados con las escotas, haciendo nudos con furia. Alguna que otra carronada disparaba, y una bala de veinticuatro libras golpeó la sonda del Bellone, que estaba en el codaste. Pero el barco corsario había orientado las vergas para navegar a favor del viento; y ahora estaba justamente con el viento en popa, separándose a cien yardas por minuto. Antes de que las escotas de proa estuvieran cazadas, para que el Polychrest pudiera abatirse a sotavento y perseguir al Bellone, ya había entre ellos un cuarto de milla de distancia y el Bellone respondía a los disparos con su cañón de popa.

–Señor Parker, lleve dos cañones a proa -dijo Jack.

El Polychrest estaba ganando velocidad, mientras el Bellone, afectado por la caída de su mástil, daba extrañas guiñadas. La distancia disminuía.

–Señor Parslow, alcánceme una lente. (Su telescopio estaba destrozado junto al cabillero.)

–¿Una lente? ¿Qué lente, señor? – dijo, mirándole aturdido, y con una expresión ansiosa y preocupada en su pálido rostro.

–Cualquier lente… un telescopio, muchacho -dijo en tono amable-. De la sala de oficiales. Date prisa.

Miró a un lado y a otro del barco. Las mayores triangulares estaban agujereadas como cedazos, dos trinquetillas caían fláccidas, el velacho estaba hecho jirones y media docena de obenques se habían roto; sin embargo, los foques y la vela de mesana tiraban bien. Había bastante orden en cubierta. Dos carronadas se habían desmontado, pero a una la estaban montando de nuevo y poniéndole otra retranca; las restantes habían sido preparadas, tenían las bocas fuera, y en sus brigadas estaban todos los miembros, con una expresión animada y decidida. Había un enorme montón de coyes en el combés, derribados por la última andanada del Bellone. Rodeando el montón había heridos, y les estaban llevando abajo.

–El telescopio, señor.

–Gracias, señor Parslow. Dígale al señor Rolfe que las carronadas de proa deben disparar en cuanto saquen las bocas

fuera.

A bordo del Bellone estaban cortando con hachas los obenques del palo de mesana en el lado de estribor. Los dos últimos se rompieron; el oscilante mástil quedó desprendido, la fragata dio un tirón hacia delante, apartándose considerablemente, y luego continuó alejándose de ellos. Pero cuando Jack miró por el telescopio, vio cómo el mastelero mayor daba bandazos y más bandazos, hasta que en una gran elevación de las olas, cayó pesadamente por la borda.

Dieron un viva en el Polychrest ¡Se estaban acercando! ¡Se estaban acercando! La carronada de proa disparó, y aunque la bala no alcanzó al Bellone, casi logró llegar hasta él en el rebote. Otro viva. Jack pensó: "Veremos si os reís cuando orce y nos lance una descarga". Los dos barcos se encontraban a unas quinientas yardas de distancia, ambos con el viento en popa, y el Polychrest por la aleta de babor del Bellone. El barco corsario sólo tenía que virar el timón a sotavento para que su batería quedara frente al Polychrest y pudiera dispararle de la roda a la popa. No podría ponerse

totalmente contra el viento sin velas de popa, pero podía colocarse con el viento de través, y aun menos que eso sería suficiente.

Sin embargo, no lo hizo. Aunque el Bellone no tenía el mastelero, seguía navegando a favor del viento. Y enfocando el telescopio hacia su popa, Jack comprendió por qué: no tenía timón para virar a sotavento. El último disparo afortunado lo había derribado. No podía virar. Sólo podía seguir navegando con el viento en popa.

Ahora estaban acercándose a los mercantes, bastante hundidos en el agua y aún por la amura de babor. ¿Pretendían causar problemas? ¿Apoyar a su amigo? Tenían cinco portas en el costado; y el Bellone pasaría entre ellos a un cable de distancia.

–Señor Parker, saque las carronadas de babor.

No. No pretendían eso. Iban alejándose poco a poco, en dirección norte; uno parecía un pato cojo, pues llevaba el mastelero mayor y el de velacho provisionales. La carronada de proa del Polychrest arrojó un surtidor de agua sobre la popa del Bellone. Se estaban acercando. ¿Debería apresar los mercantes y después ir por

el barco corsario? ¿O contentarse con los mercantes? Ahora no podrían escapar; pero cinco minutos después tendrían el Polychrest por sotavento, y aunque eran muy lentos, sería difícil atraparlos. Media hora después sería imposible.

La carronada hacía dos disparos por cada uno del Bellone; pero ese disparo salía de un cañón largo de ocho libras, un arma de mucha mayor precisión. Poco antes de que estuvieran frente a los mercantes, el barco corsario hizo un disparo bajo; la bala pasó sobre la cubierta del Polychrest y mató a un marinero que estaba junto al timón, proyectándolo contra Parslow, que estaba allí esperando recibir órdenes. Jack apartó el cadáver, ayudó a incorporarse al ensangrentado joven y le dijo:

–¿Se encuentra usted bien, Parslow?

–Los mercantes se han rendido, señor -dijo entonces Parker.

–Sí, sí. Mire si es posible largar una boneta -fue su respuesta.

Un pequeño aumento de velocidad le permitiría acercarse al Bellone y, dando una guiñada, acribillarlo de nuevo con su batería.

Pasaron cerca de los mercantes, que llevaban las escotas flotando al viento en señal de rendición. Incluso en aquel momento de encarnizada lucha en que los cañones respondían tan rápidamente como podían cargarse y el humo de la pólvora se arremolinaba entre ellos, entre cuerpos que yacían sobre cubierta y con la sangre corriendo por los imbornales, había ojos que miraban melancólicamente hacia las presas. Eran barcos de considerable tamaño: quizás diez, veinte o incluso treinta mil guineas. Sabían muy bien que cuando el Polychrest se hubiera desviado una milla a sotavento todo aquel dinero se alejaría, los mercantes desplegarían hasta la última vela posible, orzarían y se alejarían a toda velocidad; adiós a aquella fortuna.

Navegaban con rapidez hacia el sureste, mientras a popa los mercantes se veían cada vez más pequeños. Se disparaban ininterrumpidamente; primero uno se adelantó un poco porque el otro reparaba sus dañados aparejos, luego se adelantó el otro; pero ninguno se atrevía a hacer una pausa para envergar nuevas velas, ninguno se atrevía a guindar un nuevo mastelero o mastelerillo con

aquel cabeceo que el mar encrespado provocaba; y ambos estaban en las mismas condiciones. El más mínimo daño de uno al otro sería decisivo, la más mínima tregua, fatal. Y siguieron navegando; el tiempo pasó, la campana sonó durante toda la guardia de mañana, hora tras hora; la tensión era enorme, apenas se oía una palabra en cubierta, aparte de las órdenes. Nunca los separaba una distancia mucho mayor ni mucho menor que un cuarto de milla. Ambos trataron de desplegar las alas; a ambos se las arrancaron. Ambos tiraron la aguada por la borda, aligerándose varias toneladas. Utilizaron todos los trucos, estratagemas y ardides conocidos por los marinos para conseguir moverse mucho más rápido. En cierto momento, Jack pensó que en el Bellone tiraban las provisiones por la borda, pero, en realidad, tiraban a los muertos. Vio caer al agua a cuarenta; en aquel barco había tal aglomeración de tripulantes que la matanza debería de haber sido terrible. Y todavía disparaban.

A mediodía, cuando entre las nubes avistaron las montañas españolas en el horizonte, por el sur, el Polychrest tenía la proa plagada de agujeros de bala, había sido alcanzado repetidamente

por las balas en el palo trinquete y la verga de velacho y hacía agua. La popa del Bellone estaba totalmente destrozada y su gran vela mayor era un conjunto de agujeros; pero de nuevo viraba. Lo hacía usando un cabo extendido desde la parte de babor de la popa, y esto le permitía desviarse un par de grados de la dirección del viento; no era mucho, pero, sin duda, más de lo que podía conseguir usando las escotas. Cambió el rumbo deliberadamente al ver el cabo de Peñas, y le costó mucho; al arrastrar el cabo perdió cien yardas, una gran distancia en aquella desesperada carrera. Rolfe, el condestable del Polychrest, con los ojos inyectados de sangre, manchado de negro por la pólvora, pero sintiéndose en su elemento, le disparó una bala que dio de lleno en el cañón de popa, y rompiendo un sepulcral silencio todo el Polychrest estalló en entusiasmados vivas. El Bellone seguía navegando, ahora en silencio excepto por los disparos de mosquete. Pero seguía navegando, y era a Gijón adonde huía. Gijón era un puerto español y, por lo tanto, estaba cerrado para los barcos ingleses pero abierto para los franceses.

No obstante, aún le quedaban algunas millas por recorrer, y si

una bala alcanzaba la verga mayor o sus escotas, lo inutilizaría. Ahora estaba lanzando sus cañones por la borda para recuperar esas cien yardas perdidas. Jack sacudió la cabeza; eso no le serviría de mucho, ya que tenía el viento exactamente por popa y sólo le quedaban las velas de proa.

–¡Cubierta! – gritó el serviola-. ¡Barco por la amura de estribor!

Era una fragata española que doblaba el cabo de Peñas y se dirigía a Gijón; seguramente se podía haber avistado ya desde hacía tiempo, si todas las miradas no hubieran estado fijas en el veloz barco corsario.

–¡Maldición! – dijo Jack.

Pensó un instante en lo extraño que le resultaba contemplar aquel velamen perfecto, aquellas pirámides blancas, después de pasar tanto tiempo viendo velas hechas jirones. ¡Y qué rápidamente se movía la fragata! Una explosión en la proa, diferente del normal estallido de la carronada. Gritos, un terrible aullido de dolor. La carronada se había recalentado y había explotado, matando al

artillero mayor e hiriendo a otros tres artilleros; uno de ellos salía de cubierta a trompicones, dando gritos, y cuando sus compañeros le llevaban abajo daba tales saltos que se escapó dos veces de sus brazos. Los hombres tiraron al artillero mayor por la borda y quitaron los restos del destrozo; luego trabajaron afanosamente para colocar una carronada en el lugar de aquella, pero era una labor muy lenta, pues se habían perdido los cáncamos y todo lo demás; y durante todo ese tiempo, los mosquetes del Bellone les estuvieron disparando.

Ahora navegaban silenciosamente, llenos de rabia y rencor; la costa estaba cada vez más cerca, ya se veía el imponente acantilado y la blanca espuma en los arrecifes. Y desde la enfermería, en lo profundo del barco, llegaba sin pausa aquel aullido de dolor.

Un cañonazo de la fragata española, una serie de señales.

–¡Maldición! – dijo Jack otra vez.

El Bellone movía de nuevo el cabo para virar a babor, para dirigirse a la entrada de Gijón. Dumanoir debía orzar dos grados al menos o se encontraría entre las rocas.

–¡No lo harás! ¡Maldito seas! – gritó Jack-. ¡A los cañones!

¡Apuntar directo hacia delante! ¡Elevación tres grados! ¡Disparar al palo mayor! ¡Señor Goodridge, vamos a orzar!

El Polychrest se desvió bruscamente hacia babor, y su costado quedó en posición oblicua respecto al barco corsario. Los cañones dispararon sucesivamente, tres, seis y tres. En la vela mayor del Bellone aparecieron enormes agujeros, la verga se inclinó y quedó sujeta por el contraamantillo; pero el barco siguió navegando.

–La fragata española está disparando, señor -dijo Parker.

Y en ese momento una bala cruzó ante la roda del Polychrest.

La fragata había cambiado el rumbo para pasar entre ellos; estaba muy cerca.

–¡Maldito sea! – dijo Jack.

Cogió el timón, puso el barco viento en popa y lo dirigió hacia el barco corsario. Podría tener tiempo de lanzar otra descarga mucho antes de que la fragata española cruzara su proa, una oportunidad de inutilizar al Bellone antes de que esquivara los arrecifes y llegara al amplio canal que llevaba al puerto.

–¡Preparados los cañones! – dijo, en medio de aquel silencio-

. ¡Con cuidado, con cuidado! Tres grados. Contra su palo mayor.

¡Que todas las balas den en el blanco!

Miró por encima del hombro y vio la fragata española -un magnífico conjunto de velas-; oyó con claridad su llamada, pero apretó los labios y viró el timón. Si la fragata era alcanzada por sus cañonazos, peor para ella.

Viró y viró, girando el timón por completo. Los cañones dispararon con un ruido espantoso, atronador. El palo mayor del Bellone fue inclinándose lentamente, cada vez más, cada vez más, hasta caer por la borda, y todas sus velas con él. Un momento después, el barco corsario estaba en los rompientes. Jack vio las placas de cobre de su casco. El barco se adentró en los arrecifes, dio dos fuertes sacudidas y quedó tumbado sobre un costado; las olas rompían contra él.

–De modo, señor, que lo llevé hasta los arrecifes cerca de Gijón. Quería enviar los botes a quemarlo durante la bajamar, pero

los españoles me indicaron que estaba en sus aguas territoriales y que se opondrían a una acción semejante. Sin embargo, añadieron que estaba desfondado y tenía la popa destrozada.

El almirante Harte le miró con profundo desagrado.

–Así que, según he entendido -dijo-, usted dejó a esos valiosos mercantes, cuando los tenía al alcance de la mano, para perseguir a un despreciable barco corsario que ni siquiera llegó a apresar.

–Lo destruí, señor.

–Quizás. Todos hemos oído hablar de esos barcos llevados a los arrecifes y desfondados y esto y lo otro que al mes siguiente reaparecen y están como nuevos. Es muy fácil decir: "Lo llevé hasta los arrecifes". Cualquiera puede decirlo, pero hasta ahora nadie ha conseguido una recompensa o un premio por ello, ni un cuarto de penique. No, no. El problema está en su forma sumamente estúpida de usar las velas. Si hubiera desplegado las juanetes, habría tenido muchísimo tiempo para atrapar los mercantes y después acabar realmente con ese cabrón que usted dice haber destruido. Esas

mayores triangulares no creo que deban usarse si no sopla un vendaval.

–Sin ellas nunca podría haberme situado a barlovento del convoy, señor. Y le aseguro que con más velamen desplegado en el Polychrest sólo habría conseguido presionarlo hacia abajo.

–¿Entonces debemos entender que mientras menos velamen despliega más rápido va? – dijo Harte, mirando a su secretario, que se reía disimuladamente-. No es así. Y se supone que, en general, un almirante sabe más de estas cosas que un capitán. No quiero oír hablar más de esa estrafalaria jarcia. Su corbeta es ya bastante peculiar, no era necesario darle la apariencia de un maldito sombrero de tres picos, convirtiéndola en el hazmerreír de toda la flota, y arrastrarla a cinco nudos porque usted no quiso largar más velas. A propósito, ¿qué tiene usted que decir sobre esa galeota holandesa?

–Tengo que decir que huyó de mí y desapareció sin dejar rastro.

–¿Y quién la capturó al día siguiente, con su oro en polvo y

sus colmillos de elefante? La Amethyst, desde luego. La Amethyst otra vez, y a usted no se le vio por allí. No me toca ni un… quiero decir, no va usted a compartir nada. Seymour es el afortunado: dos mil guineas, considerando la más baja tasación. Me ha decepcionado usted mucho, capitán Aubrey. Le doy algo equivalente a un crucero en una corbeta totalmente nueva y ¿qué hace usted con ella? Regresa con las manos vacías, cinco hombres muertos y siete heridos, y la trae con aspecto de no sé qué cosa, con las bombas funcionando día y noche y sin la mitad de los palos y los cabos, contando un cuento de que llevó a un insignificante barco corsario a unos arrecifes probablemente imaginarios y pidiendo a voces una reparación. No me hable de pernos ni de cabos contrahechos -dijo, negando con la mano-. He oído todo eso antes. Y también he oído que usted bajaba mucho a tierra antes de que yo llegara. Permítame recordarle que un capitán no puede dormir fuera de su barco sin permiso.

–¿De veras, señor? – preguntó Jack, inclinándose hacia delante-. ¿Puedo rogarle que sea más explícito? ¿Se me recrimina

por haber dormido fuera de mi barco?

–Nunca he dicho que hubiera usted dormido fuera de su barco, ¿verdad?

–Entonces, ¿me permite preguntarle cómo debo interpretar ese comentario?

–No tiene importancia-dijo Harte, jugueteando con su cortapapeles.

Y en un incontenible arranque de rabia añadió:

–No obstante, le diré una cosa: sus gavias son una vergüenza para la Armada. ¿Por qué no puede usted aferrarlas con camiseta?

La mala intención era tan clara que no podía pasar desapercibida. Las fragatas de primera, con una tripulación numerosa y experta, aferraban sus velas con camiseta en vez de hacerlo a la española, pero sólo cuando estaban en el puerto o iban a pasar un revisión en Spithead.

–Bueno -continuó Harte, que sabía esto perfectamente-, como le he dicho, me ha decepcionado. Irá usted con los convoyes del Báltico, y creo que el resto del tiempo la corbeta será utilizada

en viajes por el Canal. Eso está más de acuerdo con su nivel. El convoy del Báltico seguramente estará completo dentro de pocos días. Y eso me recuerda que he recibido una importantísima comunicación del Almirantazgo. A su cirujano, un tipo de apellido Maturin, hay que entregarle este sobre lacrado; estará de permiso un tiempo, y han mandado a un auxiliar para sustituirle mientras tanto y para ayudarle cuando considere oportuno volver a su trabajo. Espero que no se dé aires por recibir un sobre lacrado.

CAPÍTULO 10

OceanofPDF.com

La silla de posta cruzaba con rapidez los downs de Sussex, y

en ella, con los cristales bajos, iban muy confortables Stephen Maturin y Diana Villiers, comiendo pan con mantequilla.

–Así que has visto una de esas charcas formadas por el rocío –dijo ella en tono apacible-. ¿Te gustó?

–Sí, ha resultado tan interesante como pensaba -dijo Stephen-. Y esperaba con ansia verla.

–Y yo espero con ansia llegar a Brighton y deseo estar tan complacida como tú. ¡Oh! Seguro que me encantará, ¿verdad Maturin? ¡Una semana de vacaciones descansando de la Tetera! Incluso si llueve todo el tiempo, podemos ir al Pabellón real. ¡Qué ganas tengo de ver el Pabellón real!

–Si la sinceridad no fuera el alma de la amistad, te diría: "¡Oh, Villiers, claro que te encantará!", fingiendo que no sé que estuviste allí la semana pasada.

–¿Quién te lo dijo? – preguntó, apartando el pan con mantequilla.

–Babbington estaba allí haciendo una visita a sus padres.

–Bueno, nunca he dicho que no hubiera estado allí. Además, fue una visita muy corta, no vi el Pabellón real. Eso es lo que quise decir. No seas desagradable, Maturin. ¡Hemos estado tan contentos todo el camino! ¿Lo mencionó en público?

–Sí. Jack se mostró muy preocupado. Piensa que Brighton es una ciudad llena de vicio, de mujeres y hombres libertinos, de innumerables tentaciones. Tampoco le gusta el Príncipe de Gales. Tienes la barbilla manchada de mantequilla.

–Pobre Jack -dijo Diana, limpiándose-. ¿Te acuerdas -¡me parece que ha pasado tanto tiempo!– que te dije que no era más que un niño grande? Era muy estricta respecto a eso; prefería a alguien más maduro, a un hombre realmente adulto. Pero, ¡cuánto echo de menos aquella alegría y aquella risa suyas! Se está poniendo muy pesado. Siempre con sus sermones y sus lecciones de moral. Maturin, ¿no podrías decirle que fuera menos aburrido? El te escucharía.

–No puedo. Tal vez los hombres toleren esas recomendaciones menos de lo que imaginas. En cualquier caso, siento mucho decir

que ya no tenemos confianza suficiente, si es que la hemos tenido realmente alguna vez, para atreverme a decirle algo así. Y menos después de la cena del domingo pasado. Todavía tocamos un poco de música juntos de vez en cuando, pero sin armonía.

–Aquella cena no fue un éxito, aunque me esmeré con el pudding. ¿Dijo algo?

–¿Aludiéndome a mí? No. Pero hizo algunos comentarios sarcásticos, de mal gusto, sobre los judíos.

–Por eso estaba tan apenado. Ya entiendo.

–Desde luego que lo entiendes. No eres tonta, Villiers. Y la preferencia era muy marcada.

–¡Oh, no, no, Stephen! Era simplemente cortesía. Canning era un extraño y vosotros dos viejos amigos de la casa; tenía que sentarle a mi lado y atenderle. ¡Oh! ¿Qué pájaro es ese?

–Un culiblanco. Hemos visto alrededor de doscientos o trescientos desde que partimos y te he dicho su nombre dos, no, tres veces.

El cochero refrenó, se volvió y preguntó si al caballero le

gustaría ver otra charca. Había una a menos de un estadio de distancia.

–No puedo entenderlo -dijo Stephen, volviendo a subir a la silla de posta-. El rocío, en sí mismo, es insignificante, y sin embargo, estas charcas están llenas. Siempre están llenas, como lo atestiguan las ranas. Ellas no depositan sus huevos en lagunas cambiantes y pasajeras, sus renacuajos no llegan a la madurez en charcas temporales. Y las encontramos aquí -sostenía una ranita del tamaño de la uña de su dedo meñique-, a montones, después de tres semanas de sequía.

–Es encantadora -dijo Diana-. Por favor, déjala fuera, en la hierba. ¿Crees que puedo preguntarte qué es ese delicioso olor sin ser reprendida?

–Tomillo -dijo Stephen en tono ausente-. Hojas de tomillo aplastadas por las ruedas del coche.

–Así que a Aubrey le han destinado al Báltico -dijo Diana, después de unos instantes-. No tendrá este tiempo encantador. Odio el frío.

–Así es. El Báltico y la zona más al norte -dijo Stephen, reflexionando sobre ello-. ¡Dios mío! ¡Cuánto me gustaría ir con él! ¡El pato de flojel, el falaropo, el narval! Desde que me puse calzones por primera vez he anhelado ver un narval.

–¿Qué pasará con tus pacientes cuando no estés?

–¡Oh! Han mandado a un sustituto, un joven alegre y de buen talante, aunque un poco tonto y parlanchín, con escrófula en las orejas, signo de mal funcionamiento del cuerpo. Los que no se han muerto podrán sobrevivir.

–¿Y adonde vas a ir ahora? ¡Oh, Stephen, qué preguntona, qué entrometida soy! Exactamente igual que mi tía Williams. Espero no haber sido indiscreta.

–¡Oh! – exclamó Stephen, asaltado por la tentación de decirle que iba a desembarcar en la costa española una noche, después de ocultarse la luna, la clásica tentación del agente secreto de huir de su soledad, pero que nunca antes había sentido-. ¡Oh! Me ocuparé de aburridos asuntos legales. Primero iré a la ciudad, luego a Plymouth y después quizás pasaré un tiempo en Irlanda.

–¿A la ciudad? Pero Brighton está muy apartado de tu camino. Creía que ibas a Portsmouth cuando te ofreciste a traerme. ¿Por qué te has apartado tanto de tu camino?

–Por las charcas de rocío, los culiblancos, el placer de viajar en coche sobre la hierba.

–¡Por Dios, Maturin, qué arisco y descortés eres! – dijo Diana-. Ya no me dedicas cumplidos.

–No -dijo Stephen-. Pero confieso con tristeza que me gusta ir contigo en una silla de posta, sobre todo cuando te comportas así. Quisiera que el camino no tuviera final.

Una pausa; una larga espera. Pero no continuó hablando, y finalmente ella, con una risa forzada, dijo:

–Muy bien, Maturin. Eres todo un caballero. Pero creo que ya veo el final del camino. Ahí está el mar y esa debe de ser la hondonada del diablo. ¿Me llevarás hasta mi puerta, como es lo correcto? Pensé que tendría que llegar en zuecos, los traje en este pequeño cesto con tapa. Te estoy muy agradecida. Seguro que verás el narval. ¿Dónde se puede encontrar? Supongo que en una pollería,

¿no?

–Eres muy amable, querida. ¿Estás dispuesta a revelar la dirección en que vas a alojarte?

–En casa de lady Jersey, en el paseo marítimo.

–¿Lady Jersey? Era la amante del Príncipe de Gales. Y Canning estaba en su grupo de amigos.

–Está casada con un Villiers, un primo mío, ¿sabes? – replicó Diana rápidamente-. Y es falso lo que dicen esos vulgares artículos de periódico. Se tienen simpatía, eso es todo. La señora Fizherbert la quiere mucho.

–¿De veras? En verdad, no sé mucho de estas cosas. ¿Quieres que te hable ahora del brazo del pobre Macdonald?

–¡Oh, sí! – dijo Diana-. Tenía muchos deseos de preguntarte desde que salimos de Dover.

Se despidieron a la puerta de lady Jersey, sin decir nada más, entre nerviosos sirvientes que llevaban el equipaje, con tensión y sonrisas artificiales.

–Un caballero desea ver a la señorita Williams -dijo el mayordomo del almirante Haddock.

–¿Quién es, Rowley?…

–El caballero no ha dicho su nombre, señorita. Es un oficial de marina. Preguntó por el señor y después por la señorita Williams, así que le hice pasar a la biblioteca.

–¿Es un guardiamarina alto y guapo? – preguntó Cecilia.-

¿Estás seguro de que no preguntó por mí?

–¿Es un capitán? – preguntó Sophia, dejando las rosas.

–El caballero lleva una capa, señorita, y no he podido ver su rango. Pero probablemente será un capitán, un guardiamarina no, desde luego. Ha venido en un coche de cuatro caballos.

Desde la ventana de la biblioteca Stephen vio cómo Sophia atravesaba corriendo el jardín, cogiéndose la falda y dejando un reguero de pétalos de rosas, y subía los escalones de la terraza de tres en tres. "Un ciervo no podría haberlos subido con más gracia", pensó. Luego la vio pararse en seco y después cerrar los ojos un segundo, cuando supo que el caballero de la biblioteca era el doctor

Maturin. Y casi inmediatamente ella abrió la puerta y dijo:

–¡Qué agradable sorpresa! ¡Qué gentileza venir a vernos!

¿Está usted en Plymouth? Pensé que había sido destinado al Báltico.

–El Polychrest está en el Báltico -dijo, besándola con sincero

afecto-. Estoy de permiso.

Entonces, acercándola a la luz, dijo:

–Tiene usted buen aspecto… muy bueno… un rosado subido.

–Mi queridísimo doctor Maturin -dijo-, no debería usted

saludar a las jóvenes así. No en Inglaterra, desde luego. Por

supuesto que tengo un color rosado… rojo, diría yo. ¡Me ha besado

usted!

–¿De veras, querida? Bueno, eso no hace daño. ¿Toma usted

la cerveza negra?

–Religiosamente, en una jarra de plata. Ya casi me gusta.

¿Qué le apetece tomar? El almirante siempre bebe grog a esta hora.

¿Estará en Plymouth mucho tiempo? Espero que se quede.

–Si pudiera darme una taza de café, se lo agradecería mucho.

Me alojo en Exeter, y me dan la peor infusión… No, estoy de paso –

zarparé con la marea-, pero no quería dejar de presentarle mis respetos. Estoy de viaje desde el viernes, y sentarme con mis amigos media hora es un buen respiro.

–¿Desde el viernes? Entonces probablemente no habrá oído las magníficas noticias.

–No, no he oído nada.

–La Asociación Patriótica le ha concedido al capitán Aubrey un galardón y cien guineas por haber destruido el Bellone, y los comerciantes una placa. ¿No son magníficas noticias? Aunque es menos de lo que se merece, estoy segura, realmente mucho menos. ¿Cree usted que le ascenderán?

–¿Por un barco corsario? No. Y no lo espera. Los ascensos hoy en día son dificilísimos. No hay barcos suficientes para todos los que han sido ascendidos. El viejo Jarvie no los construía, pero nombraba nuevos capitanes de navío. Por eso ahora tenemos montones de capitanes de navío desempleados y multitud de capitanes sin ser ascendidos.

–Pero ninguno lo merece más que el capitán Aubrey -dijo

Sophia, descartando al resto de la lista de capitanes-. No me ha dicho cómo está.

–Ni usted me ha preguntado por su prima Diana.

–Estoy avergonzada; le pido disculpas. Espero que esté bien.

–Muy bien. Muy alegre. Fuimos juntos desde Dover a Brighton hace unos días. Va a pasarse una semana en casa de lady Jersey.

Era obvio que Sophia nunca había oído hablar de lady Jersey, pues dijo:

–Me alegro mucho. Nadie puede ser mejor compañía que Diana cuando está… (Cambió rápidamente "de buen humor" por un débil "muy alegre".)

–Y respecto a Jack, siento no poder decir que está muy alegre, ni siquiera alegre. Está triste. Su barco es malísimo, está bajo las órdenes de un almirante que es un miserable y tiene innumerables preocupaciones a bordo y en tierra. Y le diré con franqueza, querida, que tiene celos de mí y yo de él. Le aprecio como nunca he apreciado a otro hombre, pero en los últimos meses me he preguntado a menudo si podemos estar juntos en el mismo barco sin

pelearnos. Ya no le sirvo de consuelo sino que le provoco irritación, y le estorbo… nuestra amistad es forzada. Y por estar encerrados en un barco pequeño día tras día, la tensión es enorme, hay indirectas, riesgo de un malentendido, reflexión sobre lo que decimos e incluso sobre lo que cantamos. Esta situación es tolerable cuando estamos en medio del océano, pero realizando el servicio del Canal, yendo y viniendo a los downs, no se puede soportar.

–¿Conoce él sus sentimientos hacia Diana? Seguro que no.

Seguro que a su mejor amigo nunca… Le aprecia muchísimo.

–Bueno, por lo que se refiere a eso… sí, creo que me aprecia, a su manera. Y creo que si no hubiera llegado a esta situación por una serie de desagradables malentendidos, nunca habría "pasado por mi escobén", como diría él. Y respecto a si conoce la naturaleza de mis sentimientos, quiero pensar que no. En todo caso, su idea no es muy clara, no está en la parte consciente de su mente. Jack no es muy rápido en esas cosas; no piensa de forma analítica, excepto cuando está a bordo de un barco, pero de vez en cuando tiene ideas lúcidas.

Les interrumpieron al traer el café, y durante un tiempo permanecieron sin decir palabra, muy pensativos.

–¿Sabe una cosa, querida? – dijo, revolviendo el café-. En relación con las mujeres, un hombre está completamente indefenso ante un ataque directo. No me refiero a una especie de reto, el cual, por supuesto, estaría moralmente obligado a aceptar, sino a una abierta demostración de afecto.

–No puedo, no puedo de ninguna manera escribirle de nuevo.

–No. Pero si el Polychrest atracara aquí, lo cual es probable durante el verano, podría usted perfectamente pedirle, o el almirante podría pedirle que las llevara a usted y a su hermana hasta los downs… no hay nada más normal… nada que favorezca más un entendimiento.

–¡Oh, nunca podría hacer eso! Estimado doctor Maturin, dese cuenta de que sería un descaro, un atrevimiento… y existiría el riesgo de un rechazo. Me moriría.

–Si usted hubiera visto las lágrimas que ha vertido por su bondadoso gesto, por sus canastas, no hablaría de un rechazo.

Estaba muy turbado.

–Sí, me lo dijo usted en su amable carta. Pero no, es totalmente imposible… impensable. Un hombre podría hacer una cosa así, para una mujer es imposible.

–Hay muchos motivos para estar a favor de la franqueza.

–¡Oh, sí, sí! Muchos. Todo sería mucho más simple si uno pudiera decir sencillamente lo que piensa o siente.

Hizo una pausa y continuó en un susurro:

–Dígame, ¿me permite decirle algo que tal vez sea impropio e indiscreto?

–Lo tomaría como una prueba de su amistad conmigo.

–Si fuera usted franco con Diana y le propusiera matrimonio, ¿no seríamos todos completamente felices? Todo depende de eso, y eso es lo que ella espera.

–¿Yo? ¿Hacerle una proposición? Mi queridísima Sophie, usted sabe que no soy un buen partido. Soy bajito y feo y no tengo apellido ni fortuna. Y sabe que Diana tiene relaciones y es muy orgullosa y ambiciosa.

–Se valora usted muy poco, desde luego. Muy, muy poco. Es demasiado humilde. A su manera, es usted tan atractivo como el capitán Aubrey, todo el mundo lo dice. Además, tiene usted un castillo.

–Encanto, tener un castillo en España no es igual que tenerlo en Kent. El mío está casi en ruinas, y en la parte que tiene techo se refugian las ovejas. Y gran parte de mis terrenos son montañas. Incluso en tiempo de paz, no me reporta más de doscientas o trescientas libras al año.

–Pero eso es mucho para vivir. Si ella le quiere, por poco que sea, y no veo por qué una mujer no habría de quererle, estará encantada con su proposición.

–Es usted muy amable, pero su falta de parcialidad no le deja ver claro, querida. Y respecto al amor -amor, esa hermosa palabra sin sentido- independientemente del modo en que usted lo defina, no creo que ella sepa lo que es, como me dijo usted misma una vez. Muestra afecto, amabilidad, amistad y generosidad a veces, pero nada más. No. Debo esperar. Tal vez llegue la ocasión. Y entonces

me sentiré muy contento de ser su pis aller. Sé también en qué forma debo esperar. No puedo arriesgarme a un rechazo directo, a un rechazo quizás con desdén.

–¿Qué es el pis aller?

–El último recurso. Lo que uno acepta cuando no puede conseguir nada mejor. Esa es mi única esperanza.

–Es usted demasiado humilde. ¡Desde luego que lo es! Estoy segura de que se equivoca. Créame Stephen; después de todo, soy una mujer.

–Además, soy católico, ¿sabe? Y papista.

–Eso no importa, y mucho menos a ella. De todos modos, los Howard son católicos; la señora Fizherbert es católica.

–¿La señora Fizherbert? ¡Qué extraño que usted la mencione! Bueno, tengo que irme, querida. Gracias por preocuparse tanto de mí. ¿Puedo escribirle otra vez? ¿No le han causado algún disgusto mis cartas?

–No. No las he mencionado.

–Pero no escribiré hasta dentro de un mes más o menos, y

quizás pase por Mapes después. ¿Cómo están su madre y sus hermanas? ¿Me permite preguntarle por el señor Bowles?

–Están muy bien, gracias. Y por lo que se refiere a él -dijo, y la ira se reflejó en sus serenos ojos grises-, le mandé a paseo. Se puso impertinente. Me dijo: "¿Acaso tiene depositado su afecto en otra persona?". Le contesté: "Sí, señor, así es". Y me dijo: "¿Sin el consentimiento de su madre?". Entonces le pedí que abandonara la sala inmediatamente. Es el paso más atrevido que he dado en mucho tiempo.

–Sophie, soy su más humilde servidor -dijo Stephen, poniéndose de pie-. Por favor, transmita mis saludos al almirante.

–Demasiado humilde, demasiado humilde -dijo Sophie, ofreciéndole la mejilla.

En la playa de Cork una embarcación esperando la luna, la subida de la marea. Por las tórridas montañas peladas, que lanzaban destellos por el sol, iba una muía a paso ligero entre los palmitos. El señor Esteban Maturin y Domanova besó los pies del reverendo abad de Montserrat y le pidió audiencia. Un camino tortuoso e

interminable. El inhóspito paisaje de Aragón, un despiadado sol, el polvo del camino; cansancio, terrible cansancio, y duda. ¿Qué era la independencia sino una palabra? ¿Qué importancia tenía una forma de gobierno? ¿Libertad? ¿Para hacer qué? Suciedad; y tanto cansancio que cabalgaba inclinado sobre la silla, casi sin poder mantenerse montado. Un chubasco en Maladeta, y por todas partes el olor a tomillo; águilas volando alto, revoloteando bajo las nubes que presagiaban tormenta. "Mi mente está tan confusa que sólo puedo pasar a la acción directa. Un aparente avance que, en realidad, es una huida", se dijo.

La playa solitaria; destellos de faroles en lontananza, un mar infinito. De nuevo Irlanda, con tantos recuerdos en cada rincón. "¡Si pudiera desprenderme de una parte de mis recuerdos, tal vez tendría más cordura! Esto va por ti, Villiers, cariño mío", pensó Stephen al beberse el segundo vaso de láudano. El barco correo en el puerto de Holyhead; doscientas setenta millas, fuerte balanceo, sueño, despertar en otro país. Lluvia y más lluvia; durante la noche, voces que hablaban en galés. Londres. La presentación de su

informe, procurando quitar las trazas de altruismo, necedad, mero entusiasmo, egoísmo, deseo de violencia y rencores personales, y procurando también dar la imposible respuesta sencilla a la pregunta: "¿Va España a aliarse con Francia en contra de nosotros, y si es así, cuándo?". Y otra vez estaba en Deal, sentado en el acogedor Rose and Crown, observando los barcos frente a los downs y bebiendo una taza de té. Curiosamente, se sentía alejado de aquel escenario tan conocido; los uniformes que pasaban frente al mirador donde estaba le resultaban muy familiares, pero le parecía que pertenecían a otro mundo, un mundo algo distante en el que sus habitantes, que caminaban, hablaban y reían al otro lado del cristal, habían enmudecido y habían perdido el color y su esencia real.

Pero sin que lo advirtiera, el buen té (un colagogo incomparable), el bizcocho, la comodidad de su sillón, la tranquilidad y la relajación después de semanas y meses de viajar incesantemente y con mucha prisa -con tensión, peligro y recelo-, iban introduciéndole de nuevo en aquel cuadro, uniéndole de nuevo a aquella vida de la que había sido parte integral. Le habían tratado

muy bien en el Almirantazgo; un caballero enviado por el Foreign Office, ya mayor, muy cortés, inteligente y sagaz, le había alabado mucho; y lord Melville le había expresado repetidamente su gratitud y el deseo de demostrarle su estima y su reconocimiento de alguna forma, señalando que cualquier nombramiento o cualquier petición del doctor Maturin sería considerada desde el punto de vista más favorable. Estaba recordando la escena, mientras bebía a sorbos el té y sentía en su interior pequeños ruidos y una agradable sensación, cuando vio a Heneage Dundas detenerse en la acera, protegerse los ojos del sol con la mano y mirar hacia dentro por la ventana, seguramente buscando a un amigo. Su nariz se pegó al cristal y la punta se aplastó hasta formar un disco blanco. "Parece la parte inferior de un gasterópodo", pensó Stephen, y después de observar unos instantes cómo cambiaba su contacto con la superficie, atrajo la atención de Dundas y le pidió por señas que entrara y se tomara una taza de té y un pedazo de bizcocho.

–No le he visto en los últimos meses -dijo Dundas en tono amistoso-. Pregunté por usted varias veces, cada vez que el

Polychrest estaba en el puerto, y me dijeron que se había ido con permiso. ¡Qué moreno se ha puesto! ¿Dónde estaba?

–En Irlanda, por aburridos asuntos familiares.

–¿En Irlanda? Me asombra usted, porque siempre que he ido a Irlanda estaba lloviendo. Si no me hubiera dicho el lugar, habría jurado que estuvo usted en el Mediterráneo. Ja, ja, ja! Bueno, pregunté por usted varias veces porque tenía algo importante que decirle. Excelente bizcocho, ¿verdad? Lo que más me gusta con una taza de té es precisamente un trozo de bizcocho bien hecho.

Después de este prometedor comienzo, Dundas enmudeció repentinamente. Era obvio que tenía algo importante que decir pero no sabía cómo expresarlo o no con la suficiente claridad. ¿Querría pedirle dinero prestado? ¿Tenía alguna enfermedad que le preocupaba?

–Siente usted un especial afecto por Jack Aubrey, doctor Maturin, ¿no es así?

–Si, le tengo una gran simpatía, sin duda.

–Yo también. Yo también. Fuimos compañeros de tripulación

desde antes de ser clasificados guardiamarinas, participamos juntos en media docena de misiones. Pero no me escucha, ¿sabe? No me presta atención. Tal vez porque soy más joven que él; pero, además, hay cosas que no se le pueden decir a un hombre. Lo que quería decirle es que, si le fuera posible, le diera usted a entender que está… no diría que arruinando su carrera pero sí navegando casi contra el viento. No ayuda a los convoyes… ha habido quejas… atraca frente a los downs cuando el tiempo no es muy malo. Y la gente tiene una idea bastante clara de cuál es la razón, y eso no está bien visto, no en Whitehall.

–Quedarse en el puerto no es una práctica ajena a la Marina.

–Sí, lo sé. Pero es una práctica restringida, de almirantes que ya han participado en dos batallas navales y tienen un título de nobleza, no de capitanes. No es correcto, Maturin, le ruego que se lo diga.

–Haré lo posible. Sabe Dios cuál será el resultado. Gracias por esta prueba de confianza, Dundas.

–El Polychrest estaba doblando el cabo de South Foreland; vi

desde el Goliath que no podía virar por avante y tenía que hacerlo en redondo. Había cruzado para tratar de encontrarse con las lanchas francesas de Etaples. Conseguirá doblar cuando la brisa marina amaine; pero por Dios que el abatimiento de ese barco es enorme. No debería estar navegando.

–Tomaré un bote y le alcanzaré -dijo Stephen-. Estoy impaciente por ver otra vez a mis compañeros de tripulación.

Le recibieron con amabilidad, con mucha amabilidad, pero estaban ocupados, ansiosos y agotados. Las dos guardias estaban en cubierta para amarrar el Polychrest, y mientras les miraba trabajar, Stephen comprendió que el ambiente del barco no había mejorado. ¡Nada más lejos de eso! Sabía lo suficiente de la mar para distinguir entre una tripulación dispuesta y un grupo de hombres ariscos y malhumorados a quienes había que empujar. Jack estaba en la cabina escribiendo su informe y Parker tenía a su cargo la cubierta. ¿Estaría trastornado? Daba una sarta de órdenes a voz en cuello, lanzando amenazas e insultos acompañados de patadas y golpes aún más violentos que cuando Stephen se había ido del barco. Había

algún rasgo de histerismo, no cabía duda. A su espalda, no muy lejos, estaba dando voces el sustituto de Macdonald, un joven robusto, rubio, de piel rosada y labios pálidos y gruesos. Sólo podía imponer su autoridad a los soldados, pero lo conseguía por su gran actividad, pues saltaba de un lado para otro con la vara como si saliera de una caja sorpresa.

Cuando llegó abajo, su impresión se confirmó. Su ayudante, el señor Thompson, tal vez no tenía muchos conocimientos ni habilidad –había intentado hacerle una litotomía a Cheseldon y la zona alrededor de la herida tenía un horrible aspecto gangrenoso- pero no parecía ser violento, ni mucho menos despiadado; sin embargo, cuando hicieron la ronda para ver a los pacientes no hubo ni una sonrisa; respuestas correctas, pero ningún tipo de intercambio, ninguna muestra de amabilidad, excepto por parte de un ex tripulante de la Sophie, un polaco llamado Jackrusckie, que de nuevo tenía molestias a causa de su hernia. Aunque se expresaba en su extraña jerga (hablaba muy poco inglés), lo hacía forzadamente como si estuviera preocupado o cohibido. En el coy siguiente al suyo

había un hombre con la cabeza vendada. ¿Tenía gomas, las secuelas de una antigua fractura reducida, se fingía enfermo? Thompson, ansioso por justificar su diagnosis, señaló la cabeza del hombre y trató de acercar el dedo hasta ella, pero inmediatamente éste se protegió con el brazo doblado.

Cuando se instaló en su cabina, después de terminar la ronda, el Polychrest ya estaba amarrado. Jack se había ido a presentar su informe, y a bordo del barco comenzaba a reinar la paz. Sólo se escuchaba el constante rechinar de las bombas y la voz ahora enronquecida del primer oficial ordenando que aferraran las mayores, las velas cuadras mayores y las gavias con camiseta, como si esperaran una inspección del Rey.

Entró en la sala de oficiales. En ella sólo quedaba el teniente de infantería de marina, tumbado sobre dos sillas y con los pies sobre la mesa, quien estiró la cabeza y dijo:

–¡Vaya! Usted debe de ser el matasanos que está de vuelta. Me alegro de verle. Mi nombre es Smithers. Perdone que no me levante, pero amarrar el barco me ha dejado molido.

–Observé que se movía usted mucho.

–Bastante, bastante. Me gusta que mis hombres sepan quién es quién y qué cosa es cada cosa; y que se muevan con rapidez. Si no es así, les trato con dureza. Me han dicho que toca usted muy bien el violonchelo. Podemos juntarnos. Toco la flauta travesera.

–Seguro que la toca usted muy bien.

–Bastante, bastante. No me gusta presumir, pero me parece que era el mejor flautista de Eton en mis tiempos. Si hubiera escogido eso como profesión, ganaría el doble de lo que me dan por combatir en las guerras en nombre de Su Majestad, aunque el dinero a mí no me importa, desde luego. Es muy tedioso estar en este barco, ¿no le parece? No hay nadie con quien hablar; nada que hacer excepto escoltar convoyes, buscar lanchas francesas y jugar a cartas. ¿Qué me dice si jugamos una partida?

–¿Sabe usted si el capitán ha vuelto?

–No. No regresará hasta dentro de muchas horas. Tiene usted mucho tiempo. Vamos, juguemos al juego de los cientos.

–No sé jugar muy bien.

–No debe usted temer por él. Va hasta Dover navegando contra corriente -va a ver un estupendo ejemplar de mujer allí- y no regresará hasta dentro de muchas horas. Un estupendo ejemplar, a fe mía; podría jurarlo. Pensaría en eliminarle si no fuera mi capitán; es asombroso lo que puede hacer un infante de marina, créame. Y no es imposible que lo haga; ella invitó a todos los oficiales la semana pasada y me miraba de un modo…

–¿No estará usted hablando de la señora Villiers, señor?

–Sí, exacto. Una joven y hermosa viuda. ¿La conoce?

–Sí, señor. Y lamento oír hablar de ella con tanta falta de respeto.

–Bueno, si es amiga suya -dijo Smithers con una mirada suspicaz-, eso es diferente. No he dicho nada. En boca cerrada no entran moscas. ¿Qué me dice ahora de esa partida?

–¿Juega usted bien?

–Nací con la baraja en la mano.

–Debo advertirle que nunca juego con apuestas pequeñas, porque me aburre.

–¡Oh! No le tengo miedo. He jugado en White… ¡Estuve jugando en Almack con mi amigo lord Carven hasta que se hizo de día! ¿Qué le parece?

Los restantes oficiales fueron llegando uno a uno, y todos se pusieron a mirar cómo jugaban. Estuvieron mirándoles en silencio hasta el final de la sexta partida, cuando Stephen tiró un ocho seguido de la cuarta mayor. Entonces Pullings, sentado junto a él y esperando verle ganar con tal nerviosismo que tenía el estómago muy tenso, dijo:

–¡Ja, ja! Se ha equivocado al elegir al doctor Maturin.

–Por favor, ¿quiere callarse mientras jugamos los caballeros? Además, el humo de esa horrible y apestosa pipa hace que la sala de oficiales parezca una de esas cervecerías de mala muerte que frecuentan ustedes. ¿Cómo puede un hombre concentrarse con todo este ruido? Me ha hecho perder los tantos. ¿Qué tiene usted, doctor?

–Repico, y además gano otros cuarenta tantos, así que tengo ciento treinta y seis; y como creo que le falta aún mucho para cien, debo añadir sus tantos a los míos.

–¿Me aceptará un pagaré?

–Acordamos que jugaríamos con dinero en efectivo, ¿recuerda?

–Entonces tendré que ir a buscarlo. Me quedaré escaso de fondos. Tendrá que darme la oportunidad de desquitarme.

–El capitán va a subir a bordo, caballeros -dijo un oficial de derrota.

Un momento después reapareció y dijo:

–Por el costado de babor.

Entonces todos se relajaron; al regresar de ese modo el capitán, no habría ceremonia.

–Tengo que dejarle -dijo Stephen-. Gracias por la partida.

–Pero usted no puede irse justo ahora que ha ganado todo ese dinero -dijo Smithers.

–Al contrario -dijo Stephen-. Éste es el mejor momento para irme.

–Bueno, no es muy ético. Es lo único que digo. No es muy ético.

–¿Cree usted que no? Entonces, cuando haya depositado el oro aquí, podemos volver a cortar, dos veces o en partes iguales. Sans revanche, ¿eh?

Smithers volvió con las guineas y las colocó en dos pilas y media.

–No importa el dinero -dijo-, sino el principio de la cuestión.

–Ases -dijo Stephen, mirando impaciente su reloj-. Corte, por favor.

Desánimo; un diez de diamantes.

–Ahora tendrá que aceptarme un pagaré por el resto -dijo Smithers.

–Jack -dijo Stephen-. ¿Puedo pasar?

–Pasa, pasa, mi querido amigo, pasa -dijo Jack, avanzando hacia él e indicándole una silla-. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Qué gran alegría! No tengo palabras para describir lo triste que estaba el barco sin ti. ¡Qué moreno estás!

A pesar de su instintiva repulsión cuando aspiró el perfume que impregnaba la chaqueta de Jack -aquel regalo no podía haber sido

más desafortunado-, Stephen se conmovió. Pero en su rostro apareció la mirada grave e inquisitiva característica de su profesión, y dijo:

–Jack, ¿qué has estado haciendo? Estás delgado, pálido… y estreñido, no cabe duda. Has perdido otras veinticinco o treinta libras; debajo de los ojos tienes la piel de un horrible color amarillo. ¿Has tenido molestias por la herida de bala? Vamos, quítate la camisa. Nunca estuve convencido de haber sacado todo el plomo; cuando exploré la herida me pareció que aún notaba algo.

–No, no. Ya ha cicatrizado del todo. Estoy muy bien. Lo único que ocurre es que no duermo. Doy vueltas y más vueltas, pero no puedo conciliar el sueño. Otras veces tengo pesadillas y me despierto a la hora de la guardia de media, entonces no puedo volver a dormirme y me paso el resto del día atontado. Y malhumorado, Stephen; mando mover todos los cabos superiores inútilmente y después me arrepiento. ¿Crees que mi hígado no va bien? Ayer, no, anteayer tuve una desagradable sorpresa; me estaba afeitando mientras pensaba en otra cosa, y Killick había colgado el

espejo del otro lado del escotillón, no en su lugar habitual, entonces vi mi rostro reflejado y por un momento pensé que un extraño me estaba mirando. Cuando comprendí que era yo, me dije: "¿Cómo diablos se me ha puesto esta cara de cabo de marina tan horrible? Y decidí que no volvería a tener aquel aspecto, me recordaba al desgraciado de Pigot, un tipo del Hermione. Pero esta mañana la he visto de nuevo reflejada en el espejo. Esa es otra de las razones por las que me alegro tanto de verte, porque me darás una dosis triple de una asquerosa poción para que pueda dormir. Es horrible no dormir, ¿sabes? No es de extrañar que un hombre tenga cara de cabo de marina. Yesos sueños… ¿Tú sueñas, Stephen?

–No.

–Pensaba que no. Tienes un yelmo… Por cierto que hace algunas noches soñé con un narval, y Sophie estaba también en el sueño. Parece una tontería, pero era tan triste que cuando me desperté estaba lloriqueando como un niño. A propósito -dijo Jack cogiendo un trozo de marfil largo, curvo y puntiagudo que estaba demás de él y entregándoselo-, aquí está.

A Stephen le brillaron los ojos al cogerlo. Y mientras le daba vueltas lentamente entre las manos, dijo:

–¡Oh, gracias, gracias, Jack! Es perfecto… es la sublimación de un diente.

–Había otros más grandes, de más de una braza, pero habían perdido su diente puntiagudo, y pensé que a ti te gustaría coger la punta. ¡Ja, ja, ja!

Fue una repentina manifestación de sus tonterías de otro tiempo, y estuvo riéndose y jadeando un rato, con sus ojos azules tan brillantes y risueños como antaño; una pizca de gracia le proporcionaba una gran diversión.

–Es realmente un prodigio -dijo Stephen, acariciándolo-.

¿Cuánto te debo, Jack?

Se llevó la mano al bolsillo, sacó un pañuelo y lo puso sobre la mesa. Después sacó un puñado de monedas de oro, luego otro, y se registró por si quedaban más, mientras decía que era una tontería llevarlas sueltas, que sería mejor hacer un paquete.

–¡Dios santo! – exclamó Jack, abriendo desmesuradamente los

ojos-. ¿Dónde demonios has estado? ¿Has capturado un galeón? ¡Nunca en mi vida había visto tanto dinero junto!

–He desplumado a un tipejo que me estaba molestando: un petulante joven que lleva chaqueta roja, una langosta, como dirías tú.

–Smithers. Pero eso es jugar por dinero, no un simple pasatiempo.

–Sí. Daba la impresión de que estaba preocupado por haber perdido; sudaba a chorros. Pero, al parecer, es rico, o al menos actúa con una gran arrogancia, como si lo fuera.

–Es un hombre adinerado, sin duda. Pero debes de haberle dejado muy poco; esto es más que el salario de un año.

–Tanto mejor. Mi intención era hacerle sufrir.

–Stephen, te ruego que no vuelvas a hacerlo. Es un mocoso, un inmaduro, te lo aseguro, y me pregunto cómo fue aceptado en la Infantería de marina, donde son tan exigentes. Pero ya el barco está bastante mal considerado para que además tenga mala reputación por el juego. ¿No vas a devolvérselo?

–No. Pero ya que así lo deseas, no jugaré más con él. Y ahora, dime, ¿cuánto te debo, amigo mío?

–¡Oh, nada, nada! Por favor, acéptalo como un regalo. Te lo ruego. Era muy pequeño, y además, lo pagué con el dinero del botín.

–¿Entonces, has capturado una presa?

–Sí. Sólo una. No hay posibilidades de capturar más; el Polychrest es ya tan conocido que lo identifican en cuanto su casco puede verse en el horizonte. Siento que no estuvieras a bordo, aunque no era mucho. Le vendí mi parte a Parker por setenta y cinco libras, porque entonces estaba escaso de dinero, pero él no sacó mucho de ella. Era una chalupa holandesa que navegaba lentamente por detrás del bajío de Dogger, cargada de maderos; y nosotros nos desplazábamos sólo con un poco menos de lentitud. Una presa insignificante -la habríamos dejado ir si hubiéramos estado en la Sophie-, pero pensé que tenía que mancharme las manos por fin. Sin embargo, no me sirvió de mucho. El barco está mal considerado y Harte me acosa.

–Por favor, enséñame el sable que recibiste como galardón y

la placa que te dieron los comerciantes. Le hice una visita a Sophie y me habló de ello.

–¿Sophie? – dijo Jack, como si le hubieran dado un puntapié-.

¡Oh! ¡Oh, sí!… Sí, por supuesto. Así que le hiciste una visita.

Con estas palabras intentaba desviar su pensamiento hacia cosas más agradables, pero no lo consiguió, y después de un momento continuó:

–Lo siento, no los tengo aquí. Me quedé sin dinero otra vez. De momento, están en Dover.

–Dover -dijo Stephen, y se quedó pensativo unos instantes, pasando los dedos por el cuerno del narval-. Dover. Escúchame, Jack, al bajar a tierra con tanta frecuencia corres enormes riesgos, sobre todo en Dover.

–¿Por qué sobre todo en Dover?

–Porque es notorio que vas allí con frecuencia. Si lo saben tus amigos, mucho mejor lo sabrán tus enemigos. Lo saben en Whitehall; deben de saberlo tus acreedores en Mincing Lane. No me mires con rabia, Jack. Déjame decirte tres cosas; debo hacerlo

porque soy tu amigo. Primera: no hay duda de que serás arrestado por no pagar las deudas si sigues bajando a tierra. Segunda: se dice en la Armada que no te apartas de este puerto, y sabes mejor que yo el daño que eso puede causarte profesionalmente. No, déjame terminar. Tercera: ¿acaso has pensado que expones a Diana Villiers con tus atenciones a la vista de todos, en circunstancias de evidente peligro?

–¿Se ha puesto Diana Villiers bajo tu protección? ¿Te ha encargado que me digas esto?

–No.

–Entonces, no creo que tengas derecho a hablarme de esa forma.

–Indudablemente, mi estimado Jack, tengo derecho como amigo, ¿no? Y no digo el deber, porque eso suena a hipocresía.

–Un amigo que tal vez quiere que le deje el campo libre. No seré muy inteligente, ni un condenado Maquiavelo, pero sé distinguir una estratagema. Durante mucho tiempo no he sabido qué pensar de ti y de Diana Villiers -primero pensaba una cosa y luego otra-,

porque eres un malvado y astuto zorro y vuelves siempre a tu terreno. Pero ahora entiendo la razón de que se acercara a veces y se alejara otras, de ese "no está en casa", de su trato tan poco amable y la insistente mención del inteligente y gracioso Stephen Maturin, que comprende a la gente y no da sermones, mientras que yo soy un redomado estúpido que no entiende nada. Es hora de que Diana Villiers nos dé una clara explicación para que podamos saber cuál es nuestra situación.

–No quiero explicaciones. Nunca sirven de nada, sobre todo en asuntos de esta clase, relacionados con lo que podríamos llamar sexualidad. Las razones se las lleva el viento, y la sinceridad se va con ellas. De todos modos, incluso cuando la pasión no cuenta, el lenguaje es tan imperfecto que…

–Cualquier bastardo puede eludir la cuestión cobardemente con un torrente de palabras.

–Ya has hablado bastante -dijo Stephen, poniéndose de pie-. Demasiado. Debes retirar lo que has dicho.

–No lo retiraré -dijo Jack, muy pálido-. Y añadiré que un

hombre que regresa de permiso moreno, como si viniera de Gibraltar, y dice que estuvo en Irlanda y que hacía un tiempo excelente, es un mentiroso. Y mantendré lo que he dicho y estoy dispuesto a darte una satisfacción de la forma que elijas.

–Es muy curioso -dijo Stephen en voz baja- que nuestra amistad haya empezado con un desafío y termine con otro.

–¡Dundas! – dijo, en la pequeña sala del Rose and Crown-. ¡Qué amable ha sido al venir tan pronto! Lamento tener que pedirle que sea usted mi padrino. Intenté seguir su excelente sugerencia, pero no traté bien el asunto; no tuve éxito. Debería de haberme percatado de que sentía amargura y rabia, pero me empeñé en hablarle en un momento inoportuno y me llamó cobarde y mentiroso.

En el rostro de Dundas apareció una expresión horrorizada.

–¡Oh, eso es terrible! ¡Dios mío! – exclamó, y luego hizo una larga y triste pausa-. No hay posibilidad de que pida disculpas, ¿verdad?

–Ninguna en absoluto. Retiró una sola palabra. (El capitán Aubrey presenta sus saludos al doctor Maturin y le hace saber que ayer se le escapó una palabra de los labios, una palabra muy corriente que tiene relación con el nacimiento, que podría haberse interpretado como una alusión personal. No hubo tal intención, y el capitán Aubrey retira esa palabra y lamenta que en un momento de exaltación la utilizara. Las restantes afirmaciones las mantiene.) Sin embargo, mantiene el gratuito calificativo de mentiroso. No se puede tolerar.

–Desde luego que no. ¡Qué asunto tan lamentable!

–Tendremos que arreglarlo todo para hacerlo entre dos viajes. Me siento totalmente responsable. Maturin. ¿Se ha batido usted antes? Si algo le ocurriera, nunca me lo perdonaría. Jack tiene mucha destreza.

–Puedo cuidar de mí mismo.

–Bueno -dijo Dundas, mirándolo dubitativo-. Iré a verle inmediatamente. ¡Oh, qué asunto tan horrible! Puede tardar algún tiempo, a menos que podamos prepararlo para esta noche. Eso es lo

malo de la Marina; los soldados pueden resolver estas cosas enseguida, pero nosotros… Conozco un caso en que el duelo tardó en celebrarse más de tres meses.

No pudo prepararse para aquella noche, porque por la tarde el Polychrest recibió la orden de zarpar con la pleamar. Se dirigió al suroeste con dos barcos abastecedores, llevando una carga de infelicidad mayor que la habitual.

La noticia de la disputa se había extendido por todo el barco, a pesar de que su gravedad y su verdadera causa eran desconocidas, porque una amistad tan íntima no podía terminar de repente sin que se notara. Stephen observaba las reacciones de sus compañeros de tripulación con cierto interés. Sabía que en muchos barcos el capitán desempeñaba el papel de un monarca y los oficiales eran su corte, y también que había fuerte competencia por conseguir el favor del César. Pero nunca pensó que él era un favorito; nunca supo hasta qué punto el respeto con que le trataban era un reflejo del poder del gran hombre. Parker, que sentía más devoción por la autoridad que antipatía por el capitán, se apartó de Stephen; lo mismo hizo el

insípido Jones; y Smithers no intentó ocultar su animadversión. Pullings se comportaba muy amablemente en la sala de oficiales; pero Pullings le debía todo a Jack, y en el alcázar rehuía la compañía de Stephen. Sin embargo, no se veía a menudo en aquella molesta situación, porque los convencionalismos exigían que quienes iban a batirse se vieran lo menos posible, como la novia y el novio antes de llegar al altar. La mayoría de los antiguos tripulantes de la Sophie compartían la angustia de Pullings y le miraban ansiosos, desconcertados, aunque nunca con antipatía; pero era obvio para Stephen que, al margen de cualquier tipo de interés, eran más leales a Jack, y por eso procuraba molestarles lo menos posible.

Pasaba la mayoría del tiempo con sus pacientes -la fitotomía exigía tomar drásticas medidas, era un caso fascinante y requería horas y horas de intensa vigilancia-, leyendo en su cabina y jugando ajedrez con el segundo oficial, que sorprendentemente le trataba con gran consideración y amabilidad. El señor Goodridge había sido guardiamarina y ayudante de secundo oficial al mando de Cook; conocía bien las matemáticas, era un excelente navegante y

habría conseguido un mayor rango si no hubiera sido por el infortunado enfrentamiento con el capellán del Bellerophon.

–No, doctor -dijo, y se echó hacia atrás, apartándose del tablero-, puede usted luchar todo lo que quiera, pero le tengo atrapado. Le haré mate en tres jugadas.

–Tiene usted razón -dijo Stephen-. ¿Debo abandonar?

–Creo que sí. Aunque, indudablemente, me gustan los hombres que luchan. Doctor, ¿ha pensado usted en el Fénix?

–Quizás no con tanta frecuencia como debería haberlo hecho. Según recuerdo, vive en Arabia Félix y construye su nido con canela. Teniendo en cuenta que la canela cuesta ochenta y seis peniques, eso es una desconsideración, ¿no cree?

–Le encanta bromear, doctor. Pero el Fénix merece serias consideraciones. No el ave de la mitología, desde luego, en cuya existencia no puede creer un caballero de razonamiento filosófico como usted, sino lo que yo llamaría "el ave que hay detrás del ave". No me gustaría que se supiera en el barco, pero, en mi opinión, el Fénix es el cometa Halley.

–¿El cometa Halley, señor Goodridge?

–El cometa Halley, doctor; y otros -dijo el segundo oficial, complacido por el efecto de sus palabras-. Y cuando digo "opinión" debería decir "hecho", porque para una inteligencia clara eso es algo probado, fuera de toda duda. Un simple cálculo lo demuestra. Los mejores autores dicen que las apariciones del Fénix tuvieron lugar con una diferencia de 500, 1416 y 7006 años. Tácito nos dice que uno apareció durante el reinado de Sesostris, otro en el de Amasias, otro en el de Tolomeo III y otro en el vigésimo año de reinado de Tiberio; y sabemos de la existencia de muchos más. Entonces, si tomamos los intervalos entre las apariciones de los cometas Halley, Biela, Lexel y Encke y los comparamos con los intervalos de las del Fénix, teniendo en cuenta los años lunares y los errores de cálculo de los antiguos, ya lo tenemos demostrado. Se asombraría al ver los cálculos de las órbitas que he hecho. Los astrónomos, desgraciadamente, están equivocados, porque no tienen en cuenta el Fénix al hacer sus ecuaciones. No comprenden que para los antiguos el supuesto Fénix era una forma poética de

hablar de un fenómeno luminoso en el cielo, que el Fénix era un emblema. Son demasiado orgullosos y obstinados; están anquilosados y sus prejuicios no les permiten creerlo. El capellán del Bellerophon, que presumía de sus conocimientos de astronomía, no estaba convencido. Le derribé con un mazo en cubierta.

–Yo estoy completamente convencido, señor Goodridge.

–Eso arruinó mi carrera -dijo, con una furiosa mirada, recordando el pasado-. Eso arruinó mi carrera; pero volvería a hacerlo… ese cerdo despreciable, ese… pero no debo blasfemar, era un pastor. Desde entonces no he hablado de esto con mucha gente, pero pienso que algún día publicaré The Phoenix Impartially Considered, A Modest Proposal (El Fénix considerado objetivamente; una modesta propuesta) y firmaré como oficial de alto rango de la Marina, lo que levantará revuelo en algunas instituciones que podría mencionarle, pero les hará cambiar totalmente de opinión. Según mis cálculos, teniendo en cuenta el Fénix, veremos un cometa en 1805, doctor. No puedo decirle en qué mes, porque Ussher tiene dudas sobre la duración exacta del reinado de Nabonid.

–Lo espero con ansia y gran interés -dijo Stephen, y entonces pensó: "Quisiera que pudieran prever también el final de esta espera".

Luego, al sentarse junto a su paciente para tomarle el pulso, se dijo: "¡Cuánto temo el encuentro! Y sin embargo, ¡qué difícil me resulta esperar!".

En el lejano rincón de la enfermería se oyó el murmullo de la conversación que volvía a empezar; los hombres estaban acostumbrados a la presencia del doctor, y también a su ausencia –más de una vez un compañero había llevado allí el grog prohibido, pasando por delante de él, sin que se diera cuenta-, y el doctor no les molestaba. Ahora dos escoceses de la región de Highland le hablaban a un irlandés en gaélico, muy despacio y repitiendo las palabras, mientras éste, con la espalda desollada, permanecía boca abajo.

"Puedo entenderles mejor cuando no les presto ninguna atención" pensó Stephen, "cuando no me esfuerzo ni trato de aislar las palabras. Es el niño con pantalones largos el que entiende, yo

cuando estaba en Cahirciveen. Creen que vamos a anclar frente a los downs antes de las ocho campanadas. Espero que tengan razón; espero encontrar a Dundas."

Tenían razón. Y antes de que el Polychrest se hubiera detenido por completo, oyó al centinela gritarle a un bote y después la respuesta "¡Franchise!", que indicaba que su capitán subiría a bordo. El silbato del contramaestre; el saludo con el respeto que se debía a un capitán de navío; pasos apresurados por encima de su cabeza y luego el mensaje: "El capitán Dundas presenta sus respetos y quisiera hablar con el doctor Maturin cuando esté desocupado".

La discreción era de gran importancia en estos asuntos, y Heneage Dundas, sabiendo que en una abarrotada corbeta lo que se hablaba llegaba a oídos de todos, había escrito este mensaje: "¿Le viene bien el sábado a las seis y media? En las dunas. Pasaré a recogerle". Le dio el papel a Stephen con una mirada seria y expresiva, y éste lo leyó, asintió con la cabeza y dijo:

–Perfecto. Se lo agradezco. ¿Podría llevarme a tierra? Mañana

pasaré el día en Deal, si nada lo impide. ¿Tendría la amabilidad de comunicárselo al capitán Aubrey?

–Ya lo he hecho. Podemos irnos ahora, si quiere.

–Dentro de dos minutos estaré con usted.

Había algunos documentos que nadie debía ver, algunas hojas manuscritas y cartas valiosas para él, pero casi había terminado de preparar todo esto y tenía a mano la bolsa con las cosas más necesarias. A los dos minutos subió detrás de Dundas por la escala de toldilla y luego ambos se alejaron por el tranquilo mar hasta Deal. Hablando de forma que sólo pudiera entenderle Stephen, Dundas le comunicó que el padrino de Jack, un tal coronel Rankin, no podía bajar a tierra hasta el día siguiente por la noche, el viernes, y que había visto a Rankin a principios de la semana y habían escogido un excelente lugar, cerca del castillo, que a menudo se usaba para estos asuntos y era conveniente en todos los aspectos.

–Supongo que lo habrá arreglado todo -añadió, cuando el bote estaba a punto de tocar el muelle.

–Creo que sí -dijo Stephen-. Si no, acudiré a usted.

–Entonces, adiós -dijo Dundas agitando la mano-. Tengo que volver a mi barco. Hasta el día de la cita, si no le veo antes.

Stephen se instaló en el Rose and Crown. Pidió un caballo y se dirigió hacia Dover cabalgando lentamente. Iba pensando en la naturaleza de las dunas, en la inmensa soledad que rodea a cada hombre y también en la imperfección del lenguaje, una idea que habría desarrollado en su conversación con Jack si le hubiera dado tiempo. "Y sin embargo, a pesar de su imperfección, permite a los hombres tratar maravillosamente bien de cosas materiales", se dijo, mirando los barcos en la rada, aquel increíble complejo de cabos, poleas y velas, cada una con un nombre propio, que llevaría a la multitud de individuos aislados hasta el Bósforo, las Antillas, Sumatra o la inmensidad de los mares del Sur. Y cuando sus ojos recorrían la extraña silueta del Polychrest, con forma de sombrero de tres picos, vio el bote del capitán alejarse del costado, izar la vela al tercio y poner rumbo a Dover.

"Conociéndoles a los dos como les conozco", pensó, "me

sorprendería que se tuvieran mucha simpatía. La relación entre ellos es perversa, y esa es, seguramente, la causa de su propia violencia.

Al llegar a Dover, fue directamente al hospital para examinar a sus pacientes. El loco, hecho un ovillo, permanecía inmóvil y estaba sumamente débil. A Macdonald, en cambio, se le estaba curando muy bien el muñón del brazo, tan bien cubierto por los colgajos que parecía un paquete, y Stephen notó con satisfacción que el vello continuaba creciendo en ellos en la misma dirección que antes.

–Pronto estará usted muy bien -dijo, señalándole estos detalles al infante de marina-. Le felicito, tiene usted una constitución muy fuerte. En pocas semanas podrá rivalizar con Nelson, saltando con un solo brazo de un barco a otro, pero estará más contento que el almirante, porque a usted le queda el brazo con que esgrime el sable.

–¡Cómo me consuela usted! – dijo Macdonald-. Tenía un miedo espantoso a la gangrena. Le debo mucho, doctor, lo sé muy bien.

Stephen protestó, diciendo que cualquier carnicero, cualquier

aprendiz de carnicero, podía haber hecho lo mismo… era una simple operación… había sido un verdadero placer cortar la carne de alguien tan saludable. La conversación se desvió, y hablaron de la probabilidad de una invasión francesa, una ruptura con España y los rumores de que Saint Vincent había acusado a lord Melville de malversación, antes de volver a Nelson.

–Es un héroe para usted, ¿no es así?

–¡Oh! No sé casi nada de ese caballero -dijo Stephen-.

Nunca le he visto. Pero por lo que tengo entendido, es un oficial muy activo, vehemente y enérgico. Sin duda, es muy querido en la Armada. El capitán Aubrey tiene un alto concepto de él.

–Tal vez sí -dijo Macdonald-. Pero no es un héroe para mí.

Le tengo atravesado como al teólogo Caraccioli. Y además se le pone de ejemplo.

–¿Acaso puede haber mejor ejemplo para un oficial de marina?

–He estado pensando mientras yacía en esta cama -dijo Macdonald-. He estado pensando en la justificación de ese hecho.

A Stephen le dio un vuelco el corazón. Sabía que los escoceses

eran famosos por su afición a la discusión teológica, y temía una profusión de ideas calvinistas, aderezadas quizás con algunas de la propia doctrina de los infantes de marina.

–Los hombres -prosiguió-, especialmente los de las tierras bajas de Escocia, nunca están contentos de cargar con sus pecados ni de hacer sus propias leyes; un joven se comportará como un canalla no porque esté seguro de que sus otras cualidades pesan más que este hecho sino porque a Tom Jones le pagaron por acostarse con una mujer, y puesto que Tom Jones es un héroe es correcto que él haga lo mismo. Hubiera sido mejor para la Armada que a Nelson le hubieran puesto en un abrevadero cuando era niño. Si el personaje de una obra de teatro o de un cuento sirve de justificación suficiente a un canalla, piense en lo que podrá hacer un héroe de carne y hueso. Ir de putas… quedarse en el puerto… colgar a oficiales que se rinden con condiciones. ¡Menudo ejemplo!

Stephen le observó atentamente para comprobar si había indicios de fiebre; los había, sin duda, pero no de fiebre muy alta, no había peligro. Macdonald miró por la ventana, y vio algo fuera,

aparte del muro liso, que le hizo decir:

–Odio a las mujeres. Son terriblemente destructoras. Utilizan a los hombres, minan su voluntad, les quitan la bondad y, sin embargo, no por ello están mejor -dijo, y luego hizo una pausa-. Repugnantes rameras.

–Quisiera que me hiciera un favor, señor Macdonald -dijo Stephen.

–Pida lo que quiera, se lo ruego. Nada me daría más satisfacción que complacerle.

–Présteme sus pistolas, por favor.

–Siempre que las use para cualquier cosa, excepto para matar a un oficial de Infantería de marina, se las doy con gusto. Están en mi baúl, debajo de la ventana, si es usted tan amable…

–Gracias. Se las devolveré, o haré que alguien se las devuelva, en cuanto cumplan su función.

Cabalgaba de regreso al atardecer, un hermoso atardecer a principios de otoño, apacible y muy húmedo; a su derecha el azul oscuro con un ligero matiz rojizo, a su izquierda las blancas dunas, y

un agradable calor subiendo desde la tierra. El caballo era muy dócil y su trote era suave; conocía el camino, pero, aparentemente, no tenía prisa por llegar a la caballeriza, pues se detenía de vez en cuando para coger hojas de un arbusto que él no podía identificar. Stephen cayó en una dulce languidez; le parecía que su cuerpo se había separado casi totalmente de él, que sólo quedaban sus ojos, flotando en el blanco camino, mirando a su alrededor.

–Buenas tardes, señor -le dijo a un pastor que pasó andando con su gato, rodeado por el humo de su pipa.

"A veces", pensó "uno tiene la sensación de haber estado ciego toda su vida. ¡Qué pureza, qué perfección hay en todo, no sólo en lo extraordinario! Uno vive el momento presente, vive reafirmando su existencia. No hay tiempo para hacer, seres el bien más preciado. Sin embargo -hacía girar el caballo hacia la izquierda, camino de las dunas-, tenemos que hacer de algún modo."

Bajó de la silla de montar y le habló al caballo:

–¿Cómo puedo asegurarme de que seguirás acompañándome?

El caballo irguió las orejas y fijó en él su mirada viva e inteligente.

–Sí, sí, eres un tipo de fiar, sin duda. Pero es posible que no te gusten los tiros; y es posible que tarde más de lo que estás dispuesto a esperar. Ven, es mejor que te trabe las patas con esta pequeña correa.

"¡Qué poco sé de las dunas!", pensó mientras medía a pasos la distancia y colocaba en el montículo arenoso, a la apropiada altura, un pañuelo doblado. "Un interesante tema de estudio; tienen una flora y una fauna propias". Puso las pistolas sobre la chaqueta extendida para protegerlas de la arena y las cargó cuidadosamente. "Lo que uno está obligado a hacer, suele hacerlo con un sentimiento poco definido, tal vez sólo con cierta desesperación", siguió pensando. Y sin embargo, al colocarse en posición de tiro, en su rostro apareció una expresión adusta, temible, y su cuerpo se movió con la precisión de una máquina. Desde la punta del pañuelo, la arena saltó por el aire; se formaron remolinos de un espeso humo. Al caballo no le molestaba mucho el ruido, pero sin mucha atención

estuvo mirando los primeros disparos, hasta una docena más o menos.

–Nunca he visto armas de mayor precisión -dijo en voz alta-. No sé si podré hacer todavía el viejo truco de Dillon.

Sacó una moneda del bolsillo, la lanzó hacia arriba, y le dio justamente cuando había alcanzado el punto más alto, antes de comenzar a caer.

–Son verdaderamente unas armas estupendas -dijo-. Debo protegerlas del rocío.

El sol se había ocultado y quedaba ya muy poca luz. Entre la niebla que cubría la hondonada se veían rojas lenguas de fuego en cada descarga; el pañuelo, desde hacía tiempo, había quedado reducido a un manojo de hilos. "¡Dios mío, tengo que dormir esta noche!", pensó. "¡Qué prodigioso rocío!"

En Dover anochecía antes, pues estaba resguardado por las colinas del oeste. Jack Aubrey, después de ocuparse de los pocos asuntos que tenía que resolver y de haber ido en vano a New Place –"El señor Lowndes está indispuesto y la señora Villiers no está en

casa"-, se sentó en una taberna cerca del castillo para beber una cerveza. Era un lugar sucio, lóbrego, miserable -arriba podían solazarse los soldados-, pero tenía dos salidas, y con Bonden y Lakey en la salita junto a la entrada creía que no sería sorprendido. Nunca en su vida había estado tan abatido, tan profundamente desanimado; y el atontamiento provocado por las dos jarras que se había bebido no sirvió para levantar su ánimo. La rabia y la indignación, aunque ajenas a su carácter, eran su único refugio. Su rabia y su indignación eran enormes.

Entraron un alférez y una joven escuálida, con aspecto de ramera; se mostraron desconcertados al ver a Jack y fueron a sentarse en un lejano rincón, dándose golpes y empujones, pero sin pronunciar palabra. La tabernera trajo las velas. Luego le preguntó a Jack si quería algo más. Él miró hacia afuera, donde la penumbra lo envolvía todo, y le dijo que no… que cuánto le debía, y que incluyera lo de los hombres de la salita.

–Diecinueve peniques -dijo la mujer.

Mientras Jack buscaba en sus bolsillos, ella le miraba a la cara

con descaro, inquisitivamente; en sus ojos, que no paraba de mover dentro de las órbitas, se reflejaba una mezcla de desconfianza y ávida curiosidad, y su labio superior estaba distendido dejando ver sus tres dientes amarillentos. No le gustaba el hecho de que llevara una capa encima del uniforme; no le gustaba la sobriedad de sus hombres, ni que se hubieran mantenido apartados; además, no eran caballeros, porque los caballeros pedían vino, no cerveza. Él no había respondido a las insinuaciones de Betty ni a su discreta propuesta de darle alojamiento; ella no quería maricones en su casa, prefería su sitio vacío a su compañía.

Jack se asomó a la salita, le dijo a Bonden que le esperara en el bote y salió por la puerta posterior, topándose con un grupo de prostitutas y soldados. Dos prostitutas se peleaban en medio del callejón, tirándose de los pelos y haciéndose jirones los vestidos, pero todos los demás estaban muy alegres. Otras dos le llamaron; luego se le acercaron y le dijeron al oído cuáles eran sus habilidades y sus precios y que tenían un certificado de salud.

Fue andando hasta New Place. A juzgar por la tímida mirada

que había acompañado el "no está en casa", estaba convencido de que podría ver la luz de Diana. Allí arriba brillaba la luz débilmente tras las cortinas; lo comprobó dos veces, pasando de un lado a otro del camino. Luego, dando un rodeo por detrás de las casas, llegó a una callejuela que pasaba por detrás de New Place. Las cercas alrededor de las zonas sin cultivar no fueron un obstáculo; pero en el muro de los patios interiores, fue necesario pasar con la capa por encima de los cristales rotos del borde, por eso tuvo que correr y saltar con más agilidad. Al bajar al patio, el ruido del mar cesó de repente. El silencio era absoluto, profundo, y él permaneció inmóvil bajo el rocío, entre los lirios. Poco a poco el silencio fue menos profundo y se oyeron ruidos en el interior de la casa: llegaban conversaciones desde diversas ventanas y alguien cerraba las puertas y los postigos del piso inferior. Entonces se oyeron en el camino pasos fuertes y rápidos, y roncos ladridos; era Fred, el mastín, que andaba suelto por el jardín y el patio durante la noche y dormía en el invernadero. Pero Fred era un animal callado y conocía al capitán Aubrey, así que pasó el húmedo hocico por su mano y no

ladró más. No obstante, no estaba completamente tranquilo, y desde que Jack llegó por fin al sendero cubierto de musgo, le siguió, gruñendo y empujándole por la parte de atrás de las rodillas, hasta que llegó a la casa. Jack se quitó la capa, la dobló, la puso en el suelo y luego puso el sable al lado. Enseguida Fred se echó encima de la capa y se quedó custodiando ambas cosas.

Desde hacía muchos meses, un constructor estaba sustituyendo las tejas de New Place; la improvisada grúa, hecha con una polea, sobresalía del antepecho, y todavía tenía la cuerda, que estaba enganchada a un cubo. Jack fijó los extremos y probó la cuerda, luego tomó impulso y comenzó a subir. Arriba, una mano tras la otra; pasó la biblioteca, donde el señor Lowndes escribía sentado en su escritorio; pasó una ventana que daba a la escalera y siguió hacia el antepecho. Desde allí a la ventana de Diana sólo había unos pasos. Pero a mitad de camino del antepecho, reconoció la risa fuerte y alegre de Canning, una especie de graznido que aumentaba de tono partiendo de uno muy grave, una risa tan peculiar que no podía confundirse. A pesar de eso, siguió hasta el

final. Y allí estaba, sentado en el antepecho, desde donde veía en diagonal toda la habitación. Aspiró profundamente tres veces, mientras pensaba en irrumpir en ella; todo en la habitación iluminada era muy real, sus rostros, cuyas expresiones acentuaba la luz de las velas, su gran animación y su candor por ignorar que había allí una tercera persona. Pero la vergüenza, la tristeza y un tremendo cansancio aplacaron su ímpetu, lo apagaron por completo. No sentía rabia ni pasión; se habían ido y no había nada para ocupar su lugar. Se alejó unos pasos para no ver ni oír nada más, y después de unos instantes caminó hasta la grúa y buscó la cuerda; mecánicamente apretó los dos cabos, se agarró a la cuerda como lo hacían los marineros y se lanzó a la oscuridad, y bajó, bajó, bajó, perseguido por aquella estruendosa y divertida risa.

Stephen pasó la mañana del viernes escribiendo, codificando y decodificando. Rara vez había trabajado tan rápido y tan bien, con la agradable sensación de que había hecho una descripción clara de una situación compleja. Por razones morales, se había abstenido de tomarse su medicina habitual y había pasado la mayor parte de la

noche con la mente lúcida. Cuando terminó de atar todos los cabos, puso doble envoltura a sus documentos, escribió: "Capitán Dundas" en la exterior y luego volvió a su diario. "Éste es, quizás, el último acto independiente. Es quizás la única forma de vivir bien, sin preocupaciones, sin perder el interés pero sin compromiso, con libertad, una libertad que casi nunca he conocido. Es la vida en su más pura forma, admirable en todos los aspectos, sólo por el hecho de que no es vivir, tal como entiendo yo la palabra. ¡Y cómo cambia el transcurso del tiempo! Los minutos y las horas se alargan; hay tiempo libre para ver pasar el presente. Iré andando hasta el castillo de Walmer, atravesando las dunas; el tiempo parece infinito en ese paraje arenoso".

Jack también pasó algún tiempo sentado en su escritorio, pero cerca de mediodía fue llamado al buque insignia.

"Le he cansado un poco, listillo", pensó el capitán Harte, mirándole con satisfacción. Entonces le dijo:

–Capitán Aubrey, tengo órdenes para usted. Tiene que ir a Chaulieu. El Thetis y el Andrómeda dieron caza a una corbeta y la

llevaron al puerto. Se cree que es la Fanciulla. También se dice que numerosas cañoneras y pramas se preparan para colocarse a lo largo de la costa. Debe tomar las medidas pertinentes para proteger su barco, destruir esas embarcaciones e inutilizar la corbeta. Y es esencial hacerlo con celeridad, ¿me ha entendido?

–Sí, señor. Pero es mi deber decirle que es necesario llevar el Polychrest a la dársena, que aún faltan veintitrés hombres para completar su dotación, que le entran dieciocho pulgadas de agua en calma chicha y que su abatimiento hace la navegación costera sumamente peligrosa.

–¡Tonterías, capitán Aubrey! Mis carpinteros dicen que puede muy bien seguir navegando un mes más. Y en cuanto al abatimiento, todos lo tienen; los barcos de los franceses tienen abatimiento, pero ellos no temen entrar y salir de Chaulieu.

En caso de que la indirecta no hubiera sido suficientemente clara, repitió la última frase poniendo énfasis en la palabra "temen".

–¡Oh, por supuesto, señor! – dijo Jack con total indiferencia-. Solamente he hablado, como he dicho, por considerarlo mi deber.

–Supongo que querrá las órdenes por escrito.

–No, gracias, señor. Creo que podré recordarlas muy fácilmente.

Cuando volvía al barco, se preguntaba si Harte comprendía qué tipo de servicio era el que exigía al Polychrest y que las órdenes eran como una sentencia de muerte; no era un verdadero marino. Por otra parte, tenía bajo su mando otros navíos mucho más adecuados para pasar por el intrincado la Punta del Raz y sus fondeaderos; el Aetna y el Tartarus lo harían admirablemente. Ignorancia y malicia a partes iguales, fue la conclusión de Jack. Además, seguramente Harte esperaba que él se negaría a cumplir las órdenes, que insistiría en una inspección y arruinaría así su carrera. Y si era ese su propósito, por lo que se refería al Polychrest, había escogido bien el momento. "Pero, ¿qué importancia tiene?", pensó mientras subía por el costado, con una expresión tranquila, confiada. Dio las órdenes pertinentes y pocos minutos después la bandera de salida apareció en la punta del mastelero de velacho, acompañada por un cañonazo para atraer la atención hacia ella.

Stephen oyó el cañonazo, vio la señal y se apresuró a volver a Deal. Había otros tripulantes del Polychrest en tierra: el señor Goodridge, Pullings, que visitaba a su novia, Babbington, con sus amantísimos padres, y algunos hombres de permiso. Se reunió con ellos en la playa de guijarros, donde estaban tratando de conseguir un bote a buen precio, y a los diez minutos ya estaba de vuelta en su cabina, con aquel olor a humedad, libros, medicamentos y agua de sentina. Apenas había acabado de cerrar la puerta cuando una serie de lazos inadvertidos por él comenzaron a atarle, convirtiéndole de nuevo en un concienzudo cirujano naval que se enfrentaba a la compleja vida diaria con muchos hombres más.

Por una vez el Polychrest viró a babor y arribó perfectamente en pleamar. Gracias al suave viento de través dobló el cabo South Foreland costeando, y cuando se dio la voz de rancho ya se divisaba Dover. Stephen salió de la enfermería, subió a cubierta por la escotilla de proa y se dirigió al castillo. Cuando llegó allí, la conversación cesó por completo, y notó que Plaice y Lakey tenían una mirada extraña, hosca, recelosa. Se había acostumbrado a la

actitud reservada que Bonden, como timonel del capitán, había mostrado en los últimos días, y suponía que Plaice la había adoptado también por sus lazos familiares, pero le sorprendía verla en Lakey, un hombre comunicativo, alegre y de buen corazón. Enseguida volvió abajo, y estaba atendiendo al señor Thompson cuando oyó: "¡Todos a virar!". Y el Polychrest puso rumbo a alta mar. Se sabía que debían cruzar el Canal y entrar en un puerto francés; unos decían que era Wimereux, otros que Boulogne, y algunos que el lejano Dieppe; pero cuando se sentaron a cenar corrió la noticia de que su destino era Chaulieu.

Stephen nunca había oído mencionar aquel lugar. Smithers (que había recobrado su buen humor) lo conocía muy bien:

–Mi amigo, el marqués de Dorset, iba siempre allí con su barco de recreo en periodos de paz, y me rogaba insistentemente que fuera con él. Me decía: "Sólo se tarda un día y una noche en mi cúter. Deberías venir, George. No podemos pasar sin ti y sin tu flauta".

El señor Goodridge, pensativo y circunspecto, no aportó nada a

la conversación. Después de que se hicieran comentarios sobre los barcos de recreo, su extraordinario lujo y sus excelentes características para la navegación, el señor Smithers volvió a hablar con aire triunfante de sus amigos que poseían barcos de recreo y de la profunda devoción que sentían por él; luego se habló de la aburrida temporada de ópera de Londres y la dificultad para mantener a los debutantes a una prudente distancia. Una vez más Stephen notó que todo eso le gustaba a Parker, que aunque era un hombre de una familia respetable y, por su forma de comportarse, un tipo duro, animaba a Smithers al escucharle atentamente, como si cogiera algo de aquello para él. Este hecho le sorprendía, pero se animaba por ello; se inclinó sobre la mesa y le dijo en voz baja al segundo oficial:

–Señor Goodridge, le agradecería que me hablara de ese puerto.

–Venga conmigo, doctor -dijo el segundo oficial-. Tengo las cartas marinas desplegadas en mi cabina. Será más fácil explicarle las cosas con esos bancos de arena ante nuestra vista.

–Éstos, según creo, son los bancos de arena -dijo Stephen.

–Exactamente. Esos números indican la profundidad con pleamar y bajamar; y en rojo aparecen las zonas que están por encima de la superficie.

–Un peligroso laberinto. No sabía que podía acumularse tanta arena en un mismo lugar.

–Bueno, es por las corrientes, ¿ve usted? – son muy rápidas en el cabo Noir y Prelleys- y los ríos. En la antigüedad, éstos debían de ser muy grandes, a juzgar por la gran cantidad de limo que han arrastrado.

–¿Tiene un mapa más grande, que tenga aspectos más generales?

–Justo detrás de usted, señor, según el obispo Ussher.

Ese mapa se parecía más a los que él estaba acostumbrado a ver: mostraba el lado francés del Canal, la costa que se extendía casi de norte a sur desde Etaples hasta un poco más abajo de la desembocadura del Risle, desde donde se desviaba hacia el oeste tres o cuatro millas, formando una pequeña bahía o, más bien, un

entrante alargado que terminaba por el oeste frente a la isla Saint Jacques -una pequeña isla en forma de pera a quinientas yardas de la costa- y volvía a seguir hacia el sur y salía de la página en dirección a Abbeville. En la punta del entrante, donde la costa comenzaba a desviarse hacia el oeste, había un rectángulo marcado como "Torre cuadrada", y nada más, ni siquiera un caserío, en una distancia de una milla hacia el oeste. Entonces un cabo entraba unas doscientas yardas en el mar y encima de él había una estrella y el nombre Fortaleza Convention. Tenía la misma forma que la isla; pero, en este caso, la pera no había caído, continuaba unida a tierra firme. Las dos peras, Saint Jacques y Convention, estaba separadas por menos de dos millas, y entre ellas, en la desembocadura de un riachuelo llamado Divonne, estaba Chaulieu. Había sido un puerto importante en la Edad Media, pero se había enarenado, y los enormes bancos de arena habían contribuido aún más a que su actividad cesara. No obstante, tenía sus ventajas; la isla lo protegía de los vientos del oeste y los bancos de los del norte, y las fortísimas corrientes mantenían limpios el fondeadero interior y el

exterior. Desde hacía algunos años, el gobierno francés había comenzado la limpieza del puerto, la construcción de un gran rompeolas para protegerlo por el noreste y la profundización de los canales. El trabajo había continuado durante la Paz de Amiens, ya que Chaulieu, una vez recuperado, sería un puerto importante para la flotilla invasora de Bonaparte, cuyas embarcaciones saldrían de todos los puertos a partir de Biarritz, e incluso de todas las aldeas de pescadores donde fueran capaces de construir un lugre, para dirigirse a sus puntos de reunión: Etaples, Boulogne, Wintereux y otros. Había ya más de dos mil pramas, cañoneras y transportes de guerra, y una docena de ellos se habían construido en Chaulieu.

–Aquí es donde están las gradas -dijo Goodridge, señalando la desembocadura del riachuelo-. Y aquí es donde están haciendo la mayor parte del dragado y la cantería, justo por el interior del rompeolas del puerto. Esto impide prácticamente su utilización por el momento, pero a ellos no les importa. Pueden permanecer en el fondeadero interior al abrigo de Convention o en el exterior protegidos por Saint Jacques, a menos que sople el viento del

noreste. Y ahora que lo pienso, creo que tengo un libro con mapas desplegables. Sí, aquí lo tiene.

Le ofreció un extraño volumen en cuyas páginas aparecían trozos de la costa, media docena en cada una, vistos desde alta mar. Era una costa baja, sin relieve, en la que había dibujadas dos curiosas elevaciones blanquecinas, una a cada lado del pueblecito, ambas de mucha altura y ambas, como pudo ver al mirarlas más de cerca, rematadas por la inconfundible mano del laborioso y ubicuo Vauban.

–Vauban -dijo Stephen- es como el almíbar en un bizcocho: un poco es estupendo, pero puede llegar a ser empalagoso. Ha puesto esos dibujos como pimenteros desde Alsacia hasta el Rosellón.

Volvió a mirar el mapa. Ahora veía con claridad que el fondeadero interior, que se extendía desde el mismo puerto, por el noreste, hasta después de la fortaleza en el cabo Convention, estaba protegido por dos largos bancos de arena, a media milla de la costa, que se llamaban West Anvil y East Anvil; también observaba que el

fondeadero exterior, paralelo al primero, pero del otro lado de los dos bancos, estaba protegido por el este por la isla y por el norte por el banco Old Paul. Los dos excelentes fondeaderos cruzaban la página diagonalmente, desde la esquina de abajo a la izquierda, hasta la esquina de arriba a la derecha, separados por los dos bancos; pero el fondeadero interior tenía poco más de media milla de ancho por dos de largo, mientras que el exterior era muy amplio, el doble de su tamaño.

–¡Qué curioso que estos bancos tengan nombres ingleses! –dijo-. Dígame, ¿son frecuentes los casos como éste?

–¡Oh, sí! Creemos que todo lo que hay en el mar nos pertenece. Llamamos a Setúbal "Saint Ubes" y a La Coruña "The Groyne", y así sucesivamente. A éste le llamamos Galloper, por su forma. Y hemos puesto a esos bancos el nombre de Anvil porque cuando sopla el viento del noroeste y hay pleamar, el agua del fondeadero choca contra ellos una y otra vez, primero contra uno, luego contra el otro, y el ruido se parece al de una herrería. Una vez vine aquí en un cúter, por Goulet -señalaba un paso estrecho entre

la isla y la costa- en 1788 o 1789, con un fuerte viento del noroeste, al fondeadero interior, y eran tan gruesas las salpicaduras de las olas por encima del banco que uno casi no podía respirar.

–Existe una curiosa simetría en la disposición de esos bancos y esos promontorios; tal vez tengan alguna relación. ¡Qué laberinto de canales! ¿Cómo va usted a entrar? No por Goulet, supongo, pues está muy cerca de la fortaleza de la isla; le llamo así porque no creo que sea un cabo sino una isla, aunque en el mapa lo parece porque se ve con la punta hacia arriba.

–Depende del viento, desde luego. Pero si sopla viento del norte, podría atravesar el canal que hay entre Galloper y Morgan's Knock hasta el fondeadero exterior, pasar Saint Jacques y seguir o bien a los bancos Anvil o bien rodear la punta de West Anvil para llegar a la entrada del puerto. Luego, cuando bajara la marea, con la ayuda de Dios, seguiría por la Punta del Raz -aquí, después de East Anvil- y volvería a salir a alta mar antes de que en Convention fueran derribados nuestros mástiles. Tienen cañones de cuarenta y dos libras, armas muy potentes. Debemos entrar en la primera mitad

de la pleamar, ¿comprende?, para hacer nuestro trabajo con la marea alta y poder salir en caso de que rocemos algo. Luego debemos irnos fuera en la bajamar, para que la marea no nos haga virar, pues ya entonces nos habrán sacudido un poco y no tendremos todo el control deseado. Nos van a sacudir, no hay duda. Nos dispararán con sus potentes cañones a menos que les tomemos por sorpresa; y los artilleros franceses están muy bien adiestrados. Me alegro de haberle dejado al señor G. una copia en limpio de mi Modest Proposal, lista para la imprenta.

–Entonces la marea es muy importante- dijo Stephen después de una pausa.

–Sí. La marea y el viento. Veremos si es posible que tengamos éxito. Podemos calcular los cambios de la marea. Pienso hacer entrar el barco allí con la isla justo al sur y la torre al sureste medio grado al este, con la marea alta, no la de mañana por la noche sino la de pasado mañana, el domingo. Y debemos rezar para que se levante una suave brisa del oeste o el noroeste que nos ayude a entrar; y tal vez también a salir.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Stephen estaba sentado junto a su paciente en la enfermería,

que se balanceaba suavemente. Estaba casi seguro de haberle sacado de su estado crítico -desde hacía una hora había aumentado el ritmo de las pulsaciones, antes muy débiles, le había bajado la temperatura y su respiración era normal-, pero su triunfo sólo ocupaba un pequeño rincón de su mente, el resto lo ocupaba el miedo. Pudo escuchar o, mejor dicho, oír involuntariamente muchos comentarios buenos sobre él: "El doctor es de fiar… El doctor no dejará que nos maltraten… El doctor es un defensor de la libertad… Es instruido; sabe francés… Además, es irlandés…". El murmullo de aquella conversación del fondo dejó paso a un expectante silencio; los hombres le miraron ansiosamente, dándose codazos unos a otros, y un corpulento irlandés, que visitaba a un compañero, se puso de pie y volvió su rostro hacia él. En cuanto Stephen le vio hacer un movimiento, se escabulló de la enfermería. En el alcázar vio a Parker hablando con el teniente de Infantería de marina,

mientras ambos observaban un navío de guerra de tres puentes que estaba al suroeste; éste surcaba el Canal con todas las velas desplegadas y las alas de babor y estribor, y las blancas olas de proa se deslizaban por sus costados. Sentados junto al portalón, dos guardiamarinas que no estaban de servicio formaban con cabos algo muy complicado.

–Señor Parslow -dijo Stephen-, tenga la amabilidad de preguntarle al capitán si puede recibirme.

–Iré cuando haya terminado esto -dijo Parslow tranquilamente, sin levantarse.

Babbington dejó a un lado su pasador, de una patada empujó a Parslow escaleras abajo y dijo:

–Iré yo, señor.

Un momento después volvió corriendo.

–El capitán está con Astillas ahora, señor, pero tendrá el gusto de recibirle dentro de cinco minutos.

"Tendrá el gusto" era una frase convencional; además, era obvio que la conversación del capitán Aubrey con el carpintero había

sido desagradable, porque tenía una mirada afligida, casi desesperada, y sobre su escritorio había un trozo de madera podrida con un perno desprendido. Se puso de pie torpemente, doblando la cabeza bajo los baos, con aire desconcertado, confuso.

–Siento haber tenido que pedir esta entrevista, señor -dijo Stephen-. Es probable que haya un motín mañana por la noche, cuando el barco esté cerca de la costa francesa. Tienen intención de llevarlo a Saint Valéry.

Jack asintió con la cabeza. Esto confirmaba su idea de la situación, su interpretación de las miradas tristes y huidizas de los antiguos tripulantes de la Sophie, el comportamiento de los marineros, el hecho de que sacaran del pañol una bala de veinticuatro libras y la hicieran rodar por cubierta en la guardia de media. Su barco se hacía pedazos bajo sus pies y la tripulación faltaba a su deber y dejaba de ser leal.

–¿Puede decirme quiénes son los cabecillas?

–No. No, señor. Puede usted llamarme muchas cosas, pero no delator. Ya he hablado bastante.

No. Muchos cirujanos con un pie en este mundo y otro en el de los muertos preferían estar del lado de los amotinados, como aquel hombre en Nore y el infortunado Davidson, a quien habían colgado por eso en Bombay. Incluso Killick, su propio sirviente, incluso Bonden -ambos debían de saber lo que se estaba preparando- serían incapaces de delatar a sus compañeros, aunque le tenían mucho afecto a él.

–Gracias por venir a verme -dijo secamente.

Stephen se fue, y cuando la puerta se cerró, Jack se sentó con la cabeza entre las manos y sintió que una gran tristeza rayana en la desesperación le invadía. ¡Se habían juntado tantas cosas! Y ahora esa fría y horrible mirada. Se reprochaba amargamente no haber aprovechado la oportunidad para disculparse. "¡Si se lo hubiera dicho! Pero tenía una expresión hosca y habló muy rápidamente. Aunque, sin duda, también yo la habría tenido si un hombre me hubiera llamado mentiroso; eso no se puede soportar. ¿Qué diablos se apoderó de mí? Fue una estupidez, una salida de tono, me comporté groseramente, como un chiquillo poniendo verde a otro,

como un cobarde. Pero puede vengarse de mí cuando quiera. Por otra parte, mi aspecto no podía ser mejor al comprender de repente que soy un miserable y él un verdadero amigo." Sin embargo, durante todo ese periodo de reflexión, parte de su mente se ocupaba del problema más urgente y, casi sin transición, se dijo: "¡Dios mío, cuánto me gustaría que Macdonald estuviera aquí!". Lo deseaba no por el consuelo o el consejo que pudiera darle -sabía que Macdonald le tenía antipatía-, sino por su eficiencia. Macdonald era un excelente oficial y, en cambio, aquel mocoso, Smithers, no, aunque no era del todo inepto.

Sonó la campanilla.

–Avise a Smithers -dijo.

–Siéntese, señor Smithers. Dígame los nombres de sus infantes de marina, por favor. Muy bien. También está su sargento, claro. Ahora, escúcheme con atención. Piense detenidamente en cada uno de esos hombres por separado y dígame cuáles son de fiar y cuáles no.

–Por supuesto que todos lo son, señor -dijo Smithers.

–No, no. Piénselo, piénselo -dijo Jack tratando de que aquel sonriente chaqueta roja asumiera alguna responsabilidad-. Piénselo y contésteme cuando haya terminado de pensar con detenimiento. Es muy importante.

Le lanzó una mirada feroz y penetrante, con buen resultado. Smithers se puso nervioso y empezó a sudar. Indudablemente estaba haciendo un esfuerzo mental; sus labios se movían, nombrando a toda la lista. Después de un rato dio la respuesta:

–Todos son fiables, señor, menos un hombre llamado… bueno, tiene el mismo apellido que yo, aunque no tenemos ninguna relación, desde luego… Es un irlandés papista.

–¿Responde usted por ellos? ¿Está completamente seguro de lo que dice? ¿Completamente seguro?

–Sí, señor -dijo Smithers, mirándole fijamente, muy desconcertado.

–Gracias, señor Smithers. No debe hablarle a nadie de esta conversación. Es una orden tajante, irrevocable. Y no debe usted mostrar intranquilidad. Por favor, dígale al señor Goodridge que

venga enseguida.

–Señor Goodridge -dijo, de pie junto a la mesa con la carta marina-, tenga la amabilidad de decirme cuál es nuestra posición.

–¿Exacta, señor, o con una aproximación de una o dos leguas? –preguntó el segundo oficial, inclinando la cabeza hacia un lado y cerrando el ojo izquierdo.

–Exacta.

–Tengo que traer el diario de navegación, señor.

Jack asintió con la cabeza. El segundo oficial volvió y, después de usar la escuadra y los compases, marcó la carta marina.

–Aquí, señor.

–Ya veo. ¿Navegamos con las mayores y las gavias?

–Sí, señor. Habíamos acordado navegar despacio hasta la marea del domingo, si usted se acuerda, señor, así no tendríamos que permanecer tanto tiempo en alta mar, ya que se nos reconoce con facilidad.

–Creo… creo -dijo Jack observando la carta marina y los datos del diario de navegación-, creo que podríamos aprovechar la

marea de esta noche. ¿Qué me dice, segundo oficial?

–Si se levanta viento, señor, podremos, pero a toda vela. Sin embargo, no creo que se levante viento, pues el barómetro está subiendo.

–El mío no -dijo Jack, mirándolo-. Me gustaría ver al señor Parker, por favor. Entretanto, sería conveniente llevar las alas, las sobrejuanetes y las sosobres a las cofas.

–Señor Parker, puede haber un motín de un momento a otro. Tengo la intención de comenzar la misión del Polychrest lo antes posible, y así podré dominar la situación. Navegaremos a toda vela para llegar a Chaulieu esta noche. Pero antes de desplegarlas, le hablaré a la tripulación. Ordene al condestable cargar los dos cañones más cercanos a popa con metralla. Los oficiales, con sus armas cortas, se reunirán en el alcázar cuando suenen las seis campanadas, dentro de diez minutos. Los infantes de marina formarán en el castillo, armados de sus mosquetes. Antes de ese momento no hay que apresurarse ni mostrar preocupación. Cuando todos los marineros estén reunidos, los cañones girarán hacia

delante, y dos de los guardiamarinas de más antigüedad estarán junto a ellos. Después de que le hable a la tripulación y se desplieguen todas las velas, ningún hombre será golpeado ni azotado hasta nueva orden.

–¿Puedo hacer una observación, señor?

–No, gracias, señor Parker. Esas son mis órdenes.

–Muy bien, señor.

La opinión de Parker no tenía valor para Jack. Si hubiera querido pedirle consejo a alguna persona a bordo, se lo habría pedido a Goodridge. Sin embargo, como capitán del barco, era él y sólo él quien tenía la responsabilidad. Y en cualquier caso, pensaba que sabía más de motines que cualquiera de los que estaban en el alcázar del Polychrest; los conocía desde el otro lado, pues había estado con una tripulación descontenta en el puerto militar del cabo de Buena Esperanza, cuando le habían degradado de la categoría de guardiamarina. Sentía un gran afecto por sus marineros, y aunque no sabía con certeza lo que ocurriría en la cubierta inferior, sí sabía lo que no ocurriría.

Miró su reloj. Se puso su mejor chaqueta y se dirigió al alcázar. Sonaron seis campanadas en la guardia de mañana. Sus oficiales iban reuniéndose con él silenciosos y graves.

–Todos los hombres a popa, señor Parker, por favor -dijo.

Los agudos pitidos, el estruendo bajo las escotillas, la estampida, las chaquetas rojas pasando entre la multitud hacia proa. Silencio. Sólo se oían levemente en lo alto los golpes de los rizos de las velas.

–¡Marineros! – dijo Jack-. Sé muy bien lo que están tramando. Sé muy bien lo que están tramando y no lo toleraré. ¡Son ustedes unos simples si prestan oído a esos políticos y leguleyos sabihondos, a esos charlatanes y embusteros. Algunos de ustedes están con la soga al cuello. Sí, con la soga al cuello! ¿Ven allí al Ville de Paris? (Todos los rostros se volvieron hacia el lejano navío, allí en el horizonte.) Sólo tengo que hacerle una señal a él, o a otra media docena de cruceros, y les colgarán de los penoles con música y todo. ¡Son ustedes unos malditos tontos por escuchar esas palabras! Pero no voy a hacerle ninguna señal al Ville de Paris ni a ningún otro

navío del Rey. ¿Por qué no? Porque el Polychrest va a entrar en acción esta misma noche, por eso. No permitiré que en la Armada se diga que los tripulantes del Polychrest tienen miedo a los cañonazos.

–¡Eso es! – dijo una voz.

Era Joe Plaice, que estaba en primera fila, como embobado.

–¡No es por usted, señor! – dijo otro que no podía distinguirse-. ¡Es por él, el viejo Parker, el maldito cabrón!

–Voy a entrar con el Polychrest esta noche -continuó Jack, en un tono fuerte y convincente-, y voy a machacar a los franceses en Chaulieu, en su propio puerto, ¿han oído? ¿Hay algún hombre aquí que tenga miedo a los cañonazos?

Gruñidos por todas partes, pero no malhumorados, risas y gritos de "¡ese maldito cabrón!"

–¡Silencio de proa a popa! Bueno, me alegro de que no haya ninguno. Hay entre nosotros algunos marineros torpes -mirad lo mal anudado que está ese briolín-y algunos que hablan demasiado, pero nunca he pensado que hubiera a bordo un cobarde. Pueden decir que el Polychrest no es muy rápido virando por avante, pueden

decir que no aferra sus gavias con mucha gracia, pero si dicen que es cobarde, si dicen que no le gustan los cañonazos, entonces mienten. Cuando nos lanzamos contra el Bellone, no hubo ni un solo marinero que no luchara como un león. Así que ahora entraremos en Chaulieu y machacaremos a Bonaparte. Esa es la forma de terminar la guerra; esa es la forma de terminarla, no escuchando a un montón de embaucadores y listillos. Y cuanto antes se acabe y puedan irse a su casa, mejor; ya sé que esa manera de proteger nuestro país no es un camino de rosas. Ahora les diré una cosa, y ténganla muy en cuenta: no habrá ningún castigo por este asunto, ni siquiera se mencionará en el diario de navegación, les doy mi palabra. No habrá ningún castigo, pero esta noche todos los marineros y los grumetes deben cumplir sus obligaciones, deben prestar mucha atención, pues Chaulieu es un hueso duro de roer –un intrincado conjunto de fondeaderos con fuertes corrientes-, y deben sujetar bien los cabos y halarlos con ánimo, ¿me han oído? Será una batalla rápida y feroz. Ahora escogeré a algunos hombres que irán a la gabarra y después largaremos todas las velas que sea

posible llevar desplegadas.

Atravesaba el compacto grupo de hombres, entre cuchicheos y murmullos, encontrando el silencio al pasar. Rostros sonrientes y serenos, rostros preocupados o desconcertados; algunos asustados, otros malhumorados, furiosos.

–Davis -dijo-, váyase a la gabarra.

El hombre miró a su alrededor con ojos asustados como los de un animal salvaje.

–Vamos, muévase. ¿Me ha oído? – dijo Jack con tranquilidad.

Davis fue hacia popa avanzando torpemente, inclinando la cabeza de un modo extraño. Ahora el silencio era general y había un ambiente muy distinto. Jack no iba a dejar que los hombres se reunieran con sus compañeros a la hora de comer e hicieran una tontería. Tenía una gran lucidez y no dudaba en lo más mínimo acerca de los hombres que debía escoger.

–Wilcoks, a la gabarra. Anderson.

Avanzó más entre ellos. No llevaba armas.

–Johnson, muévase.

La tensión subía por momentos; no debía subir más.

–Bonden, a la gabarra -dijo, sin mirar directamente a su timonel.

–¿Yo, señor? – preguntó Bonden afligido.

–Deprisa -dijo Jack-. Bantock, Lakey, Screech.

Los murmullos volvieron a surgir con fuerza en la periferia del grupo. Eran enviados a la gabarra marineros fuera de toda sospecha; cruzaban hasta popa, bajaban por la escala y pasaban a la gabarra, que iba detrás a remolque; pero esto no era un castigo ni una amenaza de castigo. Jack desató el briolín mal anudado, hizo un auténtico nudo marinero y volvió al alcázar.

–¡Marineros, ahora desplegaremos todas las velas del Polychrest hasta oírlo crujir! Pondremos alas arriba y abajo, sobrejuanetes y, ¡qué demonio!, también alas de sobrejuanetes y de sosobres si las soporta. Cuanto antes lleguemos allí, mejor. ¡Gavieros, marineros de las vergas altas…! ¿Están preparados?

–¡Preparados, sí, señor, preparados! (Un conjunto de voces satisfechas. ¿Sentían alivio? ¿Agradecimiento?)

–Entonces, suban al oír la orden. ¡Arriba! El Polychrest parecía una rosa blanca que abría sus pétalos. Las blanquísimas alas, que rara vez se utilizaban, fueron desplegadas una tras otra; las sobrejuanetes nuevas brillaron en lo alto, y por encima de ellas, las sosobres, no usadas hasta entonces, lanzaban destellos bajo el sol. Todo el barco crujió cuando se ataron las empuñiduras. El pie de la roda se hundió considerablemente, y en la gabarra, que seguía la estela, el agua llegó casi hasta la borda.

Si era posible que hubiera una posición en la que el Polychrest navegara bien, era con el viento a tres grados por la aleta; y aquí todo el día el viento era estable, del oestenoroeste cuarta al norte, y soplaba tan fuerte que todos mantenían la vista fija en lo alto, por si ocurría algo a las sobrejuanetes y las sosobres. El barco iba a toda vela, desplazándose por el Canal velozmente, como si la vida de sus tripulantes dependiera de su velocidad, y le entraba tanta agua que el señor Gray, el carpintero, al salir de la sentina, quiso que su protesta quedara registrada. Perdió una sosobre, y después algo muy grande que no pudieron identificar se desprendió del fondo,

pero la estela seguía alargándose y Jack, siempre en el alcázar, casi llegó a quererlo.

En el castillo, los hombres que no estaban de servicio pasaban el tiempo, y los de guardia estaban atareados, muy atareados, orientando las velas. Todos parecían disfrutar con aquella velocidad y deseaban vivamente aprovechar al máximo las posibilidades del barco. Las órdenes que prohibían el maltrato se habían cumplido con rigor, y hasta el momento no parecía que ningún marinero ni ningún grumete se moviera con más lentitud por eso. A los hombres de la gabarra les habían traído de nuevo a bordo, por miedo a que ésta se hundiera demasiado, y habían comido en la cocina. Ahora Jack no les temía, pues habían perdido su influencia y sus compañeros les evitaban. Davis, el tipo realmente peligroso para que se produjera una súbita revuelta, tenía un aire asustado, y Wilcoks, el elocuente asistente de un abogado convertido en ratero, no encontraba a nadie que le escuchara. Los marineros, en su mayoría, habían cambiado rápidamente, con la misma tranquilidad con que solían pasar de un desastre al momento previo del próximo. Por el momento tenía la

situación controlada.

Su única preocupación era el viento, que a medida que pasaba la tarde era más flojo e inestable y probablemente amainaría al ponerse el sol. Cuando llegó la húmeda noche y el rocío envolvió la jarcia, pareció revivir un poco, soplando todavía desde el ansiado noroeste, pero no podía fiarse de él.

A las seis ya habían recorrido toda la distancia; se habían aproximado hasta que avistaron la inconfundible torre en cabo Noir y habían virado en Camaret. Pero ahora, mientras navegaban al estesureste para alcanzar la costa un poco más al norte de Chaulieu, la neblina se hacía más y más densa. Y cuando llegaron a la misma entrada de la bahía de Chaulieu, se encontraron rodeados por una niebla tan espesa que las sobrejuanetes no eran más que borrosas manchas en lo alto de la cubierta, una niebla que estaba muy próxima a la ondulada superficie del mar, con algunos claros iluminados débilmente por la luna.

Llegaron muy poco después de la hora de la marea; iban acercándose a la costa, con el segundo oficial al gobierno, y usaban

dos escandallos. Ininterrumpidamente se oía: "Profundidad ocho, profundidad ocho, marca diez, un cuarto para diez, profundidad nueve, siete y medio, marca cinco, un cuarto para cinco, cuatro y medio". El fondo del mar era cada vez más aplacerado.

–Estamos al borde del banco de arena exterior, señor -elijo el segundo oficial, observando la muestra de linio del escandallo-. Creo que debemos llevar sólo las gavias.

–Es suyo, señor Goodridge -dijo Jack, retrocediendo un paso.

El barco entró, guiado por el segundo oficial, y el murmullo del agua lo acompañaba. Se había hecho zafarrancho de combate desde hacía tiempo; los tripulantes estaban silenciosos y atentos; el barco iba atravesando los canales, respondiendo al timón con rapidez, y con las escotas y las brazas tensadas según las órdenes.

–Ese debe de ser Galloper -dijo el segundo oficial, señalando con la cabeza una franja de agua clara por la amura de estribor-. Estribor un grado. Dos grados. Mantener. Ahora despacio. Seguir. Timón, todo a babor.

Silencio. Silencio absoluto en la niebla.

–Tenemos Morgan's Knock a babor, señor -dijo.

Jack estaba contento de oírlo. La última vez que habían virado con seguridad parecía ya sumamente lejana, ahora lo harían a ciegas, y en aguas que él no conocía. Si tenían Morgan's Knock a popa, debían virar a barlovento, rodear la punta del banco Old Paul, luego poner rumbo al suroeste y finalmente entrar en el fondeadero exterior, pasando frente a la isla Saint Jacques.

–Tres grados a estribor -dijo el segundo oficial.

El barco se desvió inmediatamente hacia el oeste. Era asombroso cómo los oficiales de derrota del Canal llegaban a conocer sus aguas, incluso por el olor y el tacto.

–¡Cuidado con esa bolina, allí delante! – dijo en tono grave.

Una pausa larga, larga durante la cual el Polychrest estuvo navegando contra el viento, que era cada vez más fuerte.

–Abajo el timón, ahora-continuó-. Mantener, mantener.

Seguir. Mire allí, señor, por la amura de babor, esa es Saint Jacques.

Por un claro de la niebla se veía, a una milla más o menos, una enorme masa blanca con una fortaleza que ocupaba la zona más alta

y parte de un costado.

–Muy bien, señor Goodridge, muy bien.

–¡Cubierta! – gritó el serviola-. ¡Barco a babor!

Y añadió en tono informal:

–¡Menudo grupo de barcos! Ocho, nueve, un montón.

–Vendrán hasta el extremo del fondeadero exterior, donde estamos nosotros ahora -dijo el segundo oficial.

El viento abría grandes claros en la niebla; Jack miró a babor y de repente vio un gran conjunto de embarcaciones con aparejo de navío y de bergantín, brillando a la luz de la luna. Eran sus presas: cañoneras y transportes de guerra destinados a la invasión.

–¿Cree que es conveniente que estén en el fondeadero exterior, señor Goodridge? – preguntó.

–¡Oh, sí, señor! Acabamos de dejar Saint Jacques al sursureste; entre ellos y nosotros sólo está la mar.

–¡Abajo el timón! – dijo Jack.

El Polychrest, con el viento por la aleta de estribor y con ayuda de la marea, comenzó a deslizarse rápidamente por el mar,

directamente hacia las cañoneras.

–¡Sacar los tapabocas! – dijo-. ¡Preparados los cañones!

Se proponía atravesar entre ellas disparando por los dos costados, y así tendría ventaja por haberlas tomado por sorpresa, disparando la primera descarga, porque inmediatamente después sus baterías empezarían a rugir, y además, los hombres no volverían a estar tan calmados. La niebla se había interpuesto entre ellos, pero ahora se disipaba, y Jack podía verlas borrosamente, cada vez más y más cerca.

–¡Ni un solo disparo hasta que…! – dijo, y un impacto le hizo caer sobre cubierta.

El Polychrest se había detenido completamente; había entrado a toda velocidad en el banco West Anvil. Jack lo comprendió cuando se puso de pie y, por un claro de la niebla, pudo ver dos fortalezas –una justo a popa y otra, casi exactamente iguales, por la amura de estribor-, que cobraron vida inmediatamente con gran estruendo y llamaradas que iluminaban el cielo. Habían confundido Convention con Saint Jacques y el fondeadero interior con el exterior, habían

entrado por un canal diferente y los navíos estaban separados de ellos por un impenetrable banco de arena; los navíos estaban en el fondeadero interior, no en el exterior. El Polychrest, de puro milagro, tenía aún en pie todos los mástiles; se elevó con el oleaje y quedó encallado en el banco un poco más adelante.

–¡Arriba las escotas! – dijo a voz en cuello, pues ahora no era necesario el silencio-. ¡Arriba las escotas!

La presión en los palos disminuyó. Entonces dijo:

–Parker, Pullings, Babbington, Rossall, lleven los cañones a popa.

Si el barco sólo tenía apoyado el pie de la roda, esto serviría para sacarlo de allí. Del otro lado del banco hubo un agitado movimiento de velas -los navíos se desplazaban en todas direcciones- y en medio de la confusión, dos figuras bien definidas viraron acompasadamente para cruzar su proa; eran dos bergantines que indicaron su presencia con sendas ráfagas dobles de disparos.

–¡Dejen los cañones de proa! – gritó-. ¡Señor Rossall, Adams, fuego nutrido contra esos bergantines!

Ahora la luna brillaba con inusitada intensidad, y cuando el viento se llevó el humo, las baterías pudieron verse con tanta claridad como si fuera de día. También podía verse todo el fondeadero interior, lleno de barcos; una corbeta estaba amarrada frente a Convention, protegida por sus cañones; sin lugar a eludas, era su presa, el barco que habían capturado el Thetis y el Andrómeda. "Un condenado lugar para amarrarla", fue uno de los incontables pensamientos que pasaron por la cabeza de Jack. Y en la cubierta del Polychrest podían verse los hombres que, a pesar de su perplejidad, trabajaban disciplinadamente para llevar a proa los cañones, sin preocuparse demasiado por los ensordecedores cañonazos de las fortalezas. Los hombres de Saint Jacques no lanzaban los disparos muy cerca de ellos, por miedo de alcanzar a los suyos, que se encontraban a proa del Polychrest. Los disparos de Convention todavía no eran precisos, pasaban muy por encima de ellos.

Jack agarró un cabo y ayudó a mover un cañón a popa; luego pidió cuñas para calzar los cañones hasta que fueran alados.

–¡Todos a popa! ¡Todos los hombres a popa! Haremos que el barco cabecee y se separe de aquí. Salten todos siguiendo mi orden. Uno, dos. Uno, dos.

Saltaban los cien juntos. ¿Podrían conseguir con su peso y el de los cañones que el barco se separara de allí y volviera a las aguas profundas?

–Uno, dos. Uno, dos. ¡Salten!

No lo consiguieron. Jack corrió a proa, se inclinó sobre el costado de babor con expresión grave y luego miró su reloj. Las nueve y cuarto; no quedaba mucho tiempo de pleamar.

–Baje todos los botes al agua, señor Parker. Y ponga una carronada en la gabarra.

Había que sacarlo de allí. Si se llevaba una de las anclas de proa hasta las aguas profundas, se echaba allí y se usaba como apoyo para halar el barco, podrían separarlo; pero ni siquiera la gabarra podía soportar el peso de un ancla. Necesitaban conseguir un barco más grande. Una bala pasó a pocos pies de él, y la onda de la explosión le hizo tambalearse. Se oyó un viva a proa; la

carronada de estribor había alcanzado un bergantín justo en el mascarón de proa. Tenían que conseguir algún barco. Los transportes de guerra iban hacia la Punta del Raz con todas las velas desplegadas y no podrían ser alcanzados a tiempo. Había algunos lugares en la entrada del puerto; sólo la corbeta se encontraba frente a Convención, cerca de sus cañones, demasiado cerca de sus cañones. Estaba amarrada por proa y por popa, a cincuenta yardas de la orilla, con la proa y parte de un costado mirando hacia Saint Jacques. ¿Por qué no la corbeta? Descartó la idea por absurda. Pero, ¿por qué no? El riesgo sería enorme, pero no mayor que si se quedaban allí bajo el fuego cruzado, sobre todo cuando las baterías consiguieran disparar con precisión. La idea podía parecer una locura, una temeridad, pero, en verdad, no era del todo descabellada. Y con la corbeta en sus manos no sería necesario llevar un ancla, una tarea que tomaría mucho tiempo.

–Señor Rossall -dijo-, prepare la gabarra. Desvíe hacia aquí el fuego de esos bergantines. Use cartuchos más llenos, una docenade mosquetes, haga todo el ruido que pueda, grite, cante.

La tripulación de la gabarra bajó por el costado. Jack se llenó los pulmones de aire y gritó entre el ruido de los cañones:

–¡Voluntarios, voluntarios que vengan conmigo para sacar de ahí esa corbeta! Richards, traiga alfanjes, pistolas y hachas. Señor Parker, usted se quedará en el barco. (Los hombres no seguirían a Parker. ¿Cuántos le seguirían a él?). Señor Smithers, tome el cúter rojo; usted y sus infantes de marina la abordarán por la amura de estribor. Señor Pullings, tome el cúter azul; la abordará usted por la aleta de babor. Y cuando la hayan abordado, corten las amarras. Cojan hachas. Entonces se quedarán a bordo y largarán las gavias. No atiendan a nada más. Escojan a sus hombres, rápido. Los restantes vendrán conmigo. ¡Muévanse, no hay que perder ni un minuto.

Killick le alcanzó las pistolas y él descendió a la gabarra sin mirar atrás. Los tripulantes del Polychrest bajaron precipitadamente por el costado hasta los botes. Se oían chocar las armas, y una voz cerca de él decía: "Hay que apretarse, George. ¿Puedes hacerme sitio?". ¿Cuántos hombres habría en los botes? ¿Setenta? ¿Ochenta?

Probablemente más. Se sentía muy animado; comenzaba a ver luz entre tanta oscuridad.

–¡Ciar! – dijo-. ¡Silencio en todos los botes! Bonden, justo por encima del banco. Iremos directamente hacia ella.

Sintió a su espalda un estrépito: un cañonazo de Convention había arrancado el mastelero de velacho.

"No es una gran pérdida", pensó mientras se sentaba a proa con el sable entre las rodillas. Rozaron una vez la superficie del banco, muy levemente, y enseguida pasaron al fondeadero interior y se dirigieron hacia la corbeta, situada a media milla de distancia. El riesgo era enorme -podría haber a bordo doscientos hombres-, pero también ahora tendría la ventaja de atacar por sorpresa. No era probable que pensaran que un barco encallado iba a abordarles, y mucho menos frente a sus propios cañones. Pero, en realidad, los cañones del cabo Convención estaban demasiado lejos -¡qué lugar más absurdo para amarrarla!-, se encontraban situados a considerable altura, y por mucho que los inclinaran hacia abajo, sus disparos nunca podrían llegar al mar a más de doscientas o

trescientas yardas de la fortaleza. Sólo les quedaban por recorrer quinientas yardas. Los hombres remaban como locos, dando gruñidos, pero el bote estaba sobrecargado y tan lleno que no tenían apenas espacio para mover los remos. Bonden estaba apretado allí, cerca de él, y Parslow -ese chiquillo no debería haber venido-, el contador, que tenía una palidez cadavérica a la luz de la luna, Davis, con su rostro malvado, Lakey, Plaice, todos los tripulantes de la Sophie…

Cuatrocientas yardas. Por fin la corbeta se había dado cuenta del peligro. Un grito. Una andanada sin coordinación, disparos de mosquete. Y ahora los mosquetes rugían por toda la orilla. Ráfagas de agua saltaban por los disparos de los grandes cañones de Convención, que ya no apuntaban al Polychrest sino a sus botes y casi los alcanzaban. Y durante todo el tiempo, allí detrás, la gabarra había disparado a los bergantines con la pequeña carronada de seis libras y los mosquetes, en medio de un gran estruendo, logrando desviar la atención de esa silenciosa incursión en el fondeadero interior. Otra vez los cañones de Convention, con la máxima

inclinación hacia abajo; pero los disparos pasaban por encima de ellos.

Doscientas yardas. Cien. Los otros botes iban delante; Smithers hacia la derecha y Pullings hacia la izquierda para rodear la popa.

–Por el palo de mesana, Bonden -dijo, desenvainando el sable.

Un ensordecedor ruido de disparos, furiosos gritos: los infantes de marina la abordaban por proa.

–Por el palo de mesana, ya está, señor -dijo Bonden, y subió el timón, haciendo que el bote rozara la corbeta, mientras otra andanada pasaba sobre; sus cabezas.

Arriba. Saltó en el punto más alto del balanceo y se agarró a las vigotas. Arriba. ¡Dios santo, no había red de abordaje! Los hombres, sujetándose fuertemente, iban abriéndose paso en torno a él; uno se había agarrado a su pelo. Arriba. Por encima de la borda. Atravesó la delgada hilera de defensores -enfrentándose con unas cuantas picas y lampazos; un mosquete disparó muy cerca de su

oído- y avanzó hacia el alcázar, blandiendo el sable y sosteniendo la pistola en la mano izquierda. Se lanzó contra el grupo de oficiales gritando: "¡Polychrest! ¡Polychrest!", seguido por un enjambre de hombres, y junto al palo de mesana hubo un feroz enfrentamiento: duros golpes, silenciosa lucha cuerpo a cuerpo, brutalidad y extrema violencia. Disparó la pistola, apuntándole a la cara a un hombre que estaba muy cerca. A su izquierda vio el fogonazo de un mosquete y a Babbington caer entre el humo. Corrió a su lado, cuidándose las espaldas; con gran esfuerzo pudo esquivar una afilada bayoneta, y entonces, descargando un golpe con el sable con todo su peso y su fuerza, la hizo caer y arrancó casi de cuajo la cabeza del soldado que la empuñaba.

Frente a él, en un espacio libre, vio a un soldado que le apuntaba con su sable. Comenzaron a dar tajos y fueron desplazándose a saltos hacia el pasamanos, con los sables brillando a la luz de la luna. Un doloroso tajo en el hombro del oficial, y antes de que pudiera recobrarse, Jack se le acercó, le puso la empuñadura contra el pecho y con una pierna inmovilizó las suyas.

–Rendez-vous -dijo.

–Je me tendré -dijo el oficial, soltando su sable-. Parola.

Disparos, golpes y gritos en la proa y el combés. Y ahora Pullings bajaba por el costado para cortar las amarras. Las chaquetas rojas de los soldados que despejaban el portalón de estribor podían distinguirse en la noche clara, y por todas partes, por todas partes, se oía el grito: ¡Polychrest!

Jack se precipitó hacia el apretado grupo que estaba junto al palo mayor, en su mayoría oficiales. Estos retrocedían disparando sus pistolas y blandiendo sables y picas, y detrás de ellos, por el costado más próximo a tierra, sus hombres bajaban a los botes y saltaban al agua a montones. Haines pasó corriendo junto a él, tratando de esquivar los golpes, y luego comenzó a subir con brío, seguido por una hilera de hombres.

Aquí estaba Smithers, gritando, sudando, con otra docena de infantes de marina; habían venido al alcázar desde proa. Ahora llegaba Pullings, con una afilada hacha en la mano. Y las gavias se estaban desplegando, en el palo trinquete, el mayor y el de mesana;

los hombres ya ataban las empuñiduras.

–Capitaine- dijo Jack-. Capitaine, cessez effusion sang.

Rendez-vous. Hommes désertés. Rendez-vous.

–Jamais, monsieur -dijo el francés, y arremetió contra él con furia.

–¡Bonden, ven por él! – dijo Jack, parando el golpe con un tajo. El sable del capitán francés saltó por los aires lanzando destellos. Bonden lo esquivó y agarró al capitán francés por el cuello; todo había terminado.

Goodridge estaba al timón -¿de dónde había salido?-, ordenando con fuertes gritos que ataran las empuñiduras del velacho. Ya se veía la costa retroceder, deslizarse hacia atrás despacio, alejarse.

–Capitaine, en bas, dessous, s'il vous plait. Toutes officiers dessous.

Los oficiales entregaban sus sables a Jack y éste se los pasaba a Bonden. Sus palabras eran incomprensibles. ¿Hablarían en italiano?

–Señor Smithers, lléveles al pañol de cabos.

En el castillo continuaba una pelea aislada, y se oyó un disparo que se confundió con los que llegaban de la costa. Había cuerpos tendidos sobre cubierta; los heridos se arrastraban por ella.

La corbeta navegaba rumbo al oeste, y afortunadamente tenía el viento justo por la amura. Debía rodear la punta de West Anvil antes de cambiar de bordo para acercarse al Polychrest, y navegaría todo el tiempo bajo el fuego de Saint Jacques: un difícil recorrido de media milla, cada vez más cerca de esa batería terriblemente destructora.

–¡Velas trinquete y cangreja! – dijo Jack.

Y cuanto antes mejor; sobre todo no quería perder los estayes. Parecía que estaba muy bien gobernada, pero si perdía los estayes la destrozarían.

Detrás de ellos se oían los disparos de Convention, ahora sin mucha precisión, aunque una bala atravesó las tres gavias. Jack corrió a proa para ayudar a ajustar el puño de amura de la trinquete. Los tripulantes del Polychrest abarrotaban la cubierta y le

animaban con sus gritos; estaban muy excitados, algunos fuera de sí.

–Wilkins -le dijo al marinero poniéndole la mano en el hombro-, usted y Sahddock empiecen a tirar los cadáveres por la borda.

Era una pequeña y graciosa embarcación. Con cañones de dieciocho libras, no, de veinte. Más amplia que el Polychrest. Se llamaba Fanciulla, y era, en verdad, una fanciulla. ¿Por qué no disparaban desde Saint Jacques?

–Señor Malloch, quite un ancla de proa y saque el cable por una de las portas de popa.

¿Por qué no disparaban? Tres impactos por detrás del palo mayor -desde Convention intentaban perforar el casco de la corbeta-, pero ninguno de Saint Jacques. Todavía en Saint Jacques no se habían percatado de que la Fanciulla había sido capturada, creían que salía para atacar el Polychrest. "Ojalá dure mucho", pensó. El puño de la amura estaba tenso, la corbeta navegaba cada vez más rápidamente; ahora pasaba por aguas muertas. Jack miró

su reloj a la luz de la luna; en ese momento hubo un fogonazo en Saint Jacques y pudo ver que eran las once. Por fin le habían descubierto. Sin embargo, la punta del banco de arena ya no estaba lejos.

–¡He matado a uno, señor! – dijo Parslow, que había venido corriendo para decírselo-. Le he disparado justo cuando iba a atacar a Barker con una pica.

–Muy bien, Parslow. Ahora vaya rápidamente al pañol de cuerdas y échele una mano al señor Malloch, ¿de acuerdo? Señor Goodridge, no falta mucho para que podamos virar, ¿verdad?

–Faltan cien yardas, señor-dijo el segundo oficial con los ojos fijos en Saint Jacques-. Cuando esas dos torres estén en línea.

Más cerca, cada vez más cerca. Las torres convergían.

–¡Todos a virar! ¡Preparados para virar! Pullings, ¿está usted listo?

Las torres se iluminaron y luego quedaron ocultas por el humo de sus propios disparos. El mastelero de sobremesana cayó por la borda y el alcázar se cubrió de espuma.

–¡Preparados! ¡Timón a sotavento! ¡Arriba puños de amura y escotas! ¡Halar la vela mayor, halar!

La corbeta viró, abatiéndose a sotavento con bastante rapidez, a pesar de la pérdida de las velas de popa.

–¡Halar todos, halar con bríO!

Había virado, había girado como un cúter, y ahora se acercaba rápidamente al Polychrest con el viento abierto tres grados. El Polychrest, sin trinquete, sin mastelerillo de juanete mayor, y sólo con un trozo del bauprés, todavía disparaba con sus carronadas de proa; y se oyó débilmente cómo vitoreaban a la Fanciulla, que pasó junto a él, llegó hasta el extremo del canal navegando de bolina y echó el ancla.

–¿Todo bien, señor Parker? – gritó Jack.

–Todo bien, señor. Nos han dado algunos golpes y la gabarra se hundió; pero, por lo demás, todo bien.

–Prepare el cabrestante, señor Parker, y una fila para pasar el cable.

Su voz fue ahogada por el estruendo de los cañones y los

impactos de las balas que alcanzaban ambos barcos, rasgaban el agua o pasaban sobre su cabeza. Repitió la orden y continuó:

–Señor Pullings, lleve el cúter a popa para coger el cabo.

–Al cúter rojo lo desfondó ese mastelero, y desgraciadamente la boza que sujetaba el de los infantes de marina se soltó. Sólo queda su bote, señor. Los franceses huyeron a tierra en los suyos.

–Entonces, el bote. Señor Goodridge, tan pronto como el cabo esté preparado, empiece a moverse hacia delante. Pullings, venga conmigo.

Bajó al bote, cogió el cabo de salvamento -para ellos el cordón umbilical- y dijo:

–Necesitaremos por lo menos veinte hombres más para el cabrestante. Vaya y vuelva lo más rápido que pueda, Pullings.

Otra vez junto al Polychrest Los marineros, a través de la porta de proa, se esforzaban por alcanzar el cabo. Un disparo de mortero, con un fogonazo color naranja, cayó cerca, más próximo a los bergantines que a su objetivo.

–Una peligrosa tarea, señor -dijo Parker-. Le felicito por esa

presa.

Había hablado con mucha vacilación, forzando las palabras. Ya la luz de los fogonazos, a Jack le pareció un hombre muy, muy viejo, encorvado y viejo.

–Gracias, Parker. Muy amable. ¡Sujeten el cabo, vamos! ¡Halar con fuerza!

De mano en mano pasó rápidamente el cabo, seguido por una pequeña guindaleza, y luego más despacio un largo y pesado cable. Los hombres de Pullings continuaban subiendo a bordo, y por fin el cable llegó hasta el cabrestante. Y mientras se atortoraban las barras, Jack miró otra vez su reloj: era medianoche, la marea ya estaba bajando desde hacía media hora.

–¡Adelante! – le gritó a la Fanciulla-. ¡Ahora, marineros del Polychrest, adelante! ¡Halar con fuerza! ¡Halar todos juntos!

El cabrestante giraba y se escuchaba el dic-clic-clic del linguete; desde el mar, el cable comenzó a subir, tensándose, salpicando agua.

Y ahora que los bergantines se habían alejado, asustados por

el disparo de mortero, desde Saint Jacques disparaban con los morteros y todos los cañones que poseían. Un cañonazo mató a cuatro hombres en las barras, el mastelero mayor cayó sobre el castillo y el bote fue destrozado justo cuando el último marinero salía de él.

–¡Halar! ¡Halar todos juntos!

Ahora el cable subía desde el mar casi recto. Los últimos hombres que habían salido del bote corrieron a coger las barras.

–¡Halar, halar! ¡Se mueve!

Entre el estrépito de los cañones podían oír claramente, casi sentir, el ruido del fondo del barco deslizándose sobre la arena. Hubo exclamaciones de asombro; se oyó el chasquido del linguete una vez más, dos, y de repente no encontraron ya resistencia en las barras, el cabrestante giraba libremente, y todos cayeron de bruces. Una bala había cortado el cable.

Jack cayó con los demás y fue pisoteado. Se levantó, apartando miembros y cuerpos, y corrió al pasamanos.

–¡Goodridge! ¡Eh, Goodridge! ¿Puede abordarse con nosotros?

–Creo que no, señor -gritó-. No con la marea baja. Sólo hay un par de brazas aquí. ¿No hay botes?

–¡No hay botes! ¡Retroceda y prepare otro cabo! ¿Me ha oído?

Apenas podía oírse a sí mismo. Los bergantines habían virado en redondo y ahora disparaban desde el cercano puerto, por encima del banco de arena. Se quitó la chaqueta, dejó a un lado el sable y se tiró al agua; al caer se golpeó la cabeza con un trozo de hierro mellado y se hundió profundamente en el agua. Pero a pesar de su aturdimiento, siguió nadando hasta que palpó con sus manos el costado de la Fanciulla.

–¡Súbanme a bordo! – gritó.

Se sentó en cubierta, jadeando y chorreando agua.

–¿Hay alguien que sepa nadar?

Ni una palabra, ninguna respuesta.

–Probaré con un enjaretado -dijo una voz ansiosa.

–Déme el cabo -dijo, y se dirigió a la escala de popa.

–¿Por qué no se sienta, señor, y bebe algo? – dijo Goodridge con una mirada suplicante-. Está usted ensangrentado.

Jack sacudió la cabeza con impaciencia y la sangre salpicó la cubierta. Cada segundo era vital en la bajamar. Ya había seis pulgadas de agua menos alrededor del Polychrest. Bajó por la escala, se dejó caer al agua y comenzó a alejarse nadando de espaldas. En el cielo había un centelleo casi constante; la luna asomaba entre los fogonazos, curvada como un escudo. De repente le pareció que brillaban dos lunas y que iban separándose; estaba mirando Casiopea al revés. El agua le llenó la garganta. "¡Dios mío, me estoy cansando! Estoy perdiendo agudeza", pensó. Se dio la vuelta en el agua, levantó con fuerza la cabeza y trató de orientarse. El Polychrest estaba bastante lejos, a la izquierda, no frente a él. Sus hombres gritaban; sí, estaban gritando. Viró, con el cabo alrededor de los hombros, y concentró todo su esfuerzo en nadar y localizar el barco; se hundía con cada brazada y volvía a localizarlo. ¡Qué débiles eran ahora sus brazadas! Claro que nadaba contra corriente… ¡Y cómo pesaba el cabo que arrastraba!

"Así, muy bien", se dijo, cambiando de dirección, ahora en favor de la corriente. En las últimas veinte yardas recobró sus

fuerzas; llegó hasta la popa, pero no tenía suficiente fuerza en los brazos para subir a bordo. Los marineros, muy agitados, trataban de subirle.

–¡Cojan el cabo! ¡Malditos sean todos! – gritó de tal forma que resonó en la distancia-. ¡Llevarlo a proa y halar, halar!

Bonden, desde el pie de la escala de popa, le sacó del agua y le ayudó a subir y a sentarse, mientras el cabrestante daba vueltas, primero rápidamente y luego más despacio, más y más despacio. Y mientras ellos halaban, las olas, con su movimiento suave y constante, alzaban la popa del Polychrest y luego la hacían caer sobre la arena con un golpe seco; y toda la artillería francesa les disparaba. El carpintero pasó corriendo con otro tapa-balazo más para colocar en un agujero de bala; desde que él había subido a bordo de nuevo, al Polychrest le habían perforado el casco una docena de veces más o menos, pero ahora le eran completamente indiferentes los disparos, no eran más que un ruido de fondo, un estorbo, un obstáculo para lo realmente importante.

–¡Halar todos juntos! ¡Halar todos juntos! – gritó.

Estaban halando con toda su fuerza, pero el linguete del cabrestante no hacía ningún chasquido. Jack fue tambaleándose hasta un espacio libre en una barra y se apoyó en ella con todo su peso; resbaló por la sangre y volvió a recuperar el equilibrio. Click; y el cabrestante rechinó. Click.

–¡Se mueve! – susurró el hombre que estaba junto a él.

Un movimiento lento, vacilante; y entonces, cuando las olas llegaron por popa, todo el barco subió.

–¡Está flotando! ¡Está flotando!

Se oyeron enérgicos vivas, y desde el otro lado del agua llegaron otros vivas en respuesta.

–¡Halar, halar! – dijo.

Debían separarlo por completo. El cabrestante dio una vuelta, giró bastante, más rápidamente de lo que el cable podía pasar a proa, y el Polychrest se alzó y cayó pesadamente en las profundas aguas del canal.

–¡Dejar de halar! ¡Todos a largar velas! Señor Parker, despliegue todo lo que sea posible.

–¿Qué? ¿Qué decía, señor? No he…

No importaba. Los marineros habían oído y ya estaban arriba. Desplegaron la vela mayor, que estaba hecha jirones, y la carbonera, que era casi un agujero; entonces el Polychrest ganó velocidad. Jack lo sentía vibrar bajo sus pies y su corazón estaba rebosante de alegría.

–¡Señor Goodridge! – gritó, nuevamente animado-. ¡Leve ancla y sáqueme de aquí por la Punta del Raz. Lance una espía en cuanto gane velocidad.

–Sí, sí, señor.

Cogió el timón y lo viró hacia el lado de barlovento del canal, de modo que el abatimiento del barco no lo hiciera encallar de nuevo. ¡Dios santo! ¡Qué pesado estaba y cómo se mecía con el oleaje! ¡Y qué hundido en el agua! Aparecieron algunas velas más, la de estay de mesana, un trozo de la cangreja y raros pedazos de lona, que le hicieron alcanzar dos nudos, y con el movimiento de la corriente, en dirección a la salida del canal, podría sacarlo de allí en diez minutos.

–¡Señor Rolle!

–El señor Rolle está muerto, señor.

–Entonces, su ayudante. Colocar de nuevo los cañones en su lugar. (No servía de nada llamar a Parker, que apenas podía mantenerse en pie.) Señor Pullings, vaya a proa con un grupo de marineros hábiles y trate de coger la espía. ¿Qué pasa, señor Gray?

–Seis pies de agua abajo, señor, con su permiso. Y dice el doctor que si puede llevar a los heridos a su cabina. Les sacó de la enfermería y los llevó a la sala de oficiales, pero ahora está inundada.

–Sí, naturalmente. ¿Puede usted tapar más agujeros? Haremos funcionar las bombas enseguida.

–Haré todo lo posible, señor; pero me temo que el problema no está en los agujeros de los disparos. El barco se está abriendo como una flor.

Furiosos disparos ahogaron sus palabras. Algunos despidieron llamaradas rojas, pues provenían de lanzallamas, y la mayor parte cayeron lejos y por popa; pero dos alcanzaron el barco inundado,

sacudiéndolo de la roda a la popa, y cortaron el último de los tres obenques del palo de mesana. Babbington vino a popa tambaleándose, mientras su manga colgaba vacía, para informarle que ya la espía estaba atada a las columnas del bauprés.

–Muy bien, señor Babbington. Allen, vaya con algunos marineros abajo y ayude al doctor Maturin a hacer el traslado de los heridos a la cabina.

Se dio cuenta de que estaba gritando mucho y que no era necesario gritar. Todo, excepto un cañón largo de la batería de Convention, estaba en silencio, en silencio y oscuro, pues la luna estaba ocultándose. Sentía cómo se tensaba la espía y tiraba del Polychrest, Y de repente el tirón se hizo más fuerte; en la corbeta, justo delante de ellos, habían desplegado las mayores, la gavia mayor y el velacho, y estaban atareados quitando los restos del mastelero de sobremesana. ¡Qué hermosa estaba, con sus velas bien orientadas y tensas! ¡Qué empuje tenía! Seguramente era muy rápida.

Navegaban por el lado de East Anvil más cercano a tierra -el

banco estaba ahora por encima de la superficie del mar y las suaves olas pasaban sobre él- y enfrente tenían la entrada de Punta del Raz, llena de transportes de guerra. Aparentemente, tampoco ellos se habían percatado del cambio de la Fanciulla; eran un blanco facilísimo… la oportunidad de su vida.

–¡Eh, señor Goodridge! ¿Cómo son sus cañones?

–¡Excelentes, señor, excelentes! ¡De bronce, de doce libras, y cuatro de ocho libras! ¡Muchos cartuchos llenos!

–Entonces, ¡apunte hacia los transportes de guerra! ¿Me ha oído?

–¡Sí, sí, señor!

–Jenkins, ¿cómo está nuestra pólvora?

–Empapada, señor. La santabárbara está inundada, pero sacamos tres cargas para cada cañón y muchas balas.

–Entonces dispararemos una andanada doble, Jenkins, y les saludaremos al pasar.

No sería una descarga modelo -casi no había hombres suficientes para disparar por los dos costados, y mucho menos para

mover y cargar los cañones con rapidez-, peno le permitiría lograr su objetivo. Y ese tipo de acción estaba en sus órdenes. Se rió estruendosamente; y más aún cuando vio que estaba enganchado al timón y éste le llevaba hacia arriba.

La luz de la luna se extinguía. La Punta del Paz estaba cada vez más cerca. Pullings había puesto un aparejo provisional a proa y se había desplegado otra vela más. Parslow estaba profundamente dormido debajo del destrozado cabillero.

Ahora había movimiento, agitación, entre los transportes. Jack oyó una llamada y la apagada respuesta de la Fanciulla, seguida de algunas risas. Aparecieron las velas, y con ellas la confusión.

La Fanciulla estaba a cien yardas delante de ellos.

–¡Señor Goodridge! – gritó Jack-. ¡Gire un poco hacia atrás la vela mayor!

El Polychrest avanzaba pesadamente, y la distancia se reducía.

Los transportes de guerra se movían en varias direcciones; al menos tres habían chocado entre sí en el estrecho canal. Los minutos pasaban como en un sueño, y de repente, con furia, empezó el

combate real; con una furia increíble después de tanta violencia y tanto estrépito. Uno de ellos estaba por la amura de babor, a doscientas yardas; tres estaban encallados a estribor, muy juntos.

–¡Fuego! – dijo Jack bajando el timón dos grados.

En ese momento, la Fanciulla se llenó de llamaradas y humo; el sonido de sus disparos era mucho más estridente. Ahora estaban en medio de ellos, disparando por los dos costados. Los barcos encallados agitaban faroles y gritaban algo que no podía oírse. Otro, que había perdido los estayes y estaba a la deriva, pasó junto al Polychrest después que habían disparado la última carga de las carroñadas. Sus vergas se engancharon en los pocos obenques que le quedaban al Polychrest, y algunos marineros se apresuraron a atar fuertemente la verga mayor; y allí, ante la boca de los cañones vacíos, el capitán dijo que se rendía.

–Tome posesión, señor Pullings-dijo Jack-. Manténgase cerca de mí, a sotavento. Sólo puede llevarse a cinco hombres. ¡Señor Goodridge, señor Goodridge! ¡Siga adelante!

Después de media hora, ya no quedaban transportes de guerra

en el canal. Tres habían encallado juntos. Otros dos aisladamente. Uno se había hundido -una destructora bala de veinticuatro libras desde muy cerca-, y los restantes habían pasado al fondeadero exterior o habían regresado a Chaulieu, y allí uno se había incendiado a causa de un disparo de lanzallamas desde Saint Jacques. Después de media hora, el tiempo de recorrer el canal y provocar aquel desastre, el Polychrest se movía con tanta dificultad, forzando tanto la espía, que Jack llamó a la Fanciulla y al transporte de guerra para que se abordaran con ellos.

Luego bajó, mientras Bonden le sujetaba por un brazo, y confirmó el desesperado informe del carpintero. Ordenó que pasaran a los heridos a la corbeta, ataran a los prisioneros y le trajeran sus documentos. Entonces se sentó y, mientras los tres barcos se balanceaban entre las suaves olas de las aguas muertas, observaba cómo los cansados marineros sacaban a sus compañeros, sus pertenencias y todo lo necesario del Polychrest.

–Es hora de irse, señor -dijo Parker, con Pullings y Rossall a su lado, los tres preparados para ayudar a su capitán a levantarse y

pasar por la borda.

–Vayan ustedes -dijo Jack-. Yo les seguiré.

Vacilaron, pero al advertir la ansiedad que había en su tono y su mirada, cruzaron, y se quedaron de pie sobre el pasamanos de la corbeta. Ahora el viento inestable soplaba desde tierra y el cielo comenzaba a iluminarse por el este; ya estaban fuera de Punta del Raz, lejos de los fondeaderos; el agua en alta mar tenía un intenso color azul. Jack se puso de pie, y con paso decidido fue hasta una destrozada porta; dio un pequeño salto, cayó en la Fanciulla tambaleándose y se volvió para mirar su barco, que no se hundió hasta pasados más de diez minutos. Y para entonces, la sangre -la poca que le quedaba- había formado un charco a sus pies. Se hundió muy lentamente, mientras el aire susurraba en las escotillas, hasta asentarse en el fondo, con la punta de los mástiles rotos sobresaliendo un pie de la superficie.

–Ven, amigo mío -le dijo Stephen al oído, como en un sueño-. Vamos abajo. Debes venir abajo, aquí hay demasiada sangre. Abajo, abajo. ¡Bonden, ayúdeme a llevarle!

CAPÍTULO 12

OceanofPDF.com

Fanciulla

Frente a los downs

20 de septiembre, 1804

Estimado señor:

De acuerdo con los deseos de su hijo William, valiente y respetable guardiamarina, le escribo unas breves líneas para informarle de la escaramuza que mantuvimos la semana pasada con los franceses. El galardón concedido al navío bajo mi mando debo atribuirlo, después de a Dios, al entusiasmo y la fidelidad de mis oficiales, entre los que su hijo destaca sobremanera. Él se encuentra bien, y espero que continúe así. Tuvo la desgracia de resultar herido unos minutos después de que abordáramos la Fanciulla, y tiene tales fracturas en el brazo que me temo que deberá serle amputado. Sin embargo, como es el brazo izquierdo y, además, todo saldrá bien gracias a la gran destreza del doctor Maturin, espero que lo considere

usted una marca, honrosa y no una desgracia.

Entramos en el fondeadero de Chaulieu el 14 del corriente y tuvimos la desdicha de encallar, a causa de la niebla, bajo el fuego cruzado de las baterías, y esto hizo necesario que nos apoderáramos de un barco para que nos sacara a remolque. Elegimos uno amarrado cerca de una de las baterías y con celeridad nos acercamos en los botes. Fue al apresarlo cuando su hijo sufrió la herida; el barco resultó ser la corbeta ligur Fanciulla, de 20 cañones, en la que se encontraban algunos oficiales franceses. Entonces procedimos a atacar los transportes de guerra, y en todo momento su hijo combatió con ahínco y gran valentía. Apresamos uno, hundimos otro e hicimos volver a cinco a la costa. Entonces, desafortunadamente, el Polychrest se hundió, después de ser alcanzado por más de 200 disparos en el casco y de dar bandazos en el banco de arena durante cinco horas. Así pues, nos dirigimos a bordo de

las presas a los downs, donde un Consejo de guerra reunido en el Monarch ayer por la tarde muy justamente declaró inocentes a los oficiales del Polychrest por la pérdida de su barco, no sin cubrirles de elogios. Encontrará una descripción más detallada de esta corta acción de guerra en mi carta a la Gazette, que aparecerá en el periódico de mañana, en la cual tengo la satisfacción de nombrar a su hijo. Y puesto que en estos momentos me dirijo al Almirantazgo, tendré el placer de mencionar su nombre al First Lord.

Mis saludos más cordiales a la señora Babbington.

Queda de usted, estimado señor, su más fiel y seguro servidor, Jack Aubrey.

PS. El Dr. Maturin le envía saludos y desea que le comunique que hay muchas posibilidades de salvar el brazo. A pesar de eso, quiero añadir que si fuera necesario usar la sierra, nadie en la Armada la maneja tan hábilmente como él, lo cual estoy seguro de que

será un consuelo para usted y la señora Babbington.

–Killick -gritó, doblándola y sellándola-. Esto es para el correo. ¿Está listo el doctor?

–Listo y esperándote desde hace catorce minutos -dijo Stephen con voz fuerte y áspera-. ¡Dios mío! Eres espantosamente lento y torpe con la pluma. Tachas, tachas… te quedas boquiabierto… En la mitad de tiempo podrías haber escrito la Ilíada, y también un comentario sobre ella.

–Lo siento de veras, estimado amigo. Odio escribir cartas. Parece que no tengo aptitud para ello.

–Non omnia possumus omnes -dijo Stephen-, pero por lo menos podríamos subir a un bote a la hora acordada, ¿no crees? Aquí tienes la medicina y la pastilla; y recuerda, un cuarto de cerveza negra en el desayuno, un cuarto al mediodía…

Llegaron a cubierta, donde había una gran actividad y por todas partes se veían lampazos, escobillas de goma, piedra arenisca, misales, y se oían rechinar los aparejos; los 20 cañones de bronce

estaban calientes de tanto sacarles brillo; olía a pintura. Los hombres de la Fanciulla, antiguos tripulantes del Polychrest, habían oído que su presa iba a ser vendida a la Marina y pensaban que un barco con buena apariencia alcanzaría un precio más alto que uno de aspecto descuidado; y ese precio les importaba mucho, pues tres octavos serían para ellos.

–Acuérdese de mis recomendaciones, señor Parker -dijo Jack, disponiéndose a bajar por el costado.

–Desde luego, señor -contestó Parker-. Todo esto es voluntario.

El primer oficial miró a Jack muy seriamente, entre otras razones, porque su futuro dependía totalmente de lo que su capitán dijera de él en el Almirantazgo aquella tarde.

Jack hizo una inclinación de cabeza, agarró los cabos laterales con firmeza y descendió al bote lentamente. Cuando éste comenzó a apartarse, se oyeron alegres vivas muy brevemente y enseguida los tripulantes de la Fanciulla volvieron a sus tareas, a fregar, cepillar y a sacar brillo; a las nueve llegaría el tasador.

–Un poco a la izquierda… a babor -dijo Stephen-. ¿Dónde estábamos? Un cuarto de cerveza negra en la cena: nada de vino, aunque puedes tomar un vaso o dos de negus frío antes de retirarte. Nada de buey ni cordero; pescado, por supuesto, pollo, un par de conejos. Y, desde luego, venerem omitte.

–¿Eh? ¡Oh, eso! Sí, claro. Muy bien. Muy adecuado. Dejar de remar… subirlo.

Vararon el bote en la playa de guijarros, que atravesaron con dificultad. Luego cruzaron el camino y se dirigieron a las dunas.

–¿Aquí? – preguntó Jack.

–Justo después de pasar la horca; es un pequeño valle, un lugar que conozco, conveniente en todos los sentidos. Ya hemos llegado. Doblaron al llegar a una duna y allí estaba la silla de posta, de color verde oscuro, y el cochero tomaba su desayuno, que había sacado de una bolsa de tela.

–Quisiera que hubiéramos usado el coche fúnebre -murmuró Jack.

–Tonterías. Ni tu propio padre te reconocería con ese vendaje

y con ese color tan amarillento, como si estuvieras exangüe o esperaras el beso de la muerte. Aunque, verdaderamente, por tu aspecto pareces necesitar más un coche fúnebre que muchos de los sujetos a quienes he abierto. Vamos. No hay ni un momento que perder. Entra. Cuidado con el escalón. Preserved Killick, cuide bien del capitán. Su medicina, bien agitada, dos veces al día. Las pastillas tres veces. Puede tratar de que olvide usted las pastillas, Killick.

–Se tomará sus pastillas, como que me llamo Preserved.

–Cerrar la puerta. Y ahora izar velas y zarpar. ¡A navegar viento en popa y a toda vela!

Permanecieron mirando el polvo que levantaba la silla de posta.

–Ojalá hubiéramos escogido la idea del coche fúnebre y el ataúd -dijo Bonden-. Si lo apresaran ahora se me partiría el corazón.

–¿Cómo puede ser tan ingenuo, Bonden? Imagínese un coche fúnebre de cuatro caballos que recorriera a toda marcha, pasara lo que pasara, el camino de Dover. Seguro que levantaría sospechas. Y

debe tener en cuenta que la postura yacente es perjudicial para el capitán en estos momentos.

–Bueno, señor, pero un coche fúnebre es seguro. Ningún alguacil ha detenido nunca un coche fúnebre, que yo sepa. Sin embargo, ahora es demasiado tarde. ¿Vendrá con nosotros, señor? ¿O prefiere que volvamos a recogerle?

–Se lo agradezco, Bonden, pero creo que iré andando hasta Dover y después tomaré un bote para volver.

La silla de posta atravesó silenciosamente Kent a toda velocidad. Desde los sucesos de Chaulieu, había aumentado el temor de Jack a los alguaciles, y puesto que se había hablado mucho de su vuelta a los downs, sin barco y con un par de presas, no había puesto pie en tierra firme hasta aquella mañana, rechazando invitaciones incluso del mismísimo lord Warden. Jack era ahora bastante rico; la Fanciulla podría aportarle unas mil libras y el transporte de guerra cien o doscientas. Pero se preguntaba si el Almirantazgo pagaría una recompensa por todos los tripulantes que aparecían en el rol de la Fanciulla, pues muchos habían escapado a

la costa. También se preguntaba si sería admitida su petición de una recompensa por los transportes destruidos. El nuevo agente que se encargaba de sus botines le había dicho, sacudiendo la cabeza, que no podía prometer nada y que habría retrasos; sin embargo, le había anticipado una suma de dinero considerable, y ahora Jack sentía crujir en su pecho los billetes del Banco de Inglaterra. Aun así, todavía distaba mucho de ser solvente, y al pasar por Canterbury, Rochester y Dartford se encogió en un rincón. No le habían convencido las palabras tranquilizadoras de Stephen; él sabía que era Jack Aubrey y le parecía inevitable que los otros le vieran también como Jack Aubrey, alguien que debía 11.012 libras, 6 chelines y 8 peniques a las compañías Grobian y Slendrian. Con mayor razón le parecía inevitable que las personas afectadas supieran que debía recibir una citación del Almirantazgo y actuaran en consecuencia. No salió del coche cuando cambiaron los caballos; se pasó la mayor parte del viaje tratando de que no le vieran, y también dormitando, pues en aquellos días sentía un perenne cansancio. Y estaba dormido cuando Killick le dijo en tono

respetuoso pero firme:

–Es la hora de la pastilla, señor.

Jack la miró; probablemente era la medicina más nauseabunda que Stephen había preparado en toda su vida, tan horrible que apenas la propia salud merecía el sacrificio de tragarla.

–No puedo tragarla con la garganta seca -dijo.

–¡Deténgase! – gritó Killick, sacando la cabeza y los hombros por la ventanilla-. ¡Cochero, deténgase en la próxima taberna! ¿Me ha oído? Y cuando el coche se detuvo, dijo:

–Entraré a ver si hay moros en la costa, señor.

Killick había pasado poco tiempo de su vida en tierra, y la mayor parte en un pueblo anfibio de la zona pantanosa de Essex; sin embargo, era espabilado y sabía muchas cosas de los hombres de tierra adentro, en su mayoría reclutadores, rateros, prostitutas y funcionarios del departamento de ayuda a enfermos y heridos, y podía oler un alguacil a una milla. Les veía en todas partes. Era el peor compañero para un débil, empequeñecido y ansioso deudor que podía ser descubierto, sobre todo porque tenía la total y absoluta

certeza, la convicción de que tenía razón. Llevaba puesto un sombrero de clérigo que había conseguido mediante una estratagema, y éste, junto con los pendientes, su coleta de una yarda, la chaqueta azul con botones de latón, los pantalones blancos y los zapatos con hebilla de plata, le daba un aire tan llamativo que varios clientes le siguieron cuando salió de la taberna y observaron cómo se inclinaba y le decía a Jack:

–No puede bajar, señor. He visto algunos tipos raros en la taberna. Tendrá que beber aquí. ¿Qué desea, señor? ¿Dog's nose?, ¿Flip? Vamos, señor -dijo con la autoridad que una persona sana tiene sobre el enfermo a su cargo, o incluso excediéndola-. ¿Qué desea? Tiene que ser enseguida o perderemos la marea. (Jack quería un poco de jerez.)

–¡Oh, no, señor! Nada de vino. El doctor dijo que nada de vino. Cerveza negra es lo que mejor le irá.

Pero trajo el jerez -había tenido que pedir vino porque así correspondía a quien iba en silla de posta-, y una jarra de cerveza negra, después de dar el cambio que le había parecido apropiado. Se

bebió el jerez y observó cómo Jack se esforzaba por tragarse la pastilla con la ayuda de la cerveza.

–Es una medicina estupenda -dijo-. ¡Siga adelante, amigo!

La siguiente vez que le despertó, Jack estaba sumido en un sueño más profundo.

–¿Eh? ¿Qué pasa? – dijo Jack.

–Ya está, señor. Ya hemos llegado.

–¡Ah, sí! Ya estamos aquí -dijo, observando la entrada y el patio que tan familiares le resultaban, y recobró el ánimo de repente-. Muy bien, Killick. Manténgase cerca, y cuando vea mi señal entre de nuevo para recogerme.

Estaba seguro de que en el Almirantazgo le darían un cálido recibimiento. En la Armada se había hablado bien de la captura de la Fanciulla, y en la prensa muy bien, pues había tenido lugar en un momento en que había pocas noticias para llenar los periódicos y en que la gente estaba preocupada y confusa a causa de la invasión. El Polychrest no podía haber elegido un momento mejor para hundirse; nada le habría hecho merecedor de más alabanzas. Los periodistas

señalaban con gran satisfacción el hecho de que ambos barcos fueran nominalmente corbetas y que la Fanciulla transportara casi el doble de tripulantes, pero en el relato no mencionaban que ochenta de los marineros de la Fanciulla eran pacíficos reclutas italianos; además, eran muy generosos al citar incluso la cantidad de pequeños cañones que tenían los transportes de guerra. Un periodista del Post, a quien Jack apreciaba de forma muy especial, había hablado de "esa valerosa, esa sorprendente batalla llevada a cabo por una tripulación muy escasa e inexperta, formada principalmente por hombres de tierra adentro y grumetes. Esto le dará una idea al emperador francés de cuál es el destino que le aguarda a la flota invasora; porque si nuestros bravos marineros luchan con tanta fiereza cuando su barco está hundiéndose en unos bancos de arena impenetrables, bajo el fuego cruzado de imponentes baterías, ¿qué no serían capaces de hacer si éste se moviera libremente por el mar?". Había mucho más acerca de los arrojados marineros de pelo en pecho, lo cual le había gustado a su tripulación -los más instruidos les leían a los demás copias

manoseadas que circulaban por el barco- y Jack sabía que también gustaría en el Almirantazgo, pues quienes formaban parte de él, a pesar de su elevada posición, eran tan sensibles a la opinión pública como el resto de los mortales. Además, sabía que esta aprobación sería reforzada por la publicación de su carta oficial, con una terrible lista de bajas -diecisiete muertos y veintitrés heridos-, ya que a la población civil le gustaba lamentarse por la sangre derramada de los hombres de mar, y mientras más cara costaba una victoria, más se apreciaba. ¡Si el jovencísimo Parslow se las hubiera arreglado para que le hirieran, entonces habría sido perfecto! También sabía algo ignorado por los periódicos, pero no por el Almirantazgo: el capitán de la Fanciulla no había tenido suficiente tiempo o astucia para destruir los documentos secretos, y las señales secretas de los franceses habían dejado de serlo, sus códigos habían sido descubiertos.

Pero mientras estaba sentado en la sala de espera, los recuerdos de pasadas injusticias desfilaron por su inquieta mente, y pensó que el almirante Harte habría tratado de perjudicarle todo lo

que pudiera; además, su comportamiento en los downs no había sido irreprochable. Estaba ofuscado cuando Stephen le había hecho aquella advertencia, que sólo Dundas podría haberle sugerido, ya que Dundas estaba en una excelente posición para conocer lo que pensaban allí de su conducta. Si le pedían el diario de navegación y otros libros de a bordo tendría dificultades para explicar ciertas cosas. Aquellas acciones sumamente astutas, aquellas estratagemas que de forma aislada le habían parecido imposibles de descubrir, ahora, en conjunto, le parecían lamentables imbecilidades. En primer lugar, ¿cómo había llegado a parar el Polychrest a un banco de arena? ¡Explica eso, maldito estúpido! Por eso se alegró mucho cuando lord Melville se levantó del escritorio, le estrechó la mano con fuerza y le dijo:

–Capitán Aubrey, me alegro mucho de verle. Dije que llegaría usted a distinguirse, ¿se acuerda? Lo dije en esta misma habitación. Y ahora lo ha conseguido, señor, la Junta está muy contenta, muy satisfecha de haberle elegido para ser el capitán del Polychrest y de su comportamiento en Chaulieu. Quisiera que lo hubiera conseguido

a un precio menor; creo que ha sufrido usted mucho, tanto por lo que respecta a su tripulación como personalmente. Y dígame –observaba la cabeza de Jack-. ¿qué tipo de heridas ha recibido? ¿Le duelen?

–Bueno, no, milord. No me duelen.

–¿Cómo las recibió?

–Bueno, milord, una me la produjo algo que me cayó en la cabeza, probablemente un trozo de bala de mortero; pero por fortuna me encontraba en el agua en ese momento, por lo que me hizo muy poco daño, sólo me abrió el cuero cabelludo unas tres o cuatro pulgadas. La otra fue consecuencia de un sablazo; no la noté en el momento, pero al parecer perforó un vaso, y antes de que me diera cuenta había perdido casi toda la sangre. Según el doctor, no me quedaban ni tres onzas, y la mayor parte en los dedos de los pies.

–Está usted en buenas manos, en mi opinión.

–¡Oh, sí, milord! Puso un hierro candente sobre la zona y detuvo enseguida la hemorragia; me sentí fortalecido de inmediato.

–Y dígame, ¿qué le prescribió? – preguntó lord Melville, que se preocupaba mucho por su propio cuerpo y, en general, por el de los demás.

–Sopa, señor. Ingentes cantidades de sopa, hordiate y pescado. Además, una medicina, desde luego, una medicina verde. Y cerveza negra.

–¿Cerveza negra? ¿La cerveza negra es buena para la sangre? Tomaré un poco hoy. El doctor Maturin es un hombre extraordinario.

–Así es, milord. El número de bajas habría sido mucho mayor de no ser por su dedicación. Los hombres tienen un alto concepto de él; han reunido dinero para regalarle un bastón con el mango de oro.

–Bien, bien. Muy bien. Aquí tengo su carta oficial; veo que habla muy bien de sus oficiales, en particular de Pullings, Babbington y Goodridge, el segundo oficial. A propósito, espero que la herida del joven Babbington no sea demasiado grave. Su padre votó por nosotros en las dos últimas elecciones, en atención a la Armada.

–Fue alcanzado en el brazo por un bala de mosquete durante

el abordaje, milord, pero se lo metió dentro de la chaqueta y siguió luchando con furia; y después, tan pronto como se lo vendaron, volvió a cubierta y se comportó extremadamente bien.

–¿Así que está muy satisfecho de todos los oficiales? ¿También del señor Parker?

–Más que satisfecho de todos, milord.

A lord Melville le pareció que trataba de evadirse.

–¿Está preparado para ejercer el mando? – dijo, mirando a Jack a los ojos.

–Sí, milord.

Sus ideas eran confusas, pero la lealtad y la camaradería prevalecieron sobre el sentido común, la responsabilidad, el amor a la verdad, el amor a la Armada y todas las demás consideraciones.

–Me alegra oírlo. El príncipe William lleva algún tiempo presionándonos, tratando de favorecer a su antiguo compañero de tripulación.

Tocó la campanilla y entró un funcionario con un sobre. Al verlo, el corazón de Jack empezó a latir aceleradamente y su escasa

sangre corrió con rapidez por todo el cuerpo, aunque la cara se le puso muy pálida.

–Esta es una ocasión importante, capitán Aubrey: permítame que sea el primero en felicitarle por su ascenso. He hecho una excepción, y constará que es usted capitán de navío desde el 23 de mayo.

–Gracias, milord, muchas gracias-dijo Jack, enrojeciendo-.

Es una enorme satisfacción para mí recibir el nombramiento de sus manos, que se ve acrecentada por la amabilidad con que me lo entrega. Le estoy profundamente agradecido, milord.

–Bueno, bueno, no tiene importancia -dijo lord Melville muy conmovido-. Siéntese, siéntese, capitán Aubrey. Su aspecto no es muy bueno. No sé cuáles son sus planes, pero por su estado me atrevería a decir que necesita algunos meses de permiso por enfermedad.

–¡Oh, no, milord, todo lo contrario! Mi debilidad era pasajera –de hecho, ya ha pasado-, y el doctor Maturin asegura que en mis condiciones lo que necesito es el aire del mar, nada más que el aire

del mar, estar tan lejos de tierra como sea posible.

–Bueno, no puede usted estar al mando de la Fanciulla, desde luego, ya que no se le dará la clasificación de navío. Lo que los dioses dan con una mano lo quitan con la otra. Y puesto que no puede estar bajo su mando, entonces, en atención a usted, creo que es justo dársela a su primer oficial.

–Gracias, milord -dijo Jack, con una expresión tan triste y compungida que su interlocutor le miró con sorpresa.

–Sin embargo -dijo-, podemos prometerle una fragata. Es la Blackwater, que se encuentra en los astilleros y, si todo sale bien, será botada dentro de seis meses. Así tendrá usted tiempo de recuperar las fuerzas, ver a sus amigos y controlar desde el principio todo lo que se emplea para armarla.

–Milord -dijo Jack-, no se cómo agradecerle su generosidad, y me siento realmente avergonzado de pedirle más habiendo recibido tanto, pero para ser franco con usted, mis asuntos económicos están en un estado tan desastroso por la bancarrota del agente que se ocupaba de mis presas que necesito algo, un mando

temporal, cualquier cosa.

–¿Llevaba sus asuntos el canalla de Jackson? – preguntó lord Melville, mirándole fijamente por debajo de sus pobladas cejas-. También los del pobre Robert, que ha perdido más de doscientas libras, una suma nada despreciable. ¿Así que aceptaría un mando provisional aunque fuera corto?

–Con sumo gusto, señor. Aunque fuera corto o desventajoso. Con los brazos abiertos.

–Tal vez haya alguna posibilidad muy remota. Pero no me comprometo a nada. El capitán de la Ethalion está enfermo; y por otra parte, el capitán Hamond, de la Lively, y lord Carlow, capitán de la Immortalité, desean acudir al Parlamento. También hay otros miembros de la Armada, pero no recuerdo los datos concretos. Le pediré al señor Bainton que se ocupe de ello cuando tenga un momento. No hay nada seguro en estos asuntos, ya sabe. ¿Dónde se hospeda ahora que no debe reincorporarse a la Fanciulla?

–En Grapes, en el distrito de Savoy, milord.

–¿En Savoy? – dijo lord Melville, anotándolo-. ¡Ah, sí! Ya

está. ¿Nos queda por tratar algún otro asunto oficial?

–Si se me permite, quisiera hacer una observación, milord. El comportamiento de los tripulantes del Polychrest fue extraordinario, no podía haber sido mejor, pero el hecho de que sigan juntos podría tener malas consecuencias. En mi opinión, sería mucho mejor repartirles en pequeñas brigadas entre los navíos de línea.

–¿Es una impresión general, capitán Aubrey, o puede usted citar algunos nombres, aunque sea como simple indicación?

–Una impresión general, milord.

–Me ocuparé de ello. Y ahora basta de asuntos de trabajo. Si no tiene ningún compromiso, nos complacería muchísimo a lady Melville y a mí que cenara con nosotros el domingo. Robert estará allí, y Heneage.

–Gracias, milord. Estaré encantado de presentar mis respetos a lady Melville.

–Entonces permítame felicitarle una vez más y desearle un buen día.

Felicidad. A medida que descendía las escaleras, lentamente y

con aire solemne, aumentaban su felicidad y su sensación de bienestar. Cuando bajó el tercer escalón, el momentáneo disgusto a causa de la Fanciulla (había contado con aquella embarcación tan veloz y estable, tan fácil de gobernar y que navegaba tan bien de bolina) había desaparecido, estaba olvidado, superado, y cuando llegó abajo casi había conseguido la felicidad completa. Le habían nombrado capitán de navío. Era capitán de navío y moriría siendo almirante.

Al llegar al pie de las escaleras, miró con gran benevolencia al conserje con chaqueta roja del vestíbulo, quien le sonrió y le hizo una reverencia.

–Enhorabuena, señor-dijo Tom-. ¡Oh, Dios mío! No está usted vestido de forma adecuada.

–Gracias, Tom -dijo, y un poco desasosegado se miró la ropa-. ¿Qué?

–No, no, señor -dijo Tom, y le condujo hasta su silla de piel, le desabrochó la charretera del hombro izquierdo y se la colocó sobre el derecho-. Así. Llevaba usted la charretera como un simple

capitán. Así; así está mejor. Créame, señor, le hice lo mismo a lord vizconde Nelson cuando descendió estas escaleras tras ser nombrado capitán de navío.

–¿De verdad, Tom? – dijo Jack, muy complacido.

Lo que Tom había afirmado era materialmente imposible, pero a Jack le había encantado y le dio un montón de monedas de oro, un montón pequeño pero suficiente para que Tom se mostrara muy afable y afectuoso y se apresurara a llamar la silla de posta y a hacerla entrar al patio.

Se despertó poco a poco, con una sensación placentera de total relajación, pestañeando tranquilamente; se había acostado a las nueve, en cuanto se había tomado la pastilla y la jarra de cerveza negra, y había dormido doce horas, horas de sueños colmados de felicidad y deseos de transmitirla, deseos demasiado reprimidos por la languidez para poder cumplirse. Algunos sueños maravillosos, como éste en que la Magdalena del cuadro de Queenie le decía: "¿Por qué no afinas el violín en un tono ámbar, anaranjado,

amarillo, verde y azul como éste en vez de hacerlo en el de las notas normales?". ¡Era tan real! Stephen y él tocaban con esos tonos, el violonchelo era de color marrón y carmín, y volaban las notas, que sólo tenían color… un intenso color. Pero luego no pudo volver a atraparlo; fue transformándose en simples palabras; perdió su colorido y dejó de parecer real. Por su cabeza vendada cruzaban ideas sobre los sueños y el hecho de que a veces tenían sentido y otras no, y de repente la levantó de la almohada, ya sin sentir aquella dulce felicidad. La chaqueta, que se había resbalado del respaldo de la silla, parecía exactamente la misma del día anterior. Pero allí, colocado en el mismo centro de la repisa de la chimenea, permanecía el sobre de lona, aquella valiosa envoltura. Saltó de la cama, lo cogió, volvió a acostarse y lo puso encima de las sábanas, a la altura del pecho; luego se durmió otra vez.

Killick se movía por la habitación y hacía ruido innecesariamente, tropezando con las cosas, no siempre por accidente, y sin dejar de blasfemar. Desde la almohada, Jack podía advertir que estaba de mal humor. Le había dado una guinea para

que bebiera por el galón conseguido, y lo había hecho tan concienzudamente que se había gastado hasta el último penique y habían tenido que traerle a rastras.

–Señor -dijo Killick, tosiendo de forma fingida-. Es hora de tomarse la pastilla. (Jack siguió durmiendo.) No disimule, señor. Le he visto moverse. Debe tomársela.

Y añadió como para sí:

–Tanto si es usted capitán de navío como si no, se la va a tomar, señor, de eso me encargo yo. Y también la cerveza negra.

Alrededor de las doce, Jack se levantó. Con el espejo de afeitarse y el de pared se miró la parte posterior de la cabeza. Su aspecto era horrible, y a pesar de que la herida se le había cicatrizado bien, parecía que sufría de alopecia o sarna común, pues Stephen le había afeitado toda la coronilla y le había dejado el pelo largo por la parte de atrás. Se vistió de paisano y salió para ver la luz del día, que no llegaba a Grapes en ninguna época del año. Antes de marcharse, pidió en la taberna una descripción precisa de los límites de aquel santuario que era Savoy. Dijo que estaba muy

interesado en sus antiguos monumentos.

–Puede ir hasta Falconer Rents y luego dirigirse a la calle Essex y seguir hasta la cuarta casa contando desde la esquina; después puede doblar a la derecha y retroceder por el lado de la calle Cecil más próximo a la ciudad, pero no se le ocurra cruzar esa calle ni pase del lugar donde están las sillas de posta en la calle de los talleres, Su Señoría, o saldrá fuera. No tiene pérdida -dijo aquel hombre de Grapes, que oía esta historia acerca del interés por los monumentos antiguos cien veces al año.

Paseó por las calles del ducado y luego entró en un café; cogió tranquilamente el periódico, y justo allí, en la página por la que estaba abierto, vio su carta dirigida a la Gazette, con frases absurdamente familiares, y su firma transformada por las letras de imprenta. En la misma página aparecía un comentario sobre la batalla, señalando que la felicidad de los valientes marineros nunca había sido mayor que al luchar contra fuerzas que les aventajaban en la proporción de doce y un octavo a uno, lo cual era nuevo para Jack. ¿Cómo había llegado aquel hombre a tal cifra?

Presumiblemente, sumando todos los cañones y morteros de las baterías y las embarcaciones a flote en la bahía y dividiéndolo por el número de los que tenía el Polychrest. Pero aparte de esa extraña idea de la felicidad, era evidente que el periodista tenía sentido común y también que sabía algunas cosas de la Armada; decía que el capitán Aubrey era considerado un oficial que trataba de proteger la vida de sus hombres. "Tiene razón", pensó Jack. Además, se preguntaba cómo era posible que al Polychrest, con todos sus ostensibles defectos, le hubieran encargado una misión para la cual era totalmente inadecuado mientras que había otros navíos inactivos –y los mencionaba- amarrados frente a los downs. Una lista de bajas equivalente a un tercio de la tripulación hacía necesaria una explicación; la Sophie, bajo las órdenes del mismo capitán, había tomado al Cacafuego sólo con la pérdida de tres hombres.

"¡Explícalo tú, viejo Harte!", dijo Jack para sus adentros.

Siguió dando vueltas y pasó por la parte de atrás de la capilla.

En el interior se oía un órgano, que con suaves notas ejecutaba melodiosamente una encantadora y compleja fuga. Fue bordeando la

reja hasta que encontró la puerta, y apenas la había abierto y se había sentado en un banco cuando la elaborada melodía se quebró con una serie de sonidos discordantes; un muchacho regordete salió con dificultad por un hueco que había bajo el triforio y echó a correr pasillo abajo, jadeando y con gran estrépito. Se sintió muy decepcionado cuando su agradable tensión se rompió súbitamente, era como quedar desarbolado mientras navegaba a toda vela.

–¡Qué decepción, Señor! – le dijo al organista, a quien veía ahora bajo la tenue luz-. ¡Deseaba tanto que hubiera llegado al final!

–Desgraciadamente, no hay aire -dijo el organista, un anciano pastor-. Ese arisco muchacho ya ha echado aire durante las horas convenidas y no hay ningún poder en la tierra que le retenga. Pero me alegra que le haya gustado el órgano. Es un Father Smith. ¿Es usted músico, señor?

–¡Oh, un simple diletante, señor! Pero me complacería echar aire para que usted continúe, si lo desea. Sería una verdadera lástima que Händel quedara en el aire por falta de viento.

–¿Lo haría de veras? Es muy amable, señor. Permítame mostrarle la manivela; seguro que entiende usted de estas cosas. Debo irme deprisa al triforio, antes de que lleguen esos jóvenes. Tengo que celebrar una boda dentro de muy poco tiempo.

Así que Jack empezó a echar aire; la música llegaba más y más lejos cada vez, los diferentes fragmentos se sucedían en forma de filigranas y remolinos hasta mezclarse por fin en un magnífico final que sorprendió a la joven pareja que había entrado en silencio, furtivamente. Estaban allí sentados con su patrona y una comadrona, claramente visibles en la penumbra, muy nerviosos y desconcertados porque no habían pagado por la música sino sólo por la ceremonia más sencilla. Eran dos hermosas criaturas, sumamente jóvenes, casi de la misma edad, y el ritual apenas iba a anticiparse al final del embarazo. El sacerdote les unió con gran solemnidad, diciéndoles que el propósito de su enlace era la procreación, y que era mejor casarse que arder en el infierno.

Cuando acabó la ceremonia, los jóvenes volvieron a animarse, recobraron el color y sonrieron; parecían muy satisfechos de estar

casados, sorprendidos de sí mismos. Jack besó a la jovencísima novia, estrechó la mano del joven, deseándole mucha suerte, y salió de allí sonriendo con satisfacción. "¡Qué felices serán estos jóvenes! Se apoyarán mutuamente… ya no existirá para ellos la soledad, la maldita soledad… se contarán sus alegrías y penas con toda franqueza. Son dulces criaturas sin el menor asomo de fiereza… confiadas, seguras… El matrimonio es algo muy importante, muy distinto a… Oh, Dios mío, estoy en el lado de la calle Cecil donde no debo pasar".

Se volvió para pasar al otro lado y al hacerlo tropezó con un joven de mirada perspicaz que había cruzado apresuradamente entre el tráfico y corría detrás de él con un papel en la mano.

–¿Capitán Aubrey, señor? – preguntó el joven.

Escapar al otro lado resultaba imposible. Miró para atrás. Sin duda, no esperarían llevar a cabo el arresto solamente con ese jovenzuelo.

–Me dijeron en Grapes que lo encontraría paseando por el ducado, Su Señoría. Tal vez debía haberle gritado, pero eso es un

signo de malos modales.

El tono de su voz no era amenazador sino amable.

–¿Quién es usted? – preguntó Jack, todavía reacio a tener tratos con él.

–El sobrino de Tom, el conserje, para servirle, señor. Tenía que darle esto -dijo, entregándole la carta.

–Gracias, muchacho -dijo Jack relajándose-. Eres un chico listo. Dile a tu tío que se lo agradezco. Y esto es por tu recado.

Hubo un claro en medio del tráfico y Jack regresó rápidamente a Lancaster. Ya de vuelta a Grapes, pidió un vaso de coñac y se sentó, más desasosegado que nunca en su vida.

–Nada de coñac, señor -dijo Killick, cortándole el paso al mozo en lo alto de la escalera y confiscando el vaso-. El doctor dijo que nada de licores. Cara de lampazo, baja corriendo al bar y tráele al capitán un cuarto de galón de cerveza negra; y no quiero ningún truco raro con la espuma.

–Killick-dijo Jack-, que el diablo te lleve. Corre a la cocina y dile a la señora Broad que suba. Señora Broad, ¿qué hay para

cenar? Estoy desfallecido.

–Dice el señor Killick que no puede comer ni buey ni cordero

–dijo la señora. Broad-, pero tengo un excelente lomo de ternera y un estupendo trozo de venado, tan grueso como se puede desear y muy tierno, señor.

–El venado, por favor, señora Broad. Y tal vez pueda mandar que me traigan algunas plumas y un tintero.

–¡Oh, Dios mío, carne de venado tierna! – dijo, en la habitación ya vacía.

Grapes

Sábado

Estimado Stephen:

Felicítame. ¡Me han nombrado capitán de navío!

No pensé que eso iba a suceder, aunque él me recibió con gran amabilidad; pero entonces, de repente, sacó el nombramiento, lo firmó, lo selló y me lo entregó; a todos los efectos, se considerará que ha sido concedido desde el 23 de mayo. Fue como si un navío de tres

puentes lanzara inesperadamente una potente andanada, pero de felicidad. No pude asimilarlo del todo inmediatamente, pues estaba muy sorprendido, pero al llegar a Grapes había florecido como una rosa, de tanta felicidad. ¡Cómo me habría gustado que estuvieras allí! Lo celebré con un cuarto de galón de la detestable cerveza negra que me recomendaste y la pastilla, y me fui a la cama enseguida, rendido.

Sin embargo, esta mañana me encontraba mucho mejor, y en la capilla de Savoy dije las cosas más hermosas de toda mi vida. El pastor estaba tocando una fuga de Händel y el chico que le ayudaba con el órgano abandonó su puesto. "Sería una pena que Händel quedara en el aire por falta de viento", le dije, y eché aire para que continuara. Era muy gracioso, pero no me di cuenta de ello inmediatamente, sino después de estar echando aire durante un tiempo, y entonces apenas pude evitar reírme a carcajadas. Quizás lo que

ocurre es que los capitanes de navío son hombres de gran agudeza y me estoy volviendo como ellos.

Pero luego estuviste a punto de perder a tu paciente. Cometí la tontería de salirme de los límites, y entonces apareció un tipo bajito y me dijo: "¡Capitán Aubrey!", y pensé: "Estás atrapado, Jack, te has quedado a sotavento". Pero me traía la orden de que me incorporara a la Lively. Es sólo un mando temporal y, desde luego, como capitán suplente no puedo llevar conmigo a mis amigos; pero te ruego, querido Stephen, que vengas conmigo como invitado. Los tripulantes del Polychrest serán bien pagados; Parker se quedará al mando de la Fanciulla, por tener una atención conmigo, lo cual es el gesto amable más cruel que se haya visto desde que el mundo es mundo; y he hablado muy bien de todos los hombres del Polychrest, así que no tendrán ninguna dificultad. Ven, por favor. No puedes imaginarte cuánto me gustaría que vinieras. Y para ser

más egoísta en esta carta que me parece ya horriblemente egoísta, te diré que ahora, después de recibir tus cuidados, no volveré a confiar mi cuerpo a ningún matasanos. Además, mi salud no es demasiado buena, Stephen.

Es una fragata de primera clase, con muy buena fama, y creo que nos mandarán a las Antillas. ¡Piensa en el bonito, los rabijuncos, las tortugas, las palmeras!

Te mando esta carta con Killick -me alegro sinceramente de librarme de él, se ha vuelto intransigente con la cucharada de la medicina- y él se encargará de que nuestro equipaje llegue a Nore. Voy a cenar con lord Melville el domingo, y luego Robert me llevará en su carrocín; no me detendré en ninguna posada y subiré furtivamente a bordo esa noche.

Entonces juro por Dios que no volveré a poner pie en tierra hasta que pueda hacerlo sin este maldito miedo a que me arresten y me lleven a una prisión de deudores.

Recibe todo mi afecto.

–¡Killick! – gritó.

–¿Señor?

–¿Estás sobrio?

–Como un juez, señor.

–Entonces prepara el baúl con las cosas que uso en tierra, todo excepto el uniforme y un cepillo, llévalo a Nore, a bordo de la Lively, y dale esta nota al primer oficial. Nos incorporaremos el domingo por la noche; será un mando temporal. Después ve hasta los downs, entrégale al doctor esta carta y al señor Parker esta otra en mano, con buenas noticias para él. Si el doctor decide incorporarse a la Lively, coge su baúl y cualquier otra cosa que desee, da igual que sea una ballena embalsamada o una mona con dos cabezas preñada por el contramaestre. Mi baúl con las cosas que uso en la mar, desde luego, y lo que salvamos del Polychrest. Repite las instrucciones. Bien. Aquí está lo que necesitas para el viaje, y aquí tienes cinco chelines para un sombrero alquitranado decente; puedes arrojar el otro al Támesis. No permitiré que subas a bordo de

la Lively sin que te cubras la cabeza como Dios manda. Y de paso consigue una nueva chaqueta. Es una fragata de primera clase.

Era una fragata de primera clase, indudablemente. Debido a que al carrocín de Robert se le salió una rueda en un arroyo lejano, hacia la medianoche, Jack se vio obligado a atravesar las abarrotadas calles de Chatman y a subir a bordo bajo la brillante luz del sol, lo cual fue una dura prueba para él, después de una noche agotadora. Pero eso no fue nada comparado con la dura prueba de encontrarse con el doctor Maturin mientras navegaba. A Stephen se le había ocurrido salir de la costa alrededor de la misma hora, aunque desde un lugar distinto, y sus trayectorias convergieron a unos tres estadios del costado de la fragata. El medio de transporte de Stephen era uno de los cúters de la Lively, que saludó a Jack agitando los remos y se colocó a sotavento de su chalana. Entonces ambas embarcaciones siguieron navegando casi juntas, mientras Stephen, muy alegre, le hablaba a Jack a gritos. Jack advirtió que Killick tenía una mirada asustada; observó que el guardamarina y los tripulantes del cúter tenían una expresión muy seria, en contraste

con la sonrisa de Matthew Paris, el sirviente de Stephen, un antiguo tripulante del Polychrest que era constructor de armazones y nunca había sido buen marinero, en cuya mirada miope y alegre no había el menor asomo de respeto. Y cuando Stephen se levantó para saludarle con la mano y gritarle, Jack vio que llevaba una prenda de vestir de una sola pieza, de color marrón claro, muy ajustada al cuerpo, que le cubría de pies a cabeza, y su rostro, pálido y sonriente, emergía de una gruesa tira de lana enrollada en la parte superior que lo hacía parecer mucho más grande. Tenía un aspecto mitad de mono mitad de bufón y llevaba en la mano el cuerno de narval. El capitán Aubrey irguió la espalda y los hombros, fingió una sonrisa e incluso gritó:

–¡Buenos días! Sí… no… ¡Ja, ja!

Y cuando volvió a adoptar una expresión seria e impenetrable, un pensamiento cruzó su mente: "Creo que el pobre hombre está borracho".

Arriba y arriba por el costado -una gran distancia comparada con la del Polychrest-, gritos de órdenes, fuertes pisadas y el

estruendo de los infantes de marina presentando armas.

Precisión matemática, rigor, exactitud de proa a popa. Rara vez había visto un conjunto azul y dorado mejor formado en el alcázar; incluso los guardiamarinas llevaban sombreros de tres picos y calzones blancos como la nieve. Los oficiales permanecían inmóviles con la cabeza descubierta. Luego estaban los tenientes de marina y los infantes de marina; después el segundo oficial, el cirujano, el contador, y un par de abrigos negros, seguramente el capellán y el maestro; y a continuación el grupo de los cadetes, uno de los cuales, de tres pies de altura y cinco años de edad, tenía el pulgar en la boca, lo cual era una nota discordante en medio de la perfección, entre tantos galones dorados, una cubierta como el marfil y las juntas como el ébano.

Jack saludó con un movimiento del sombrero hacia el alcázar, separándolo de la cabeza apenas una pulgada a causa del vendaje.

–Nos ha tocado un granuja -susurró el capitán de la cofa del trinquete.

–Un tipo orgulloso e iracundo, compañero -replicó el sargento

de Infantería de marina. El primer oficial dio un paso al frente; era un hombre alto y delgado y tenía una expresión muy grave.

–Bienvenido a bordo, señor -dijo-. Mi nombre es Simmons.

–Gracias, señor Simmons. Buenos días, caballeros. Señor Simmons, le ruego que tenga la bondad de presentarme a los oficiales.

Inclinaciones de cabeza, fórmulas de cortesía. Eran hombres bastante jóvenes, excepto el contador y el capellán, de aspecto agradable y corteses, pero tenían una actitud reservada y distante.

–Muy bien -dijo Jack al primer oficial-. Pasaremos revista a la tripulación cuando suenen las seis campanadas, por favor, y entonces leeré mi nombramiento.

Luego, inclinándose sobre el pasamanos del costado, dijo:

–¿No sube a bordo, doctor Maturin?

Stephen no era ahora mejor marinero que al principio de su carrera naval, y le llevó algún tiempo subir por el costado de la fragata, jadeando y apoyándose en el sufrido Killick, un tiempo que hizo aumentar la expectación de los atentos oficiales del alcázar.

–Señor Simmons -dijo Jack, mirándole seriamente-, éste es mi amigo el doctor Maturin, que va a acompañarme. Doctor Maturin, el señor Simmons, primer oficial de la Lively.

–A sus órdenes, señor -dijo Stephen, haciendo una reverencia.

Y eso, en opinión de Jack, era tal vez lo peor que podía hacer una persona vestida con un atuendo que le daba un aspecto no humano. En el alcázar de la Lively, todos habían tenido un comportamiento correcto, de una perfección casi increíble, al verle aparecer; pero cuando el señor Simmons, muy rígido, hizo una inclinación de cabeza y dijo: "Servidor de usted, señor", y Stephen, tratando de ser amable, le dijo: "¡Éste es un espléndido navío, no cabe duda, con muchas cubiertas espaciosas; a uno le parece que está a bordo de un barco que hace el comercio con las Indias", se les escapó la risa como a niños, una risa que enseguida fue reprimida y terminó con un ahogado chillido que se alejó por la escala de toldilla hasta desvanecerse.

–Tal vez te apetezca irte a la cabina -dijo Jack, cogiendo

fuertemente a Stephen por el brazo-. Traerán tus cosas a bordo enseguida, no te preocupes por eso.

Stephen echó una mirada al bote y daba la impresión de que deseaba marcharse.

–Me encargaré de ello enseguida, personalmente -dijo el primer oficial.

–¡Oh, señor Simmons -gritó Stephen-, por favor, pídales que traten mis abejas con cuidado!

–Desde luego, señor -dijo el primer oficial, haciendo cortésmente una inclinación de cabeza.

Jack consiguió llevarlo por fin a la cabina de popa, una cabina espaciosa, bien proporcionada, casi vacía, con un gran cañón a cada lado y poco más, y con una hilera de espléndidas ventanas curvas; estaba claro que Hamond no era un sibarita. Se sentó encima de una taquilla y observó el atuendo de Stephen. Le había parecido horrible a distancia; de cerca era peor, mucho peor.

–Stephen -dijo-. Stephen… ¡Sí, entre!

Era París, con un paquete rectangular envuelto en una lona.

Stephen corrió hacia él, se lo quitó de los brazos con infinita precaución, lo depositó sobre la mesa y puso la oreja contra uno de los lados.

–Ven, Jack-dijo sonriendo-, pon la oreja contra la parte de arriba y dime lo que oyes cuando dé un golpe. (De repente, se oyó un breve zumbido en el paquete.) ¿Lo has oído? Eso indica que la reina está bien, que no ha sufrido ningún daño. Pero debemos abrirlo enseguida; deben respirar. ¡Así! Un panal de cristal. ¿No es ingenioso, encantador? Siempre he querido criar abejas.

–Pero por el amor de Dios, ¿cómo esperas criar abejas en un navío de guerra? – dijo Jack-. Por el amor de Dios, ¿cómo esperas que encuentren flores en el mar? ¿Qué van a comer?

–Puedes observar todos sus movimientos -dijo Stephen, mirando extasiado a través del cristal-. Y en cuanto a la comida, no debes atormentar tu mente por eso; se alimentarán del mismo modo que nosotros, con un plato de azúcar a ciertos intervalos. Si el ingenioso Huber pudo criar abejas siendo ciego, pobre hombre, seguro que nosotros podemos conseguirlo en un jabeque espacioso.

–Ésta es una fragata.

–No hay que hilar tan fino, por Dios. ¡Ahí está la reina! ¡Ven, mira la reina!

–¿Cuántos de estos reptiles puede haber? – preguntó Jack, mirándolas desde una considerable distancia.

–Bueno, creo que alrededor de sesenta mil -dijo Stephen despreocupadamente-. Y cuando empiece a soplar viento, le colocaremos una suspensión de cardán al panal para evitar que se mueva hacia los lados innecesariamente.

–Piensas en casi todo -dijo Jack-. Bien, llevaré las abejas; hay que ser como Demos y Pitágoras. Llevar sólo sesenta mil abejas en la cabina no tiene mucha importancia. Pero te diré una cosa, Stephen: no siempre piensas en todo.

–¿Te refieres al hecho de que la reina sea virgen? – dijo Stephen.

–En realidad, no. No. Lo que verdaderamente quería decir era que ésta es una fragata de primera clase.

–Estoy encantado de saberlo. Ahí va… está poniendo un

huevo. No debes temer por su virginidad, Jack.

–Y en esta fragata son muy especiales. ¿No te fijaste en los impecables uniformes cuando subiste a bordo? Están preparados para la inspección de un almirante, para que pase revista el Rey.

–No. La verdad es que no lo noté. Dime, amigo mío, ¿tu mente está turbada por algo?

–Stephen, ¿te quitarás esa cosa, por el amor de Dios?

–¿Mi traje de lana? Así que lo has notado, ¿eh? Se me había olvidado enseñártelo. ¿Has visto alguna vez algo tan absolutamente racional? Mira, puedo sacar del todo la cabeza, y lo mismo ocurre con los pies y las manos. Es caliente, cómodo, ligero y, sobre todo, sano. ¡No restringe ningún movimiento! París, que fue constructor de armazones, lo hizo siguiendo mi patrón, y ahora está tejiendo uno para ti.

–Stephen, me harías un enorme favor si te lo quitaras enseguida. Esta no suele ser mi forma de actuar, lo sé, pero simplemente tengo un mando provisional, no puedo permitir que se rían de mí.

–Pero con frecuencia me has dicho que en la mar no importa lo que uno lleve puesto. Tú mismo usas pantalones de nanquín, algo que yo nunca, nunca aprobaría. Y esto -se golpeaba el pecho con aire decepcionado- tiene combinadas las cualidades de un jersey de Guernesey y de los pantalones anchos y cómodos.

La Lively había continuado en servicio activo durante la paz; y puesto que su tripulación había permanecido junta muchos años y los oficiales habían cambiado pocas veces, tenían su propia forma de hacer las cosas. Todos los barcos eran, hasta cierto punto, reinos independientes, con costumbres distintas y ambientes distintos, sobre todo los que iban en misión a lugares lejanos o pasaban mucho tiempo alejados del almirante bajo cuyo mando se encontraban y del resto de la Armada. La Lively había estado en las Indias Orientales muchos años, y fue durante su regreso, poco después de reanudada la guerra, cuando le sonrió la suerte: un día encontró dos barcos franceses que hacían el comercio con las Indias, a la altura de Finisterre. Cuando repartieron el botín, el capitán Hamond no tuvo ninguna dificultad para seguir al mando de ella, ya

que la mayoría de la tripulación se reincorporó, y pudo incluso permitirse el lujo de rechazar voluntarios. Jack se lo había encontrado una o dos veces -era un hombre tranquilo, meditabundo, sin sentido del humor ni imaginación, cuarentón, canoso prematuramente, dedicado a la hidrografía y los aspectos físicos de la navegación, algo viejo para ser capitán de fragata-, y como le había conocido en compañía de lord Cochrane, le parecía insípido comparado con el entusiasta noble. Su primera impresión de la Lively no varió cuando pasaron revista y llamaron a todos a sus puestos; era, sin duda, un barco muy competente, con una tripulación muy eficiente formada por excelentes marineros de navíos de guerra. Probablemente era un barco tranquilo y feliz, a juzgar por la conducta de los hombres y los incontables signos que podían apreciar unos ojos expertos y sagaces; feliz, pero tenso, pues había una gran distancia entre los oficiales y los marineros. Pero mientras él y Stephen estaban sentados en el comedor, esperando la cena, se preguntaba cómo había llegado a ser considerada fragata de primera clase. Por supuesto, no era por el aspecto, pues aunque

todo a bordo, sin excepción, estaba como correspondía en un navío de guerra, nada era excepcional, salvo las enormes vergas y los cabos de cáñamo de Manila; las portas y el casco estaban pintados de color gris claro, con una franja ocre por encima de toda la fila; los treinta cañones eran de color chocolate y la única pieza de bronce era la campana, que brillaba como oro bruñido. Tampoco era por sus cualidades para la lucha, pues, aunque no por culpa suya, nunca se había enfrentado con ningún otro barco que tuviera armas equiparables a sus largos cañones de dieciocho libras. Quizás era por su notable preparación. Siempre, o casi siempre, estaba lista para la batalla; cuando el tambor llamaba a todos a sus puestos, casi podría entrar inmediatamente en combate, sólo faltaba quitar unos cuantos mamparos y un mobiliario mínimo; las dos cabras del alcázar bajaban solas por la escala, los gallineros desaparecían por una ingeniosa trampilla y los cañones que estaban en su propia cabina quedaban sueltos rápidamente, algo que nunca había presenciado con anterioridad en ninguna práctica. Tenía un aire espartano -eso por sí solo no era suficiente para explicar nada- pero no era

producto de la pobreza, ya que la Lively tenía muchos recursos económicos; su capitán se había comprado recientemente un escaño en el Parlamento y la contribución que pedía a los padres de los guardiamarinas era una suma considerable; además, los oficiales ya tenían una fortuna personal antes de aquel golpe de suerte.

–Stephen -dijo-, ¿cómo están las abejas?

–Muy bien, gracias. Están muy activas, muy animadas. Sin embargo -dijo en tono vacilante-, me parece detectar cierta resistencia a volver al panal.

–¿Quieres decir que las dejaste salir? – gritó Jack-. ¿Quieres decir que hay sesenta mil abejas furiosas buscando sangre en la cabina?

–No, no. ¡Oh, no! No más de la mitad de esa cifra; tal vez incluso menos. Y si no las provocas, estoy convencido de que puedes pasearte de un lado a otro sin la más mínima preocupación; no son abejas díscolas. Seguro que por la mañana ya habrán regresado a su casa; vendré sigilosamente a la hora de la guardia de media a cerrar su puerta. Aunque quizás sería mejor que esta noche nos

quedáramos sentados en esta habitación para que se acostumbren al entorno. Pero, después de todo, es comprensible que estén un poco agitadas al principio, no es algo reprochable.

Aunque Jack no era ninguna abeja, también estuvo agitado al principio, pero por motivos diferentes. Estaba claro para él que la Lively era una comunidad cerrada y autónoma, una entidad para la cual no era más que un extraño. También él había servido a las órdenes de capitanes suplentes y sabía que eran considerados intrusos y podían provocar resentimiento si cometían desmanes al ejercer su autoridad. Tenían un poder enorme, sin duda, pero también la suficiente inteligencia para no utilizarlo. Pero por otra parte, era posible que tuviera que participar en una batalla con este barco, y era suya la responsabilidad de que tuviera peor o mejor reputación; y aunque sólo iba a estar al mando temporalmente y no era su verdadero capitán, no iba a permitir el desorden. Debía actuar con precaución y a la vez con firmeza… sería un periodo difícil. Un primer oficial hostil podía ser el mismísimo demonio. Gracias a Dios, tenía un poco de dinero y podría agasajarles por el

momento, aunque no podía permitirse dar comidas como Hamond, que tenía media docena de invitados a cenar cada día. Esperaba recibir pronto otro anticipo de su agente, pero por el momento no iba a comportarse como un indigente. Había una cita en latín que hacía referencia a la pobreza y el ridículo… era mejor dejarlo, no se le daba el latín. No debía hacer el ridículo; ningún capitán podía permitirse hacer el ridículo.

"Stephen, querido amigo", pensó, mirando desde su coy el compás soplón en el techo de la cabina, "¿qué te indujo a ponerte esa cosa horrible? Tienes una singular habilidad para ocultar tu talento bajo un pesado fardo, tan pesado que nadie puede adivinar lo que esconde."

En la sala de oficiales se oían cosas muy distintas.

–No, caballeros -dijo el señor Floris, el cirujano-. Les aseguro que es un gran hombre. He leído y releído su libro, una exposición muy brillante, repleta de reflexiones agudas, una mina de claras expresiones. Cuando el médico jefe de la Armada vino a pasar inspección, me preguntó si lo había leído y me alegré de poder

mostrarle mi ejemplar, con páginas marcadas y anotaciones y le dije que hacía que mis asistentes se aprendieran pasajes enteros de memoria. Les prometo que estoy deseando que me lo presenten.

Deseo saber su opinión acerca del pobre Wallace.

Todos estaban impresionados en la sala de oficiales; sentían un profundo respeto por el saber y, si no hubiera sido por la observación poco afortunada sobre los barcos que hacían el comercio con las Indias, habrían estado dispuestos a aceptar el traje de lana como la extravagancia de un filósofo, podía llevarlo el mismísimo Diógenes.

–Sin embargo, si ha estado en la Armada -dijo el señor Simmons-, ¿qué debemos pensar de su observación acerca del barco mercante? La hizo con una mirada tan expresiva y suspicaz que podía interpretarse como una verdadera afrenta.

El señor Floris no encontró ninguna justificación y bajó la vista hacia el plato. El capellán tosió y dijo que quizás no debían juzgarle por las apariencias… quizás el caballero había tenido una confusión de ideas momentánea… quizás había querido decir que un barco que

hacía el comercio con las Indias era un auténtico barco de lujo, lo cual era cierto, y que por estar tan bien equipado era preferible, por lo que a comodidad se refería, a una fragata de primera clase.

–Eso empeora las cosas -observó el tercero de a bordo, un joven ascético, tan alto y delgado que era difícil imaginarse dónde podría dormir estirado, como no fuera en el pañol de cabos.

–Bueno, por mi parte -dijo el infante de marina de más antigüedad, con cuyas provisiones se había servido la mesa-, voy a beber a su salud, deseándole felicidad eterna, con un vaso de este excelente vino de Margaux, tan saludable como el agua, diga lo que diga el pastor. Subir a bordo con aspecto de tejón, con un cuerno de narval en una mano y un paraguas verde en la otra, es un ejemplo de valor como nunca en mi vida había visto. Dios le bendiga.

Todos en la sala de oficiales le dieron su bendición, aunque, salvo el señor Floris, sin demasiada convicción. Luego se pusieron a hablar de la salud de Cassandra, el último de los gibones de la Lively, el último del numeroso grupo de fieras que habían traído de Java y las remotas islas de los mares del este. No hubo ningún

comentario sobre el capitán suplente; se conocía su fama de extraordinario marino y hombre de acción, y también de libertino, y se sabía que era un protegido de lord Melville. El capitán Hamond, en cambio, apoyaba a lord Saint Vincent, había ido al Parlamento para votar por los amigos de lord Saint Vincent. Por su parte, lord Saint Vincent, que odiaba a Pitt y el gobierno, hacía todo lo posible para procesar a lord Melville por malversación de los fondos de los servicios secretos y conseguir expulsarlo del Almirantazgo. Todos los oficiales de la Lively simpatizaban con las ideas de su capitán; eran Whigs convencidos.

El desayuno fue decepcionante. El capitán Hamond siempre había tomado cacao, al principio para animar a la tripulación a hacer lo mismo y después porque le gustaba, mientras que Jack y Stephen no eran realmente seres humanos hasta después de haberse tomado una taza de café fuerte y caliente.

–Killick, – dijo Jack-, echa esta aguachirle por la borda y trae café inmediatamente.

–Perdone, señor -dijo Killick, muy alarmado-. He olvidado traer el café en grano y el cocinero no tiene.

–Entonces corre a pedírselo al despensero del contador, al cocinero de la sala de oficiales, ve a la enfermería, donde sea, y tráeme un poco, o dejarás de llamarte Preserved, te lo aseguro. Date prisa. ¡Maldito estúpido, mira que olvidarse del café! – le dijo a Stephen, muy indignado.

–Una breve espera hará que sea más apreciado cuando llegue –dijo Stephen, y para distraer a su amigo atrapó una abeja-. Ten la amabilidad de observar esta abeja.

Puso la abeja en el borde de un plato donde había mezclado cacao y azúcar; ésta, tras probar la mezcla, tomó una pequeña cantidad, y luego se elevó en el aire, se quedó unos momentos frente al plato agitando las alas y finalmente regresó al panal.

–Ahora -dijo Stephen, mirando el reloj- vas a presenciar un prodigio.

A los veinticinco segundos aparecieron dos abejas y, emitiendo fuertes zumbidos, revolotearon unos instantes y luego se posaron en

el plato, sorbieron la mezcla y regresaron al panal. Transcurrido el mismo intervalo de tiempo, llegaron cuatro abejas, luego dieciséis, y después doscientas cincuenta y seis; pero al cabo de cuatro minutos, esta simple progresión se vio alterada por la presencia de abejas que ya habían venido con anterioridad, que conocían el camino y ya no tenían que memorizar dónde estaban el panal y la mezcla.

–¿Tienes ahora alguna duda de su capacidad para indicar un lugar? – gritó Stephen, al otro lado del enjambre-. ¿Cómo lo hacen? ¿Cuál es la señal? ¿Se orientan con una brújula? Jack, no molestes a esa abeja, te lo ruego; está reposando. Debería darte vergüenza.

–Lo siento, señor, pero no queda ni un grano de café en todo el barco. ¡Que Dios todopoderoso nos ayude! – dijo Killick.

–Stephen, voy a dar una vuelta -dijo Jack.

Se apartó de la mesa con cautela, muy despacio, y luego salió precipitadamente por la puerta con los hombros encogidos. Más tarde, mientras bebía un vaso de agua en la cabina de proa, pensó: "¡Y esto se considera una fragata de primera clase! Me cuesta creer que no haya ni un solo grano de café entre doscientos sesenta

hombres".

El motivo por el cual era considerada una fragata de primera clase se hizo evidente dos horas más tarde, cuando el almirante del puerto hizo la señal La Lively debe hacerse a la mar.

–De acuerdo -contestó Jack a quien le comunicó el mensaje-. Señor Simmons, vamos a desatracar, por favor.

Era un placer observar la maniobra de desatracar. Al grito de "¡todos a desatracar!", los hombres fueron volando más que corriendo a sus posiciones. No hubo carreras desordenadas por cubierta, los hombres no tropezaron entre sí con la prisa de evitar que les tocara el final del cabo; no hubo golpes, o al menos no los había visto, y apenas hubo ruido. Las barras del cabrestante estaban sujetas con pernos y tortores, y los infantes de marina y los marineros del alcázar las movían, mientras el pífano, con su agudo sonido, tocaba Drops of Brandy (Gotas de coñac) y un cable entraba y otro salía. Un guardiamarina del castillo informó que se había levado un ancla y el primer oficial se lo comunicó a Jack.

–Continúe señor Simmons.

Ahora la Lively estaba con una sola ancla y, mientras el cabrestante giraba de nuevo, la fragata fue deslizándose hasta quedar justamente sobre la superficie del mar.

–Zarpamos, señor -dijo el contramaestre.

–Zarpamos, señor -le dijo el primer oficial a Jack.

–Continúe, señor Simmons -dijo Jack-. Era el momento crucial: la tripulación tenía que atar las badernas nuevas (los cabos que unían al aparejo el grueso cable que levaba el ancla y se enrollaba en el cabrestante) para conseguir una sujeción más firme y al mismo tiempo largar las gavias para desenganchar el ancla del fondo. Incluso en los barcos mejor gobernados, había bastante confusión en esos momentos, y en este caso, con la corriente en dirección contraria a la del viento -una situación en la que era necesaria una sincronización al segundo-, Jack esperaba una rápida retahíla de órdenes o incluso una andanada.

El señor Simmons avanzó hacia el saltillo del alcázar, miró a un lado y a otro y solamente dijo:

–¡Preparados para levar ancla!

Y antes de que se apagaran los pasos apresurados, añadió:

–¡Largar velas!

Al instante, los obenques se oscurecieron con los hombres que subían corriendo. En silencio se largaron las gavias, las profundas y bien cortadas gavias, se ataron las escotas y se subieron las vergas, y a la vez que la Lively se movía hacia delante, fue levada el ancla sin que se oyera una palabra. Pero eso no fue todo; antes de que llegara arriba el ancla, habían aparecido el foque, la trinquetilla y la juanete de proa, y la fragata se deslizaba por el agua cada vez a mayor velocidad, dirigiéndose casi directamente hacia el faro de Nore. Todo esto sin una palabra ni un grito, a excepción de un horrible aullido en lo alto de la jarcia. Jack nunca había visto nada semejante. En medio de su sorpresa, alzó la vista hacia la verga de la juanete mayor y allí vio una figura pequeña que colgaba de un brazo. Ésta, aprovechando el balanceo del barco, se lanzó hacia delante y, describiendo una pronunciada curva, llegó hasta el estay del mastelero mayor. De forma casi increíble se agarró a ese cabo, y después, también de forma increíble, saltó de un lugar de la jarcia a

otro, hasta llegar a la sobrejuanete de proa, donde se sentó.

–Es Cassandra, señor -dijo el señor Simmons, observando la expresión aterrorizada de Jack-. Una mona de Java.

–¡Válgame Dios! – dijo Jack, recuperándose-. Pensé que era un grumete del barco que se había vuelto loco. Nunca había visto nada igual; me refiero a la maniobra. ¿Sus hombres siempre largan velas dando por sí mismos todos los pasos?

–Así es, señor -dijo el primer oficial con aire triunfante.

–Bien. Muy bien. La Lively tiene su propia forma de hacer las cosas, por lo que veo. Nunca he visto…

La fragata escoraba con la brisa, con una energía increíble, y Jack se dirigió al pasamanos, donde Stephen, que llevaba un abrigo y calzones de color pardo, conversaba con el señor Randall, inclinándose para oír su vocecilla. Jack miró hacia el agua oscura que se deslizaba con rapidez por el costado, formando grandes curvas; ya había alcanzado los siete nudos, siete y medio. Contempló la estela, y tomando como referencia un navío de setenta y cuatro cañones anclado y el campanario de una iglesia, observó

que el barco no tenía apenas abatimiento. Se inclinó por encima de la aleta de babor; allí, a un grado por la amura de babor, estaba el faro de Nore, y soplaba un viento abierto dos grados por la amura de estribor. Cualquiera de los barcos en que había navegado estaría a punto de embarrancar.

–¿Le parece adecuado este rumbo, señor Simmons? –preguntó.

–Muy adecuado, señor -dijo el primer oficial.

Simmons conocía su barco, eso era evidente. Conocía sus posibilidades, desde luego. Jack se lo repitió; Simmons estaba convencido de que era adecuado. Pero los cinco minutos siguientes fueron para Jack los más desesperados de su vida; ese barco tan, tan hermoso quedaría desarbolado, desfondado, reducido a un simple casco… Y contuvo la respiración durante los momentos en que la Lively se deslizaba por el agua turbia del fondeadero, al borde del banco de arena, donde un pequeño abatimiento la haría naufragar inevitablemente. Luego el banco quedó atrás.

Con toda la tranquilidad de que pudo hacer acopio, inhaló aire

puro y fresco y le pidió al señor Simmons que pusiera rumbo a los downs, donde debía recoger a algunos tripulantes supernumerarios y, a menos que Bonden hubiera desaparecido, a su propio timonel, ya que el capitán Hamond se había llevado al suyo a Londres.

Empezó a dar paseos por el lado de barlovento del alcázar, observando detenidamente el comportamiento de la Lively y de la tripulación.

No era extraño que fuera considerada una fragata de primera clase; sus características para la navegación eran extraordinarias, y la gran disciplina de su tripulación, impuesta de forma silenciosa, sobrepasaba todo lo que había visto hasta entonces; por otra parte, la rapidez con que ganaba velocidad y largaba velas era algo prodigioso, tan misterioso como el grito del gibón en la jarcia.

Por su lado iba deslizándose aquella costa tan conocida, baja, gris, cenagosa; el mar tenía un color gris metálico, y el horizonte, allá en alta mar, se diferenciaba claramente del cielo abigarrado. La fragata seguía navegando, con el viento abierto un grado, como si siguiera exactamente un camino recto, sin desviaciones. Vio algunos

mercantes dirigiéndose al río de Londres, cuatro barcos que hacían el comercio con Guinea y un bergantín de guerra que navegaban rumbo a Chatham, aparte de los botes y lanchas habituales. ¡Qué frágiles e inseguros le parecían en comparación con la Lively.

La explicación a todo esto estaba en que el capitán Hamond, un caballero a quien gustaba aplicar métodos científicos, había elegido a sus oficiales con gran cuidado y había dedicado años a adiestrar a la tripulación; durante los primeros años les había hecho correr de un mástil a otro para aferrar y largar velas y les había hecho ensayar todas las maniobras y combinaciones de maniobras hasta que consiguieron una sincronización perfecta a una velocidad inmejorable, e incluso los marineros del combés podían aferrar, arrizar y llevar el timón. Y hoy, celosos por el honor de su barco, los tripulantes se habían superado a sí mismos. Lo sabían muy bien, y a medida que pasaban cerca del capitán suplente, le dirigían discretas miradas llenas de satisfacción, como si dijeran: "Te hemos enseñado un par de cosas, amigo; te hemos dejado con la boca abierta".

"¡Un navío estupendo para luchar en una batalla!", pensó. Si

se encontraba con una de las grandes fragatas francesas le daría cien vueltas, a pesar de que aquéllas tuvieran una excelente construcción. Sí, pero, ¿cómo eran los tripulantes de la Lively como personas? Eran auténticos marinos, de eso no había duda, marinos formidables. Pero, ¿no eran un poco mayores, en general, y un poco raros y silenciosos? Incluso los grumetes del barco eran fornidos y muy desarrollados, en su mayoría ya con la voz ronca, y resultaban bastante pesados para tumbarse en las vergas de las sobrejuanetes. Por otra parte, había bastantes hombres extraños a bordo. Bum el bajo, que ahora estaba al timón y lo llevaba con extraordinaria precisión, no había sentido la necesidad de dejarse crecer la coleta cuando había embarcado en Macao; ni tampoco John Satisfacción ni Horacio Barriga de Gelatina ni media docena de sus compañeros de tripulación ¿Sabrían luchar? Los tripulantes de la Lively no habían llevado a cabo incursiones rápidas, que convertían el peligro en algo cotidiano y hacían posible vencerlo, sino que sus circunstancias habían sido totalmente distintas; Jack debería haber leído el diario de navegación para saber con exactitud qué habían hecho. Fijó la

mirada en una de las carronadas del alcázar y observó que la capa de pintura marrón, ya un poco desteñida, cubría en parte el fogón, lo cual significaba que no la habían utilizado desde hacía mucho. Indudablemente, debería echar un vistazo al diario de navegación para ver en qué empleaban el tiempo los tripulantes de la Lively.

En el costado de sotavento, el señor Randall le dijo a Stephen que su madre estaba muerta y que tenían una tortuga en casa; esperaba que la tortuga no le echara de menos. ¿Era realmente cierto que los chinos no comían pan con mantequilla? ¿Nunca, en ninguna ocasión? Él y el viejo Smith comían con el condestable, y la señora Armstrong era muy amable con ellos. Tirándole a Stephen de la mano para atraer su atención, le dijo con su vocecilla clara y aguda:

–¿Cree que el nuevo capitán va a azotar a George Rogers, señor?

–No puede decírselo, jovencito. Espero que no.

–¡Oh, deseo que lo haga! – dijo el niño, dando un salto-. Nunca he visto azotar a un hombre. ¿Ha visto azotar a algún

hombre, señor?

–Sí -dijo Stephen.

–¿Y había mucha sangre, señor?

–Desde luego que sí -dijo Stephen-. Varios cubos llenos.

El señor Randall volvió a dar un salto y preguntó si faltaba mucho para las seis campanadas.

–George Rogers tuvo un horrible ataque de cólera, señor –añadió-. Le llamó a Joe Brown holandés maricón de mierda y le maldijo dos veces, yo le oí. ¿Le gustaría oír cómo recito las divisiones del compás sin parar, señor? Allí está mi papá haciéndome señas. Adiós, señor.

–Señor -dijo el primer oficial, acercándose a Jack-, le ruego que me perdone, pero hay dos cosas que olvidé decirle. El capitán Hamond permitía que los cadetes utilizaran la cabina de proa por la mañana para sus lecciones con el maestro. ¿Desearía mantener esa costumbre?

–Por supuesto, señor Simmons. Es una excelente idea.

–Gracias, señor. Y la otra cosa es que en la Lively solemos

aplicar los castigos los lunes.

–¿Los lunes? ¡Qué curioso!

–Sí, señor. El capitán Hamond pensó que era conveniente dejar que los que habían cometido faltas tuvieran el domingo para reflexionar.

–Bien, bien. Que así sea. Quería preguntarle cuál es la política general del barco por lo que se refiere a los castigos. No me gustaría hacer cambios bruscos, pero debo advertirle que no soy partidario de los azotes.

–Tampoco lo es el capitán Hamond, señor -dijo Simmons, sonriendo-. Nuestro castigo suele ser achicar. Abrimos una válvula para que entre agua y se mezcle con la que hay en la sentina, y luego hay que achicar; eso mantiene el barco limpio. Casi nunca azotamos a nadie. En el océano Índico estuvimos casi dos años sin sacar el látigo de su bolsa, y desde entonces no lo hemos sacado más de una vez cada dos o tres meses. Pero es posible que hoy considere usted necesario usarlo; tenemos un caso desagradable.

–No será el artículo treinta y nueve, ¿verdad?

–No, señor. Robo.

Se decía que era robo. La autoridad habló por boca del maestro de armas, quien con voz ronca, solemnemente, dijo que era un caso de robo, rebeldía y resistencia a la detención.

Luego, en presencia de la tripulación reunida en la popa, los infantes de marina alineados y todos los oficiales, llevó a la víctima ante el capitán.

–Robó una cabeza de mono… -dijo.

–¡Eso es mentira! – gritó George Rogers, todavía encolerizado.

–… propiedad de Evan Evans, artillero mayor…

–Eso es mentira.

–Y habiéndosele pedido que fuera a popa…

–¡Eso es mentira, mentira! – gritó Rogers.

–¡Silencio! – dijo Jack-. Ya le llegará su turno, Rogers.

Continúe, Brown.

–Y habiéndole comunicado que me habían informado que estaba en posesión de esta cabeza, y habiéndole pedido cortésmente que viniera a popa para comprobar las afirmaciones de Evan Evans,

artillero mayor, de la guardia de babor -dijo el maestro de armas, moviendo los ojos sólo hacia donde estaba Rogers-, pronunció frases ofensivas. Además, estaba bebido y se escondió en el pañol de velas.

–Es mentira.

–Y cuando fue sacado de allí, se enfrentó con violencia a Button, Menhasset y Mutton, marineros de primera.

–¡Eso es mentira! – gritó Rogers, indignado, fuera de sí-. ¡Todo es mentira!

–Bien, ¿qué ocurrió? – preguntó Jack-. Explíquelo con sus propias palabras.

–Así lo haré, Su Señoría -dijo Rogers, pálido, temblando de rabia, lanzando una mirada feroz a su alrededor-. Con mis propias palabras y con sinceridad. El maestro de armas viene a proa -yo estaba dando una cabezada y mi grupo de guardia estaba abajo-, me da un golpe en el trasero, con perdón, y dice: "Levántate deprisa, George; estás jodido". Y me levanto y le digo: "Me traes sin cuidado, Joe Brown y también ese jodido cabrón de Evans". No

es mi intención ofender, Su Señoría, pero esa es la pura verdad, para que vea Su Señoría las mentiras que dice con eso de "comprobar las afirmaciones". Todo es mentira.

Esta versión parecía más verosímil; pero la siguió un relato confuso en el que no se sabía quién había empujado a quién, en qué parte del barco, con evidente contradicción entre Button, Menhasset y Mutton y observaciones sobre sus caracteres; y parecía que la cuestión principal iba a quedar ensombrecida por una discusión sobre quién había prestado a quién un par de dólares cerca de Banda y no los había recuperado ni en grog ni en tabaco ni de ninguna otra forma.

–¿Qué pasa con esa cabeza de mono? – preguntó Jack.

–Aquí está, señor -dijo el maestro de armas, sacando una cosa peluda del pecho.

–Usted dice que es suya, Evans. Y usted dice que es suya, de su propiedad, ¿verdad, Rogers?

–Es mi Andrew Masher, Su Señoría -dijo Evans.

–Es mi pobre Ajax, señor, ha estado en mi petate desde que

se enfermó en el cabo de Buena Esperanza.

–¿Cómo puede identificarlo, Evans?

–¿Qué, señor?

–¿Cómo sabe que se trata de su Andrew Masher?

–Por sus suaves facciones, señor, Su Señoría. Por sus facciones. Griffi Jones, el de la tienda de animales disecados de Dover, va a darme una guinea por ella mañana. Sí. Sí.

–¿Qué tiene que alegar, Rogers?

–¡Todo es mentira, señor! – gritó Rogers-. Es mi Ajax, a quien he alimentado desde que salimos de Kampong… compartía mi grogy comía galletas como un cristiano.

–¿Alguna señal distintiva?

–Bueno, lo reconocería por la forma de la mandíbula, señor, en cualquier lugar, por arrugado que esté.

Jack observó detenidamente la cara del mono, cuya expresión denotaba profundo desprecio y melancolía. ¿Quién decía la verdad? Los dos estaban convencidos de que la decían, sin duda alguna. Había habido dos cabezas de mono en el barco y ahora sólo había

una. Pero no se explicaba cómo alguien podía pretender que reconocía los rasgos de aquella especie de coco rojo pesado y apergaminado que tenía en la mano.

–Andrew Masher era hembra, supongo, y Ajax macho, ¿no es así? – preguntó.

–Así es, Su Señoría.

–Dígale al doctor Maturin que suba a cubierta, si no está ocupado -dijo Jack-. Doctor Maturin, ¿es posible saber cuál es el sexo de un mono por la dentadura y cosas de ese tipo?

–Depende del mono -dijo Stephen, mirando atentamente el objeto que Jack tenía en la mano-. Éste, por ejemplo -lo cogió y le dio vueltas-, es un excelente ejemplar de simio satyrus macho, el hombre salvaje de los bosques que describió el conde de Buffon. Observen la expansión lateral de las mejillas, tal como señaló Hunter, y los restos de esa bolsa del cuello, característica del macho.

–Bueno, ya lo tenemos -dijo Jack-. Se trata de Ajax. Muchas gracias, doctor. Se retira la acusación de robo. Pero no debe ir por

ahí golpeando a la gente, Rogers. ¿Alguien tiene algo que decir en su favor?

El segundo oficial dio un paso al frente y dijo que Rogers estaba en su división, que era cumplidor de sus obligaciones, de buen carácter, aunque propenso a montar en cólera, y generalmente estaba sobrio. Jack le dijo a Rogers que no debía montar en cólera, que la cólera era algo muy malo y si le daba rienda suelta con toda seguridad le llevaría a la horca. Tenía que controlar su temperamento; se quedaría sin grog durante la siguiente semana.

Se confiscaba la cabeza temporalmente para examinarla más a fondo. De hecho, ya se la habían llevado a la cabina, ante la mirada atónita de Rogers.

–Sin duda, se le devolverá dentro de un tiempo -dijo Jack, con más convicción de la que sentía.

Los otros marineros que habían cometido faltas, todos ellos acusados simplemente de embriaguez, recibieron el mismo castigo. Se quitó el enjaretado, y el látigo, todavía dentro de su bolsa, volvió a guardarse; poco después se dio la voz de rancho. Jack invitó a

cenar con él al primer oficial, al oficial y al guardiamarina de la guardia y al capellán, y luego reanudó su paseo.

Sus pensamientos giraban en torno a la artillería. Había barcos, y eran muchos, que casi nunca hacían prácticas con los cañones, casi nunca disparaban, excepto durante una batalla o para saludar, y si ese era el caso de la Lively, él cambiaría las cosas. Incluso en la lucha cuerpo a cuerpo era mejor golpear donde más daño hacía; y en el tipo de combate que habitualmente entablaba una fragata, la precisión y la rapidez lo eran todo. Sin embargo, ésta no era la Sophie, no tenía sus pequeños cañones: una sola andanada de la Lively quemaría más de un quintal de pólvora; algo a tener en cuenta. Su querida Sophie, ¡cómo disparaba…!

Identificó la música que escuchaba machaconamente en su cabeza. Era la obra de Hummel que él y Stephen tantas veces habían tocado en Melbury Lodge, el adagio. Y casi de inmediato acudió a su mente, clarísima, la imagen de Sophia, de pie junto al piano, alta y esbelta, con aire turbado y la cabeza inclinada.

Dio un giro repentino e intentó con todas sus fuerzas

concentrarse en la cuestión que debía estudiar. Pero fue en vano; la música enmarañaba los cálculos de la pólvora y las balas. Cada vez se sentía más intranquilo y descontento, y juntando las manos con una estrepitosa palmada, dijo para sí: "Hojearé el diario de navegación para ver qué prácticas han hecho… le diré a Killick que descorche el burdeos… por lo menos no se olvidó de traer eso".

Bajó a la cabina de proa, pero percibió el olor de los guardiamarinas que estaban en ella y se dirigió a la cabina de popa. Al llegar allí se encontró rodeado de una oscuridad absoluta.

–Cierra la puerta -dijo Stephen, y pasó por su lado corriendo para cerrarla.

–¿Qué ocurre? – preguntó Jack, cuya mente se había metido de lleno en la vida naval y se había olvidado de las abejas, lo mismo que se habría olvidado de la más vivida pesadilla.

–Su adaptación es notable; de todos los insectos que viven en sociedad, tal vez sean los que se adaptan más fácilmente -dijo Stephen desde la otra punta de la cabina-. Las encontramos desde Noruega hasta los desiertos abrasadores del Sahara; pero aún no se

han acostumbrado del todo a su entorno.

–¡Oh, Dios mío! – dijo Jack, buscando el pomo de la puerta a tientas-. ¿Están todas fuera?

–No todas -dijo Stephen-. Y como me he enterado por Killick de que esperas invitados, pensé que quizás preferirías que estuvieran lejos. Hay muchos prejuicios, producto de la ignorancia, en contra de que las abejas estén en el comedor.

Algo iba reptando por el cuello de Jack. La puerta había desaparecido. Empezó a sudar copiosamente.

–Así que se me ocurrió la idea de crear una noche artificial –prosiguió-, que es cuando retornan al panal, según el ciclo natural. También encendí tres fuegos para provocar humo, pero no dieron el resultado deseado. Es posible que haya demasiada oscuridad. Probemos con la penumbra; oscuridad, sí, pero no demasiada.

Levantó una esquina de la lona y un rayo de sol permitió ver un número incalculable de abejas en todas las superficies verticales y en la mayoría de las horizontales; abejas revoloteando por todos lados, yendo de una punta a otra sin un fin preciso; y unas

cincuenta más o menos, posadas sobre su chaqueta y sus calzones.

–Así -dijo Stephen-, así está mucho mejor, ¿verdad? Trata de que se te suban al dedo, Jack, y devuélvelas al panal. Despacio, despacio, y no se te ocurra dar la más mínima muestra de temor, ni pensar en ello siquiera; el miedo es fatal, supongo que ya lo sabes.

Jack encontró el pomo de la puerta, la abrió un ápice y se escurrió de allí rápidamente.

–¡Killick! – gritó, sacudiéndose la ropa.

–¿Señor?

–Ve a ayudar al doctor. Échale una mano, ahora mismo.

–No me atrevo -dijo Killick.

–No irás a decirme que tú, un marinero de un navío de guerra, tiene miedo.

–Pues así es, señor -contestó Killick.

–Bien. Limpia la cabina de proa y pon la mesa allí. Y descorcha media docena de botellas de burdeos.

Entró en su cabina y se quitó el cuello postizo, pues algo se arrastraba por debajo de éste.

–¿Qué hay para cenar? – preguntó.

–Venado, señor. Encontré una pierna estupenda en Chators, como el que las señoras nos enviaron desde Mapes.

–Caballeros -dijo Jack cuando sonó la última de las seis campanadas en la guardia de tarde y llegaron los invitados-. Les doy la más cordial bienvenida. Me temo que tendremos que estar un poco apretados, pero en estos momentos mi amigo está realizando un experimento filosófico en la cabina de popa. Killick, dígale al doctor que esperamos verle cuando haya terminado.

Entonces, cerrando el puño sin que pudieran verle y haciéndole una señal con la cabeza al despensero, murmuró:

–¡Vamos! ¡Vamos, deprisa! Puedes hablar a través de la puerta.

La cena fue muy bien. La Lively podía parecer espartana" por su aspecto y el mobiliario de la cabina, pero Jack había heredado un cocinero excelente, conocedor del apetito que despertaba la mar.

Los invitados eran hombres bien educados, que se encontraban cómodos dentro de los estrictos límites de la etiqueta propia de la

Armada; incluso el guardiamarina de la guardia, en silencio, sabía permanecer en silencio con elegancia. Pero la idea de la diferencia de rango, de la deferencia hacia el capitán, estaba muy arraigada, y como parecía evidente que la mente de Stephen se hallaba muy lejos, Jack se alegró de que el capellán fuera un hombre animado y conversador, que sabía poco de la ceremonia que acompañaba la cena en la cabina. El señor Lydgate, el pastor del rebaño, el médico de almas, era primo del Capitán Hamond y había emprendido este viaje por motivos de salud; había abandonado su antigua forma de vida no para seguir una nueva carrera, sino para cambiar de aires y de paisaje por un tiempo. Le habían recomendado especialmente el aire de Lisboa y Madeira; y el de las Bermudas aún más; y éste, según tenía entendido, era el destino de la fragata.

–Puede ser -dijo Jack-. Así lo espero. Pero dados los cambios que se producen en la guerra, no hay seguridad en estas cosas. Conozco algunos casos de capitanes que habían aprovisionado su barco para ir al cabo de Buena Esperanza y en el último minuto recibieron la orden de ir al Báltico. Todo por el bien de la Armada.

(Su tono era ahora solemne.)

Entonces, dándose cuenta de que una observación de este tipo podría resultar desalentadora, dijo:

–Señor Dashwood, el vino está ahí a su lado, por el bien de la Armada debe circular. Señor Simmons, le ruego que me hable de la mona que tanto me sorprendió esta mañana. La mona viva.

–¿Cassandra, señor? Es una de los seis ejemplares que subieron a bordo en Tungoo; el cirujano dice que es un gibón de Tenasserim. Todos los marineros la quieren mucho, pero creemos que está enferma. Le pusimos una chaqueta de franela para protegerla de los fuertes vientos del Canal, pero no hay forma de que la lleve ni tampoco de que coma comida inglesa.

–¿Has oído eso, Stephen? – dijo Jack-. Hay una mona a bordo que no se encuentra bien.

–Lo sé, lo sé -dijo Stephen volviendo al presente-. Tuve el placer de conocerla esta mañana cuando paseaba de la mano de ese cadete tan joven; era imposible saber quién servía de apoyo a quién. Es una hermosa criatura, a pesar de su deplorable estado. Me

gustaría mucho hacerle la disección. El conde de Buffon sugiere que bajo las callosidades que se encuentran en las nalgas de este hilóbates podría haber glándulas olfativas, pero no llega a afirmarlo. Se hizo un embarazoso silencio, y después de una breve pausa, Jack dijo:

–Me parece, querido amigo, que si curaras a Cassandra en vez de tratar de demostrar que el conde de Buffon tiene razón, es decir, si miraras por su bien en vez de hacer quedar bien a un francés, la tripulación te estaría infinitamente más agradecida.

–Sin embargo, es la tripulación la que la está matando. Esta mona es una alcohólica empedernida; y aunque conozco poco a los marineros, sé que nada en el mundo impediría que dieran ron a todos los seres que aman. Aquella foca fraile, por ejemplo, se ahogó en el Mediterráneo completamente embriagada y con una invariable sonrisa en la cara; y cuando la pescamos y le hicimos la disección descubrimos que tenía los pulmones y el hígado destrozados, de forma muy parecida a los del señor Blanckley, a quien tuve el placer de abrir en Mahón, un tripulante de una bombarda destruida, un

ayudante del segundo oficial de sesenta y tres años a quien nunca le habían dado un ascenso, un caballero que no había estado sobrio en treinta y cinco años. Encontré a esta mona poco después de que se repartiera el grog, se había tirado desde lo alto de la jarcia al oír los primeros acordes de Nancy Dawson y estaba completamente borracha. Tenía conciencia del estado en que se encontraba y, tratando de ocultarlo, me tendió su negra mano con aire avergonzado. A propósito, ¿quién es ese jovencísimo cadete?

Le dijeron que era Josiah Randall, el hijo del segundo oficial. Éste, al regresar a su hogar, se había encontrado con que su mujer había muerto y su hijo había quedado desamparado, pues no tenía ningún familiar cercano.

–Así que lo trajo a bordo -dijo el señor Dashwood- y el capitán lo nombró ayudante del contramaestre.

–¡Qué horrible desgracia! – dijo Jack-. Espero que participemos pronto en alguna batalla; no hay nada como eso para cambiar el estado de ánimo de un hombre. Contra una fragata francesa, o una española, si las encontramos; no hay nada como una

fragata española para luchar furiosamente.

–Supongo que habrá usted tomado parte en muchas batallas, señor -dijo el pastor, indicando el vendaje de Jack con la cabeza.

–No en muchas más que la mayoría, señor -dijo Jack-. Otros oficiales han sido bastante más afortunados.

–Dígame, por favor, ¿cuál sería, en su opinión, un número de batallas razonable? – preguntó el pastor-. Al incorporarme a este barco me sorprendió descubrir que ninguno de los caballeros podía decirme cómo era una batalla encarnizada.

–Es algo que depende de la suerte o, mejor dicho, de la Providencia -dijo Jack, inclinando hacia abajo la cabeza-. Depende de adonde uno ha sido destinado y de otros factores. En cualquier caso -hizo una pausa, pues no quería dejar escapar una frase graciosa que se le estaba ocurriendo-, en cualquier caso, dos no riñen si uno no quiere, y si los franceses no salen, pues, es muy difícil entablar combate contra uno mismo. En realidad, hay tal cantidad de trabajos rutinarios, como hacer bloqueos, escoltar, transportar tropas, ya sabe, que probablemente la mitad de los

tenientes de la Armada no han participado nunca en una acción de guerra, considerando como tal el enfrentamiento con un barco de potencia similar o una flota. Tal vez más de la mitad.

–Ese es mi caso; nunca he participado en ninguna -dijo Dashwood.

–Yo vi una batalla a bordo del Culloden en 1797 -dijo Simmons-. Era una gran batalla, pero embarrancamos y no pudimos participar en ella. Casi se nos parte el corazón.

–Debe de haber sido una dura prueba -dijo Jack-. Recuerdo que halaban ustedes las espías como auténticos héroes.

–¿Estuvo en el Nilo, señor?

–Sí, sí. A bordo del Leander. Recuerdo que subí a cubierta en el momento en que el Mutine se colocaba frente la popa para intentar desembarrancarles.

–Así que participó usted en una gran batalla, capitán Aubrey. ¿Puede contarme cómo fue? ¿Puede decirme qué impresión le causó?– preguntó el capellán con gran interés.

–Bueno, señor, no creo que pueda decírselo, no mejor de lo

que podría darle mi impresión, digamos, de una sinfonía o una cena espléndida. Hay mucho ruido, más ruido del que puede usted imaginar, y el tiempo no parece transcurrir del mismo modo, no sé si me entiende; y uno se cansa mucho. Y después hay que quitar los destrozos y poner todo en orden.

–¡Ah, eso es lo que deseaba saber! ¿Entonces, es muy grande el ruido?

–Es enorme. En el Nilo, por ejemplo, el Orion estalló cerca de nosotros y después de eso estuvimos hablando a voz en cuello durante diez días. Pero en San Vicente hubo mucho más ruido. En San Vicente mi puesto estaba en el lugar que llamamos "el matadero" -es decir, la parte de la batería que queda en el centro del barco, señor-, en medio de la hilera de dieciséis cañones de treinta y dos libras que hacían fuego con gran estruendo, y los cargábamos y los disparábamos lo más rápidamente posible, y se recalentaban y retrocedían violentamente con un enorme estrépito, y los volvíamos a sacar y a disparar; y justo sobre nuestras cabezas, en la cubierta superior, había otra hilera de cañones que no paraban

de rugir. Además, se oye un ruido atronador cada vez que el barco es alcanzado por una bala del enemigo, y a veces el choque de los palos al caer, y los gritos de los heridos. Y todo esto entre tanto humo que apenas se puede ver ni respirar, y los hombres chillan como locos, y sudan, y beben agua en cuanto hay un segundo de pausa. En San Vicente luchamos por ambos costados, de modo que el ruido tenía el doble de intensidad. Es eso lo que uno recuerda, el ruido ensordecedor por todas partes y los fogonazos en la oscuridad. Y además, lo esencial para la artillería: rapidez, precisión y disciplina. Allí disparábamos una andanada cada dos minutos, mientras que ellos tardaban tres y medio o cuatro; eso es lo que lleva a la victoria.

–Así que estuvo en San Vicente -dijo el pastor-. ¿Y en qué otras batallas, si no es demasiada indiscreción, aparte de la última, en la que hizo una osada captura y sobre la que todos hemos leído?

–Sólo en pequeñas batallas -escaramuzas en el Mediterráneo y en las Antillas durante la última guerra-, siempre del mismo tipo –dijo Jack.

–Y la batalla con el Cacafuego, me parece, señor -dijo el señor Simmons, sonriendo.

–Debe de haber sido maravilloso cuando era usted joven, señor -dijo el guardiamarina-. Ahora nunca sucede nada.

–Estoy seguro de que me perdonará si le parezco indiscreto –dijo el capellán-, pero me gustaría formarme una imagen del oficial que ha luchado, como usted dice, en un cierto número de batallas. Además de participar en las acciones de guerra de la Armada, ¿en qué otro tipo de acciones ha tomado parte?

–Bueno, la verdad es que lo he olvidado -dijo Jack, pensando que era injusto que los otros tuvieran ventaja sobre él y que los pastores estaban fuera de lugar en un navío de guerra.

Le hizo una seña a Killick para que trajera otra jarra de vino y el asado; y cuando empezó a trinchar la carne el rumbo de su pensamiento se desvió tan bruscamente como si el casco de la fragata hubiera sido alcanzado por un cañonazo de dieciocho libras. Mientras permanecía allí de pie, trinchando el venado, sentía una opresión cada vez mayor en el pecho y le parecía que se ahogaba. El

primer oficial, que hacía rato había notado que al capitán Aubrey le molestaba la insistencia del señor Lydgate, sacó otro tema de conversación: los animales que se llevaban a bordo. Habló de los perros que había visto en los barcos, el Terranova que con tanta bondad había traído una granada de humo, el cocodrilo del Culloden, gatos…

–A propósito de animales -dijo el capellán, que no podía permanecer mucho tiempo callado en la esquina de la mesa-. Eso me trae a la mente una pregunta que quería hacerles, caballeros. ¿Por qué a la juanete de mesaría se le llama perico? ¿Cuál es la relación con las aves?

–Bueno -dijo Stephen-, porque al desplegarla, al barco le salen alas.

Miradas de incomprensión. Stephen dio un leve suspiro, pero ya estaba acostumbrado a ellas.

–Señor Butler, páseme la botella, por favor -dijo Jack-.

Señor Lydgate, permítame ofrecerle un poco de vino.

Fue el guardiamarina quien reaccionó primero y le susurró a su

vecino de mesa, el señor Dashwood:

–Ha dicho alas, que al desplegar la perico al barco le salen alas. ¿Entiendes?

Era el tipo de broma sencilla que le gustaba a la tripulación. La alegría contagiosa, la diversión, las risas estruendosas, llenaron al castillo, provocando asombro y conjeturas. Jack se apoyó en el respaldo del asiento, con la cara roja, mientras se secaba las lágrimas que resbalaban por ella.

–¡Oh, es lo mejor que he oído! ¡Lo mejor! – dijo-. Dios te bendiga, Stephen. ¡Un vaso de vino a tu salud! Señor Simmons, si cenamos con el almirante, debe usted formularme la pregunta y entonces contestaré: "Bueno, porque al desplegarla, al barco le salen alas". Pero dudo que sea capaz de decirlo con la suficiente seriedad.

Sin embargo, no cenaron con el almirante; no hubo ningún mensaje amable en respuesta a su saludo al buque insignia. Pero tan pronto como anclaron frente a los downs, entre innumerables embarcaciones, Parker, con la charretera recién estrenada, salió

apresuradamente de la Fanciulla para subir a bordo y dar la enhorabuena y recibirla. Jack sintió una especie de punzada cuando a la llamada de la Lively, el bote contestó "¡Fanciulla!", lo cual significaba que su capitán estaba a bordo. No obstante, cuando vio a Parker llegar a cubierta y notó el afecto que se reflejaba en su rostro, desapareció su malestar. Parker parecía diez, quince años más joven; subió por el costado como un muchacho; era completamente feliz. Lamentaba con gran amargura tener órdenes de zarpar dentro de una hora, pero invitó solemnemente a Jack y Stephen a cenar con él la próxima vez que se encontraran; pensaba que la perico y las alas era lo mejor que había oído en su vida, y que lo repetiría, desde luego. Dijo que siempre había creído que el doctor Maturin tenía una brillante inteligencia; seguía tomando las píldoras, por la mañana y por la noche, y debería continuar haciéndolo hasta el final de su vida. Cuando se marchaba, Jack dijo, en tono vacilante, que no quería ofender al capitán Parker, pero le sugería "un poco más de relajación o, en otras palabras, recortar el látigo", y él se lo tomó muy bien. Dijo que tendría muy en cuenta el

consejo de un oficial a quien tenía en tan gran estima. Al despedirse, tomó las manos de Jack entre las suyas y, con lágrimas en sus ojos tan pequeños y juntos, dijo:

–No sabe usted, señor, lo que significa triunfar a los cincuenta y seis, triunfar por fin. Eso cambia por completo el corazón de un hombre. Tengo ganas de besar incluso a los grumetes del barco.

Jack arqueó tanto las cejas que tropezaron con el vendaje, pero le devolvió a Parker el afectuoso apretón de manos y le acompañó hasta el portalón. Estaba profundamente conmovido, y se quedó allí, observando el bote alejarse en dirección a la hermosa corbeta, hasta que el primer oficial se acercó y le dijo:

–El señor Dashwood desea hacer una petición, con su permiso, señor. Le ajustaría llevar a su hermana hasta Portsmouth. Está casada con un oficial de marina de allí.

–¡Oh, por supuesto, señor Simmons! Será bienvenida. Puede ocupar la cabina de popa. Pero espere, la cabina de popa está repleta de…

–No, no, señor. Él no quisiera importunarle en lo más mínimo;

es simplemente su hermana. Colgará un coy para él en la sala de oficiales y le dejará a ella la cabina. Así es como arreglábamos estas cosas cuando el capitán Hamond estaba a bordo. ¿Va a desembarcar, señor?

–No. Killick irá a recoger a mi timonel y algunas provisiones, y un ungüento contra las picadas de abeja, pero yo me quedaré a bordo. De todos modos, guarde un bote para el doctor Maturin, pues creo que desea bajar a tierra.

En ese momento, la señora Armstrong, la esposa del condestable, llegaba al portalón, que se estremeció con su peso, y Jack, haciéndose a un lado y quitándose el sombrero, le dijo:

–Buenos días, señora. Tenga cuidado. Sujétese a los cabos laterales con ambas manos.

–Dios le bendiga -dijo la señora Armstrong en tono alegre-. Entro y salgo de los barcos desde que era muy joven. Sujetó un cesto con los dientes, se puso otros dos bajo el brazo izquierdo y saltó al bote como si fuera un guardiamarina.

–Es una mujer extraordinaria, señor -dijo el primer oficial,

mirando atentamente el bote-. Me cuidó cuando me dio una fiebre en Java, a pesar de que el señor Floris y los cirujanos holandeses me daban por muerto.

–Bien -dijo Jack-, había mujeres en el Arca, así que supongo que deben tener algún sentimiento bueno, pero, en general, lo único que hacen es causar problemas cuando están a bordo: peleas, discusiones, celos, nunca se dan por satisfechas. Tampoco me gusta que estén en los puertos, pues se emborrachan y padecen una larguísima lista de enfermedades. Esto no tiene ni la más mínima relación con la esposa del condestable, desde luego, ni con las esposas de los otros oficiales, ni mucho menos con la hermana del señor Dashwood. ¡Ah, Stephen, estás ahí! (Simmons se retiró.) Le estaba diciendo al primer oficial que probablemente bajarás a tierra. ¿Vas a usar la barcaza, verdad? Dos de los tripulantes supernumerarios no se reincorporarán hasta por la mañana, así que tendrás todo el tiempo del mundo.

Stephen le miró fijamente, sin pestañear. Le parecía ver otra vez aquella reserva, aquella extraña tristeza. Aunque la expresión de

Jack era alegre, se notaba que no era natural; era un mal actor.

–¿Tú no vas a ir, Jack? – preguntó.

–No -dijo Jack-. Me quedaré a bordo. Entre nosotros -bajó mucho más la voz-, no creo que vuelva a poner pie en tierra nunca más, al menos por mi voluntad: de hecho, he jurado no exponerme a que me detengan. Pero -pasaba a lo superficial y lo intrascendente de una forma brusca que Stephen conocía muy bien- quiero pedirte que traigas un poco de café decente. Killick no entiende de eso. Puede diferenciar el buen vino del malo, como es de esperar de un contrabandista, pero de café no sabe nada.

Stephen asintió con la cabeza.

–También tengo que comprar guisantes -dijo-. Iré a New Place y pasaré por el hospital. ¿Quieres que lleve algún mensaje?

–Saludos, desde luego, mis saludos más cordiales. Y a Babbington y al resto de los heridos del Polychrest les deseo lo mejor… y espero que esto les sirva de consuelo. A Macdonald también. Por favor, dile a Babbington que lamento de veras no poder visitarle, pero me resulta totalmente imposible.

CAPÍTULO 13

Era casi de noche cuando Stephen salió del hospital. Sus pacientes se recuperaban bien -asombrosamente, un hombre con una terrible herida en el estómago había sobrevivido- y Babbington no había perdido el brazo. Como profesional, se sentía tranquilo y satisfecho. Pero mientras atravesaba la ciudad para ir a New Place, estaba turbado, pues su mente, como si a través de unas antenas pudiera percibir lo inmaterial, ya estaba preparada para lo peor; por eso cuando llegó no le sorprendió encontrar la casa cerrada y vacía. Aparentemente, al caballero loco se lo habían llevado en un coche de cuatro caballos "hacía muchas semanas" o "quizás el mes pasado" o "antes de la recogida de las manzanas". El cochero llevaba una escarapela negra en el sombrero; el caballero había saludado con la cabeza desde la ventanilla, y se reía tanto que parecía que iba a reventar. Los sirvientes se habían ido en un coche

"al día siguiente", "una semana más tarde", "poco tiempo después" "a un pequeño pueblo de Sussex", "a Brighton", "a Londres". Quienes le informaron no habían visto a la mujer durante las últimas semanas. El señor Pope, el mayordomo de New Place, era un caballero engreído, de mírame y no me toques; todos los sirvientes se daban aires porque eran de Londres y se mantenían aislados.

Con un comportamiento menos correcto que Jack, Stephen abrió fácilmente la cerradura de la verja del jardín con un pedazo de alambre y la puerta de la cocina con un retractor de Morton. Subió los escalones sin perder la compostura, abrió la puerta forrada de fieltro verde y pasó al recibidor. Un reloj alto de treinta días todavía estaba en marcha, con una pesada carga que casi llegaba al suelo; y su tic-tac solemne, que resonaba por todo el recibidor, le persiguió hasta el salón. Silencio; los guardapolvos colocados perfectamente, alfombras enrolladas, muebles alineados, haces de luz que traspasaban los postigos y motas de polvo revoloteando en ellos; polillas; las primeras telas de araña, muy sutiles, en los lugares más

inesperados, como en la repisa tallada de la chimenea de la biblioteca, y escritas en una de sus paredes, escritas con tiza y con la letra grande del señor Lowndes, algunas líneas de Safo.

"Una bonita letra", pensó Stephen, deteniéndose para poder leerlas mejor. "La luna ya se ha ocultado, y las Pléyades; es medianoche; el tiempo pasa, y estoy yaciendo aquí sola. Quizás y aquí, yo, Safo, estoy yaciendo sola… para entregar mi sexo. No. El sexo es inmaterial. Es lo mismo para los dos."

Silencio; perfección anónima; aire encerrado sin el más leve movimiento; silencio. El olor de los tablones del suelo desnudos. Un espejo vuelto hacia la pared.

La habitación de ella tenía el mismo orden esmerado y la misma desnudez; incluso el espejo estaba cubierto por una sábana. Una luz grisácea muy suave, casi imperceptible, hacía que su aspecto fuera menos lóbrego. No había expectación en el silencio, ni tensión de ninguna clase: el crujido de los tablones bajo sus pies no era amenazador ni provocaba ninguna emoción; podía dar un salto o gritar sin que se alterara aquel vacío donde no había presencia

humana, tan falto de sentido como la muerte misma, que no era otra cosa que una calavera en un bosque sombrío. Había perdido su futuro; se había borrado su pasado. Aquello le parecía déjà-vu, nunca antes había experimentado con tal fuerza esa sensación; era lo mismo que haber tenido la certeza de cómo iba a terminar un sueño, o de las palabras que iba a responderle un extraño que viajara en un coche con él, o de la disposición de una habitación que no hubiera visto antes, o incluso del dibujo del papel de la pared. En la papelera había algunas hojas arrugadas; esa era la única imperfección, salvo los latidos del reloj, en ese desierto, en esa negación, y lo único que no le parecía déjà-vu.

–En realidad, ¿qué estoy buscando? – dijo, y el sonido de su voz corrió por las habitaciones abiertas-. ¿Un anuncio de mi muerte en el pasado?

Pero eran listas escritas con la letra de un sirviente, sin ningún interés, y un papel en el que se había probado una pluma, con rayas entrecortadas que aunque alguna vez hubieran tenido un significado ahora resultaban incomprensibles. Volvió a tirarlo todo y se quedó

inmóvil durante largo tiempo, escuchando los latidos de su corazón; luego se encaminó el vestidor. Allí encontró lo que sabía que encontraría: un vacío total. El bello mueble de madera satinada de la India estaba arrimado a la pared como si no tuviera ninguna importancia, ningún valor; pero allí estaba el rastro de su perfume, sin que pudiera precisar de qué estantería o qué armario salía, unas veces intenso, otras tan tenue que aunque concentrara toda su atención apenas podía percibirlo.

–Por lo menos -dijo- no es éste el horrible final.

Cerró la puerta con gran precaución; bajó al recibidor y detuvo el reloj, dejando así su huella en la casa, y salió al jardín. Cerró tras de sí, recorrió los descuidados senderos llenos de hojarasca, salió por la puerta verde y se dirigió al camino que bordeaba la costa. Con las manos tras la espalda, aprovechando la última luz del día, miraba cómo el camino pasaba bajo sus pies y por dónde se extendía, y lo siguió hasta que vio las luces de Deal. Entonces recordó que había dejado el bote en Dover, dio la vuelta y tranquilamente recorrió de nuevo las mismas millas.

–Da igual -dijo-. De todos modos me habría quedado sentado en un salón de una posada para poder regresar y meterme en la cama sin oír conversaciones ni fórmulas de cortesía.

Esto es mucho mejor. Me gusta este camino arenoso, homogéneo, que sigue extendiéndose siempre.

Por la mañana se sucedieron los acontecimientos. Le presentaron al señor Floris, el cirujano, quien le invitó a visitar la enfermería, donde había colocado un invento suyo, una manguera de ventilación para que el aire fresco entrara hasta abajo, y mostró de forma halagadora su gran interés y respeto por la opinión del doctor Maturin acerca de Wallace, el caso en que Stephen había visto más claramente que nunca la necesidad de una cistotomía suprapúbica inmediata. Luego había llegado la señora Miller con su hijo precipitadamente, porque la Lively ahora sólo tenía un ancla echada y la bandera de salida ya estaba ondeando.

Era una mujer joven y bella, de aire decidido, con la desenvoltura, casi la osadía, que le conferían un anillo de boda y la protección de un hijo. Sin embargo, cuando Jack la saludó en el

alcázar, nada de esto era evidente, sino que ella le expresó formalmente su gratitud, le pidió disculpas por la intrusión y le aseguró que el pequeño Brydges no causaría ningún problema, ya que estaba acostumbrado a los barcos… había ido a Gibraltar y había vuelto… nunca se mareaba ni lloraba.

–Señora -dijo Jack-, es un honor para nosotros que se encuentre a bordo, estamos encantados y desearíamos que no sólo fuera hasta Portsmouth sino más lejos. Si un oficial no pudiera llevar a la mujer y la hermana de un compañero, las cosas serían muy tristes. Pero creo que disfrutaremos de su compañía mucho tiempo, ya que el viento está rolando hacia el maldi… hacia el sur, desgraciadamente.

–Tío John -dijo el joven Brydges-. ¿Por qué le haces señas y guiños a mamá? Todavía no ha hablado demasiado con el capitán, y es posible que se calle enseguida. Y yo no he dicho nada en absoluto.

–Stephen -dijo Jack-, ¿puedo entrar? Espero no haberte despertado. ¿Estabas dormido?

–No, no -dijo Stephen.

–Bueno, hay muchos comentarios en la sala de oficiales.

Parece que esta mañana cerca de un millón de tus reptiles se metieron en la jarra con el cacao, se quemaron por centenares al colarse por el pitorro. Dicen que si vuelven a experimentar el agotamiento y el nerviosismo de otro desayuno como ese abandonarán la Armada.

–¿Anotaron la hora exacta?

–¡Oh, seguro que la anotaron! Estoy seguro de que en los intervalos entre esquivar el ataque, tomar el desayuno y ocuparse del gobierno del barco, se apresuraron a calcular el tiempo exacto con los dos cronómetros del segundo oficial. ¡Ja, ja!

–Hablas en tono irónico, no hay duda. Pero esto es un ejemplo increíble de la sagacidad de las abejas. Las alimento con una mezcla de cacao y azúcar. Asocian el olor a cacao con su comida. Descubren una nueva fuente de olor a cacao, comunican este descubrimiento a sus compañeras con rapidez, indicándoles dónde está, y así llegamos a esta situación, la prueba más satisfactoria que uno puede desear.

Espero que mañana los oficiales anoten la hora en que aparezcan por primera vez. Te apuesto lo que quieras a que será en torno a las siete campanadas, con un margen de diez minutos antes o después, el momento en que se les alimentó por primera vez.

–¿Quieres decir que volverán a entrar allí?

–Mientras en la sala de oficiales continúen bebiendo cacao con mucha azúcar, no veo ningún motivo para que dejen de hacerlo. Será interesante comprobar si este conocimiento se traspasa a las abejas de generaciones posteriores. Te agradezco mucho que me hayas dicho esto, Jack; durante muchos años no ha habido ningún descubrimiento que me haya dado tanta satisfacción como éste. Cuando lo haya comprobado bien -durante un período de varias semanas o meses- se lo comunicaré a Huber.

En su rostro, triste y blanco como la cera, se reflejaba ahora tal placer que Jack no tuvo valor para cumplir la promesa que había hecho a los oficiales. Podrían calafatear los mamparos, las cerraduras y las claraboyas, beber té o café, o envolverse en un mosquitero durante uno o dos días. Al fin y al cabo, ¿qué significaba

una pequeña incomodidad cuando se estaba de servicio?

–Hoy tengo un regalo para ti, Stephen -dijo Jack-. ¡Una mujer joven y bella para cenar! La hermana de Dashwood subió a bordo esta mañana; es realmente una joven muy hermosa, un placer para la vista, y con muy buenos modales. Bajó enseguida y no la he vuelto a ver desde entonces.

–Lo siento pero tendrás que disculparme. En cuanto los opiáceos hagan efecto, empezaré una operación. El señor Floris me está esperando y sus ayudantes están afilando los bisturíes en estos momentos. Hubiera preferido hacerla cuando llegáramos a Haslar, pero con este viento me temo que tardaremos un par de días más o menos y el paciente no puede esperar. Todos están ansiosos por ver la operación, y también yo estoy ansioso por complacerles. Por eso estoy aquí ahora, quiero tener las piernas y los brazos descansados; nunca me perdonaría cometer un error al hacer esta demostración. Además, hay que tener en cuenta al paciente, por supuesto. Cuando se empiecen a remover sus órganos vitales con los instrumentos, debe sentirse seguro porque nota una mano firme, lo cual es

necesario porque llevará bastante tiempo cortar y atar.

El paciente, el infeliz Wallace, se sentía seguro porque notaba una mano firme mientras le conducían, mejor dicho, le arrastraban, hacia el banco, adormilado por el opio, aturdido por el ron y animado por lo que le contaban sobre lo eminente que era quien iba a operarle; pero no se sentía seguro por muchos más motivos, a juzgar por su palidez y su mirada asustada. Sus compañeros de rancho le llevaron con rapidez a su puesto y lo ataron al estilo marinero: uno le enganchó la coleta a un cáncamo, otro le dio una bala para que la mordiera y un tercero le dijo que se estaba ahorrando por lo menos cien guineas por estar allí, pues seguro que ningún médico que tuviera un bastón con un mango de oro le abriría por menos dinero.

–Caballeros -dijo Stephen mientras se subía las mangas-, observarán que el punto de partida es la cresta ilíaca. La atravieso de esta forma y así encuentro el punto de incisión.

Mientras tanto, en la cabina de proa, Jack tenía la punta del trinchador sobre una parte abultada del pastel de venado.

–Permítame que le corte un poco de pastel, señora. Es una de las pocas cosas que sé trinchar. Cuando tenemos una pierna, normalmente pido ayuda a mi amigo el doctor Maturin, a quien espero presentarle esta tarde. ¡Tiene tanta habilidad para trinchar!

–Gracias, señor -dijo la señora Miller-. Tiene un aspecto delicioso. Pero no creo que sea cierto que no sabe usted trinchar. Hace poco capturó usted a la Fanciulla, y para conseguirlo tuvo que trinchar muy bien.

Mientras se decían estas amabilidades en proa, la Lively cruzaba el Canal, navegando en contra de la fuerte brisa del suroeste, amurada a estribor y con muchas velas de estay desplegadas.

–Señor Simmons -dijo Jack, al subir a cubierta-, esto es extraordinario, ¿verdad? ¡Qué bien navega de bolina!

Era una tarde cálida y luminosa, y mientras la fragata escoraba a causa del viento, algunos grupos de nubes se desplazaban por el cielo, en contraste con el brillo del velamen y la blancura de los aparejos. La fragata no tenía ningún parecido con un barco de lujo;

la pintura sólo tenía una finalidad práctica y era incluso fea, pero, en cambio, los cabos de cáñamo de Manila, blancos como la nieve, que había traído de Filipinas, eran poco corrientes y le daban una belleza fuera de lo común, además de una mayor agilidad al navegar. Las olas, largas y uniformes, venían desde el sur, y los rizos de la superficie acariciaban la amura por barlovento y lanzaban a veces salpicaduras por encima del combés, formando un arco iris momentáneo. Era una tarde perfecta para disparar, y también lo sería la noche.

–Dígame, señor Simmons, ¿han hecho muchas prácticas con los cañones grandes?

–Bueno, señor -dijo el primer oficial-, solíamos disparar una vez por semana al principio de nuestra misión, pero la Junta Naval recortó tanto el gasto de pólvora y balas que el capitán Hamond se desanimó.

Jack asintió con la cabeza; también él había recibido esas cartas quejumbrosas, prepotentes e indignantes que extrañamente terminaban con la frase "sus afectuosos amigos".

–Así que ahora -prosiguió- sólo disparamos por divisiones una vez al mes. Aunque, por supuesto, los sacamos y volvemos a meterlos dentro al menos una vez por semana cuando se llama a todos a sus puestos.

Jack recorrió intranquilo el costado de barlovento del alcázar. Era bueno mover los cañones, pero no era lo mismo que dispararlos. No se parecía en nada. Pero una andanada de la Lively costaría diez guineas. Mientras le daba vueltas a eso en la cabeza, fue a la cabina del segundo oficial para echar un vistazo a la carta marina. Mandó llamar al condestable, el cual le dio una relación de la pólvora y los cartuchos llenos que estaban disponibles y su opinión de cada cañón; los cuatro cañones largos de nueve libras eran sus favoritos, y hacían la mayor parte de los disparos de la Lively, manejados por él, sus ayudantes y los artilleros mayores.

En el horizonte, por la amura de babor, apareció la línea irregular de la costa francesa, y la Lively cambió de bordo. ¡Con qué facilidad se podía gobernar! Se colocó suavemente contra el viento, se abatió, y sus velas se hincharon tras recorrer apenas una

distancia de un cable, casi sin perder velocidad. A pesar de todo el despliegue de velamen y de todas las escotas de las velas de estay que había que atar, apenas transcurrió un cuarto de hora entre la llamada "¡todos a cubierta!" y el momento en que los gavieros empezaron a tensar y atar los cabos y Francia comenzó a desaparecer de su vista por popa.

¡Qué bien gobernada estaba! Sin ruido, sin confusión, sin sombra de duda sobre cómo respondería. Y ya había alcanzado los ocho nudos; podría adelantar a cualquier embarcación de jarcia de cruz. Pero, ¿de qué servía eso si no iban a poder darle al enemigo cuando se encontraran con él?

–Cambiaremos de bordo, señor Norrey -le dijo al segundo oficial, que ahora se encontraba de guardia-. Y luego tenga la amabilidad de llevarla a media milla de Balbec, sólo con las gavias.

–Stephen -dijo unos minutos más tarde-. ¿Cómo fue la operación?

–Muy bien, gracias -dijo Stephen-. Fue la mejor demostración posible de mi método; era un caso perfecto para una

intervención inmediata, había buena luz y mucho espacio. Y el paciente sobrevivió.

–¡Muy bien, muy bien! Dime Stephen, ¿me harías un favor?

–Es posible -dijo Stephen, con aire desconfiado.

–Quisiera que trasladaras tus animales al jardín. Se van a disparar los cañones de la cabina y el ruido podría resultarles perjudicial. Además, no quiero que se prepare otro motín.

–¡Oh, desde luego! Yo llevaré el panal y tú te encargarás de la sujeción de cardán. Vamos a hacerlo ahora mismo.

Cuando Jack volvió, todavía temblando y con el sudor corriendo a lo largo de la columna vertebral, llamaban a todos a sus puestos. Tras el redoble de tambores, los tripulantes de la Lively corrieron a ocupar sus posiciones en la forma habitual, pero sabían muy bien que aquel no era un ritual ordinario, no sólo por la insólita actividad del condestable y sus expresivas miradas, sino porque a la señora Miller se le había pedido que bajara a la bodega y un guardiamarina con un montón de cojines la había acompañado, enseñándole el camino. Y le habían preguntado si le molestaba el ruido, a lo que ella

había respondido:

–¡Oh, no! ¡Me encanta!

La fragata iba deslizándose a media milla de la costa sólo con las gavias, tan cerca que podía verse un rebaño de ovejas y su pastor, que estaba sentado sobre la hierba y miraba hacia el mar; y a los tripulantes de la Lively no les sorprendió que, después que todos habían respondido que estaban presentes y sobrios, se diera la orden: "¡Quitar los tapabocas!".

Para quitar algunos tapabocas fue necesario un enorme esfuerzo, porque habían permanecido mucho tiempo en las bocas de los cañones; pero cuando la fragata se acercaba a la batería del pequeño puerto de Balbec, todos los cañones, ya con sus ojos de hierro abiertos de par en par, le apuntaban fijamente. Era una batería pequeña, de tres cañones de veinticuatro libras, sobre una isleta frente a la ensenada; enseguida quedó oculta por su propio humo y sólo se veía por encima de éste la inmensa bandera tricolor.

–Dispararemos los cañones sucesivamente, señor Simmons –dijo Jack-, a intervalos de medio minuto. Yo daré la orden. Señor

Fanning, anote el alcance de cada cañonazo y el número del cañón que lo ha disparado.

Los artilleros franceses disparaban con precisión, pero eran lentos; sin duda alguna, les faltaban hombres. Derribaron el fanal de popa de la Lively con la tercera andanada, pero sólo habían hecho un agujero en la gavia mayor cuando la fragata se colocó a la distancia que Jack había elegido, desde donde daría la orden de disparar. La Lively disparaba con lentitud e imprecisión; sus hombres no sabían mantener el fuego a discreción ni sabían nada sobre la elevación de los cañones. Sólo un disparo de los cañones de estribor alcanzó la batería, y tras el último cañonazo se oyeron gritos de burla desde tierra.

La fragata estaba casi frente a la batería, a poco más de un cuarto de milla de distancia.

–¿Se han sacado los cañones de proa, señor Simmons? –preguntó Jack-. Entonces, les dispararemos una andanada. Mientras esperaba el momento adecuado del balanceo del barco, un cañonazo de veinticuatro libras perforó el casco de la Lively cerca del palo de

mesana y otro atravesó el alcázar con gran estrépito. Observó que dos guardiamarinas esquivaron la bala y después le dirigieron una mirada angustiosa para comprobar si él lo había visto todo; nunca antes habían estado al alcance de los disparos.

–¡Fuego! – dijo Jack.

Toda la fragata estalló en un enorme estruendo que la hizo temblar hasta la quilla. Durante unos instantes, el humo oscureció el sol, y luego se alejó por sotavento. Jack, inclinándose sobre el pasamanos, miraba ansioso; las cosas estaban empezando a mejorar, pues habían saltado piedras y la bandera se tambaleaba.

Los tripulantes de la Lively daban vivas, pero manejaban los cañones mucho menos rápidamente que aferraban las gavias. Los minutos pasaban con calma. Un cañonazo de la batería alcanzó la popa de la Lively. "Quizás el impacto haya sido en el jardín", pensó, albergando esperanzas en medio de su terrible ansiedad.

–¡Orientar la gavia mayor! ¡Bordada a estribor! ¿Va a hacer que esos cañones disparen, señor Simmons?

El alcance de los disparos era cada vez mayor. Una bala llegó

hasta los botes en las botavaras, haciendo saltar tablones y astillas.

–¡Timón a babor! Así, así. ¡Fuego! Todos preparados.

Preparados. ¡Ya!

Sólo dos cañonazos dieron en el blanco, pero uno de ellos alcanzó de lleno un cañón en la tronera, silenciándolo. La Lively viró, disparó los cañones de babor sucesivamente -los hombres se habían quitado ya las camisas- y después una andanada. Cuando se colocó despacio delante de la batería por segunda vez, acercándose mucho más, con las carronadas listas para disparar, observaron cómo los pocos hombres de la guarnición se acercaban a la costa remando enérgicamente, apretujados en un pequeño bote, ya al otro se le había roto la amarra y se había ido a la deriva.

–¡Fuego! – dijo Jack.

La batería saltó por los aires formando una nube de polvo y lascas de piedra.

–¿Cómo están nuestros botes? – preguntó a un guardia-marina que estaba en el alcázar.

–Le han dado a su bote, señor. Los otros están bien.

–Bajar el cúter. Señor Dashwood, tenga la amabilidad de traer en el cúter los cañones que sean utilizables y los restos de la bandera déselos a la señora Miller con todo el respeto de los hombres de la Lively. Y recoja el bote francés, por favor. Así estaremos empatados.

La fragata se movía suavemente, cabeceando con el oleaje, mientras el cúter se apresuraba a cruzar el mar y volver. En el pequeño puerto nada más había embarcaciones de pesca; no había nada que hacer allí.

–Sin embargo -dijo cuando se habían subido los botes-, por el bien de la Armada es preciso que disparemos un poco más con la batería. Subir el foque. Vamos a ver si podemos mejorar y tardamos menos de cuatro minutos y medio entre dos andanadas, señor Simmons.

La fragata siguió disparando, destrozando, pulverizando el montón de escombros; las brigadas de artilleros, muy orgullosas de sí mismas, manejaban sus cañones con mucho cuidado, aunque sin demasiada precisión.

Cuando se alejaron de allí, el manejo de los cañones había mejorado, la coordinación era más parecida a la que Jack deseaba conseguir y los hombres estaban más acostumbrados al estruendo y al movimiento brusco de sus armas mortales; pero, sin duda, el ritmo seguía siendo muy lento.

–Bien, señor Simmons -le dijo al primer oficial, que lo miraba con cierta inquietud-, no ha estado tan mal. Los números cuatro y siete han disparado muy bien. Pero si podemos conseguir que disparen con precisión tres andanadas en cinco minutos, entonces nada podrá detenernos. Debemos saludar de esta misma forma a todas las baterías francesas que encontremos a nuestro paso; esto es mucho más divertido que dispararle a un blanco, y nuestros "afectuosos amigos" no tendrán nada que objetar. Espero que prestemos servicio en el Canal un poco más de tiempo antes de que nos destinen al extranjero.

No habría formulado este deseo si hubiera sabido con qué asombrosa rapidez iba a hacerse realidad. La Lively todavía no había anclado en Spithead cuando recibió órdenes de que pusiera

inmediatamente rumbo a Plymouth, donde debía hacerse cargo de un convoy que se dirigía al norte; podían olvidarse de las Bermudas hasta dentro de algunas semanas, o tal vez para siempre. En el bote del almirante del puerto también llegó un enviado del nuevo agente de Jack, que traía un cheque de ciento treinta libras, más de las que Jack hubiera esperado nunca, y una carta del general Aubrey, en la cual le anunciaba su regreso de Saint Muryan, el municipio más maloliente de todo Cornualles, propiedad de su amigo el señor Polwhele, donde habían apoyado su sencillo programa electoral que proponía la "muerte a los liberales". "Ya he escrito mi discurso inaugural", escribía el general, "y voy a pronunciarlo el lunes. Les dejará totalmente perplejos, mostrándoles una corrupción tal que nadie podría imaginarse que existe. Y leeré otro, peor, después del receso, si ellos no se interponen. Hemos derramado sangre por nuestra patria, y que me ahorquen si nuestra patria no puede derramar sangre por nosotros, moderadamente". La palabra "moderadamente" estaba tachada, y la carta concluía con el deseo de que Jack pusiera el nombre de su hermano pequeño en el diario

de navegación y otros libros del barco, "ya que algún día podría resultar muy útil". El rostro de Jack adoptó una expresión meditabunda; no le desagradaba que se derramara sangre, estaba completamente a favor, pero, por desgracia, conocía la idea de la discreción que tenía su padre. Apresuradamente bajaron a la señora Miller a tierra, quien iba tan orgullosa como Poncio Pilatos con el trozo de bandera. Luego continuaron su recorrido en zigzag por el Canal, contra vientos del oeste y del suroeste. Sólo se detuvieron una vez, cuando celebraron que Jack hubiera conseguido una fortuna y la elección del general Aubrey destruyendo una batería del promontorio de Barfleur, tierra adentro, y el puesto de señales del cabo Levi. La fragata consumió un barril de pólvora tras otro, esparciendo varias toneladas de hierro sobre el paisaje francés; la artillería había mejorado visiblemente. La tripulación de la Lively sentía casi tanto placer al destruir las obras del enemigo como al dispararle a sus hombres; tirar a un blanco en el mar no podía provocar ni una alegría igual ni la décima parte del entusiasmo que despertaba disparar contra las ventanas del puesto de señales, con

los cañones casi elevados al máximo. Y cuando por fin le dieron a éste, cuando se desvanecieron con enorme estrépito los cristales y toda la estructura, lanzaron vivas como si hubieran hundido un barco de línea; y todos los que estaban en el alcázar, incluyendo al capellán, rieron y gritaron alborozados como si estuvieran en una fiesta.

No habría formulado el deseo si hubiera sabido que significaría privar a Stephen de las delicias de los trópicos que le había prometido, por no mencionar el placer que representaría para él mismo pasearse por tierra firme en Madeira, las Bermudas o las Antillas sin que le persiguieran, sin mirar hacia atrás ansiosamente, sólo importunado por los franceses y quizás por los españoles y la fiebre amarilla.

Sin embargo, allí estaba el deseo, formulado y hecho realidad;

y allí estaba Jack, al socaire de la isla de Drake, con Plymouth Hoe por la amura de babor, esperando que la 92a Infantería subiera a los transportes de guerra en Hamoaze, lo cual sería una tarea compleja, a juzgar por la total falta de preparación.

–Jack -dijo Stephen-, ¿vas a visitar al almirante Haddock?

–No -dijo Jack-. No iré. He jurado no bajar a tierra, ya lo sabes.

–Sophie y Cecilia todavía están allí -señaló Stephen.

–¡Oh! – exclamó Jack, y empezó a pasearse de un lado a otro de la cabina-. Stephen, no bajaré. ¿Qué puedo ofrecerle, Dios santo? Le he dado muchas vueltas al asunto. Estuvo mal que la persiguiera hasta Bath, fue muy egoísta por mi parte, no debí haberlo hecho; pero me dejé llevar por los sentimientos, ya sabes. ¿Qué clase de partido soy yo? Capitán de navío, si quieres, pero endeudado hasta el cuello, y sin demasiadas perspectivas si Melville se marcha. Un tipo que va escondiéndose, a hurtadillas, como un ratero con los alguaciles pisándole los talones. No. No volveré a acosarla como hice en el pasado. Y no voy a dejar que se me vuelva a desgarrar el corazón. Además, ¿qué puedo importarle, después de todo esto?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14

–Perdone, señorita, ¿puede usted decirme dónde está la

señorita Williams? – preguntó el mayordomo del almirante-. Un caballero desea verla.

–Bajará enseguida -dijo Cecilia-. ¿Quién es?

–El doctor Maturin, señorita. Me encargó especialmente que dijera que es el doctor Maturin.

–¡Oh! Hazle pasar, Rowley-dijo Cecilia-, yo le atenderé mientras tanto. ¡Querido doctor Maturin! ¡Qué sorpresa verle por aquí! Le aseguro que estoy asombrada. ¡Qué estupenda la noticia sobre nuestro querido capitán Aubrey y la Fanciulla! ¡Pero pensar que el pobre Polychrest se hundió bajo las olas! Sin embargo, usted salvó sus ropas, ¿verdad? ¡Oh, nos alegramos tanto cuando lo leímos en la Gazette! Sophie y yo nos cogimos de las manos y saltamos como ovejas por la habitación rosa gritando: ¡Hurra! ¡Hurra! Aunque estábamos muy apenadas. ¡Dios mío, doctor Maturin, estábamos tan apenadas! No habíamos parado de llorar, y cuando fui al baile del

almirante del puerto estaba hinchada, horrible; Sophie ni siquiera fue, pero no se perdió nada, pues fue un baile estúpido, con todos los jóvenes en la puerta y sólo los vejetes bailando -¡llamar a eso bailar!– por orden de rango. Sólo me levanté una vez. ¡Oh, cómo lloramos! Los pañuelos estaban empapados, se lo aseguro. Y es que es muy triste, desde luego. Pero ella podría haber pensado en nosotras. Nunca podremos llevar de nuevo la cabeza alta. Me parece que fue injusto por su parte… Podría haber esperado hasta que nos casáramos. Creo que es una… Pero no debo decírselo a usted, porque sé que hace mucho, mucho tiempo estaba encaprichado con ella, ¿verdad?

–¿Qué la afligió tanto?

–Pues, Diana, por supuesto. ¿No sabía nada? ¡Oh, Dios!

–Por favor, cuéntemelo.

–Mamá dice que no debo hablar de ese tema. Y nunca lo haré. Pero si me promete que no se lo dirá a nadie, se lo contaré. Diana es la mantenida de ese Canning. Creí que le sorprendería. ¿Quién podía imaginarlo? Mamá no, a pesar de ser tan perspicaz. Estaba furiosa;

todavía lo está. Dice que ha acabado con nuestras posibilidades de hacer un buen matrimonio, lo que es una lástima. No es que me preocupe mucho hacer un buen matrimonio, pero no quiero ser una solterona. Le tengo horror a eso. Silencio, oigo que cierra la puerta, ya baja. Les dejaré solos, no haré de carabina. Aunque sea de estatura pequeña no creo que nadie puede confundirme con una carabina. No dirá nada, ¿verdad? Recuerde que me lo prometió.

–¡Sophie, querida! – dijo, dándole un beso-. ¿Cómo está? Responderé a sus preguntas enseguida. Jack ha sido ascendido a capitán de navío. Hemos venido en esa fragata que está junto a la pequeña isla. Tiene un mando provisional.

–¿Qué fragata? ¿Dónde? ¿Dónde?

–Mire -dijo Stephen haciendo girar sobre su base el telescopio de latón del almirante-, ahí le tiene, dando paseos por el alcázar con sus viejos pantalones de nanquín.

Allí, en el brillante círculo, Jack iba y venía del saltillo hasta la última carronada de popa.

–¡Oh! – exclamó- ¡Tiene una venda en la cabeza! No… no

serán otra vez sus pobres orejas, ¿verdad?

–No, no, es una simple herida en el cuero cabelludo. No tiene

más de una docena de puntos.

–¿No bajará a tierra? – preguntó.

–No. ¿Bajar a tierra para que le arresten por deudas? Sus

amigos no permitirían que le detuvieran por la fuerza… ni ninguna

mujer de corazón bondadoso le pediría que se expusiera a ello.

–No, no, desde luego. Me había olvidado…

Cada vez que Jack daba la vuelta miraba hacia Mount

Edgcumb, la residencia oficial del almirante Haddock. Sus miradas

parecían cruzarse, y ella retrocedió.

–¿No está bien enfocado?

–No, no. Es que mirar así es indiscreto, incorrecto. ¿Cómo

está? ¡Me alegra tanto que…! ¡Estoy tan desconcertada! Todo ha sido

tan de repente… no me lo imaginaba. ¿Cómo está? ¿Y cómo está

usted? ¿Cómo está usted, querido Stephen?

–Bien, gracias.

–No, no, no lo está. Venga, venga enseguida a sentarse.

Stephen, ¿le ha contado algo Cissy?

–No tiene importancia -dijo Stephen, desviando la mirada-.

Dígame, ¿es verdad?

Ella no pudo responder; se sentó a su lado y le cogió la mano.

–Ahora, escúcheme, cariño -dijo él, devolviéndole la ternura

de su gesto.

–¡Oh, discúlpenme! – dijo el almirante Haddock asomándose y

retirándose inmediatamente.

–Escúcheme, cariño. La fragata Lively tiene orden de navegar

por el Canal hasta Nore con esos estúpidos soldados. Zarpará en

cuanto todo esté listo. Debe usted subir a bordo esta tarde y pedirle

que la lleve hasta los downs.

–¡Oh, nunca, nunca podría hacer algo así! Sería incorrecto…

atrevido, desvergonzado, impertinente… incorrecto.

–En absoluto. Con su hermana sería correcto, algo de lo más

corriente. Vamos, querida, empiece ya a hacer su equipaje. Ahora o

nunca. Es posible que esté en las Antillas el mes próximo.

–Nunca. Sé que usted lo dice con buena intención -es usted

muy bueno, Stephen-, pero una joven no puede, no puede hacer esas cosas.

–Bien, no tengo más tiempo -dijo Stephen, poniéndose de pie-. Escúcheme. Haga lo que le digo. Haga su equipaje y suba a bordo. Ahora es el momento. Ahora o estarán a tres mil millas de distancia, separados por el triste mar y los años perdidos.

–¡Estoy tan desconcertada! Pero no puedo. No, nunca lo haré. No puedo. Y es posible que no me quiera -dijo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y retorciendo el pañuelo desesperadamente y moviendo la cabeza de un lado a otro murmuró:

–No, no, nunca.

–Que pase un buen día, Sophie -dijo-. ¿Cómo puede ser tan ingenua, tan remilgada? ¡Qué vergüenza, Sophie! ¿Dónde está su valor? Eso es, precisamente, lo que él más admira en el mundo.

En su diario escribió: "Nunca había visto reunidas en un solo lugar tanta vileza, tanta miseria y tanta suciedad como en la ciudad de Plymouth. Todos los puertos donde he estado eran lugares

pestilentes y deplorables, pero Plymouth es el peor. Y la zona o suburbio que llaman Dock es todavía peor que Plymouth; es como Sodoma comparado con Gomorra. Al pasar por sus sucias callejuelas, fui llamado, importunado por sus monstruosos habitantes, machos, hembras y homosexuales, mientras me dirigía al asilo de pobres, donde tienen a los viejos hasta que les entierran con aparente dignidad. Todavía siento la profunda tristeza que me invadió al verlo. La medicina me ha hecho conocer la miseria en muchas formas, no soy melindroso; pero la inmundicia, la crueldad y la total ignorancia que hay en ese lugar, y en su hospital, superan todo lo que había visto o imaginado. Un viejo que había perdido el juicio estaba encadenado en la oscuridad, sentado sobre sus propios excrementos, desnudo, cubierto sólo por una manta; y había niños idiotas; y azotainas. Conocía todas estas cosas, no son nada nuevo; pero al ver hasta qué extremo llegaban allí, ya no sentí indignación sino asco y desesperación. Fue un milagro que acudiera a la cita con el capellán para asistir a un concierto; mis pies, más serenos que mi cabeza, me llevaron hasta el lugar. Extraña música, muy bien

interpretada, especialmente la trompeta; era de un compositor alemán, un Molter. La pieza, en mi opinión, no decía nada, pero servía para ofrecer un agradable fondo de violoncelos e instrumentos de viento de madera donde la trompeta emitía exquisitos sonidos, dando colorido a la estructura formal y elegante. Creía que la música era el modo de encontrar la definición de una idea que no estaba clara para mí, lo mismo que pensaba que la belleza física y el estilo eran la virtud, o que reemplazaban la virtud, o que la virtud estaba en otro plano. Pero aunque la música apartó estos pensamientos durante un tiempo, ahora han vuelto, y no tengo fuerza de voluntad para poner en claro ésta ni cualquier otra situación. En mi país hay una lápida romana que lleva inscrito Fui non sum non curo, y a menudo me tumbaba junto a ella a escuchar los chotacabras, y sentía allí una gran paz, una gran tranquilitas animi el indolentia corporis. Digo país, en singular, y sin embargo, arde aún entre las cenizas de la cobarde indulgencia la llama del odio hacia los españoles y pervive el deseo de conseguir la independencia catalana". Miró por la ventana de la cabina, observó el agua de

Sound, grasienta, con la indescriptible inmundicia de Plymouth y hasta una rata hinchada flotando en ella, y luego metió la pluma en el tintero. "Pero por otra parte, cuando pienso en qué harán con la independencia, cuando pienso en todas las posibilidades de ser felices que tenemos y en nuestro Estado actual, me pregunto si esa llama seguirá ardiendo. ¡Hay tantas posibilidades y a la vez tanta miseria! El odio es la única fuerza motriz, una lucha amarga y llena de rabia; la niñez es la única felicidad, pero uno no lo sabe. Luego uno mantiene una batalla que no es posible ganar, una batalla perdida contra la enfermedad y casi siempre contra la pobreza. La vida es una larga enfermedad que sólo puede terminar de una manera, y sus últimos años son espantosos: uno es débil, está torturado por la muerte, tiene dolores reumáticos, va perdiendo el juicio, ya no tiene ocupación ni familia ni amigos; un hombre debe rezar por ser imbécil o tener un corazón de piedra. Todos estamos sentenciados a muerte, que a menudo es ignominiosa y con frecuencia dolorosa; además, las oportunidades de ser felices se pierden con indescriptible facilidad por los celos, las riñas, el

resentimiento, la vanidad y el falso sentido del honor, ese concepto estúpido y peligroso. No tengo mucha agudeza -mi comportamiento respecto a Diana lo prueba-, pero hubiera jurado que Sophie era menos superficial, más decidida, enérgica, valiente. Pero, por supuesto, ella no conoce los sentimientos de Jack como yo". Volvió a levantar la vista de la página y vio su rostro. Ella estaba allí, a pocos pies por debajo de él, pasando de izquierda a derecha en el bote que rodeaba la popa de la fragata; miraba hacia arriba, hacia el coronamiento, por encima de la ventana de la cabina, con la boca ligeramente abierta, mordiéndose un labio, y con una expresión asustada en sus enormes ojos. El almirante Haddock estaba sentado junto a ella, y Cecilia.

Cuando Stephen llegó al alcázar, el almirante daba su opinión sobre el cáñamo de Manila, y Jack y Sophie, a cierta distancia uno del otro, le miraban atentos. "Su expresión", pensó Stephen, "no es preocupada sino consternada. Está turbado, le responde al almirante sin pensar en lo que dice".

–Y a todo esto se le debe dar alquitrán, en caso de que se use

cáñamo corriente -dijo el almirante.

–¿Alquitrán? ¡Oh, por supuesto! Con… con una brocha, me imagino -dijo Sophie, ruborizándose de nuevo, y su voz se apagó.

–Así que le confío a las jóvenes, Aubrey -dijo el almirante-. Dejo esa responsabilidad sobre sus hombros -dos estupendas jóvenes son una gran responsabilidad- y las mandaré a bordo el jueves.

–A fe mía, señor, que es usted muy amable, aunque esto no es apropiado para una dama; es decir, es muy apropiado, pero reducido. Me sentiría muy feliz, más que feliz, de prodigar a la señorita Williams todas las atenciones posibles.

–¡Oh, no se preocupe por ellas! Son jóvenes, ¿sabe?, y pueden soportar todo, no se preocupe. Piense en el dinero que va a ahorrarles en horquillas. Alójelas en cualquier parte. En la cabina del doctor, ¡ja, ja, ja! ¡Ah, está usted ahí, doctor Maturin! Me alegro de verle. No le importaría, ¿verdad? ¿Eh? Ja, ja, ja. Le vi, astuto zorro. Tenga cuidado con él, Aubrey, es un tipo astuto.

Los escasos oficiales que había en el alcázar fruncieron el

entrecejo. El almirante pertenecía a un grupo de la Armada más antiguo y grosero; además, había estado comiendo con su libertino compañero, el almirante del puerto.

–Entonces, todo arreglado, Aubrey -continuó-. Estupendo, estupendo. Vamos, Sophie; vamos Cecilia. A la guindola; sujetaos la falda, cuidado con el viento.

Y cuando las jóvenes bajaban en la horrible guindola, casi en un susurro, añadió:

–Quiero decirle algo, Aubrey. ¿Ha leído usted el discurso de su padre? Me imaginaba que no. Dijo en la Cámara de los comunes: "Y ahora pasemos a considerar la Armada. Ahí también encontramos que la anterior administración permitía o, mejor dicho, fomentaba una enorme laxitud y una corrupción sin precedentes. Mi hijo, un oficial en activo, me ha dicho que las cosas estaban muy mal: los oficiales eran ascendidos simplemente por sus influencias y los cabos y las velas dejaban mucho que desear. Y para colmo, señor presidente, se permitía llevar a bordo mujeres, mujeres. Escenas de indescriptible libertinaje, más apropiadas, mucho más apropiadas

para los franceses". Bien, si acepta usted el consejo de un viejo, evitará que siga hablando. Eso no le servirá de provecho en la Armada. Escuche la voz de la experiencia. ¿Me ha comprendido?

Con una mirada perspicaz, el almirante bajó por el costado, recibiendo los honores que le correspondían por su alto rango. Y después de permanecer un tiempo observándole, en señal de respeto, Jack se volvió hacia un mensajero y dijo:

–Avise al carpintero. Señor Simmons, tenga la amabilidad de escoger a los marineros que mejor trabajen con la piedra arenisca y los lampazos y mándelos a popa. Y dígame, ¿cuál de los oficiales tiene mejor gusto?

–¿Gusto, señor? – preguntó Simmons.

–Sí, sí, gusto artístico. Ya sabe, que aprecie lo sublime.

–Bueno, señor, no creo que ninguno tenga talento para eso.

No recuerdo que se haya mencionado siquiera lo sublime en la sala de oficiales. Pero hay un marinero de la brigada de carpinteros, Mallet, que ocultaba mercancía robada, sobre todo obras de arte sublimes, según creo, obras antiguas de grandes maestros y otras

cosas. No es muy joven ni fuerte, así que ayuda al señor Charnock en la ebanistería y trabajos delicados; pero seguro que sabe apreciar lo sublime mejor que nadie en el barco.

–Hablaré con él. Necesito algunos adornos para la cabina.

Espero que sea de fiar, que no escape al bajar a tierra.

–¡Oh, no, por Dios, Señor! Se ha escapado dos veces. Y en Lisboa intentó llegar a la costa en un barril. Una vez le robó un traje a la señora Armstrong y trató de escabullirse, haciendo creer al sargento de infantería que era una mujer.

–Entonces irá con Bonden y un grupo de infantes de marina.

Señor Charnock -le dijo al carpintero, que estaba esperando allí-, venga conmigo y veremos lo que se puede hacer en la cabina para que sea apropiada para una dama. Señor Simmons, mientras nosotros nos ocupamos de esto, dígale al velero, por favor, que empiece a hacer una alfombra de lona con cuadros blancos y negros, como la del Victory. No hay que perder ni un minuto.

Luego, en la relativa intimidad de la cabina, dijo:

–¡Stephen, amigo mío! – poniéndole su enorme brazo, como el

de un oso, alrededor de los hombros-. ¿No estás sorprendido? ¡Qué suerte que tengo un poco de dinero! Vamos, dame alguna idea para mejorar la cabina.

–La cabina está muy bien así. Es muy apropiada. Lo que hace falta es otra cama colgante, un simple coy, con las mantas y las almohadas necesarias.

–Podemos desplazar el mamparo hacia delante unas dieciocho pulgadas -dijo Jack-. A propósito, ¿tendrías algún inconveniente en mandar tus abejas a tierra por un tiempo?

–No las mandé a tierra cuando estaba la señora Miller. No las afectaron los caprichos tiránicos de la señora Miller. Están empezando a acostumbrarse a su entorno… ¡Han empezado a hacer un panal!

–Amigo mío, insisto. Te doy mi palabra de que mandaría a tierra mis abejas si tuviera que hacerlo por ti. Y ahora quiero pedirte un gran favor. Me parece que te he contado que una vez estuve cenando con lord Nelson.

–No más de doscientas o trescientas veces.

–Y creo que te describí sus elegantes bandejas de plata. Están hechas aquí. Por favor, ¿podrías bajar a tierra y encargarme cuatro, si alcanza con esto? Si no, dos. Deben tener una guindaleta en el borde. ¿Te acordarás de eso? El borde, el contorno, debe tener forma de guindaleta. Mallet -dijo, volviéndose hacia un joven de aspecto envejecido, con pelo ralo que le caía en largos rizos, que se movía nerviosamente junto al primer oficial-. El señor Simmons me ha dicho que es usted un hombre de gusto.

–¡Oh, señor! – dijo Mallet, tratando de contener su emoción-. Es muy amable por su parte. En verdad, tenía pretensiones tiempo atrás. Puse mi granito de arena en el Pabellón real, señor.

–Muy bien. Quiero algunos adornos para la cabina, ¿sabe? Un espejo, un enorme espejo. Cortinas. Sillas elegantes. Tal vez… ¿cómo le llaman ustedes?… un puf. Todo lo apropiado para una joven dama.

–Sí, señor. Lo entiendo. ¿De qué estilo, señor? ¿Chinesco, clásico, neoclásico?

–Del mejor estilo, Mallet. Y si puede traer algunos cuadros,

mejor. Bonden irá con usted para evitar que le estafen, que le den un cuadro de Rafael por uno de Rembrandt. El llevará el dinero.

Los últimos días que Stephen pasaba en la Lively le resultaban tediosos y difíciles de soportar. Limpiaban la cabina una y otra vez y había en ella un fuerte olor a pintura, cera de abeja, trementina y lona alquitranada; los dos coyes eran cambiados de sitio varias veces al día, con macetas con geranios alrededor de ellos; estaba cerrada con llave, era terreno prohibido, a excepción de un pequeño espacio en el que tenía que dormir en la desagradable compañía de Jack, que se pasaba la noche dando vueltas y roncando. Y mientras la atmósfera de la fragata era cada vez más parecida a la del Polychrest cuando estaba al borde del amotinamiento, con miradas llenas de rabia y cuchicheos, su capitán, en cambio, estaba muy animado, reía, chascaba los dedos y daba saltos por cubierta. Los oficiales casados le miraban con maliciosa satisfacción, los demás con desaprobación.

Stephen fue a la casa del almirante Haddock y se sentó con Sophie en la glorieta, que daba a Sound.

–Le encontrará usted muy cambiado -dijo-. Aunque al verle ahora usted no lo creería, ha dejado de ser tan alegre. Es más taciturno y tiene menos inclinación a hacer amigos. Le he observado en este barco, sobre todo; está mucho más apartado de los oficiales y la tripulación. Además, soporta con más paciencia la frustración y desea con menos vehemencia muchas cosas. Verdaderamente, diría que el joven que había en él ya no existe, al menos no existe el joven impetuoso que yo conocí. Pero cuando el hombre alcanza la madurez y la invulnerabilidad, parece que inevitablemente se vuelve indiferente a muchas cosas que le causaban alegría.

Y al ver la mirada asustada de Sophie, añadió:

–No me refiero, por supuesto, al placer de su compañía. A fe mía, Sophie -la miraba con los ojos entrecerrados-, tiene usted un aspecto maravilloso hoy. Su pelo… ¿se lo estuvo cepillando, verdad? Bien, lo que ocurre es que ahora es un oficial más experto pero un hombre más triste.

–¿Triste? ¡Oh, Stephen!

–Y su futuro me preocupa, debo confesarlo. Por lo que tengo

entendido, puede haber cambios en Whitehall de un momento a otro. Tiene pocas influencias, y a pesar de que es, indudablemente, un oficial bueno y competente, es posible que no consiga otro barco. Hay cientos de capitanes de navío desempleados. He encontrado a muchos de ellos en ese horrible terreno baldío que llaman Hoe, mirando con avidez los barcos que estaban en Sound. Se le terminará pronto el mando provisional y luego se quedará en tierra. En la actualidad, hay sólo ochenta y tres navíos de línea en misión, ciento una fragatas y alrededor de una veintena de otros navíos. Y Jack es el número 587 de una lista de 639. Sería más sencillo si fuera todavía un capitán de corbeta, o incluso un teniente, habría más posibilidades de trabajo.

–Pero el hecho de que el general Aubrey esté en el Parlamento será beneficioso, ¿no?

–Sí, si se le pudiera convencer de que mantuviera la boca cerrada. Ha estado hablando por los codos en la Cámara y le ha puesto a Jack el sello de Tory radical. Y Saint Vincent y sus amigos son rabiosos Whigs, ya sabe, y son sus ideas las que predominan en

la Armada.

–¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Tal vez pueda conseguir una estupenda presa. Se lo merece. El almirante dice que la Lively es una de las fragatas con mejores cualidades para la navegación de todas las que conoce; la admira mucho.

–Así es. Navega muy velozmente con extrema suavidad, es un placer sentirlo, y su tripulación cumple con celo sus obligaciones. Pero, querida mía, el tiempo de las estupendas presas ha pasado ya. Al principio de la guerra había barcos franceses y holandeses que hacían el comercio con las Indias, pero ahora no queda ni uno en el mar. Y tendría que capturar una docena de fanciullas para poder pagar sus deudas y bajar a tierra sin peligro… a propósito, vendrá a verla el domingo. Nos encantará librarnos de él un rato; por favor, reténgale lo más posible o los hombres se amotinarán. No sólo les obliga a limpiar el barco por debajo de la línea de flotación sino que también les exige que peinen a los corderos.

–Estaremos muy contentas de verles a los dos. Y dígame, por favor, ¿son los corderos una parte del barco? Me he leído todo el

Diccionario de Marina para conocer las maniobras, pero no recuerdo haber encontrado los corderos.

–Podrían ser una parte, porque en su bárbara jerga tienen culebras, pericos, gatas y camellos; y a bordo hay corderos, carneros, ovejas, carneros castrados y ovejas de dos años, pero estos animales sirven de alimento: son corderos, literalmente. Ha acumulado provisiones que serían excesivas para dos ogros -un tonel de pastas de té (que estarán rancias), cuatro quesos de Stilton, una cesta con jabón perfumado, toallas- y ahora ordena lavar y peinar los corderos dos veces al día. Invítele a comer… deje que se quede a cenar… y tal vez podamos tener un poco de paz.

–¿Qué le gustaría comer? Un pudding, desde luego, y quizás carne adobada. ¿Ya usted, Stephen, qué le gustaría? Algún plato con setas, lo sé.

–Desgraciadamente, estaré a cientos de millas de distancia. Tengo que hacer un encargo del capitán Aubrey y luego tomaré el coche de la tarde. No creo que regrese hasta dentro de mucho tiempo. Aquí está mi dirección en Londres, la he escrito en esta

tarjeta para usted. Por favor, mándeme unas líneas para saber si le ha gustado el viaje.

–¿No vendrá usted, Stephen? – dijo Sophia, apretando su brazo-. ¿Qué me ocurrirá?

–No, querida. La dejo a la deriva. Nadará o se hundirá, Sophie. Nadará o se hundirá. ¿Dónde está mi sombrero? Vamos, déme un beso. Debo irme.

–Jack -dijo, entrando en la cabina-, ¿qué estás haciendo?

–Estoy tratando de mantener en pie esta condenada planta. Haga lo que haga, se marchitan. Las riego antes del desayuno y de nuevo en la guardia de segundo cuartillo, pero se marchitan. Esto es horrible.

–¿Con qué las riegas?

–Con la mejor agua, directamente sacada del barril de agua fresca.

–Si las riegas con esa asquerosa decocción que bebemos y usamos para lavarnos, claro que se marchitarán. Debes mandar que bajen a tierra y traigan agua de lluvia, y si sigues con ese ritmo de

riego, algunas plantas acuáticas.

–¡Qué admirable idea, Stephen! Lo haré enseguida. Gracias. Pero aparte de estos condenados vegetales, ¿no crees que ha quedado bastante bien? La esposa del condestable dice que nunca en su vida ha visto nada igual, y sugirió que pusiéramos algo para colgar la ropa y un acerico.

La cabina era una mezcla de burdel y funeraria, pero Stephen sólo dijo que estaba de acuerdo con la señora Armstrong y sugirió que quizás tendría un aire menos fúnebre si las macetas no estuvieran colocadas tan ordenadamente alrededor de cada coy.

–Te he traído las bandejas -dijo, dándole un paquete envuelto en fieltro verde.

–¡Oh, gracias, gracias, Stephen! ¡Qué amable eres! Esto es elegancia, sí señor. ¡Cómo brillan! ¡Oh, oh! (Su rostro se ensombreció.) Stephen, no quisiera parecer ingrato, pero dije guindaleta, ¿sabes? El borde tenía que tener una guindaleta.

–Sí, y le dije al tendero: "Que tenga una guindaleza en el borde" y él, el muy ladrón, que Dios le maldiga, me dijo "Aquí tiene

usted una guindaleza tan hermosa como lord vizconde Nelson pudiera desear".

–Y así es. Una hermosa guindaleza. Pero mi querido Stephen, después de todo este tiempo en la mar, deberías saber distinguir una guindaleza de una guindaleta.

–Pues no. Y me niego rotundamente a oír nada más del asunto. Así que una guindaleza no es igual que una guindaleta… ¡qué tontería! He importunado al platero con mi insistencia y ahora sales con que las guindalezas no son iguales que las guindaletas. No, no. A lo hecho, pecho. Tendrás que navegar hasta los downs afligido porque esas baratijas tienen guindaletas y comerás el pan mojado por tus tristes lágrimas; y debo decirte que lo comerás sin mí. Me alojaré en Grapes cuando esté en Londres; espero llegar allí antes de San Miguel. Por favor, escríbeme unas líneas. Que tengas un buen día. Queda con Dios.

Las uvas ya estaban maduras en Cataluña cuando el doctor Maturin, tras dejar al abad de Montserrat, atravesaba el país hacia el

oeste, trotando en su mula. A su alrededor, los viñedos tenían aquel aspecto desolado que le resultaba familiar; las calles de los pueblos tenían un color rojo púrpura por los posos del vino y el aire caliente estaba cargado por la fermentación; era un año de frutos tempranos, un buen año. Por todas partes vendían melones, diez por un realillo; en Lérida había higos secándose al sol y naranjas doradas en los árboles. Luego, en Aragón, el otoño era más definido; y en el verde País Vasco, la lluvia, fuerte y pertinaz, le siguió incluso hasta la oscura playa solitaria donde permaneció esperando el bote, y las gotas caían de su capa empapada y desaparecían entre los guijarros, a sus pies.

El golpeteo de las olas al romper y su rumor al retirarse; y por fin el tenue sonido de los remos y una llamada con voz queda bajo la lluvia:

–Abrahán y su estirpe, eternidad.

–Wilkes y libertad.

–Echa el anclote, Tom.

Un golpe, salpicaduras; y luego, muy cerca de él oyó:

–¿Está usted ahí? Déjeme ayudarle. ¡Pero si está usted empapado!

–Es por la lluvia.

La lluvia salía a chorros de la cubierta del lugre; la lluvia cayó con fuerza aplastante sobre las olas a todo lo largo del Canal; la lluvia caía copiosamente sobre las calles de Londres, y salía a raudales de los canalones del Almirantazgo.

–¡Cómo llueve! – dijo el joven caballero con una bata de flores y un gorro de dormir cuando le recibió-. ¿Quiere darme su capa, señor, para extenderla junto al fuego?

–Muy amable, señor, pero puesto que sir Joseph no está, creo que seguiré hasta mi posada. He hecho un viaje muy largo.

–Lamento infinitamente, señor, que el First Lord y sir Joseph estén en Windsor, pero enviaré un mensajero enseguida si usted cree que el almirante Knowles no lo hará.

–Ésta es, en mi opinión, una decisión fundamentalmente política. Sería mejor esperar a mañana, aunque, sin duda, es un asunto urgente.

–Debían emprender el regreso esta noche, lo sé. Y por las órdenes que sir Joseph me dio, estoy seguro de no equivocarme si le invito a desayunar con él, a venir a su residencia oficial tan temprano como estime conveniente.

Grapes estaba profundamente dormido, oscuro, con los postigos cerrados, tan reacio a responder que parecía que todos habían muerto de la peste. Stephen se desesperaba ante la idea de que ya no le darían de comer y que pasaría la noche en el coche de alquiler o en el burdel.

–Tal vez sería mejor que probáramos en Hummums -dijo con tono cansado.

–Llamaré una vez más -dijo el cochero- a este condenado atajo de tercos dormilones.

Golpeó furiosamente los postigos con el látigo, y por fin hubo signos de vida en aquel húmedo vacío cuando una voz preguntó:

–¿Quién es?

–Es un caballero que quiere entrar a guarecerse de la lluvia –dijo el cochero-. Dice que no es una maldita sirena.

–¡Vaya, si es usted, doctor Maturin! – exclamó la señora Broad, abriendo la puerta entre crujidos y jadeos-. Pase. El fuego está encendido en su habitación desde el martes. ¡Dios mío, señor, está usted empapado! Déme su capa, señor… ¡Pesa una tonelada!

–Señora Broad -dijo Stephen, después de entregársela dando un suspiro-, tenga la amabilidad de darme un huevo y un vaso de vino. Estoy desfallecido de hambre.

Al ponerse un traje de franela propiedad del difunto señor Broad, observó su piel; estaba muy pálida, floja, empapada. La parte cubierta por la camisa y los calzoncillos, como por ejemplo, el estómago, tenía un tono azul grisáceo; la parte restante, el color índico de sus calcetines o el color tabaco del tinte de su chaqueta, que incluso había formado una mancha que parecía sangre en la punta de su cortaplumas.

–Aquí tiene el huevo, señor -dijo la señora Broad-, con un buen pedazo de jamón ahumado. Y estas cartas que han llegado para usted.

Se sentó junto al fuego, devorando la comida, con las cartas

balanceándose sobre sus rodillas. En una la letra grande y clara de Jack; en la otra la de Sophie, redonda, desigual, pero con algunos trazos rectos que denotaban decisión.

"Esta carta estará emborronada por las lágrimas", decía Sophie, "pues aunque trato de que caigan en un lado de mi escritorio, me temo que algunas caerán sobre el papel, porque son muchas". En efecto, habían caído en el papel; la superficie de la carta era moteada e irregular. "La mayoría son lágrimas de pura felicidad, porque el capitán Aubrey y yo hemos hecho un pacto: nunca me casaré con otro ni él se casará con otra, nunca. Esto no es un compromiso secreto, que sería incorrecto, pero se parece tanto que pienso que mi mentalidad se ha vuelto muy flexible. Estoy segura de que usted notará la diferencia, aunque nadie más pueda distinguirla. ¡Qué feliz soy! ¡Y qué amable ha sido usted conmigo…!"

"Sí, sí, querida…", pensó Stephen, saltando algunas frases largas en que expresaba su gratitud, algunas muy sentidas, y un relato pormenorizado de lo que ocurrió aquella vez que, detenidos por falta de viento frente a la isla de Wight una tarde de sábado "agradable y

tranquila, mientras los simpáticos marineros cantaban y bailaban en el castillo con la chillona música del violín y el señor Dredge, un infante de marina, le enseñaba a Cecilia las estrellas", ellos habían hecho un pacto en la cabina, "… sí, sí, pero vaya al grano, se lo ruego. Quiero saber de esas otras lágrimas".

Fue al grano en el dorso de la tercera página. La señora Williams había montado en cólera a su regreso. Se preguntaba cómo al almirante Haddock se le había ocurrido una cosa así… Se asombraba de que su hija Sophie se hubiera exhibido con un hombre que, todos lo sabían, tenía dificultades económicas, que era un cazador de dotes, no cabía duda. ¿Acaso Sophia no sabía cuál era su sagrado deber respecto a su madre, una madre que había hecho innumerables sacrificios? ¿No conocía la religión? La señora Williams insistía en que aquella relación cesara inmediatamente y en que si ese hombre tenía la imprudencia de visitarla debía echarlo, aunque no creía que bajara a tierra. Estaba muy bien que hubiera capturado aquel pequeño barco francés y que su nombre hubiera salido en los periódicos, pero la principal obligación de un hombre era con sus

acreedores y su cuenta bancaria. La señora Williams no se dejaba impresionar por esas cosas; en los periódicos nunca había aparecido el nombre de ninguno de su familia, gracias a Dios, excepto cuando se anunciaba su boda en The Times. ¿Qué clase de marido sería un hombre que siempre que se le antojara se fuera a lugares lejanos y atacara a la gente de forma temeraria? Aunque algunos elogiaran a lord Nelson, ¿le gustaría a Sophie compartir la suerte de la pobre lady Nelson? ¿Sabía lo que una amante significaba? En cualquier caso, ¿qué sabían ellas del capitán Aubrey? Podría tener aventuras en los puertos, y gran cantidad de hijos naturales. La señora Williams estaba muy descontenta.

Allí habían caído muchas más lágrimas; la ortografía y la sintaxis estaban confundidas; dos líneas se habían borrado. "Pero esperaré siempre, si es preciso" era legible, y también "y estoy segura, completamente segura de que él hará lo mismo". Stephen aspiró con fuerza, echó un vistazo a las líneas que decían que "debía darse prisa o no alcanzaría el coche correo", sonrió al leer "muy afectuosamente, Sophie", y cogió la carta de Jack. La abrió dando

un enorme bostezo, tumbado en la cama, con la vela cerca de la almohada, y fijó sus soñolientos ojos en ella. "Lively, en el mar. 12 de septiembre de 1804. Querido Stephen…" Septiembre 12; el día que Mendoza estaba en El Ferrol. Abrió mucho más los ojos, tratando de que se mantuvieran así. Las líneas le parecían más vivas, pero seguían bailando. "¡Dame la enhorabuena!" "Bueno, te la doy." "Nunca adivinarás la noticia que voy a darte!" "¡Oh, sí, la adivino, amigo mío; por favor, no uses tantos signos de admiración." "¡¡Tengo la mejor parte de una esposa!! Me refiero a su corazón." Stephen aspiró con fuerza otra vez. Una descripción horriblemente tediosa del aspecto y las virtudes de la señorita Williams, a quien Stephen conocía mucho mejor que el capitán Aubrey. "Tan sincera… decidida… transparente, ya me entiendes… no te defrauda… no hace juramentos… es como un cañón de treinta y dos libras." ¿Había comparado realmente a Sophie con un cañón de treinta y dos libras? Era perfectamente posible. ¡Cómo bailaban las líneas! "No debía hablar irrespetuosamente de su suegra putativa, pero…" ¿Qué pensaba Jack que quería decir "putativa"? "Sería

completamente feliz si… barco… reúnete conmigo en Falmouth… Portsmouth… convoy… ¡Madeira! ¡Cabo Verde!… ¡Cocoteros!… debo darme prisa para no perder el coche correo." Cocoteros, palmas inmensamente altas meciéndose, meciéndose… Deus ex machina.

Ya era de día cuando se despertó de su profundo e ininterrumpido sueño. Se sentía feliz; pidió café, bollos y una copita de whisky. Leyó de nuevo las cartas mientras desayunaba, sonriendo y asintiendo con la cabeza, y bebió por ellos y su felicidad. Sacó sus papeles de un rollo de tela impermeable y permaneció allí sentado, decodificando y haciendo un resumen. Luego escribió en su diario: "La felicidad es un bien, pero si la suya debe conseguirse con años de espera y tal vez desgracia, entonces puede resultar demasiado cara. J. A. es mucho más viejo de lo que era, quizás todo lo maduro que su carácter le permite llegar a ser, pero es un hombre, y el celibato no es adecuado para él. Lord Nelson decía: "Cuando se ha pasado Gibraltar, todos los hombres se sienten como solteros". ¡Cuánto pueden conseguir el calor del trópico, las jóvenes sin escrúpulo, el hábito de comer en exceso y el instinto animal

exacerbado! ¿Habrá una renovada pasión, un nuevo desafío de Diana? No, no. Si no aparece ningún deus ex machina en este momento crucial, todo terminará en una triste, larga, lamentable tragedia. Sé lo que es un compromiso largo, Dios es testigo. Pero, según tengo entendido, lord Melville está casi perdido; en este asunto hay hechos que no puede revelar, no puede defenderse ni, por tanto, tampoco sus amigos. Nota: He dormido más de nueve horas esta noche sin tomar ni una sola gota. Esta mañana he visto el frasco intacto en la chimenea; esto es insólito.

Cerró el diario, sonó la campanilla y dijo:

–Joven señora, tenga la amabilidad de llamar un coche.

Más tarde le dijo al cochero:

–Al Paseo de la Guardia montada.

Allí le pagó al cochero y luego se quedó mirando cómo se alejaba. Y después de dar una o dos vueltas se dirigió con rapidez a una pequeña puerta verde que daba a la parte trasera del Almirantazgo.

Todavía sir Joseph tenía espuma en sus rosadas mejillas

cuando entró apresuradamente para rogarle que se sentara junto al fuego y le echara un vistazo al periódico, que se pusiera cómodo… Le subirían víveres enseguida… él no tardaría más que un momento.

–Estábamos muy preocupados por usted, doctor Maturin -dijo al volver, aseado y arreglado-. Mendoza fue capturado en Hendaya.

–No llevaba nada encima -dijo Stephen-, y el único secreto que podría revelar ya no tiene valor. España va a entrar en la guerra.

–¡Ah! – dijo sir Joseph, dejando a un lado su taza y mirándole muy serio-. ¿Es un compromiso firme?

–Lo es. Se han comprometido seriamente. Por eso me atreví a visitarle tan tarde ayer por la noche.

–¡Cómo me hubiera gustado estar aquí! ¡Cómo maldije Windsor cuando el mensajero nos alcanzó justo en Staines! Sabía que debía ser algo muy importante; el First Lord dijo lo mismo.

Stephen sacó su resumen del bolsillo y dijo:

–Están preparando sus fuerzas militares en El Ferrol y emplearán los barcos que tenían cuando se firmó el Tratado de San

Ildefonso; aquí tiene una lista de los navíos. Los marcados con una cruz están ya listos para zarpar y llevan provisiones para seis meses. Estos son regimientos españoles estacionados en el puerto y sus alrededores, con una valoración de los oficiales al mando; el signo de interrogación junto a esos nombres indica que no doy mucho crédito a las observaciones respecto a ellos. Estos son los regimientos franceses que actualmente están avanzando -dijo, y le pasó la hoja.

–Perfecto, perfecto -dijo sir Joseph, mirando la hoja con avidez, pues prefería las listas, los números y la información concreta a las vagas impresiones y los rumores-. Perfecto. Esta información corresponde casi por completo a la que nos ha dado el almirante Cochrane.

–Sí -dijo Stephen-. Demasiado perfecto, quizás. Mendoza era un agente secreto, pero a sueldo, un profesional. Personalmente, no puedo garantizarla, aunque me parece que es muy fiable. Pero lo que sí puedo garantizar, lo que me indujo a intentar verle lo antes posible, es el acuerdo entre París y Madrid. Desde el mes de julio,

Madrid ha estado bajo una creciente presión, como usted ya sabe; ahora Godoy ha cedido, pero se niega a declarar la guerra hasta que lleguen a Cádiz los barcos cargados de tesoros que vienen de Montevideo. Sin esa gran cantidad de dinero, España está al borde de la ruina. Los barcos en cuestión son fragatas de la Armada española: la Medea, de cuarenta cañones, y la Fama, la Clara y la Mercedes, de treinta y cuatro. Se dice que la Fama tiene extraordinarias características para la navegación; y de las otras se habla bien. La escuadra está al mando del contralmirante don José Bustamante, un oficial decidido y competente. El valor total de las monedas embarcadas en Montevideo era de cinco millones, y hay diez mil ochocientas monedas de ocho. Se espera que las fragatas arriben a Cádiz a principios de octubre, y en cuanto se sepa en Madrid que el tesoro ha llegado, habrá una declaración de guerra y el incidente de Sarastro será el motivo alegado. Sin este tesoro, Madrid estará en una situación tan difícil que un levantamiento en Cataluña, apoyado por los barcos que están frente a Tolón, tendría grandes probabilidades de triunfo.

–Doctor Maturin -dijo sir Joseph, agitando la mano-, le estamos infinitamente agradecidos. Tenía que suceder, tarde o temprano, como todos sabíamos… ¡Pero ahora que ha llegado el momento, la ocasión…! Todavía tenemos tiempo de actuar. Debo decírselo a lord Melville enseguida; seguramente querrá verle. El señor Pitt tiene que saberlo de inmediato… ¡Oh, cómo maldigo esa visita a Windsor!… Perdóneme un momento.

Salió apresuradamente de la habitación. Stephen vertió deprisa en su taza el café de sir Joseph, aún sin probar. Todavía estaba bebiéndolo cuando sir Joseph volvió, desanimado.

–Está en ese maldito interrogatorio; no estará libre hasta dentro de algunas horas, y cada minuto cuenta. No obstante, he enviado una nota… debemos actuar enseguida. Es una decisión que debe tomar el Consejo de ministros, desde luego, pero no me cabe duda de que debemos actuar enseguida. Ahora es el momento propicio; tenemos poco tiempo.

–Intenta llevar a cabo una acción arrojada, ¿verdad?

–Por supuesto. No puedo responder por el Consejo de

ministros, pero si se escucha mi consejo, la jugada audaz es la única posibilidad. ¿Acaso alude usted al aspecto ético de la cuestión? – dijo, sonriendo.

–El aspecto ético no es asunto mío -dijo Stephen-. Presento un estado de cosas y hago la observación de que la acción aumentaría extraordinariamente las posibilidades del triunfo catalán. Y dígame, ¿cómo va la investigación?

–Mal, muy mal. Usted y yo sabemos que lord Melville tiene las manos atadas; no puede, por una cuestión de honor, dar cuenta de los fondos secretos, y sus enemigos, algunos de los cuales lo saben tan bien como nosotros, se aprovechan de la situación. No debo decir nada más porque soy un funcionario.

En efecto, era un funcionario, un funcionario con un cargo vitalicio, uno de los más poderosos del Almirantazgo, y quienes habían ocupado el cargo de First Lord, a excepción de Saint Vincent, siempre habían seguido su consejo. También era aficionado a la entomología, y por eso, tras una pausa, preguntó:

–¿Qué noticias me trae de ese otro mundo, doctor Maturin?

Entonces Stephen, palpándose el pecho, le respondió:

–Grandes noticias, señor. Discúlpeme, con tanta prisa casi se me había olvidado. El sagaz párroco de Sant Martí, o bien alguien de allí, la encontró este verano. Está un poco aplastada y un poco estropeada por la lluvia, pero aún reconocible -dijo, sacando de entre las páginas de su cuaderno de bolsillo una mariposa, un ejemplar anormal por su composición genética, con las alas derechas de color verde brillante y las otras doradas.

–¡Un verdadero ginandromorfo! – exclamó sir Joseph, inclinado sobre la criatura-. Nunca en mi vida había visto ninguno. Macho de un lado y hembra del otro. Estoy asombrado, señor, asombrado. Esto es casi tan sorprendente como las noticias que ha traído.

Mariposas diurnas y nocturnas… el dudoso privilegio de tener dos sexos… Un viejo funcionario entró, le susurró algo al oído a sir Joseph y luego salió sigilosamente.

–Lo sabremos dentro de media hora más o menos. Doctor Maturin, llamaré para que traigan más café; se ha acabado

misteriosamente.

–Con su permiso, sir Joseph, ¿podría hablarle en tono no oficial, o semioficial, de un marino amigo mío cuya situación me interesa especialmente?

–Por supuesto. Le escucho.

–Me refiero al capitán Aubrey, al capitán John Aubrey.

–¿El afortunado capitán Aubrey? ¡Ah, sí! Capturó la Fanciulla… una pequeña batalla muy meritoria. Pero usted lo sabe tan bien como yo… ¡estaba allí!

–Lo que quería preguntarle era si él tiene muchas posibilidades de conseguir empleo.

–Bueno -dijo sir Joseph, reclinándose en su asiento, pensativo-, no tengo mucho que ver con dar empleos y nombramientos, no es esa mi sección. Pero sé que lord Melville le tiene en gran estima y que pensaba mejorar su posición con el tiempo, posiblemente dándole el mando de algún navío de los que están ahora en los astilleros. Su reciente ascenso, sin embargo, se le ha concedido como recompensa por los servicios prestados. Tal

vez sería conveniente advertirle que durante un considerable periodo de tiempo sólo podrá conseguir, ocasionalmente, mandos provisionales, temporales. La presión para dar empleos es muy grande, como usted sabe. Además, me temo que lord Melville nos dejará antes de que su mandato, ¿cómo lo diría?, expire; su sucesor posiblemente tenga otras ideas, y si es así, las posibilidades de su amigo son… bueno… (Agitaba la mano.) Según tengo entendido, hay algunas objeciones que hacer a sus excelentes servicios; y además, es desafortunado por el padre que le ha tocado. ¿Conoce usted al general Aubrey, estimado caballero?

–Le conozco. Me dio la impresión de que no era muy sensato.

–Dicen que cada discurso suyo equivale a cinco votos para el bando contrario; y pronuncia un extraordinario número de ellos. Tiene tendencia a tomar la palabra en la Cámara para hablar sobre temas de los que no entiende mucho.

–Sería difícil que no fuera así, a menos que en la Cámara se discutiera la estrategia de la caza del zorro.

–Exactamente. Y los asuntos navales son sus preferidos, por

desgracia. Si hubiera un cambio en la administración, aunque sólo fuera parcial, a su hijo probablemente le mirarían con resentimiento.

–Confirma usted mis suposiciones, sir Joseph. Le estoy muy agradecido.

Volvieron a las mariposas, a los escarabajos… sir Joseph no había prestado tanta atención a los escarabajos como hubiera querido… Intercambiaron opiniones sobre Cimarosa… una excelente interpretación de Le astuzie feminili en Covent Garden… sir Joseph le recomendaba encarecidamente al doctor Maturin que fuera a verla… él la había visto dos veces y volvería por tercera vez esa noche… encantadora, encantadora… Pero miraba insistentemente, muy serio, un exacto reloj, y su defensa de Cimarosa, aunque apasionada, no mantenía ocupada más de la cuarta parte de su mente.

El viejo funcionario regresó, muy excitado, con un aspecto que parecía rejuvenecido diez años, entregó una nota y salió precipitadamente.

–¡Vamos a actuar! – exclamó sir Joseph, entusiasmado-.

Ahora tengo que buscar los barcos. Señor Akers, deme los

expedientes A12 y 27 y las listas actuales. Señor Roberts, que se preparen los copistas y los mensajeros. Doctor Maturin, lord Melville le envía sus felicitaciones, sus más sinceras felicitaciones, y le ruega que se entreviste con él a las once y veinte exactamente. Y dígame, estimado caballero, ¿acompañará usted la escuadra? Es posible que haya una negociación; sería mucho mejor que la main forte.

–Sí. Pero no deben verme, porque entonces no podría seguir siendo un agente secreto. Envíe usted a algún caballero que sepa español y hablaré por mediación de él. Y si me permite decirlo, para enfrentarse a Bustamante debe usted mandar una potente escuadra –navíos de línea-, así podrá rendirse con honor. Debe ser una fuerza abrumadora o de lo contrario luchará como un león. En esas fragatas la tripulación está muy bien adiestrada y, en relación con el nivel de España, muy disciplinada; son barcos de cuidado.

–Tendré en cuenta lo que dice, doctor Maturin. Respecto a la composición de nuestras escuadras no prometo nada. ¿Tiene usted algún otro consejo… un momento, señor Robinson… observación o comentario?

–Sí, señor. Tengo una petición que hacer… tengo que pedirle un favor. Como usted sabe, no he aceptado nunca nada por los servicios que he realizado, a pesar de la insistencia del Almirantazgo por mostrarme su agradecimiento.

Sir Joseph tenía una expresión grave, pero dijo que estaba seguro de que cualquier petición del doctor Maturin sería considerada con la mayor benevolencia.

–Mi petición es que el capitán Aubrey, con la Lively, forme parte de la escuadra.

El rostro de sir Joseph se iluminó.

–Muy bien. Eso puedo prometérselo bajo mi propia responsabilidad -dijo-. Pienso que lord Melville también estará de acuerdo; posiblemente sea la última cosa que pueda hacer por su joven amigo. ¿Y es eso todo, señor? No creo que eso sea todo.

–Eso es todo, señor. Le estoy sumamente agradecido. Se lo agradezco mucho, sir Joseph.

–¡Por Dios! – dijo sir Joseph, agitando un expediente en la mano en protesta por ese agradecimiento-. Veamos, ya hay un

cirujano en la fragata, por supuesto, y no sería ético que le sustituyera, ni tampoco conveniente. Debe tener un nombramiento temporal… irá en ella con un nombramiento temporal y subirá a bordo mañana temprano. Llevará algún tiempo escribir todas las órdenes -la Junta debe reunirse- pero estarán listas esta tarde y usted podrá ir con el mensajero del Almirantazgo. No tendrá inconveniente en viajar en la oscuridad, ¿verdad?

Ya no caía más que una fina llovizna cuando Stephen salió, pero fue suficiente para disuadirle de pasear entre los quioscos de libros de la calle Wych, como pensaba, y regresó a Grapes. Allí, sentado en un sillón de piel, permaneció mirando el fuego mientras su mente se desviaba en muchas, muchas direcciones o, a veces, se quedaba dulcemente aletargada, hasta que la grisácea luz del día se desvaneció y dio paso a una noche oscura, insulsa, brumosa y jaspeada de dorado por las farolas. La llegada de un mensajero del Almirantazgo puso fin a aquella agradable sensación de habitar un cuerpo bordeado de forma imprecisa por la lana, y se dio cuenta de que no había comido nada desde que había tomado bizcocho y

madeira con lord Melville.

Pidió té y bollos, muchos bollos, y a la luz de las velas encendidas en la mesa que estaba junto a él, leyó lo que el mensajero había traído: una amable nota de sir Joseph confirmando que la Lively sería enviada y señalando que "en atención al doctor Maturin había dado órdenes de que su nombramiento temporal fuera, en lo posible, de la misma clase que el otorgado a sir Joseph Banks, de la Royal Society", por lo cual suponía que iba a sentirse satisfecho; luego la descripción de su misión, un documento imponente, escrito a mano debido a la rareza de su forma, con la firma de Melville emborronada debido a la prisa; una carta oficial pidiéndole que se dirigiera a Nore para subir a bordo del barco arriba mencionado; y una última nota de sir Joseph diciendo que las órdenes no estarían listas hasta después de media noche, que le pedía perdón por el retraso y le adjuntaba una entrada para Le astuzie feminili porque eso ayudaría al doctor Maturin a pasar las horas agradablemente y le convencería del valor de Cimarosa, "ese gentil Fénix".

Sir Joseph era un hombre rico y soltero, y se daba buena vida.

La entrada era para un palco, un palco pequeño en la parte de arriba del teatro, en el ala izquierda, desde el cual se veía mejor el público y la orquesta que el escenario, pero Stephen se instaló en él bastante satisfecho. Colocó las manos, todavía manchadas de la grasa de los bollos, sobre el barandal acolchado, y miró hacia la planta baja -a sus compañeros en la mayoría de las ocasiones- sintiéndose más elevado física y espiritualmente. El teatro se llenaba con rapidez, ya que se hablaba muy bien de la ópera, estaba muy de moda; y aunque el palco real, un poco lejos, a la derecha, estaba vacío, en casi todos los demás había gente moviéndose, colocando sillas, mirando al público o saludando con la mano a los amigos, y justo frente a él había un grupo de oficiales de marina, a dos de los cuales conocía. Vio en el patio de butacas, justo debajo de él, a Macdonald con la manga vacía prendida al frente de la chaqueta, sentado junto a un hombre que debía ser su hermano gemelo, por lo mucho que se le parecía. Había otras caras conocidas; todos los aficionados a la música de Londres parecían estar allí, y también los

miles que no lo eran. Se escuchaba el rumor de las conversaciones y las joyas brillaban; y ahora que la mayoría del público se había instalado se oían agitarse los abanicos.

El teatro se quedó oscuro y las primeras notas de la obertura sofocaron gran parte de la conversación y acallaron los demás ruidos. Stephen fijó la vista y la atención en la orquesta. Una composición mediocre, inconsistente, pomposa, rimbombante, le parecía a él, no desagradable pero trivial. ¿Cómo era posible que sir Joseph comparara a ese hombre con Mozart? Sin embargo, admiraba la interpretación de aquel violonchelista con la cara roja, pues era ágil, decidida, enérgica. A su derecha, unos destellos llamaron su atención; un grupo de personas llegaban con retraso y al abrir la puerta de su palco había entrado la luz. Eran más bárbaros que los godos y los moros. Y aunque la música no tenía mucho que decir ni su atención se había desviado demasiado de algo que exigiera gran concentración, a aquellas personas que habían entrado atropelladamente como los hunos les habría dado lo mismo que estuviera tocando Orfeo en persona.

Se oyeron unas encantadoras notas de arpa; dos arpas recorrían la escala con un maravilloso gorjeo. No tenía ningún significado, sin duda, pero era muy agradable oírlo. Era agradable, claro que era agradable, como lo había sido oír la trompeta de Molter. Entonces, ¿por qué sentía esa opresión en su corazón, ese angustioso presentimiento, ese miedo a algo inminente que no podía definir? Aquella joven que se destacaba en el escenario tenía una voz dulce, excelente, y tanta hermosura como Dios y el arte podían crear, sin embargo, a él nada de eso le producía placer. Tenía las manos sudorosas.

Un estúpido alemán había dicho que el hombre pensaba con palabras, pero era completamente falso, una doctrina perniciosa. El pensamiento adoptaba un centenar de formas simultáneamente, con un millar de asociaciones, y la mente del ser hablante seleccionaba una y trataba de adaptarla a esos inadecuados símbolos que eran las palabras, inadecuados porque eran los mismos para situaciones muy dispares, y notoriamente inadecuados para vastas áreas de expresión, en las que se emplean lenguajes paralelos como la

música y la pintura. Las palabras no son necesarias para muchas o incluso la mayoría de las formas del pensamiento; Mozart pensaba, sin duda, en un lenguaje musical. Él mismo, en ese momento, pensaba en un lenguaje de olores.

La orquesta y los intérpretes que estaban en el escenario subían el tono y ponían más énfasis preparándose para el clímax; y cuando éste llegó, el teatro estalló en estruendosos aplausos y en el palco de los que habían llegado con retraso vio a Diana Villiers, que aplaudía cortésmente, pero sin gran entusiasmo, y no miraba al escenario, donde los actores saludaban sonriendo afectadamente, sino a alguien que estaba detrás de ella, al fondo del palco. Tenía la cabeza inclinada, en un ademán que hubiera reconocido en una multitud; sus largos guantes blancos, con las puntas hacia arriba, se juntaban repetidamente mientras hablaba en medio de tanto estrépito, y con su expresión y los movimientos de su cabeza trataba de comunicar su mensaje venciendo el ruido.

Había otra mujer junto a ella -lady Jersey, pensó Stephen- y cuatro hombres detrás: Canning, dos oficiales con chaqueta roja y

dorada y un civil con la tez rosada y el gesto adusto de los Hanover y la banda de la Orden de la Jarretera sobre el pecho, un joven miembro de la familia real. Era a ese hombre a quien Diana le hablaba; por su estúpida expresión parecía no comprender, pero se mostraba complacido, casi entusiasmado.

Stephen les observaba sin ningún sentimiento en especial, pero fijamente. Notó que en un primer momento el corazón le dio un vuelco y su respiración se hizo entrecortada, y notó también que eso no afectaba su capacidad de observación. Seguramente había advertido su presencia desde el principio; era el recuerdo de su perfume el que daba vueltas en su mente antes de que cayera el telón, y era su relación con ella la que había encontrado reflejada en las notas de las arpas.

Ahora los aplausos habían cesado, pero Diana tenía aún las manos levantadas; se inclinó hacia delante y la miró con mayor intensidad. Ella movía la mano derecha mientras hablaba con el hombre que estaba detrás, y, desde luego, lo hacía con una gracia consciente. La puerta del palco se abrió. Otra banda azul; las

mujeres se pusieron de pie y saludaron con la cabeza. No podía verle la cara debido a la altura de los hombres allí de pie, pero podía ver, vio realmente un cambio en ella: todos sus movimientos, desde la manera de erguir la cabeza hasta la forma graciosa en que agitaba su abanico de plumas de avestruz, cambiaron sutilmente. Reverencias, más saludos con la cabeza, risas; la puerta se cerró y el grupo, sin dejar de mirarla, volvió a acomodarse. La figura reapareció en otro palco. Stephen no hizo caso de él, no le importaba si era el duque de los infiernos, sino que concentró toda su atención en Diana para comprobar lo que ya sabía. Era cierto, todo parecía demostrarlo; y ante la evidencia se reavivó su dolor. Ella se exhibía. Había perdido la pureza de su gracia natural. Y al pensar que, en lo sucesivo, su concepto de ella debía ir asociado con la vulgaridad, Stephen se sintió tan afligido que su mente se turbó durante unos momentos. Pero esa pérdida no era obvia para alguien que la conociera menos o que valorara menos la pureza; ni tampoco hacía disminuir la admiración de los hombres del público o de sus acompañantes, porque tenía una habilidad innata para ocultarla;

pero a esa mujer que había ahora en el palco, nunca, en ningún momento, le habría prestado atención.

Estaba intranquila; sentía su intensa mirada y, de vez en cuando, paseaba la vista por el teatro. Y cada vez que lo hacía, él bajaba los ojos, como si estuviera al acecho para cazar un conejo. Mucha gente la miraba desde el patio de butacas y los otros palcos; probablemente era la mujer más hermosa de las que allí había, con su vestido azul celeste y los diamantes que adornaban su negro pelo, recogido en lo alto de la cabeza. A pesar de su precaución, sus miradas se cruzaron por fin; ella dejó de hablar. Trató de ponerse de pie y saludar con la cabeza, pero no tenía fuerza en las piernas. Estaba sorprendido, y antes de que pudiera agarrarse al barandal acolchado para levantarse, el telón subió y las arpas continuaron glissando tras glissando.

"No sabía", pensó Stephen, "que mi cuerpo estuviera afectado hasta este punto. He sentido repugnancia antes, Dios lo sabe, pero esta falta de control… ¿Existe todavía la Diana que vi en New Place? ¿Es una invención mía? ¿Puede uno crear un unicornio si lo desea

vivamente?"

Entre la música y las agudas voces en el escenario, los insistentes golpes en la puerta de su palco interrumpieron sus reflexiones. No respondió, y enseguida cesaron. ¿Había tenido él algo que ver en su muerte? Negó con la cabeza.

Por fin el telón bajó y las luces se avivaron. Aquel palco estaba vacío y un par de largos guantes blancos reposaban sobre el barandal; la orquesta tocaba Dios salve al Rey. Permaneció sentado; allí abajo, la multitud que se había puesto de pie, moviéndose con lentitud, terminó de salir, luego algunas personas volvieron apresuradamente a buscar sus sombreros olvidados, y por fin el lugar quedó vacío, como una inmensa concha. Los empleados del teatro daban vueltas en aquel vacío con paso acostumbrado, recogiendo la basura y apagando las luces.

Uno de ellos le dijo a otro:

–Hay un caballero en un palco allí arriba.

–¿Está borracho?

–Tal vez piensa que hay otro acto, pero ya no hay ninguno

más, gracias a Dios.

–Vamos, señor -dijeron, abriendo la puerta con su llave-, ya se ha acabado. Éste es el final de la obra.

Mucho antes del alba, la cubierta inferior de la Lively, abarrotada, caliente y maloliente cobró vida de pronto, cuando las voces de los ayudantes del contramaestre comenzaron a gritar: "¡Todos arriba! ¡Todos a soltar amarras! ¡A levantarse y lavarse! ¡A levantarse! ¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Muévanse!"

Los tripulantes de la Lively -los tripulantes masculinos, no las aproximadamente cien mujeres que había a bordo- se separaron de sus románticas acompañantes o sus prosaicas esposas, salieron corriendo a la húmeda oscuridad y soltaron amarras, como les ordenaban. El cabrestante giró, se oyeron las notas chillonas del violín, las mujeres que estaban a bordo temporalmente bajaron rápido a tierra y el faro de Nore desapareció a popa; la fragata puso rumbo a North Foreland con la marea favorable y el viento por la aleta.

El oficial de la guardia trató de escuchar las suposiciones de los

marineros, que continuaron amparadas por el ruido de la piedra arenisca con que se limpiaban las cubiertas. ¿Qué pasaba? ¿Había comenzado Boney la invasión? Algo pasaba, de lo contrario no les habrían ordenado zarpar con sólo la mitad de la aguada. La falúa del almirante del puerto, con un civil y un oficial, se había abordado con ellos, y el caballero todavía estaba con el capitán. No tenían noticias hasta el momento, pero Killick o Bonden las sabrían antes de que se terminara el desayuno.

En la sala de oficiales había la misma perplejidad y la misma falta de información, pero también una aprensión y una intranquilidad que faltaban junto al palo mayor. Corría el rumor de que el doctor Maturin estaba de nuevo a bordo, y aunque simpatizaban mucho con él, temían lo que podría traer consigo.

–¿Está completamente seguro? – le preguntaron a Dashwood, que había estado encargado de la guardia de mañana.

–No podría jurarlo -dijo-, porque todo estaba borroso por la lluvia y había oscuridad. Pero nunca he visto a ninguna otra persona en el mundo que subiera por el costado tan torpemente, como un

oso; uno no creería que alguien pudiera hacerlo si no lo viera. Estaría seguro si la respuesta desde el bote no hubiera sido: "Sí, sí".

–Eso lo aclara todo -dijo el señor Simmons-. El timonel del almirante del puerto nunca podría haber hecho un error como ese. Debe de ser algún oficial con una misión que el capitán conoce lo bastante para llamarle "querido amigo", seguramente un viejo compañero de tripulación. No puede ser el doctor Maturin.

–Por supuesto que no -dijo el señor Randall.

–De ninguna manera -dijo el segundo oficial.

El contador, cuya cabina había quedado fuera del alcance de las abejas, estaba más preocupado por los aspectos políticos de su repentina partida y el penoso estado de sus provisiones.

–No tengo más de cincuenta brazas de patos a bordo -dijo- y ni siquiera un trozo de cajeta. ¿Qué va a ser de nosotros cuando crucemos el Ecuador? ¿Qué va a ser de nosotros cuando estemos en Madeira y, ya no digamos, cuando estemos en Fernando Poo? Y Fernando Poo es nuestro destino, estoy seguro, por razones de

estrategia.

Poco antes de esto, tras haber dado instrucciones del rumbo a tomar, Jack, llevando la camisa de dormir y una capa, regresó a su cabina. Allí estaban sus órdenes, junto a un grueso fajo de papeles con instrucciones detalladas y un abultado sobre sellado con el letrero: "No abrir hasta la latitud 43° N". Tenía una expresión solemne, pero también muy preocupada.

–Querido Stephen -dijo-, gracias mil por haber venido tan rápidamente. No pensaba verte hasta Falmouth. Pero creo que he tratado de atraerte con falsas promesas; Madeira y las Antillas están muy explotadas. Además, he recibido orden de zarpar con la mayor urgencia y reunirme con otros navíos a la altura de Dodman.

Acercó el papel a la luz y leyó: "Reunirse con Indefaligable, Medusa y Amphion".

–Es extraño. Y tengo órdenes selladas que no pueden abrirse hasta la latitud tal y tal. ¿Qué se propondrán con esto, Stephen?

–No lo sé -dijo Stephen.

–¡Dios maldiga al Almirantazgo y a todos sus lores! Con la

mayor urgencia… y te echan a perder todos los planes. Te pido disculpas humildemente, Stephen -dijo Jack, y continuó leyendo-. ¡Eh, eh, Stephen! Creí que no sabías nada. Creí que tú habías venido por casualidad con el mensajero. Pero en caso de separación de uno o más… en cualquier eventualidad y todo eso, se me ordena que siga las sugerencias y consejos del honorable S. Maturin, doctor en medicina, etc., nombrado capitán adjunto de la Armada real… y que confíe en sus conocimientos y discreción.

–Es posible que tengas que mantener negociaciones y puedo serte útil en ellas.

–Bueno, creo que debo ser discreto -dijo Jack, sentándose y mirando a Stephen inquisitivamente-. Pero dijiste que…

–Escúchame, Jack, ¿quieres? Tengo cierta inclinación a mentir; las circunstancias me obligan a ello de vez en cuando. Pero no me gusta que nadie me lo diga.

–¡Oh, no, no, no! – dijo Jack-. Nunca se me ocurriría hacer eso, no -el recuerdo le hacía sonrojarse- cuando estoy en mi sano juicio, y no sólo por el afecto que te tengo sino porque es demasiado

peligroso. Silencio; guardaré silencio. Ahora estoy empezando a comprenderlo todo; me asombra que no lo hubiera sospechado antes. ¡Qué astuto eres! Pero ahora caigo en la cuenta.

–¿De veras, amigo mío? Dios te bendiga.

–Pero lo que me deja con la boca abierta, lo que me deja totalmente asombrado -dijo Jack- es que te hayan dado un nombramiento temporal. En la Armada guardan con extraordinario celo los rangos, no prodigan atenciones. No recuerdo haber oído algo así, excepto una vez. Deben de tener un gran concepto de ti en Whitehall.

–A mí también me asombra esa insistencia en darme un nombramiento. Me sorprendió desde el primer momento. Agradezco la atención, pero me deja perplejo. ¿Por qué no podía ser tu invitado?

–¡Ya lo tengo! – dijo Jack-. Stephen, puedo preguntarte, sin ser indiscreto, si ésta es una -¿cómo lo diría?– una expedición lucrativa?

–Podría serlo.

–Entonces lo que intentan es que participes en el reparto del botín. Es por eso, quieren que te corresponda la misma proporción que a un capitán. Éstas son órdenes del Almirantazgo, así que no habrá que compartir el botín con ningún buque insignia. Si es mucho, te corresponderá una cuantiosa suma.

–¡Qué generoso ha sido sir Joseph! Es una delicadeza por su parte. No me arrepiento de haberle enviado mi ginandromorfo con el mensajero; por cierto que el tipo parecía asombrado, y no es para menos… es un magnífico regalo. Y dime, ¿qué parte le correspondería a un capitán de… diré una suma hipotética… un millón de libras?

–¿Capturado por una escuadra de cuatro, no, cinco capitanes? Déjame ver… diez entre cinco es dos, doscientos entre ocho, veinticinco… setenta y cinco mil libras. Pero no hay presas como esa navegando en estos tiempos, mi ingenuo amigo, y es una lástima.

–¿Setenta y cinco mil libras? ¡Qué absurdo! ¿Qué pensaría sir Joseph que iba a hacer yo con una suma como esa? ¿Qué podría hacer un hombre razonable con una suma como esa?

–Yo puedo decirte lo que haría -dijo Jack, con un intenso brillo en los ojos.

Salió de la cabina, a pesar del grito "¡no te vayas!", para ver si el contrafoque y el fofoque estaban bien hinchados y si todas las bolinas estaban tensas. Después de molestar a los hombres de guardia unos minutos, regresó, dejando tras de sí comentarios airados y desfavorables.

–Espero que este patrón no se nos vuelva un ogro -dijo el capitán de la cofa.

–No me gusta en absoluto lo que hace -dijo el sargento de Infantería de marina-. Antes no se daba aires.

–Quizás es porque tiene una cita con su novia -dijo Edward el azulado, el malayo-. ¡Dios mío, también yo iría a toda vela si tuviera que ver a mi novia, sobre todo llamándose Sophie!

–No faltes al respeto, Edward -dijo George Alien-, porque no te lo consentiré.

–Un hombre podría, por supuesto, atravesar Laponia o emular a Banks en el océano Pacífico -dijo Stephen-. Pero dime, Jack,

¿cómo fue el viaje? ¿Cómo soportó Sophie el movimiento del barco? ¿Tomó la cerveza negra en las comidas?

–¡Oh, admirablemente, admirablemente!

Dijo que habían sido días perfectos, cálidos, agradables, en los que apenas había espuma en el mar… Simmons había hecho un magnífico conjunto de sobrejuanetes y sosobres, con alas arriba y abajo y ella había dicho que nunca había visto nada tan hermoso… la Lively había dejado atrás la Amethyst, cuyos hombres estaban rojos de vergüenza en el alcázar. Hubo encantadores días de calma chicha, días enteros… habían hablado a menudo de Stephen… ¡cómo le habían echado de menos! Y ella había sido muy amable con el joven Randall, que había llorado mucho la muerte de Cassandra… Randall el viejo la quería con locura, y también el resto de los oficiales… habían cenado dos veces con ellos. Cecilia parecía llevarse muy bien con Dredge, un infante de marina a quien Jack le estaba agradecido por apartarla de ellos… Por supuesto que Sophie había bebido la cerveza, y un vaso de grog, y había comido espléndidamente… a Jack le gustaba que una mujer tuviera buen

saque. Y respecto al futuro, tenían muchas esperanzas, pero… ella se conformaba con muy poco… sin caballos… una casita de campo… patatas.

–Stephen -dijo-, te estás durmiendo.

–No -dijo Stephen-. He observado que mencionaste las dos últimas cosas con evidente satisfacción. Pero estoy agotado, lo confieso. He viajado toda la noche y ayer fue un día muy duro. Me acostaré, si es posible. ¿Dónde dormiré?

–Ese es un problema-dijo Jack-. ¿Dónde debes alojarte, en realidad? Por supuesto que dormirás en mi cabina; pero, oficialmente, ¿dónde deberías colocarte? Eso desconcertaría a Salomón. ¿Qué antigüedad le corresponde al nombramiento que te han dado?

–No lo sé. No he leído el documento, aparte de la frase "Depositamos toda nuestra confianza en S. M.", que me gustó mucho.

–Bueno, supongo que tienes menos antigüedad que yo, así que te corresponde la parte de sotavento de la cabina y a mí la de

barlovento, y cada vez que viremos cambiaremos de lado. ¡Ja, ja, ja! Será un jaleo, ¿verdad? Pero hablando en serio, supongo que se le debería comunicar tu nombramiento a la tripulación; ésta es una situación rara.

–Si no es seguro que deba ser así, no lo hagas, por favor.

Sería mucho mejor para mí pasar desapercibido. Y además, Jack, respecto a lo que hemos hablado y lo que hayas adivinado, confío en que serás discreto. En algunas ocasiones, mi vida podría depender de ello.

Podía confiar totalmente en Jack, que seguía al pie de la letra sus consejos; pero no todos los capitanes eran tan discretos. La Medusa llegó apresuradamente desde Plymouth, con un caballero moreno que sabía hablar español a bordo, y después de que éste estuviera encerrado con los capitanes de la Lively, la Amphiony la Medusa y el doctor Maturin, mientras estaban al pairo frente a Dodman, esperando la Indefatigable, la opinión general de los tripulantes era que iban rumbo a Cádiz y que España había entrado o estaba a punto de entrar en la guerra, lo cual les producía mucha

satisfacción, porque hasta entonces los mercantes españoles eran intocables. Por los mares en los que ya casi no había presas, éstos navegaban tranquilamente y pasaban junto a los navíos de crucero y atravesaban escuadras de bloqueo riendo y diciendo adiós, con tanta riqueza en las bodegas que un marinero simple podría conseguir la paga de cinco años en una sola tarde.

Por fin fue avistada la Indefatigable, una potente fragata de cuarenta cañones que avanzaba pesadamente, navegando contra el viento del oeste, con el beque sobresaliendo con claridad entre las verdes aguas y con las banderas de señales indicando Formar enfila por popa; desplegar todas las velas posibles.

Mientras las cuatro fragatas avanzaban en una fila perfecta, cada una a dos cables de la otra, rumbo sursuroeste, los tripulantes de la Lively pasaban por un periodo tedioso, decepcionante, y los gavieros rara vez bajaban a cubierta, aunque no porque tuvieran que desplegar velas. La Lively, para mantener su posición en la estela de la Amphion, tenía que arrizar, cargar y arriar continuamente los foques, las velas de estay y la vela de mesana y

rebujar las escotas. Y después que se abriera el sobre sellado con las órdenes y se reunieran nuevamente los capitanes a bordo de la Indefatigable, cuando supieron con certeza que iban a interceptar una escuadra española en su recorrido desde el río de la Plata hasta Cádiz, su exasperación llegó hasta tal punto que vieron con buenos ojos cómo se nublaba la tarde del domingo. Al sureste se veía en el cielo una masa informe y oscura y había fuerte marejada, tan fuerte que se marearon incluso los hombres que apenas habían bajado a tierra durante años. El viento era inestable y unas veces era caliente y otras frío; el sol se hundió en un pequeño grupo de nubes de intenso color púrpura con destellos verdes. El cabo Finisterre estaba a sotavento, no muy lejos; reforzaron los contraestayes y los aparejos, izaron las velas de mal tiempo, aseguraron los botes atándolos a las botavaras, pusieron retrancas dobles a los cañones y colocaron los mastelerillos sobre cubierta; estaban preparados para hacer frente a la tempestad.

Al sonar las dos campanadas en la guardia de media, el viento, que soplaba con fuerza del suroeste, roló repentinamente hacia el

norte, embistiendo las gigantescas olas con el triple de su fuerza. Y había truenos y relámpagos justo encima de ellos, y caía tanta lluvia que un farol colocado en el castillo no podía verse desde el alcázar. La trinquetilla se soltó de la relinga, y sus blancos trozos desaparecieron como fantasmas por sotavento. Jack mandó más marineros al timón y después fue a la cabina; Stephen estaba tumbado en su coy, que se balanceaba, y él le dijo que ya había llegado la tormenta.

–¡Qué exagerado eres, amigo mío! – dijo Stephen-. ¡Y qué pesado! Un cuarto de galón de agua ha conseguido cambiarte en breve tiempo… ¡Mira cómo se mueve a un lado y a otro desafiando la gravedad!

–Me gusta que haya una fuerte tormenta -éste es uno de sus encantos- porque puede retener a los españoles, ¿sabes?, y a nosotros nos falta mucho tiempo, bien lo sabe Dios. Y si ellos llegaran a Cádiz antes que nosotros haríamos el ridículo.

–Jack, ¿ves ese trozo de cuerda colgando? ¿Tendrías la amabilidad de atarlo a aquel gancho? Se ha soltado. Gracias. Tiro de

él para moderar el movimiento del coy, que agudiza mis síntomas.

–¿Te sientes mal? ¿Tienes mareo? ¿Náuseas?

–No, no. Nada de eso. ¡Qué idea más tonta! No. Creo que corresponden a la aparición de una enfermedad muy mala. Hace poco me mordió un murciélago y tengo razones para dudar que tuviera la mente sana; era un murciélago orejudo, una hembra. Me parece que mis síntomas son similares a los de la enfermedad descrita por Ludolff.

–¿Quieres un vaso de grog? ¿O un sandwich de jamón con bastante grasa? – preguntó Jack, con una sonrisa.

–No, no, no -dijo Stephen-. Nada de eso. Te lo he dicho, esto es un asunto serio, requiere… ahí va de nuevo. ¡Oh, este barco es malísimo! ¡La Sophie nunca se habría comportado así, dando estos horribles e inexplicables bandazos! ¿Sería demasiado pedirte que apagaras la luz y te fueras? Creo que en esta situación es necesaria tu constante vigilancia, que éste no es el momento de quedarse sin hacer nada, con una sonrisa forzada.

–¿Seguro que no quieres que te traiga nada? ¿Una jofaina?

–No, no, no -dijo Stephen, con una mueca de dolor en el rostro, ahora verdoso, contrastando con su negra barba-. ¿Esta clase de temporales dura mucho?

–Tres o cuatro días, no más -dijo Jack, tambaleándose a causa de un bandazo a sotavento-. Mandaré a Killick con una jofaina.

–¡Jesús, María y José! – dijo Stephen-. Ahí va otra vez.

En el seno de las enormes olas la fragata tenía estabilidad, pero cuando subía, el viento la inclinaba más y más hacia atrás, con un balanceo interminable, y el pie de la roda subía hasta que el bauprés se colocaba en dirección a las veloces nubes. "Tres días así", pensó, "no puede soportarlos ningún ser humano".

Afortunadamente, el temporal al que tuvo que enfrentarse la Lively era de los últimos de septiembre y por eso no demasiado intenso. El cielo se despejó durante la guardia de mañana; el termómetro subió; y aunque la fragata sólo navegaba con las gavias rizadas, era evidente que desplegaría más velamen a mediodía. Al amanecer, el mar estaba completamente blanco de un lado a otro

del horizonte, y en él sólo se veían los restos del naufragio de un bacaladero portugués y, a lo lejos, por barlovento, la Medusa, aparentemente intacta. Jack era ahora el capitán de más antigüedad y le hizo señales para que desplegara más velas y se dirigiera al cabo de Santa María, donde tendrían el siguiente encuentro, la recalada frente a Cádiz.

Alrededor de mediodía, Jack cambió el rumbo directamente hacia el norte, de modo que la Lively tuviera el viento por la aleta y se moviera con más facilidad. Stephen subió a cubierta, todavía muy mal, pero con mejor semblante. Había pasado la mañana junto con el señor Floris y sus ayudantes, medicándose unos a otros; todos tenían los primeros síntomas de alguna enfermedad (orquitis, escorbuto, la horrible parálisis de Ludolff), pero en el caso del doctor Maturin, por lo menos se había impedido el ataque mediante una adecuada mezcla de bálsamo de Locatelli y polvos de Algarot.

Después de la comida, en la Lively se hacían prácticas con los cañones, con marejada o sin ella, no sólo sacándolos y volviéndolos a meter sino disparando varias andanadas; y ahora que la fragata

navegaba a once nudos dirigiéndose hacia el sur, a unas veinte leguas de la costa de Portugal, la precedía una nube de su propio humo. El reciente entrenamiento había tenido efecto, y aunque todavía las descargas eran muy lentas -tres minutos y diez segundos entre una andanada y otra era el mejor tiempo que habían conseguido-, tenían mucha más precisión, a pesar del balanceo y el cabeceo. Un tronco de palma que flotaba a trescientas yardas de distancia, por la amura de estribor, saltó por los aires con la primera descarga; y volvieron a darle, y los vivas se oyeron en la Medusa antes de que llegara a popa. La Medusa también se dedicó afanosamente a las prácticas durante una hora; y también a bordo de la Medusa muchos marineros se dedicaban a seleccionar las balas, cogiendo las más esféricas y quitándoles las partes oxidadas. Pero la Medusa empleaba la mayor parte del tiempo tratando de adelantar a la Lively. Había largado las juanetes antes de que la Lively hubiera quitado el último rizo de las gavias; y cuando el viento era más moderado, desplegó las alas y las sobrejuanetes, pero no ganó ni media milla y sólo consiguió perder dos botavaras.

Los oficiales de la Lively y el velero la miraban con gran satisfacción, pero tras ésta se ocultaba una tremenda angustia: ¿llegarían a tiempo a la altura de Cádiz para interceptar a la escuadra española? Y suponiendo que lo consiguieran, ¿llegarían la Indefatigable y la Amphion a reunirse con ellos antes de la batalla? Los españoles tenían fama de valientes, aunque no de buenos marinos, y por otra parte, la desigualdad sería muy grande: una fragata de cuarenta cañones y tres de treinta y cuatro contra una de treinta y ocho y una de treinta y dos. Jack les había explicado estas cuestiones tácticas a los oficiales nada más abrir el sobre sellado con las órdenes, cuando ya no había peligro de que se comunicaran con tierra. En toda la fragata había la misma angustia por la posibilidad de que llegaran demasiado tarde; apenas había hombres a bordo que ignoraran lo que venía del río de la Plata, y a esos pocos -uno de Borneo y dos de Java- les decían: "Es oro, compañero. Eso es lo que embarcan en el río de la Plata: oro y plata en baúles y bolsas de cuero".

El viento fue amainando a lo largo del día y de la noche. Y en tanto que la cuerda de la corredera, en alguna ocasión, había salido

fácilmente del carretel y bajado con rapidez, marcando doce o trece nudos, según el cabeceo, ahora, al amanecer del último día de septiembre hubo que tirar de ella suavemente y ayudarla a bajar, y el guardiamarina de guardia anunció con tristeza: "Dos y una braza, señor, con su permiso".

Un día de vientos flojos y variables, la mayoría en contra, silbando de proa a popa; y la respuesta a las plegarias llegó el jueves 2 de octubre, al soplar un viento favorable. Pasaron el cabo San Vicente ya avanzado el día, con las sobrejuanetes desplegadas y en compañía de la Medusa, y durante un tiempo hicieron prácticas con los cañones, a modo de saludo a aquel enorme cabo, que estaba situado a babor y apenas era visible desde el tope. Entonces el contramaestre vino a popa y habló con el primer oficial, y el señor Simmons frunció los labios con aire pensativo y luego cruzó hasta donde se encontraba Jack.

–Señor -dijo-, el contramaestre me ha hecho saber que los hombres, con el mayor respeto, quisieran que usted considerara si es aconsejable no disparar los cañones de proa.

–¿Ah, sí? – dijo Jack, que había advertido ya algunas miradas extrañas, cargadas de reproche-. ¿También piensan que es aconsejable dar doble ración de grog?

–¡Oh, no, señor! – dijeron los sudorosos artilleros del cañón más cercano.

–¡Silencio! – gritó el señor Simmons-. No, señor. Lo que quieren decir es que… bueno, la opinión general es que disparar los cañones de proa hace disminuir la velocidad, y como tenemos tan poco tiempo…

–Bueno, tal vez tengan razón. Los teóricos no lo creen así, pero no correremos el riesgo. Que saquen los cañones de proa, hagan un simulacro de disparo y luego vuelvan a meterlos.

Por toda la cubierta aparecieron sonrisas satisfechas. Los hombres se secaron el sudor del rostro -había 80° F a la sombra de las velas-, se ajustaron el pañuelo alrededor de la cabeza, se escupieron las manos y se prepararon para elevar con el aparejo los monstruos de hierro y sacarlos y volverlos a meter en dos minutos y medio. Después de un par de andanadas y algunos disparos

aislados, la tensión que había en el barco desde que doblara Finisterre, llegó de repente a su punto máximo. La Medusa hacía señales indicando que avistaba un barco a un grado por la aleta de babor.

–¡Arriba, señor Harvey! – le dijo Jack a un guardiamarina alto y delgado-. Y lleve el mejor catalejo del barco. El señor Simmons puede prestarle el suyo.

Subió y subió, con el catalejo colgando del hombro, hasta la estrellera y la ostaga; la pobre Cassandra difícilmente habría podido adelantarle. Y ahora su voz llegaba abajo flotando en el aire:

–¡Cubierta! ¡La Amphion, señor! ¡Creo que ha puesto un mastelero de velacho provisional!

Efectivamente, era la Amphion, y navegando de bolina les alcanzó antes de la caída de la noche. Ahora eran tres, y al día siguiente tuvieron la última reunión prevista, con el cabo de Santa María al noreste, a treinta millas de distancia, visible desde las cofas con aquella brillante luz.

Las tres fragatas, ahora bajo el mando de Sutton, que era el

capitán de más antigüedad, se mantuvieron en facha todo el día, y en los topes se aglomeraban los telescopios, observando constantemente el mar por el oeste, el inmenso mar azul y agitado que se extendía hasta América, y en el que tal vez no había nada más que la escuadra española. Por la noche la Indefatigable se reunió con ellas, y el día 4 de octubre las fragatas se colocaron de manera que cubrieran la mayor área posible pero manteniéndose a una distancia desde la que pudieran verse las señales. Maniobraban en silencio, y las prácticas con los cañones se habían suspendido por miedo a que sirvieran de alarma. A bordo de la Lively, casi los únicos ruidos eran el chirrido de la muela al afilar hachas y picas en el castillo y el que hacía una brigada de artilleros quitando las partes oxidadas de las balas.

De un lado a otro, de un lado a otro, corriendo al primer toque de la campana del barco, cada media hora; hombres en todos los topes observando las otras fragatas por si hacían alguna señal, una docena de catalejos oteando el lejano horizonte.

–¿Te acuerdas de Anson, Stephen? – dijo Jack, cuando se

paseaban por el alcázar-. Hizo esto durante semanas y semanas frente a Paita. ¿Has leído su libro?

–Sí. ¡Cómo desperdició las oportunidades!

–Dio la vuelta al mundo, volvió locos a los españoles y se apoderó de un galeón que venía de Manila, ¿qué más quieres?

–Un poco de atención a la naturaleza en el mundo que recorrió con tanta despreocupación. Aparte de algunas observaciones muy superficiales sobre el elefante marino, apenas hay otras curiosas en el libro. Debería haber llevado con él a un naturalista.

–Si te hubiera llevado a ti a bordo, podría ser el padrino de media docena de pájaros con picos raros; pero, por otra parte, ahora tendrías noventa y seis años. No sé cómo soportaron sus hombres esta espera, pero terminó felizmente.

–Ni un pájaro, ni una planta, ninguna referencia a la geología… ¿Por qué no tocamos música después del té? He escrito una pieza que me gustaría que oyeras. Es una endecha, un lamento por la pérdida de Tir nan Og.

–¿Qué es Tir nan Og?

–La única parte digna de mi país; desapareció hace mucho tiempo.

–Esperaremos a que llegue la oscuridad, ¿de acuerdo?

Entonces me reuniré contigo y nos lamentaremos todo lo que quieras.

Oscuridad. Una noche larga, larga y sofocante en la cubierta inferior y las cabinas, con poco sueño; muchos marineros, y también oficiales, daban una cabezada en cubierta o en las cofas. El día 5, ya antes del alba, se limpiaban las cubiertas -habían conseguido sin dificultad que los marineros se levantaran- y salía humo de la cocina, que el viento entablado del noreste alejaba; entonces el serviola de proa, el bendito Michael Scanlon, gritando tan fuertemente que podrían haberle oído en Cádiz, avisó que la Medusa, la última de la línea que formaban las fragatas en dirección norte, hacía señales indicando que cuatro grandes barcos se acercaban por el oeste cuarta al sur.

El cielo se hizo más claro por el este, y una luz dorada, desde el horizonte, iluminaba en lo alto las bandas de nubes; el mar

blanquecino era cada vez más brillante; y allí estaban los barcos, navegando rumbo a Cádiz, como cuatro manchas blancas sobre la línea del horizonte.

–¿Son españoles? – preguntó Stephen al entrar en la cofa del mayor.

–Desde luego que lo son -dijo Jack-. Mira lo cortos que son los masteleros. Toma, aquí tienes mi catalejo. ¡Cubierta! ¡Todos preparados para virar!

En ese mismo momento, apareció en la Indefatigable la señal para virar y darles caza. Entonces Stephen inició su difícil descenso, sujeto por Jack, Bonden y un ayudante del contramaestre, y se agarraba con tanta fuerza a la coleta de éste que hacía que se le saltaran las lágrimas. Había preparado una serie de argumentos para el señor Osborne, pero quería repasarlos mentalmente antes de reunirse con él a bordo de la Indefatigable, cuyo capitán estaba al mando de la escuadra como comodoro. Mientras bajaba, el corazón le latía más aceleradamente de lo normal. Los barcos españoles se estaban agrupando, se hacían señales unos a otros; las

negociaciones serían delicadas, realmente muy delicadas.

El desayuno fue frugal. El comodoro hizo una señal de llamada al doctor Maturin; y Stephen, con una taza de café en una mano y una rebanada de pan con mantequilla en la otra, esperaba a que bajaran el cúter. ¡Habían llegado a aproximarse tanto, tan repentinamente! Los barcos españoles ya habían formado la línea de batalla, amurados a babor con el viento abierto un grado, y estaban tan cerca que él podía ver sus amplias portas; todas estaban abiertas.

Las fragatas británicas, obedeciendo la señal de darles caza, habían abandonado la formación en línea, y la Medusa, que por estar más al sur, había quedado en primer lugar cuando habían virado, se acercaba navegando de bolina hacia la fragata que venía a la cabeza de la escuadra española; algunas yardas más atrás estaba la Indefatigable, aproximándose hacia la segunda fragata española, la Medea, con la insignia de Bustamante en el palo de mesana; luego la Amphion; y en último lugar, la Lively. Ésta trataba de acortar la distancia que la separaba del resto, y tan pronto como bajaron a

Stephen al cúter, desplegó la juanete, cruzó la estela de la Amphion y se dirigió hacia la Clara, la última fragata de la línea de batalla española.

La Indefatigable dio una guiñada, puso en facha las gavias, subió a Stephen a bordo y siguió navegando. El comodoro, un hombre moreno, de expresión malhumorada y colérica, con los nervios de punta, le condujo abajo rápidamente y, mientras Stephen exponía los argumentos que persuadirían al almirante español de que se rindiera, le prestaba muy poca atención, tamborileaba con los dedos en la mesa y respiraba entrecortadamente por el nerviosismo y la ira. El señor Osborne, un hombre inteligente y sagaz asentía, mirando a Stephen a los ojos; asentía, escuchaba un nuevo punto y volvía a asentir, sin despegar los labios.

–… y por último -dijo Stephen-, convénzale por todos los medios posibles de tener un encuentro con nosotros para que podamos dar respuesta a objeciones imprevistas.

–Vamos, caballeros, vamos -dijo el comodoro, subiendo apresuradamente a cubierta.

Más y más cerca; al alcance de los cañonazos, con todas las banderas izadas; a tiro de mosquete, y en las cubiertas españolas se veían multitud de rostros; a tiro de pistola.

–¡Virar! – dijo el comodoro.

El timón giró, y la enorme fragata, entre el ruido de las órdenes, viró y se colocó a estribor del almirante, a veinte yardas por barlovento. El comodoro cogió la bocina y dijo:

–¡Disminuyan vela! – gritó, dirigiéndola hacia el alcázar de la Medea. Los oficiales españoles apenas hablaban entre sí; uno de ellos se encogió de hombros. Había un silencio sepulcral en toda la línea de batalla; sólo se oía el viento en la jarcia y las olas chocando suavemente.

–¡Disminuyan vela! – repitió, en voz todavía más alta.

No hubo ninguna respuesta, ningún signo. La fragata española continuaba navegando rumbo a Cádiz, que estaba a dos horas de distancia. Las dos escuadras navegaban en paralelo, deslizándose silenciosamente a cinco nudos, tan cerca que el pálido sol proyectaba la sombra de los mastelerillos españoles sobre las

cubiertas inglesas.

–¡Disparar cruzando su proa! – dijo el comodoro.

El cañonazo cayó en el agua, delante de la Medea, a una yarda del pie de la roda, lanzando salpicaduras hacia atrás. Y como si el impacto hubiera roto aquel periodo de silencio e inmovilidad, a bordo de la Medea comenzó una inusitada actividad, se dieron órdenes y se cargaron las gavias.

–Haga todo lo que pueda, señor Osborne -dijo el comodoro-.

Pero él tendrá que tomar su decisión en cinco minutos.

–Haga todo lo posible por traerle -dijo Stephen-. Y sobre todo, recuérdele que Godoy ha cometido traición, que ha entregado el reino a los franceses.

El bote se alejó; luego se detuvo junto a la fragata española y Osborne subió a bordo de ella, se quitó el sombrero y le hizo una inclinación de cabeza al crucifijo, al almirante y al capitán, por este orden. Entonces se le vio bajar con Bustamante.

Ahora el tiempo pasaba con lentitud. Stephen estaba de pie junto al palo mayor, con las manos tras la espalda, fuertemente

unidas. Detestaba a Graham, el comodoro; detestaba lo que iba a ocurrir. Trataba con todas sus fuerzas de seguir e influir en la discusión que se celebraba muy cerca de allí. ¡Si Osborne pudiera traer a Bustamante a bordo, habría grandes posibilidades de llegar a un acuerdo!

Miró de un lado a otro de la línea de batalla mecánicamente.

Por delante de la Indefatigable, la Medusa permanecía junto a la Fama, meciéndose suavemente; por detrás de la Medea, la Amphion se había desplazado hasta situarse a sotavento de la Mercedes, y detrás estaba la Lively, a barlovento de la Clara. Incluso alguien con ojos inexpertos como Stephen se daba cuenta de que los españoles estaban muy preparados para el combate, pues no tiraban al mar apresuradamente barriles, gallineros y ganado para dejar libres las cubiertas, algo que había visto tan a menudo en el Mediterráneo.

Cada brigada de artilleros esperaba inmóvil junto a su cañón; y el humo de las mechas retardadas formaba una fina niebla azulada sobre la larga fila de cañones.

Graham se paseaba de un lado a otro con paso ágil, de ritmo

desigual.

–¿Va a tardar toda la noche? – dijo en voz alta, mirando a un marinero de guardia que estaba cerca-. ¿Toda la noche? ¿Toda la noche?

Un cuarto de hora interminable; y mientras tanto sentían el olor acre de las mechas que ardían. Otra docena de paseos y ya el comodoro no podía soportar más.

–¡Un disparo de advertencia al bote! – gritó, y de nuevo un cañonazo cruzó la proa de la Medea.

Osborne apareció en la cubierta española, se deslizó hasta el bote, y subió a bordo de la Indefatigable, sacudiendo la cabeza. Tenía la cara pálida y una expresión tensa.

–El almirante Bustamante le presenta sus respetos, señor -le dijo al comodoro-, pero no acepta su propuesta. No permite que se le detenga. Casi cedió cuando le hablé de Godoy -se dirigía a Stephen-, le odia.

–Déjeme ir allí, señor -dijo Stephen-. Todavía hay tiempo.

–No, señor -dijo el comodoro, con una mirada furiosa-. Él ya

ha tenido tiempo. Señor Carroll, cruzaremos por su proa.

–¡Brazas a sotavento…!

El grito fue ahogado por la impresionante andanada que la Mercedes le disparó a la Amphion.

–Haga la señal de entrar en combate -dijo el comodoro.

Y la inmensa bahía retumbó con el estallido de cien cañones. Enseguida se formó una espesa cortina de humo que ascendía y se desviaba hacia el suroeste, y en medio de ella se sucedían los fogonazos de los disparos como relámpagos. Un enorme estrépito, un fuerte estremecimiento. Stephen estaba de pie cerca del palo mayor, con las manos tras la espalda, mirando a su alrededor; tenía un horrible sabor a pólvora en la boca y sentía nacer en su pecho la misma ferocidad que le provocaba una corrida de toros, los entusiastas vivas de las brigadas de artilleros le molestaban. Entonces los vivas fueron acallados, ahogados, aniquilados por un estallido tan fuerte que anuló el pensamiento y casi la conciencia: la Mercedes había disparado, lanzando un surtidor de brillantes luces anaranjadas que llegaron hasta el cielo.

Una lluvia de palos y trozos de madera sin forma definida caía desde la nube de humo, una cabeza fue arrancada, y antes de que terminaran de caer, volvieron a tronar los cañones. La Amphion se había colocado a sotavento de la Medea, y el barco español estaba entre dos fuegos.

Un viva tras otro, fuego nutrido, y los grumetes servidores de pólvora corrían sin parar para que no se interrumpiera. Vivas, y luego un grito más fuerte, muy diferente, un grito exultante: "¡Se ha rendido! ¡El almirante se ha rendido!".

El fuego disminuía a lo largo de la línea de batalla. Sólo la Lively disparaba todavía insistentemente a la Clara, en tanto que la Medusa lanzaba algunos cañonazos a la lejana Fama, que después de haberse rendido había arribado y ahora navegaba velozmente hacia sotavento con gran despliegue de velamen.

Pocos minutos después, la Clara arrió su bandera. La Lively se adelantó y se abordó con la Indefaligable, y Jack le gritó al comodoro:

–Enhorabuena, señor. ¿Puedo llevar a cabo la persecución?

–Gracias, Aubrey-dijo el comodoro-. Persígala con todas sus fuerzas; tiene el tesoro a bordo. Vaya a toda vela; todos nosotros sufrimos daños.

–¿Puede venir el doctor Maturin conmigo, señor? Mi cirujano está a bordo de la presa.

–Sí, sí. Echen una mano, vamos. No la deje escapar, Aubrey, ¿me ha oído?

–Sí, sí, señor. Rápido, a recibir el cúter.

–La Lively viró, pasó rozando el bauprés de la dañada Amphion y se apartó de ella, con las juanetes desplegadas y las escotas cazadas, rumbo al suroeste. La Fama, sin daños en los mástiles ni en la jarcia, ya estaba a tres millas de distancia, dirigiéndose a una zona de aguas más profundas, donde poder encontrar un viento más fuerte que le permitiera llegar hasta Canarias o volver hacia atrás y virar hacia Algeciras de noche.

–Bueno, mi querido Stephen -dijo Jack, empleando toda su fuerza para subirle a bordo-, esa ha sido una buena escaramuza, ¿eh? Espero que no haya habido huesos rotos. Todo salió bien,

¿verdad? ¡Vaya! Tienes la cara negra por el humo de la pólvora. Vamos, ve abajo a lavarte, en la sala de oficiales te prestarán una jofaina, pues la cabina aún no está arreglada. Continuaremos con el desayuno tan pronto como el fuego de la cocina esté de nuevo encendido. Me reuniré contigo cuando hayamos anudado y ayustado lo que haya sufrido más daño.

Stephen le miró con curiosidad. Estaba muy derecho, parecía haber crecido e incluso tener una luz a su alrededor.

–Era una acción necesaria.

–Claro que lo era -dijo Jack-. No sé mucho de política, pero me parece que era una acción condenadamente necesaria. No, no quiero decir eso -Stephen había fruncido la boca y apartado la mirada-, me refiero a que ella nos disparó, y si no le hubiéramos contestado, nos habríamos encontrado en un terrible apuro, no cabe duda. Con la primera andanada desmontó dos cañones. Aunque -se reía entre dientes- era necesaria en el otro sentido también. Anda, vete abajo y me reuniré contigo enseguida. No le daremos alcance –señalaba la distante Fama- mucho antes de mediodía, si lo

conseguimos.

Stephen bajó a la enfermería. Había presenciado varias batallas, pero esa era la primera vez que oía risas en aquel lugar donde los hombres pagaban por lo ocurrido en cubierta. Los dos ayudantes del señor Floris y tres pacientes estaban sentados en baúles alrededor de la mesa de los guardiamarinas, donde habían acabado de entablillar y vendar al cuarto paciente, que tenía una simple fractura de fémur. Éste les contaba cómo a causa de la prisa había dejado la varilla dentro del cañón y había sido disparada contra el costado de la Clara y que el señor Dashwood, al verla allí clavada había dicho en tono sarcástico: "Se la deberían descontar de la paga, Bolt, maldito cerdo".

–Buenos días, caballeros -dijo Stephen-. Puesto que el señor Floris no está a bordo, vengo a ver si puedo serles útil.

Los ayudantes del cirujano dieron un salto; adoptaron una expresión muy grave, procuraron esconder la botella y le dieron las gracias encarecidamente pero dijeron que como resultado de la batalla los únicos heridos eran aquellos hombres: dos heridas por

astillas, superficiales, otra de bala de mosquete y ese fémur.

–Aunque John Andrews y Bill Owen perdieron a sus compañeros a consecuencia de que el mascarón de la condenada Mercedes les cortó en dos -dijo uno.

–Es que disparaban sin mucha precisión, aunque con ganas – dijo otro marinero-. Y sobre todo a la jarcia. ¿Sabe, señor, que hemos disparado diecisiete andanadas en veintiocho minutos? Contados por el reloj del señor Dashwood. ¡Diecisiete andanadas en tan poco tiempo!

La Lively, anudando y ayustando, alcanzó la estela de la Fama y colocándose justamente detrás de su popa, comenzó a perseguirla con afán. Estaban un poco escasos de tripulantes, pues algunos, junto con el señor Simmons, se encontraban a bordo de su presa, la Clara, y cuando Stephen entró en la cabina, la encontró todavía preparada para el combate, con los cañones aún calientes, el olor de la batalla y una bala española de dieciocho libras rodando entre las astillas, bajo el enorme agujero que había hecho en el costado de la Lively. El lugar estaba vacío, habían sacado todo excepto la mitad

del mamparo cercana a la proa y una silla, en la que estaba sentado el capitán español, con la vista fija en la empuñadura de su sable.

El capitán se levantó y le hizo una inclinación de cabeza.

Stephen avanzó y, hablando en francés, se presentó; luego le dijo que estaba seguro de que el capitán Aubrey deseaba que don Ignacio tomara algo… ¿qué podía ofrecerle? ¿Chocolate, café, vino?

–¡Maldita sea! Lo había olvidado por completo -dijo Jack, apareciendo en la desierta cabina-. Stephen, éste es el capitán de la Clara. Monsieur, j'ai l'honneur de introduire une amie, le docteur Maturin; docteur Maturin, l'espagnol capitaine, don Gardo. Por favor, dile que le ruego que tome algo… vino, chocolate, aguardiente…

Con profunda gravedad, el español hizo repetidas inclinaciones de cabeza; estaba muy agradecido, pero no tomaría nada por el momento. Luego siguió una conversación forzada, que duró hasta que Jack le ofreció a don Ignacio la cabina del primer oficial para que descansara hasta la hora de comer.

–Se me había olvidado por completo -dijo de nuevo al volver-. Pobre hombre; sé lo que siente. En estos momentos cree

que la vida no merece la pena ser vivida. Le dejé que conservara su sable; eso mitiga un poco el dolor, y por otra parte, luchó cuanto pudo. Pero, ¡Dios mío!, esto le hace a uno sentirse abatido. Killick, ¿qué cantidad de cordero nos queda?

–Dos piernas, señor, y un buen trozo de una espaldilla.

También hay un gran pedazo de solomillo, señor, suficiente para tres.

–Entonces, el cordero. ¡Ah, Killick! Ponga la mesa para cuatro, con las bandejas de plata.

–¿Cuatro, señor? Sí, sí, señor; para cuatro.

–Ven, tomaremos café en el alcázar; el recuerdo del pobre don Garcio me atormenta. A propósito, Stephen, no me has felicitado. Fuimos nosotros los que conseguimos que la Clara se rindiera, ¿sabes?

–Te felicito, amigo mío. Te felicito sinceramente. Espero que no hayas pagado muy caro por ella. Vamos, dame la bandeja.

La escuadra y las presas estaban ya lejanas, a popa; la Medusa también se había separado para perseguir la Fama, pero estaba muy

lejos, todavía no se veía su casco. La fragata española parecía estar a la misma distancia que al principio, o incluso a una distancia mayor, pero los tripulantes de la Lively parecían no preocuparse por ello mientras corrían con nuevos cabos, poleas y rollos de lona, mirando de vez en cuando hacia la presa. Todavía había en las cubiertas la relajación y la tranquilidad que seguían a la batalla; se oía a muchos hombres hablar, sobre todo a los gavieros, que allí en lo alto reparaban la jarcia, y también se oían risas. Un ayudante del carpintero, que pasaba con un aparejo al hombro, le dijo espontáneamente a Jack:

–No tardará mucho, señor.

–Nos han destrozado la mayoría de las botavaras de las alas –dijo Jack-, y nosotros ni siquiera tocamos una de las suyas. Ya verás lo que pasa cuando podamos desplegarlas.

–Parece que va navegando a una extraordinaria velocidad – dijo Stephen.

–Sí. Es muy rápida, desde luego. Dicen que le limpiaron los fondos en Gran Canaria; además, tiene unas líneas muy delicadas.

¡Mira! ¡Están tirando los cañones por la borda! ¿Has visto las salpicaduras? Otro. Enseguida empezarán a tirar el agua por la borda. ¿Te acuerdas cómo bombeamos y remamos en la Sophie? ¡Ja, ja! Y moviste los remos como un héroe, Stephen. Pero ella no puede remar, no, no, no puede. Ahí va el último de los cañones de estribor. Mira cómo se aleja ahora; sus cualidades para navegar son excelentes, es una de las mejores fragatas que tienen.

–Y sin embargo, piensas atraparla ¿verdad? La Medusa se está quedando muy atrás.

–No me gusta presumir, Stephen, pero te apuesto una docena de botellas del clarete que prefieras contra una cerveza a que la abordamos antes de la comida. Tal vez no lo creas, pero la única posibilidad que tiene de escapar es que aparezca un barco de línea a proa o que nosotros perdamos un mástil. Aunque también puede dispararnos si conserva sus cañones pequeños.

–¿No has tocado madera al decir eso? Y respecto a la apuesta, la acepto.

Jack le miró con curiosidad. Su querido amigo recobraba el

ánimo; debía de estar muy afectado por aquella batalla.

–No. Esta vez desafiaré el destino; de hecho, ya lo hice cuando le dije a Killick que pusiera cuatro cubiertos. El cuarto es para el capitán de la Fama. Le voy a invitar. Sin embargo, no le devolveré su sable, porque es una mezquindad rendirse y luego huir.

–Todo listo, señor -dijo el señor Dashwood.

–Estupendo, estupendo; ha sido un trabajo muy rápido. Despliéguelas, señor Dashwood, por favor.

A cada lado de las mayores, las gavias y las juanetes de la Lively, aparecieron las alas, ampliando el inmenso velamen desplegado con tal rapidez y eficiencia que en la Fama sintieron una profunda desazón.

–¡Ahí va el agua! – dijo el segundo oficial, que tenía los toneles enfocados con su catalejo.

–Creo que puede usted largar las rastreras -dijo Jack- y cargar la sobremesana.

Ahora la Lively se inclinaba hacia delante, y el pie de la roda hacía subir el agua de tal modo que la espuma, pasando por los

costados, llegaba rápidamente hasta la estela. Ahora estaba realmente acelerando su ritmo, ahora superaba en velocidad a la Fama; y la distancia disminuía. No había ninguna vela que no estuviera orientada perfectamente, pues en todo momento estaban atendidas por la tripulación, una tripulación ahora silenciosa. Un avance rápido y constante, una forma de navegar extraordinaria.

La Fama ya tenía desplegado casi todo el velamen, pero ahora también desplegó la cangreja. Jack y los oficiales que estaban en el alcázar sacudieron la cabeza, todos a la vez; eso no le serviría, no era adecuado teniendo el viento por la aleta. La fragata empezó a dar bandazos, y ellos asintieron con la cabeza, todos a la vez. Una guiñada le hizo perder doscientas yardas; su estela ya no era una línea recta.

–Señor Dashwood -dijo Jack-, que el condestable prepare el cañón de proa. Quisiera ganar mi apuesta. (Miró el reloj.) Es la una menos cuarto.

El cañón de proa de estribor disparó, con un sonido que parecía débil tras el fragor la batalla, y un penacho de agua, blanco y azul,

saltó cerca de la popa de la Fama. El siguiente cañonazo, mejor calculado, fue lanzado más alto y cayó a unas treinta yardas de su costado. Otro; y éste pasó muy bajo, por encima de la cubierta, porque la fragata había dado otra guiñada. Y ahora la Lively se aproximaba con mayor rapidez.

El tiempo que tardaba el siguiente cañonazo en caer ya estaba tocando a su fin, y todos tenían aguzado el oído para escuchar el estruendo, pero mientras estaban esperándolo, se oyeron a proa gritos de júbilo que rápidamente llegaron hasta popa. Entonces el primer oficial se acercó, abriéndose paso entre la multitud de tripulantes que se estrechaban las manos y se daban palmaditas en la espalda, se quitó el sombrero y dijo:

–Se ha rendido, señor, con su permiso.

–Muy bien, señor Dashwood. Tenga la amabilidad de tomar posesión y mandar aquí a su capitán enseguida. Le espero a comer.

La Lively avanzó aún más, navegando de bolina, plegó las alas como un pájaro y se colocó de través cerca del escobén de la Fama. El bote cayó al agua, cruzó y volvió. El capitán español subió por el

costado, saludó y entregó su espada con una inclinación de cabeza; Jack se la pasó a Bonden, que estaba justo detrás de él, y dijo:

–¿Habla usted inglés, señor?

–Un poco, señor -dijo el español.

–Me gustaría contar con su compañía en la comida, señor. Ya está preparada en la cabina.

Se sentaron en la elegante mesa de la cabina, ya transformada. Los españoles tuvieron muy buen comportamiento y, además, comieron bien, pues durante los últimos diez días sólo se habían alimentado de galletas y garbanzos; y a medida que se sucedieron los platos, fueron perdiendo la solemnidad y mostrándose mucho más humanos. Las botellas iban y venían y la tensión se disipaba; la conversación, en español, inglés, y una especie de francés, era muy animada. Había incluso risas e interrupciones, y cuando por fin el exquisito pudding dio paso a los dulces, las nueces y el oporto, Jack pasó la jarra pidiéndoles que se sirvieran un vaso lleno hasta arriba y luego, levantando su vaso, dijo:

–Caballeros, les propongo un brindis. Les ruego que beban a la

salud de Sophia.

–¡Sophia! – dijeron los capitanes españoles, levantando sus

vasos.

–¡Sophie! – dijo Stephen-. ¡Dios la bendiga!

GLOSARIO

Noche de Guy Fawkes. El 5 de noviembre de 1605, los católicos

fracasaron en su intento de volar el Parlamento inglés, en respuesta a las leyes

dictadas contra ellos y como parte de un complot (Conspiración de la pólvora)

para acabar con Jacobo I. Su cabecilla, Guy Fawkes, fue capturado y ejecutado.

Los protestantes conmemoran esa fecha quemando por la noche un muñeco de

paja que le representa.

Fiddler's Green. Paraíso al que se creía que iban los hombres de mar al

morir.

Downs. Colinas situadas en la costa sureste de Inglaterra, están formadas de creta y son de poca altitud, aunque muy escarpadas. Se extienden de este a oeste en dos cadenas paralelas a través de los condados de Surrey Kent y Sussex y forman el acantilado de Dover.

Bóveda de sección generalmente circular y de longitud mayor que su anchura.

Royal Exchange: Lugar en la City de Londres donde los comerciantes se reunían para discutir de negocios y que albergaba también excelentes tiendas.

Bedlam: Bethlehem Royal Hospital. Primer manicomio inglés y el primero de Europa. Tristemente famoso por la forma brutal en que eran tratados los locos. Actualmente se emplea para hacer referencia a cualquier manicomio.

Ushant Nombre inglés de la isla de Ouessant, al noroeste de Francia.

Fleety Marshalsea: Prisiones londinenses donde eran encarcelados quienes no pagaban sus deudas. Existieron hasta mediados del siglo XIX.

(the) Heath: Hampstead Heath. Terreno público de vasta extensión y pocos árboles situado al norte de Londres.

Guido: Designa los cuadros del pintor italiano Guido Reni (1575-1642).

Perla. Tamaño de letra de imprenta equivalente a cuatro puntos tipográficos.

Portadores irlandeses: Los irlandeses, hombres fornidos en general, solían ser los portadores de sillas de manos.

Celemín: Medida de capacidad para áridos. En Inglaterra equivale a 8,81 litros.

Cachones: Olas que rompen en la playa formando espuma.

Jardín: Se le llama así al retrete en los barcos.

Marcación: Ángulo que forma la visual dirigida a una marca o a un astro con el rumbo del barco.

Lammas: Fiesta que se celebraba antiguamente en Inglaterra el 1 de agosto, en la que se bendecía el pan hecho con el maíz de la primera recolección del año.

Cabría: Dispositivo para levantar pesos consistente en un trípode del que está suspendida una polea por donde pasa un cable.

Perico: Nombre que recibe la juanete del palo de mesana.

Aferrar con camiseta: Después de aferrar la vela, se forma un rollo con la parte del centro, que queda colgando, y se ata bien, pasándole varias

veces un

cabo alrededor. Luego se cubre con una funda de red o lona que se denomina

camiseta.

Aferrar a la española: Después de aferrada la vela, la parte del centro,

que queda colgando, se amarra al calces.

Goma: Cierto tumor, generalmente de origen sifilítico, que se desarrolla

en los huesos, el cerebro y el hígado.

Galloper: Significa "jinete al galope".

Anvil: Significa "yunque".

Aplacerado: Se aplica al fondo del mar que es plano y poco profundo.

Fanciulla (italiano): Significa "chica joven".

Espía: Cabo que se coloca firme en un sitio y se hala para que el barco

se mueva en dirección a éste.

Negus: Oporto o jerez con agua, azúcar y especias.

Dog's nose. Mezcla de ginebra y cerveza.

Flip. Vino o licor mezclado con huevo y azúcar y servido con nuez

moscada espolvoreada por encima.

Perico: Para mantener el juego de palabras con términos náuticos que

son nombres de animales fue preciso cambiar por otros los utilizados por el autor.

Boney: Napoleón Bonaparte.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
29/04/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com